

DIARIO DE LA PANDEMIA

MARZO 28-JUNIO 30
2020



Venecia, 28 de marzo—Rachele Airoidi—Seúl, 29 de marzo—Verónica González Laporte—Barcelona, 30 de marzo—Santiago Roncagliolo—Santiago, 31 de marzo—Alejandra Costamagna—México, 1 de abril—Mario Bellatin—Madrid, 2 de abril—Marcos Giralt Torrente—Buenos Aires, 3 de abril—Pedro Mairal—Milán, 4 de abril—Chiara Valerio—Campiña madrileña, 5 de abril—Martín Caparrós—México, 6 de abril—Gina Zabludovsky Kuper—Barcelona, 7 de abril—Robert Juan-Cantavella—Houston, 8 de abril—Cristina Rivera Garza—Bogotá, 9 de abril—Felipe Restrepo Pombo—Barcelona, 10 de abril—Cristina Morales—Saltillo, México, 11 de abril—Julián Herbert—São Paulo, 12 de abril—Fábio Zuker—Buenos Aires, 13 de abril—Mariana Enriquez—Buenos Aires, 14 de abril—María Soledad Pereira—Bogotá, 15 de abril—Carolina Sanín—México, 16 de abril—Jazmina Barrera—Sofía, 17 de abril—Nina Yargekov—París, 18 de abril—Eduardo Halfon—México, 19 de abril—Ximena Ramírez Torres—México, 20 de abril—Margo Glantz—Santiago, 21 de abril—Javier García Bustos—México, 22 de abril—Wenceslao Bruciaga—Nuevo Orleans, 23 de abril—Gabriela Alemán—Ayutla, México, 24 de abril—Yásnaya Elena A. Gil—La Habana, 25 de abril—Pedro Juan Gutiérrez—París, 26 de abril—Paul B. Preciado—Nueva York, 27 de abril—Daniel Alarcón—Madrid, 28 de abril—Marta Sanz—San Salvador, 29 de abril—Óscar Martínez—París, 30 de abril—Annie Ernaux—México, 1 de mayo—Daniel Saldaña París—México, 2 de mayo—Katia D'Artigues—Madrid, 3 de mayo—Luisgé Martín—Ithaca, EUA, 4 de mayo—Liliana Colanzi—San José, 5 de mayo—Luis Chaves—Ithaca, EUA, 6 de mayo—Edmundo Paz Soldán—Luanda, 7 de mayo—Ondjaki—Sahagún, Colombia, 8 de mayo—Víctor Alfonso Moreno—México, 9 de mayo—Irmgard Emmelhainz—Manila, 10 de mayo—Armando Maldonado—Buenos Aires, 11 de mayo—Luciana Sousa—São Paulo, 12 de mayo—João Paulo Cuenca—México, 13 de mayo—Alejandro Zambra—Nueva York, 14 de mayo—Lina Meruane—México, 15 de mayo—Guadalupe Nettel—Querétaro, 16 de mayo—Jacobo Zanella—Barcelona, 17 de mayo—Pedro Strukelj—San José, 18 de mayo—Paula Piedra—Barranquilla, 19 de mayo—Kirvin Larios—São Paulo, 20 de mayo—Joca Reiners Terron—México, 21 de mayo—Yael Weiss—Barcelona, 22 de mayo—Javier Cercas—México, 23 de mayo—Rosa Beltrán—Guayaquil, 24 de mayo—María Fernanda Ampuero—Cochabamba, 25 de mayo—Rodrigo Hasbún—México, 26 de mayo—Jesús Ramírez-Bermúdez—Dorset, Inglaterra, 27 de mayo—Nell Leyshon—Red Hook, EUA, 28 de mayo—Nick Flynn

**DIARIO
DE LA
PANDEMIA**




culturaUNAM

Publicaciones
& Fomento
Editorial

 REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD
DE MÉXICO

DIARIO DE LA PANDEMIA

EN LA REVISTA
DE LA UNIVERSIDAD
DE MÉXICO

MARZO 28-JUNIO 30
2020

PAULINA DEL COLLADO LOBATÓN
GUADALUPE NETTEL
Yael Weiss
COORDINADORAS



Primera edición:
17 de septiembre de 2020

Primera reimpresión:
7 de enero de 2021

D.R. © 2020
Universidad Nacional
Autónoma de México
Ciudad Universitaria,
Alcaldía Coyoacán, 04510,
Ciudad de México. Dirección
General de Publicaciones
y Fomento Editorial

www.libros.unam.mx

ISBN: 978-607-30-3499-9

Esta edición y sus
características son
propiedad de la UNAM.
Prohibida la reproducción
parcial o total por cualquier
medio, sin autorización
escrita del titular de los
derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

Catalogación en la publicación UNAM.
Dirección General de Bibliotecas
Título: Diario de la pandemia.
Otros títulos: Diario de la pandemia
: marzo 28-junio 30, 2020.
Otros títulos: Diario de la pandemia en la *Revista de la
Universidad de México* : marzo 28-junio 30, 2020
Descripción: Primera edición. | México : Universidad
Nacional Autónoma de México, Dirección General
de Publicaciones y Fomento Editorial, 2020.
Identificadores: LIBRUNAM 2087541
| ISBN 9786073034999.
Temas: Enfermedades y literatura -- Siglo XXI. | Epidemias
en la literatura. | Covid-19 -- Aspectos sociales.
Clasificación: LCC PN56.D56.D53 2020
| DDC 809.933561—dc23

El *Diario de la pandemia* se escribió durante los primeros meses de zozobra y confinamiento que experimentó el mundo entero tras la propagación del coronavirus. Todos los días, desde finales de marzo hasta el 30 de junio, más de 100 escritores mandaron a la *Revista de la Universidad de México* estos textos urgentes e inmediatos donde expresaban su angustia, su desazón, sus observaciones acerca del periodo extraordinario y oscuro por el que atravesamos, para que los publicáramos en la versión digital de nuestra revista.

Este libro reúne ensayos tan lúcidos y elocuentes como “Del verbo tocar: Las manos de la pandemia y las preguntas inescapables”, firmado por la mexicana Cristina Rivera Garza, hasta testimonios de honestidad lacerante como “La ansiedad”, de la argentina Mariana Enriquez. Se trata de una serie de ventanas a distintas ciudades —como Buenos Aires, Sevilla, Montreal, Berlín, Managua, Estocolmo, México, París, Bogotá y Saltillo, entre muchas otras— desde donde escritores de diversas edades, lenguas y culturas contaron sus experiencias ocurridas desde lugares secuestrados por el dolor y el miedo. Agradecemos a todos ellos haberse tomado el tiempo y el esfuerzo para contribuir a esta obra conjunta que dejará un testimonio revelador. También agradecemos a los autores espontáneos que, inspirados por estas contribuciones cotidianas, sumaron su voz desde la sección “Balcones”, creada con el propósito de que ninguna vivencia quedara excluida de esta obra colectiva.

Nuestro deseo es que este libro contribuya a que nunca se olvide lo que aprendimos durante este periodo. Si la pandemia nos ha enseñado algo es lo importante que resulta para los seres humanos estar cerca unos de otros, el dolor de la lejanía y la responsabilidad que cada uno tiene sobre la desgracia y el bienestar de los demás. Sólo los esfuerzos conjuntos podrán garantizar nuestra sobrevivencia y —esperamos— el tránsito hacia un mundo más igualitario y más consciente.

—Guadalupe Nettel

Tiempo de virus

Jorge Volpi

*La peste pasará, los libros en el tiempo amarillo
seguirán tras las hojas de los árboles.*

Eugenio Montejo

1. Contagio

Un fantasma recorre el mundo, el fantasma del apocalipsis viral. Pocas metáforas han alimentado tanto los miedos del siglo XXI como aquellas derivadas de la biología y en particular de la epidemiología. De pronto, los complejos nexos que hemos ido descubriendo en todos los ámbitos en estos azarosos y desconcertantes tiempos de capitalismo tardío parecen necesitar de este lenguaje para explicar sus desafíos. Decenas de series y películas —de *Contagio*, de Steven Soderbergh a *Doce Monos*, de Terry Gilliam, pasando por todo el orbe de zombis que va de *The Walking Dead* a *Guerra Mundial Z*— han retratado este pavor que ahora por fin parece encarnarse en la epidemia del nuevo SARS-CoV-2.

Medio vivos y medio muertos, los virus, formados con trozos de material genético recubiertos por una membrana y cuyo único objetivo parece ser reproducirse enloquecidamente, se han convertido en nuestra más grande amenaza, pero también en nuestro mayor anhelo. Trasladándolos del ámbito de las ciencias naturales a la informática, les hemos dado su nombre a esos programas malignos que desquician nuestros aparatos tecnológicos y decimos que se vuelve *viral* cualquier información que de pronto estalla en redes sociales. También a las células terroristas y a los migrantes hemos querido tratarlos como virus, elementos patógenos que llegan a nuestros países con el único objetivo de invadirnos.

Nuestros mayores enemigos se comportan como virus, están allí, agazapados en algún lugar, hasta que de pronto —como el coronavirus que salta de un murciélago y un

pangolín a un humano—, paralizan medio mundo. Virus y zombis, los dos emblemas de nuestra época. El elemento externo que nos inocula desde dentro y los monstruos en los que nos transmutamos: seres desprovistos de voluntad, medio vivos o medio muertos, incapaces de tomar decisiones, obsesionados únicamente con devorarnos unos a otros. Algo semejante a lo que nos ocurre a diario en las redes sociales, donde nos convertimos en estos mismos caníbales descerebrados.

2. Covid-19 y sus metáforas

Miedo al otro. Pánico a las multitudes y a las aglomeraciones. Individualismo exacerbado. Desconfianza hacia las autoridades. Teorías de la conspiración sobre el origen de la pandemia. Teorías de la conspiración sobre el número de infectados. Recuento diario de enfermos y muertos, como en una guerra. La guerra como estrategia política. Fascinación morbosa ante la curva epidémica. Falta de información. Exceso de información. Y, por supuesto, el encierro. Cada uno en su propio país, en su propia ciudad, en su propia casa. Confinamiento voluntario y luego obligatorio. Estados de emergencia y excepción. Fronteras clausuradas. Suspensión de vuelos. Aislamiento frente al resto del mundo. Nacionalismo como legitimación de las medidas extremas. Xenofobia. Expulsión de los extranjeros. La calle como peligro. El mundo virtual como única conexión con el exterior. Aburrimiento, acedia, apatía, depresión. Aumento de la violencia intrafamiliar, de la violencia de género y del abuso infantil. Nuevas formas de convivencia.

Como advertía Susan Sontag en su visionario *La enfermedad y sus metáforas* (1978), que daba cuenta de la forma de referirnos a los afectados por la tuberculosis y el cáncer, y posteriormente en su *El sida y sus metáforas* (1989), lo peor que podemos hacer ante un padecimiento

clínico es asociarlo con el carácter de quien lo sufre. En vez de ello, deberíamos pensar que cualquier enfermedad, como la producida ahora por el SARS-CoV-2, es sólo eso y no un cúmulo de imágenes que nos llevan a actuar frente a ella y quienes la padecen a partir de nuestros prejuicios. La tarea de reducir a su carácter puramente científico este nuevo coronavirus se torna, sin embargo, ilusoria. Tan misterioso como amenazante, tendemos a antropomorfizarlo, a cubrirlo de significados y luego, de modo irremediable, a politizarlo al extremo.

En este ambiente, florece el miedo y en particular el miedo hacia los otros. Y si esos otros son un poco distintos, extranjeros en particular, más aún. A fin de cuentas, el virus ha llegado hasta nosotros desde la remota China traído por viajeros irresponsables: es un mal que, como quiso insinuar Trump, viene de fuera para despedazarnos por dentro. La distancia social para evitar el contagio se transmuta en cuarentena —otro término lleno de connotaciones apocalípticas—, cerramos nuestras fronteras creyendo que esa medida va a protegernos y, entretanto, desconfiamos de todo lo que se nos dice. El covid-19 nos lanza hacia una nueva era, aún incierta y desasosegante que nos transformará a todos, por unos meses, en *hikikomoris*. Seres obligados a pensarnos de nuevo en este largo viaje alrededor de nuestros cuartos.

3. Distopía

A fuerza de imaginarla, de ver o leer historias de asteroides mortíferos, invasiones alienígenas, inundaciones o sequías, simios o robots rebeldes, misteriosas epidemias, por fin vivimos una distopía. Un virus desconocido que se extiende por el mundo como el fantasma de Marx —con mayor efectividad— decidido a destruir las sociedades que hemos amalgamado en los últimos decenios. La alarma es legítima: las cifras de contagiados y muertos deberían acentuar

nuestra empatía hacia las víctimas y quienes las atienden. Pero, como suele ocurrir en los *blockbusters* hollywoodenses de catástrofes, la respuesta de nuestros políticos ha sido tan improvisada como caótica. Por más que virólogos y expertos intentaron prevenirnos sobre una posible pandemia, las acciones de las autoridades oscilan entre la improvisación, la prisa y el pánico. Nadie sabe cómo combatir el mal y las soluciones, en teoría apoyadas por la evidencia científica, nos lanzan a nuevos abismos de incertidumbre.

Como en toda distopía, el peligro extremo invoca medidas extremas. De pronto, en Occidente vemos a China con tanta suspicacia como envidia. Si sus dirigentes lograron “aplanar la curva” —frase típica del *newspeak* de esta era— fue porque impusieron la reclusión como sólo puede hacerlo una nación totalitaria. Y de pronto vemos a países que son ejemplos de democracia instaurando estados de emergencia unilaterales, sin el consenso de sus parlamentos. No se trata tanto de cuestionar las medidas, como su origen: decisiones de los ejecutivos sin la menor discusión pública.

Y, si no envidiamos a China, anhelamos ser Corea. Un sitio donde se “aplanó la curva” gracias a una *app* que reporta la temperatura de los ciudadanos —así como sus datos personales— a la autoridad. Una nueva distopía: la vigilancia de los cuerpos —una pesadilla de Foucault— a través de la tecnología. Insisto: no se trata de cuestionar el encierro, sino de señalar las tentaciones autoritarias que lo envuelven. Y, si no, veamos algunas conductas en España o Italia: vecinos que denuncian a sus vecinos a la policía por salir a correr o a pasear al perro con el celo propio de agentes de la Stasi.

4. Políticas del virus

No sabemos si son parte de la vida o solo se aprovechan de la vida, pero sí que los virus son, en esencia, información. Son diminutas máquinas ciegas que se limitan a ejecutar

órdenes. No deja de resultar paradójico que uno de estos obcecados programas —para colmo dotado con un gran talento para viajar de un ser humano a otro— se haya convertido en la mayor amenaza para nuestra sociedad de la información.

Jamás había ocurrido algo semejante. Epidemias y plagas abundaron en el pasado, pero en sociedades cuyos contactos con otras civilizaciones eran pequeños o nulos y donde la información fluía con enorme lentitud. Por ello el covid-19 luce como la enfermedad prototípica de la globalización neoliberal: un padecimiento que parece provenir de la esencia misma de la cultura que hemos construido en los últimos 30 años y que se vuelve contra ella misma.

Con la caída del Muro de Berlín y de la Unión Soviética, concebimos un mundo que aspira a ser un mercado: intercambios comerciales —y de información— sin fronteras nacionales, reservadas sólo para las personas. Un mundo donde el estado ha quedado reducido al mínimo y donde hasta los servicios públicos terminan en manos privadas. Un mundo de frágiles democracias y gigantes autoritarios como China. Un mundo donde prima el egoísmo y se desdeña la solidaridad. Un mundo donde unos cuantos concentran casi todo el poder y la riqueza. Un mundo obscenamente desigual.

Este es el mundo que a la vez encarna y pone en peligro el coronavirus. Lo primero que hemos visto ha sido un inesperado resurgimiento de los estados nacionales: cada país —y a veces cada región— ha tomado las medidas que ha querido sin ponerse de acuerdo con sus vecinos. Poco importa que el SARS-CoV-2 nos ataque a todos por igual: desenterramos la añeja idea de que, para protegernos, basta un cierre de fronteras. La tentación por mantener las restricciones a la movilidad, de por sí acentuada con la crisis migratoria global —con sus cargas añadidas de racismo y xenofobia—, será difícil de combatir.

La evidente debilidad de nuestros sistemas de salud apunta, por suerte, en la dirección contraria: ¿qué político se atreverá, a partir de ahora, a proponer nuevos recortes al estado de bienestar? Pero quizás esta sea la única melladura en el modelo neoliberal: incluso con la gigantesca recesión que se avecina, no se vislumbran otros remedios que los aplicados ya durante la crisis de 2007-2008: una reconstrucción que sólo beneficiará, de nuevo, a los más ricos, transfiriendo enormes cantidades de recursos de la clase media a las empresas. Lo peor que puede ocurrirnos, al final de la pandemia, es que permitamos que el nuevo mundo esté hecho a imagen y semejanza del covid-19.

5. Encierro

Frente a la enfermedad, el encierro. Desde la antigüedad sabemos que el mayor peligro durante una epidemia somos nosotros mismos. Mucho antes de que descubriésemos el avieso poder de los virus, ya habíamos aprendido a aislarnos unos de otros. De la plaga de Atenas reportada por Tucídides a la influenza española, pasando por la peste negra, el remedio ha sido el mismo: el enclaustramiento en la propia casa y, de ser posible, en la propia habitación. Para romper la cadena de contagio se impone quebrar justo esa compleja red de vínculos que nos convierte en humanos.

Desde que se inició la pandemia de covid-19, hemos regresado al medievo. Ante un patógeno frente al cual no tenemos defensas naturales no queda, otra vez, sino el encierro, sólo que ahora no lo aliviamos contándonos un cuento cada día, sino con los mil cuentos de la red, la radio o la tele. Parecería que, tras milenios de enfrentarnos a las enfermedades contagiosas, no hemos avanzado nada. Si pudiésemos vernos desde el futuro, como ahora miramos a los supervivientes de la peste, el juicio sobre nuestra respuesta a la pandemia de 2020 debería ser mucho más severo.

Aunque se nos diga que esto era inimaginable, las sociedades más desarrolladas de la historia son responsables del desastre. En primer lugar, porque también somos las sociedades más desiguales de la historia, lo cual provoca que el encierro no sea equivalente para todos. Cada año mueren 9 millones de personas por hambre o enfermedades asociadas con el hambre, aunque se trata de 9 millones que a nadie le importan. Si cerramos el planeta entero por el covid-19 es porque afecta, en cambio, a las élites. Élites dispuestas a encerrarse a cal y canto en sus hogares mientras —igual que en la Edad Media— millones de desafortunados mantienen la producción y el abasto de bienes y servicios indispensables para sobrevivir cómodamente al arresto. Si el encierro es el infierno, en sociedades tan inequitativas como las de América Latina, también es un privilegio.

6. Suspensión animada

Cuando los neurocirujanos estiman que un paciente corre peligro de sufrir graves daños cerebrales, optan por una medida extrema: la administración de barbitúricos para causar un coma inducido. La idea es disminuir la presión intracraneal a cambio de postrar al sujeto en un profundo estado de inconsciencia. No es una metáfora descabellada afirmar que las decisiones de nuestros poderes médicos y políticos frente a la pandemia obedecen a una estrategia semejante: paralizar casi por completo nuestras sociedades —los sectores que no se consideran esenciales, y en particular los vinculados con el pensamiento— a fin de reducir la velocidad de contagio.

Frente a la imposibilidad de reunirnos en aulas y auditorios, teatros y salas de conciertos, o en la vía pública, nos hemos conformado con trasladar estas disciplinas al entorno virtual. Miles de profesores y alumnos se reúnen a diario en diversas plataformas, mientras las instituciones

culturales han creado raudos programas en línea, que van de recorridos por galerías y museos a obras teatrales o musicales por Zoom a concursos literarios, escénicos o cinematográficos, generando una sobreoferta con la que hemos querido llenar, un tanto neuróticamente, nuestros vacíos recintos analógicos.

Poco antes del estallido de la pandemia —ahora nos parece tan lejano—, las manifestaciones feministas clamaban por un nuevo orden global. Como tantas, esa lucha también ha quedado en suspenso. La disidencia en redes sociales —espacios privados, a fin de cuentas— no tiene el mismo impacto sin su correlato real. Ante la magnitud de la tragedia, los políticos nos exigen unidad, no crítica. No debemos resignarnos: aun confinados, nos corresponde mantener el espíritu contestatario frente a todas las acciones del poder. De otro modo, regresaremos de este coma con un irreparable daño cognitivo.

7. Conejillos de Indias

¿Y si los encerramos a todos en sus casas? ¿Y si durante semanas o meses les impedimos salir a la calle? ¿Y si cerramos sus bares y restaurantes, sus escuelas y universidades, sus parques y centros deportivos, sus cines, teatros y salas de conciertos? Estas malignas preguntas, que parecerían provenir de una novela de Stanislaw Lem o de Ursula K. Le Guin —o, en otro extremo, de Kafka—, son ahora parte de nuestra realidad cotidiana. De pronto, los seres humanos nos hemos convertido en cobayas de un gigantesco experimento social cuyas consecuencias sobre nuestros cuerpos y nuestras mentes son incalculables.

Cada día sabemos más del virus y cada día nos damos cuenta de lo poco que sabemos. No hay duda de que circula de una persona a otra a partir de las gotas que expelimos al hablar, toser o estornudar o de los objetos que tocamos:

esta certeza nos ha enclaustrado. Pero la variedad de medidas implantadas en cada sitio, en teoría dictadas bajo criterios técnicos, demuestra que nadie sabe bien qué hacer. Ni siquiera sabemos cuántos infectados hay en el planeta.

Somos conejillos de Indias que, obligados a permanecer entre cuatro paredes —la mayor parte de la humanidad dispone de unos pocos metros cuadrados frente a quienes se distraen o ejercitan en patios o jardines—, de seguro seremos estudiados por los científicos del futuro como una anomalía cuyos desperfectos —depresión, ansiedad, obesidad, paranoia o simple miedo— definieron la tercera década del siglo XXI.

8. Sobrevivir (o no)

Cada crisis —económica, política, social— genera un gran número de perdedores, naciones tanto como empresas e individuos, pero también provoca que, quienes mejor se aprovechan de las circunstancias o de sus ventajas competitivas, salgan ganando del desastre. Ahora que estamos sometidos al feroz ataque de un virus que parecería empeñado en usarnos como medio de cultivo, nos volvemos más conscientes de los férreos dictados de la evolución: quienes mejor se adaptan sobrevivirán y quienes no sean capaces de hacerlo correrán el riesgo de extinguirse.

La metáfora evolutiva, tantas veces sacada de contexto, adquiere hoy inquietantes resonancias. Así como este coronavirus logró saltar de animales a humanos, adaptándose para vencer a nuestro sistema inmune —o para volverlo contra nosotros mismos—, unas cuantas compañías y unos cuantos países han sabido valerse del caos para obtener incalculables beneficios. Cuando salgamos del encierro —cuando contemos con una vacuna o nos hayamos inmunizado en masa, con la vasta cantidad de muertes que esta opción conlleva—, el mundo no será exactamente el

anterior y los más aptos —que no los más fuertes— habrán aumentado drásticamente su poder o su riqueza.

A los grandes perdedores de la pandemia los reconocemos de inmediato, pues son los mismos de siempre: en el reino de la desigualdad provocado por el neoliberalismo, los más pobres continuarán sufriendo más. Algunas estadísticas ya lo demuestran: en Estados Unidos, la tasa de infecciones y muertes es mucho mayor entre afroamericanos y latinos que entre caucásicos. La razón, por supuesto, no es racial: tiene que ver con los recursos y el acceso a los sistemas de salud. Pronto, en América Latina y África los más desprotegidos enfrentarán idéntica suerte y, como siempre, serán los más afectados por la crisis.

En términos económicos, millones de empresas, grandes y pequeñas, sufrirán, se extinguirán o se volverán irrelevantes —del sector inmobiliario a la industria automotriz y del turismo al entretenimiento y la cultura—, mientras las industrias tecnológicas incrementan alarmantemente sus ingresos. Amazon, denunciado en Francia por no proteger a sus trabajadores, ya ha hecho de Jeff Bezos el hombre más rico del planeta. Google, Microsoft o Facebook se consolidan como poderes omnímodos a los que recurren los desgastados gobiernos nacionales en busca de auxilio. Y lo que mejor saben hacer, por desgracia, es vigilarnos y comercializarnos.

9. Libertad condicional

Para unos, es la prueba de la eficacia del gobierno a la hora de atender la pandemia; para otros, la comprobación de sus mentiras o sus fallos. La misma estadística, fría y seca, usada a conveniencia. Si la ciencia aspira a ser objetiva, sus interpretaciones jamás lo son, y menos todavía sus usos políticos. Así como los nazis exigían una ciencia alemana opuesta a la ciencia judía o los soviéticos impulsaban, con Lysenko, una

evolución proletaria, amparada en la cooperación al interior de la misma especie, contraria a la biología capitalista que aseguraba la ávida competencia, en cualquier momento la ideología es capaz de nublar cualquier argumento técnico.

Luego de esta larga cuarentena, el imperioso regreso a la normalidad, o a esa precaria normalidad que llamamos *nueva*, ha comenzado a asociarse con la derecha —en Estados Unidos, la enarbolan los republicanos—, mientras que la necesidad de mantener la reclusión y la distancia adquiere tintes de izquierda —y es defendida con ardor por los demócratas. Ambos grupos se valen, en teoría, de los mismos datos para justificar sus apuestas. Una vuelta inmediata, incluso cuando las infecciones continúan su curso, luce, así, como una medida típicamente neoliberal, pues privilegia la economía y el lucro sobre salvar vidas, mientras que posponerla parecería una medida progresista impulsada por la solidaridad hacia los más vulnerables.

¿Cuántas muertes de ancianos o enfermos crónicos provocará un intempestivo regreso? ¿Basta con haber “aplanoado la curva”, es decir, con descargar un poco la presión sobre nuestros sistemas sanitarios, para reabrir la temporada de contagios? ¿Para qué este duro encierro si habremos de clausurarlo sin poder anticipar las consecuencias? Ninguna economía resistirá un confinamiento más largo, pero, ¿ello basta para apresurar su reactivación? Los científicos advierten sobre la posibilidad de una nueva y más mortífera ola de contagios en el otoño o de brotes periódicos que obligarán a nuevas medidas de aislamiento. En este periodo de incertidumbre, lo más probable es que nuestra ansiada libertad vaya a ser sólo condicional.

10. En coma

Teatros sin actores ni bailarines. Salas de conciertos sin músicos. Y sin público. Cines y salas de arte sin espectadores.

Museos y galerías sin visitantes. Librerías sin lectores. En todo el mundo estos lugares fueron los primeros en cerrarse y serán los últimos en reabrir. El confinamiento ha significado para millones de artistas y trabajadores del arte —técnicos, taquilleros, vigilantes, personal de limpieza, custodios, acomodadores, libreros— no sólo la suspensión de sus proyectos, sino la drástica pérdida de sus ingresos. Y, para incontables empresas culturales —espacios independientes, editoriales, distribuidoras, productoras, promotoras de eventos— el riesgo de desaparecer. Las pérdidas no se limitan, además, a sus participantes directos, sino a las sufridas por la hostelería, la restauración y el turismo.

De un día para otro, creadores, técnicos y administrativos de la cultura se vieron obligados, entonces, a traducir sus actividades al mundo virtual. Unos cuantos ya se dedicaban a producir obras pensadas específicamente para los medios digitales, pero la mayoría debió reconvertirse a toda prisa para intentar salvar sus ingresos o su contacto con el público. El esfuerzo sin duda ha ayudado a que incontables personas atravesasen de mejor manera la cuarentena, pero también nos deja un amplio hiato de reflexión sobre cómo utilizar responsable y creativamente la tecnología, cómo no sucumbir a su agenda oculta —las plataformas son privadas y comercian cínicamente nuestros datos— y cómo combinarla con las actividades presenciales que seremos capaces de organizar cuando termine este periodo de incertidumbre.

Ofrecida como servicio altruista, esta avalancha de actividades virtuales ha sido mayormente gratuita, lo cual ha redundado en un claro beneficio para la sociedad, pero ha acentuado la crisis económica de sus creadores, quienes en buena parte de los casos han sido mal remunerados por su trabajo o de plano no han recibido ninguna compensación por él. En países avanzados, donde los trabajadores de la cultura cuentan con seguridad social y seguro de desempleo,

el problema ha sido menor, pero en lugares como México ha significado un profundo deterioro en sus condiciones de vida.

Si de por sí en los países en desarrollo los artistas están mal pagados, la pandemia los ha colocado en una situación insostenible aun cuando son el motor del que depende no nada más el desarrollo intelectual o emocional del orbe, sino un sinfín de empleos. Quien piense que la cultura no es una actividad esencial en tiempos de pandemia yerra por completo. Se trata de un sector vulnerable, como tantos otros, que necesita del apoyo de todos —es decir, del Estado. La cultura genera incontables trabajos y recursos para el país, un argumento que debería bastarles a nuestros gobernantes para apoyarla—, pero, por encima de todo, nos torna verdaderamente humanos. Dejarla en coma representa condenarnos a padecer una enfermedad moral de la que tardaremos décadas en recuperarnos.

11. Empantallados

El trabajo cotidiano, a través de la pantalla. Clases, cursos y talleres, a través de la pantalla. Charlas con amigos, a través de la pantalla. Visitas a padres y abuelos, a través de la pantalla. Fiestas y celebraciones, a través de la pantalla. Conciertos, funciones de danza y teatro, a través de la pantalla. Visitas a museos y exposiciones, a través de la pantalla. Recorridos por parques y jardines, a través de la pantalla. ¿Bodas y entierros? También a través de la pantalla. Todo ello sumado a lo que, en el mundo de *antes*, ya muchos hacíamos a través de diversas pantallas: abismarnos en toda clase de videos y películas, roer noticias, chatear con conocidos y desconocidos, husmear en las redes sociales de los otros, exhibirnos en nuestras propias redes sociales, leer artículos y hasta libros, jugar o presentiar juegos ajenos, buscar o practicar sexo.

De pronto, el virus aceleró nuestra condición de prisioneros virtuales: si el contagio son los otros, nada mejor que una barrera, un muro o un filtro irrompible capaz de protegernos. En vez de las cuatro paredes de una celda tradicional, nos enclaustramos entre cuatro pantallas: las de nuestros celulares y tabletas, la de la computadora y la de la televisión (la pandemia nos obligó a renunciar a la quinta, la de las salas de cine). La pantalla aspira a ser frontera, pero se trata de una frontera porosa, como las membranas celulares: no permite el paso del SARS-CoV-2, sin duda, pero sí de esos otros virus, las ideas e imágenes que nos invaden a diario.

La pandemia, lo sabemos, ensancha las desigualdades, de modo que, mientras millones han de conformarse con el mundo analógico o con una pequeña pantalla con cobertura o datos mínimos —la precariedad digital—, nosotros apenas nos permitimos descansar de ellas unos minutos al día. Si ello ya era una tendencia, acentuada en *millennials* y *centennials*, hoy el confinamiento lo justifica todo. El recuento de nuestras horas en pantalla que cada domingo cintila en nuestros teléfonos inteligentes sería el equivalente de los palitos y diagonales que los presos de ataño arañaban en sus calabozos.

Como cualquier espejismo, la pantalla nos hace creer que estamos *afuera*, que en verdad interactuamos con nuestras familias y amigos, que cada una de esas sesiones en verdad nos acerca a los demás, y ello basta para que les entreguemos nuestras almas. Si no la vida eterna, se nos concede este remedo de vida que poco a poco se transforma en la vida. Al término de este encierro, cuando —soñamos— al fin nos salve una vacuna, habría que hacer el recuento de cuántas horas pasamos aquí, frente a este espejo de doble cara, mirándonos a nosotros mismos mientras creemos mirar el universo.

Hay quien piensa que, fatigados de tanta pantalla, en el momento de nuestra liberación correremos vertiginosamente hacia el mundo, que atiborraremos parques y las plazas, que nos derretiremos en reuniones familiares al aire libre, que pasearemos como nunca y nos volcaremos a aquellos espectáculos que se nos prohibieron estos meses, aparcando nuestros *gadgets*. Lo dudo: los primeros días escaparemos, pero lo más probable es que, como perros bien amaestrados, volvamos dócilmente a nuestros nuevos rediles virtuales. Todo ha conspirado para reeducarnos así: las indicaciones del poder médico tanto como la avaricia de las multinacionales tecnológicas, e incluso la buena voluntad de quienes auspiciamos el nuevo bombardeo de cultura digital.

Si ya casi lo éramos, la pandemia nos ha transmutado por completo en *cibersiervos*: sumisos esclavos de Facebook, Google, Microsoft, Twitter o Zoom, enriquecidos y empoderados a costa de los datos que voluntariamente extraemos para ellos segundo a segundo. Mientras tanto, el trabajo a distancia continuará introduciendo la explotación laboral en nuestros cuartos mientras no se regulen prácticas y horarios: *teletrabajadores del mundo, uníos*. No se trata de demonizar las pantallas —ya somos *cyborgs*— sino de mantenernos alerta: fuera de la cárcel virtual que tan diligentemente hemos construido en esos meses ha de haber algo más.

12. Postapocalipsis

Millones de personas contagiadas y cientos de miles de muertos. Millones de personas hacinadas en hospitales, atendidas por médicos y enfermeras con apariencia de astronautas. Y millones, literalmente millones, todavía arrinconados en sus casas, gastándose sus últimos ahorros, royendo sus postreras reservas, subsistiendo con los magros apoyos estatales —donde los hay—, aprovechándose de la buena voluntad de sus parientes y amigos, empeñando sus escasas

pertenencias, llenando solicitudes de empleo sin respuesta, vendiéndose al mejor postor o mendigando por las calles.

Si las cifras de infecciones y decesos son tan gélidas como inclementes, las de la crisis económica se aventuran igual de escalofriantes: sin poder calcular aún su impacto global, los primeros datos nos acercan a la Gran Depresión de los años 20 del siglo pasado. Millones de historias que nos resistimos a contar, que nos resistimos a ver, de dolor, frustración, amargura y hambre. Y de una violencia que, en estas condiciones, sólo apunta a recrudecerse en un lugar ya completamente devastado a causa de la guerra contra el narco.

Hemos arribado al postapocalipsis. Si no somos capaces de reinventar nuestras sociedades, encontrando auténticos mecanismos de redistribución de la riqueza —sobre todo impuestos progresivos y, como ha insistido Thomas Piketty, a las grandes fortunas de hasta el 90 por ciento—, nos arriesgamos a que el sufrimiento, el rencor y la violencia nos desgaren por completo.

13. Diario

Cuando, como si fuera un líquido correoso, la pandemia ya había comenzado su rápida expansión por el mapamundi, impregnando China y, desde allí, Italia o España, y vorazmente el resto del planeta, la necesidad humana por narrar esta época desconcertante e inédita se volvió imperiosa. Frente a la sorpresa, el dolor o el miedo, las palabras se volvieron urgentes —artículos de primera necesidad— y la escritura y la lectura fueron redescubiertas como actividades esenciales. Ocurrían tantas cosas en tantas partes, y al mismo tiempo, en el encierro, tan pocas, que el diario se convirtió en el medio más natural para expresar la ansiedad, la esperanza o el asombro cotidianos.

Ante la imposibilidad de contar —o explicar— la conmoción total de la pandemia, al menos podíamos desme-

nuzarla poco a poco. A finales de marzo de 2020, Guadalupe Nettel y yo comenzamos a buscar a aquellos testigos que, desde distintos lugares del orbe y desde diversas perspectivas, estuvieran dispuestos a compartirnos una de sus jornadas de este tiempo extraordinario. Gracias a todos ellos —imposible mencionar aquí sólo unos nombres—, articulamos este diario colectivo, esta crónica parcial e interrumpida de este tiempo de virus.

Voces que, de Venecia a la Ciudad de México, de Manila a Medellín, de Seúl a Milán, de Luanda a Buenos Aires, pudieran abrir un resquicio de luz en medio de la tiniebla viral. Desde el 28 de marzo hasta el 30 de junio, algunos de los mejores escritores de nuestra época compartieron su experiencia, día tras día, en las páginas electrónicas de la *Revista de la Universidad de México*. Una suma de dudas y saberes, de guiños y reflexiones, de frustraciones y vislumbres ahora trasladados a este *Diario de la pandemia*. Un recuento, accidentado y frágil como la vida misma, de cómo la literatura nos impulsa a sobrevivir.

Además, un grupo de escritoras y escritores, jóvenes en su mayoría, complementa con sus reflexiones e impresiones este itinerario, asomándose desde sus balcones reales o imaginarios, eco perfecto que une generaciones distintas en ese extraño tiempo de virus.

14. Volver al futuro

2020. Un año sin año. Un año entre paréntesis. Un año borrado. Un año miniaturizado. Un año sin futuro. Desde que se inició la pandemia, nos hemos visto obligados a adaptarnos a un medio repentinamente hostil e impredecible, el mundo: a pertrecharnos en nuestras casas como refugios antiatómicos (los que tuvimos este privilegio), a asumir la calle como territorio enemigo y a los otros como espías encubiertos —los reptiles alienígenas de V, cuyos

interiores virales ignoramos—, a reconvertir comedores o recámaras en severas oficinas, a administrar el largo tiempo que cada mañana nos queda por delante, a inventarnos rutinas para combatir la depresión o la demencia, a incrustar todas las actividades posibles en los escasos centímetros de una pantalla, a contemplar la diaria cuenta de infectados o muertos primero con horror, luego con desconfianza y al cabo con lamentable indiferencia, a batirnos obsesivamente en redes a favor o en contra del presidente, a acostumbrarnos a esta extraña vida que no era la vida.

En la inmediatez de la pandemia, durante este medio año nos privamos de futuro. De un modo u otro, enloquecimos. Y todavía hoy, cuando sin importar si los contagios se multiplican o si florecen nuevos brotes nos apresuramos a recuperar aquello que suspendimos o extraviamos, el porvenir luce igual de nebuloso, igual de inverosímil. Imposible asirnos a ninguna certeza excepto el pasmo reiterado, dominados por la sensación de que todo es endeble, provisional, tan efímero como la normalidad pasada que hoy nos resulta tan ajena. Asomamos las narices al exterior como perros apaleados, husmeando y retrocediendo, escamados y temerosos de enfrentar lo que hay más allá de nuestras verjas —de nuestros prejuicios y de nuestros celulares.

Soñamos con vacunas: el único antídoto frente a la incertidumbre absoluta, el remedio no sólo contra el covid-19, sino contra los temores acumulados en estas semanas de asumirnos domésticos ropavejeros. Asumimos que solo ellas nos devolverán no ya nuestras existencias pretéritas, consumidas por completo, sino el porvenir que la enfermedad canceló de tajo. Sabemos también, pese a que hurguemos las redes en busca de avances optimistas, que ésta no llegará —y sobre todo no llegará *a todas partes*— hasta el año próximo, en el mejor de los casos. Es nuestro mesías biotecnológico: el salvador que anuncia su próxima venida

y nos concede un poco de fe —o de tenacidad— para cerrar los ojos al dolor y seguir adelante.

¿Y mientras tanto? Mientras tanto, como devotos de religiones escatológicas, la ansiosa, lenta espera. Recuperamos bulevares, jardines y playas con la sensación de nunca haberlos visitado, cada espacio libre sabe a reconquista y se llena con el deslumbrante resplandor de las victorias. Porque en el fondo sabemos que son triunfos precarios: el virus puede reactivarse en una congregación o en una fiesta, en el transporte público o en una maquiladora, y ello nos llevará a una espiral de confinamientos y liberaciones, confinamientos y liberaciones, el único escenario predecible por ahora.

¿Aprendimos algo en este medio año sin medio año? ¿Le dejó al mundo alguna enseñanza o lo veremos sólo como un episodio turbio y extravagante, aunque al cabo anodino, en nuestra marcha histórica? ¿Seremos capaces de soltar nuestros lastres —la oprobiosa desigualdad, nuestras múltiples y enredadas violencias, el rencor y el odio destilados por el encierro, la actual veleidad de nuestros líderes hacia la mentira— o, al revés, dejaremos que nos aplasten? Quizás no haya llegado el tiempo de abandonar nuestros cuarteles, el encierro físico que hemos padecido, sino el de escapar de las jaulas invisibles que hemos edificado a nuestro alrededor en este inconcebible 2020. Se impone escapar de nuestras toscas certezas abonadas por el aislamiento, la desconfianza y el pánico. Es hora de alzar la vista, comprobar que los demás —todos los demás— valen tanto como cada uno de nosotros, de confiar en que quienes piensan distinto no son nuestros enemigos y de imaginar —sí, de imaginar de nuevo— un futuro libre, justo, igualitario.



28/03-30/06/2020

Desde el Carnaval de Venecia 2020 (La máscara) Rachele Airolti

Venecia, 28 de marzo— Este año el Carnaval de Venecia fue testigo de la aparición de disfraces nuevos y originales. A las típicas máscaras brillantes de papel maché pintadas a mano por artistas venecianos en los pocos talleres tradicionales que aún persisten —y que buscan destacar entre una infinidad de tiendas chinas que venden copias baratas de plástico— se han añadido mascarillas de uso médico. También de ellas se ofrece a los compradores una amplia variedad, desde el clásico cubrebocas quirúrgico desechable hasta otros modelos con válvulas respiratorias, una o varias capas, FFP1 o FFP2. El debate sobre el carnaval en tiempos de pandemia fue muy apasionado y pronto se convirtió en el principal tema de conversación. En la plaza de San Marcos algunos turistas que no están dispuestos a renunciar a los festejos, pero tampoco a dejar de lado ciertas precauciones, pasean ataviados con ambas versiones: mitad rostro de arlequín y mitad *Grey's Anatomy*. En cambio, algunos venecianos, fieles a la tradición, se disfrazan de médicos de la peste, con largos ropajes negros y máscaras blancas con picos muy apropiadas para los tiempos que corren. Así buscan restarle dramatismo al clima de preocupación que priva por las noticias que llegan de China sobre el coronavirus.

Al principio Venecia, la ciudad que inventó la cuarentena para enfrentar la epidemia de peste, no parecía muy preocupada, y con su tradicional espíritu goliardesco se tomaba las cosas con una pizca de ironía. La amenaza, en tanto, se aproximaba: de China a Lombardía y de Lombardía a Véneto. No se habían verificado los primeros casos cuando el número de presuntos infectados ya andaba por las nubes. Los venecianos criticaron la vacilación del

alcalde, que no tomó medidas inmediatas; tal vez después del desastre del *acqua alta*, que puso de rodillas a la ciudad el pasado noviembre, esperaban rescatar el evento turístico más importante del año, pero a fin de cuentas hasta el espíritu juguetón dio paso a la inquietud y el Carnaval fue suspendido. En un instante las calles se vaciaron, las tiendas quedaron desiertas y las góndolas pasearon a los pocos turistas que se negaron a renunciar a unas vacaciones pagadas y soñadas meses antes. Luego llegaron las primeras órdenes ministeriales de cerrar escuelas, teatros, museos e incluso iglesias, se prohibió cualquier tipo de aglomeración y se ordenó mantenerse a distancia de los demás y lavarse las manos, únicas indicaciones que se dieron por televisión en medio de una cifra de contagiados que se agrava a cada instante y que crece de forma exponencial. Pero antes de los síntomas del virus se manifestaron los de la psicosis social. Los supermercados quedaron limpios como huesos y afuera de las farmacias se formó una cola de personas que se mantenían a la debida distancia una de la otra. Pronto se agotó el nuevo disfraz del carnaval: las máscaras fueron inconseguibles, lo mismo que el gel desinfectante y los guantes de látex. Cada acceso de tos es sospechoso. Un autobús que iba de Venecia a Milán fue detenido por los controles sanitarios a causa de un pasajero que denunció el estornudo del conductor. La gente tiene miedo y se encierra en su casa, y afuera un país entero se cierra por una semana. Todos son sospechosos.

No obstante hay obligaciones que no pueden posponerse: en este clima de alarma general murió un querido amigo de la familia. La prueba de laboratorio confirmó que la muerte ocurrió por causas naturales, pero esto no ha impedido que el “efecto virus” contagiara los ritos funerarios. La misa fue sustituida por una bendición simbólica, sólo algunos parientes pudieron entrar a la iglesia y en la plaza,

donde nos reunimos para dar el último adiós y tratar, así, de salvaguardar al menos la dignidad del momento, un megáfono transmitía la voz del sacerdote. Naturalmente nadie se atrevía a abrazarse; apenas dábamos tímidamente la mano e intercambiábamos miradas que querían ser caricias.

Mientras tanto, el número de contagios siguió aumentando, y ahora el decreto prolongó la clausura y suspensión de la actividad por un mes, hasta principios de abril, a pesar de lo cual se manifiestan tímidos intentos de reanimación para evitar la parálisis total del país. Algunos locales reabren sus puertas tratando de contener las afectaciones económicas. Las universidades retoman parte de sus actividades en modalidad remota e incluso hay quien celebra su graduación vía Skype luciendo una corona de laurel en la sala de su casa. Los centros de las ciudades muestran señales de repoblación, pero la gente sigue desinfectándose compulsivamente las manos. El alarmismo sigue presente. Hacemos intentos confusos de retomar la vida normal, pero la verdad es que estamos muy perdidos.

Los medios no ayudan a comprender plenamente la gravedad de la epidemia, con sus versiones y tonos distintos que van del sarcasmo a los escenarios apocalípticos. Hay quien minimiza la situación y considera que el virus no es más que una influenza peligrosa únicamente para los ancianos. Algunos periódicos aconsejan a los mayores de 65 años permanecer en casa; los jóvenes pueden quedarse tranquilos. Pero tal vez se trata de una visión simplista que busca evitar la extensión de una parálisis económica que está causando daños irreparables. A los números de contagiados les hacen eco los de las bolsas que van en caída libre. Otros, en cambio, no esconden su profunda preocupación y reconocen en la epidemia una amenaza desconocida a la cual no parecemos estar en condiciones de hacer frente. Los doctores escasean y el sistema

hospitalario está al borde del colapso ante una oleada de ingresos que no deja de aumentar. Las salas de urgencia están abarrotadas y hay filas de pacientes en camillas en espera de atención.

Hasta las medidas de aislamiento han sido inciertas y graduales. Al principio se decretó únicamente el aislamiento de las ciudades que fueron foco de infección del virus y se invitó a todos los italianos a evitar los desplazamientos. Los agentes de policía bloquearon los accesos a Vo'Euganeo, en la provincia de Pádova, y a Codogno, en la provincia de Lodi, donde se registraba el mayor número de contagiados. Pero estas precauciones no fueron suficientes, porque la gente seguía viajando y desplazándose: la desinformación no generó el sentido cívico necesario para hacerle frente a una situación de emergencia epidémica. Se registraron episodios de “fuga” de las zonas infectadas y algunos pacientes incluso se escaparon de los hospitales. Un paciente de 71 años, hospitalizado en Como, tomó un taxi y pidió ser llevado a casa, pero el taxista lo denunció y fue puesto en cuarentena. Hemos ido entendiendo que lo del Carnaval no era una broma. La negligencia general ha llevado al Ministerio de Salud a endurecer las medidas de seguridad y a extender la zona roja primero a toda la región de Lombardía y luego a Italia entera. Se le pide a los ciudadanos que permanezcan en sus casas. La policía vigila a la gente que camina por la calle, y sólo se permiten traslados por motivos laborales certificados o por necesidades de subsistencia. No queda más que esperar a que pase la cuarentena.

La extensión de la zona roja a nivel nacional, explica el presidente Conte, fue decretada para evitar divisiones en el país; es necesario que toda la provincia permanezca unida para afrontar la emergencia. Si es verdad que el virus se está difundiendo en medio del caos, esto constituye una

lección de sensibilización sobre las dinámicas discriminatorias. En un instante, y sin deberla ni temerla, todos podríamos ser segregados, convertirnos en aquellos que portan la enfermedad, los apestados. El Carnaval de Venecia permitía, al menos una vez al año, superar el clasismo social: por un día no había reglas y el estatus social perdía su significado; las clases populares podían disfrazarse de burgueses y los ricos aburridos ser parte de esa turbamulta a la que el resto del tiempo se ve mal pertenecer. La máscara veneciana garantizaba el respeto al individuo, a quien quiera que estuviera escondido tras sus ropajes. La máscara del coronavirus, por el contrario, obliga a sufrir la experiencia de la discriminación. Al principio la gente se mantenía lejos de los orientales; ahora, en cambio, los apestados somos nosotros. Antes sólo los del norte y ahora todos los italianos, que tenemos que mendigarle a la Unión Europea fondos para hacer frente a una emergencia sanitaria que atañe al mundo entero mientras los países vecinos nos dan la espalda, suspenden los vuelos, cancelan los viajes y contemplan con desconfianza los productos “made in Italy”. Tal vez el Carnaval nos hizo olvidar que la verdadera amenaza es un virus para el cual no existen fronteras ni nacionalidades, especialmente en un mundo globalizado como el nuestro. Estamos olvidando el rostro humano oculto tras la máscara.

El reino ermitaño

Verónica González Laporte

Seúl, 29 de marzo— En Seúl, en este momento, todas las alarmas de todos los teléfonos celulares suenan al mismo tiempo. Varias veces por hora. El corazón se acelera y las

pupilas se dilatan. Todos los seulitas se precipitan para consultar sus pantallas luminosas. Los mensajes repiten las consignas de seguridad para contener la propagación del coronavirus, informan sobre el número de enfermos. Hay diversas *apps* disponibles. *Emergency Ready* chilla sin cesar, alimentando la psicosis general y el frenesí de los metiches: se basa tanto en las cifras oficiales como en la denuncia ciudadana. Por el pasillo A del mercado de Dongdaemun pasó un hombre de unos veinticinco años tosiendo, la vendedora del puesto de verduras del pasillo D del mercado de Gyeongdong dio positivo en las pruebas del covid-19, quien haya estado en contacto con ella favor de llamar al 1339. Que no, que el hombre de 25 años tose, pero no está infectado. Otra *app* informa en tiempo real la cantidad de casos actuales: 7755 enfermos, 288 recuperados, 60 muertos. Varios miles en cuarentena.

Mientras escribo esto, la reglita de mi pantalla se va moviendo constantemente, caen los enfermos como los granos de arena en un reloj. Mientras escribo esto, en México se lucha contra la violencia de género. Miles de mujeres marchan bajo el sol de la cercana primavera, cuando las flores de jacaranda entintan de morado la capital, con el mismo sentimiento de rabia en el pecho, pero con la semilla del cambio en las manos. Hermanas, ¡cuánto me hubiera gustado estar a su lado!

Hace unas semanas, cuando la enfermedad se declaró en Wuhan, los coreanos observaron. Claro que se enferman, si los chinos se comen todo, se decía en la calle. Todo lo que tenga alas menos los aviones y todo lo que tenga patas menos las mesas. Que si el virus proviene del murciélago. Animal asociado con la buena salud, con sus alas se hacen sopas. Que si el virus se originó en los mercados donde lo mismo venden víboras que perros desollados. La verdad es que aún sabemos poco.

Corea estableció, desde que se originó el primer caso en su territorio, un eficaz protocolo sanitario. Hasta mediados de febrero sólo contaba 30 casos: un número insignificante para sus 53 millones de habitantes. Pero todo se salió de control a causa de la secta Iglesia de Jesús Shincheonji, Templo del Tabernáculo del Testimonio, en la ciudad de Daegu. Sin tomar en cuenta medidas higiénicas, su líder Lee Man-hee, quien jura haber sido elegido por Jesús en persona, reunió, según su costumbre, a miles de seguidores cada tarde. Los resultados de aquellos funestos convivios se traducen en cifras alarmantes: 60 % de los infectados hoy son producto del contacto con los miembros de la secta. La primera reacción de los seguidores de Lee fue declarar que la gente era castigada por su falta de compromiso con Dios y que sólo los buenos se salvarían. Sodoma y Gomorra, en suma. Omitieron declarar que habían hecho exactamente lo contrario de lo recomendado: permanecer confinados más de una hora en espacios cerrados, llorar y cantar juntos, por lo tanto, intercambiar gotitas de fluidos. Las redes sociales y la prensa vituperaron al líder con tanto ahínco que hace unos días se vio a Lee pedir perdón de rodillas a todo el país. Entretanto, falleció de coronavirus el propio hermano del mismísimo interlocutor de Jesús y las listas con los nombres de los miembros de la secta se entregaban incompletas para esconder las identidades de sus seguidores. La mentira pesó más en la conciencia colectiva que la propia enfermedad.

En los últimos días, dos mujeres, madres de niños pequeños, se aventaron de los balcones de sus departamentos, otra se cortó las venas. Sin dejar notas o dar explicaciones. Los constantes reproches de sus maridos por haber contribuido a la propagación del virus desde la sede de su secta las llevaron al suicidio. La cuarentena ha suscitado un incremento en los niveles de violencia doméstica. En China se dispararon las violaciones.

En Corea pululan las sectas, importadas por los predicadores protestantes que llegaron con los soldados estadounidenses durante la guerra entre las dos Coreas. En primer lugar, porque no pagan impuestos, y ése es un argumento de peso en un país en el que el gravamen puede llegar a representar la mitad de un ingreso. De noche, cuando la ciudad se convierte en un océano de luces, se yerguen incontables cruces de neón de diversos colores. En segundo lugar, porque desde niños los coreanos aprenden a moverse como una masa compacta. Se piensa y se actúa en función de la comunidad, para el bien de todos. Herencia del confucianismo y de las dictaduras de la posguerra. ¿Sientes que tu existencia no tiene ningún sentido y has pensado varias veces en suicidarte? ¿Que no eres nadie? Acude a una secta. ¿Buscas un marido bueno que no te maltrate? Acude a una secta; un hombre religioso es tu mejor garantía. Desde el final de la guerra 120 hombres se han autoproclamado mesías, el único, y fundado iglesias. Pero no se llaman sectas, qué digo, son religiones, aunque tengan nombres estrafalarios y prácticas inverosímiles.

Hace unas semanas se llevó a cabo un encuentro internacional entre los seguidores del líder Sun Myung Moon, comerciante de armas en sus ratos libres y fundador de la Asociación del Espíritu Santo para la Unificación del Cristianismo Mundial, o para hacerlo más corto, la Iglesia de la Unificación. Como él ya murió, ahora su viuda es la encarnación del “Principio Divino”. Moon solía reunir a cientos de hombres en una fila y otro número igual de mujeres frente a frente y los casaba, sin que ellos se hubieran visto nunca. Con la idea de fundar una nueva raza, más pura (¿dónde hemos escuchado eso antes?), con la idea de terminar lo que Jesús (también se le apareció a Moon en la adolescencia) no supo hacer bien. Mamá Moon, última esposa del líder, con un inmenso prendedor

de diamantes y esmeraldas en la solapa, y una sonrisa de empresaria, lleva hoy el mando con mano firme y asegura que su movimiento logrará cerrar el botón mal abrochado de Dios.

Creencias y prácticas religiosas aparte, el gobierno ha puesto en marcha un severo protocolo de prevención. Si uno presenta síntomas, nada de acudir a la clínica: un paciente infectado podría provocar el cierre inmediato del edificio en cuestión. Quien se sienta enfermo será llevado a hospitales especiales en ambulancia. Cada prueba, gratuita para la población coreana (un *kit* cuesta en Estados Unidos más de mil dólares) toma alrededor de una hora. Los doctores deben usar ropa especial desechable para examinar al paciente. Cada vez que un doctor termina con un paciente, se cambia la ropa. Ésta será quemada al final del día. En total, son miles de atuendos especiales necesarios, miles de camas requeridas, cientos de médicos y enfermeros solicitados. Para evitar tanto gasto, la más reciente innovación es el autoservicio: un temeroso ciudadano se presenta en su coche y hace cola ante una caseta médica donde le harán la prueba del coronavirus a través de una ventanilla. No hay contacto físico y la operación dura 10 minutos.

A diario se ven en las portadas de los periódicos las morgues chinas saturadas de cadáveres enfundados en sus bolsas de plástico, comandos enteros fumigando las calles comerciales de los barrios de Seúl, tanques blindados circulando en Daegu, colas interminables frente a los almacenes.

El presidente Moon Jae-in, quien aparece frente a los medios con cubrebocas y guantes, se disculpa por la falta de mascarillas (producidas en China). Empezarán hoy a llegar a las farmacias y su venta estará limitada a dos por persona: los datos del cliente se guardan en una base de datos para

asegurarse de que el mismo cliente no vaya después a otra tienda o busque lucrar con ellas. Dicha restricción ya está causando problemas a los extranjeros: sólo se venderán mascarillas a quien muestre una identificación coreana.

El impacto económico más evidente es la ausencia de turistas chinos en las calles de Seúl, ciudad de más de 20 millones de habitantes convertida de pronto en un pueblo fantasma. Los pequeños comercios, los grandes almacenes de lujo, están cerrados. Se cancelaron todos los conciertos, las fiestas, los partidos, las conferencias, las misas, las escuelas, las manifestaciones. Antes de entrar a cualquier edificio, detrás de cada puerta, una persona se encarga de tomar la temperatura de los demás con un termómetro frontal.

Una emergencia sanitaria internacional de este calibre invita a reflexionar sobre la dependencia del planeta entero de la manufactura de un solo país, nuestros hábitos sociales y nuestra forma de relacionarnos con el mundo. Desde hace cuatro semanas el cerco se ha ido cerrando, primero en los hogares, luego en las calles y al final las fronteras. El aislamiento es lo único que logrará contener el contagio, aseguran los expertos. Corea ha vuelto a ser lo que era antes, en siglos pretéritos: un reino ermitaño.

No hay nadie en casa

Santiago Roncagliolo

Barcelona, 30 de marzo— Este es el contestador de la familia Roncagliolo. Ahora mismo, no podemos atender a su llamada. No hay nadie en casa.

Mi hijo dirige al equipo profesional del Atlético de Madrid. Mañana jugará los cuartos de final de la Champions

contra el Barcelona, y va a intentar fichar a Neymar a tiempo. Mi hija está en el cine con cuatro de sus amigas. No paran de comentar la película mientras la ven. Pero nadie se queja. Mi esposa trabaja en el ayuntamiento de una ciudad vecina. Y yo me encuentro en la Lima del siglo XVII, entre brujas paganas, inquisidores y virreyes.

En los días del confinamiento, recuerdo con piedad a todas las personas bienintencionadas que me advirtieron que no me enajene con la computadora. Que vigile el tiempo de los niños frente a la Playstation. Que prevenga la adicción a las redes sociales. Pienso incluso en los que no tienen televisión, porque son demasiado inteligentes para perder el tiempo con ella. Imagino a esas buenas personas llenando las 24 horas diarias y los siete días semanales con sus hijos en casa, jugando con soldados de plomo y camioncitos de madera.

A veces tienes grandes ideales y la vida te hace una putada, de verdad.

Para no pasarnos el día enchufados en mundos irreales, en casa hemos incorporado un programa de ejercicios. Empezamos bailando con *Just Dance*, hasta que me lesioné la espalda, porque el calipso en la sala de mi casa es un deporte de riesgo demasiado salvaje. Desde entonces, jugamos ping pong en la mesa del comedor. Hemos armado la red con una fila de cajas de Kleenex, y la bola a veces rebota encima de ella, creando efectos inesperados. Si pudiéramos salir de casa, la patentaríamos.

Cuando les pregunto, los chicos quieren quedarse aquí para siempre. O al menos, hasta que se acaben los capítulos de *Merlí*, que vemos juntos por las noches. Es una serie muy extraña, sobre adolescentes que van por la calle sin que los detenga la policía, y se reúnen en un lugar llamado “instituto” donde, al parecer, están permitidas las aglomeraciones. Nadie lleva mascarilla ni guantes, y estoy seguro de que

su grado de contagio se volverá exponencial en cualquier momento. Irresponsables.

Acostumbrado a la soledad de la escritura, trato de reservar algunos momentos para estar conmigo mismo: mientras cocino, me sirvo un vaso de vino y me pongo música en los audífonos. Es como estar en una discoteca.

El virus nos obliga a vivir con lo indispensable: la gente que amas. El espacio preciso. La comida que puedes hacer con tus propias manos. Y resulta que la cultura forma parte de ello. El juego, la música y los libros hacen la vida soportable. Como contador de historias, siempre me he sentido mucho menos útil para la vida real que un agricultor o un basurero. Ahora, ya no tanto. Por otro lado, muchos escritores viven convencidos de su propia importancia. Yo todos los días, a las ocho, salgo a la ventana a aplaudir a los médicos y enfermeros que enfrentan al virus. Y ya nunca olvidaré quiénes son los héroes de verdad.

En fin, también la gente que frecuentamos se ha limitado al mínimo. Hacemos más videollamadas que nunca, pero con menos personas: mi madre, mi padre, los amigos más cercanos. Ni siquiera es posible hablar con alguien más ¿Qué podríamos contarle? Tu familia es esa gente con la que no hace falta hablar de cosas interesantes. Y nuestra aventura más salvaje de esta semana ha sido desatascar el fregadero de la cocina.

Así que, si no hemos contestado esta llamada, por favor, vuelve a intentar.

Nos gusta que nos cuenten cosas. Cosas que no sean cifras de muertos y mascarillas.

Estamos ansiosos por saber de ti.

El baile de los que sobran

Alejandra Costamagna

Santiago, 31 de marzo— Habíamos aprendido a encontrarnos. Por fin, habíamos recuperado el abrazo colectivo. Habíamos aprendido a salir de la burbuja del *sálvese quien pueda* para encontrarnos con el vecino en el caceroleo del balcón, en el pasillo del edificio, en la fila del negocio para comprar el pan, en la calle codo a codo, mano a mano, cuerpo a cuerpo. Habíamos vuelto a cantar “El derecho de vivir en paz” o “El baile de los que sobran” desde nuestras ventanas durante el toque de queda impuesto por Piñera. Ver a los milicos custodiando la ciudad nos traía los peores recuerdos de la dictadura. Nos parecía una pesadilla de la que queríamos despertar con urgencia. Pero estábamos juntos y tomábamos las calles. Rebautizamos la Plaza Baquedano como Plaza de la Dignidad y métale marcha, métale caceroleo. Llenábamos nuestros rociadores de agua con bicarbonato para humedecer los pañuelos y las caras de los manifestantes cuando las bombas lacrimógenas o el gas pimienta arrojados por la policía nos ahogaban. Coreábamos y saltábamos en perfecto desorden, confundidos entre la multitud. Las calles se llenaban de grafitis y consignas, los muros hablaban por nosotros. “Salud digna”, “Pensiones justas”, “Educación pública de calidad”, rezaban nuestros lienzos. Pero también: “Me hace falta pancarta para toda la rabia que tengo”, “No a la Constitución pinochetista”, “Chile despertó” o “Hasta que la dignidad se haga costumbre”. La policía nos golpeaba, nos abusaba y nos sacaba los ojos, pero la rabia y la conciencia de la precariedad eran drogas que nos ani-

maban para seguir en la calle. Proyectábamos un proceso constitucional que tenía muchísimas imperfecciones y estábamos discutiéndolas, porque nos movía ante todo la idea de que al fin cambiaríamos ese instrumento heredado de la dictadura, el texto legal que no garantiza los derechos sociales sino que los fija como mercancías. Íbamos a cumplir cinco meses en ese despertar colectivo cuando llegó la pandemia y nos recluyó. Adiós abrazos, manos, besos. Cambiamos las capuchas por las mascarillas, pensamos que si nos cuidamos individualmente estamos cuidando a los demás. Llenamos los rociadores de agua con cloro para desinfectar las bolsas de basura y mitigar el riesgo que corren los trabajadores del aseo. Queremos pensar que el confinamiento nos llega con el chip de lo colectivo ya incorporado. Algo aprendimos durante estos meses, nos decimos. La rebelión de octubre fue una suerte de adiestramiento, nos repetimos. Porque sabemos que lo que está en juego acá, justamente, es la precarización de los más de dos millones de trabajadores informales que no tienen seguridad social, de los migrantes, de los presos que son tratados como desechos (hay contagiados en algunos centros penitenciarios y sabemos de un centenar de jóvenes detenidos durante la revuelta, que no han sido procesados y hoy cumplen prisión preventiva), de las personas que viven en la calle, de los ancianos que reciben pensiones de miseria, de los trabajadores de la cultura que siempre han sido ninguneados por un sistema que sólo mide logros productivos. De un orden que todo lo mercantiliza, incluida la enfermedad. Ver al ministro de Salud, que durante el estallido social dijo que Chile tenía “el mejor sistema de salud del planeta”; el mismo que en la administración anterior de Piñera manipuló las abultadas listas de espera de los hospitales para presentar un falso avance en la salud pública; ver a ese personaje anunciando ahora que el gobierno arrendará hoteles y centros de con-

venciones del sistema privado para enfrentar la crisis; verlo decir que quizás el virus pueda mutar y convertirse en “buena persona” es una burla que acrecienta la rabia previa al estallido. Ver el dictamen de la Dirección del Trabajo estos días, que establece que en casos de fuerza mayor —como la cuarentena decretada en algunas comunas del país—, los empleadores no estarán obligados a pagar las remuneraciones de sus trabajadores es otra bofetada, otro punto para la indignación. Ver que el presidente anuncia un bono único de 58 dólares para las familias más vulnerables y la postergación de las deudas por los servicios básicos, pero que en ningún caso elimina ni subvenciona estos cobros ni garantiza un ingreso digno para quienes quedarán cesantes o verán disminuidos sus ingresos es una evidencia más de un sistema indolente, uno que prio / riza el negocio sobre la solidaridad. Éste es el baile de los que sobran en su versión más cruel. La Plaza de la Dignidad fue enrejada por los militares durante los primeros días de toque de queda sanitario, los grafitis fueron borrados y sólo persiste en el cemento una enorme pintada de la marcha del 8 de marzo que dice “HISTÓRICAS”. Tenemos la sensación —o el deseo o la fantasía— de que apenas pase la emergencia sanitaria, volveremos con todo. Estaremos más golpeados, aún más precarizados, aturridos y dolidos por estos días extraños. Quizás nos costará volver a abrazarnos. Pero seguiremos despiertos, listos para retomar lo que empezamos el 18 de octubre.

Funámbulo sin cable de protección

Mario Bellatin

México, 1 de abril—

Ciudad de México, Abril "022

En el Cuadernillo de las Cosas Difíciles de Explicar, el Poeta Ciego, un hombre transhumante que alguna vez circuló por esta región, dejó por escrito que las aguas en esta región iban a hacer posible la desaparición infinita de mujeres. Por medio de líquidos se deshacían ~~xxx~~ no sólo de los cuerpos físicos, sino de las imágenes virtuales que buscaron alguna vez, inútilmente, representarlos. Fotos pegadas en las paredes de las calles, en muros de gigantes fábricas anónimas, en los postes de alumbrado público. Afiches devastados, acribillados, mutilados, rasgados, abieertos en canal, destripados, erosionados, mostrandá en su virtualidad, en su esencia de medio de emergencia para hallar esos cuerpos desaparecidos, la correlación de lo verdaderamente sucedido. De lo atroz más infame. Esa muhawha sin dientes, el papel quedá rasgado luego de infinitas horas de inclemencia bajo el sol y la lluvia, es la sentencia final, el sello, de lo ocurrido. No hace falta ya detenerse a buscar esos dientes regados, esparcidos, anegados ppr las aguas del suplicio al que fueron sometidos esos cuerpos. Ahora uno se encuentra confinado. Se le obliga a permanecer inerte en un espacio cerrado. Se trata de evitar que circulen entre extraños el virus que motiva una peste. Los carteles a los que se refería el Poeta Ciego en "El Cuadernillo de las Cosas Difíciles de Explicar" siguen manteniéndose a la intemperie, pero ahora sin nadie que los pueda apreciar. La devaluación de las mujeres maltratadas, desaparecidas, muetas, desolladas en vida muchas de ellas, será presa únicamente de las inclemencias del tiempo. Pero ahora, a partir de este confinamiento obligatorio, serán otras las víctimas. Las esposas, las hijas -sobre todo aquellas a las que las normas patriarcales impidieron que recibieran alguna educación. A merced del mal doméstico. En alguna parte supe wue el Mal te tiene detectado antes de actuar. Tu mayor enemigo se encuentra en tu entorno. Por eso en estos tiempos de peste pienso más bien en los que huyeron a tiempo de sus hogares. En los que viven en las alcantarillas, en aquellas mujeres que se entregan debajo de los puentes de las grandes vías. De dónde provendrán ahora las fotos necesarias para pegar los afiches en las calles por di alquén es capaz de reconocer a la víctima? En estos tiempos de encierro, de hacinamiento, de la obligación del amontonamiento de cuerpos en lugares en apariencia seguros como el seno familiar, no va a ser necesario encontrar víctimas anónimas. Estos tiempos van a permitir el no anonimato. Van a descansar las almas bondadosas que sin sentido suelen deternse ante alguna de esas imágenes, sabiendo de antemano que lo que van a apreciar es una misma mujer, repetida y vuelta a repetir hasta el infinito. Por eso deja de ser relevante, lo afirma el Poeta Ciego, los estragos que puedan mostrar esos rostros. El mal dejó de ser ambiguo. En tiempos de peste, de reclusión, lo que verdaderamente se va a instaurar no va a ser la muerte y la inmovilidad dels cuerpos, sino el silencio ~~xxxxx~~ sepulcral de aquellas muertas que no van a romper nunca el pacto de fidelidad patriarcal. Las fosas están situadas ahora en los patios traseros de las viviendas, o en los extraños lugares que fungen como tales.

Ciudad de México Junio 2020

Abranse paso. Sigam destruyéndome. Continuen ocultando mis palabras. Tienen todo el derecho de hacerlo. Los pretextos sobran. Cada vez se encuentra una nueva razón para hacer que los textos dejen de circular como lo estuvieron haciendo. Cada vez hay una nueva oposición, sobre todo cuando los textos vuelven a actualizarse. Cuando alguna peste o alguna guerra vuelve a arrasrar a la humanidad. CUANDO un grupo de mercachifles lucran con las palabras ajenas y roban hasta dejar en la miseria a quienes les dan de comer. Menos mal, lo agradezco hasta el infinito, que cuento con un lugar donde dar sãllo a los apesados. He colocado en la puerta mi Certificado Oficial de Mutante y he abierto una pequeña escuela de educación primaria, de donde sã los educandos no saldrán jamás. Se quedarán aqui, todos juntos, aprendiendo para siempre las primeras letras y las cuatro operaciones matemáticas. De aquí a la eternidad. Es la única salida digna que he encontrado luego del desastre que fue para todos hallar el cadáver del Pedagogo Boris, smartillado hasta el cansancio ~~por~~ por du majer, la Maestra Virginia, luego de encontrar encaramada sobre su cuerpo a la enfermera asignada para cuidarlo. Se tuvo que envolver la cabeza del Pedagogo Boris en un turbante rojo para que los fieles no fueran testigos del nefasto espectáculo que dejó aquella ejecución. Los niños fueron llevados al recinto una vez que las medidas de alerta se intensificaron. Algunos padres parecieron recorrer cierto salón de belleza situado en las inmediaciones. "Puede ser cierto" me arrevi a contestar a los más curiosos e inquisitivos. Nunca dije que era un migrante, que provenia de antiguas guerras, atroces y bárbaras, no les informé tampoco de la cantidad de humanos que debi asesinar, uno tras otro, en filas infinitas. Tampoco les dije que a los seres humanos les dejé de llamar personas para referirme a ~~ellos~~ ellos como "madera". De esa forma era más eficiente y fácil la ejecución de las tareas. "Hoy debo deshacerme de la madera de mala calidad, de la podrida, de la que pronto va a ser nido de alimañas" "Mañana me tengo que deshacer, para mi pesar, de unos cuantos kilos de madera buena, todavía lista para ser usada, pero que se debe ir pues los alpacenes se encuentran ya llenos y no hay nada peor que ~~al~~ el sobreexceso de material, eso es propio de usureros, de gentes que sólo piensan en ellas mismas y en la manera de obtener un beneficio personal sin límites" POR eso los llamaba madera, y me daba más gusto, pese a haber afirmado lo contrario, deshacerme de esa madera primero. Mientras tanto, los pupilos seguian entrando a mi escuela para, como en otras épocas, ofrecer una peste no masiva, no plebeyã, una peste desorientadora, que lleva a sus victimas únicamente a un No Estar en el mundo, cuando la misión de cualquier peste es precisamente nuestra reafirmación comã especie. Tengo recuerdos de los bombardeos queasabaron con mi ciudad de origen, el recuerdo de un salón de belleza, y del final devun grupo que seguia las enseñanzas de un Posta Ciego, basta leer el Cuadernillo de las Cosas Difviles de Explicar, que dejó escrito. POR asetermino de entender esa necesidad de ocultar los textos,

México, Julio 2929

~~Salones callejeros~~ Salones callejeros, vetustos, desamparados, salones que tratan de emular un canon de belleza, cualquiera, adquirido, femenino, un estandar capaz de hacer que las mujeres puedan ser reconocidas como tales. Esta es una historia ahora de mujeres, una enfermedad femenina y no mariconizada como lo fue en sus tiempos de esplendor. Para eso existen locales de esta naturaleza, salones de belleza, ~~perro~~ con el fin de que el blanco quede más claro. Es casi una obligación asistir a estos rituales, que no son necesariamente femeninos, sino una imprecisión desde un otro que necesita feminizar. Cuando el grupo de jóvenes vino treinta años después a preguntar de qué salón se trataba, A preguntar qué tipo de local necesitaba transformarse abiertamente en un moridero, se les tuvo que contestar que era el típico lugar necesario ~~exactly~~ para cuando la peste se encontraba encasillada. Ahora vuelven esos lugares, en los espacios confinados que no obedecen a la lógica de las modernidades. Donde el aislamiento es una falacia, algo imposible de cumplir en la mayoría de viviendas, o lo que se puede considerar como tal. La calle es el lugar del encierro obligatorio. El espacio de los virus y el lugar donde se hace posible su erradicación. Nada de cuerpos sexualizados, ni de bellezas que se buscan en lugares equivocados. Que han sido bautizados de determinada manera únicamente por los criterios de opresión con los que actuó aquel que llevó adelante un salón de belleza en tiempos de peste. Adónde ir en tiempos de peste? Existirá alguna manera de encontrar un lugar apropiado para hacer de esa peste algo propio? Algo similar a lo que suele considerarse belleza en ciertos ambientes. Hacer del apestado un ser individual, sofisticado, alejado de la plebe infectada. Por eso se eligió a los que fueron recogidos debajo de los puentes. No todos tuvieron acceso a esta región privilegiada. Aquí se vino a morir, a fallar únicamente aquellos que al no haber encontrado espacio dentro de la supuesta sanidad imperante, iban a lograr, ellos sí, una manera propia de morir. Rodeados de peces de colores y no de desconcertado personal médico. Sin pelear por razones de edad, orientación, enfermedades previas, por las bendiciones de un respirador artificial, que le sería arrebatado a uno para ser entregado a otro que, según las leyes del afuera, las mismas que eran las causantes del actual estado de las cosas. Muertes flotantes envueltas en los oñones de la belleza más abyecta. Cadáveres sin sosiego, vivos a pesar de sus propias muertes. El mal, una vez tomado el cuerpo, no tría cura. Era necesario admitirlo sin más. Era, de alguna manera, la sentencia que el científico Olaf Zumfelde había redactado en aquella carta, donde afirmaba y daba su firma y su sello para corroborarlo, de que el paciente se trataba de un Ser Mutante, de uno de esos casos que se presentan uno entre millones de cualquier especie, cuyo razón de ser es imposible de ser explicada. Agradezco sobremediana la doctor Olaf Zumfelde, investigador de la Universidad de Münster, por haber redactado esa suerte de salvconducto para haber podido que un grupo de seres, de misarabiles, escape a la plebe, a la uniformización que cualquier peste trae en su esencia. A los Libros Sagrados me remití.

Ministros, comisionistas y vagabundos

Marcos Giral Torrente

Madrid, 2 de abril— Madrid, la ciudad donde vivo, parece desierta. La transitan casi en exclusiva coches de policía, ambulancias y —hasta hoy— fantasmales autobuses urbanos con el único pasaje de su conductor. Apenas hay peatones salvo los privilegiados dueños de perros o los solitarios que acuden a guardar distanciada cola a las puertas de los supermercados. Si desconociéramos las causas, nos regocijaríamos. Es posible escuchar el rumor del agua en las fuentes; el aire ha recuperado su frescor; nadie te roza. La ciudad, toda la ciudad, se muestra de una forma nunca vista: infinitamente menos agresiva pero también más frágil. Lo más similar —un mero reflejo costumbrista—, ese único minuto de algunas madrugadas de vuelta a casa, cuando el alcohol y las prisas por la mañana incipiente se conjuraban para convertir en demasiado fugaz cualquier epifanía.

Mi barrio, Justicia, está en el centro más centro y mi casa, a unos pocos metros de la Gran Vía. Hasta hace dos semanas no tenía más que doblar un par de esquinas para toparme allí con una amalgama de coches atascados y de multitudes humanas entrando y saliendo de oficinas, de restaurantes de comida rápida, de cines y de grandes tiendas de multinacionales textiles. Esta mañana he cruzado esa frontera que me aleja de los aledaños de los tres comercios en los que normalmente me aprovisiono porque, tras varias intentonas fallidas de hacerme con mascarillas protectoras, a través de una *app* de ayuda mutua vecinal he sabido de una farmacia en la que subsiste un *stock* agonizante. Adivinaba lo que me encontraría y todos los pensamientos estereotipados que cabía esperar —el decorado vacío, el hormiguero

despoblado— han hecho aparición. Temeroso de ser interceptado por la policía, no me he atrevido a más. He llegado a la farmacia, he pagado por un par de mascarillas seis veces su precio real y he emprendido el regreso más calmado, con el salvoconducto que éstas me proporcionaban.

La mañana era fría pero luminosa, sin nubes, con un sol venturoso que iluminaba hasta el más extravagante rincón. Distinguía cada jardinera, cada banco, cada farola y, más arriba, cada marquesina, cada ventana, cada cornisa. El espacio se asemejaba a una realidad aumentada en la que los edificios, restituida su escala real, parecían sobredimensionados. Un escenario demasiado grandioso para los pocos enmascarados que lo mancillábamos. En 15 minutos de paseo no creo que me cruzara con más de cuatro. Ensimismados, apresurados, obedientes, con la mirada baja reacia a concederse el privilegio de la curiosidad. Luego, de pronto, he empezado a fijarme en los *homeless*, en los *clochards*, en los vagabundos que han rehuido el confinamiento en el albergue habilitado para ellos. Tampoco eran muchos, los suficientes para que haya llamado mi atención su resiliencia. Quietos en sus oteros, alucinados, con esa indefensión contemplativa de quien concede a los asuntos de los hombres la misma inexorabilidad que a los fenómenos naturales, me han hecho pensar en estatuas trágicas y de inmediato no he podido evitar sentir que todos lo somos.

El otro día Alain Touraine decía en una entrevista que lo que más le impresiona del momento actual es el vacío, la ausencia de actores, el desgobierno. Por encima de los ciudadanos no parece haber nadie. Nuestros dirigentes están tan perdidos como nosotros, sin respuesta ante los retos contemporáneos. Lo único que habría hecho esta crisis sanitaria, así como la económica que se avizora, es ponerlo más a la vista. Y con celeridad se suceden los pronósticos. Proliferan en los periódicos, en las televisiones, en las radios,

en el interior de las casas repletas. Los vagos vaticinios de quienes sostienen que todo va a cambiar pero no se atreven a señalar cómo, los apocalípticos que auguran desgracias sin fin, los esperanzados que fantasean con la defunción del neoliberalismo culpable, los flemáticos para quienes el drama prometido se diluirá más pronto que tarde en una especie de gigantesco efecto 2000.

Al parecer uno de los principales inconvenientes con los que se están topando los países que intentan en estos días comprar respiradores mecánicos es que la producción proveniente de China la acaparan comisionistas que los retienen para hacer subir su valor. Mientras tanto, el ministro de finanzas de un país tan civilizado como Holanda, un paraíso fiscal encubierto, nos regaña a españoles e italianos por no haber hecho más con el superávit de los últimos años, olvidándose de que una parte fundamental de éste se fue en pagar los rescates diseñados en la última crisis para que nuestros bancos no dejaran de bombear los intereses con los que otros financiaban su confort. ¿De quién es el futuro? ¿De ellos o de los miles de sanitarios que arriesgan su salud para salvar la de otros?

Los náufragos

Pedro Mairal

Buenos Aires, 3 de abril— Somos náufragos de balcón. Nos saludamos de lejos desde las naves apestadas, con señas, mensajitos, gritos largos que atraviesan a medias las corrientes del viento de la calle. A las nueve de la noche se instaló, a través de redes y noticieros, la costumbre italiana o española de aplaudir a los profesionales de la salud que están peleando en la primera línea contra la pandemia. En Buenos

Aires primero fueron los aplausos, una descarga colectiva, una nueva sensación de hermandad. Muy puntual. Alguien publicó en Twitter: Si ponés el arroz 20:50, los aplausos te indican cuando ya está listo. Otra escribió: Estábamos cogiendo con mi encuarentenado, tuvimos como hace tiempo no nos pasaba un gran polvo cósmico de orgasmo simultáneo y, cuando nos derrumbábamos en la gloria, el barrio entero nos empezó a aplaudir. Eran las nueve.

Y a esa hora empezó a sonar la música. Acá tengo que decir algo cruel: no somos Cuba. La música es ponerse de acuerdo, escuchar lo que propone el otro y sumarse al tempo, a la armonía, es decir, es colaboración. Tengo idealizada musicalmente a Cuba, por culpa del Buena Vista Social Club, y por culpa de videos de YouTube que los turistas filman por las calles de La Habana. Alguien con unas congas, otro con un tres, se agrega un trompetista y una cantante por la calle, y hacen una versión de “Lágrimas negras” improvisada en un umbral, como nunca escuchaste antes. Se suman. Hacen música. En Buenos Aires empezó como una competencia de *talent shows*.

Uno sacó los parlantes al balcón y tocó bastante bien el Himno Nacional con el bajo. Pero al día siguiente el saxofonista de la cuadra quiso hacer “Adiós Nonino”, de Piazzolla, y se superpuso con los (probablemente) hermanos que querían hacer “De música ligera”, de Soda Stereo, con batería y guitarra eléctrica y micrófono. Se chocaron las músicas. Cada uno, sordo del otro. Y no aflojaban. El ruido del infierno son simplemente dos armonías alienadas que suenan en paralelo. Esos momentos de las ferias donde se entrecruzan las canciones de dos músicos callejeros y surge de pronto la banda sonora del terror.

No hubo consenso entre los músicos. Y la sensación de hermandad colectiva, la impresión de que somos una aldea global enfrentando esta dificultad, la unidad de los

argentinos frente a la pandemia, se empezó a resquebrajar. Una especie de individualismo jodido se hizo notar. Muy sutil aún. Se peleaban por el *prime time* de las nueve para lucirse. Los músicos de monoambiente, los guitarristas de sofá, los multiinstrumentistas que se graban ellos mismos cumpliendo todos los roles de la banda en pantalla dividida, querían tener su momento, su escenario colgante. Y se pisaban. Los aplausos igual eran generosos, para uno, para otro. Bravo.

Pero algo nuevo empezó a aparecer, un disenso más hondo. Quizá en la Argentina no soportamos tanto tiempo la buena onda. Estamos encerrados, caminando por las paredes y la bronca tiene que salir por algún lado. Encima tenemos la desgracia de estar pegados a un país modelo. Los dirigentes políticos uruguayos decidieron mancomunadamente bajarse los sueldos para aportar con el dinero sobrante la compra de recursos sanitarios. En la Argentina se les pidió ajuste a los ciudadanos, pero el poder político hasta el momento no se bajó los sueldos. La espuma social subió en silencio, primero. Fue creciendo la bronca de los que no los votaron. Se programó un cacerolazo. La gente se empezó a embanderar, se prepararon para la contienda.

La primera noche sonaron todavía los aplausos de ánimo y apoyo humanitario, también cantó algún músico al que le quedaban aún ganas de figurar. Y a las nueve y media empezó a sonar puntual un cacerolazo tintineante, de teflón, nada de aluminio tóxico y ruido a lata, un cacerolazo wok, cacerolazo Essen, acero alemán, templado, casi cuenco tibetano. Cuando se silenció el ruido, una mujer les gritó en el balcón con la furia de sus pulmones sanos: “¡Barrio de garcas, barrio de desagradecidos, cacerolean, caceroleensé la chota!” Alguien la grabó con el celular. Se viralizó en tiempos del coronavirus la reacción de la mujer empoderada. A la noche siguiente ya el aplauso de las nueve fue claramente

de apoyo al gobierno y el cacero lazo fue antigobierno. Y aparecieron gritos a los cacero lazo: “¡Garcas! ¡Gorilas! Viva Perón, carajo!” Insultos cruzados, de edificio a edificio, de balcón a balcón. La violencia del encierro abrió las jaulas de la cuarentena y los gritos desahogados llenaron el aire de las cuadras.

A la mierda con la hermandad sanitaria. ¡Qué lindo putearse! Desde el anonimato oscuro de la cuarentena pandémica, putear a otro desde la sombra. Cada balcón un púlpito, un paraavalancha donde aguantar los trapos, orgullo de barra brava que muere peleando solo, porque el otro es todo lo que pensaste y peor, peor, es más gorila, es más peroncho, es el enemigo, es todo lo que está mal, es el culpable de la miseria de este país hermoso. ¿Y el aplauso emocionado? ¿Y el aviso de Coca-Cola —aún no filmado pero ya protagonizado por todos— con la humanidad cantándole a enfermeros y médicas y camilleros? ¿Y los ojos húmedos del amor por el prójimo? Qué poco que duró.

Mientras tanto en el planeta se apilan los muertos. Buscan camiones frigoríficos para guardarlos. Los dejan abandonados en las calles. Improvisan morgues en pistas de patinaje sobre hielo. Crece la cuenta de las bajas. Se viene el Apocalipsis pero vos estás peleado con tu vecino. Hace 15 días estabas preocupado por algo que sucedía del otro lado del mundo, pero no sabías que tu vecino necesitaba unos pesos para los remedios de su hijo. Ahora lo conocés, sabés que es del partido político contrario. Lo marcaste. Le hiciste la cruz. Inquina, saña, veneno, guerrita de cárteles en el ascensor, denuncias, ejércitos de sombras para la puerta de al lado. Afuera, sin cuarentena, deambula gente desesperada. ¿Quién te va a salvar dentro de algunas noches cuando llegue el fin del mundo? ¿Y vos, a qué náufrago vas a sacar del agua negra?

Butman

Chiara Valerio

*No hay nada más efímero
que darse cuenta.*

Fleur Jaeggy

Milán, 4 de abril— Me gustaría seguir imaginando a los murciélagos como los hermanos de Batman. Y sin embargo no consigo pensar en ellos más que como alimento. Comestibles, preciados, murciélagos deliciosos en los mercados de China que son vendidos y devorados y que, entre estos dos verbos, como en ángulo, colgados de cabeza, diseminan un virus que nos infectará a todos. Mejor dicho, que ya nos ha infectado. La primera sorpresa de este mes tiene que ver, así, con mi imaginación: cuando pienso en los murciélagos me los figuro cocinados. ¿Es posible, me pregunto, caminando alrededor de la mesa, que un superhéroe como Batman —no un verdadero superhéroe, se entiende, sólo es rico, su superpoder es el dinero—, es posible que el superhéroe del capitalismo y de la orfandad más desenfrenada le deba hoy su fortuna y su imagen a un platillo típico? Por otro lado, como decía Benjamin, y estoy de acuerdo, el capitalismo no tiene días feriados y no tiene santos, pero sin duda tiene un superhéroe. Entonces pienso que es natural que lo tenga, pues el objetivo del capitalismo es el mismo que el del superhéroe: el bienestar. El dinero es tan inmaterial como el sueño, pero a diferencia del sueño tiene una gramática de divisas, intereses, títulos de crédito fuertes y confiables, creativos, como las más grandes historias del mundo. Así, es justo que Batman se convierta en un asado de murciélagos, particularmente ahora que el capitalismo revela sus defectos y ve menoscabado el último recurso natural disponible y con un costo

de producción de casi cero: nosotros. Me gustaría mucho poder saborear a Batman, pero no consigo encontrar murciélagos, ni siquiera las variedades locales que suelen resultarme simpáticas porque, además de enredarse en el cabello, se comen los mosquitos. Y yo odio los mosquitos. Como no consigo murciélagos muerdo la batiseñal que uso como *mouse pad*. Que usaba. Porque ahora los *mouse pads* son obsoletos, están pasados de moda. Pero no quiero hablar del *mouse pad*, que de todos modos no es comestible; me gustaría decir que en el futuro cambiarán las cosas que ya cambiaron. Aunque el futuro parezca lejísimos. Si hubiera logrado quedarme niña no me habría importado; el pasado habría sido “hace unos días” y el futuro “dentro de unos días”, y en cambio hoy estoy contando. Los conteos siempre resultan espantosos. Como las listas.

Las listas lo contienen todo. Las propiedades y las deudas de un ser humano, las necesidades cotidianas y los deseos. Pasado y futuro, y tal vez también presente. Las listas contienen a los vivos y a los muertos. Las listas son la base del patrimonio de una persona, y la base de las recriminaciones y las loas. Antes de salir hacia la casa o al trabajo se ordenan las cosas que se llevan y las que se dejan atrás. Se enlista, siempre, todo lo que tiene un valor real, simbólico o afectivo, y lo que no lo tiene. Cuando una persona muere, al ordenar se hace una lista de las cosas que ha dejado. Las listas son vertiginosas, establecen lugares geográficos y son juegos de mesa. Y las clasificaciones son listas. Las personas compran con base en listas compiladas por otros a los que se les paga por hacerlo, y se rinden diariamente a la fascinación de los bienes, porque en la lista de la compra ya está aquello que falta en casa. Las listas son la versión explícita de nuestras posesiones.

Las personas tienen miedo a los números porque los números ordenan las posesiones, que no son un acto sino

una conquista. Ser algo o alguien. Tener algo o a alguien. El dinero es el único número que todos aspiran a conocer íntimamente, es la medida de las personas. Una medida precisa. Como altura, peso, teléfono y RFC. Una banda transportadora, una cadena de montaje, un trabajo organizado en turnos, objetivos, pasos y de nuevo una lista. En las listas, como en el amor, el tiempo no existe. En los catastros neosirios están inscritos los niños, medidos en palmos, para poder contarlos, a los pocos años, como parte de los nuevos ciudadanos adultos. Es otro tipo de divisa. En las listas de difuntos, los muertos todavía tienen un nombre. Las cosas que pueden ser nombradas existen. Por eso las personas temen también a los nombres. Pero no quiero concentrarme en las listas, querría concentrarme en el futuro y en que existen al menos dos formas intuitivas de representarlo. La de siempre: un plano cartesiano, el tiempo en el eje horizontal, el espacio en el eje de las ordenadas. El tiempo corre y el espacio cambia, dibujando una gráfica, un trayecto. Pero observándolo me doy cuenta de que ya no tiene sentido, porque todos somos función del espacio. Somos como Batman sin batiseñal, encerrados en casa. Entonces. Consideremos el espacio en el eje de las abscisas y el tiempo en el eje de las ordenadas, porque estamos detenidos, el tiempo se acumula en vertical. Estamos congelados, cada uno en su casa, bajo diversos niveles de presente. Cuando el tiempo se acumula no pasa, por eso, a veces, durante el día y a pesar de la luz, no sé qué hora es. El tiempo me rodea y todo el futuro se vuelve presente. Una torre de presente. Es por esto que creo que cambiará aquello que ya ha cambiado. Cuando el futuro se reanude, no sé cómo, tendremos muchísimo presente que digerir. El presente indicativo de estar en el mundo.

*

Me doy cuenta de que abandonar la idea del Batman superhéroe para pasar a la realidad del Batman cocinado puede resultar peligroso. Sin embargo. Hay que considerar la circunstancia. O al menos la revelación. Con 42 años cumplidos pensaba en mi vida, satisfactoriamente encauzada, como una vía cuyo recorrido y horizonte podía intuir. Y que mis aventuras serían, esencialmente, interiores. Y en cambio ya no es así. No es que las vías se hayan recorrido: es la posibilidad la que se movió. No me gustan los cambios. Nunca me han gustado. Cuando tenía 10 años el maestro de primaria nos pidió que desarrolláramos en un ensayo qué había cambiado después del verano, y yo escribí —lo sé porque mi madre conservó esas líneas en el libro de corcho de las cosas importantes—, escribí Puesto que la muerte es el cambio más grande que pueda ocurrirle al hombre, espero que después del verano no haya cambiado absolutamente nada. La verdad es que no hay nada extraño en este texto; los niños hablan con frecuencia de la muerte y matan moscas, lagartijas, mosquitos.

Como sea, y a pesar de que no me gustan los cambios, me agradan las posibilidades. Y este virus dramático e inesperado las ha abierto. O tal vez pienso todo esto porque durante muchos años estudié matemáticas y sé muy bien —saber como recordar— que la existencia de las soluciones depende del conjunto en el que se mueven. Y así, al haber cambiado el conjunto dentro del cual nos movemos no podemos tener las mismas soluciones a los mismos problemas. Incluso podrían no existir soluciones, pero mi talante no me permite pensarlo. De modo que leo. Leo mucho. Debo decir que lo único que consigo leer sin pensar en nada más, que casi me cambia la respiración, como si hiciera yoga, es Dürrenmatt, *La guerra invernal del Tíbet*, *La muerte de la Pitia*, *La promesa*. Una escritura en la que la razón apenas

puede iluminar una pequeña fracción de la realidad. Me refiero a la razón humana. Tal vez existen otras razones. Qué significa razón cuando las formas de vida son distintas de la nuestra. Qué significa razón, vida, inteligencia, conciencia. ¿Tiene sentido definir las? Por ejemplo, ¿qué piensa, cómo razona, tiene una conciencia el océano de *Solaris*? Me lo pregunto mientras adapto para Radio Rai 3 la novela de Lem. También consigo leer *Solaris*, tal vez por la misma razón. Una escritura donde la razón evidentemente no es suficiente. Escritura donde el contexto conocido también revela ser otro. Como para nosotros. Como para mí. Tenemos la posibilidad de razonar con todo el cuerpo, cada uno con el propio y como cuerpo colectivo.

*

No creo que el virus se combata con libros, pero sé que si Primo Levi contó en *La tregua* que consiguió sobrevivir a la deshumanización gracias a gestos comunes que pertenecían a su vida previa, como lavarse y arreglarse la barba aunque sólo tenía a la mano agua sucia, yo —como todos— puedo seguir las reglas que nos indican los médicos y los investigadores, las prácticas para evitar el contagio y desacelerarlo. En los libros no está la solución, pero sí otras formas de vida, en el tiempo y en el espacio. Aventuras no sólo interiores. Y pensar que la propia forma de vida y de consumo no es la única podría ser ya un principio de solución. En los modelos matemáticos de dispersión de las epidemias y, en general, cuando se habla de soluciones, como decía antes, se evalúan las condiciones del entorno. No existe una solución en sí misma; depende del entorno. Evaluar las condiciones del entorno significa entender las características del conjunto, del mundo, sobre el cual actuamos. Con base en estas características una misma ecuación puede admitir o no admitir solución. Primo Levi

cuenta cómo se salvó de un flagelo externo gracias a una praxis. Tuvo suerte, claro, pero también tenía una praxis.

*

Así, me lavo las manos. Pero tras cuatro semanas de incansable, responsable y necesario lavado de manos me siento lady Macbeth. En el caso de esta señora lavarse las manos obedecía a una indeleble mancha de sangre causada por una culpa indeleble. Pero en mi caso, ¿de dónde viene esta exigencia continua de lavarme las manos? Soy una mujer occidental blanca nacida a fines de los años setenta del siglo xx. Desde el punto de vista social probablemente me parezco más a mis abuelos que a mis padres. Nacidos a inicios de los años 50 del siglo pasado, mis padres formaron parte de la generación que luchó y obtuvo el divorcio, servicios de salud, amortiguadores sociales. Yo trabajo por honorarios y tengo el mínimo de todo, cuando tengo algo; para mí la palabra “vacaciones” y la palabra “bono” son como la pregunta que lady Violeta, interpretada por Maggie Smith, hace en *Downton Abbey*: “¿Un fin de semana? ¿Qué es eso?” Mis abuelos, que nacieron durante la primera década del siglo xx, tenían la experiencia directa (o casi) de la gripe española y del tifus, y vivían en un sistema de salud precario. A mí ya me tocó ver el VIH, el ébola, la influenza aviar y ahora el coronavirus, y vivo en un sistema de salud pública excelente que todavía no puede controlarlo todo. En Italia le estamos pidiendo a nuestro sistema de salud lo que le pedimos, desde fines de la década de los años 90, a la escuela pública: que se enfrente a la educación sentimental obtenida gracias y a pesar de la familia, a las tardeadas de la iglesia, los partidos políticos o el sindicato. Y no se lo pedimos a la institución, que está acéfala, sino a los doctores (tal vez sin mascarilla), como se lo pedimos antes a los maestros. Las cosas en nuestro interior tienen que cambiar. Cada uno de nosotros es el

sistema de salud. Somos el sistema de salud nacional, somos la educación pública. ¿Es más difícil ser Batman?

Quiero subrayar que esta excepción, fantástica y racional, de organizar la sociedad y amortiguar las dificultades económicas de los ciudadanos, ya tiene algunas generaciones. Por motivos distintos, antes y después no ha habido más que incertidumbre, y soluciones cuya enorme y justa accesibilidad, en un momento como éste, no puede dejar de parecer insuficiente. Sin duda pueden mejorarse, pero yo, a diferencia de mi abuelo, no corro el peligro de morir de sarampión. Tengo que recordarlo, porque la vida está marcada todo el tiempo por incidentes y accidentes que hacen que la suerte y los momentos sean los que son. El significado de esta composición de vacíos y llenos es obligarnos a valorar los accidentes, incluso el coronavirus 2019, no sólo desde el punto de vista médico sino también desde un punto de vista cultural.

*

Busco la mancha en mis manos y la encuentro. Será por Batman que le pertenecía al capitalismo, será porque estoy paralizada bajo una torre de presente. Las máquinas provienen de la Revolución industrial, y hasta ahora no pensé que fuera real. Inmutable, estable. La sobreproducción es una revolución industrial y no existen revoluciones industriales que no se cobren víctimas. ¿Gozar de la sobreproducción, desinteresarse de la estacionalidad de las verduras, del origen del pescado y la carne, pensar que la sed de conocimiento y haber estudiado nos dan derecho a los viajes de bajo costo, subestimando su impacto ambiental, significa que nos manchamos con una culpa que nos dejó señales invisibles en las manos? Y no he aprendido nada, si quiero comerme a Batman. O tal vez he aprendido pero no he entendido. O tal vez entendí pero no aprendí. Navego entre esas cosas, pero

—*but*, como escriben los angloparlantes—. *Butman*, pienso. *Butman*. Si dejo a Batman queda Butman, la aventura de las adversativas. Una adversativa, al inicio de una oración, indica en italiano que se pasa a un nuevo argumento. Pero. *But*. Este cambio de argumento implica, por ejemplo, que si compro una lonja de salmón y la veo de color rosa, y me digo Ay, qué lindo, debería pensar que seguramente es un color artificial, porque probablemente este salmón no fue pescado. El color posiblemente se debe a una sustancia que se llama xantina. Lindo nombre, por lo demás.

Mañana volverá a ocurrir lo que ya ocurrió hoy. Las cosas suceden cuando las aceptamos, y las aceptamos o nos las aceptamos cuando nos conciernen. Aceptaremos que nuestras libertades personales valen sólo en la medida de lo que valen las de nuestra comunidad. Que en cualquier escala de tamaño: ser humano, condominio, barrio, ciudad, país, mundo, el valor de las libertades individuales debe ser equivalente al de la comunidad.

Pienso en los fractales. Figuras geométricas que se caracterizan por la repetición al infinito de un mismo motivo en escalas cada vez más pequeñas. Un fractal es un conjunto que goza de la propiedad de la autosemejanza, es decir la unión de una cierta cantidad de partes que, al ampliarlas en un factor determinado, reproducen todo y pronto generan un grupo de copias de sí mismas a diferentes escalas. Los fractales tienen una estructura fina que revela sus detalles con cada amplificación, de modo tal que no es posible definir en forma clara y absoluta los límites y el interior. El interior de nuestros errores es un fractal. Desde el salmón que me como y mis ganas de probar a Batman hasta la hiperproducción. Si el interior de los errores humanos y de los sentimientos humanos es fractal, ¿podría serlo también el de nuestra libertad? Y si lo es el de nuestra libertad, ¿podría serlo también el de nuestra economía?

Así, ¿comprenderemos que tenemos la oportunidad, la necesidad de aplanar las desigualdades económicas entre persona y persona, entre región del mundo y región del mundo?

Yo mientras me quedo con Butman, el superhéroe de las adversativas, y también, tal vez, de las alternativas.

Traducción del italiano: Renata Parés

Viruses, marzo 31

Martín Caparrós

Campaña madrileña, 5 de abril— Nevó.

Esta mañana al levantarme veo las copas blancas de los árboles: en mi sierra ayer noche nevó, y es primavera. Esta mañana al levantarme las copas blancas de los árboles me regalaron ese placer idiota que la nieve te trae: volverte nene, disfrutar de algo que te da igual. Nadie, (digo nadie porque quiero decir nadie) podía prever que nevaría pero anoche nevó. Ahora ya nadie puede prever. Es primavera.

Prever es lo que hacemos. Prever nos hace humanos. Prever es lo que nos deshace.

Ahora no sabemos. De verdad no sabemos. Siempre decimos que sabemos que no sabemos pero creemos que sabemos. Ahora no sabemos. Es vertiginoso no saber. El vértigo es mirar y prever y cerrar fuerte los ojos ante eso que prevés: cerrar los ojos.

Pero ahora ni siquiera: no sabemos. Está la nieve y está, faltaba más, el miedo.

Los ojos bien cerrados, bien cerrados.

Ahora no sabemos. El futuro se fue. Quedan el miedo, la nieve, la certeza de que ya no sabemos. En la vida aquella que teníamos teníamos la osadía de prever. Sabemos que

pueden pasar cosas, que aquello que prevemos puede no suceder. Que puede haber fallos, suspensiones, infartos, un olvido pero somos buenos para olvidarlo, buenos para creer que haremos eso que prevemos: somos buenos.

Para cerrar los ojos.

La nieve es como un bálsamo que cambia los colores. Nada más cambia los colores: cambiarlos es la prerrogativa de la nieve. Cambiarlos: demostrar que no son siempre lo que son, que ya eran otros.

Hay nieve: es decir que nevó. Ahora no prevemos. Estamos encerrados, sabemos –casi con certeza– donde estaremos, sabemos –casi con certeza– qué haremos mañana y pasado mañana como nunca supimos –casi con certeza y en el casi se esconde todo el miedo–, sabemos lo que haremos porque no podemos hacer nada: cuando más claro está lo que haremos día a día más oscuro está qué haremos cuándo, más adelante, cuando todo vuelva si es que vuelve. Porque ahora vivimos en el presente pleno como nunca sin futuro, sin prever, pendientes de un animal desconocido –que somos y la nieve.

El presente por fin nos atrapó. Nos atrapó el presente, y atrapar es un verbo que suena.

Prever en cambio es un deporte: puro esfuerzo que sólo sirve para gritar los goles que sólo sirven para gritar los goles. Prever es un deporte suspendido. Hay nieve o sea que ahora sabemos (dolorosamente lo sabemos, Sócrates es un huevón, con la filosofía poco se goza) que no sabemos nada.

Y hoy mañana pasado mañana deberán ser, deberían ser iguales, casi iguales.

Que todo pasa cuando quiere como quiere, que todo pasa, que no sabemos nada. Lo hemos dicho veces, tantas veces y recién ahora sabemos que no sabemos nada. Que todo puede no ser lo que había sido, lo que era. Prever es un deporte de interiores.

Afuera, allá lejos, afuera las copas blancas de los árboles. Nada, casi nada. Nieva allá lejos, nieva como todo: afuera.

La plaga número 11

Gina Zabłudovsky Kuper

México, 6 de abril— En un intento por negar la realidad abordamos una nave que ilusamente nos promete cumplir con las reglas para que nuestro viaje sea seguro. Bien sabemos que, ahora, todos los trayectos son inciertos. Tanto las embarcaciones marítimas como las terrestres y las aéreas son portadoras del virus mortal.

Es de noche y observamos las constelaciones. Desearíamos confiar en los astros. Extenderles una plegaria como si fueran dioses, pensar que no sólo tienen aptitudes para iluminar el cielo sino también para cambiar nuestro mundo.

Quisiéramos creer que tenemos una funda neumática que nos permite avanzar rápidamente a otros planetas, pero bien sabemos que nos resulta imposible. Las únicas fundas que usamos son las que cubren la mitad inferior del rostro para tratar de protegernos. La Tierra está infectada y la posibilidad de huir a otros mundos es sólo una quimera.

El corazón nos golpea el pecho. Imposible cambiar nuestro rumbo. Sabemos que se aproxima una lluvia tóxica interminable que caerá sobre nosotros. Los caminos de partida están todos cancelados. Sólo hay rutas de regreso al país de residencia. El retorno es una odisea con amenazas mucho mayores que las sorteadas por Ulises. A diferencia de las sirenas, el nuevo enemigo es silencioso y no basta taparse los oídos para evitar ser atrapados.

En la actualidad las únicas naves que operan con eficiencia son las virtuales, de las que cada vez nos hacemos

más dependientes. Aunque también son atacadas por los virus que habitan en sus propios sistemas, éstos todavía no alcanzan a introducirse en nuestras mucosas por lo que resultan menos letales.

Es la época de distopías y no de viajes fantásticos. Somos habitantes del cosmos de *El último hombre*, de Mary Shelley, de *La peste*, de Albert Camus, de *Ensayo sobre la ceguera*, de José Saramago y de los universos literarios de Margaret Atwood. Por profético que haya sido el genial Julio Verne, ahora cuestionamos si será nuevamente posible que alguien se transporte *De la Tierra a la Luna* y menos aún si sea posible dar *La vuelta al mundo en 80 días*.

Simbad el marino ya no puede emprender aventuras ni confundir islas con ballenas. Tiene que quedarse en Bagdad donde los grandes lujos ya no representan nada y el harén está lleno de mujeres y de eunucos contagiados. Tampoco Aladino puede volar; a su alfombra se le acabó la magia y permanece aferrada a la tierra.

El Principito no entiende por qué los dibujos del nuevo enemigo se parecen tanto a los que él hizo de su mundo, y lamenta que para mostrar los peligros actuales los seres humanos sigan aferrados a los números y a las frías estadísticas. Caperucita Roja está muy triste porque tiene prohibido visitar a su abuela y, enclaustrada, se da cuenta que todos los caminos están repletos de minúsculos bichos invisibles que son mucho más peligrosos que un lobo. El pobre de Peter Pan llora sin cesar. Está frustrado por no poder visitar el país de Nunca Jamás. Cuando ejercita sus dotes diariamente, cuando se eleva sobre las camas del cuarto de los niños, se suele golpear con el techo por lo que hoy sufre de varias heridas en la cabeza.

La única que puede viajar de forma clandestina es Alicia. La madriguera desde la cual desciende al País de las Maravillas está cerca de un árbol en el jardín de su propia

casa y todos los días se escapa unos momentos para visitar al conejo blanco y sus amigos. Los otros integrantes de su familia, que viven el aislamiento con una intensa angustia, no pueden entender por qué ella permanece alegre y están convencidos de que es una lunática.

Con desesperanza, Dante se da cuenta de que ya no podrá dejarse conducir por Virgilio ni ascender al Paraíso acompañado de Beatriz. Quisiera cambiar el infierno que ahora se vive en la Tierra por aquel que él mismo ideó y, así, pasar la cuarentena conviviendo con filósofos y poetas. Robert Louis Stevenson añora visitar nuevamente *La isla del tesoro* y Mark Twain no entiende por qué le restringieron nuevamente sus viajes al Mississippi ya que la última vez que lo habían hecho fue durante la Guerra Civil. Después de visitar varios lugares remotos de su natal Verona, la condición psíquica de Emilio Salgari es especialmente delicada: está a punto del suicidio ya que no logra entender cómo esta epidemia le pegó con especial rudeza a su país, y no a los lugares exóticos y llenos de aventuras que él había visitado. Por su frágil salud y padecimiento asmático, Marcel Proust tiene que tomar cuidados especiales y evitar las visitas a la falsa aristocracia parisina. Sin embargo, su encierro será más llevadero. Está harto del esnobismo de los salones y finalmente sabe que el verdadero mundo está en la memoria. Para sentirse complacido, le basta recordar la magdalena que una noche le dio su madre.

Los únicos escritores que están rebasados de trabajo son Daniel Defoe y Giovanni Boccaccio. El primero tiene que aprender rápidamente a comunicarse por internet para enseñar a los humanos cuáles fueron las capacidades de Robinson Crusoe para sobrevivir en aislamiento. El segundo debe cumplir con los encargos de los residentes de Manhattan que se han ido a vivir de forma temporal a los suburbios y esperan, con avidez, un nuevo *Decamerón* que

les permita inyectar cierta picardía al retiro forzoso de la gran urbe.

Pero los más alterados por la situación son los personajes del más popular de los textos fantásticos. Ahí Noé apela a la comprensión de Adonai ya que le es imposible cumplir adecuadamente con la tarea que le ha encomendado. A falta de pruebas médicas, le resulta imposible seleccionar aquella pareja de especies que no esté contagiada.

Moisés está especialmente desconcertado. Frente a la próxima celebración de Pésaj no logra explicarse cómo esta onceava plaga inesperada extiende sus daños a toda la población cuando Dios le prometió que los castigos sólo estaban planeados como venganza hacia los egipcios que esclavizaron a su pueblo.

El único que entiende lo que está pasando es Poncio Pilatos... por eso no cesa de lavarse las manos.

El Poble Sec vacío y límpido

Robert Juan-Cantavella

Barcelona, 7 de abril— Asomado a la ventana de mi casa en Barcelona veo cómo los árboles desmochados por el invierno empiezan poco a poco a recuperar sus hojas: diminutos brotes de un verde intenso que, bajo la lluvia de este cielo empañado por nubes bajas, resplandecen aún con mayor vivacidad. Ni yo ni mi hija de cinco años vemos a un solo ser humano en esta calle del barrio del Poble Sec. Ella, que ayer por Skype le decía a una amiga del cole “Tengo ganas de verte entera”, ha resuelto la falta de compañeros de su tamaño inventando identidades nuevas. Los últimos días hemos convivido con una tortuga parlante llamada Marta. Hoy, al despertar, me ha informado que Marta se fue, pero

ha venido Martina, una perrita que, en esta ocasión, no habla, ladra.

No sólo son las hojas primaverales de los árboles. Dice el periódico que en Barcelona el aire es ahora más puro de lo que lo ha sido en el último siglo. Ha hecho falta que el virus nos confine en nuestras casas para que, fuera de ellas, se pueda vivir con cierta higiene. Parece que es necesario que no hagamos uso pleno de nuestras ciudades para que éstas resulten habitables, como en una película de zombies; como si los *Homo sapiens* fuéramos el virus de nuestras propias madrigueras. Un virus arrinconado por otro virus. La crisis de un virus contra otro virus.

Durante los últimos 20 años ésta es la quinta o la sexta casa en la que vivo en Barcelona. Mi estancia más larga duró siete años, puede que ocho, y fue aquí al lado, a tres calles. De modo que mudarme no hace mucho a este piso del Poble Sec ha sido un poco como volver a casa.

Al poco de llegar, me vinieron a la mente algunas películas que en su momento se llamaron sinfonías urbanas, como *El hombre de la cámara*, de Vertov, *Berlín, sinfonía de una gran ciudad*, de Ruttmann o *A propósito de Niza*, de Vigo; otras como *Smoke*, de Wayne Wang, donde el personaje de Harvey Keitel hace una foto de la misma esquina todos los días a la misma hora, o el diario de Hackney que durante años filmó Ian Sinclair (un diario en Súper 8 sobre el que escribe en algunos de sus textos y que yo sólo conozco a través de esas palabras). Todas ellas películas que retratan la ciudad, toman a sus habitantes como un elemento más, como una especie de textura moviente, les niegan el protagonismo que suele serles propio, crean una especie de imagen del tiempo urbano. Y decidí tratar de hacer algo parecido, coger mi camarita del tres al cuarto e ir grabando clips de distintos rincones del Poble Sec para dentro de unos años ponerlos todos juntos y ver qué sale.

Ahora, con el confinamiento, me doy cuenta de que el barrio desierto ofrece una imagen muy distinta y que, si sigo adelante con el proyecto de diario, esa imagen tan singular e inaudita no figurará en él. La gente que tiene perro sí puede salir a la calle a pasearlo. Miro a mi hija aquí al lado, junto a la ventana, y fantaseo con la idea de bajar a pasear a Martina, su última identidad, precisamente canina, y aprovechar para hacer algún video de esta crisis del barrio.

Últimamente, cuando los *Homo sapiens* le ponemos a algo el nombre de *crisis* no estamos señalando el problema, sino desvelando por anticipado la solución que le daremos. Cuando los bancos y las entidades financieras decidieron quedarse con los ahorros de los ciudadanos, le pusimos el nombre de *crisis* y dejamos meridianamente claro que la culpa la tenían ellos, los ciudadanos, y que eran ellos los que iban a pagar la cuenta, prescindiendo de derechos laborales y capacidad adquisitiva para pagarle a sus verdugos el rescate bancario. Cuando a la cuestión del clima y los recursos le pusimos el nombre de *crisis* organizamos diversas reuniones llamadas *cumbres* donde nuestros líderes, convenientemente endomingados, firmaron con gesto grave y pose adusta toda una serie de papeles debidamente timbrados con el firme compromiso de no volverlos a leer en la vida, y mucho menos respetar los acuerdos que en ellos, a modo de filigrana, de adorno vano, figuraban por escrito. Cuando el Mediterráneo empezó a llenarse de cadáveres de gente que huía de guerras, hambre y dictaduras, nuestras autoridades, siempre despiertas, tomaron las medidas necesarias para que esos cuerpos sin vida no mancillaran nuestras playas: el nombre que le pusimos en esa ocasión, claro, fue el de *crisis*, *crisis de los migrantes*.

No alcanzo a adivinar cuál será la solución que le daremos a esta pandemia, cómo saldremos de ella, pero la sanidad privada no colabora con la pública, las comunidades

autónomas no comparten recursos entre ellas, la oposición ha decidido hacer campaña electoral contra el gobierno (total, sólo quedan casi cuatro años para las elecciones, y a quien madruga Dios le ayuda), los países de la Comunidad Europea siguen demostrando su sofisticada capacidad para alejarse de cualquier cosa que se parezca a una respuesta coordinada, tan ordinario y pedestre como eso resultaría. Así que todo marcha según lo previsto, el orden de los homínidos sigue imperturbable. Cuando en lugar de *pandemia* le llamemos *crisis*, supongo que quemaremos algunos hospitales en unánime señal de rechazo al virus, la historia del *sapiens* seguirá su curso y los que queden volverán a salir a la calle e infectar la ciudad.

Así que miro a mi hija y me digo que no. Que no bajaremos a pasear por el barrio a su amiga Martina. Que si alguna vez terminamos el diario en cuestión será sin las imágenes que hoy mostrarían un barrio vacío y silencioso. Que de todo ese aire límpido que ahora lo inunda, precisamente porque no estamos nosotros, mejor nos conformamos con el que entra por esta ventana. Que dejaremos que el Poble Sec disfrute mientras pueda de nuestra ausencia.

Del verbo tocar: Las manos de la pandemia y las preguntas inescapables

Cristina Rivera Garza

Freno de emergencia

Houston, 8 de abril— La frase es de Walter Benjamin:

Marx dice que las revoluciones son las locomotoras de la historia. Pero tal vez las cosas sean diferentes. Quizá

las revoluciones sean la forma en que la humanidad, que viaja en ese tren, acciona el freno de emergencia.

Y viene a colación porque todo en estos días de pandemia parece llevarse a cabo en ese tiempo inédito inaugurado por la activación de la palanca de freno: la des-aceleración. No se trata, por supuesto, de la lentitud romántica de la que han escrito novelistas y activistas varios, sino de un *impasse* sin asideros en el que predomina la hipervigilancia y la ansiedad. La pandemia no es un remanso. Mucho menos de paz. Nos hemos detenido en seco, ciertamente, y aunque es claro que la mano que jaló el freno es una mano humana —el cambio climático y la alteración de ecologías terrestres son la forma misma del capitaloceno salvaje— es menos claro si ese freno será suficiente para transformar un sistema económico que, en su afán de producir la mayor ganancia posible, ha devastado sistemáticamente la Tierra. La así llamada *normalidad*, se dice mucho en estos días y con verdad, está en la raíz del problema que condujo a la pandemia. Y mucho se reitera la imposibilidad de regresar a ella, incluso si algunos así lo quisieran. Como lo comentaban vehementemente Angela Davis o Rita Segato, se abre ahora una posibilidad de reemplazar esa vieja normalidad con un mundo de solidaridades extendidas donde la conciencia de nuestra mutua interdependencia material y afectiva incluya de manera central a la Tierra.

Una mera aproximación

No pasamos por una revolución, pero sí por un cambio tan radical, tan diseminado por todas las esquinas del planeta, como para llamarlo un cambio estructural. No sabemos cuánto durará la transformación, ni cómo serán ni cuánto durarán sus consecuencias, pero vivimos estos días de pandemia con la ansiedad y la curiosidad del que ve fenómenos

para los cuales todavía no existe lenguaje preciso. Vivimos con el botón de la hipervigilancia encendido. Somos la extranjera que, arrojada sin maletas en una ciudad extraña, se esfuerza por crear analogías para poder visualizar —entender es mucho más complicado— lo que sucede frente a sus ojos. Esto se parece a. Bien podría tratarse de. El proceso de traducción, que incluye a la experiencia y al lenguaje en que esa experiencia es enunciada, es trabajoso, a menudo francamente intransitable. En cada esfuerzo se nota que el lenguaje no acaba de embonar con los contextos inéditos y los fenómenos que, ya de maneras obvias o ya de maneras sutiles, obedecen a reglas que todavía no quedan claras. Cada esfuerzo es sólo una aproximación.

Del verbo tocar

Como el contagio se lleva cabo por cercanía, especialmente a través del sistema respiratorio y el tacto, tenemos que ser conscientes de que somos cuerpos. Parece una operación sencilla. No lo es. La máquina de producir mercancías nos ha acostumbrado a vivir bajo la ilusión de que somos incorpóreos. Podemos trabajar sin cesar. Podemos consumir sin cesar. Si estuviéramos en un cuento de la escritora salvadoreña Claudia Hernández seríamos esos personajes que, incluso muertos, incluso vueltos ya cadáveres, continúan checando la tarjeta de entrada al trabajo o sacando la tarjeta de crédito frente a las máquinas registradoras de los comercios. El capitalismo al estilo USA es así: literalmente descarnado.

La ilusión de no tener cuerpo, a la que contribuyen pastillas y medicamentos varios, conduce a la ilusión de no tener otra conexión con el mundo que no sea la conexión electrónica. Del hechizo de la abstracción cuelga la falta de solidaridad con nuestro entorno y, a fin de cuentas, la indolencia. No nos duele lo que no nos toca —lo que no

sabemos que nos toca—. Pero ahora que estamos detenidos, ahora que sabemos que nuestras manos son armas mortíferas y no sólo, como quería Kant, lo que nos diferencia de los animales, no podemos no pensarlo. La rematerialización de nuestros mundos en tiempos de la desaceleración obliga a preguntas que son políticas en su mera raíz: ¿quién ha tocado esto que toco yo? Que es otra manera de preguntar: de dónde viene, quién lo produce, en qué condiciones de explotación o sanidad se fragua esto que viene hacia mis manos, con qué cantidad de virus. A la antropóloga Anna Lowenhaupt Tsing le llevó años y bastantes páginas contestarse esas preguntas respecto al matsutake, el hongo reverenciado en Japón que crece en zonas boscosas del mundo que han sobrevivido a un proceso de devastación. En efecto, hay un montón de manos en *The Mushroom at the End of the World: On the Possibility of Life in Capitalist Ruins*, las de los trabajadores migrantes, las de los comerciantes, las de los guardabosques, las de los policías, las de los agentes de inmigración. Manos callosas y manos suaves. Manos acostumbradas a la caricia o manos que nunca han conocido la crema humectante. Rastrear el quehacer de las manos en los procesos de producción y reproducción del mundo en que vivimos es una tarea eminentemente política. Y, justo ahora, es una tarea inescapable. Nuestras vidas dependen, de hecho, de hacer esas preguntas, y de poner justa atención a las respuestas. Todo lo que tenemos cerca —y justo ahora sabemos que siempre estamos, que siempre hemos estado, cerca de tantas manos— nos afecta porque nos compete. Este bien podría abrirle la puerta al fin de la indolencia.

La rematerialización del espacio doméstico

Despojados de rutinas que daban la impresión de ser inamovibles, expulsados de la prisa que hacía funcionar a tiempo las fábricas y los bancos y las universidades, condenados

a un sedentarismo hogareño sin la seguridad de una presunta estabilidad económica, el covid-19 nos ha puesto cara a cara con la desaceleración. Aquí vamos todos, hacia el inicio del día, checando cifras que resultan cada vez más alarmantes, poniendo atención a las nuevas medidas de seguridad. Mientras tanto, habitamos un hogar que antes, con alarmante frecuencia, sólo utilizábamos para parar unas cuantas horas, casi siempre en la noche, durmiendo con algo de dificultad. De repente, ese espacio que denominábamos como *casa*, como *nuestra casa*, se despliega en esquinas inéditas y cosas fuera de lugar. Es un ente extraño, desasido de sí, al que hay acostumbrarse poco a poco. Barrer, trapear, lavar los trastos, tender las camas, poner la ropa en la lavadora, sacudir —todas esas actividades cotidianas que, al menos en esta casa, siempre hemos llevado a cabo nosotros mismos—, muy a menudo recaen en los hombros de las mujeres, y usualmente pasan desapercibidas. La imposibilidad de salir, es decir, la imposibilidad de no verlas, las vuelve monumentales. De hecho, las transforma en el esqueleto del día, la única estructura que pervive cuando todo lo demás ha tomado rumbos desconocidos.

El tiempo que antes consumíamos en trasladarnos de un lado a otro, incluso para ir a comer, ahora lo ocupamos en seleccionar bien los insumos para cocinar a diario. Hay que lavar bien cada verdura o fruta. Hay que poner a remojar los frijoles con una noche de anticipación. Hay que calcular para cuántos días nos dura el arroz. Entre una cosa y otra hay que lavarnos las manos una y otra vez, en intermedios de 20 segundos que, bien mirados, constituyen una buena parte del día. En Houston la cuarentena nos obliga a estar en casa, pero todavía no nos prohíbe salir al supermercado a hacernos de provisiones o sacar a caminar al perro (siempre y cuando se respete la sana distancia con los otros paseantes). Los restaurantes, que han cerrado,

todavía producen alimentos para llevar. Pero en estos tiempos, cuando tenemos que pensar en todas las manos involucradas en la preparación del alimento, es mejor dejar pasar esa oportunidad. Quisiéramos hacerlo, sobre todo para apoyar a los restaurantes del barrio, que la están pasando mal, pero todavía no podemos persuadirnos a nosotros mismos. Cocinar, por lo demás, no es una actividad que se preste a la velocidad. Las cosas no se apuran o se detienen a capricho del que cocina. Todo tiene su tiempo. Las verduras, los granos, las frutas. Y parte de la rematerialización del hogar consiste en encontrar el ritmo de las cosas, su propio estar en el tiempo.

Los que entre nosotros no estamos detenidos en el afuera de la cárcel o el manicomio o la calle, sino adentro, nos enfrentamos a muebles, cucharas, espejos, que la cotidianidad había vuelto invisibles y que, ahora, recuperan su presencia. Tratar a alguien como un mueble, recordaba la teórica Sara Ahmed en *Queer Phenomenology: Orientations, Objects, Others*, quiere decir que se le trata como si no existiese de verdad. Quiere decir que se le ignora. En un medio descorporalizado el lugar natural del mueble es el de la discreción, si no es que el de la invisibilidad más artera. Muy por el contrario, los objetos *queer* —esa silla incómoda, la mesa que de repente brilla por su presencia— no se desvanecen en el trasfondo. Los objetos *queer* se resisten a fusionarse en el segundo plano de las cosas. La pandemia, que no nos ha dejado olvidar el límite material de nuestra experiencia, también ha obligado a la mirada, a todos nuestros sentidos, a reconocer los objetos de los que dependemos en su valor de uso (y no en su valor de cambio). Los sartenes, despostillados, ya casi sin teflón. El matamoscas. El sofá, que se ha movido de la sala donde nadie lo utilizaba hacia la barra de la cocina, donde es posible recostarse a leer algo mientras hierve el agua. La suela de los zapatos, con las huellas del

afuera que dejamos a la entrada. La materialidad del hogar nos circunda, nos cerca, a algunos hasta los asfixia, pero al final del día está aquí, físico y sólido, contra las borrascas de la información y el miedo, en un tú a tú contra la abstracción del Estado y el capital, incitándolos o conminándolos a saberse cuerpo de nuestro cuerpo.

La soledad es real

En Estados Unidos es común invitar a fiestas con horarios ceñidos: de 5:00 a 7:00 pm por ejemplo; de 6:00 a 9:00 pm, cuando hay ganas de echar relajo. Las manifestaciones callejeras precisan de un permiso, que no sólo incluye horarios sino también rutas específicas. Estudiantes y empleados comen ensaladas en contenedores de plástico frente a sus computadoras o teléfonos mientras checan sus mensajes o ven un video. A las puertas de las oficinas que se alinean en pasillos estrechos, siempre iluminados, no llega nadie sin antes avisar. Tampoco a los hogares. Decía Truman Capote que a Nueva York se iba para estar solo; pero yo no sería tan provincial. Ahora que la teleexistencia se ha vuelto el modo diario del trabajo y de la interacción es imposible no verlo: vivimos a través de ausencias estrictamente reguladas. Nos rodea una profunda soledad. Los ritmos de producción del imperio sólo son posibles a través de cuerpos aislados, cuyos deseos o necesidades son satisfechos de manera inmediata o automática con tal de no detener la marcha de las cosas. La pandemia también ha rematerializado esta ausencia primordial, dejando en claro que nos cercan por todos lados espacios vacíos. Los profesores de la pandemia se han percatado de que salen más agotados de una hora de clase por Zoom que de cinco horas presenciales. La razón es sencilla pero sepulcral: parece que estamos ahí, todos juntos, hablando y discuriendo, viéndonos, pero el cuerpo sabe que no estamos ahí. Esa disonancia agota.

Esa disonancia nos deja con la boca abierta. La distancia, que precede en mucho a la pandemia, se vuelve intolerable con ella. Resentimos ahora la separación de estos días sólo porque no podemos dejar de verla. No podemos hacer tonto al cuerpo de tantas maneras. Acaso por eso hemos regresado a la llamada por teléfono: nos quejábamos de que el sonido de la voz desconectado de los gestos del rostro o del movimiento del cuerpo era incapaz de producir cercanía. Pero nos queda claro ahora que el mecanismo de la voz, cuando va acompañado de la coreografía bastante estipulada del Skype o Zoom, es todavía más pobre. Ahora que hablo por teléfono todos los días con mis padres, que están viejos y en otra ciudad, su voz en sí, su voz llana y llena, con sus inflexiones y titubeos, con esos tonos que nos reconocemos bien, produce una intimidad densa, capaz de desatar la imaginación de los otros sentidos.

Todo es distinto a través de una ventana

La frontera de un hogar es su puerta, pero las operaciones más interesantes pasan por las ventanas. Ahí está lo que se percibe, pero no se alcanza. Deseo es su otro nombre. Una ventana es un pasadizo, con frecuencia secreto. *Vislumbra* es un verbo que ocurre a través de un vidrio. Aunque muchos se imaginan Houston como un lugar seco por su asociación con la aridez texana, este sitio es, como bien lo dijera alguna vez Gabriela Wiener, el Amazonas mismo. La humedad y el bochorno lo vuelven propicio para la proliferación de encinos y magnolias, enredaderas y helechos, buganvillas y bambús. Estaban ahí antes, por supuesto, pero se notan más ahora que los jardineros han dejado de venir y las plantas crecen a su modo. La variedad de sus verdes explota en camellones y jardines, lotes baldíos y patios traseros. Las sombras que producen las ramas de los árboles se recortan, precisas, sobre las imperfecciones del

pavimento. Acaba de pasar, ruidoso, un escarabajo enorme con sus alas extendidas. Las mariposas, que se persiguen la una a la otra, chocan contra la malla en un acto de mera distracción. La disminución de los ruidos de la ciudad veloz, los de los autos sobre todo, ha permitido que otros sonidos se acerquen a nuestros oídos como si fueran nuevos. Re-materializados también pasan con su inédito estruendo los pájaros que, vistos de lejos, parecen variados y magníficos. Los maullidos de los gatos. Los ladridos de los perros. El zurear de las palomas. El zumbido de los insectos. Estas dos, tres, cuatro, cinco, seis gallinas que, orondas, caminan por la calle como si se tratara de un gran corral. ¿Es esto el canto de un gallo a media tarde? Lo que quiero decir es que nunca como en estos días ha sido tan visible esa interconexión entre animales y plantas, y los vericuetos de la ciudad, que es urbana sólo a medias. O cuya urbanidad es una compleja red de negociaciones con la naturaleza que, al menor descuido, muestra la cara o regresa. Si la ventana es frontera, fronterizo es también lo que acontece frente a ella.

Recuperar los pies

Hay una escena que retrata el mundo hiperconsumista de Estados Unidos en *Wall-E*, la película de ciencia ficción animada que se estrenó en el 2008. Si se acuerdan, en un contexto postapocalíptico una buena parte de la humanidad vive en el *Axiom*, donde sus deseos y necesidades son satisfechos de manera automática e inmediata. Esos humanos ven tanta televisión, y permanecen sentados por tanto tiempo, que han perdido el uso de las piernas. Así, una conducta específica (ser un *coach potato*) ha reconfigurado el cuerpo humano, mutilándolo de alguna manera. Frankensteins del capitaloceno. En ciudades como Houston, dominadas por un paisaje de numerosas carreteras de más de seis carriles, es fácil vivir sin caminar. De hecho, lo más difícil en una

ciudad diseñada para la circulación de vehículos automatizados es caminar. Después de las 5:00 de la tarde, es decir, después del horario de trabajo, el centro de Houston es y ha sido un territorio desolado por el que sólo pasan, y eso a veces, vagabundos y despistados. Es el paisaje después de la batalla diaria: un cascarón de edificios deshabitados donde nunca deja de brillar la chispa ambarina de la electricidad.

Vivimos en un barrio tradicionalmente mexicano a un lado de la I-45 y, aunque está a sólo unos 30 minutos a pie de la universidad, es raro ver a estudiantes o profesores cruzando el espacio urbano. Las medidas sanitarias de la pandemia, que permiten salir a la calle pero sin contacto próximo, han sacado a las tribus solitarias de sus hogares y las han colocado en calles semivacías donde otras tribus solitarias se sientan en sus porches o sobre el pasto de sus jardines, que seguramente disfrutaban por primera vez. El clima manso de esta primavera ayuda, por supuesto, pero hay algo en ese lento caminar de solitarios que lo vuelve todo distinto. Nunca como en estos días se han elevado tantas veces las manos desde lejos en un gesto de saludo o despedida, en todo caso de reconocimiento. Nunca como en estos días han pisado las mismas banquetas padres e hijos. Juntos. Hay gente con mascarilla, pero en bicicleta. Los perros avanzan, correa de por medio, sobre estas calles una y otra vez. Tal vez no es extraño que el eco del español retumbe tan claramente en estos paseos pandémicos. Lo que está ahí, frente a nosotros y bajo nuestros pies, no es la calle de la producción estandarizada y veloz. No es la calle de los autos cerrados, celosos del quehacer de su aire acondicionado. Es, si se puede decir así, una calle doméstica. A medida que la esfera pública se retrotrae, las reglas de la fisicalidad interior, una de las cuales consiste en no olvidar que somos cuerpos, salen a la calle, inyectándole una velocidad pedestre a todo lo que acontece. Como si la rematerialización del hogar se

hubiera vertido primero al jardín y, luego, a la banqueta, para luego rebosar en las calles. Están solitarias, es cierto, pero parecen, paradójicamente, más llenas que nunca. Ahí vamos todos los que hemos recuperado los pies.

Potencialidad

Es cierto que el número de contagiados y de muertos va en aumento, como aumenta también el número de desempleados. Encerrados en nuestros espacios domésticos, nuestros cuerpos han dejado de presentarse a la comunión del mercado excepto para adquirir las cosas más básicas: alimentos, productos de limpieza, agua. Ya lo sabíamos, pero lo confirmamos: los que producen los insumos básicos, esos que nos mantienen con vida, son inmigrantes que, incluso contando desde ayer con la estampa de trabajadores esenciales, siguen sin documentos y, peor aún, sin seguro médico. Además de los doctores y las enfermeras, dependemos del que cosecha lechugas y berenjenas, de la cajera del supermercado, de la que limpia los cuerpos de los viejos, del que arregla la lavadora, del cartero. No estaríamos aquí, cumpliendo digitalmente con nuestros trabajos ahora, si no hubiera hombres y mujeres allá afuera, inclinados sobre vastos campos de verdura, arriesgando sus vidas para poder seguir, paradójicamente, con vida.

Trabajo en una universidad pública cuya mayoría de estudiantes latinos la ha vuelto, oficialmente, una “hispanic serving institution”. Esto significa que muchos de nuestros alumnos son los primeros de sus familias trabajadoras en asistir a la universidad. Tal vez algunos entre ellos son hijos o nietos de hombres y mujeres que han dejado la vida en cosechas de betabeles o lechugas. Esto también significa que muchos de ellos tienen uno o dos trabajos para subsistir, pagar la renta y la colegiatura, ayudar en sus casas. La pandemia los ha golpeado con especial furor. Pero no me

extraña que, aunque enfrentan retos mayúsculos —varios han perdido el empleo y a otros los amenaza el espectro de la calle— siguen en pie de lucha, asistiendo a clases a través de una plataforma digital organizada a toda prisa y muy eficientemente por la universidad. No estamos inventando la rueda, pero sí un sistema más flexible, especialmente en lo que respecta a los horarios de clase, para facilitar su participación. No sé si van a convertirse en escritores, pero escriben en español en esta clase, escriben creativamente, volcando en sus textos visiones de mundos compartidos en los que se atraviesan críticas contra el *statu quo*, tanto el de Estados Unidos como el de Latinoamérica, así como otros futuros posibles. Sofía escribe sobre una joven gimnasta que nunca se rinde. Rony, sobre un general que reprime activistas en Centroamérica. Jessica, sobre unos gemelos que tienen que acostumbrarse a convivir en paz. Alan, sobre un jugador que, una vez que ha aceptado que su equipo ha perdido un partido de fútbol, empieza a prepararse mentalmente para la siguiente temporada. Linda, sobre una joven que finalmente se acepta a sí misma. Jonathan, sobre una mujer que prepara su regreso a Chile. No hay lecciones morales en sus relatos, ni reiteraciones de una identidad que ha explotado de mil maneras, pero sí huellas de una experiencia vasta y crítica que alumbrará nuestra futuridad. Leerlos me mantiene alerta. Verlos actuar en relación con lo escrito me mantiene alerta. Porque no sólo es el contenido del texto en sí lo que me despierta, esperanzada, sino la manera en que se comentan los unos a los otros: el cuidado de la lectura y el cuidado de la opinión. Esa conciencia del estado de vulnerabilidad que compartimos cuando nos sacamos un texto y lo ofrecemos a otros. Si estos jóvenes en serios aprietos son capaces de tanta responsabilidad y de tanto cuidado, sin son capaces de dar tanto de sí mismos durante estos tiempos tan difíciles, los creo capaces de todo. Y entonces puedo dormir.

Estado con entrañas

Cuando el campus de la universidad donde trabajo dio a conocer que extendía las vacaciones de primavera, preparándose así para la transición hacia la teleeducación y también para tomar otras medidas contra la diseminación del coronavirus, supe que la cosa iba en serio y llegaría pronto. Caminaba en ese momento junto a mi madre, una mujer saludable de 76 años, por las calles del barrio donde vivimos en Houston. Me había adelantado un poco para leer el comunicado en mi celular y, cuando terminé, me volví a verla. Avanzaba con esos pasos grandes que le permiten sus piernas largas. Llevaba la cabeza inclinada, poniendo atención a las imperfecciones del camino con tal de evitar cualquier caída. Me había acostumbrado ya a estos paseos diarios en los que, con pretexto de la salud, platicábamos de todo. La iba a extrañar, sin duda, pero se lo dije de inmediato. Tiene que regresar a México (yo a mi madre, como toda buena fronteriza, le hablo de usted). La decisión fue inmediata y, la razón, sencilla: en su calidad de turista, mi madre carecía del seguro médico que le permitiría ser admitida en un hospital en caso de enfermar. Sin ese documento sería rechazada, como los son muchísimos otros, a las puertas de cualquier establecimiento de salud. Esto es vivir en un país que carece de un sistema de salud pública y que insiste en proteger a las grandes farmacéuticas y no el bienestar de su población. Como ella fue empleada de la UAEM una buena parte de su vida goza de una pensión muy escueta pero que incluye servicios médicos que, hasta ahora, han sido fundamentales para su vida como adulta mayor. Las tres cirugías que le realizaron para salvarla de la explosión de un aneurisma se llevaron a cabo, por ejemplo, en el Hospital de Neurología con una atención de inmejorable calidad y por la que no tuvo que desembolsar un peso. Pero acá, de este lado de la

frontera, mi madre compartía el destino desentrañado de los miles y miles de habitantes de este país que, para cuidarse, tienen que recurrir con mucha frecuencia a remedios caseiros y, cuando es posible, a medicinas que algún pariente o amigo trae desde México. La de veces que no he sido testigo del intercambio informal de vitamina B12, antibióticos o antihistamínicos, medicamentos todos que no curan las razones de la enfermedad, pero que ofrecen paliativos para cuerpos que no pueden darse el lujo de dejar de trabajar ni siquiera un día. Mi madre me dio la razón y actuamos de inmediato. En un día hicimos los arreglos necesarios para que pudiera reunirse con sus hermanas en la frontera antes de partir. Dos días después, mi madre abordó un avión que la depositó en la capital de un país en el que, con todo y todo, ella está más segura. Las cifras han demostrado que la covid-19 no sólo ataca con particular saña a los adultos mayores, sino también a poblaciones precarizadas y minorizadas, precisamente aquellas que no pueden cubrir los gastos de un seguro médico, y para las cuales un contagio equivale a una sentencia de muerte.

Como una gran imagen de rayos X, la desaceleración que ha traído la pandemia deja ver, o incluso agranda, lo que ha estado ahí: un sistema económico guiado por la ganancia a expensas de todo lo demás, y un Estado sin entrañas, es decir, un Estado para el que los cuerpos no son materia de cuidado sino de mera extracción. Lo peor que nos podría pasar, argumentaba convincentemente Arundhati Roy, es regresar a esa normalidad salvaje. Y yo añado: a ese mundo inmisericorde que, preso del hechizo malvado de la incorporeidad, es incapaz de reconocer los lazos de reciprocidad que nos unen a los otros y a la tierra. La conciencia inescapable de una cercanía material con los otros viene mezclada con angustia y desasosiego, pero también con potencialidad. Otro mundo es posible, eso nos dice claramente la vida,

cuando se impone a la pandemia. ¿Será posible entonces, desde toda esta experiencia con la enfermedad, derrocar de una vez por todas esa normalidad desentrañada y participar, al mismo tiempo, en el surgimiento de un Estado con entrañas? En otras palabras, ¿cómo nos las arreglaremos para exigir que el Estado cumpla con su responsabilidad de proteger la salud de la población mientras, simultáneamente, producimos relaciones entrañables, es decir, modos de afecto y conexión que partan de la amplia admisión de que somos cuerpos y precisamos, y podemos brindar, cuidado? Me queda claro que, al menos en Estados Unidos, esta lucha inicia y está íntimamente ligada a la ausencia de un sistema de salud pública que, por no existir, ha sentenciado a una muerte cierta y cotidiana a un gran número de trabajadores, especialmente aquellos que siendo esenciales —y ahora la pandemia también ha confirmado este estatus— continúan siendo considerados como ilegales por este gobierno incompetente y genocida. En ese sentido la lucha por un sistema de salud pública y la lucha por una reforma migratoria en realidad son la misma lucha; ambas están centradas, primero, en la admisión básica de que somos cuerpos y, consecuentemente, en el hecho también básico de que en tanto cuerpos dependemos los unos de los otros en contextos ecológicos gravemente alterados. Las medidas macro —exigidas por la salud pública que le corresponde al Estado— no se contraponen, y más bien complementan, las medidas minúsculas, cotidianas, de trabajo en conjunto, de las que dependen que la dañina alianza del Estado y la corporación llegue a su fin. La pandemia, que nos ha ayudado a ver claramente el talante descarnado de nuestro tiempo, no creará por sí misma las relaciones entrañables —acuerpadas, con otros, en conexión material con nuestras comunidades— que bien podrían cimentar una realidad otra. Haríamos bien en atender las preguntas a las que

conmina la rematerialización, y que la rematerialización vuelve inescapables. De sus respuestas depende el inicio del fin de la indolencia. Y eso es algo.

Un estruendo silencioso

Felipe Restrepo Pombo

*Si vivo en un infierno siempre tendré la
esperanza de poder escaparme.*

Francis Bacon en entrevista con David Sylvester

Bogotá, 9 de abril— Hace unos meses fui invitado a dictar un curso en una universidad en Indianápolis. Al salir de clase me dirigí hacia las afueras de la pequeña ciudad estadounidense, donde pasaría la primera noche de mi estadía. Llegué a un suburbio apacible y me detuve frente a la puerta de un edificio con muros de piedra oscura, construido a principios de siglo xx. El lugar fue una escuela por mucho tiempo y ahora es un condominio de apartamentos remodelados. Cuando entré tuve una sensación perturbadora que no logré definir. Más tarde, me acosté y apagué la luz pero no pude dormir. Pasaron un par de horas en las que intenté encontrar la razón de mi incomodidad. Finalmente lo descubrí: abrí la ventana y entró una ráfaga de viento helado que anunciaba el final del otoño. Afuera no se escuchaba nada.

Olvidé ese momento a las pocas semanas, cuando regresé a mi cotidianidad ruidosa. Me encontré de nuevo con ese murmullo tranquilizante de la ciudad que me acompaña siempre y me arrulla en las noches. Sin embargo, en medio de la pandemia que estamos sufriendo, la sensación regresó.

Viajé de la Ciudad de México a Bogotá hace 20 días, cuando la emergencia causada por el covid-19 apenas estaba

despuntando en Latinoamérica. Tomé uno de los últimos vuelos que entró al país antes de que el gobierno cerrara las fronteras por completo. Durante todo el trayecto apenas me levanté de mi silla, acaso un par de veces para lavarme las manos. No toqué la comida ni la pantalla frente a mí. Fue uno de los vuelos más tensos que he abordado. A la llegada al aeropuerto un médico me examinó y, a pesar de no tener ningún síntoma de la enfermedad, me ordenó 15 días de aislamiento obligatorio. Me refugié en mi apartamento con algunas provisiones y con la certeza de que no vería a ningún otro ser vivo por las siguientes dos semanas.

Se ha publicado mucho durante esta emergencia sobre los efectos del encierro en el cuerpo y la mente. En los primeros días de mi aislamiento consumí todo tipo de información disponible para tratar de sobrellevar mi soledad. Anoté recetas de platillos saludables, rutinas de ejercicio para un espacio reducido y técnicas de relajación. Leí testimonios esperanzadores de valientes que sobrevivieron a encierros prolongados en condiciones aterradoras. Me descubrí fuerte y capaz de soportar todo. Hasta que escuché a una psicóloga en un noticiero decir que: “al cabo de 10 días de soledad la mente empieza a producir pensamientos autodestructivos”. Entré en pánico: todo mi andamiaje de seguridad se desplomó con esas palabras. Me imaginé al cabo de unos días, tirado en una cama, sin bañarme, mirando al techo y alimentándome de insectos.

Corrí hacia la ventana, necesitaba aire fresco. Y ahí estaba, otra vez: el silencio total. Bogotá es una de las ciudades más pobladas y caóticas de Latinoamérica. Su tráfico es uno de los peores del planeta y tiene un grave problema de contaminación ambiental y sonora. Sin embargo, esa tarde —en medio de un atardecer lánguido de tonos naranja— no se escuchaba nada. O sí: se oía correr el agua de una quebrada cercana que baja de las montañas bogotanas.

Somos una especie vanidosa. Durante años hemos cultivado la fantasía de nuestra extinción bajo la forma de un gran estruendo. Imaginamos catástrofes ambientales, lluvias de asteroides y ataques alienígenas. Últimamente nos obsesiona la amenaza de la tecnología y de la inteligencia artificial. En la mayor parte de los escenarios el cataclismo es ruidoso y hace relucir nuestro heroísmo. Siempre —incluso en el apocalipsis zombi— la amenaza tenía una escala monumental.

Qué error de cálculo: el mayor ataque a nuestra especie resultó ser casi imperceptible.

Hoy estamos presos de nuestro miedo, tratando de protegernos con las armas más rudimentarias: cuatro paredes. Toda la paranoia sobre enemigos gigantescos resultó ser la proyección de nuestro narcisismo. No es claro si el virus que nos está matando es un ser vivo o una entidad química. Es un parásito sin mayor gracia. “Ni siquiera estamos ante una especie con una identidad concreta que desea vivir y perpetuarse depredando a otras especies. Es un agente ambiguo, algo situado entre lo vivo y lo no-vivo, que abre las células ajenas y las coloniza al servicio de ningún propósito biológico”, escribió el colombiano Juan Cárdenas en una columna del diario *El País*.

Sobreviví mis días de confinamiento con orden y paciencia. De hecho, tuve momentos muy productivos y la entrañable compañía, virtual, de mis más queridos. Nunca comí insectos. Me alcoholicé ligeramente: algunas botellas que estaba reservando para ocasiones especiales terminaron vacías en medio de una pandemia.

Cuando terminó mi aislamiento obligatorio, salí a comprar comida (todavía es permitido en Bogotá). El silencio que percibía desde mi ventana se amplificó. Caminé varias cuadras con la sensación de que toda la población se había esfumado. Pasé por una avenida en la que no circulaba

un solo carro. Recordé esa magnífica secuencia en la que Rick Grimes atraviesa una autopista a caballo en el primer capítulo de *The Walking Dead*. A lo lejos vi, por fin, a otra persona. Era una mujer de unos 50 años. Vestía una bata de baño blanca, botas de caucho, guantes de cirugía, tapabocas, lentes oscuros y su cabeza envuelta en plástico. Paseaba a un perro que vestía unos tiernos zapatos rojos. Me miró con horror y se alejó a toda velocidad.

La solución para enfrentar este virus parece ser la más sencilla: no hacer nada. Olvidarnos de nuestros impulsos heroicos y quedarnos en casa, alejados de todo. Aunque me temo que la posibilidad de que una sociedad se encierre indefinidamente es absurda. Las consecuencias —físicas y emocionales— de enterrarse vivos pueden ser devastadoras. Tendremos que salir poco a poco, vivir en un entorno con nuevas reglas. Y entonces esta tragedia nos habrá enseñado algo nuevo. O no. Pero al menos nos habrá acercado a la soledad y el silencio.

PRIMERA ENTREGA DE MI CUADERNO DE CONFINAMIENTO. SI QUIEREN MÁS, PAGUEN, PORQUE SI NO ES A CAMBIO DE DINERO, YO NO TENGO NINGUNA NECESIDAD DE EXPRESAR LITERARIAMENTE ESTOS DÍAS DE JUERGA AUTORITARIA, NI DE MANTENER CON RESPIRACIÓN ASISTIDA NINGUNA COMUNIDAD DE CONSUMO CULTURAL
Cristina Morales

Barcelona, 10 de abril— Nos dedicamos a esquivar a la policía y a sus chambelanes, esos chivatos que se cobran en confort moral fascista el denunciar a su vecino por tener menos miedo que ellos.

El otro día durante la cena o el almuerzo o la merienda salió este tema de discusión: ¿es más repugnante un mercenario o un buen samaritano? O sea: ¿es más repugnante el policía que te reprime porque le pagan o el gilipollas que, sin ser pagado, te reprime porque halla satisfacción cívica en su violencia? Yo era de la opinión de que es más repugnante el buen samaritano. Otra comensal dijo que no veía por qué la intervención del dinero en la ecuación aligeraba el grado de repugnancia hacia el policía. La tercera comensal no estaba segura.

Nos asustamos mucho el primer día que salió el helicóptero a patrullar desde lo alto las terrazas, los parques, las zonas boscosas, las playas recónditas. Es el mismo helicóptero que sobrevuela la ciudad cuando hay manifestaciones, disturbios o cuando juega el Barça. Nos asustamos porque los primeros días de confinamiento habíamos llevado a cabo incursiones en las áreas desgreñadas de Montjuïc con éxito. IncurSIONES que se transformaban en paseos. Paseos que se transformaban en excursiones. Teníamos fichado un rincón al que íbamos a hacer boxeo, yoga y kung fu (todo mezclado porque nos poníamos a jugar más que a entrenar) y estábamos evaluando el mejor sitio en el que pegarnos un viaje de setas.

Un día nos tuvimos que esconder de dos coches de *mossos* que pasaron por nuestro lado y que iban a por una pareja que andaba sacando al perro muy morosamente. Nos escondimos como se esconden los dibujos animados: cada una detrás de una columna o de un árbol. Estábamos en la rotonda esa que tiene una fuente, unos bancos de piedra y una estatua ecuestre de cuando la Exposición Universal de 1929 (es un Sant Jordi modernista, desnudo, que monta a pelo, congelado en la posición de estar descabalgando). En cuanto desaparecieron los coches salimos pitando evitando la carretera, descampado a través, basura a través, y no hemos vuelto.

Se ha reído de nosotras la policía, dije durante la cena. Nos vieron escondernos tan ridículamente, nos vieron con tanto miedo, que consideraron que ya estaba el amedrentamiento consumado y ni se molestaron en perseguirnos. Se estaban partiendo la polla dentro del coche, vamos. Se lo están contando por wasap a toda la comisaría del orto, o sea. Se lo están contando hasta por la radio.

No te confundas, interviene otra comensal. Quienes nos hemos reído hemos sido nosotras. Los hemos esquivado, sea como sea, los hemos esquivado. Hemos sido rápidas, nos hemos escondido de la mejor, por no decir de la única, manera posible. Te sientes ridícula porque romantizas la noción de evasión y de subversión.

Joder, qué razón tiene mi amada.

La hora de los aplausos de Dios (hemos comprobado que cuanto más se endurece el confinamiento, más aplauden —¿pensarán en falos?—) se ha convertido en un toque de queda. Si estás en la calle a partir de las ocho y media de la tarde, eres sospechosa. Antes del confinamiento los supermercados cerraban a las nueve. Las dos primeras semanas del confinamiento cerraban a las ocho. Ahora algunos cierran a las siete. Antes, el badulaque cerraba a la una de la noche (nuestra coartada perfecta para salir). Ahora cierra a las 10. Nuestra coartada ahora es la farmacia 24 horas y el hecho de que las farmacias están desabastecidas de medicamentos para los pulmones. Nunca nos han parado de noche (lo que demuestra que la capacidad de control no es tanta como nos quieren puto hacer creer), pero siempre llevamos una caja de Ventolín o de Atrovent vacía en el bolsillo (yo soy asmática —de verdad—). En nuestra imaginación se produce la siguiente conversación con el *mosso*:

—Adónde va usted a estas horas. —A la farmacia de allí de Santa Eulalia que es la más cercana abierta 24 horas. —Qué es eso tan urgente que tiene que comprar que no puede esperar a mañana. —Ventolín para mi mujer, que es asmática y no puede respirar.

Eso, si va una de nosotras sola que no sea yo. Si vamos dos y una de esas dos soy yo:

—Ventolín para mí, que soy asmática y no puedo respirar. —Y por qué no va usted sola —en caso de que el *mosso* juegue a poli súper malo. —Porque —yo ya haciendo como que me ahogo— estoy asustada y no me encuentro bien.

Así actuaríamos si nos pararan en dirección a la farmacia. Si nos pararan en dirección contraria:

—Adónde va usted a estas horas. —Vengo de la farmacia de Santa Eulalia, que es la más cercana y abierta las 24 horas. —Qué es eso tan urgente que ha tenido que comprar que no puede esperar a mañana. —He ido a comprar Ventolín —sacamos la caja vacía— porque mi mujer es asmática, pero no tenían y no saben cuándo volverán a tener, así que estoy buscando desesperadamente otra farmacia de guardia.

Sigue pareciéndome más repugnante el buen samaritano, le repliqué a mi amada. Porque por dinero yo puedo entender que se hagan tareas de mierda. Pero el buen samaritano lo hace por mero placer represivo. Mi otra amada, la tercera comensal, habla entonces y se ríe: cómo puedo pensar que no hay placer represivo en el policía. No son soldados de gleba mandados al frente en contra de su voluntad. Son

orto de maderos que gozan haciendo con total impunidad aquello para lo que los han entrenado.

Me acordé entonces de un argumento pro policial que reza que los polis son clase obrera y que se estuvo esgrimiendo masivamente durante los últimos disturbios en Barcelona. El policía herido por nuestras pedradas era un obrero sufriendo un accidente de trabajo. ¡De pronto los fachotes preocupándose por los derechos laborales, tócate el coño!

Tenéis razón otra vez, mis lúbricas. Es un falso dilema: no tenemos que elegir entre unos esbirros y otros. Dirigiremos nuestros ataques y nuestras precauciones a todos por igual.

Y así empezamos con la contrapropaganda y la contrainformación. Si la UNAM o quien sea me contrata una segunda parte de este diario, explicaré cómo estamos grafitando (cuidándonos mucho siempre, que no se preocupen las autoridades sanitarias) FÓLLAME, TENGO CORONA.

Exilio en la calle principal

Julián Herbert

1

Saltillo, México, 11 de abril— La enfermedad apareció en mi horizonte el viernes 13 de marzo. Mi suegro se graduaba de historiador y asistí con mi mujer a la ceremonia. Al terminar, fuimos a comer. Durante todo el rato, con una excitación digna de la peste negra o la lepra medievales (o de la locura en la época clásica según Foucault), no se habló sino del coronavirus. Mis suegros y mis tres cuñadas se habían preparado para entrar en la Fase 3 de la cuarentena aquel mismo día, dos o tres semanas antes que la mayoría

de los mexicanos. Su criterio me pareció excesivo, aunque lo justifico a contraluz de tres hechos fundamentales: los padres de mi mujer tienen edad suficiente para ser considerados población de riesgo; pertenecen a la clase media provinciana desde hace al menos cuatro generaciones (yo en cambio soy un producto puro de la movilidad social: mestizo, lumpen, semirural, migrante), y vivimos en Saltillo: el saltillense promedio —yo incluido— es un ultramontano ontológico que anhela la fantasía de encerrarse a piedra y lodo para escapar de Lo Ajeno.

Al terminar el almuerzo, mi suegro se despidió de mí con un ademán distante: “Hay que protegernos”, explicó. Luego dio media vuelta y le asestó a su hija mayor (con la que yo había pasado un buen rato de la noche anterior intercambiando fluidos) un abrazo potente y un beso en la mejilla. Pensé: “Lo que se viene no es una mera contingencia viral. Lo que se viene es una guerra con la mente”.

2

Hace años que no sentía de una manera tan precisa (quiero decir: física) la vecindad entre el estoicismo y el cinismo.

3

Vivo en la esquina de Manuel Acuña y Victoria, a dos calles de la alameda Zaragoza, una cuadra al poniente de la plaza de armas y el palacio de gobierno, en contraesquina del antiguo edificio (hoy es una zapatería) del cine Palacio; un inmueble que fue reproducido al óleo por Edward Hopper en 1946. Vivo en el corazón de Saltillo. Puesto a elegir cuál sería mi álbum de rock emblemático para pasar la cuarentena, diría que *Exile on Main St.*, de The Rolling Stones.

Comencé a prepararme para la contingencia el martes 17 de marzo: diligencias administrativas, cancelación de viajes. El sábado 21 hice una última reunión de trabajo

con los miembros del Seminario Amparán, entre ellos un médico; fue él quien estableció los protocolos del encuentro. Dedicué el lunes 23 a diseñar un gimnasio casero con galones de agua, un cortinero y una banca. Dejé de salir a correr a la alameda el lunes 30 de marzo: desde esa fecha, hago mis seis kilómetros reglamentarios dando vueltas sobre el techo de mi edificio de departamentos, que mide más o menos una cancha y media de basquetbol. Salgo de vez en cuando a la calle en busca de provisiones. Lo hago siguiendo normas de higiene rígidas. Soy escéptico acerca del impacto que estos cuidados puedan tener frente al contagio, pero los cumpla con pundonor: yo no soy propietario del cuerpo de los otros. Salvo por el descanso de no andar del tingo al tango en autobuses o aviones, ofreciendo de ciudad en ciudad conferencias y cursos, mi vida cotidiana es muy igual a la de antes. Gano menos dinero, pero mis oportunidades de gastarlo también se han reducido.

4

Una banda de rock aséptico que se llame La Ilusión del Control.

5

A veces leo o escucho a personas cercanas quejarse de que “la gente” sigue estando en la calle, de que falta conciencia, de que la autoridad no hace nada por aplanar la curva de contagios, de que... Trato de ser cortés, no contradigo demasiado, me hago el despistado; intento cumplir con el grado de sensatez que la clase media ilustrada mexicana espera de mí. Lo cierto es que, en mi fuero interno, me parece ridícula toda esa consternación. No es que yo sea un sociópata, pero tampoco creo tener mayor injerencia que mi gato en el trasfondo de lo que acontece. Una de las estrategias que he implementado de manera consciente para

negociar con mi angustia es acogerme a lo gradual: cortar actividades o libertades una a una, sin prisa ni nostalgia. Espero a que se dicten los tiempos oficiales (aunque me parezcan erróneos) y sigo sus protocolos. No quiero saltar de golpe a la Fase 3 porque sé lo suficiente sobre la sombra junguiana: sé que el enojo de quienes se quejan de la indolencia de sus conciudadanos podría ser una proyección de su frustración por no estar ellos mismos allá afuera, paseando por el parque. Quiero ser el último en ingresar a la habitación del pánico, no importa que por ello me toque luego viajar al apocalipsis aplastado contra la puerta, como pasajero del metro.

6

Pasa un camión de perifoneo con un anuncio del gobierno del estado: “Les recordamos mantenerse en sus casas para evitar un mayor número de contagios”. Al menos me tocó vivir lo suficiente como para ser personaje de una novela de William Gibson.

7

No tengo buena opinión ni del gobierno de mi país ni de sus críticos acérrimos. Estas semanas he ido dos veces al supermercado y noto que la burguesía nacional no ha adquirido un gramo de sentido humanitario en el transcurso de la crisis. No sólo todo es más caro; es, además, deficiente. Como si una desgracia global fuera el mejor momento para comercializar lo que está al borde de la descomposición. El precio de placebos contra la paranoia viral roza lo obsceno. El capitalismo salvaje sigue siendo capitalismo salvaje, sólo que ahora tiene fiebre.

Mi sensación es que ya todos estamos de algún modo —ético, fisiológico, ideológico, emocional, económico— contagiados. Si pretendemos que no es así es por soberbia

o mera urbanidad. Leo por todas partes sesudas opiniones de filósofos acerca de cómo el capitalismo, el comunismo, el Estado policial, los Estados débiles, los presidentes racistas, el heteropatriarcado, el feminismo, el criptosocialismo, el darwinismo económico, todas estas cosas van a caer o se van a empoderar o nos van aplastar o nos salvarán: todo depende de cuál sea la orientación ideológica previamente adquirida del pitoniso en curso. Lo que me causa mayor admiración es la certeza que se percibe en todas estas mentes brillantes. Me deja boquiabierto que, en una época tan cáspita y atónita, sea tan difícil conversar con personas aquejadas de incertidumbre.

8

No sabía que Lucía Bosé estaba viva; su muerte me hizo recordar lo increíblemente bella que me parecía Ornella Muti en los ochenta. No sabía que Jürgen Habermas sigue vivo. No sabía quién era Lorenzo Sanz. No había pensado en Luis Eduardo Aute desde finales de los noventa. No había pensado en Giorgio Agamben durante la última década. Sigo sin saber quién fue Carlos Falcó. No había tenido noticias de Plácido Domingo desde que lo acusaron de acoso sexual. Me conmoví cuando Idris Elba anunció que había contraído covid-19: mi primer impulso fue volver a ver *The Wire*. Todo esto puede sonar insensible, calamitoso, insensato. Pero ésa es hasta ahora mi experiencia concreta de la pandemia: una experiencia abstracta acotada por otro tipo de preocupaciones. Parece una tontería, pero creo que la honestidad elemental (practicada al menos con uno mismo) puede ser una gran reserva de poder cognitivo en tiempos oscuros.

9

Mi vida en cuarentena no es muy distinta a mi vida cotidiana durante el último par de años. En mayo de 2018, ingresé

a una clínica de rehabilitación por el consumo de alcohol y drogas. No sé: tal vez pasar esos tres meses confinado, sin internet, con horarios estrictos de trabajo de albañilería y jardinería y terapia, siguiendo una regla vagamente monástica, me preparó para esto. O tal vez sólo soy un tipo raro que se venda los ojos los sábados por la mañana para bailar a solas, a todo tren, *big beats* de los Chemical Brothers. ¿Es eso lo que experimento de cara al riesgo de contagio: la superioridad moral del eremita *amateur*, la humildad de cartón piedra del narcisista puritano, el síndrome cachafallas de la puta arrepentida? En parte, creo que sí. Pero también, en parte, estoy hasta los huevos de los estados éticos alterados del presente, de la pandemia vista como diluvio universal y no en su calidad de experiencia directa: de sentimiento personal e intransferible y a la vez trascendente del mundo. Es como si la literatura distópica del siglo xx nos hubiera sobreentrenado para la catástrofe.

Dice la politóloga Ashia Ahmad en un artículo reciente que “Las catástrofes globales cambian el mundo, y esta pandemia es muy parecida a una gran guerra”. Después añade: “La respuesta emocional y espiritualmente sana es prepararse para ser transformados para siempre”. Encuentro en estas palabras un poco de la sobreactuación y sobre-higienización emocional típicas del primer cuarto del siglo xxi. Primero, porque no está de más recordar que la Segunda Guerra Mundial dejó un saldo de alrededor de 60 millones de muertos; me temo que, al menos en ese rubro, el coronavirus le va un poquito a la saga. Y segundo, porque dudo que haya recetas generales para encontrar una manera “sana” de “prepararse para ser transformados para siempre”. De eso precisamente se trata toda la experiencia (y la tragedia) humana. No sólo esta pandemia.

Jair Bolsonaro: masas, virus y poder

Fábio Zuker

Las crisis no es de “confianza”, no es “ética”, tampoco “financiera”. No es “política” ni “institucional”, mucho menos del “coronavirus”. Es la crisis de una forma de sociabilidad que transforma todo en mercancía, incluso la salud, la educación y el tiempo vital. La crisis es del capitalismo.

Silvio Almeida

São Paulo, 12 de abril— Domingo, 15 de marzo de 2020. Cuatro días antes de que la Organización Mundial de la Salud (OMS) declarase al nuevo coronavirus como pandemia mundial. Sistemas sanitarios de todo el mundo en crisis. Países confinando a millones en sus hogares. Fronteras cerradas. Economistas calculando pérdidas billonarias. En cambio Bolsonaro prefiere desestimar las recomendaciones médicas y de su propio gabinete. El presidente opta por salir del Palacio de Planalto rumbo a una manifestación de simpatizantes suyos, que en medio de la pandemia decidieron salir a protestar contra el Congreso Nacional y la Corte Suprema. Bolsonaro interactúa con ellos, sonríe. Manosea sus celulares. En sus perfiles virtuales comparte videos de las manifestaciones en diversas ciudades del país, estimulando a que las personas estén en contacto y aglomeradas. Bolsonaro había estado junto a personas contaminadas por covid-19, lo que llevó a su equipo médico a recomendarle que disminuyera sus apariciones públicas y contactos—cuando escribo este texto son 23 las personas próximas a él que están contaminadas, incluidos ministros—. El presidente no parecía preocupado por su salud, así como tampoco por la de su masa más fanática de seguidores. El covid-19 nos ayuda a observar, desde ángulos inéditos, al-

gunos aspectos del proyecto político de Jair Bolsonaro. Me parece necesario explicar algunas afinidades entre la situación social creada por el virus y el autoritarismo del presidente de la República.

Política y paranoia

Masa y poder, de Elías Canetti, es un libro fascinante. “Todo”, dice el autor, fue a parar a este trabajo. El telón de fondo es la Alemania del Nazismo y las enormes movilizaciones de masas que la sustentaron. Digo telón de fondo porque no creo que sea una obra centrada exclusivamente en el régimen nazi y el exterminio de los judíos en Europa. Hitler y el nazismo alemán son mencionados, pero no son el centro del argumento. Canetti cree que para entender los fenómenos de masas es necesario alejarse de un tipo de racionalidad europea y desde allí analizar los sentimientos que mueven a las personas a participar de esas experiencias colectivas. Su reflexión apunta hacia los sentimientos de apertura que cada persona cuando, ya como parte de la masa, pasa a formar parte de un todo, en una experiencia que también conlleva la pérdida de su individualidad. Su argumento se vale de la psicología y la antropología, pero también de la historia, la arqueología y la teoría política. Atraviesa los pueblos indígenas americanos, los cazadores africanos y los sultanatos musulmanes, como base para una discusión amplia sobre la sumisión.

En su radiografía de las masas, Canetti desvela su principal mecanismo de funcionamiento: toda masa tiende al crecimiento. La masa es pensada a imagen del fuego, por su capacidad de propagación, su irrefrenable expansión y su irrespetuosa relación con fronteras y barreras. El fuego comparte otra característica con las masas: por muy diverso y heterogéneo que fuere, todo lo que existía antes del fuego es igualado, todo es convertido a cenizas. Al integrarse

a la masa las personas también pierden sus características definidoras. “Cuanta más vida tenga algo, menos podrá defenderse contra el fuego; sólo lo más inanimado, los minerales, logran resistirlo”, escribe Canetti.

Es imposible no pensar en las similitudes entre el fuego y el virus, en lo que se refiere a la velocidad de propagación. Más aún si consideramos las particularidades de algunas formas de contacto contemporáneas, en que buena parte de la masa se constituye como un cuerpo *online*, que actúa por medio de la *viralización* de *fake news*, sentimientos y agresiones a determinadas personas, haciendo indistinguibles a las masas de las hordas.

Hay otro aspecto del libro de Canetti que me parece importante para pensar a Brasil bajo la doble amenaza del coronavirus y Bolsonaro. Es la idea del gobernante como un paranoico. El sultán de Delhi, Muhammad bin Tughluq (siglo XIV), resulta para Canetti un caso puro del paranoico detentor de poder, ejemplo revelador para comprender las relaciones entre paranoia y los gobiernos totalitarios europeos. El sultán, poseedor de una riqueza inconmensurable, embarca a su ejército en guerras inútiles, agasaja a extranjeros en desmedro de sus súbditos y termina por exterminar a toda la población de su ciudad. Sólo se siente insatisfecho tras mirar por la ventana de su palacio y ver a Delhi vacía.

Exterminar indiscriminadamente —pese a que mueran inocentes, como dice Bolsonaro— constituye el delirio del paranoico. A los ojos de quien detenta el poder, la masa se muestra en su esencia: son todos iguales, igualmente peligrosos. Por eso, dice Canetti, es necesario su “apaciguamiento por medio de la miniaturización”. Una vez empequeñecidos, los subyugados por la violencia ayudan a la composición y el crecimiento del cuerpo del gobernante, que confunde su propio cuerpo con los de sus gobernados. El autor también destaca el “sentimiento de lo catastrófico” y la “amenaza

al orden universal” como fuerzas que nutren al paranoico en su relación con las masas.

Es necesario traducir las reflexiones de Canetti a la terminología propiamente bolsonarista. Un video compartido por Bolsonaro en sus redes sociales —protagonizado por un león (representación suya) rodeado de hienas (grandes medios de prensa, Congreso Nacional, Corte Suprema y su propio ex partido)— es una expresión palpable de su paranoia. “Redentor del universo y soberano son una única persona”, afirma Canetti respecto a la visión que el gobernante tiene de sí mismo. “Mito”, la denominación dada a Bolsonaro por su base de apoyo, lo coloca precisamente como la única fuerza redentora del país. Dotado de un aura divina, no es extraño que sus fanáticos reivindicquen el segundo nombre del presidente: *Messias*.

Hay otro aspecto concreto de esta paranoia, tan real como calculado: Bolsonaro considera a los políticos que toman medidas para la contención del virus —como gobernadores y alcaldes— como amenazas, embusteros que quieren sabotear su gobierno al impulsar la caída del PIB y el aumento del desempleo.

La diferencia entre el paranoico y el detentor del poder no existe en sí misma, sino en su relación con el mundo exterior. Al paranoico le basta su propia paranoia. La paranoia del detentor del poder es desenfrenada. Al paranoico sólo le importa él mismo. Los otros, la masa que lo sustenta, no. Hasta el punto de salir a tocarlos indiscriminadamente, incluso sabiendo del riesgo de estar contaminando a sus propios seguidores.

Para Canetti, “para él [sea el gobernante o el paranoico, da igual] nada representa la opinión del mundo; su delirio se sustenta por sí sólo contra la humanidad”. El escritor búlgaro continúa: “del único hombre vivo, él se transformó en el único que importa”. Es precisamente esto lo que se

revela en una de las últimas reflexiones públicas de Bolsonaro, en medio del crecimiento exponencial del coronavirus en Brasil: “después de la puñalada, no será un pequeño resfrío el que me derrote”.

No importa el resto. Para que el mito cumpla su deseo de volverse omnipotente, el virus puede ser un medio.

Higienización social

Como en el capitalismo la muerte sigue el padrón de la desigualdad, no todos morirán de la misma forma durante la crisis del coronavirus en Brasil. Un reciente video de la diputada Jandira Feghali muestra cómo la comunicación del gobierno destinada a la contención del virus está orientada a las clases media-altas. Como muestran diversos reportajes, ¿Cómo es posible protegerse allí donde ni siquiera existe agua para lavarse las manos? ¿De qué forma se puede aislar a un enfermo al interior de un hogar donde un solo cuarto es compartido por todos los miembros de una familia, incluyendo a diferentes generaciones? Vale la pena leer el texto de la filósofa y militante Djamilia Ribeiro respecto de la situación de vulnerabilidad de las empleadas domésticas. La autora centra su análisis en el violento caso de la muerte de una adulta mayor de Río de Janeiro, quien no fue liberada por sus empleadores recién llegados desde Italia pese a estar infectados con coronavirus.

En un país con estos niveles de desigualdad, el virus no matará de forma igual. Si en un comienzo la contaminación fue predominante entre personas con accesos a viajes internacionales, su irrupción en barrios populares es de temer. El virus toma partido en una guerra ya existente, que muchos sociólogos han denominado como de “castigo a la pobreza”. Es la misma lógica de la exención de responsabilidad defendida por Bolsonaro: se castiga a los pobres, poco importa la muerte de inocentes. Es eso también lo que

propuso la Medida Provisoria recientemente elaborada por el gobierno: suspender los contratos de los trabajadores por hasta cuatro meses, dejándolos desamparados en un momento de aumento de gastos de salud. Pocas horas después, tras las protestas de políticos y de la sociedad civil, ese párrafo fue eliminado de la propuesta.

Hace pocos días el historiador y filósofo *best-seller* Yuval Noah Harari escribió un excelente texto para la revista norteamericana *Time*. Entre sus cuestionamientos está la idea de que la pandemia sólo alcanzó su dimensión actual debido a las profundas interconexiones del mundo que habitamos. Harari defiende precisamente lo contrario: en otras épocas la propagación de enfermedades era más letal y había infinitamente menos conexiones al interior del planeta. Basta pensar en la letalidad y la dispersión de la peste bubónica en Europa o de la viruela entre los pueblos indígenas de América. Vale observar, dice, las reacciones de la ciencia al coronavirus en relación a las respuestas a la peste: “mientras las personas de la Edad Media nunca descubrieron qué era lo que causaba la peste bubónica, científicos demoraron apenas dos semanas en identificar el nuevo coronavirus, secuenciar su genoma y desarrollar *tests* confiables para la identificación de personas infectadas”, afirma el autor. Esas informaciones fueron rápidamente compartidas entre países.

La diseminación de la información entre las naciones, los intercambios de conocimientos científicos y las técnicas especializadas sostienen el combate eficiente al virus. El caso de la viruela es ejemplar: la enfermedad sólo pudo ser erradicada en 1979, a partir de un esfuerzo internacional que involucró a *todos* los países del planeta. Si una única persona permaneciese con el virus, éste podría sufrir una mutación en un solo gen —lo que suele pasar con los virus, tal como ocurre con el covid-19 o el ébola— y la

humanidad debería tener que vérselas nuevamente con la enfermedad.

Si el virus tiene el potencial de revelar las heridas de la desigualdad y el carácter paranoico del detentor del poder, también nos muestra que nadie está a salvo. No importa cuán rica una persona sea ni cuán lejos se encuentre de los núcleos de pobreza. Someter a poblaciones enteras a pésimas condiciones de vida y precario acceso a la salud no inmuniza a nadie de las consecuencias de la desigualdad. Ese único gen, de un único virus, de una única persona sin acceso a un buen sistema de salud, puede ser fatal.

Aun así, algunos ricos aparentan mantener la ficción de que no serán afectados como los pobres por la enfermedad. Evidentemente no será de la misma forma. Sin embargo la curva de crecimiento exponencial del número de contaminados llevará al colapso tanto al sistema público de salud como a los más lujosos hospitales privados.

La ficción del control total

Lidiar con una enfermedad contagiosa, una catástrofe ambiental, guerras o situaciones extremas que coloquen a la población en condiciones de vulnerabilidad, siempre presenta dos caras: la idea de que los gobernantes poseen razones prácticas para desempeñar su poder de mando de forma excepcionalmente dura y la concretización del poder sin límites en su forma pura.

En *Vigilar y castigar*, Michel Foucault inicia uno de los capítulos centrales de su obra —aquel dedicado al análisis de la visualidad y el control del Panóptico de Jeremy Bentham— con una impresionante descripción del sistema de control de las personas durante la época de la peste bubónica en Europa. Informes, redes de información, control de movimientos. Dominar a la peste era el objetivo central de todo proyecto autoritario de control total.

En el texto citado anteriormente, Harari apunta a una estrategia virtuosa de intercambios científicos y esfuerzos entre países. Sin embargo, esto no excluye que las restricciones que los gobiernos puedan llevar a cabo para enfrentar la excepcionalidad de la pandemia se transformen en la nueva normalidad. En un artículo publicado en el británico *Financial Times*, el mismo autor advierte sobre los peligros del perfeccionamiento de las herramientas de vigilancia personal, puestos en práctica por China e Israel: cada movimiento de los ciudadanos es acompañado, con la posibilidad de incluso saber si se está cerca de algún contagiado. Para Harari es aún más grave la posibilidad de que los gobiernos puedan monitorear en tiempo real características fisiológicas, como la presión arterial o el pulso cardiaco. Esto permitiría una vigilancia sin precedentes de nuestros gustos, alegrías y emociones. “El monitoreo biométrico haría parecer a las tácticas de hackeo de datos de Cambridge Analytica como de la Edad de Piedra”, concluyó.

Con Bolsonaro todo parece infinitamente más tosco. El combate al virus asume una cara abiertamente abyecta: desmerecimiento de la ciencia, desestimación del virus como peligro real, propagación de noticias falsas y comportamientos infames del propio presidente de la República. Tamaña ineptitud genera desconfianzas y levanta sospechas sobre la posibilidad de un proyecto de instauración de un estado de sitio de larga duración.

Bolsonaro ha dado señales de estar ensayando un golpe, incluso desde antes de escuchar sobre el covid-19. Probablemente no lo hace porque no tiene seguridad del apoyo que una medida así necesita. Por lo que indican sus palabras, ganas no le faltan. El virus puede crear peligrosamente las condiciones para que Bolsonaro materialice su delirio autoritario: colocar a las Fuerzas Armadas en las calles para contener a las personas y luego no devolverlas

a los cuarteles. Una vez neutralizado el virus, garantizar la disciplina entre trabajo y hogar: reproducción del capital y reproducción de las masas que lo producen.

Es poco probable que la cúpula del Ejército apoye ese movimiento. Sin embargo, las policías pueden ser impulsadas a amotinarse contra gobiernos estatales, estableciendo un extenso toque de queda. El motín de la Policía Militar de Ceará de hace pocas semanas, así como las extrañas relaciones entre el Ejecutivo y los policías amotinados, no deben ser pasados por alto.

No me parece que Bolsonaro tenga fuerza para tanto. Gracias a los republicanos franceses de los siglos XVIII y XIX existe la separación de poderes y un sistema de frenos y contrapesos. Gobernadores y alcaldes han tomado medidas ejemplares, como el cierre de locales de concurrencia masiva y la limpieza del sistema de transporte público —algunas de esas estrategias fueron tomadas mucho antes que los países europeos en relación a las curvas locales de expansión de la pandemia. Vale destacar también la actuación del Ministro de Salud, Luiz Henrique Mandetta, que comprende la gravedad de la situación hace bastante tiempo.

Falta saber qué uso político le dará Bolsonaro a la crisis. Todo indica que el presidente ya no cuenta con el apoyo de antes entre los liberales. Su base en el campo conservador también parece haber perdido fuerza. Cacerolazos y la idea de un *impeachment* ya no suenan tan extraños. Bolsonaro tendrá que hacerse cargo de un país golpeado, en un mundo asolado por la muerte, la recesión económica y más desigual que nunca.

Nota general sobre el imaginario de la catástrofe

Leo reportajes, ensayos y crónicas todos los días. Pocas me marcaron tanto como el texto de Evan Osnos sobre cómo

los súper ricos norteamericanos se preparan para lo peor. En *É o fim do mundo*, el periodista muestra cómo algunas de estas personas han tomado una serie de prevenciones antes del cataclismo. No se sabe si operan en un escenario de crisis económica, crisis ambiental, levantamiento popular o una caótica combinación de estas fuerzas. Existen corredores de propiedades especializados en la venta de búnkeres nucleares en los desiertos de Estados Unidos y en el interior de Nueva Zelandia. Allí, debajo de la tierra y en caso de que las cosas no mejoren en la superficie, sus clientes tendrían la autonomía suficiente como para pasar hasta 20 años.

La catástrofe está siendo explotada y comercializada. *Business as usual*. O como diríamos en castellano, negocios son negocios.

Posdata:

cadena nacional, pronunciamiento oficial
de Jair Bolsonaro sobre el coronavirus

Martes en la noche, 24 de marzo. El presidente tiene dificultades para articular palabras. Parece preocupado, como si sintiera el deber de entregar un mensaje. Se ve contrariado. Habla de combatir el “pánico y la histeria”. Dice que parte de los grandes medios de prensa crearon un clima de miedo en relación al covid-19. Ataca a gobernadores. Vuelve a comparar al coronavirus con un pequeño resfrío. En oposición a lo que afirman especialistas en todo el mundo, Bolsonaro llama a las personas a continuar con sus actividades regulares: “El sustento de las familias debe ser preservado. Tenemos que volver a la normalidad”.

Una versión más extensa de este artículo fue publicada en portugués el 26 de marzo de 2020 en *Le monde diplomatique Brasil*.

Traducción del portugués: Rodrigo Millan V.

La ansiedad

Mariana Enriquez

Buenos Aires, 13 de abril— Mando un mensaje. Necesito resolver una cuestión administrativa de trabajo. Responden y resuelven más o menos rápido y la persona que me atiende agrega, antes del saludo de despedida, “ESTO parece uno de tus cuentos”.

ESTO es la pandemia, claro.

Le respondo con un lacónico “gracias”, sin hacer referencia alguna a su observación sobre mis cuentos que, en efecto, son de terror. No sé qué decirle. Casi todo el tiempo no sé qué decir y constantemente me piden que diga algo. Una columna sobre cómo llevo el confinamiento. Una opinión sobre la naturaleza mutante del virus. ¿Me parecen bellas las ciudades vacías y recuperadas parcialmente por animales? Todo es contradictorio y angustiante. Un escritor, un artista, debe poder interpretar la realidad, o intentarlo al menos. Como persona que trabaja con el lenguaje debería colaborar en la discusión pública. Pensando, escribiendo, interpretando. Pero cada día que pasa, pensar en esta pandemia se convierte en una neblina pesada: no veo, estoy perdida, apenas alcanzo a distinguir mis manos si las extiendo. La escritora Carla Maliandi comenta en su Facebook que el filósofo Karl-Otto Apel, amigo de su familia, les contó, entre empanada y empanada, que “durante la Segunda Guerra Mundial le tocó algo así como la colimba —el servicio militar— de Alemania. Su tarea era patrullar las calles dentro de un tanque de guerra mientras afuera explotaban bombas y el mundo era el infierno mismo. Nos dijo que ese fue un momento muy importante en su formación y que gracias a ese encierro pudo leer y estudiar por primera

vez a Aristóteles, a Kant, a Hegel”. Ella se pregunta cómo es posible semejante concentración a propósito de una nota donde varios escritores dicen que no pueden leer, no pueden ver películas, están ansiosos e hiperalertas y pasan la mitad del tiempo en videollamadas o chequeando si los familiares y amigos necesitan algo.

¿Por qué tengo que ser intérprete de este momento? ¿Porque escribí algunos libros? Me rebelo ante esta demanda de productividad cuando sólo siento desconcierto. Poder, poder, poder, qué podemos hacer, qué podemos pensar. En una charla con una amiga le dije, sinceramente: “pienso corto”. Es verdad. No encuentro reflexiones. Encuentro: cómo (no) usar el *homebanking* con bancos que ofrecen sistemas hostiles, no atienden el teléfono y son implacables en la demanda del pago. Encuentro: cómo evito el miedo cada vez que mi pareja sale a comprar la comida que necesitamos. Qué hago si se enferma. Es muy poco probable que esto pase, me digo y me dicen los expertos. Todo lo que me repito no sirve de nada y tengo terror de que termine en un hospital de campaña. O que termine ahí mi madre. Desde otro medio me mandan una serie de preguntas a ver si las puedo contestar: “¿Qué miedos genera el aislamiento? ¿Qué trauma nos trae? ¿Qué va a pasar con la humanidad? ¿Cómo construimos la nueva normalidad?”

Todas las preguntas me dejan muda. Todos los traumas, todos los miedos, no sé qué va a pasar con la humanidad, cómo pensar en “humanidad”, qué significa eso, por qué tenemos que pensar en la nueva normalidad si la pandemia recién empieza, al menos en la Argentina. Todas estas palabras que escucho, todo este ruido de opiniones y datos y metáforas y recomendaciones y vivos de IG y la continuidad de las actividades en formato virtual, toda esta intensidad, ¿no es acaso pánico puro? ¿Qué agujero se intenta tapar? ¿Qué fantasía de extinción? Pienso en insectos escapando

de la mano que enarbola el veneno. Esa cucaracha que corre y corre y logra esconderse detrás del lavarropas.

Me siento como si acabara de tener un accidente de auto. Veo cómo sale humo del motor, huelo a quemado, no sé si habrá una explosión o no, el cuerpo no me duele porque el golpe es muy reciente y, desde el otro lado de la ventanilla, 20 personas me preguntan: “¿Vas a comprar un auto nuevo? ¿Creés que éste se puede arreglar? ¿Podrás vivir tu vida normal si tienen que amputarte una pierna? ¿Sobrevivieron los del auto que impactaste? ¿Si quedaron con secuelas los ayudarás económicamente? ¿Pagarás el entierro si murieron? Tu hijo, que estaba en el asiento de al lado, ¿llevaba cinturón de seguridad?” Así todos los días.

A veces logro sentir algo que me excede en otro sentido, no el del desborde cotidiano. Algo sublime, profundo. Un silencio en el mundo causado por este agente que no está ni vivo ni muerto, que necesita un huésped para vivir hasta que se aburre de él o lo mata. Cierta hermandad global. Me dura poco. Tengo miedo de tener una apendicitis y que no me operen y morir porque están las camas ocupadas por pacientes con coronavirus. Tengo miedo de ser horriblemente mezquina y poco solidaria. Tengo miedo de ver por las calles del conurbano de Buenos Aires las mismas escenas que en Guayaquil, los cadáveres en las calles, la gente ahogada arrastrándose en salas de emergencias, el hombre que dejó a su madre muerta en un banco y usó un parasol para proteger el cuerpo envuelto en una tela colorida. Los ataúdes de cartón. No quiero atravesar ese horror de ninguna manera, ni como espectadora ni como testigo ni como cronista ni como víctima. A veces me levanto y creo que vivir así no vale la pena, otras me digo que todo pasa, que siempre que llovió paró, que los virus tienen ciclos, que las pandemias se terminan, que las vidas se reconstruyen. Ayer me alegraba de haber vivido intensamente, de todos

los viajes, todos los conciertos, todas las drogas, todos los amantes. Como si me estuviese despidiendo del mundo. Este estado es de duelo. Pero no sé bien qué ha muerto. O si está muriendo. No lo sé. Me lo siguen preguntando, y yo no lo sé. ¿Qué leo? Nada. Empecé, porque teletrabajo desde casa, con *La condesa sangrienta*, de Valentine Penrose, y la historia de la espantosa Erzsébet Báthory me entretiene, quizá porque vivió en un mundo infinitamente más cruel y más difícil, con enfermedades detrás de cada árbol, con brujas del bosque que secuestraban niños para hacer filtros con sus corazones. ¿Qué veo? *Twin Peaks*, porque sumergirme en una pesadilla ajena es una especie extraña de alivio. No mucho más: el resto del tiempo me la paso al teléfono o frente a pantallas o trabajando con una lentitud asombrosa o leyendo noticias hasta enloquecer. Sé que debo leer menos noticias y que toda esta información no sirve para nada, pero da alguna ilusión de control y además no se habla de otra cosa y perdón, pero no tengo la presencia de ánimo ni la distancia ni el equilibrio como para ponerme a leer a Eurípides. Admiro a los que se sientan con *La montaña mágica* y a los que aprenden recetas y sobre todo a los que se aburren.

No tengo carácter.

No tengo temple.

Quizá estoy deprimida: igual la terapia en este momento es virtual y no sé si me atrevo a empezar una medicación hoy, con el consejo de no acercarse a hospitales. También: mi propia crisis emocional me parece idiota. Es idiota. Estoy en un rincón, de rodillas, esperando que esto pase, se vaya, se apague. No estoy hecha para las crisis. Trato de recordar otras. 2001-2002: un año o más cobrando la mitad del sueldo y viviendo con mi madre en una barriada peligrosa; todas las noches escuchaba disparos y, si se me hacía tarde, iba corriendo hasta la avenida a comprar cigarrillos porque

los robos eran comunes pero también podía quedar en el medio de una balacera. La adolescencia con hiperinflación, 1989, crisis energética, cortes de luz programados, padres sin empleo, dormir en un sillón porque no tenía cama propia y no había dinero para comprarla ni lugar donde ponerla. Hay más, algunas personales que no tiene sentido ni quiero hacer públicas. ¿Ninguna me preparó para esto? Ninguna me preparó para esto.

Llega otro *mail*, otra entrevista, otro mensaje. Qué pienso de esto como escritora de terror. Cómo se resignifica el miedo. Queremos tu opinión sobre el miedo que tenemos todos.

Intento ser irónica y ensayo unos renglones: que las pandemias son del terreno de la distopía, que yo no escribo en ese subgénero, que me gusta pero no lo leí tanto (es todo cierto). Borro lo escrito. Es una tontería. Leo un artículo fabuloso del pintor y escritor Rabih Alameddine acerca de cuando se enteró del diagnóstico de VIH positivo. Vivía en San Francisco mientras en su tierra natal, el Líbano, rugía la guerra civil; decidió volver, sin embargo, porque tenía miedo y no quería morir solo. En poco tiempo estaba de vuelta en California. Empezó a jugar al fútbol. La mitad de su equipo murió. Él sigue vivo, hoy, y dice que no recuerda a cuántas personas ha visto morir. Recuerdo los días terribles del sida, yo era muy chica, recuerdo el miedo que el barrio les tenía a los posibles infectados, recuerdo a los amigos de mi madre que morían solos porque, además, eran rechazados por sus familias. Aquello fue tan cruel. La valentía de ellos. Mi vergonzosa cobardía. Pienso en las víctimas de los tsunamis, de las guerras, de los naufragios en el Mediterráneo, del narco, de la violencia institucional, de otras epidemias, del hambre. La muerte masiva y trágica y solitaria es la regla. Me doy cuenta de mi privilegio. Me da vergüenza ese privilegio, especialmente en este continente.

No puedo salir de la autorreferencia y eso me abruma, porque intento evitar el yo yo mi mi. Quejarse es patético. No me quejo en voz alta. Lo intento, pero estas palabras deben ser una queja.

¿Sirve este texto? ¿Es exagerado? ¿Por qué decir: no puedo decir? Aquí habla sólo mi ansiedad. Y la sensación de inminencia. Es posible que hoy esté constituida apenas de ansiedad. Me deja muda e inmóvil en un sillón, encerrada. No en mi casa, eso no importa. Encerrada en mi cabeza.

Final del viaje

María Soledad Pereira

Buenos Aires, 14 de abril— Dicen que los síntomas no difieren mucho de una gripe normal —fiebre, dolores musculares y tos seca— y que por eso mismo hay que estar atento. Dicen que los más viejos y quienes padecen de otras patologías son el grupo más vulnerable. Dicen que las personas que tengan fiebre y sientan dificultad para respirar deben comunicarse con el SNS₂₄: el Centro de Contacto *do Serviço Nacional de Saúde*. Según las últimas noticias, en Portugal hay 59 casos positivos de covid-19 y los pronósticos, en el país y en el mundo, son todos desalentadores. La ministra de salud Marta Temido pide que se refuercen las medidas de contención y apela al buen juicio de los portugueses. Es miércoles 11 de marzo. Es 2020 y estoy en Lisboa.

Por WhatsApp recibo un mensaje de Buenos Aires. Una amiga manda un archivo al grupo. “El juego del coronavirus”, dice: una mezcla de instructivo higiénico y treta para niños que consiste en pintarse en el dorso de cada mano un coronavirus, un bicho que desaparece a partir del lavado frecuente. Quien logre que los bichos desaparezcan

gana un punto, que se acumulará para un premio futuro. Enseguida me acuerdo de las indicaciones que, una vez, hace unos 20 años, me dio la psicóloga: llevar un registro de las veces en que, a diario, me lavaba las manos. Lo hizo para demostrarme, mediante algunos números azarosos, eso que yo ya sabía: que me las lavaba en exceso hasta hacerlas sangrar, una práctica que con el tiempo he moderado, pero nunca destituido.

Llevo alcohol en gel en la mochila desde mucho antes de la gripe A, en 2009, abro puertas con el codo, prefiero hacer equilibrio a agarrarme de un pasamanos: la higiene es, en suma, un hábito —o acaso, una reacción xenófoba contra la enfermedad— que practico naturalmente de un modo excesivo. Las medidas de prevención lanzadas por los gobiernos del mundo a cuento del nuevo virus me resultan, lógico, obviedades: limpiar regularmente superficies, cubrirse la nariz y la boca con el codo flexionado al toser o estornudar, lavarse las manos con frecuencia, ¡por fin! De repente, otro mensaje. Desde hace tres días, las comunicaciones por WhatsApp desde Buenos Aires se multiplican: Guillermo, Anita, Mariana, Pablo, ahora Rodrigo. Me preguntan que cómo estoy. Y me dicen que por favor me cuide. Un “cuídate” que a la distancia es una clara señal de alarma. A estas preguntas, se suman (día de por medio y desde hace una semana) las advertencias de mi tío, el hermano de mi padre, cosa extraña porque él habla poco: “Extremá cuidados de higiene”, me dice en uno de sus últimos mensajes. Me río o intento reírme. Que alguien me diga que extreme cuidados de higiene es como que le digan a Mick Jagger que no deje de bailar. Desde el trabajo, una compañera me advierte que a la vuelta tendré que quedarme en casa, en cuarentena, durante 14 días. Según las últimas decisiones del Ministerio de Salud de Argentina, quienes regresen de

áreas de circulación de coronavirus deberán permanecer en sus domicilios, aunque no presenten síntomas, durante dos semanas.

Pero en Lisboa son las once y media de la mañana y el día está hermoso. Miro por la ventana. La Avenida Duque D'Ávila resplandece bajo un sol de incipiente primavera: cielo azul, monopatines y bicicletas en las vías de circulación, gente en los cafés. Dos de mis amigas, Filipa y Andreia, me dicen que fueron a trabajar normalmente. Filipe, un amigo, está como cada miércoles en su puesto, en la feria de libros usados del Jardín Constantino. La realidad —la vida misma— demuestra ser más luminosa que la que pintan los medios, medios que, para no enloquecer, empiezo a leer de modo selectivo. No obstante, estoy preocupada. Las nuevas medidas del gobierno nacional y la intención de Aerolíneas Argentinas de cancelar los vuelos de regreso desde Europa no son un invento. Ante la incertidumbre, busco en internet pasajes a Buenos Aires. Al día siguiente, jueves 12 de marzo, voy a una agencia de viajes y reservo un asiento por dos mangos para dos días después. Lo apresurado de la decisión me estremece. Viajaré vía San Pablo para evitar el paso por Madrid donde, en las últimas horas, la situación se ha descontrolado (España es el segundo país de Europa, después de Italia, con mayor número de infectados). Mientras María José, la agente de viajes, se ocupa de la emisión de mi pasaje, salgo a tomar aire. El domingo 8 de marzo, café de por medio, planeaba con Filipa un almuerzo en Corroios para el fin de semana siguiente. Y ahora, cinco días después, estoy organizando, violentamente y muy a mi pesar, un viaje a Buenos Aires. Acabo de confirmar una reserva y dudo sobre lo acertado de la decisión tomada: ¿Será oportuno volar en una situación de emergencia sanitaria? Pienso en si podré controlar la ansiedad en un ambiente cerrado con más de 300 personas; me pregunto

si sobreviviré a la fila del *check in* y al hecho de tener que poner en la bandeja (nunca desinfectada) de control de seguridad mi mochila, mi campera, mi cámara de fotos. Lo pienso y transpiro: me transpiran la espalda, las manos. ¿Acaso, seré capaz de mantener la calma en un espacio donde la sensibilidad está lógicamente exacerbada? No lo sé, pero el viaje es inminente y está confirmado. Vuelvo a la agencia, pago, retiro el pasaje. Le doy las gracias a María José y le pido que me desee suerte. “Todo va a salir bien”, me dice. Y por un segundo, su voz —dulce, terapéutica, concedora— me tranquiliza.

*

En el año 2000, cuando visité Lisboa por primera vez, en la ciudad no había caravanas de *tuktuks* —vehículos de tres ruedas semidescapotables—, ni había combos promocionales de pasteles de bacalao con vino verde, y Fernando Pessoa no había alcanzado todavía la categoría mediática de souvenir en forma de cenicero. En barrios como Ajuda o Alfama no era extraño ver a mujeres de edad avanzada (antiguas propietarias) vestidas de negro y con pañuelos en la cabeza, cumpliendo, a lo mejor, algún luto lejano. El populoso tranvía 28, en su trayecto desde Campo de Ourique hasta la plaza Martim Moniz, permitía aún cierta comodidad a bordo. De aquel tiempo a esta parte, pasaron cosas. Hoy Lisboa es una de las capitales más apetecidas de Europa, y el sector turístico —para bien y para mal— no para de crecer. Filipe es librero y se queja. Dice que los lisboetas ya no pueden vivir en Lapa ni en Santos ni en Madragoa ni... “Desde que los extranjeros empezaron a copar las casas del centro y a transformar predios en hoteles de lujo, los alquileres se dispararon y la ciudad empezó a cambiar”, dice con algo de nostalgia, la noche del 10 de marzo, mientras caminamos desde Estrela hasta Cais do Sodré.

Por lo demás, Filipe pone en duda la gravedad de la epidemia. Esa noche, a mitad de camino, nos sentamos a tomar una cerveza. Es invierno en el hemisferio norte, pero parece primavera. Lo veo pagar y luego armarse un cigarrillo: tabaco, boquilla, envoltorio y lengua sobre el papel. Ese descuido higiénico me desconcierta (con todo lo que se está diciendo), pero lo disimulo (soy siempre la misma hipocondríaca). Le digo que en Lisboa vi algunos de los acontecimientos que cambiaron la historia del mundo para siempre: la caída de las Torres Gemelas, en 2001, por ejemplo; el comienzo de la guerra de Irak, en 2003. Y, ahora, la irrupción del “Corona”.

“Corona suena a nombre de jugador de fútbol del club de Porto”, dice. Y nos reímos.

*

El 10 de marzo, en una nota publicada en el matutino *The New York Times*, el periodista Martín Caparrós hizo referencia a un tuit del actor español Eduardo Noriega. “Si cada invierno —había escrito Noriega en su cuenta de Twitter—, nos informarían en tiempo real de los atendidos, hospitalizados, ingresados en UCI y fallecidos por gripe en España viviríamos aterrorizados”. El *tuit* incluía cifras verificables, y la nota de Caparrós analizaba la situación mundial más allá de los circuitos del miedo. Sin embargo, el viernes 13, mientras tomo el desayuno, pienso en cosas que me atormentan sólo en los peores ratos: en lo impredecible, en lo imponderable, en la fragilidad de la vida y pienso también en la muerte. Por *email* recibo un mensaje de LATAM, la aerolínea con la que volaré a Buenos Aires, es casi la una de la tarde. “En LATAM —dice el mensaje—, queremos que usted viaje con tranquilidad: infórmese aquí sobre todas las medidas y procedimientos relativos al covid-19”. Pero en lugar de tranquilizarme, la noticia me incomoda. Dos horas

después, Aerolíneas Argentinas me avisa, también por correo electrónico, que mi vuelo programado para partir de Madrid el 29 de marzo ha sido cancelado y que las millas canjeadas me serán devueltas. Voy a mi agencia de viajes y le pregunto a María José si lo mío está confirmado. La rapidez de los cambios me hace suponer que cualquier catástrofe podría ocurrir dentro de los siguientes 10 minutos. “Está confirmado”, me dice y me aclara que la única noticia que recibieron fue lo de la cuarentena dispuesta por el gobierno argentino. Paso por el supermercado: hay góndolas semivacías, otras, desmanteladas. Faltan frutas y verduras y agua y sobre todo faltan latas: de atún, de sardinas, de bacalao. “¿Serán los estragos del miedo —me pregunto— o el mismo apocalipsis?” Salgo y corro a refugiarme en mi cuarto de la Av. Duque D’Ávila. Desde que llegué, hace dos semanas —tras haber terminado un curso de un mes en Sevilla—, estoy alojada en una casa en la que curiosamente, años antes, funcionó una editorial independiente: la 70 o Edições 70. Una casa o, mejor dicho, un caserón —más de 100 años, tres plantas luminosas, fachada pintada de amarillo—, un lugar en el que me quedaría a vivir y en el que no hay —no puede haber—, trato de convencerme, lugar para virus peligrosos.

Paso el resto de la tarde armando valijas y escuchando música. Escucho el mismo tema tres, cuatro, cinco veces. Y repito la letra como si fuera un mantra. “Ring the bells that still can ring —canta Leonard Cohen— Forget your perfect offering/ There is a crack, a crack in everything/ That’s how the light gets in”.

*

El 14 de marzo me levanto a las cinco. A las apuradas, tomo un café con leche y salgo. Al llegar al aeropuerto, me cubro la boca y la nariz con un cuello de invierno y voy a asegurar la valija. Subo al primer piso, resuelvo el *check in*

y paso directo al control de seguridad. Soy un robot que ejecuta órdenes a comando. Meto el *carrion* en la cinta, y en una bandeja, la campera, la mochila y la cámara de fotos. “La bufanda también”, me despabila de golpe un agente. Lo último que haría en la vida sería poner mi cuello de invierno en la bandeja, así que me hago la distraída y, en un descuido del hombre, me lo guardo rápidamente en uno de los bolsillos del buzo polar. Paso por el escáner, retiro mis cosas al final de la línea y limpio con alcohol en gel el cuello de la campera. Ahora sí, corro en busca de la puerta 41A y entro automáticamente en el *free shop* —mezcla de perfumes y vendedoras sonrientes—, que en un segundo me devuelve a la normalidad de la vida.

Lo que sigue es un trayecto de nueve horas —las más largas que recuerde a bordo—, en el que me veo rodeada de pasajeros con barbijos. Pasajeros quietos, silenciosos, adormecidos. Cada uno (me incluyo) dentro de su propia isla, haciéndose invisible, impalpable, inaccesible, como queriendo desaparecer, anularse para protegerse y, a lo mejor, en un acto de solidaridad genuino, proteger también al otro.

Llego a San Pablo a las cinco de la tarde. Llamo a mamá. “Llegué”, le digo y me pongo a llorar. Desconsolada. En el aeropuerto todo el personal y la mayoría de los pasajeros están embarbizados. Por el altoparlante, las recomendaciones de higiene se repiten cada cinco minutos. Para mi vuelo a Buenos Aires faltan todavía cuatro horas. En otras circunstancias me hubiera sentado a tomar un café, en éstas, lo único que quiero es salir de acá. Cuanto antes.

La entrada del aeropuerto de Guarulhos está semi desierta: una decena de taxis, unos pocos pasajeros despidiéndose, todavía a los abrazos. Este escape y esta suerte de páramo me reconfortan. Cruzo las vías de circulación y camino como drogada hacia uno de los laterales, camino hasta que no puedo avanzar más y me doy cuenta de que a mi alrededor

no hay un alma. Un rato después, el sol empieza a ponerse en mi propia cara de sobreviviente. Un atardecer hermoso, inesperado, conmovedor, como escribió Borges en uno de sus poemas. “Siempre es conmovedor el ocaso —escribió— por indigente o charro que sea,/ pero más conmovedor todavía/ es aquel brillo desesperado y final/ que herrumbra la llanura/ cuando el sol último se ha hundido”.

Sé que hoy cuando el último sol se haya hundido y “el unánime miedo de la sombra” me acometa, tendré que correr en busca de mi próxima puerta de embarque y ponerle el cuerpo al segundo tramo de este viaje alucinado. Pero para eso todavía falta, así que saco mi cámara de 35 mm y me hundo en aquel otro cielo. Azulado y rosado. Y (casi) puedo disfrutarlo.

Otro afuera

Carolina Sanín

1

Bogotá, 15 de abril— En el confinamiento obligatorio por la pandemia, la economía se ha retraído, para mí, a su etimología: es el conocimiento de la casa, del *oikos*. Cada 15 días abastezco mi casa. Todos los días soy consciente de cuánto consumo, de qué se pierde y cuánto se conserva. Un día a la semana limpio mi casa, que ahora equivale a mi mundo: cada objeto y cada asiento y cada balda con el trapo —primero seco y luego húmedo—, y el suelo con la escoba, luego con la aspiradora y, por último, con el trapero. Quizás «economía» en la cuarentena ha pasado a ser casi equivalente de «limpieza»: en la casa común que es la ciudad, la administración se concentra en las medidas de higiene pública, de distanciamiento, para evitar el contagio. En mi

casa, la administración de la higiene no es distancia sino contacto: recorro las formas de todas las superficies. Aca-ricio y levanto los objetos, y los pongo en su lugar, pensando que su lugar es ése y ningún otro en el mundo, pues así lo he dispuesto. Cada vez que vuelvo a poner algo donde estaba, después de tocarlo y repararlo, o que elijo para él un lugar distinto (o la basura) donde dejarlo, me siento —o me figuro que me siento— poniendo fin a un drama, pues el fin de cada tragedia y cada comedia es que las cosas queden en el lugar que les corresponde. Mientras limpio y ordeno —mientras hago que el telón caiga una y otra vez— medito sobre el significado de *disponer*, que es dar posiciones y decidir, pero también connota un ofrecimiento. Dispongo continuamente mi casa y sus cosas para mi vida de cada día, que ahora es vida de día por día: vida de un solo día con una sola huésped, que coincide con su anfitriona. Mi casa toda se convierte en una mesa servida: para mí sola y para mí toda, para la plenitud de mi tiempo: para el día.

Mi cocina tiene dos puertas: una de vaivén, por la que entro y salgo, y otra pequeña, una puertecita, poco más ancha que mi cuerpo, que la comunica con el comedor. Desde que me mudé aquí, esa segunda puerta había permanecido cerrada, pues yo la necesitaba como pared para apoyar contra ella un mueble. Hasta ayer, que fue día de limpieza, había olvidado completamente esa puerta clausurada. Al cabo de la jornada, puse el mueble en otro lado y dejé la puertecita abierta. Hoy pude, por primera vez, entrar en la cocina por una puerta y salir por otra. Como la excavación de un canal interoceánico, ese acto de gobierno de mi casa cambió el mundo. Durante la cuarentena, me he hecho consciente de que reino en mi casa; de esa modalidad irónica de la libertad que es la soberanía. La economía atraviesa una fantasía autárquica y sale (por la segunda puerta de la cocina) convertida en política, y me hace pensar que quizá el

ejercicio de la política no es otra cosa que la administración de la circulación por el espacio.

2

Esta mañana pensé que posiblemente no viajaré nunca más a otra ciudad, y entonces hice la cuenta de las casas donde he vivido: son 23. Me pareció evidente que siempre había vivido en una sola: en ésta, que contiene las del pasado, que iban formando la que al final las contendría. Siento que no existí en las casas que he habitado, ni en las siete ciudades que me han albergado. Que las soñé.

Si al limpiar y disponer las cosas de mi casa —al resolver que pongo cada una en su lugar y que determino con ello el último acto de una representación—comprendo el género dramático, con la obligación de permanecer en un solo lugar durante todo el día —y día tras día— pienso en el género narrativo, cuya función es observar el paso del tiempo a través de las cosas. Ahora que ya no voy ni vengo —ahora que lo que se mueve es verdaderamente el Sol y no yo, no la Tierra— me parece entender que lo que ha habido siempre, por encima de todas las mudanzas, es un día. Un solo día. Que estar vivo es estar sujeto al avance y a la repetición del día. Que la parábola de la luz es la explicación de la vida, y que el deseo de seguir viva es el de seguir estando bajo el arco diurno.

3

Algunos amigos me han dicho que durante el confinamiento sueñan más o recuerdan más sus sueños —esa actividad por medio de la cual la mente busca su salud y administra su higiene—; que tienen sueños extraordinarios y muy vívidos. A mí también me está sucediendo. Hace tres noches soñé con una leona que tenía melena de león y que me esperaba en un carro con su cría, y la noche siguiente soñé con el

hijo del sah de Persia, y anoche soñé que un erizo cuyas púas eran lápices me mandaba saludos con una amiga que es dibujante y vive en una ciudad lejana. Los sueños son el afuera al que podemos salir en la noche, después de pasar todo el día confinados en la casa, limitados a ella. Quizás estamos reclamando la espacialidad real de la vida onírica —y, con ello, dándonos una noticia de la provisionalidad de la realidad diurna, y, con ello, claro, dándonos una noticia de la realidad de la muerte—. A medida que el mundo externo pierde consistencia, tal vez el mundo onírico esté presentándose como nuestra otra vida y nuestro otro afuera —al que salimos por la puerta antes clausurada, como estuvo la puerta pequeña de mi cocina—.

Me llama la atención que, al tiempo que se vivifican nuestros sueños, insistamos en ver animales en los espacios públicos de nuestras ciudades. En las redes sociales, que son el espacio de contacto y comunicación que nos queda —y por el que nos desplazamos sin movernos de nuestro lugar, como cada noche hacemos en los sueños— nos hemos mostrado con emoción, desde que empezó la cuarentena, animales no humanos que ocupan el afuera del que los humanos nos hemos ausentado. Ponemos a los animales —jabalíes, venados, pavos reales, osos hormigueros— en nuestro lugar. En el sueño de las redes sociales, construimos el sueño de recorrer nuestras calles en otra forma, en otra encarnación: en los animales, que recorren el mundo entero como su propia casa; que se mueven por el mundo como por la realidad, y no como por un escenario, como nos movíamos nosotros, que salíamos a interpretar personajes y que, confinados en nuestra casa, nos hemos quedado sin escenario y ante el espejo.

Dije que he soñado con el hijo del sah de Persia y con un león que me esperaba en un carro: he soñado con la soberanía y con la posibilidad de desplazamiento, pero en

un cuerpo que no es el mío (que es el de una fiera, pero que también es un rey: el león). Estos sueños, y esta sensación que tengo y que tienen algunos de mis amigos de estar mudándose a la realidad onírica, y esta experiencia del encierro ante la pantalla del computador, que hace que me sienta entre espejos —como en una fantasía del Barroco— me llevan a pensar en el Segismundo de Calderón de la Barca. El príncipe heredero de Polonia crece encerrado en una torre, sin saber quién es. Luego, lo sacan de la torre y lo ponen en el reino, en el lugar de príncipe. Vuelven a confinarlo por la ferocidad que exhibe, y él cree entonces que se ha soñado príncipe y que su realidad verdadera es la vida en la torre. Después de que ha comprendido y dicho la naturaleza ilusoria de la vida —y la reversibilidad de la relación entre vigilia y sueño— es liberado. Al final de la obra, ocupa la posición para la que nació: puede empezar a gobernar su reino y a vivir su vida, consciente de que la vida y el lugar propio son sueño y son teatro.

Querida Eula Biss

Jazmina Barrera

México, 16 de abril— Tuve un ataque de pánico leyendo tu libro. El 24 de enero de 2020, un día después de que China cerrara todos los accesos a la ciudad de Wuhan y cuatro días después de que se detectaran los primeros casos de covid-19 en Estados Unidos, abordamos un vuelo de Baltimore a la Ciudad de México. Yo estaba leyendo tu libro, *Inmunología*. Me tocaba participar en una charla contigo un par de semanas después y decidí que las horas de vuelo eran ideales para empezar. Me da vergüenza admitir que al principio era medio escéptica. Por más que en la contratapa hubiera elo-

gios de dos de mis escritoras favoritas (Rebecca Solnit y Maggie Nelson) nunca me había puesto a pensar en las vacunas, no me interesaban particularmente y me imaginaba un libro más bien aburrido, lleno de jerga médica. Cambié de opinión a las pocas páginas, me enganché con las historias de vampiros, experimentos vacunos y madres antivacunas que ibas narrando y desmenuzando. Me identifiqué sobre todo con el miedo materno que tan bien describes, esa necesidad angustiada —casi enloquecedora por momentos— de proteger a tus hijos de los infinitos peligros, visibles e invisibles, que acechan en cada rincón del mundo, a todas horas. Me interesaban particularmente las secciones en que explicas cómo el cuerpo humano coexiste por dentro y por fuera con una cantidad incalculable de microorganismos, y cuando convivimos en equilibrio con ellos, más que benéficos son necesarios —hace poco vi un documental donde explican que los niños que crecen con perros y por lo tanto están expuestos a sus gérmenes desde bebés, padecen menos alergias—, pero cuando el equilibrio se altera nos enferman. Fue quizás algún ruido del avión o una turbulencia medio ominosa lo que me distrajo de la lectura y me hizo pensar en el precario ecosistema que es un avión y en todos los virus que los pasajeros comparten a través del aire acondicionado, que circulan por nuestros pulmones una y otra vez, se reciclan y vuelven a circular. Siempre he padecido una leve hipocondría, casi simpática, pintoresca, diría yo, pero nunca antes me había pasado algo así. Esa mañana me había comido un par de gomitas anaranjadas de vitaminas Airborne, de esas que en teoría son especiales para mejorar el sistema inmune antes de abordar un vuelo. Traté de pensar en eso, pero no sirvió de nada, me faltaba el aire, sentí que me estaba ahogando, que tenía que pedir una máscara de oxígeno o salir de ese avión como fuera, gritarle al piloto que aterrizara de emergencia, robarle a la azafata uno de sus zapatos rojos de

tacon —en ese vuelo por primera vez tomé conciencia de que en pleno siglo XXI siguen obligando a las azafatas a usar zapatos de tacón— y romper una de las ventanillas para que entrara aire fresco. Logré controlarme unos minutos más tarde, irónicamente, con el famoso truco de concentrarme en mi respiración.

Tres días después, mi familia y yo empezamos con los síntomas de una gripe insoportable. Luego de unas fiebres estratosféricas, una prueba de laboratorio confirmó que era influenza tipo A. Fueron días horribles. Mi hijo decía “mocos” cada dos segundos, yo no tenía fuerzas para nada. No nos habíamos vacunado contra la influenza. Varias veces pensamos que había que hacerlo, y varias veces lo pospusimos. Me enfurecí conmigo misma. Después de haber leído tu libro me quedó claro que era una tontería no haberlo hecho.

No tengo forma de saber si me enfermé en ese avión, pero mi instinto no tiene dudas.

Nos encontramos 21 días más tarde, Eula Biss, el 15 de febrero, cuando el covid-19 ya había sido bautizado y Francia anunciaba la primera muerte en Europa. Me caíste bien de inmediato. Fue una plática muy agradable, que duró sólo una hora, aunque yo habría querido extenderla por más tiempo. Con todo lo que ha pasado desde entonces he seguido imaginando conversaciones contigo, que son más bien soliloquios, porque trato de adivinar qué responderías a mis preguntas, pero nunca llego muy lejos. Se suponía que íbamos a volver a reunirnos, íbamos a tener una charla en mayo, en Chicago, durante el *tour* que me habían organizado por Estados Unidos, que fue, por supuesto, cancelado.

Hace unos días, mi hijo de dos años soñó esto: “Como la calle estaba vacía había una jirafa, y todas las casas se caían”. Habrá sido por un video que sacó mi tío en Berlín, donde filma las andanzas de un zorro en un jardín vacío enfrente del Palacio de Bellevue. Hablamos constantemente

de la pandemia y mi hijo no había opinado nada hasta que varios días después me preguntó: “¿Mamá, en dónde están las personas?”. Entonces yo pensé en preguntarte, Eula Biss: ¿Qué te pregunta tu hijo? ¿Qué le respondes? Desde que me embaracé, desde que viví esa experiencia tan fascinante y desconcertante de ser dos cuerpos en uno, he ido buscando y descubriendo otras formas en las que nuestros cuerpos son parte de un organismo múltiple, de algo así como un jardín. Un año antes, sin haber leído tu libro, escribí en una conferencia esta oración: “No somos islas; se me ocurre que las mujeres, los humanos y los libros somos más bien algo así como jardines en la selva”. Casi salto de emoción —esto fue algunos días después del vuelo, ya con influenza pero sin ataque de pánico— cuando leí una oración por poco idéntica en tu libro, en donde dices que nuestros cuerpos son jardines dentro de un jardín más grande, que es el cuerpo social.

En tu libro explicas que no vacunamos a nuestros hijos para protegerlos de los virus. Las madres antivacunas tienen razón en esto: si nuestros hijos enfermaran de muchas de las enfermedades para las que los vacunamos, probablemente no sufrirían demasiado ni morirían. Vacunamos a nuestros hijos para proteger a las poblaciones más vulnerables, para que el virus no pueda saltar de cuerpo en cuerpo hasta llegar a un cuerpo debilitado, que no soporte la enfermedad. Vacunamos a nuestros hijos, nos vacunamos, por un sentido comunitario, por la noción de que somos un solo organismo múltiple.

No sabes las ganas que tengo de repartir tu libro, que venga en la canasta básica que todas las madres deberían recibir después de un parto —junto con esas toallas sanitarias frías, chocolates, crema para los pezones y varias amigas con hijos—. Después de leerlo es imposible seguir creyéndole a los charlatanes que hablan de vacunas venenosas y

que ocasionan autismo. Quizás si más personas hubieran leído tu libro no habría ahora un brote de sarampión, una enfermedad que hasta hace poco estaba ya casi erradicada del planeta.

Los más de 20 días que ya llevamos de cuarentena han sido una mezcla de insoportables juntas en Zoom, relatos devastadores de muertes solitarias y atroces, videos de animales en las ciudades vacías, intentos fallidos para establecer rutinas y trabajar, intentos más o menos exitosos de quitarle el pañal a nuestro hijo, pájaros invisibles que cantan en el silencio de la calle, el vecino que aprovecha la cuarentena para remodelar su casa con furiosas sierras eléctricas y taladros, el otro vecino —todavía no encuentro un insulto que le haga justicia— que organiza “fiestas de covid” con karaoke por las noches, y momentos de angustia, de lectura y de juego.

Pienso mucho en ese cuerpo social que describes. En cómo a falta de vacuna —en lo que inventan o descubren y prueban y distribuyen la dichosa vacuna— tenemos que distanciarnos por el mismo motivo: para que el virus no pueda saltar de cuerpo en cuerpo hasta llegar a un cuerpo debilitado, que no soporte la enfermedad.

Pienso también en los jardines; en cómo el jardín que tiene mi madre en la casa de junto nos ha salvado el ánimo, porque para un niño de dos años ese espacio, esa interacción con la tierra, el aire y las hojas —mi hijo probablemente agregaría en esta lista a las lombrices— es invaluable. Soy consciente del privilegio que implica tener acceso a un jardín, un lujo que incontables familias echan ahora mismo en falta. Pienso en los hogares sin jardín, en los jardines vacíos en Berlín, en tu metáfora del jardín dentro del jardín, en mi metáfora de los jardines en la selva y en los jardines salvajes devastados por la deforestación. En el origen de esta pandemia están esos bosques talados, que cuando se destruyen nos acercan a virus nuevos, que antes vivían en

equilibrio con su ecosistema. Otras enfermedades, como la gripe aviar y la fiebre porcina, surgieron de la voraz industria alimentaria, se transmiten de los puercos y las gallinas a los seres humanos. Detrás de esta emergencia sanitaria está la enfermedad social y ambiental del capitalismo salvaje, que está terminando con la vida en la Tierra, y mi sensación es que no estamos hablando lo suficiente de estos temas, que no nos preocupan ni nos ocupan lo suficiente. Lo comento con familiares y amigos y casi todos dicen que exagero, que me lo invento, que no es para tanto. Y quizás sí que exagero, como con mi hipocondría, quizás los artículos mienten y la abundante evidencia científica está equivocada, quizás exagero, y ojalá. Por todas partes escucho a personas que dicen que quieren volver a una normalidad perversa, a un sistema infecto, que nos está matando. Cuando pienso en todo esto, Eula Biss, me empieza a faltar el aire, y entonces me da miedo que sea un síntoma de covid-19 y eso lo empeora. Tengo que concentrarme en mi respiración.

El conejo encabeza la encuesta

Nina Yargekov

Sofía, 17 de abril— *Estado de ánimo, inquietudes, esperanzas. ¿En qué piensa una escritora en cuarentena en Europa del este? Después de cuatro semanas de encierro decidí hacer una evaluación de la presente etapa por medio del sondeo a una muestra representativa de mis pensamientos. Las respuestas traducen una geografía mental disparatada, con islotes de voyerismo animal y vastas planicies de apatía política. En suma, una psiquismo fragmentado que refleja, quizá, el estado del mundo.*

La resiliencia está presente

La muerte y la enfermedad nos rodean; sin embargo, mi ánimo se mantiene a la alza, con un promedio de 6.7 en una escala del cero al 10. Vaya que es un cambio en relación a la curva en “dientes de sierra” observada durante el mes de marzo, un periodo marcado por picos de euforia dramática relacionados con la idea de que yupi, estamos viviendo un momento histórico, y por yerros referenciales del tipo auxilio esto es una guerra ah no pésima intuición esto no tiene nada que ver con la guerra. Otra buena noticia es que mi psiquismo, mayoritariamente, no considera que el confinamiento sea perturbador, hasta el momento la explicación es que esto no cambia demasiado mis hábitos (72%) y que siempre he sido un poco depresiva pero nada grave (28%). Además, con un marcador que indica 68% de intenciones de ducha en respuesta a la pregunta estaría usted de acuerdo con bañarse hoy y ninguna marca de dientes sobre el camembert que guardo en mi refrigerador, no hay por qué temer la alienación sociocultural de mi parte. Por último, no hay duda de que la resiliencia está presente: 65% de mis pensamientos afirman haber superado el doloroso trauma que suscitó el cierre brutal de las fronteras europeas, mientras que la tasa de sentimiento de irrealidad se encuentra en drástica disminución. Así que, cuando me pongo un cubrebocas, la exclamación interior puta madre estamos de veras en una película de ciencia ficción ya sólo se produce dos veces de cada 17.

Una fuerte baja en el índice de confianza en la humanidad

Los números previamente citados no deben ocultar la acometida de mi pesimismo existencial. A la pregunta en la perspectiva de una vida futura usted preferiría reencarnar en un cristal de cuarzo rosa o en un ser humano, 82% de

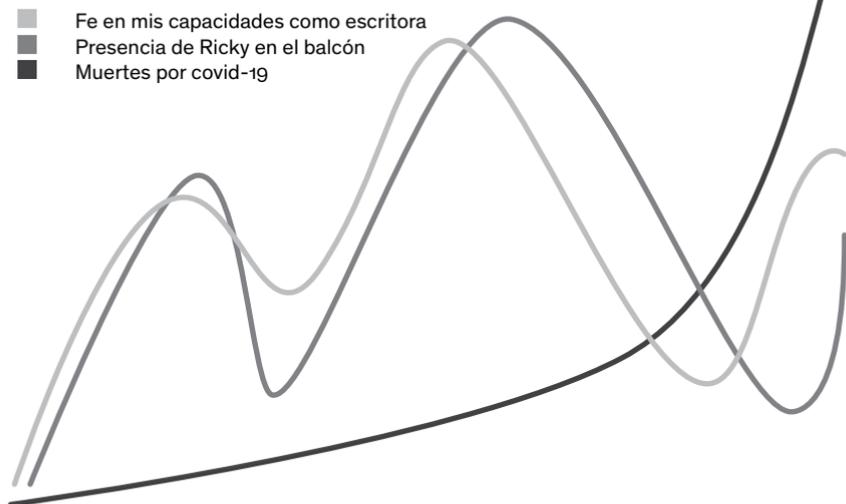
mis pensamientos escogen la opción mineral, es decir: 16 puntos porcentuales más que a principios de marzo. En el mismo tenor, Arthur Schopenhauer llega con una entrada escandalosa al top 3 de los intelectuales que más me inspiran, justo detrás de Mickaël Haneke y Jean Améry. Esa idea de que la naturaleza humana está podrida completa y definitivamente se sustenta en los insultos racistas contra las personas de origen asiático al inicio de la epidemia (14%), el pánico moral experimentado ante el triaje de enfermos (31%), el asco ante el robo y el tráfico de cubrebocas (22%) y la pérdida de referencias identitarias provocada por la imposibilidad de ir a la alberca (10%). Por una misteriosa razón, la guerra en Siria, las peleas entre musulmanes e hindús en Delhi y la vida de las vacas lecheras son citadas también como parte de los factores de desesperanza estructural (13%), y finalmente entra en juego la culpabilidad de ser una privilegiada con un departamento espacioso, y la culpabilidad de culpabilizar puesto que se trata también de un lujo de privilegiados (5%).

Temas de preocupación en mis pensamientos (% de espacio cerebral ocupado en un promedio diario)	
El adorable conejito en el balcon de los vecinos	55%
La "Ley coronavirus" votada en Hungría el pasado 30 de marzo	33%
El debate de utilitarios vs. la deontología en cuanto a la selección de enfermos	9%
Auxilio ya no logro escribir	3%
Me gustaría ir a un restaurante	1%

Una pasión secreta por el conejo de mis vecinos

Este estudio nos reservaba la gran sorpresa de la puntuación obtenida por el conejo de mis vecinos en la categoría relaciones sociales. El adorable pequeño mamífero que se pasea con regularidad sobre el balcón de enfrente suscitaba hasta hace poco un interés mediano. El efecto del confinamiento ha sido espectacular ya que 64% de mis pensamientos lo consideran ahora como el ser vivo más importante de todo el universo, de aquí a las estrellas. Esta proporción alcanza picos en mis ideas matutinas, 88% estiman al despertar que es imperativo y urgente esconderse detrás de las cortinas para verificar discretamente si el adorable lepórido se encuentra bien, si sigue en posesión de sus cuatro patas y de sus dos orejas, lo cual me da enseguida la autorización de estallar en risitas alegres. El corolario es que, si aquel que decidí bautizar Ricky en el secreto de mi corazón desencadena una adoración incondicional (62%), ensoñaciones sobre su pelaje que se mira tan suave (26%), e incluso proyectos de secuestro (12%), él mismo también monopoliza el terreno bastante más negro de mis miedos e inquietudes. Así, muy por delante del estado de salud de mi madre (1h/día), de la vida cotidiana del personal en los hospitales (30 min/día) o el destino de las sexoservidoras de pronto privadas de sus fuentes de ingreso (25 min/día), el bienestar de Ricky me mantiene ocupada casi de tiempo completo (6h40/día), por la angustia de una gripa (24%), una caída desde el balcón (59%) o incluso una intoxicación alimentaria por culpa de una hoja de lechuga descompuesta (17%). En tal contexto, nadie se sorprenderá si a la pregunta en caso de penuria alimentaria estaría usted dispuesta al ayuno para darle zanahorias al conejito, el 100% de mi población cerebral responde que sí, contra solamente 32% cuando se trata de sacrificarse para salvar a una enfermera agotada.

Literatura, conejo y covid-19



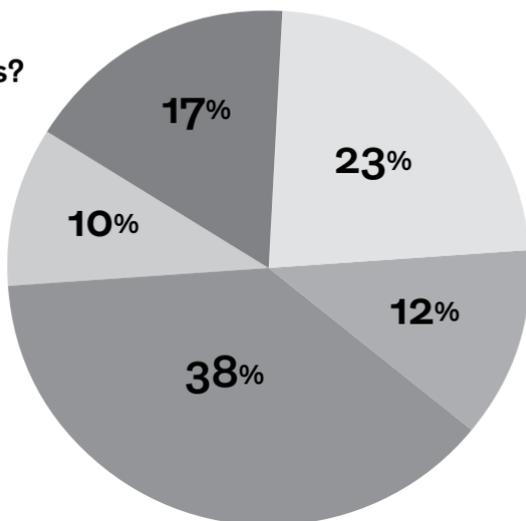
Una habituación a los estímulos antidemocráticos

En el frente político, el primer ministro Viktor Orbán ganó el plebiscito para personalidad más ansiogénica de mi mapa mental. En un respetable segundo lugar detrás del conejo de mis vecinos, acapara él solo 33% de mi actividad neuronal cotidiana, con un pico de 72% los días posteriores a la adopción de la “Ley coronavirus” en Hungría. Sin ninguna ambigüedad, dicha reforma es considerada por mí misma como la instauración de una cosa que se aleja seriamente de lo que se puede llamar democracia (81%) aunque bueno hay que ver cómo la van a implementar (19%). Por lo tanto, mi índice de indignación se encuentra en su tasa histórica más baja (7.6%) y pareciera que básicamente me dedico a encogerme de hombros mascullando sí bueno de todas formas era previsible mira que me comería unos M&M (19 ocurrencias al día). Hay que decir que a lo largo de estos últimos años, la política

Para usted ¿qué es el coronavirus?

(respuestas de mi inconsciente)

- Un regalo enviado por el dios de los conejos
- Una venganza póstuma de Karl Marx
- Nada, porque de todas formas la vida es una mierda
- Una oportunidad de dar un giro hacia la comercialización de cubrebocas
- Un pretexto para no trabajar en mi novela



húngara ha sido tan prolija en estímulos antidemocráticos que un ataque al estado de derecho es percibido como algo habitual por el 90% de mi psiquismo. Para terminar, se observa que Francia, donde también tengo ciudadanía, no suscita ningún interés fuera del sarcasmo, con un pequeño crecimiento (+ 6 puntos) en la producción de chistes internos sobre el tema n' hombre en este gobierno de veras que son unos payasos.

El horóscopo como un último recurso

En cuanto a la esfera intelectual, advertimos un eclecticismo que colinda con el desmadre. Si bien las referencias a los trabajos universitarios no están ausentes, con cierto entusiasmo por la historia (6.2% de mi memoria RAM se encuentra comprometida con la controversia a saber si Montaigne tuvo razón en irse de Burdeos durante la peste)

y la filosofía moral (89% de mis pensamientos encuestados confían en esta disciplina para elucidar el asunto del triaje de enfermos), parece que la pandemia ha despertado sobre todo mi tendencia a lo irracional. De modo que cerca de una décima parte de mi inconsciente estima plausible que el covid-19 esté dotado con un sentido ético y/o intenciones, como por ejemplo destruir el capitalismo (2.3%) o fustigar el trasero de las grandes potencias (6.8%). Aún más inquietante, una cuarta parte de mi día de ayer se fue en identificar la fecha de nacimiento del coronavirus y después al estudio de su signo astrológico, todo porque el horóscopo es más divertido que la prensa internacional (72%), porque hay mucha gente que cree en Jesús así que por qué no en los planetas (15%) o también porque si el virus me pide matrimonio sería útil saber si nuestros signos son compatibles o no (13%). En paralelo, la cantidad de novelas leídas durante el encierro es inferior a mi promedio personal y la curva de dudas relacionadas con mis capacidades como escritora se fue al cielo. Sobre este tema, la queja más frecuente es auxilio el mundo ha cambiado tanto que la novela que estaba escribiendo ahora es totalmente anacrónica (60%), seguida por la de puta madre cómo iba a imaginarme que estaba escribiendo una ficción histórica ahora me pregunto si debo empezar con érase una vez (37%). Para terminar, se observa una fuerte correlación estadística entre la ausencia del conejo en el balcón de mis vecinos y las recaídas depresivas en torno al tema soy una escritora fracasada. Al día de hoy, la naturaleza del vínculo de causa a efecto no ha sido del todo esclarecida.

Advertencia: el presente estudio debe ser leído con precaución y distancia crítica. En ausencia de una Nina-muestra de control desarrollándose en un mundo sin coronavirus, no se podrá tener seguridad de nada. Para efectos prácticos, debo al menos precisar que soy Cáncer con ascendente Géminis.

Traducción del francés: Yael Weiss

Wounda

Eduardo Halfon

París, 18 de abril— Han sido ya cuatro semanas de confinamiento en París. Afuera, a través de mi ventana, la calle parece más pequeña y vacía, como si los parisinos tuviesen cada vez más miedo de salir, ya sea a dar un breve paseo o a comprar comida. El gobierno francés recientemente anunció regulaciones aún más estrictas: sólo se permite una salida por día, durante un máximo de una hora, y en un radio de no más de un kilómetro de casa. El mundo, a través de mi ventana, sí se está volviendo más pequeño.

En estas últimas cuatro semanas he sido casi exclusivamente un padre. Siento que ya no soy un escritor. Escribir ya no me importa, o me importa poco, o me importa menos que asegurarme de que mi hijo de tres años esté viviendo su nueva realidad como si fuese una aventura.

Salimos una vez al día, por las tardes, a hacer una caminata o a que él pueda dar una vuelta por el barrio en su patineta, sin tocar nada y manteniéndonos lo más lejos posible de los pocos peatones y corredores. Y el resto del día, en casa, nos inventamos juegos: arrancarle los tallos a las hojas de espinaca, aprender a recoger pedacitos de papel con unas pinzas, crear diseños complejos en el suelo con su colección de boletos de metro ya usados, hacer una familia entera de puercoespines de plastilina y espagueti seco. Entiendo que ahora mi oficio principal es mantener a mi hijo aislado de todo lo que está sucediendo allá afuera: el confinamiento, el virus, la incertidumbre, la sensación de pánico, el número creciente de enfermos y muertos. Y en gran medida lo había conseguido. O eso creía.

Hace unos días le mostré a mi hijo un video corto de una chimpancé abrazando a Jane Goodall, en lo que parece ser un gesto de agradecimiento. Le expliqué que la chimpancé se llamaba Wounda, y que Goodall y su equipo la estaban liberando en la selva del Congo tras haberla rescatado y rehabilitado. Y mi hijo, en cuanto terminó el video, se soltó a llorar.

Al inicio, me sentí casi orgulloso de sus lágrimas, que interpreté como empatía o inteligencia emocional. Y quizás lo fueron, al menos en parte. Pero luego no pude evitar preguntarme cuánta frustración acumulada estaba soltando en ese llanto profundo e inconsolable, cuánta tristeza había estado almacenando durante estas últimas semanas, y escondiendo de su padre.

Sé que de algún modo, y pese a nuestros mejores esfuerzos, mi hijo percibe lo que está pasando. Siente que algo en su mundo se ha quebrado, acaso para siempre. Lo primero que aún pregunta cada mañana, en su cama, es si hoy por fin podrá volver a la escuela, ver a sus profesoras, ir al Jardín de Luxemburgo a correr y a montar su patineta y a jugar con sus amigos en el arenero. Mi hijo, lo sé, empieza a echar de menos ser un niño.

Han pasado ya algunos días desde que miró el video, pero todavía habla todo el tiempo de la doctora Goodall —la llama Jane— y de Wounda. Hoy en la tarde, acostados en su cama mientras él intentaba hacer una siesta, logré grabarlo contando la historia de Wounda en sus propias palabras. Y yo, escuchándolo, me puse a pensar en una mujer y su equipo sanando a una chimpancé, y en una chimpancé sanando a un hijo, y en un hijo sanando a un padre.

A una niña le duele el costado

Ximena Ramírez Torres

México, 19 de abril— “Qué bueno que esta pandemia no llegó cuando ustedes eran niñas”, me escribe mi mamá en un mensaje en el contexto de las tantas tareas que los niños tienen ahora pues toman clases virtuales y los padres están obligados a ser sus maestros, aunque no sepan cómo hacerlo ni entiendan el tema a exponer. Somos tres hermanas, mujeres, distanciadas en edad por apenas unos cuantos años. Y sí, qué bueno que la pandemia no llegó cuando éramos niñas.

Es lunes y amanece, pero desde que abro los ojos me doy cuenta de que algo no anda bien. Él no se ha levantado y ya es tarde. Veo el bulto envuelto en una cobija y me levanto para ir a la escuela. Regreso y ahí está, en shorts viendo la televisión. Es martes, y lo mismo. Todas nos preguntamos qué está pasando, ¿por qué no fue al trabajo? ¿Será que ya llegó esa época del año? Es miércoles, y lo mismo. Sí, ya está de vacaciones, es evidente. Nos esperan dos semanas, quizás tres, a veces son tres, de una angustia y un desconsuelo infinitos. Vivimos con el enemigo.

En la conferencia vespertina todos los días invitan a quedarse en casa, es lo más seguro, dicen los que saben. “Quédate en casa. Quédate en casa”. Escucho esa frase varias veces en mi cabeza, con eco; en parte por la popularidad que ha cobrado el personaje que la emite lo cual me ha expuesto a un sin fin de videos con diversos fondos musicales donde se repite la frase una y otra vez, y en parte porque es casi hipnótica, el mantra de toda la humanidad en este momento. Circula mucho la idea de que no todos pueden quedarse en casa, muchos tienen que salir a trabajar; pero qué hay de

quienes no quieren quedarse en casa porque no es un lugar seguro. ¿Qué hay de las mujeres que viven con el enemigo? ¿Cómo se le hace entender al mundo que si se quedan en casa corren un riesgo más letal que el del contagio?

Dadas las condiciones, todas sabemos, las cuatro, que durante dos o tres semanas tenemos que ser fuertes, tenemos que aguantar. Nos sentamos alrededor de la minúscula mesa a la hora de la comida, apenas si caben los platos y los vasos. Mi hermana, inconforme, mueve su plato, no cabe, no se acomoda, lo mueve, lo mueve, empuja el mío, hasta que éste se cae en mi regazo. Un golpe fuerte en la cara, en mi cara, un fondo negro con estrellas brillantes. Un mareo. Unos gritos, insultos. Un temblor de manos y rodillas. El ruido de las demás que corren a limpiar y restablecer el orden (¿cuál orden?). Aquí las lágrimas están prohibidas so pena de más regaños y golpes así que mejor callada y a seguir comiendo, aunque el nudo en la garganta no me deje pasar el bocado.

Según los medios nacionales e internacionales, la violencia de género ha aumentado considerablemente a raíz de la cuarentena, acción totalmente necesaria para controlar los brotes en todo el mundo. Los números de atención para denunciar violencia doméstica permanecen ocupados, las búsquedas en internet para encontrar ayuda ante este tipo de abusos son cosa de todos los días y van en aumento. En Francia el aumento es del 32%, en Australia del 75%, en Argentina del 60%, en México las cifras disponibles dicen que el aumento va del 30% al 100%. ¿Qué hacemos con la otra pandemia, la de la violencia contra las mujeres? ¿Qué hacemos con las mujeres que no tiene un lugar seguro donde pasar la cuarentena? Sinceramente no sé cómo ayudarlas ahora, no tengo respuesta a nada, sólo muchas más preguntas y una preocupación constante por ellas porque las entiendo, porque he estado en su lugar. ¿Habríamos

sobrevivido mi madre, mis hermanas y yo a una pandemia de esta magnitud encerradas con nuestro agresor y padre? Tengo miedo de responder.

Los días de sus vacaciones pasan tan lento. Sin ponernos de acuerdo, todas dormimos hasta tarde, muy tarde. No queremos levantarnos, queremos que el día se acabe ya, pero apenas son las 12 pm. Pocas veces salimos a la calle, por el dinero y porque él no quiere que nadie nos vea. La mayor parte del día nos la pasamos en la cocina, escuchando esa música de rock ensordecedora y molesta que hasta el día de hoy oímos y nos causa ansiedad. Son las 11 de la noche, mi hermana menor se cae de sueño, se duerme en una silla, pero todavía no podemos irnos a la cama, él todavía no termina de jodernos los oídos y el corazón. Siento una presión tan grande en el pecho, todo mi cuerpo es un temblor de rodillas. Quiero llorar, quiero gritar, le pido a dios (¿cuál dios?) que esto ya se acabe, que el lunes sí regrese al trabajo, pero no. Apenas llevamos una semana.

Es más peligroso y mortal el machismo que el covid-19. El machismo te destruye poco a poco desde el momento en el que naces en una familia con un padre golpeador, abusivo y que no te hizo el favor de abandonarte; con una madre sometida que te abraza y te consuela después de los golpes y los insultos pero que poco puede hacer para salir de ese círculo de violencia. El machismo te hace creer que no hay nada ni nadie que pueda salvarte, eso fue lo que te tocó vivir. Esa es tu familia. El machismo hace creer a amigos y familiares que ese hombre “tiene el carácter muy fuerte”, lo han visto golpearte, que es “muy estricto con sus hijas” y que “si la madre no lo deja es porque ella no quiere”.

Me acerco para darle un beso antes de dormir, pase lo que pase, así haya recibido un golpe segundos antes, tengo que hacerlo siempre: “ya me voy a dormir, papá”. Él se aleja

y no me permite despedirme. Vuelvo al pie de la cama que está muy pegada al suelo a seguir viendo la televisión. Estoy muy cansada, pero finjo que me intereso en la película. Son casi las 12 am, hace hora y media del intento de despedida, no sé si ya sea el momento correcto para intentarlo otra vez. La película ya terminó, mi ansiedad está a tope. ¿Qué hago? Tengo nueve, diez años. Él sale de la habitación, va a cepillarse los dientes. Regresa. Me grita: dejé algo en el baño que no debí haber dejado. Lo miro desde abajo. Me tira una patada en el costado izquierdo. Me tiro del dolor. El dolor más fuerte que he sentido en mi vida (hasta ese momento). Me quejo. Él me mira, no dice nada, no hace ningún gesto. Se hace el silencio. Me incorporo y vuelvo a sentarme sin voltear a verlo. Mi madre se arma de valor y dice: “Ya vete a dormir, hija”. Me levanto adolorida y lo beso en la mejilla: “ya me voy a dormir, papá”. Esta vez sí acepta el beso.

Soy una mujer adulta de 31 años, vivo sola en un departamento en Tlalpan. Mi casa es mi lugar seguro, ahora sí lo es. La cuarentena ha sido, relativamente (muy relativamente), fácil para mí en comparación con otras personas cercanas. Me gusta estar en mi casa, aquí me siento bien, nunca me aburro. Me hago de comer, tomo café, trabajo. Como todos, estoy asustada, no sé qué va a pasar con la humanidad ni conmigo ni con mi trabajo en el futuro, pero tengo la tranquilidad de estar en un hogar acogedor que he decorado a mi gusto. Mis pocos muebles y yo somos felices aquí y, además, por la cuarentena, mi hermana menor ha venido a quedarse conmigo. Durante varios momentos del día pienso en ellas. En las cuatro mujeres: tres niñas y una madre que ahora están en cuarentena con su agresor. Pienso en que a alguien le duele el costado después de una patada y aun así ha tenido que besar la mejilla del golpeador. Llevo 23 días de cuarentena con altibajos emocionales, pero estoy

libre dentro de mi departamento. Nadie me somete, nadie me dice qué hacer. A una niña allá afuera le duele el costado y así tendrá que vivir quizás todavía más de un mes: entre dolor y golpes por la pandemia de violencia de género.

Leve memoria

Margo Glantz

México, 20 de abril— Desde mi ventana veo pasar un camión tan desvencijado y tan descolorido como la patria. Al otro día veo dos pajaritos, una mariposa amarilla, un señor obeso caminando, va vestido con una camiseta anaranjada, cachucha, camiseta sin mangas, shorts y carga un enorme bulto de comida para perro sobre la espalda, de la cual no alcancé a ver la marca, una pareja de jóvenes con jeans y sin cubrebocas, algunos coches estacionados; los cables de electricidad entreverados como los que me asombraba ver en la India, olvidaba que justo enfrente de mi casa los cables se enredaban y se enredan de la misma manera o aún más caótica que en las calles de Delhi o de Calcuta.

Mi perro Fideo ladra, orina, corre, caga y brinca en el patio, durante este encierro. Quisiera, como yo, estar en situación de calle, quisiera poder correr a su antojo por las banquetas, conducido con otros cinco perros por Mauricio, su paseador, por esos barrios de la antigua delegación, hoy alcaldía, de Coyoacán, cada vez más sucia y descuidada. Por eso Fideo, encerrado como yo en esta casa, sólo piensa en salir a deambular por las calles para poder orinar y cagar a su antojo: todos los días tenemos que regar vinagre y lavar el patio con cloro para neutralizar el olor. Ese olor a orines de perro, nunca tan penetrante para mi olfato como el de otros animales, me recuerda la casa de Amparito Dávila, quien

esta mañana 18 de abril murió; a Amparo le gustaba escribir cuentos de terror y también, y mucho, le gustaban los gatos. Tenía varios, en un hermoso departamento que en mi recuerdo cuando lo visité estaba espesamente alfombrado, por allí paseaban y orinaban los felinos, convivían con sus hijas y sus libros y alguna vez también con su primer marido, el gran pintor Pedro Coronel, hombre corpulento (Amparo menudita), muy amigo de mi papá, a quien llamaba Jacobito y a quien visitaba muy seguido cuando mis padres tenían el restorán Carmel en la calle de Génova en la Zona Rosa, allá por los bellos años 60 del siglo pasado. Ese olor me hace recordar también el de la casa de Carlos Monsiváis, adorador irrestricto de sus más de nueve gatos, los únicos seres que le producían mayor respeto que los seres humanos y que corrían y orinaban en su amplia biblioteca de Portales. Lo visitábamos con Sergio Pitol (quien prefería a los perros), Luis Prieto y Luz del Amo para compartir esas sesiones de cine que Monsi ofrecía en una hermosa sala con enormes pantallas de la cual era imposible erradicar el terrible hedor: los gatos se orinaban sobre los libros de los grandes caricaturistas o autores mexicanos del siglo XIX que a Monsi le gustaba coleccionar y que iba a comprar todas las semanas a la Lagunilla o al bazar del Ángel en la antigua Zona Rosa. En cambio, y por razones que ya no puedo explicar, cuando visitábamos en su casa de Alberto Zamora en Coyoacán a Juan García Ponce (pues también él obviamente ya falleció), los gatos convivían (hasta una de sus novelas se llamaba *El gato*) y casi compartían con nosotros la bebida que Juan en su silla de paralítico tomaba religiosamente todas las noches: allí nunca se sentía el hedor...

Ese olor me sigue trayendo a la memoria a mis queridos amigos ya fallecidos pertenecientes a esta generación que se está extinguiendo y de la que sólo quedamos algunos nonagenarios u octogenarios, esta generación nuestra que se

acaba como las abejas, los elefantes o las mariposas amarillas, las mariposas que casi ya no me visitan y que todas las mañanas trato de saludar desde la ventana por donde me asomo todos los días para percatarme de cómo transcurre la vida cuando se interrumpe y se vive todos los días como si fuera domingo.

La ociosidad.

Mientras, se hunde la realidad.

El 28 de enero cumplí 90 años y el 17 de abril sor Juana Inés de la Cruz cumplió 325 de haber muerto en una epidemia de tifo en el convento de San Jerónimo.

La cuarentena de mi madre y el virus de la impunidad

Javier García Bustos

Santiago, 21 de abril— Se llama Rosa Bustos y a fines de abril cumple 75 años. Durante la dictadura de Pinochet estuvo secuestrada dos semanas de septiembre de 1974. La fueron a buscar cuatro días después que a su hermana Sonia, detenida desaparecida, quien era miembro del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, el MIR. Luego de todos estos años, en el actual encierro, hemos recibido la sentencia judicial sobre el caso de mi mamá. En el contexto de la pandemia, el gobierno de Sebastián Piñera pretende indultar a reos que han violado los derechos humanos, incluyendo a un exteniente de Carabineros condenado por la desaparición de mi tía.

Su rutina cambió, como la de todos. Producto del coronavirus, mi madre, actualmente jubilada, quien a fines de abril cumple 75 años, no pudo asistir a los tres cursos a los que se había inscrito en la Municipalidad de Santiago,

comuna donde reside en Chile. De los cursos para el “Adulto mayor” mi mamá, Rosa Bustos, había seleccionado yoga, memoria y tejido.

Sin embargo, en estos días, mi madre, quien fue empleada pública durante 36 años en la Tesorería, se comunica con sus amigas y excompañeras de curso por WhatsApp, ya que lleva varios años participando en los cursos de la municipalidad. “Las busquillas” y “Cocinando nuestros sueños” se llaman esos grupos. No sólo se saludan cada mañana, sino que también se envían “memes” y videos con bromas. Desde que estamos en cuarentena, mi madre le ha enseñado a usar la máquina de coser a mi hijo Bruno (de siete años), han hecho juntos pan y elaborado algunas recetas. Mi mamá, en estos días de encierro, ha leído *Amuleto*, de Roberto Bolaño; *Canción de tumba*, de Julián Herbert y *El año del pensamiento mágico*, de Joan Didion. Por las tardes, ve una teleserie turca y luego las comenta con sus amigas por WhatsApp.

Pero hay un fantasma que vuelve y que ha rondado su vida desde que a los 29 años se la llevaron a la fuerza desde su casa dos carabineros y cuatro agentes de la Dirección de Inteligencia Nacional (Dina), la policía secreta de la dictadura que lideró Augusto Pinochet. El fantasma de su detención y de la tortura que vivió durante dos semanas en septiembre de 1974.

Todo comenzó con la detención de mi tía Sonia Bustos, de 30 años, quien era secretaria de la Policía de Investigaciones. En secreto y en paralelo a su trabajo oficial realizaba labores como miembro del MIR que fue prácticamente eliminado por la Dina y perseguido desde el inicio de la dictadura hasta el asesinato de su líder, Miguel Enríquez, en octubre de 1974.

Mi tía fue parte de una célula, junto a Teobaldo Antonio Tello (fotógrafo del MIR y detective de Investigaciones)

y Mónica Llanca (funcionaria del Registro Civil), quienes efectuaban dos labores: con la información que ellos manejaban ayudaban a las personas que la Dina iba a detener y elaboraban identificaciones falsas para los dirigentes clandestinos.

Así fue como el jueves 5 de septiembre de 1974, dos carabineros y tres agentes de la Dina, armados con metralletas, llegaron al hogar familiar y se llevaron a mi tía, quien estuvo en los centros de detención y tortura Londres 38, José Domingo Cañas y Cuatro Álamos. Sonia, Teobaldo y Mónica son parte de los mil 210 detenidos desaparecidos que dejó la dictadura militar en Chile.

En marzo pasado terminé un libro titulado *El rostro de una desaparecida*, donde recreo esta historia familiar y social. El recuerdo de la desaparecida sin tumba: la biografía de la mujer que no tiene biografía. El libro lo comencé a escribir en 2017 cuando recibí el fallo judicial sobre la desaparición de mi tía por “Delitos de secuestro calificado y aplicación de tormento”.

Entre los culpables, como autores, son nombrados Manuel Contreras, ex general del Ejército y Marcelo Moren Brito, ex coronel del Ejército, ambos fallecidos. Además, en calidad de coautores: César Manríquez, general del Ejército; Ciro Torré Sáez, teniente coronel de Carabineros y Orlando Manzo, oficial de gendarmería, quienes cumplen condenas por violación a Derechos Humanos en el Centro Penitenciario Punta Peuco.

El recinto, ubicado en Tiltil, fue creado en 1995 para que cumplieran condena Manuel Contreras y Pedro Espinoza, responsables en el asesinato de Orlando Letelier. Con piezas individuales, cocina y living, el lugar está lejos de parecerse a una cárcel común.

Durante estos días, el sitio ha vuelto a estar en la noticia, ya que la Octava Sala de la Corte de Apelaciones de

Santiago resolvió absolver a ocho condenados. Además, rebajó la pena en tres años y un día a otros nueve reos, a quienes también se les otorgó el beneficio de libertad vigilada.

Entre ellos está Ciro Torr , condenado por el secuestro de mi tía Sonia. Mientras ocurren estos hechos, el abogado de mi madre, Nelson Caucoto, me hizo llegar la sentencia judicial, emitida el 2 de abril, en el Primer Juzgado Civil de Santiago ante su caso, que es de “Prisión política y tortura”.

Mi madre fue detenida el lunes 9 de septiembre de 1974, cuatro días después de que secuestraron a mi tía. Todo ocurrió en el mismo hogar familiar, una casa ubicada en calle Catedral 3119. Hoy, a una cuadra, se encuentra el Museo de la Memoria. Entre los agentes de la Dina que llegaron a la casa estaba Osvaldo Romo Mena, más conocido como “Guat n” Romo, un cruel torturador, quien reconoció las violaciones a los Derechos Humanos.

Mi madre, quien hoy cocin  merluza con ensaladas, estuvo detenida dos semanas en Londres 38 y Cuatro  lamos. All  fue torturada por el “Guat n” Romo, quien la golpeó en varias ocasiones. En una de las sesiones de tortura le soltó la dentadura. En los interrogatorios a ella le preguntaban sobre la labor de mi tía Sonia en el MIR. Pero resulta que la familia sólo se enter  de que mi tía era integrante de aquel grupo subversivo cuando desapareció.

La vida cambia deprisa

Enviada a mi *email*, la sentencia judicial sobre mi madre, ante los hechos ocurridos hace 45 años, señala que fue “brutalmente torturada frente a su hermana” además de recibir “múltiples golpes” y de estar en “privación de sueño y comida”; también “se le colocó corriente en el cuerpo”.

Esto último yo no lo sabía. Mediante este fallo me entero. Sí sabía que a mi tía la torturaron con electricidad, tanto por el fallo judicial de 2017, como por los múltiples informes disponibles en la Vicaría de la Solidaridad.

Incluso hay una obra del artista Carlos Altamirano, donde mi tía Sonia es protagonista, expuesta en la muestra *Retratos*, en el Museo Nacional de Bellas Artes, en 2007. Conmueve mirar ese cuadro. El rostro de mi tía está apoyado en una pared de ladrillos blancos. A unos pocos centímetros hay un enchufe con un cable y es inevitable no pensar en las sesiones de tortura con electricidad a las que fue sometida. En el cuadro de Altamirano, en el suelo, hay luces que se proyectan.

El domingo 22 de septiembre de 1974, le dijeron a mi madre que la trasladarían a Arica para matarla. Eso se lo dijo Miguel Krassnoff Martchenko, ex brigadier del Ejército y miembro de la cúpula de la Dina. Estaba en Cuatro Álamos y Krassnoff obligó a mi madre a firmar un documento que señalaba que no había sufrido ningún tipo de acción violenta ni maltrato. Además, tuvo que firmar seis declaraciones con los ojos vendados.

Luego se la llevaron con la vista cubierta en una camioneta y la arrojaron cerca del Mercado Matadero Franklin.

El resto de la historia yo me la sé: mi madre se fue caminando hasta su casa cerca de la Quinta Normal. Era joven, pero ese día y para siempre un fantasma también la acompañó, sigue caminando por la ciudad que hoy está semivacía. Nunca más volvió a ver a su hermana. Nunca fue al psicólogo, dice, debía seguir trabajando y sacar adelante sola a sus tres hijos. La madre que ahora observa cómo la impunidad también es un virus. Mientras, vive su encierro de cuarentena, porque como escribió Joan Didion al inicio de *El año del pensamiento mágico*: “La vida cambia deprisa. La vida cambia en un instante”.

Miedo y cybersexo

Wenceslao Brucciaga

1

México, 22 de abril— Por un buen amigo afincado en Silver Lake, vecindario famoso por albergar los clubes gays de condescendencia *leather* más apestosos de Los Ángeles —aunque ensombrecido en años recientes por la sobre diseñada gentrificación *hipster*— me entero de que los encuentros de sexo anónimo entre hombres se han reducido prácticamente a cero, conforme el confinamiento se extendía para mantener a salvo a los californianos de contraer el coronavirus. Igual que en la Ciudad de México. Mi amigo tiene 51 años. Por lo que, de algún modo, se siente parte de la población vulnerable frente al covid-19. Pero es gay. Así que, para darle sentido a tanto esperma, me manda videos porno usando los juguetes que pide por internet. Yo devuelvo videos míos también, en tono amateur, aunque menos sofisticados. Uno de los videos de mi amigo consiste en un vibrador para la próstata en forma de arco que se sujeta mediante un anillo para el pene, conocido como *cockring*, cubierto de goma quirúrgica que se adhiere a la piel de forma cómoda. En la punta opuesta pueden atornillarse unas balas de distintos tamaños que se introducen como supositorios y cuya velocidad anatómica puede manipularse por medio de un control de velocidad cuyo cable se conecta con el *cockring*. Los gritos que suelta mi amigo son de una inestabilidad francamente envidiable. Se retuerce como lombriz salpicada de sal.

2

La clausura de la vida pública para contener el covid-19 incluye esa fracción social conocida como diversidad; bares

gays, bares gays con cuarto oscuro, saunas, clubes de sexo. *Cruising* en parques. La calentura del joto es un virus que hierve y mata cualquier molécula de sensatez. Nada nuevo. Eso de no tocarse nos lo dijeron específicamente a nosotros, los putos, en los ochenta. Nuestra lucha frente al VIH se concentró en la búsqueda de una cura, que sigue sin llegar, como para el coronavirus que tiene paralizado al mundo entero en pleno 2020. En ese entonces también se peleaba por el respeto a nuestra dignidad, que envolvía la promiscuidad como declaración de principios frente a un mundo que quiere someternos a obligaciones hetero. En esa época los bugas se dieron vuelo humillándonos desde la seguridad que suponía estar de lado “correcto” de la biología. Y los que se sentían progresistas nos daban consejos sobre el condón o de plano la abstinencia, hablándonos de la ventaja de morir viejos, romantizando la artritis y el Alzheimer. La demencia alrededor del condón fastidiaba pero aún más castrante era cargar con la responsabilidad de todo el sexo seguro sobre nuestras espaldas y pelotas. Los heteros también estaban expuestos al VIH, pero de algún modo, fuimos los putos quienes adoptamos la paranoia y el miedo con el que se nos bombardeó hasta el autoflagelo. Un hábito para sanitizar la culpa que terminamos somatizando a costa de nuestra propia salud mental.

3

La letra chiquita en la noción de igualdad dice que el miedo es parte de la inclusión. El mismo miedo que antes estigmatizaba a los homosexuales ahora se ha democratizado. Es como el prefacio de una distopía anunciada. El aislamiento como la forma más efectiva de mantener nuestro organismo a salvo de invasiones microscópicas. Hogares que se convirtieron en refugios de guerra de un día a otro. Bunkers de papel de baño acolchonado y disfunciones familiares.

Un retraimiento que conlleva síntomas de desconfianza: Todos somos sospechosos de portar asintomáticamente el coronavirus. Cualquier interacción con el otro podría desencadenar un colapso mortal. La gratificación homosexual puede encontrarse en cualquier baño público. Lo que los heterosexuales no saben, es que, de algún modo, los putos estamos, o deberíamos estar, entrenados en esto de las pandemias. Lo vivimos en carne propia, cuando apenas se descubría el VIH, su comportamiento y evolución. La gente pensaba que el sólo hecho de rozar, con la uña, los nudillos de un hombre abiertamente homosexual, bastaba para contagiarse del mortal virus, en cuyo ADN se encontraba una fuerte carga de pecado mortal. Por esa época fuimos la encarnación de la peste envuelta en testosterona. En el libro *El sida y sus metáforas* de 1988, actualización de *El cáncer y sus metáforas*, escribe Susan Sontag:

Peste: esta es la metáfora principal con que se entiende la epidemia del sida. Además de ser el nombre de muchas enfermedades horribles, la peste se ha usado metafóricamente durante mucho tiempo como la peor de las calamidades colectivas, el mal, el flagelo...

Existen muchos gays orgullosamente casados que se la han pasado exigiendo que la gente permanezca en sus casas con una arrogancia regañona que recuerda la desinformada homofobia de los 80 y deja fuera cualquier variable, ya no digamos económica. Para los hombres cisgénero la estigmatización del VIH tenía que ver con la sexualidad de falos penetrando próstatas, un sexo anómalo y repugnante para los convencionalismos bugas. No obstante, en las épocas más culeras del sida, lo homosexuales siguieron jugándose. Cogiendo en el subterráneo. Que al mismo tiempo fungía como una red bajo tierra de debate y solidaridad

sin prejuicios. De caricias y abrazos ilegales, pero redituables para el espíritu. No es sorpresa que muchos paisajes cyberpunks ubiquen los drenajes como escenarios donde un grupo de personas fundan nuevos tipos de sociedades.

4

Ahora los gays sucumbimos a las máquinas para sosegar la ansiedad sexual. Al menos en lo que pasan las fases necesarias de la cuarentena para estar a salvo del covid-19. Como si la invasión de cyborgs se hubiera adelantado a lo planeado. Uno de los últimos videos que me envió el compa de Silver Lake tiene que ver con una auténtica *fuck machine*: literalmente, máquina de coger. Un dispositivo que consiste en una estructura tubular similar a una andadera, en cuyo centro se sostiene una pequeña máquina que mediante engranes, empuja y retrae un mástil al cual pueden ajustarse dildos de cualquier tamaño, según el aguante del pasivo, cuyo movimiento mecánico emula la penetración. Se conecta a la corriente eléctrica y el diseño permite ajustarse a cualquier posición, acostado, parado, de perrito, etc. Mi amigo debió poner la lente del *smartphone* en el resquicio de la ventana de tal forma que pude ver la totalidad de la cama, con la vista de él hacia al techo. Sonaba una especie de Uk Bass percutido y altamente sexual, con coros de mujeres afroamericanas cantando en éxtasis. Mi amigo da clases de sociología y con el dinero que le cae por hacer de dj puede costearse esta clase de juguetes. Sin duda cachondea. Pero es, literalmente, verlo dejarse coger por un robot sin cabeza ni conciencia para soltar escandalosas frases de dominación. A salvo de cualquier contacto humano que pudiera transmitirle el coronavirus para el que no hay vacuna. Tampoco para el VIH. Simplemente hemos aprendido a vivir con él. A entenderlo sin culpas. Como los alfileres y seguros que los punks se atravesaban

en las orejas sin anestesia. Mi amigo lo usa a una lentitud hipnótica, supongo que para no venirse en chinga. Pero no es un robot y termina eyaculando. Poco a poco se zafa del dildo color carne, se limpia con unos cuantos Kleenex, se acerca desguanzado a su *smartphone* y el video se interrumpe. Minutos después hablamos por Facetime. Sobre lo surrealista de esta primavera. Sobre la incertidumbre laboral. Y lo peor, sobre el final de la cuarentena, cada vez más imposible. Sobre el día en que las penetraciones vuelvan a palpar directamente de la irrigación sanguínea de otro ser humano y no de unas piezas de metal que se mueven por leyes mecánicas sin alma. Embestidas acompañadas de los besos y salivazos patriarcales de las orgías gays.

Mi amigo se tuvo que secar un par de lágrimas mientras hablábamos de nuestras frustraciones pornográficas. Tocarse los ojos es una de las formas más seguras de contraer el coronavirus para quienes no se lavan las manos constantemente. Ni llorar sabroso se puede en estos días. No es lo mismo. A la *fuck machine* le faltan las aberrantes sandeces que decimos en las orgías. “¿Estaremos mal por pensar en un montón de vergas mientras el covid-19 deja sin aire muchos pulmones?”, me preguntó. Dio un suspiro largo. Me preguntó si me gustaría verlo con un dildo mucho más grande que el anterior enchufado en la punta de la *fuck machine*. “No se si vaya a aguantar mucho tiempo”, dijo. “Los jóvenes le están poniendo el dedo medio al coronavirus. Ellos están armando orgías privadas por debajo de la movilidad cero. He estado tentado a ir pero me da miedo al mismo tiempo. Es curioso, ¿no? Quizás los gays tengamos que volver a hacer del sexo algo temerario, como en los tiempos más duros y fatales del VIH”, concluyó mi amigo al tiempo que fue por un dildo color cajeta, del doble del grueso que mis dos brazos juntos.

La máquina paró

Gabriela Alemán

1

Nueva Orleans, 23 de abril— El lunes 2 de marzo, cuando salí de Ecuador, había un solo caso confirmado de coronavirus en Guayaquil. En ese momento sólo había dos países con pruebas positivas en toda Sudamérica: Brasil y Ecuador. Cada uno tenía una persona enferma. En Nueva Orleans, a donde iba, no había un solo caso, aunque había varios en Nueva York y Seattle; pero Nueva York y Seattle quedaban a miles de kilómetros, a una estratósfera de distancia. Antes de salir de Ecuador había leído un largo reportaje sobre cómo se transmitía el covid-19, no decía nada sobre su crecimiento exponencial. No se me ocurrió cancelar el viaje. En las cuatro horas de espera en Panamá me lavé las manos tres veces y, cada vez que toqué algo, me puse gel desinfectante en las manos. No había más de una docena de personas caminando con mascarillas, pero oí demasiadas toses a mi alrededor. Cuando identificaba al que tosía y veía que no se había cubierto la boca, cambiaba de asiento. Nadie tomaba temperaturas, los empleados de las aerolíneas no llevaban guantes ni se protegían, los pasajeros se amontonaban. A ese aeropuerto llegaban miles de personas de todo el mundo para hacer trasbordo de aviones. Nadie seguía un protocolo. Hasta en Ecuador comenzaban a tomar la temperatura a la gente que llegaba de vuelos provenientes de Europa. No sabía que Panamá sólo me estaba preparando. Cuando el avión aterrizó en Nueva Orleans y pasé por aduana, sólo una de las personas que sellaba la entrada llevaba mascarilla. Para entrar a Estados Unidos hay que registrar la huella dactilar en el control de migración. Un procedimiento que se univer-

salizó después del 11 de septiembre. En una caja negra, con fondo de vidrio cruzado por luz de neón verde, se colocan el índice, dedo medio y el anular y, al final, el pulgar; luego se toma una foto del rostro antes de sellar el documento. Mientras la línea para pasar el control se acortaba veía cuánta gente tosía en sus manos y luego colocaba sus dedos sobre la pequeña pantalla y luego los retiraban, sin que nadie desinfectara el cristal. Puse mis dedos, me sellaron el pasaporte y camino al taxi me embadurné las manos de gel. Tal vez el artículo me había disparado los nervios. Si en Estados Unidos no sonaban alarmas, tal vez me debía relajar. Al día siguiente fui al trabajo, saludé con beso a la gente que no había visto en tres meses y sólo una se alejó torpemente, y me hizo pensar que no debí besarlos. Pensé en las miles de personas que pasaron por el aeropuerto de Panamá, pensé en que nadie sabía con absoluta certeza por cuánto tiempo permanecía el virus en las superficies y, también pensé, que debía dejar de dar besos. Pero ese día y el siguiente y el siguiente, dentro de la universidad, en las calles de la ciudad, en los bares y restaurantes, era *business as usual*. Un festival de música de instrumentos de viento llenó el Louis Armstrong Park, un bar irlandés en Bourbon realizó un *prequel* del desfile de San Patricio —uno de los más grandes después de Mardi Gras— que atraía a miles de turistas todos los años y que se llevaría a cabo el siguiente fin de semana. También se acercaban las vacaciones de primavera de las universidades y la primera avanzada de estudiantes llegaba para mezclarse con la avalancha ya existente en los bares del French Quarter. Lo único que sonaba fuera de lo usual en la ciudad y en todo el país era la falta de papel higiénico en los supermercados.

2

La gente comentaba lo del papel riéndose, pero también para preguntar si sabías dónde lo seguían vendiendo. Había

dos rollos donde me quedaba, así que pensé en Freud. Recordé su recuento sobre el viciado regalo del diablo: el dinero que repartía terminaba por convertirse en excremento a su partida. Freud utilizaba el relato para ejemplificar la asociación entre la ansiedad del estado anal por las heces con la ansiedad que produce el dinero. En su lectura sicoanalítica el dinero equivalía a mierda. Visto así, Estados Unidos se preparaba para una colitis bursátil monumental a escala de la nación y por eso acaparaba el papel. En la tienda del barrio el paquete subió de \$0.99 a \$11.80 esa semana. El sistema seguía funcionando, sacando ventaja de la situación. *Business as usual*. Aunque los noticieros comenzaban a cambiar su discurso y las cifras de contagiados a nivel nacional ya tomaban los titulares de los periódicos, la fiesta en la calle no paraba. El domingo 8 de marzo desayuné con unos amigos en un restaurante, todas las mesas estaban llenas; el miércoles 11 almorcé con una amiga, hacía calor y busqué un lugar al aire libre (me convencí que lo hacía por la temperatura y no porque no quería estar en un sitio cerrado, luchaba contra la ansiedad que me producía lo que leía en los periódicos en la mañana y lo que veía en las calles por la noche. Ya había un caso en Luisiana), esa noche recibí cinco mensajes alarmados de amigos preguntándome por mi salud y la de mi familia; respondí diciéndoles que estaba bien y en Nueva Orleans; me respondieron minutos después preguntándome cuándo me iba; mi respuesta fue que me quedaba dos meses y, entonces, uno me dijo que no me quería alarmar, pero quería saber si había visto las cifras de Nueva Orleans. No le respondí porque cuando alguien dice eso, es porque te quiere alarmar. Busqué las cifras, era la ciudad con índice más alto de crecimiento de casos de covid-19 en el mundo. Después busqué noticias del Ecuador. Llevaba un año sin Facebook y había borrado todas mis aplicaciones de prensa ecuatoriana, no quería

estar pendiente de las noticias mientras estaba fuera. Había un *link* al video de la alcalde de Guayaquil impidiendo, con carros del municipio cruzando la pista del aeropuerto, el aterrizaje de un vuelo humanitario que venía a recoger a ciudadanos españoles varados en Ecuador. Y luego recuentos del toque de queda, aunado al cierre de funerarias por miedo al contagio, sumado a la falta de preparación del sistema de salud público, los enfermos rebosando los pasillos de hospitales, y los cadáveres en las calles. La morgue colapsada. Comencé a escribir a amigos y me llegaron videos y más videos de lo que ocurría en Guayaquil. Apenas dormí esa noche. Cuando me subí al tranvía al día siguiente fui muy consciente de lo que tocaba, el recipiente de mi gel antibacterial estaba casi vacío (imposible de reponer porque ya no se conseguía en farmacias o almacenes), y miré horrorizada cómo subían familias enteras que dejaban que los niños tocaran los asientos y los postes metálicos mientras se manoseaban la cara. Me senté cerca de una ventana y miré cómo la gente se rascaba las orejas, metía sus dedos en los ojos, se rozaba los labios, apretaba sus fosas nasales. Bajé en mi parada, otra vez a la normalidad: un grupo de gente caminaba por Audobon Park, estudiantes en bicicletas llegaban a clases, el banco estaba abierto, la cafetería llena, la temperatura era de 28 grados. Pregunté en la oficina si habían visto el índice de casos en Nueva Orleans, nadie me prestó atención. No insistí. Pensé que era una estúpida por hacer preguntas a las que nadie quería responder. Esa tarde comenzaron los rumores de que la universidad cerraría. Dos otras universidades ya habían pasado a la enseñanza en línea en los estados de la costa este. Esa noche había quedado con una amiga en un restaurante, las mesas estaban bastante separadas las unas de las otras, pero todas estaban llenas. La conversación fue buena y no rondó en torno al coronavirus y lo agradecí, cuando terminamos

mi mente estaba lejos de las falanges de mis vecinos y sus rostros, de los videos de Ecuador, de las cifras de Luisiana. Me estaba quedando en el French Quarter y decidí caminar a casa. Me alejé de las calles con más negocios, repletas de juerguistas a esa hora, no por miedo a las multitudes sino por grima hacia el comportamiento de las multitudes ebrias (o eso me dije). Iba por Saint Phillip y Dauphine cuando me llegó un mensaje al celular. Una amiga me preguntó si había visto el mensaje de la NBA, que cerraban la temporada a partir de esa noche. Respondí con mayúsculas que no. Seguí caminando, me mandó un *link*. Cuando lo abrí, tropecé, se había acabado la vereda. Un jugador había dado positivo; el pitazo inicial del partido del Utah Jazz contra los Oklahoma Thunders se demoró y luego de unos minutos, se canceló el juego y se dio la noticia. Pitaron, esta vez a mi costado. Un carro avanzaba hacia mí; cuando alcé la vista, paró. Ni siquiera me abochorné. No guardé el teléfono, ni pedí disculpas, sólo levanté la mano y seguí leyendo. Cuando terminé el artículo supe que ya no sería más *business as usual*. Sentí una mezcla de ansiedad y euforia. Los frenos de la maquinaria comenzaban a chirriar.

3

Las imágenes de Ecuador eran terroríficas, pero no me paralicé porque seguía trabajando, las noticias llegaban como olas y no sólo venían de Ecuador: si cerraban la universidad no sabía qué pasaría con mi visa, ya me había llegado un mensaje de Avianca diciendo que cerraban operaciones hasta mayo, ¿cómo iba a adelantar mi vuelo de regreso si no había aviones? Las proyecciones en Nueva Orleans decían que no habría suficientes camas en las salas de cuidados intensivos de los hospitales, ni respiradores. ICE seguía haciendo redadas buscando indocumentados, el presidente decía cualquier cosa, el gobernador de California había

ordenado que los negocios cerraran y que la gente no saliera de su casa. No podía imaginar que eso pasara en Nueva Orleans, hasta que llegó la noticia del cierre de la NBA. El básquet esta en el ADN de mi familia. Tengo un tío que mide más de dos metros que fue una leyenda en el Quito de su juventud, mis hermanos han sido seleccionados nacionales, provinciales, campeones colegiales, estrellas de sus equipos. Yo jugué profesionalmente. Nos comunicamos a través del básquet, socializamos cuando hay partidos, nos demostramos cariño cuando lanzamos al aro. De niños vivimos en Nueva York cuando los NY Knicks eran campeones. Mis hermanos aprendieron a jugar viendo los partidos de la NBA en la televisión cuando jugaba Clyde, Dr. J, Earl the Pearl, Karim y Wilt Chamberlain. Cuando volvimos a Ecuador llevaron casetes de Betamax de algunos de esos partidos, cuando la liga profesional de Estados Unidos aún no había hecho su apuesta global y no transmitía fuera del país. Entonces todos los jugadores de la liga eran norteamericanos. La NBA de ahora no es la NBA de antes. Ya no es sólo un espectáculo deportivo que involucra a algunos de los mejores jugadores del mundo, es una máquina de hacer dinero con presencia mundial. El año pasado la organización estuvo valorada en ocho billones de dólares; mientras cada equipo costaba, en promedio, dos billones. Ahora se pueden ver los 277 partidos de la temporada regular y los más de 90 *playoffs* en todo el mundo a través de cuatro canales de cable y uno nacional. Y un cuarto de sus jugadores activos provienen de 37 países. Sólo en China, en el 2012, la NBA ganó \$150 millones de dólares. Los juegos de exhibición de pretemporada incluyen paradas allí y en Japón. El año pasado esos juegos de exhibición coincidieron con uno de los momentos más álgidos de las protestas en Hong Kong. El gerente general de los Houston Rockets twitteó a favor de los manifestantes y se desató una tormenta entre la NBA y el gobierno chino. Políticos de

los dos partidos norteamericanos intervinieron, las pérdidas monetarias de la liga fueron millonarias y el modelo económico de la NBA se acercó al de un villano de historieta. El comisario de la NBA no pudo sacudir la percepción de que el básquet había cedido al dinero. Todos los que seguimos los partidos lo vimos. Por eso, que la liga de basquetbol profesional norteamericana haya sido la primera en cancelar sus partidos significaba mucho más que la temporada no seguiría y que no veríamos los *playoffs*. Significaba que un evento planetario de consecuencias aún inesperadas paraba la máquina de hacer dinero. La vida humana tomaba precedencia sobre el dinero. Algo tan obvio, que no era obvio hasta hace unas semanas. Después de la NBA, comenzaron a cerrar las grandes compañías a nivel mundial. El gobierno federal de Estados Unidos cambió poco a poco su discurso y comenzó a hablar de llegar a consensos con los demócratas en el congreso para ayudar a las grandes, medianas y pequeñas empresas y a las personas que habían quedado en el desempleo. El 12 de marzo había 19 casos en Luisiana, el 13 había 36, las universidades cerraron sus campus y la alcalde de la ciudad canceló los desfiles de San Patricio. El sábado 14 (77 casos, un muerto) y el domingo 15 (103 casos, dos muertos) la gente no dejó de llenar los negocios. La calle Bourbon seguía repleta. El lunes 16 (136 casos, tres muertos) el gobernador cerró los colegios y escuelas. Los bares y restaurantes sólo podrían vender comida para llevar. El lunes 23 con mil 172 casos y 34 muertos, se dio la orden de refugio domiciliario. Casi un mes después hay 24 mil 584 casos y mil 405 muertos. Los negocios siguen cerrados, la orden de refugio domiciliario continúa.

4

Lo imposible ya ocurrió. El mundo paró, la maquinaria de producción y ganancia infinita se detuvo. El coronavirus

no sólo lo interrumpió, sino que puso en evidencia lo conectados que estamos (sólo hay que mirar los puntos en los mapas y ver cómo crecen y se multiplican). También probó, contra cualquier duda, que el sistema está corrupto y su engranaje se alimenta con la desigualdad desde hace siglos. Mientras suenan ambulancias fuera de la puerta y los únicos animales que toman las calles abandonadas de Nueva Orleans son las ratas, mientras todos estamos infectados de espera, veo hipnotizada un video: *Debt: the First 5000 Years*. Mientras las campanas de la catedral siguen tocando los domingos y distintas personas, o quizá la misma, dejan bolsas de jabón en las gradas que bajan al río, David Graeber desmonta todas las creencias que tenemos alrededor del dinero, el crédito y las deudas. Comienza por partir el mito inscrito en todos los libros de economía, que el primer método de intercambio antes del dinero fue el trueque; no, fue el crédito. Una promesa que le hace una persona a otra, “en el futuro te devolveré lo que consideres equivalente a lo que me diste”. Con cifras, análisis histórico y aseveraciones respaldadas por hechos concretos del pasado señala cómo las deudas se volvieron el último tabú, y están inscritas dentro del campo moral y religioso. Mientras la alcalde de Nueva Orleans negocia que los sin techo de la ciudad reciban tres comidas diarias y una habitación en el Hilton mientras dura la pandemia y diferentes cocinas comunitarias preparan comida para la gente que se quedó sin trabajo, sigo escuchando a Graeber: una comunidad es un grupo de gente que le debe algo a alguien, y todos saben qué es. Es una práctica común que una vez al año se sienten, calculen cuánto se deben unos a otros, se intercambie algo, y se recomience de cero. Por lo menos era así en el medioevo en Inglaterra. En distintos momentos de la historia, desde la antigua Mesopotamia, los gobernantes han cancelado las deudas de sus gobernados. Hay muy pocos casos —en la

Historia Universal— donde las rebeliones e insurrecciones no hayan estado ligadas al perdón de aquéllas. Para recomenzar de cero. Mirar el video es desconcertante; luego de pasar años estudiando y escribiendo un libro de 700 páginas sobre qué son las deudas y cómo funciona el dinero, Graeber puede saltar de una explicación sobre cómo en arameo —el idioma en el que se escribió la Biblia— se utiliza la misma palabra para deuda y pecado (en la traducción al español la oración dice, “perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos...”, a principios del siglo xx en lugar de *ofensas* se decía *deudas*; la traducción más común al inglés dice “perdona nuestras deudas...”), a enmarcar cómo utilizamos el lenguaje financiero (sobre deudas) para hablar indistintamente de política o moral; o cómo desde *La República* de Platón el pago de deudas está embrollado con la idea de justicia (aunque Sócrates desmonte el argumento dentro del mismo libro). No voy a resumir todo lo que dice, también pueden dejarse hipnotizar por el video o descargar el PDF, traducido al español, que se encuentra en línea. Tal vez logren mezclar su ansiedad con euforia. A mí me pasó. Dejé de ver CNN y me dediqué a pensar en lo que dice cerca del final de la charla, “Si la democracia significa algo ahora, es que cualquiera puede tener injerencia sobre qué tipo de promesas se deben cubrir y, cuando las circunstancias cambien, cuáles se deben renegociar”. Lo dijo hace casi 10 años; leído en enero hubiera sonado a una de esas cosas que dicen los académicos, que por más interesantes que sean, no tienen significancia práctica. Su libro termina proponiendo la cancelación de todas las deudas (lo enmarca dentro de la condonación de deudas a las grandes corporaciones en la crisis del 2008 en Estados Unidos) para recomenzar de cero. Algo que ha ocurrido a lo largo de la historia. Un nuevo comienzo para la humanidad. Sólo que escucharlo ahora y, en especial, por la palabra que utiliza,

“Sería un evento cataclísmico que nos permitiría repensar qué es el dinero”, suena extrañamente posible. Como todo es extraño en estos días. Como el mundo detenido por un evento cataclísmico. Como la NBA volviendo a sonar a básquetbol y no a dinero.

—21 de abril de 2020

Aquí

Yásnaya Elena A. Gil

Ayutla, México, 24 de abril— Confinarse. Retraerse. Desde hace cientos de años queda claro que, ante las epidemias, es fundamental guardarse en cuarentena. ¿En dónde? Una casa de campo cuidada por empleados y que se visita los fines de semana. Un departamento demasiado pequeño para una familia de cinco integrantes. Un país que ha cerrado sus fronteras, sí, aún más. Una colonia patrullada por policías que van a detenerte si pisas la calle. Una estación de detención migratoria. Un departamento en el que ha muerto alguien por la enfermedad que nos confina, con su cuerpo insepulto que nadie puede llevarse. Una ciudad con calles casi vacías en las que recoges la basura. Un hospital del que no puedes salir para evitar poner en riesgo a tu familia. Una casa de lujo desde la que grabas tutoriales. ¿En dónde? Las respuestas son múltiples y toman la carga deíctica de adverbios como “aquí” que toma su significado según la situación en la que es enunciado. “Aquí”, una palabra pronunciada desde distintos lugares que le otorgan significados múltiples. Desde la ventana hacia otras experiencias en que se ha convertido internet, me doy cuenta de la diversidad de experiencias posibles. La pandemia le da otro contenido a los espacios que habitamos. El radio posible de movilidad

que nos permite el confinamiento varía por estas circunstancias e incluye a quienes no pueden confinarse, o más bien, se confinan en las calles semivacías que no responden bien a la urgencia de las personas que están ahí cuando otros se han guardado. El “aquí” de las personas que necesitan continuar es la ausencia de los otros.

El “aquí” que yo enuncio es Ayutla. Una comunidad mixe en la Sierra Norte de Oaxaca. Un lugar sin acceso a agua potable desde hace casi tres años, cuando por medios violentos nos despojaron de nuestro manantial y destruyeron todo nuestro sistema de agua potable: tanques de captación, válvulas, tuberías. Asesinaron a una persona. De las muchas personas que estábamos cerca del murmullo que emite el agua del manantial cuando comenzó la lluvia de balas, nueve resultaron heridas. Recuerdo el sonido del tiroteo. Cuatro mujeres fueron secuestradas y sometidas a tortura. Todo está impune y el “aquí” desde el que yo enuncio se erige como un terrón sediento pero que no se desmorona. Hace un año, me recuerdan las redes sociales, a estas alturas del año ya habían caído las primeras tormentas. Los días pasan y las nubes, cuando aparecen, no dejan caer nada. El calor sofocante se convierte en llamas al tocar la tierra y los incendios se vuelven cotidianos. El altavoz alterna mensajes de prevención ante la pandemia con solicitud de apoyo para sofocar los incendios. El calor fermenta la indignación acuciante por la injusticia sostenida e irreverente que nos abofetea la cara cada vez que transportamos agua en pequeños contenedores que enseguida se agotan.

Pero también, el “aquí” que yo pronuncio significa mi casa, el huerto, el campo ya sembrado de milpa que espera brotar, la casa de los guajolotes, los aguacatales, las hojas de los nísperos que dan sombra al patio. Los espacios que habitamos, en general, son abiertos y permiten una circulación impensable en un bloque de departamentos.

Aquí es un lugar con un altavoz central desde el que las autoridades comunitarias transmiten mensajes de prevención, medidas sanitarias en mixte y en español para hacer frente a la pandemia. Una estructura comunitaria facilita las cosas. La población infantil, aunque no puede asistir a los espacios comunitarios de juego o a las clases de música tiene espacios abiertos a su alrededor en sus propios hogares. La comunidad entera se vuelve nuestra casa, una misma casa que necesitamos proteger colectivamente. A diferencia de muchas experiencias en las grandes ciudades, el “aquí” no significa sólo el departamento, ni siquiera sólo un edificio sembrado en una misma superficie reducida pero que ha crecido en sentido vertical, la voz que se oye desde el altavoz comunitario crea un espacio que proteger, una unidad clara que se confina en colectivo, un “aquí” más amplio pero concreto. Este adverbio crea una casa que es en la que nos quedamos todos. Tal vez no podamos reunirnos en asambleas por ahora pero nos sabemos en un “aquí” común y compartido.

Ante la realidad de la pandemia, las comunidades de la sierra, múltiples hogares comunales en donde nos guardamos, han ido tomando distintas medidas para evitar que llegue el virus porque sabemos que un solo caso puede significar demasiado. En algunos lugares el cierre ha sido casi completo y estricto, en otros casos las comunidades han permitido el regreso de cientos de personas que han huido de sus centros de trabajo en las grandes ciudades: tenían una comunidad a la cual volver.

Desde otra perspectiva, “aquí” se vuelve una imposibilidad. La población migrante en Estados Unidos enfrenta la pandemia desde ese otro lado de una frontera particularmente feroz. Más de 30 personas provenientes de Oaxaca han perdido la vida en el país del norte. Pregunto con frecuencia a las personas que tienen familiares allá

sobre el estado de las cosas. “Ni siquiera pueden volver” me responde una madre particularmente angustiada. Leo sobre la posibilidad de que personas provenientes de la Montaña de Guerrero que han muerto por coronavirus sean destinadas a la fosa común ante la imposibilidad de pagar lo necesario para una incineración.

Mientras, esperamos. Esperamos la lluvia y la justicia, esperamos pasar la pandemia sin un solo caso, pero esperamos también la posibilidad. Pensar en las posibilidades me genera mucha ansiedad. En ese caso, la estructura comunal que ahora es nuestro “aquí” tendrá que enfrentar los retos de una situación en que el virus se esparce por nuestras montañas igual que ahora enfrenta las medidas de prevención. Apenas cuestionamos las estructuras solidarias con las que contamos, están ahí desde antes, son el modo de resolver la vida y se han accionado siempre cuando la lluvia causa deslaves, cuando hay un funeral o cuando las balas cancelaron el sonido del agua precipitándose. Un virus en la casa. Un virus en un “aquí” donde habitamos todos, este “aquí” ancho, amplificado, que se ha estirado sobre la ladera de la montaña y que permanece expectante. Que no suceda.

Marzo-Abril 2020

Pedro Juan Gutiérrez

La Habana, 25 de abril— Ya veníamos mal. Hace más de un año que todo se tambalea. Donald Trump se ha empeñado en perturbar al máximo la vida de los cubanos. Quiere ganar votos para las elecciones presidenciales de noviembre próximo, entre los cubanos de derecha que viven en USA. Y para eso ha apretado más el bloqueo sobre Cuba. La idea es que la gente, hambrienta y enfadada, se lance a la calle

masivamente y derroquen al gobierno. Y lo cierto es que ha logrado poner las cosas difíciles aquí dentro. Hay que hacer colas para todo. Para comprar unas bolsas de yogurt, para el detergente o los jabones, para un paquete con unos muslos de pollo o una bolsa de leche en polvo. Ahora se acabó el arroz y los frijoles. Y así con muchos productos esenciales. Uno sale a la calle y después de tantas colas, regresa a casa cansado y de mal humor. Hoy el elevador está roto, además. Y los dueños de los apartamentos de este edificio que alquilan a turistas ya despacharon a sus huéspedes de regreso a sus países y también se deshicieron de sus empleados. Así que no tienen por qué seguir preocupándose y ocupándose de mantener el elevador funcionando y el suministro de agua. Esto se complica.

*

Hay mucha gente aquí en Centro Habana que viven hacinadas cinco o seis personas en una o dos habitaciones pequeñas. Y si se meten un mes dentro de su casucha se vuelven locos. No sé. Al cubano le encanta ir a las casas de los vecinos, hablar, mezclarse, opinar, jugar al dominó, no estar solo y abrumado en su casita.

*

Estoy casi todo el tiempo en casa. Para reducir las posibilidades de contagio con el coronavirus 19. Hay que salir a buscar comida. Lo más rápido posible y con una mascarilla de tela. Nasobuco. No sé de dónde sacaron esa palabra tan fea. Ayer me regalaron uno. Pero me estoy cuidando. Estoy muy joven para morir. Todavía puedo divertirme un poco más. Un muchacho del barrio, que se dedica a la albañilería, está pintando la casa. Ahora está en la sala, dando brocha con una pintura color arena. Queda bien. Él es testigo de Jehová. Hoy me dijo que hace 25 años que está en la religión.

Y continuamente me recita fragmentos y dice que el final se acerca. El final del mundo. El Apocalipsis. No sé mucho del tema pero al parecer Dios destruirá al hombre para que no siga destruyendo lo que Dios hizo en siete días. Creo que esa es la idea de su prédica. Y sólo se salvarán los elegidos, es decir, los de esa religión. Bueno. Él me recuerda siempre que los Cuatro Jinetes del Apocalipsis están cabalgando. Y vienen. Oh, bueno, prefiero no contestar. Me quedo en silencio.

*

Ayer me llamaron de la Embajada de España. Invitan a 14 artistas cubanos a escribir algo o crear algo sobre este virus. Ellos vienen a casa, lo graban en video y lo cuelgan en internet. Quieren algo alentador, supongo. Les dije que lo pensaría y que gracias por invitarme, pero no voy a participar porque no estoy muy optimista. Este virus es tan agresivo y se transmite tan fácilmente que me parece no podrá erradicarse totalmente. Ya está presente en unos 170 países, es decir, en todo el planeta. Y va mutando, sabe protegerse, se esconde y cambia. Creo que será mucho peor que el sida. La fragilidad de la Humanidad. Nos creemos insuperables, pero pienso que el proceso civilizatorio no funciona bien. Hay algo que falla. Demasiada avaricia, demasiadas guerras, demasiada arrogancia.

*

La gente protesta fuertemente en Facebook. Telemundo, de Miami, publica algunos de esos comentarios ácidos. Ayer una mujer, gritaba, histérica, que hacía cuatro días no tenía agua: “¿Cómo cojones me voy a lavar las manos? Ni usar el nasobuco porque hay que lavarlo y no hay agua...” Y por ahí seguía gritando ante su móvil y conectada a Facebook. Además del desabastecimiento creciente y la epidemia que

también aumenta ahora se une la sequía. Algunas fuentes de agua están muy por debajo y eso lleva a que en algunas zonas de la ciudad el agua está disponible sólo cada cinco o seis días. A veces más. Algunos se irritan, descontrolados.

*

Yo sigo con el muchacho que está pintando la casa. Suave. Sin apuro. Aunque ya quiero terminar para irme unos días a Guanabo, de vacaciones. Aquí hay demasiada tensión y me daña. Intento pintar y mejorar la casa lo mejor posible. Estoy preparado para lo peor, es decir, contraer el virus y morirme. Aunque no lo deseo. Ese es el plan C. El plan B sería contraer el virus y rebasarlo. Y el plan A, el más apetecible e ideal: No pasa nada, la epidemia se controla y yo y los míos seguimos saludables tranquilamente. Aunque oyendo las informaciones de cómo va la pandemia en el mundo no queda mucho espacio para el optimismo. Sigue aumentando cada día el contagio y las muertes. Los gobiernos tratan de animar a la gente e insisten en que se controlará en breve. Pienso que en este país será difícil controlar la propagación de la epidemia. Demasiada gente ignorante e inconsciente. Ayer, por ejemplo, fui al agromercado de San Rafael y Gervasio. Ni uno solo de los vendedores tenía colocada su mascarilla. Además de que había bastante gente en poco espacio. Con mi nasobuco puesto, compré rápido una piña y me fui. No quiero volver en un buen tiempo. Es peligroso ese lugar. Aunque hay que reconocer que el gobierno está actuando con suficiente sensatez y dedicación ante la epidemia. Muchísimo mejor y con más efectividad que en otros países. Incluidos algunos países que tienen más recursos materiales, como USA o Italia y España, pero que reaccionaron con mucho retraso. Se confiaron y la epidemia se expandió considerablemente.

*

En televisión han sacado imágenes de barrios pobres en Guayaquil, Ecuador, donde hay muchos cadáveres insepultos. Se corrompen. El gobierno no hace nada por ayudar y no los recogen. Explican que los cementerios allí son privados. Quién sabe cuánto cobran. Se ha visto que algunos cadáveres los han incinerado en medio de la calle o simplemente los han dejado allí, como en la Edad Media. Ahora cualquiera hace un pequeño video con su teléfono y enseguida lo sube a Facebook o a otras redes y en segundos se entera el mundo. Truco, el pintor, dice que se puede hacer una Ley internacional para obligar a los dueños de hospitales, cementerios y funerarias a que presten servicios gratis a todo el pobre que no pueda pagar. Me da risa su ingenuidad y le digo: “Tú piensas así porque eres religioso y tienes amor y compasión en tu corazón. Pero un capitalista hace todo lo contrario y se aprovecha de esta situación para ganar más dinero, implacable”. Me insiste en su idea solidaria. Ya no opino nada más porque cuando habla se apasiona y deja de trabajar. Necesito que termine de pintar una habitación a la que le falta la segunda mano para terminar hoy. Quiero irme ya unos días para Guanabo.

Fragmentos de Nada tiene importancia (Diario Centro Habana), que nos compartió el autor.

La imposible dedicatoria

Paul B. Preciado

París, 26 de abril— Durante el confinamiento por el coronavirus, entre el desorden del tiempo y la reorganización de las tareas cotidianas que el paro generalizado propicia, he adaptado un nuevo hábito. Cada día, a las 8:30 de la tarde, después de salir al balcón a aplaudir o a gritar, respondo a la

llamada por videoconferencia con mis padres. Ellos están en una ciudad del norte de Castilla. Yo en un barrio de París. Antes del coronavirus, nos hablábamos una vez cada dos meses, por las ocasiones importantes, las fiestas, los cumpleaños. Pero ahora, la llamada diaria se ha vuelto una bomba de oxígeno. Eso es lo que dice mi madre, que siempre ha tenido talento para el melodrama, cuando se abre la pantalla: “Verte, es como salir y respirar”. Mi padre tiene 90 años, es un hombre dinámico que antes del encierro caminaba cada día ocho kilómetros. Es también un hombre frío: un niño abandonado por su propio padre que creció sin afecto, pensando que el trabajo era su única razón de existir. Aunque hay prohibición de salir para los mayores, mi padre sale cada día a comprar el pan a 200 metros de casa, con sus guantes y su mascarilla. “Nadie puede negarle eso”, dice mi madre. Y añade, cuando mi padre se aleja: “Quizás ya nunca más volvamos a poder pasear juntos por la calle. Quizás ésta sea su última primavera. Tiene que poder salir”.

Mi madre me llama unas veces en masculino, otras en femenino, pero siempre Paul. Me gusta cuando mi padre pregunta, “¿Quién llama?” Y mi madre responde, “es nuestro Pol”. Ella lo imagina así, escrito *Pol*. Cada día, mi padre inspecciona mi rostro en la pantalla como si escrutara los cambios producidos por la transición de género. Pero también, como si buscara su rostro en el mío. “Cada vez te pareces más a tu padre”, dice mi madre. La transición ha subrayado la similitud de nuestros cuerpos y de nuestros rostros, como sacando a flote un fenotipo que el estrógeno mantenía escondido. Aunque no se lo digo, ese parecido resulta tan inquietante o tan conmovedor para mí como para él.

El otro día mi padre me preguntó: “¿Por qué no te dejas la barba entera?” “Porque no me crece por igual en toda la cara”, le expliqué yo. Y añadí: “Empecé a tomar

testosterona cuando tenía 38 años y cuando los poros de la piel están cerrados no puede crecer el vello”. “Pues vaya negocio. Para este reca’o no hacen falta alforjas”, respondió mi padre. “Déjale, no te metas con su barba. ¿Se mete él con la tuya?”, le amonestó mi madre. Cuando les explico que estoy corrigiendo las galeradas de un nuevo libro que sale en junio, mi madre pregunta, con un interés que deja al descubierto su deseo, a quién se lo voy a dedicar. “A Judith Butler”, digo yo. Y, “¿quién es esa señora?”, pregunta ella. Yo le explico que no es una señora, que es una persona que no se identifica con ningún género, ni masculino ni femenino, y que le acaban de dar el certificado de persona de género no binario en California, como a mí me dieron en 2017 el cambio de sexo legal. Les digo que es el/la filósofe gracias al cual yo supe que incluso para los que éramos como nosotros, los que habíamos sido considerados desviados o degenerados, era posible hacer filosofía. “¿Y si no es ni un hombre ni una mujer?”, pregunta mi padre, “¿qué es?” “Es libre”, le digo yo. “Pues vaya negocio, para ese reca’o no hacen falta alforjas.” Y los tres nos reímos. Antes de colgar, mi padre, que nunca ha sido capaz de decirme que me amaba, se acerca mucho a la pantalla y me manda un beso. No sé cómo reaccionar a su inesperado gesto afectivo. “Te esperamos mañana —dice mi madre— para nuestra salida juntos del día.”

Después de la última cita con ellos, al escuchar la insinuada petición de mi madre y al verles tan frágiles y tan repentinamente cariñosos, pienso que querría poder algún día dedicarles un libro. Y entonces se me ocurre que para que pudieran disfrutar de esa dedicatoria sin verse ofendidos por el contenido, yo tendría que ser capaz de escribir un libro donde no figuraran las palabras homosexual ni homosexualidad, ni las palabras transexual y transexualidad, ni la palabra sexo, ni sexualidad, ni violación, ni

trabajo sexual, ni prostitución, ni aborto, ni penetración, ni dildo, ni ano, ni erección, ni pene, ni polla, ni vagina, ni vulva, ni clítoris, ni tetas, ni pezones, ni follar, ni correrse, ni chupar, ni eyacular, ni sida, ni orgasmo, ni felación, ni sodomía, ni masturbación, ni perversión, ni maricón, ni lesbiana, ni lesbianismo, ni tortillera, ni bollera, ni amanerado, ni gay, ni marimacho, ni camionera, ni puta, ni zorra, ni mastectomía, ni faloplastia, ni enfermo mental, ni disforia de género, ni psicosis, ni esquizofrenia, ni depresión, ni pornografía, ni farmacopornográfico, ni mierda, ni adicción, ni droga, ni drogadicción, ni alcoholismo, ni marihuana, ni heroína, ni cocaína, ni metadona, ni morfina, ni crack, ni camello, ni suicidio, ni prisión, ni criminal... El ejercicio de escritura, en sí mismo, me digo, sería heroico. El libro podría ser una larga perífrasis barthesiana, una buena distracción para los tiempos del confinamiento.

Más se perdió en la guerra

Daniel Alarcón

1

Nueva York, 27 de abril— Hace cinco años, cuando me mostraron el departamento donde ahora vivo con mi familia, la señora encargada del edificio llegó al último cuarto al fondo del pasillo, se acercó a la ventana y me pidió disculpas. Al otro lado de la avenida, había —hay— una inmensa e incompleta construcción. Ese día de verano del 2015 se veían, dentro de un lote baldío lleno de huecos y túneles y montículos gigantes de tierra, los esqueletos inconclusos de un par de edificios a medio armar. Se notaba, no los detalles, pero sí la ambición vertiginosa del proyecto. Eran las 10 de la mañana y cientos de obreros se movían entre las máquinas

enormes. Es ruidoso, no te voy a mentir, me dijo la señora, con una sonrisa incómoda. Pero algún día terminarán.

La verdad es que no me molestó. Me había ido de Nueva York en 2001, y siempre había querido volver. Ahora pensé en mi hijo menor, que en ese momento tenía dos años. Será neoyorquino, pensé, de los que miden sus años con el tamaño de los edificios que se levantan a su alrededor. Me imaginé que pasaría horas desde su ventana observando las grúas, los camiones, los obreros que se mueven entre tanto caos, y que en realidad sería un privilegio para él ver crecer este bosque de cemento y acero, y luego poder decir, de grande, que se acordaba de cuando nada de esto existía. Pertenecer a un lugar es eso, finalmente: cargar su historia contigo siempre, de manera intuitiva. Yo siempre quise ser neoyorquino; por momentos he sentido como un fracaso personal no serlo. Pensé: mi hijo sí lo será, sin siquiera planteárselo.

Ahora tiene siete años, con sólo vagos recuerdos de haber vivido en cualquier otro lugar, y ni siquiera nota los detalles de la ciudad que me llamaron tanto la atención cuando llegué en 1995. Como buen residente de Manhattan, piensa que todas las ciudades son islas. Su desayuno preferido es un *bagel* con salmón. Habla de *uptown* y *downtown* sin problemas. Tiene preferencias entre los diversos puentes que conectan los distritos de Nueva York entre sí y con el mundo. Cuando compartimos el ascensor con algún vecino del edificio, mi hijo, atento y bien educado, les pregunta cuál es su paradero —no cuál es su piso— como si fuera el conductor del metro.

Y no han sido pocas las veces que lo he encontrado en su ventana, tomando sol y mirando muy atento a la construcción masiva y su movimiento constante. En cinco años, ya son cuatro edificios que se han aparecido de la nada, ya abiertos al público, y hay tres más en proceso. No paran de construir. Nunca paran. Así es Nueva York, solía

decirle con orgullo, cuando mirábamos asombrados por la ventana cómo los obreros se alistaban para el día de trabajo bajo una lluvia densa o la nieve que caía sin cuartel. No importa el frío, le decía. No importa el viento furioso que corre desde el río. Tampoco el calor agobiante del verano. No paran. Nunca paran.

Somos neoyorquinos, le decía. Nunca paramos. Hasta el mes pasado, claro, cuando paró todo.

2

Pasé mis primeros años aquí envuelto en una suerte de nostalgia inventada, atormentado por la idea de que la versión más auténtica de Nueva York había existido cinco, 10 o 20 años antes de que llegara. Caminaba mucho, lleno de ganas de ver cada calle, cada barrio, cada edificio y grabar sus detalles, de hablar con toda la gente que me encontraba ahí y recopilar sus historias; y a veces me subía al metro e iba hasta el último paradero, como si tuviera que verificar que la ciudad en realidad terminaba. Tengo una colección de memorias de esos primeros años que no me atrevo a compartir. No porque sean escandalosas o comprometedoras, sino porque son todo lo contrario. Son ordinarias: primeros amores y partidas de corazón, éxitos pequeños y fracasos que se sentían enormes. Recuerdo lecturas y conciertos y obras de arte que me transformaron, pero no más que las risas de mis amigos, que me dieron vida. Llegué a los 18 años a Nueva York, inmaduro, inseguro, curioso, pelucón. A pocas semanas de llegar, me rapé, pensando que así me vería menos fuera de lugar. Las memorias de esos años son las de cualquier adolescente que llega a un lugar extraño, nuevo, y trata de inventar una versión de sí mismo que no detesta. Igual me causan tanta emoción estos recuerdos banales que me da vergüenza detallarlos y presentarlos como si fueran especiales.

Quizá lo único que tengan de especial son su trasfondo, Nueva York. Ahora me doy cuenta de que llegué en un momento de transición: la gestión del polémico alcalde Rudy Giuliani, con un despliegue policial violento y una expansión económica que borró barrios enteros y desplazó comunidades que apenas alcancé a conocer. Conocí la ciudad antes del 11-S, cuando todos teníamos menos miedo, o más bien entendíamos el miedo de otra manera. Poco a poco fui entendiendo que no había llegado tarde, sino justo a tiempo, que todos llegamos justo a tiempo a este lugar, que una ciudad que nunca para de cambiar siempre abre espacio para el recién llegado que quiere convertirse en otra persona. Me enamoré de esta ciudad, y es un amor con puntos fijos en el mapa y en el tiempo. Astor Place, 17 noviembre 1995. The West End, 9 de marzo 1997. Yankee Stadium, 4 junio 2001. Ahora que la pandemia ha partido la historia en dos, me pregunto mucho sobre la versión de Nueva York que encontraremos al otro lado, sobre si sobrevivirá o no la geografía de mi memoria. Pensar en un *después* que no es devastador requiere mucha imaginación, quizás más de la que tengo, y quiero proteger mis recuerdos a toda costa, aunque sé que es imposible.

Antes, por la mañana, solía echar una mirada por mi ventana y observar a los transeúntes caminando hacia el metro. Veía cómo iban vestidos para decidir qué ponerme yo, y cómo vestir a mi hijo menor. Si botas o no. Si una chaqueta o no. Si una bufanda o no. Dependía de mis vecinos hasta para algo tan básico. Ahora que no veo a casi nadie por la ventana, no sé cómo vestirme. Igual supongo que no importa, porque tampoco tengo adónde ir. Nueva York sin neoyorquinos no tiene sentido. Ahora es abril y nos acostumbramos a las sirenas. Más de una vez, en las breves caminatas que hago con mi perra, me he encontrado con una ambulancia estacionada delante de algún edificio del

barrio, a tiempo para ver a los enfermeros entrando vestidos de astronautas para recoger a un vecino. Ante una escena como ésa, es normal preguntarse si el paciente volverá a casa algún día, o morirá solo en un hospital atiborrado. Es normal preguntárselo, igual que es normal llorar de la rabia y la impotencia.

3

Más se perdió en la guerra.

De niño me gustaba mucho esa frase, aunque tardé años en entenderla. Mi madre la usaba para despejar quejas, minimizarlas. Por ejemplo, si pedía dinero para comprar un juguete que todos mis amigos gringos tenían, mi madre, siempre ecuánime, callaba mis reclamos con un simple “más se perdió en la guerra”. Era brutal e inapelable. Fueron años antes de que me atreviera a preguntarle lo que siempre me fastidiaba: ¿cuál guerra?

Cualquiera, me dijo. Todas.

A pesar de lo que sucedía en Perú, donde nací, la guerra para mí era algo exótico, distante. Crecí en un suburbio tranquilo de una ciudad tranquila en el sur de los Estados Unidos. Todo pasaba al otro lado del mundo. Se veía en la tele y se confundía entre comerciales y comedias y espectáculos deportivos. Como gringo, sabía que nuestras guerras eran constantes, pero se libraban en países lejanos, donde la muerte y la destrucción se repartían entre los infelices a los que se les había ocurrido vivir en la línea del fuego. Nosotros, los estadounidenses, ni siquiera hacíamos cuentas de lo que ellos perdían, ya que no era problema nuestro. Nadie me tuvo que enseñar esto. Como todas las ficciones nacionales, se intuía.

Ahora estamos más acostumbrados a perder, por supuesto, y no sólo las guerras. Mientras escribo esto, la cifra de muertos en Estados Unidos por el coronavirus ha

superado los 50 mil, con más del 11 mil 500 en la ciudad de Nueva York. Es una cifra espeluznante, absurda, trágica. Estoy aquí, en esta ciudad, y me cuesta creer que miles de mis vecinos han fallecido innecesariamente por esta peste. Al mismo tiempo, sé que esa cifra sólo va a crecer, y que quizá en algún momento no tan lejano, alguien leerá este texto, se encontrará con ese número, y le va parecer poco. Mi incredulidad le va parecer inocente.

El edificio en el que vivimos se ha ido vaciando, y ahora si nos encontramos con alguien en los pasillos, nos evitamos por mutuo acuerdo. Ni siquiera nos sonreímos, como si el virus se contagiara con cualquier pequeña muestra de amabilidad. Es que estamos asustados. Todos. Montamos en el ascensor solos. Cerramos las puertas con llave y esperamos las sirenas, que nunca tardan en llegar. Desde la ventana, vemos pasar las ambulancias por las calles vacías. Ahí van, le digo a mi hijo, que entiende lo suficiente para también tener miedo. No paran, le digo. Nunca paran.

Jugar a los neandertales

Marta Sanz

Madrid, 28 de abril— Todavía estoy aquí dentro. Aunque, mientras escribo coloco la punta del pie en el umbral del balcón. Escribo así con la punta del pie buscando el rayo de sol y la calle. Todavía estoy aquí dentro, pero fantaseo con los escenarios posibles del último día de nuestra vida en el vientre de la ballena. En el interior del submarino.

Somos adultos, casi algo más que adultos, empezamos a ser —eufemísticamente— personas mayores y ya no podemos permitirnos el lujo de que nos roben un día o un mes del calendario. Marzo, abril, mayo. Empezamos a ser

—eufemísticamente— personas mayores, pero inventamos juegos para justificar el paso de las horas. Hemos sido astronautas en una misión venusina. Tripulantes del Nautilus. Náufragos de una isla desierta que evalúan sus recursos, los materiales de su despensa, para no tener que salir a cazar, exponerse, a tontas y a locas: preparamos minutas para las comidas semanales como en los comedores del colegio. Vamos a aprovechar nuestra latita de atún para preparar una ensalada con patata cocida y huevo. Plato único y, de postre, media naranja. Otras veces, jugamos a ser personas del muy primer mundo —¿jugamos?, ¿a qué viene ese cinismo o tal vez esa soberbia?—, somos señoras y señores y, lo que es peor, tiernos infantes, asexuados y rechonchitos, a consecuencia de la ingesta desmedida de bolas de queso, *snacks* y refrescos azucarados. Es decir, nos convertimos en los protagonistas humanos de *Wall-E*: hemos fingido que vivíamos en un satélite con todas las comodidades de los centros comerciales y que estábamos ahí, protegidos de las emanaciones de una luna roja, por mamparas de metacrilato y burbujas de plástico transparente. Como un regalo valiosísimo o una horrenda figurita de porcelana.

Aquí, sin embargo, el aire es más puro que nunca. El cielo brilla con un azul impoluto y a veces Klein. Los pajaritos cantan, las nubes se levantan y asistimos a desfiles de patos escapados de los estanques de los parques. Nadie les tira migas y ya no temen la velocidad giratoria de las ruedas de los coches...

“¿Jugamos hoy a los neandertales?”, me oigo proponer. Entonces un hombre sexagenario y una mujer en la cincuentena se meten bajo una manta de falso pelo de falso animal y fingen encender el fuego. Junto a ellos, se recuesta una gata metamorfoseada en felino impresionante de colmillos hipertróficos. Previamente, los neandertales, en un gesto extrañísimo, completamente innovador en su historial

kinésico, han rociado la manta y las zapatillas de andar por casa con alcohol de 96 grados.

Quizá sea hermoso que un hombre sexagenario y una mujer en la cincuentena recuperen las ganas de jugar. No me refiero al póquer o al cinquillo, sino de jugar a ser otra y otro en la impostura y el entretenimiento; dar con un nuevo aprendizaje en el disfraz. Como los hombres pequeños que se pintan la cara y proponen: “¿Jugamos a que éramos los indios?” Nosotros, aquí, en la jaula, también hemos sido tórtolas y heroicos blanquitos con revólveres y mujeres que preparan café y gachas, atrincherados en el fuerte, para que los apaches no les arranquen la caballera de cuajo: “Charlie, por el amor de Dios, no te arriesgues demasiado”. Por supuesto, también hemos visto películas como las personas normales —cine clásico, sobre todo— y de ellas hemos sacado muy buenas ideas para transmutar nuestras identidades en las de presidiarios y duras mujeres que no se dejan violentar entre las cuatro rejas que las aprisionan.

Hemos leído en voz alta poemas de Marcos Ana, el preso político que pasó más años en una cárcel franquista. Hasta Kennedy y Fidel Castro se pusieron de acuerdo para rogar por su liberación. “Decidme cómo es un árbol”, escribió el preso poeta. Ahora yo tengo problemas, síntomas de una sensorialidad y de una memoria perturbadas, para recordar la textura de la piel de los seres que quiero. La suavidad extraterrestre de las manos de algunos amigos, la calidad casi líquida de la piel de la cara interna de los codos de mi madre, la aspereza de algunas mejillas adolescentes y viriles.

Todos nuestros juegos han sido un pacto tácito superpuesto al orden de la pandemia y al orden de la necesidad perentoria de proveer la cueva de todo lo necesario. Porque mientras jugábamos a Rapunzel en la torre, al reino del hechizo dormido de la bella, a la criogenización de Walt

Disney y a las mujeres emparedadas de María Zayas, seguíamos trabajando —mucho más por mucho menos— para conservar el espejismo de la economía, el trabajo productivo, la acumulación de monedas que no podemos usar para hacer la compra porque están llenitas de microbios. Mi marido baja al supermercado con su tarjeta de crédito. También lleva una mascarilla, unas gafas y unos guantes de látex como los de los forenses de las series de televisión. A la vuelta, somos presos y princesas enjauladas y pajaritos, mientras desinfectamos los envases plastificados y los galletes de las botellas de cerveza que, después, beberemos a morro. No podemos renunciar a todas las viejas costumbres que, en realidad, nos recuerdan los tiempos en que éramos jóvenes y besábamos una, dos, tres bocas distintas durante la misma fiesta. No teníamos en consideración el poder luctuoso de los gérmes ni el desinfectante poder de la lejía y otros super-productos de limpieza. Moriremos tal vez de una inflamación pulmonar o envenenaditos por los vapores de las sustancias limpiadoras.

En la casa, vivimos diariamente una superposición de fantasía y realidad, pero, a diferencia de Borges, sabemos que la realidad sí existe, no es el sueño del sueño de alguien que está soñando, la realidad sí existe y nos obliga a quedarnos en casa, a olvidar la textura de la piel de los seres queridos, a no hacer de todo esto una tragedia, a conservar la alegría, el rigor y la fuerza porque vamos a necesitarlos pronto para poder asimilar lo vivido el día de después. Pegar los trocitos de los restos del naufragio. Cuando la ola haya pasado, habrá mucha más gente pidiendo en la calle y ya no podremos dar limosnitas ni hacer caridades, porque habrá tanta gente con hambre en la calle, que las desinfectadas monedas de nuestros monederos no serán suficientes y los hambrientos puede que tengan derecho a mordernos los muslos y los entresijos. Los chinchulines.

O quizá seamos nosotros y nosotras el grupo de caníbales. Así que cuando pongamos el pie en la calle, no se tratará de ser solidarios ni de jugar a la beneficencia para que las ruedas dentadas y las tuerquitas de un mundo mal hecho sigan gira que te gira, para que el reloj y las máquinas tragaperras sigan funcionando *a full*. Lo urgente será sentirse parte de la carne golpeada. Escribo estas cosas para no olvidarlas. Son importantes. Escribo estas cosas para que la felicidad-niebla, una hipótesis, del desconfiamiento me deje ver lo que sucede bajo el asfalto o en las alcantarillas de las grandes urbes del cosmos.

Así que en casa jugamos los juegos esperando la hora de salir y prevemos todos los escenarios posibles. Puede que, dentro de unos días, al poner el pie en la calle me desvanezca como una duna tras ser golpeada por el viento. Puede que me desmaye. Puede que contraiga la maldita enfermedad u otra distinta. Puede que extienda la mano para que alguien coloque sobre ella una moneda. Puede que el sol me deslumbré y me descomponga por mi evanescente piel papelina de vampira. Puede que grite. Puede que una arcada me llegue desde la profundidad del estómago o que sienta que pierdo equilibrio, pie, orientación. Puede que grite de felicidad o que un miedo incontenible me devuelva, escaleras arriba, en carrera frenética, hasta el vientre de mi casa, hasta ese punto exacto de los ejercicios de pilates en que el ombligo conecta —toca— con la columna vertebral. Y que en el intestino delgado de mi casa me acurruque como una lombriz. Llevo aquí cuarenta y nueve días exactos. Los he contado uno a uno, gracias a las marcas, redondas y doradas, que he ido dibujado en mi agenda, porque he perdido todas las habilidades de cálculo. Ya no sé ni sumar ni restar. Puede que ese olvido y esa ignorancia sean intencionados. Una estrategia para sobrevivir.

Pst...
Eso ya estaba allí
Óscar Martínez

San Salvador, 29 de abril— Lo que quiera por 10 dólares, papaíto.

La muchacha llevaba un tapabocas con besitos estampados. La creatividad del Centro de San Salvador supera a tantos escritores. Era pequeñita. Ser pequeñita en El Salvador es debajo de 1.60. Llevaba una falda corta que por puro formalismo se podría llamar así. Era un andrajo más bien. Las rodillas se le doblaban para adentro, como queriendo —esas sí— darse besitos. Renegridas. Calzaba sandalias café, tipo romanas, de ésas que sólo por tener más material se enrollan en las piernas. Las serpientes de eso que pretende ser cuero en sus pantorrillas la hacían ver aún más chiquitita. Vestía una camiseta rala que parecía cortada con tijera mientras pensaba —imagino yo—: ¿cómo enseño las tetitas? 17, 18 años, pensé. 22, como mucho.

—¿Perdón? —pregunté.

—Lo que quiera por 10 dólares, papaíto —dijo pasándome al lado en la sepia, sucia, *deotrotiempo* 4ª avenida Sur. Entonces escuché bien clarito.

*

El Centro de San Salvador es un colado de salvadoreñidad, un zumo de *guanacos*, el resultado de nosotros exprimidos por una prensa francesa. Son 250 cuadras a las que llamamos, cuando los periodistas nos ponemos cursis o se nos acaban los recursos, o sea: casi siempre, “el corazón del país”. Al menos no decimos “el alma”. ¿O sí decimos? Es, pues, un lugar miserable, porque nos resume.

22 mil vendedores informales venden allí lo que pueden. Si venden, cenan; si venden, proveen; si venden, duermen bajo techo. Si no venden, todo lo opuesto. Era 29 de marzo. Habían pasado ocho días desde que el presidente del país decretó cuarentena obligatoria.

Cuarentena salvadoreña: si usted no va a comprar víveres, si no va a la farmacia por una urgencia, si no es médico o enfermero o empleado de gobierno o de un establecimiento con permiso, los soldados lo pueden detener y encerrarlo 30 días en centros de cuarentena. El soldado como juez. Los salvadoreños, como diría Dalton, siempre sospechosos de todo.

O sea, si usted no tiene nada que hacer en la calle, no salga.

Pero la gente del Centro, la raza del *barriobajo*, siempre tiene algo que hacer en la calle: sobrevivir. Sobrevivir es un “algo” diario, sin horario. Sobrevivir es un parabrisas empañado en una terracería en la que se viaja a toda velocidad.

Las pandemias son urgentes: convierten el fin del mundo en un estornudo. Pero hay vidas que también son —eran— un estornudo: ¡Achís! Y todo se acabó.

*

—No, gracias —dije desde mi impoluta mascarilla blanca sin besitos. (“No, gracias”. ¿Dije eso? Sí, eso dije. Vaya desubicación. Es como responder *merci* si un coyote generoso se digna a compartirte un trago corrosivo de guaro Cuatro Ases o Trenzuda o Caña Rica. Y eso que uno vive de contar aquello a lo que no pertenece. Vaya chasco que somos a veces cuando hablamos los que escribimos).

La chiquitita ladeó la cabeza como diciendo “ni modo” y siguió caminando.

*

Dejémosnos de formalismos. “Lo que quiera”, dijo la mujer. Lo que quiera puede ser una mamada, una eyaculación en la boca, sexo anal. “Por 10 dólares”, dijo la muchacha. 10 dólares cuesta una entrada al cine y unas palomitas, el combo más económico de la Pizza Hut, casi un mes de plan básico de Netflix, un taxi de Polanco a la Condesa, nada en París. “Papaíto”, dijo la niña. Papaíto era el que pasara por ahí.

*

Ese mismo día, juntando otras escenas, escribí un texto en mi periódico. Lo titulé: “Brotos de desesperación en el Centro capitalino”. (Déjenme decir otra escena rapidito: un hombre se quitó la camisa y me la ofreció por un dólar. El hombre no lo hizo suplicante, sino discretamente rabioso. La mirada, la tensión en la mandíbula, las palabras escuetas, la súplica como una orden: “Viejo, *bróder*, compreame la camisa a un dólar”. No como alguien que sabe pedir limosna; sino como alguien que tuvo que pedirla).

*

La cuarentena. Tiempos de coronavirus. Covid-19. La pandemia. La emergencia. Tiempos de crisis. Tiempos de... Todo parece excepcional si le ponemos a estos días una de las etiquetas anteriores. Esas etiquetas son licencias anodinas desde que ese bicho verdoso se hizo planetario. Todo parece requerir ojos grandes. Todo parece nuevito y flotando. Toda miseria parece un descubrimiento. Todo infortunio parece un hecho y no un agravante.

Y, sin embargo, desde que la muchacha me dijo lo que me dijo en la calle donde me lo dijo, a mí me zumba un siseo en la oreja: Pst... Eso ya estaba allí. Como tantas otras cosas.

No dejaremos nunca más que nos roben nuestra vida

Annie Ernaux

París, 30 de abril— Señor Presidente:

“Le escribo una carta/ Que quizá lea usted/ Si tiene tiempo.” A usted, que es ducho en literatura, quizá le evoque algo esta entrada en materia. Es el principio de la canción de Boris Vian *El desertor*, escrita en 1954, entre la guerra de Indochina y la de Argelia. Hoy, aunque usted así lo proclame, no estamos en guerra, el enemigo aquí no es humano, no es nuestro semejante, no tiene idea ni voluntad de perjudicar, ignora las fronteras y las diferencias sociales, se reproduce ciegamente saltando de un individuo a otro. Las armas, puesto que se empeña en usar ese léxico bélico, son las camas de hospital, los respiradores, las mascarillas y los *tests*, son el número de médicos, el de los científicos, el del personal sanitario. Pues bien, desde que usted dirige Francia, ha permanecido sordo a los gritos de alarma del mundo de la sanidad y lo que podía leerse en una pancarta en una manifestación del pasado noviembre —El Estado cuenta su capital, nosotros contaremos los muertos— resuena trágicamente hoy. Pero usted ha preferido escuchar a quienes propugnan la desvinculación del Estado, preconizando la optimización de los recursos, la regulación de los flujos, toda esa jerga tecnocrática descarnada que asfixia al pez de la realidad. Pero mire, en este momento son los servicios públicos los que aseguran mayoritariamente el funcionamiento del país: los hospitales, la Educación nacional, y sus miles de profesores, de maestros tan mal pagados, la EDF (Electricidad de Francia), Correos, el metro y la compañía de ferrocarriles SNCF. Y esos de

quienes dijo usted en otro tiempo que no eran nada, ahora lo son todo, ellos siguen vaciando las basuras, cobrando en las cajas registradoras, repartiendo pizzas a domicilio, garantizando, en suma, esa vida tan indispensable como la intelectual, *la vida material*.

Extraña palabra la elegida por usted, “resiliencia”, que significa reconstrucción tras un traumatismo. No hemos llegado a ese punto. Tenga cuidado, señor Presidente, con los efectos de este tiempo de confinamiento, de cambio del curso de las cosas. Es un tiempo propicio para los cuestionamientos. Un tiempo para desear un nuevo mundo. ¡El suyo no! No ese mundo donde los decididores y financieros relanzan sin pudor la cantilena del “trabajar más”, hasta 60 horas por semana. Somos muchos los que ya no queremos un mundo cuya epidemia revela las desigualdades escandalosas, muchos los que, al contrario, queremos un mundo donde las necesidades esenciales, alimentarse sanamente, cuidar la salud, alojarse, educarse, cultivarse, estén garantizadas para todos, un mundo que las solidaridades actuales muestran como posible. Sepa usted, señor Presidente, que no dejaremos nunca más que nos roben nuestra vida, sólo nos queda eso, y “nada vale una vida” —otra canción, esta de Alain Souchon—. Ni amordazar prolongadamente nuestras libertades democráticas, hoy restringidas, libertad que permite que mi carta —al contrario de la de Boris Vian, cuya difusión radiofónica fue prohibida— pueda ser leída esta mañana en las ondas de una radio nacional.

—Cergy, a 30 de marzo de 2020

Esta carta, fue publicada y leída en France Inter el 30 de marzo, cuando Europa comenzaba a entrar en el pico de la pandemia. La retomamos aquí, con autorización de su autora y de su traductora.

Traducción del francés: Lydia Vázquez

Respiraciones

Daniel Saldaña París

México, 1 de mayo— Cuando tenía nueve o 10 años empecé una relación por correspondencia con una niña que vivía en un pueblo minúsculo del desierto de Atacama, en Chile. Era la hija de un amigo de mi papá —una especie de tío putativo del que escuchaba mucho y sabía muy poco—. La niña y yo nos vimos una vez, durante una visita suya a Cuernavaca, y apenas cruzamos un saludo incómodo ante la mirada expectante de los padres. La timidez hacia el sexo opuesto nos había acalambreado durante ese encuentro, pero luego ella volvió a Atacama, mi papá me propuso que le mandara una carta y algo en esa idea me atrapó de golpe. No recuerdo bien qué le escribía; supongo que anécdotas triviales sobre mi escuela, o descripciones de mi unidad habitacional y su árbol de mangos, o cuentos descaradamente plagiados de las antologías sobre vampiros que leía en aquel entonces. Ella, quiero creer, me contaba del desierto, de los pleitos con sus amigas o del jardín de su casa.

Empiezo esta séptima semana de cuarentena con una sensación parecida a la de mantener correspondencia con una desconocida en Atacama. Escribo, con la mirada restringida por estas cuatro paredes, para un mundo —un futuro— que me resulta tan ajeno e inimaginable como la vida de aquella niña en su desierto. Destinatario: lo Otro insondable, dirección conocida, muy al Sur. POR AVIÓN.

*

Cada vez es más insostenible la falacia, esgrimida contra mí mismo, de que si estoy muy ocupado y hago mil cosas a la vez no se me va a volcar el rebasado vaso de angustia

que llevo en el pecho todo el tiempo, tambaleante. Cada vez me sorprendo con mayor frecuencia recitando versos sueltos como mantras: “Quiero dejar claro que esto es completamente distinto/ a lo que escribí antes”, “Los infantes de Aragón, ¿qué se fizieron?”, “Murió mi chica, murió mi chico, desaparecieron todos”.

Un par de veces, estando distraído, me descubro pensando en ese corto de Kurosawa, que forma parte de *Sueños* (1990), en el que un oficial, a su regreso de la guerra, atraviesa un túnel y escucha, detrás suyo, los pasos de un regimiento entero que lo sigue: el regimiento a su cargo, masacrado en batalla. La cuarentena se me figura un poco a ese túnel, habitado por el eco de mis fantasmas —literales o figurados— y en cuyo extremo opuesto me espera la promesa de una normalidad que ya nunca podrá ser la que era.

*

Berkeley's Island (1999) es un video del artista israelí Guy Ben-Ner donde lo vemos interpretar una versión de Robinson Crusoe en la cocina de su departamento. Hay un montículo de arena y una palmera, un naufrago y una alacena, refrigerador, estufa y microondas. La voz en *off* de Ben-Ner va leyendo las entradas de un diario. El video tiene un sentido del humor que pasa de lo ridículo (el naufrago hace cantar a su pene) a lo enternecedor (el hijo de Ben-Ner irrumpe en la isla y se pone a jugar con la arena). Desde la segunda semana de la cuarentena me acordé de esa pieza y volví a verla. Hay algo absurdo en vivir un naufragio doméstico, en tener que esperar la salvación o el rescate en un espacio íntimo y conocido.

Por eso, cuando escribo en mi diario, tengo por momentos la necesidad de emplear ese tiempo verbal, tan característico del juego, al que llamo *pretérito lúdico*: “Y entonces yo me encerraba en el cuartito de la azotea y tú te

encerrabas en el estudio y el perro se ponía a ladrar porque ya no sabía estar solo”.

Un apocalipsis de andar por casa, que exige ser actuado en clave cómica mientras se vive, simultáneamente, en clave trágica. Como si la experiencia y su representación coincidieran en el tiempo pero no en el tono.

*

¿Cuánto silencio cabe entre dos párrafos? ¿Cuántas respiraciones —de qué profundidad— se pueden esconder entre el punto y aparte y la mayúscula que se levanta al final de una sangría?

Una respiración.

Otra.

Dos aquí, lentas. Entre cada una, oí cantar a los pájaros; más lejos, una especie de taladro y el sonido de los coches, pocos, sobre avenida Insurgentes; en otra parte, la campanita de un camión de la basura.

Sé que esta cuarentena es, para mí, una demorada despedida de la Ciudad de México. No sé si puedo seguir viviendo aquí después de todo esto. Este encierro con ventanas digitales me ha hecho extrañar, y mucho, la época en la que vivía a las faldas de un cerro, donde podía caminar sin ver a nadie hasta expulsar la angustia. Un silencio más hondo entre los párrafos.

Cuatro respiraciones.

*

Hace un par de días volvió la artritis reumatoide. Los factores psicológicos las solanáceas crudas el estrés la postura al escribir: quién sabe. Mi sistema inmune, paranoico, vive en pandemia permanente desde hace seis años, sintiéndose atacado por las células más inocuas. El covid-19, ese enemigo invasor, se pasea por las calles soleadas mientras

mi cuerpo jura haber encontrado al verdadero enemigo agazapado en sí, como en ese poema de Cavafis donde al final se revela que los bárbaros siempre estuvieron dentro de la ciudad amurallada. Un hombro de pronto rígido, tumesciente. La noche una bolsa de hielos que nunca terminan de derretirse. El dolor frustra cualquier proyecto de viaje astral: me amarra de cerca a mi propia carne —un nudo apretado que me exprime entero y borra toda fantasía de dualidad platónica—.

El cuerpo siempre: en cuarentena a veces, cuando Ana pasea al perro, bailo en la sala, sin música, mirando por la ventana ese espejismo de rascacielos que hay a lo lejos, hacia el poniente. Cuando se impone el cuerpo, todo es de pronto su territorio: se apagan las voces, las imágenes, los marimberos con cubrebocas que tocan “Veracruz” de Agustín Lara siete pisos abajo. Doblemente encerrado, ensayo movimientos mínimos, imperceptibles. Si antes subía a la azotea para despejar la mente, ahora me consuelo con cerrar los ojos.

*

Las pilas de libros van creciendo en los bordes de mi escritorio. Bajo la excusa de que debo apoyar a las librerías en estos tiempos difíciles, le he dado rienda suelta a mi compulsión y hago un pedido a la semana. Pero, más allá de esa motivación falsamente altruista, siempre me ha parecido que comprar libros abre una promesa de futuro. No sé qué mundo nos espera al otro lado del túnel, pero estoy apostando todo a que también allí seguirá siendo posible esa forma de soledad conversada que es la lectura. Mientras, los muros de libros retractilados construyen un hogar sobre mi escritorio —al centro, hoguera frágil, mi computadora encendida—.

*

Querida amiga de Atacama: ¿Cómo va todo? La albahaca que sembré en el balcón crece muy lento; todas las mañanas miro las hojitas un tanto decepcionado. Quiero llenar mi casa de esas flores que sólo huelen cuando oscurece, como si estuvieran hechas para filtrarse taimadamente en los sueños. No soy capaz de escribir más que en jirones, esquirlas, párrafos deshilvanados con respiraciones en medio. Y algunas preguntas: ¿cómo se ve el mundo desde tu casa? ¿Qué le pasa a tu cuerpo en cuarentena? ¿Cuánto crece el desierto por las noches? ¿Por qué me hace llorar la mirada de algunos animales? Los infantes de Aragón, ¿qué se fizieron?

Silencio

Katia D'Artigues

México, 2 de mayo— No sé en qué día vivo. Tengo que ver constantemente el calendario que está en mi escritorio o corroborar la fecha en la pantalla de mi celular varias veces durante las mismas 24 horas. Abril ha sido el mes más largo de mi vida y me urge que se acabe. Quizá después de todo esto muchas cosas vayan a seguir igual y no sabemos por cuanto tiempo. Tendremos que aprender a vivir con la presencia clara de la incertidumbre que, aunque siempre nos rodea, hoy se nos presenta de frente cada vez que nos vemos en el espejo. Esto es aún peor para las personas con discapacidad.

Silencio

La casa está en silencio. Son las nueve y media de la noche y todos se fueron a dormir. El silencio es una de las cosas que más me sorprenden en estos días. Se escuchan los pájaros

por la mañana. No obstante los sonidos de los coches, las sirenas de las ambulancias y de las patrullas, uno que otro joven o adulto fiestero — que por lo general abundan por donde vivo—, todos, han desaparecido. Eso sí, cada día hay más músicos callejeros por las tardes que buscan alguna moneda lanzada por la ventana.

Mañana los niños comienzan la jornada escolar a distancia. Corrijo: mañana algunos niños empiezan la jornada escolar a distancia. Al menos los dos niños con los que habito sí, pero muchos otros no podrán hacerlo.

Alan, mi hijo de 13 años quien tiene síndrome de Down, se conecta vía Zoom a una clase de una hora diaria. Es cien por ciento iniciativa de sus maestras; ellas le mandan tareas por correo electrónico, las cuales imprimo y hago con él. A Alan le da un enorme gusto ver a sus maestras y a sus amigos. Esta clase espontánea le ha dado seguridad y algún sentido de que la vida como la conocía continúa y no se paró de sopetón.

Mi ahijada Katia, de siete años, sigue sus clases por televisión abierta y también tiene mucha tarea que hacer. ¡Hasta de inglés!, algo complejo, dado que su madre sólo terminó la primaria y no habla otro idioma. Pero este fin de semana la hicimos ella y yo juntas: las dos Katias.

Sin embargo, insisto, no todos los niños y adolescentes de México están en clases a distancia, no todos están “salvando el año”. El silencio al respecto me parece abrumador.

Fuera de la escuela

Hay poco más de medio millón de estudiantes con discapacidad en planteles de educación especial quienes —salvo que sus maestras inventen algo, en zonas donde haya acceso a internet, y en donde las padres o madres puedan darse el lujo de estar con ellos— se han quedado sin escuela. La programación diaria que emite la SEP por televisión abierta

no contiene un recuadro con un intérprete en Lengua de Señas Mexicanas (LSM) que traduzca los contenidos de las clases. Esto excluye, de entrada, a la población sorda; también a la ciega porque no hay audio descripción.

La comunidad sorda es la que más ha mostrado su indignación. Fueron sus miembros, vía un amparo que hizo CoPeSor (Coalición de Personas Sordas), quienes lograron que “voluntariamente a fuerzas” —porque un juez lo mandó—, se les comenzara a tomar en cuenta en las conferencias vespertinas para informarse sobre la pandemia.

Tienen más razones para estar indignados. Sí hubo algunos programas de la Secretaría de Educación Pública que se transmitieron con intérprete en lengua de señas, pero éstos provenían de Argentina. “El sistema es similar”, afirmó la SEP en una declaración a *El Universal*. Nada más alejado de la realidad; la lengua de señas no es el nuevo esperanto. Ésta, como toda lengua viva, posee variantes de acuerdo con el territorio y el país donde sea empleada.

Mejor ni hablar de las niñas, niños y adolescentes con alguna necesidad de aprendizaje, pues no existe una estrategia de enseñanza diseñada específicamente para ellos. Según tengo entendido, solamente el gobierno de Guanajuato —estado que cuenta con un instituto dedicado a la atención de personas con discapacidad y que tiene un presupuesto 168 por ciento mayor que el presupuesto a nivel federal del Consejo Nacional para el Desarrollo y la Inclusión de las Personas con Discapacidad (Conadis)—, ha hecho algo al respecto.

Sin acceso pleno a la información

A más de un mes de la declaratoria de emergencia a nivel nacional, el gobierno apenas posa la mirada sobre la población con discapacidad que antes había sido excluida de la comunicación oficial sobre la pandemia. Hace apenas dos semanas se

generó un minisitio llamado “Información accesible” dentro del portal oficial coronavirus.gob.mx. Por supuesto, todavía quedan fuera grupos y necesidades específicas, ya que al “traducir” la información para hacerla accesible sólo se tomó en cuenta a la población ciega —que puede acceder a la información vía sus lectores de pantalla— y la sorda —que se informa por medio de un intérprete de LSM—.

Sin embargo, no se atiende a otros aspectos, en apariencia evidentes pero aún así pasados por alto: la falta de movilidad de las personas ciegas, la sanitización adecuada de apoyos para quienes tienen movilidad reducida (sillas de ruedas, bastones y andaderas), campañas informativas claras y adecuadas para los individuos con discapacidades intelectuales (desde la importancia de guardar distancia hasta el lavado correcto de manos), entre otras medidas.

Asimismo cabe preguntarnos: ¿Existe alguna opción para que una persona con discapacidad que contrae el covid-19 pueda ser atendida de manera integral? Pensemos en alguien con autismo (un individuo que puede tener comunicación limitada, rutinas muy establecidas y reacciones impredecibles). Esta persona necesitará atención especializada y, probablemente, la presencia permanente de un familiar que sepa cómo cuidarlo. Aunque la sociedad mexicana siempre ha sido diversa, nadie se preparó en la pandemia para esta diversidad.

Las cuidadoras

En México una de cada cuatro familias tiene como cabeza a una mujer. También hay un mayor índice de familias monoparentales que tienen hijos o hijas con discapacidad. Éste último es mi caso, algo bastante común de lo que, paradójicamente, se habla poco.

Si todos vivimos en una situación de estrés por la pandemia, creo que las mujeres que estamos solas a cargo de

personas con discapacidad lo estamos mucho más. El peso del cuidado de otra persona se suma a las tareas del hogar, a los deberes escolares y, si uno tiene suerte, a un trabajo a distancia. Absoluto *multitask* agotador.

¿Qué sucede con las madres que tienen que salir a trabajar porque sus labores son esenciales o bien porque no se pueden dar el lujo de no presentarse a trabajar? Sus hijos se han quedado sin escuela. ¿Los dejan solos en su casa? ¿Las personas que cuidamos y de cuya vida a veces depende, literalmente, otra que no puede moverse o comer sola también deberíamos ser consideradas como población de riesgo?

No sólo no estamos siendo asistidas por nadie, sino que incluso nos enfrentamos a la discriminación. Hace unos días sucedió en Cuautla; una mujer, Rosy Linares, trató de ir al supermercado con su hijo pequeño quien tiene una discapacidad que le produce convulsiones. Lo llevó protegido, con tapabocas y careta. No obstante se negaron a dejarla entrar al súper con el niño, incluso la humillaron. También supe del caso de un par de enfermeras —quienes sin duda tienen un trabajo esencial—cuyos hijos tienen autismo. ¿El cuidado de quién deben privilegiar ellas? Sabemos, además, que en estos días se ha recrudecido la violencia de género, ¿a dónde acuden las mujeres con discapacidad que son violentadas en sus propios hogares? ¿A qué línea de videollamadas marca una mujer sorda? No hay opciones para ellas.

¿Sabremos cómo afectó la pandemia a las personas con discapacidad en general? Será difícil. Hasta ahora los datos que nos dan en la “telenovela de las siete”, protagonizada por Hugo López Gatell, están desagregados solamente por sexo, edad y enfermedades que pueden crear riesgos adicionales. El tema no se ha tocado salvo por la única menor de 25 años que ha muerto a causa del coronavirus, una niña de 12 años en Tabasco que tenía síndrome de

Down y también una cardiopatía congénita (como la mitad de las personas con trisomía 21).

Y los más pobres

De acuerdo con la ONU, en México el 80% de las personas con discapacidad viven en situación de pobreza. Me preocupa que estén siendo ignoradas por las autoridades. Es innegable que existe un ciclo discapacidad-pobreza-discapacidad. Estas personas, que con frecuencia viven en zonas incomunicadas y rurales, ¿sabrán lo que es el covid-19? ¿Tienen la información para prevenir su propagación?

Ellos siempre han sido discriminados y excluidos de manera estructural. Están en riesgo adicional no porque sean anti vacunas (como luego pasa con algunas élites ignorantes) sino porque ni siquiera las han recibido, porque no los han podido llevar a las clínicas, porque nunca han gozado del acceso a ningún servicio médico o porque aún permea la visión de que una vida con discapacidad es menos valiosa que una que no la tiene.

*

Al pensar en todas estas cosas me doy cuenta de que en realidad no importa que no sepa en qué día vivo. A veces me siento sola, hiperdemandada y agotada por el *multitask* pero sé que soy muy afortunada de vivir estos días de pandemia con un hijo preadolescente muchas veces malhumorado que exige su espacio y que quiere estar solo. Sé que hay muchos ratos en que la pasa mal, no sólo por las hormonas sino porque es un reflejo mío y de mis preocupaciones redobladas en estos pandémicos días.

Él y yo somos muy afortunados. Hemos aprendido muchas cosas; él a tener clases a distancia vía Zoom, incluso a hacer terapia de lenguaje a distancia, y solo. Hace su cama todos los días, cada vez mejor. Asume completa

responsabilidad de la alimentación de nuestras dos perritas y me apoya enjuagando los platos. Aunque sólo se quiera vestir con playeras de superhéroes (quizá siente que la fuerza se le transmite) y se queja muchísimo del quehacer de la casa, cuando decide hacer algo lo realiza con una envidiable concentración. Creo que nunca habíamos tenido basureros de cocina tan limpios y desinfectados. Sin duda, un momento que recordaré, de entre tantos días sin fecha determinada, es cuando, tras lavar la ropa, mi hijo y yo jugamos *volleyball* sobre el tendedero. Para mí la cuarentena ha sido, también gracias a Alan y a la meditación, una clase de *estar aquí y ahora*. Sólo pensar en el hoy. Sobre todo cuando él propone bailar (algo que ama) y yo le digo que sí: bailemos hasta el final de la pandemia.

El algoritmo detenido

Luisgé Martín

Madrid, 3 de mayo— Siempre me ha interesado la literatura sobre el destino. En realidad, siempre me he interesado en el destino. Aquello que ocurre por azar, por decisiones frágiles e inesperadas, o por una causa imprevista de fuerza mayor. Hace unos años escribí una novela que arrancaba en el Nueva York del 11-S. El día anterior, el 10 de septiembre, el protagonista regresaba a casa después de su rutina diaria y se reencontraba por casualidad con un antiguo amigo de la Universidad con el que había compartido sueños, ilusiones y esperanzas de vida muchos años antes. Hablando con él, se daba cuenta de que su vida era un fracaso, de que la mayoría de los planes que había hecho durante la juventud no se habían cumplido. Era objetivamente feliz —tenía una mujer y un hijo a los que amaba,

tenía un trabajo bien pagado, ocupaba una posición social relevante—, pero a pesar de ello se sentía insatisfecho, y veía en las trazas de vida de su amigo el ejemplo de lo que él quería haber sido.

Ese día, al llegar a casa, se quedaba bebiendo nostálgicamente y se emborrachaba. Se despertaba tarde, cuando su mujer ya se había ido con el niño al colegio. Se aseaba de prisa y cogía el metro para ir a su trabajo en el World Trade Center, pero, antes de llegar, los aviones se estrellaban contra las torres. Él tenía que haber estado allí, pero no estaba. Él tenía que haber muerto, pero no había muerto. En ese mismo instante se daba cuenta de que tenía la posibilidad de volver a nacer, de reiniciar su vida, de empezar a cumplir los sueños de juventud que había ido perdiendo. Y lo hacía. Rompía su teléfono móvil, comenzaba a caminar y salía de la ciudad.

Ese era el comienzo de la novela. El destino, el juego de las sorpresas de la vida, la teoría del caos con sus alas de mariposa provocando una catástrofe en el otro extremo del planeta.

En estos días de confinamiento he vuelto a jugar con esas ideas de las grandes perturbaciones provocadas por las calamidades. El mundo se ha detenido como nunca antes lo habíamos visto. Desde el pasado febrero —si exceptuamos a China, que comenzó antes— han ocurrido muchas cosas que no imaginábamos, pero también han dejado de ocurrir muchas otras que habrían ocurrido si el virus no se hubiera metido en nuestro cuerpo. Ésas son las cosas que me interesan literariamente.

Otra de mis obsesiones recurrentes (sin que haya ninguna razón biográfica para ello) es la de los amores fortuitos de discoteca: un chico llega a un club, baila, bebe y conoce a una chica de la que se acaba enamorando y que se acaba enamorando de él. Mantienen una relación más o menos

larga —quizá toda la vida— que deja una huella real y profunda en ellos, como la marca a fuego de una res que queda para siempre en su piel. El chico o la chica estuvieron a punto de no ir ese día a la discoteca. Él se encontraba un poco enfermo, ella tenía que preparar unos exámenes importantes. Sin embargo, fueron. Y se encontraron.

Es sólo un ejemplo, pero ¿cuántos amores que iban a ocurrir han dejado de ocurrir en estos días?

A ratos —sobre todo de noche— me pongo a imaginar historias o secuencias de este tipo.

Un hombre iba a morir atropellado en una calle de Madrid, pero se ha salvado porque no salió de su casa.

Un estudiante de letras había decidido matricularse en la carrera de Derecho, pero ahora, durante el confinamiento, ha tenido tiempo de leer algunas novelas y ha rehecho su decisión: estudiará literatura.

Una mujer que empieza a ser madura y no recibe ya demasiada atención de su marido ha empezado a bajar la basura al portal, ahora que no hay conserje que la recoja. Uno de esos días, ha coincidido en el ascensor con un vecino al que conoce bien, pero con el que nunca había tenido demasiado trato. Él también bajaba la basura. Han charlado de la situación. Han vuelto a encontrarse tres o cuatro días después. El hombre está soltero y tiene un par de amantes con las que cura sus instintos, pero en estos días de confinamiento no ha podido ver a ninguna y de repente siente deseo hacia la mujer, a quien jamás se habría atrevido a cortejar en una situación de normalidad. Ella acepta el cortejo. Follan en el cuarto de contadores, con rapidez. Lo repiten cada dos días, luego cada día. Probablemente no se enamoren, pero les queda la costumbre ya para siempre.

Un joven peluquero que había trabajado durante varios años en establecimientos de otros, con malos sueldos, resignándose a hacer peinados vulgares a la clientela,

decide abrir su propio local de peluquería creativa. Pide ayuda económica su familia y solicita un préstamo. Todo empieza a irle bien, pero entonces llega el confinamiento y la ruina. Cuando todo acabe, habrá perdido el dinero invertido y tendrá que volver a empezar. Seguramente jamás recobrará el ánimo para atreverse a hacer algo así, y pasará el resto de su vida haciendo cortes de pelo banales y moños con laca.

Mi equipo de fútbol, el Atlético de Madrid, iba a ganar por fin este año la Champions League, después de varias experiencias frustradas. Pero ahora no lo hará, y quizás ya nunca lo haga.

Un hipocondríaco comenzó a sentirse mal a principios de marzo. Sentía un dolor extraño en los genitales. Pidió cita para ir a su médico, pero enseguida llegó el confinamiento y le asustó ser contagiado si salía a la calle. El dolor fue perseverante. Se consoló a sí mismo pensando que sería, como otras veces, un reflejo somático inventado por su hipocondría. Cuando todo pase y vaya al médico, le descubrirán un cáncer testicular y le dirán que esos dos meses de retraso en el examen y en el diagnóstico hacen muy difícil su recuperación.

Uno de mis grandes amigos llevaba casado 32 años y conocía a su mujer —que por supuesto también es mi amiga— desde hace 39. En este confinamiento han tomado la decisión de separarse. Su hijo más pequeño se había marchado de casa hace menos de un año. Ellos eran razonablemente felices, pero se han enfrentado en muy poco tiempo al síndrome del nido vacío y a esta convivencia forzada que puede llegar a ser asfixiante. Es muy posible que al final reconsideren su decisión y no se separen. Pero tal vez lo hagan, o tal vez este sea el principio de una ruptura inevitable.

Jorge o Andrea o Kevin o Bárbara escucharán dentro de unos años contar la historia de que fueron engendrados durante una cuarentena. Tal vez sus padres no tenían esos

planes, o tal vez los tenían pero no les quedaba tiempo en la vida normal para hacer las cosas como deben ser hechas, y en el confinamiento, estancados en otro ritmo, lo lograron. Unos espermatozoides y unos óvulos que no estaban destinados a encontrarse.

La casuística es infinita. Hombres y mujeres de todas las edades y de todas las clases sociales han visto cómo su vida doblaba una esquina. Podremos preguntarnos en el futuro —yo me lo preguntaré— qué habría sido de nosotros si no hubiera existido este virus. A mí, aparentemente, no me ha cambiado nada de momento. Pero he estado fuera del mundo muchos días, que aún no han acabado, y por lo tanto no voy a volver a ser el mismo. Podría haberme atropellado un coche, podría haber tenido un cáncer desarrollándose en mí o podría haberme encontrado con un amante inesperado en una estación de metro, pero a las personas de mi edad ya no les ocurren cosas demasiado sorprendentes. Salvo una, la más sorprendente de todas: la muerte.

Podría haberme muerto, quizás me muera aún, porque el virus, como se ha dicho ya tantas veces, es bastante desleal y actúa a traición. Pero si no me muero, si no me ocurre nada extraordinario en este tiempo que aún resta de encierro, me quedarán sin embargo muchas cosas de este periodo de la pandemia. La primera —que no es nueva— es la más aterradora: el convencimiento ya definitivo de que la humanidad no tiene enmienda y de que quizá sería bueno que una peste verdadera vaciara el planeta. La segunda es una tristeza seca, una de esas tristezas que ni siquiera tienen el regusto confortable de la melancolía. Sólo aspereza y desconsuelo. Es como si de repente se hubiera producido un corte invisible en mi vida: dos lados, el del pasado y el del futuro. Como si me hubiera venido de repente la certeza de algo que ya sabía perfectamente: que soy un hombre viejo. La tercera es el miedo. El miedo físico, concreto, naturalista.

La vulnerabilidad. Nada nuevo, nada que no haya creído saber desde los 15 años, pero en verdad no sabía.

Y me quedará una última cosa: una novela o 100 novelas que quizás nunca escriba, pero qué estarán ahí. La de la mujer que descubrió al amor de su vida bajando a tirar la basura, la del joven que se arruinó, la del hombre que vio prolongada su existencia y pudo hacer grandes cosas que no habría podido hacer si hubiera sido atropellado por un coche, la de aquellos que se separaron después de tantos años de amor y tuvieron que recomenzar su vida. Alguna de esas novelas de mariposas moviendo las alas.

Miedo

Liliana Colanzi

Sábado 7 de marzo

Ithaca, EUA, 4 de mayo— Cuando llegamos al concierto de Suzi Analogue no hay más de 10 personas en The Haunt, casi todos apoyados en la lustrosa barra de madera. La última vez que estuve en esa sala fue para un festival de música punk organizado por la universidad en el otoño de 2016, pocos días antes de que Trump ganara las elecciones. La edad promedio del público era de 50 años, y todo el evento exudaba la nostalgia de algo que ha muerto y ha sido criogenizado sin que nadie se entere; en algún momento, tal vez el más vital de la noche, Exene Cervenka, ex miembro de la banda punk de los setenta X, subió al escenario y empezó a arengar a favor de Trump en medio de sus canciones. Fue un momento extraño, discordante y también profético: muchos daban por sentado que Estados Unidos tendría pronto la primera presidenta de su historia. Desde entonces parece que el mundo cada año nos sorprende con tramas cada vez

más delirantes y sombrías y que cada vez es más difícil hacerse a la idea de un futuro.

Ahora es invierno —siempre es invierno en Ithaca— y las noticias son otras, no menos inquietantes: ya hay 89 casos confirmados en la ciudad de Nueva York y el gobernador ha declarado estado de emergencia. No está claro lo que eso significa, porque la vida sigue igual que antes: las clases, los viajes, el transporte público, las conferencias. Y los conciertos. No se lo he dicho a mis amigos, pero llevo sanitizador en el bolsillo de la chamarra a manera de amuleto. Nos réimos juntos de esta amenaza que nos va cercando de a poco; no hemos parado de hacer chistes frenéticos sobre el coronavirus. A veces ellos también se ríen de mí: Tú sí estás preocupada, ¿verdad?

¿Lo estoy? Antes de venir al concierto, mientras preparaba mi clase sobre zombies con un ojo puesto en la tele, mi atención se detuvo en una entrevista con la directora del Centro de Enfermedades Respiratorias. Su tono y su mensaje transmitían una urgencia que no tienen los discursos del gobernador de Nueva York, que sigue repitiendo la máxima de que “el peor enemigo es el pánico”. ¿Qué tiene para decirle a la gente que ha empezado a almacenar comida o medicinas?, le preguntó el presentador. Este es el momento para que la gente empiece a prepararse, dijo ella. ¿Tal vez yo también debería estar preparándome en vez de estar en un concierto? Todo suena irreal y a la vez aterradoramente próximo. Cuando me gana la angustia se me ocurre que el gobierno debe tener un plan de contingencia; por algo este es el imperio. Después recuerdo que quien está a cargo del imperio es alguien que no cree en la ciencia y que ha dicho que el virus es una farsa. Las imágenes infernales llegan desde China como si fueran una transmisión de otro planeta, uno que tiene poco que ver con el nuestro, y me doy cuenta de que si allá ha pasado, no hay razón para

que no suceda aquí también. Con el añadido de que aquí, en esta país tan rico, no hay seguro universal de salud ni protecciones laborales.

Sé que ésta es nuestra despedida. Creo que mis amigos también lo saben. En medio de los extraños que empiezan a llenar a medias la sala y con los que no podemos evitar rozarnos, estamos diciéndole adiós al mundo conocido para abrazar un orden nuevo y todavía indefinible que se acerca en el horizonte a la velocidad de un tsunami. Por eso, cuando Suzi Analogue sube al escenario frente al sintetizador, gloriosa en su traje mitad blanco y mitad negro como un hermoso arlequín extraterrestre, todos dejamos de hablar y nos fundimos en la cascada hipnótica del sonido.

Viernes 13 de marzo

Estoy a punto de ir al campus a reunirme con una estudiante cuando leo el mensaje: las clases se han suspendido por tres semanas mientras hacemos la transición a la enseñanza *online*. La presidenta de la universidad implora a los estudiantes regresar con sus familias cuanto antes y observar un riguroso distanciamiento social. La estudiante me escribe preguntándome si vamos a mantener la reunión. Me cuesta tomar la decisión (todo el tiempo dudo de mí misma: ¿no estaré exagerando?), pero finalmente la cancelo.

Más tarde tenemos una reunión de la facultad, la primera de muchas vía Zoom. Es raro ver a mis colegas con sus mascotas, sus bebés, su ropa de entrecasa. Organizo en mi mente todo lo que quiero hacer las próximas tres semanas: tengo ensayos que corregir, trabajo atrasado que entregar. Qué poco imagino que voy a pasar los próximos días pegada a las noticias, insomne, inútil, incrédula ante la magnitud del horror.

Todos los días el mismo día

Lo primero que se desordena es el tiempo: todos los días parecen el mismo día, y todos los atravieso en una paradójica mezcla de sonambulismo e hipervigilancia. Me despierto en medio de la noche a leer obsesivamente las noticias. El Sociópata Mayor se lamenta de que ser presidente es muy duro para un multimillonario mientras que la tasa de desempleo en Estados Unidos alcanza cifras distópicas y los enfermos inundan los hospitales. Hay filas enormes frente a las tiendas de armas: en este país la gente no sólo se encierra con montañas de papel higiénico sino también con pistolas. Ahora que las mujeres volvemos a estar encerradas parecen inverosímiles las emocionantes marchas del 8M de hace apenas unas semanas y los casos de violencia de género se multiplican. La pandemia se traga nuestras reivindicaciones y nuestras luchas.

A veces salgo a caminar con Ed: los estudiantes que se quedaron continúan haciendo fiestas en los porches, desafiando la prohibición. Nunca hubo tantas fiestas como los días después de que el estado pidiera distanciamiento social. Cerca de mi casa un grupo de jóvenes acuchilló a un chico de ascendencia asiática en un ataque racista, alentado por la retórica de este gobierno que insiste en llamar “el virus chino” a la plaga. Una amiga francesa que no ha salido de su apartamento desde que cancelaron las clases me dice que ha estado buscando vuelos a París. ¿Vas a regresar ahora?, le pregunto alarmada. Tengo miedo de que aquí haya disturbios, todo el mundo está comprando armas —me dice—, al menos en mi pueblo en Francia voy a estar a salvo.

Deberías salir a caminar, vas a ver que todo está tranquilo allá afuera, intento apaciguarla. Pero horas más tarde, sentada frente a las ventanas sin cortinas de la sala, empiezo

a ver mis propios fantasmas. Me siento expuesta, vulnerable. Como mi amiga, yo también experimento el impulso primal —animal— de la fuga, pero ¿adónde? En Bolivia han anunciado que hay menos de 50 respiradores en todo el país; los médicos y los hospitales se niegan a atender a los primeros enfermos y hay quienes quieren quemar la casa de una mujer que llegó infectada de Europa, donde trabajaba cuidando ancianos.

En medio de la siniestra quietud de estos días, a veces también hay acontecimientos. Un castor corre entre las tumbas del viejo cementerio un día de lluvia. Un soberbio cardenal aterriza sobre las campanitas chinas. La humilde suculenta monocárpica que crece en una maceta en la cocina florece por primera vez en cuatro años: una noche le nace un bulbo largo y misterioso. El tiempo adquiere otra consistencia, se encoge y se alarga como ciertos momentos de abrumadora intensidad en los que pasa muy poco a la vez que todo está pasando. Fugazmente vuelvo a sentir el tiempo de la infancia.

Sábado 2 de mayo

Hay días en que prefiero ver a los amigos a sobrevivir. Así que nos vemos. Tentativa, eufóricamente, volvemos a vernos. En un tiempo en que los republicanos nos exigen sacrificar la vida para salvar la economía —algunos estados están declarando el cese de la cuarentena a pesar de que vamos por más de un millón de infectados y 66 mil muertos—, la arriesgamos de vez en cuando por nuestro propio deseo. Esos breves encuentros medio clandestinos me ayudan a soñar —a veces tímida, a veces furiosamente—, en aquello que parece clausurado: el futuro.

Síntomas

Luis Chaves

San José, 5 de mayo— El 17 de marzo aterrizamos en el aeropuerto Juan Santamaría. Era el tercer aeropuerto que cruzábamos ese día. Buenos Aires-Ciudad de Panamá-San José. Habíamos llegado unos días antes a Argentina; aprovechando la doble invitación de un festival literario y una presentación de libro, Ari, la mayor de mis hijas, aceptó el viaje como regalo de sus 15 años.

En Buenos Aires presenciamos, día a día, el endurecimiento de las medidas preventivas. Eventos públicos, lecciones, vida nocturna, cada día se suspendían varias actividades. Vimos cómo lo que semanas atrás era apenas otra noticia, una situación desafortunada en el extremo opuesto del planeta, se cerraba como un domo sobre nuestra realidad.

El libro se presentó la noche del jueves 12 de marzo. El festival se canceló, al igual que funciones de teatro, cines, conciertos calibre Coachella y el sacrosanto campeonato de fútbol argentino. Con mi hija recorrimos una ciudad que se vaciaba progresivamente. El lunes 16 caminamos por un San Telmo fantasma y almorzamos en el legendario bar El Hipopótamo (fundado en 1909) rodeados de mesas vacías.

Llegamos aquí al inicio de este recuento: para el 17 de marzo ya había fronteras cerradas, se hablaba de puestos de cuarentena en aeropuertos y de las cabinas de aviones como espacios multiplicadores de contagio. Por supuesto no dormí la noche anterior, atormentado no por la probabilidad de contagio sino por el escenario infernal de quedarme atrapado en un aeropuerto con Ari, una joven dulce y enigmática que en el futuro quizás recordaría

el viaje de 15 años como la peor pesadilla de su vida. Una pesadilla en la que su padre sería el co-protagonista, incluso el culpable.

En fin. No pasó nada. Cruzamos los tres aeropuertos justo un día antes de que en dichos países instalaran puestos oficiales de control sanitario.

De todos modos, en casa decidimos cumplir desde ese día una cuarentena rígida, conscientes de que Ari y yo veníamos del extranjero y habíamos transitado por aeropuertos, lugares señalados como mayores focos de contagio.

La cuarentena autoimpuesta fue estricta, ni un pie fuera de la casa. En Costa Rica ya se había decretado la suspensión de clases presenciales así que –trabajo como profesor en una universidad privada– me incorporé al universo Zoom. Lo mismo mis hijas con su colegio.

Nuestra cuarentena rigurosa terminó a inicios de abril, al tiempo que el gobierno fue apretando las medidas de distanciamiento social y confinamiento. A diferencia de buena parte de países, salvo la de tránsito vehicular privado, aquí no se prohibió la circulación de personas. No es poca diferencia, hay que decirlo. Pero está cerrado todo lugar de reunión, desde parques públicos hasta bares, cines, gimnasios, estadios, iglesias.

Sé, por supuesto, que las complicaciones y miedos a los que nos enfrentamos son pocos y nimios al lado de los de la mayoría de latinoamericanos. Sé también que este escenario es el sueño mojado de quienes ahora tienen enfrente a trabajadores aterrorizados, más que nunca tal vez, por el desempleo. Lo mismo de siempre pero magnificado.

La “virtualidad”, esta dinámica que se instaló con aura de fatalidad (en el sentido griego), significa no sólo mayor vigilancia, también una exigencia emocional extenuante, algo que a esta altura sienten alumnos y profesores, jefes y subalternos, familia, amigos y amigas. No

estamos trabajando y/o estudiando desde la casa, no se trata de un golpe de interruptor, estamos haciendo lo que podemos para enfrentar un escenario imperioso.

*

Hace poco le hice una consulta a Mercedes, mi editora argentina, a quien también dichosamente –después de varios años de conocernos– puedo llamar amiga, y en su respuesta venía este pasaje:

Es así como decís, tu visita parece sucedida en otra era: fue la última de autor extranjero que tuvimos, la última presentación de un libro, el último asado de más de cuatro personas, la última salida nocturna de mis hijas... Qué raro todo.

Me cayó un yunque en la cabeza. Las eras terminan mucho antes de que lo sepamos, es así, pero al leer a Mercedes me detuve en algo que había pasado por alto hasta ese momento: los últimos eventos sociales de Ari, una adolescente, sucedieron en ese viaje. Desde que regresamos es la única que, terminada la cuarentena estricta, se resiste a salir a caminar un par de cuadras por el barrio. Una joven en la edad de estar afuera, lejos de sus padres, sembrando las semillas de su emancipación.

Enseguida pensé en qué había perdido cada uno, tan fácil fue identificarlo como entender que las demandas que trajo la pandemia nos han sepultado a tal punto que el tiempo se redujo a uno de sus vectores: hacer; se pulverizó aún más el tiempo para pensar. Con el confinamiento –hablo que quienes comparten techo– perdimos la privacidad. Esos ratos de vida sin la pareja o la familia nuclear o los compañeros o compañeras de casa o apartamento. Los ratos en los que somos otros –porque somos varias personas,

obvio— desaparecieron. Privacidad no es sinónimo de estar solos, aunque también perdimos los espacios de la soledad. Los espacios donde hasta el menos reflexivo de los mortales se enfrenta las preguntas esenciales, cualesquiera que sean. Cerrar una puerta no es suficiente, afuera están las voces, los ruidos, los silencios de las personas con las que vivimos. Es atroz. Ahora dormimos menos para descansar que para estar solos.

Es cierto además que, irónicamente, esta pandemia es a la vez un síntoma. Hizo que nos explotaran en la cara más cosas de las que quisiéramos aceptar. En el plano individual y el colectivo, claro. La prueba está ahí en las noticias, en los abusos, en los actos desinteresados, en nuestras opiniones y en las de conocidos y extraños, en el interior de nuestras casas, en las rutas que elegimos para no admitirlo.

En fin.

Pero esto va a terminar, *this too shall pass*, y todo lo que hemos escrito al respecto se leerá bajo la luz de aquel estribillo escrito por Tite Curet Alonso e interpretado por el enorme Héctor Lavoe, “un periódico de ayer”. O no. Ya veremos. Tampoco importa, la idea de escribir para la posteridad es de histéricos.

Mi hija menor, una niña indócil y sentimental de 10 años, frustrada y enfurecida por el confinamiento y la dinámica virtual a las que de pronto se vio obligada desde hace mes y medio, llora dramáticamente todos los días. Quiero ver a mis amigas, a la familia, cuándo iré de nuevo a la escuela, quiero salir cuando quiera de la casa, por qué pasa esto. Es la integrante más sana de esta familia.

Allá afuera hay monstruos

Edmundo Paz Soldán

A Nellie Campobello

Ithaca, EUA, 6 de mayo— Mamá nos pedía que sólo saliéramos a la calle cuando tocaba hacer las compras. Vicente se encerraba junto a los gatos en el cuarto que compartíamos y jugaba videojuegos o se perdía en teorías conspiratorias que circulaban en internet. Para mí, en cambio, no era fácil. A veces me escapaba, otras no me quedaba más que el balcón. La nuestra era una de las primeras casas a la entrada de Los Confines, apenas se cruzaba el puente que nos separaba del bosque.

Las calles estaban vacías. En el puente la gente de Acosta le tomaba la temperatura a los que llegaban. Cruz iba y venía incapaz de quedarse tranquilo, al verme en el balcón me gritaba que me metiera a la casa. Luego reía: mentira, salga si quiere, pero no le diga nada a su madre. Alto y flaco y de sonrisa fácil, nunca llevaba barbijo, decían que por coqueto. Cuando mamá salía rumbo al hospital por la madrugada él se le acercaba con cualquier excusa. Le chequeaba la temperatura y le preguntaba si los doctores eran buenos con ella. Mamá se incomodaba pero reconocía que al menos no sentía un tono agresivo. Una vez que iba a llegar tarde a su turno él se ofreció a llevarla. A cambio le pidió barbijos y guantes para su familia, y ella lo miró incrédula, como si él no supiera que en el mismo hospital estaban escasos de equipos y que ella misma debía fabricarse lo que podía a punta de pedazos de ropa vieja y una máquina de coser de su abuela.

Cruz era lindo. Soñaba con afeitarle sus bigotes y pedirle un mechón de su rizado pelo negro y guardarlo bajo mi cama.

Una mañana a eso de las nueve se repitió el ritual y me metí en el balcón y los gatos se vinieron conmigo. Un cuerpo tirado en la mitad de la calle; era Cruz. Dos hombres de Acosta guardaban distancia, uno llamaba a la ambulancia. Saqué fotos de esa cara hermosa ahora apagada, ese cuerpo con el uniforme ensangrentado. Mamá me contó después que el pecho de Cruz explotó mientras hacía su guardia; decían que el balazo debía haber llegado desde la plaza pero ella me aseguró que no se encontraría ningún proyectil en el cuerpo. Le pregunté cómo lo sabía.

—He visto muchos de esos casos en el hospital —dijo—. Creo que este es otro bicho.

En la televisión el presidente decía que todo estaba bajo control y Vicente aplaudía a ese hombre viejo y cansado con la piel de un durazno maduro. Me preguntaba cuánto entendía mi hermano de lo que ocurría. A veces pensaba que era sólo por llevarle la contra a mamá; otras, recordaba cosas perversas de su infancia y creía que nada de lo suyo era casual.

Algunos canales contaban la versión del presidente pero otros sabían que mentía. Nosotros lo sabíamos: a Los Confines lo controlaban las tropas de Elías Acosta y no había rastros del gobierno. Decían que el gobierno todavía mandaba en los pueblos detrás del bosque, pero mamá, que tenía primos por allá, me contaba que toda esta esquina del país estaba con Acosta.

Mamá admiraba a Acosta. Decía que era valiente y llevaba en un escapulario en el pecho una estampita con la foto de su madre, muerta en una reaparición del bicho. Me contó que una vez Acosta llegó borracho al hospital a visitar a un entubado seguidor de MacIntyre, el loco que lideraba una comuna en el bosque y desde allí lanzaba sus proclamas incendiarias. Decían que MacIntyre y su gente habían aprendido a convivir con el bicho y Acosta quería la receta. Pero

el entubado seguidor de MacIntyre murió en su cuarto con Acosta al lado y así se instaló la sospecha de que lo único que salvaba a MacIntyre era la suerte. El bicho destrozaba un distrito y ni se le ocurría visitar a los de al lado.

Mi hermano dibujó al presidente y mamá le pidió el cuaderno y rompió la hoja con sus manos enguantadas; él se puso a llorar. Mamá entonces dibujó a Acosta con colores vibrantes, escribió abajo su nombre con letras grandes y le dijo que de ahora en adelante iba a ser su mejor amigo. Su cara era del color de un guineo. Mamá se puso a cantar.

El turno de mamá en el hospital solía alargarse porque no había personal y le ofrecían pagarle doble por las horas extra. Le debían mucho, decían que le pagarían cuando todo volviera a la normalidad, pero mamá se reía: más de dos años así, una oleada tras otra, esto es lo normal.

Mamá se infectó en la primera oleada y sobrevivió; su inmunidad le daba ventaja sobre los demás. Igual se revisaba todos los días, porque no se sabía cuánto duraría o si aparecería una nueva cepa que no respetara historiales previos. La casa la dividió en dos: ella vivía en una sección del primer piso, que llamaba “el país de los enfermos”; Vicente y yo vivíamos en el segundo piso, en “el país de los sanos”. Los gatos paseaban por toda la casa, y si bien algunos animales se infectaban, mamá había decidido que Onix y Zircón serían libres.

Cuando todo comenzó había 20 enfermeros y enfermeras en el grupo de mamá en el hospital; quedaban cuatro. Un grupo de voluntarios se esforzaba por llenar los huecos. Era inútil; varios cuartos y un pabellón del hospital estaban abandonados: se los desinfectaba seguido y aun así la gente seguía cayendo. No quedó más que renunciar a ellos.

Mamá odiaba al presidente porque no cumplió con ninguna de sus promesas de trajes protectores, pruebas para los infectados, cuarentenas obligatorias. Su única obsesión

fue reabrir la economía tan pronto se pudiera: el remedio no podía ser peor que la enfermedad. La reabrió cuando el bicho no estaba controlado, y así nos fue. Mamá aplaudió cuando llegaron las tropas de Acosta. Poco después las fuerzas del presidente recuperaron la ciudad y a mamá la vieron como traidora pero no la despidieron porque la necesitaban en el hospital. Así pasó con otras enfermeras. Ahora que la ciudad estaba de nuevo en manos de Acosta mamá respiraba más tranquila.

El Kily era un paramédico amigo de mamá. Compartían ideas y se veían seguido; mamá decía que era curioso ver la ambulancia y alegrarse pese a que traía gente enferma. De la parte trasera bajaba el Kily y su figura tan viva en medio de espectros la reconfortaba.

El Kily a veces venía a casa por las noches, desafiando el toque. Portaba chamarra roja y guantes amarillos. Improvisaba canciones para Vicente, que se reía cuando él lo llamaba: Vi-cen-ti-tooooo, mi-co-si-to, el ú-ni-co bi-chi-to que yo quie-ro! Usaba un anillo de rubí en el dedo índice; le confesó a mamá que se lo había quitado a un muerto. Caminaba como pistolero, con las piernas abiertas, y nos contaba de las cosas que había visto como si se tratara de una película de dibujos animados, procurando distraer a mi hermano; lo escuchábamos desde un rincón del “país de los sanos” en el primer piso. Cuando entré a ese apartamento, decía, el dueño de casa estaba tirado en el piso de la cocina y su perrito salchicha montaba guardia junto a él. Llevaron al salchicha a un buen lugar mientras su dueño iba camino al hospital, y yo pensaba que el trabajo del Kily era más bonito que el de mamá, porque le permitía entrar a otras casas y encontrarse con los objetos de los que se iban dejando sus posesiones detrás: un reloj de pared que daba la hora a destiempo, las macetas con suculentas junto a la ventana, los juguetes de los niños tirados sobre la alfombra,

una pecera con gupys y escalares dando vueltas en el agua turbia.

Kily estaba casado con Magda, de la que nos hablaba maravillas: secretaria en un juzgado, coqueta, pies chiquitos y delicados. Nunca la conocimos en persona pero era como si estuviera con nosotros en esas noches en que venía el Kily a contar historias.

Una tarde llegó la ambulancia al hospital y cuando se abrió la puerta mamá se dio cuenta de que el Kily era el paciente. Él le preguntó a ella si se iba a morir. Mamá vio los ojos estragados y el sarpullido en el cuello y bajó la mirada. Magda se fue del pueblo y trabaja en los servicios de apoyo a las tropas del gobierno. Mamá llora al Kily de vez en cuando. Yo imagino su casa vacía, los objetos que quedaron atrás, quizás el anillo de rubí, la chamarra roja en un perchero.

Fragmento de una novela en curso basada en *Cartucho*, de Nellie Campobello.

Mi abuela de 104 años no quiere saber nada de ninguna pandemia

Ondjaki

Luanda, 7 de mayo— era imposible

no pensar, estupefacto, en cómo es que Mamá-Agnette está todavía aquí con nosotros, en una batalla más, ella que vio el inicio del siglo xx, en una primera guerra, que atravesó la segunda guerra mundial, todas las guerras angoleñas, hasta la paz, enterrando todo y a todos a lo largo de todos los años que podríamos imaginar al día de hoy; aquí estaba con nosotros, en casa, en esta casa (y nosotros con ella), y tantas veces, por lo tanto, durante estos días me he

sentido a punto de intentar leerle la mirada y las manos, la ausencia y la musicalidad, lo que dicen sus ojos y los pocos gestos que hace;

era imposible

no tener miedo, sobre todo por los padres y por los niños, por distintas razones, y era imposible no reír con los padres y con los niños, reinventar (eso pasa en cada guerra, en cada rincón de las familias, en cada siglo...) las costumbres, las rutinas, los nombres de nuestros trabajos y de nuestros tiempos en cada uno de nosotros y en los demás;

sonreír, reír, soltar una risotada, llorar tal vez, y guardar el asombro para cada mañana, para cada noche que veamos a Mamá-Agnette despertar todavía aquí, cerca de nuestros días, de nuestras horas de comer, de nuestras pláticas y cuidados y caricias y recuerdos; el tiempo libre requiere algunos rigores para fingir que los días todavía son iguales a los de antes; las comidas rigen los minutos, los trabajos sobran, hubo que reajustar las direcciones del norte y el sur de la casa; los niños, uno de nueve y el otro de 12, tendrán que crecer, como todos nosotros; siempre ha sido así, podríamos decir (¿quién lo diría...?, ¿la abuela?, ¿la tía Tó?, ¿el tío Víctor?), incluso en otras guerras, breves o más extensas, más o menos visibles;

era imposible

no dejar de instalar los internets y los instagrams y todos los ritmos ni de confundir esos escenarios con la narrativa de los periódicos, al punto de que todos (con excepción de Mamá-Agnette) rehicieron sus álbumes de chistes y memes, grabaciones de audio y video, conversaciones y reuniones familiares, e incluso cantamos feliz cumpleaños por Zoom, una cosa que en el futuro tendremos (tendrán, los dos niños...) que explicarle a quienes ya frecuenten reuniones de un Zoom holográfico;

sonreír, reír, asombrarme alegremente de la creatividad que veo brotar de los amigos y los desconocidos, nuevos presentadores de televisión, unos bromistas y hábiles, otros serios y poco hábiles, pero hay que reconocer en todo esto la gimnasia de permitirnos hacer gimnasia para no sucumbir; inventar, recrear, difamar, problematizar y hasta preocupar; es imposible

no sorprenderse (es el país que nos tocó...), y quiero decir positivamente sorprendido y después satisfecho, y enseguida (por qué no confesarlo) orgulloso, de ver la respuesta de la sociedad y del gobierno; imposible no decir, dentro o fuera del país, que me sorprendió desde el inicio la posible respuesta, con las posibles soluciones, que este *ejecutivo* ha buscado dar a la cuestión *covidiana*, a pesar de los *covidichos* en voz (escrita) de un periodista cretino acerca de la “militarización” de Angola durante esta crisis; lo ideal sería que ese periódico brasileño se informara mejor sobre la policía e incluso sobre el ejército que, sí, están en las calles, no ha sido fácil, están tratando de hacer su trabajo junto con una sociedad que, acá sabemos, sufre de niveles altos de desigualdad social y bajos de civismo, lo que sólo puede implicar, sí, que cualquier fuerza tiene que administrarse en función de nuestra realidad;

pero también es cierto que aquí hay (surgió...), digamos, una *situación sociopolítica* inédita, con conferencias diarias, la más de las veces con la presencia de la propia ministra de Salud, respondiendo con mucha paciencia a todas las preguntas (no siempre pertinentes) de nuestros periodistas, y eso cuando no está en la televisión el gobernador de la provincia u otros elementos de una comisión multisectorial; es casi imposible no quedarse boquiabierto, con los números explicados a detalle, las estrategias presentadas abiertamente, y hasta las dificultades que abordan a veces los que preguntan y a veces los que responden;

es imposible no sentir *saudade* de los lugares para ver y para viajar, lugares para abrazar, y de los detalles más simples, es imposible no quedarse, por dentro, calladito por tener, en el fondo, la suerte (y el privilegio, y el lugar social, etc., etc.) de poder estar en cuarentena a diferencia de millones en Angola, Mozambique o Brasil; es imposible no acordarme, o no saber o no leer las circunstancias políticas en Brasil; e incluso así, es imposible no ver el gran esfuerzo de los artistas (brasileños) en sus peculiares formas de resistir a la *bolsomia*, digo, a la pandemia;

hace algunos días un niña (brasileña) escribió la frase “oy es martes” y, cuando la corrigieron, reescribió: “oy es sábado”; me fue imposible no sonreír y pensar que Beatriz tiene razón: “oy”, por un tiempo, es lo que cada quien quiera.

Traducción del portugués: Adrián Chávez

El patio y el pueblo

Víctor Alfonso Moreno

El patio

Sahagún, Colombia, 8 de mayo— Mary abandona la TV y corre hacia el patio alertada por el canto excitado del gallo. Ella, que tiene cinco años, sabe que cuando el gallo se *esparasca* a cacarear una gallina ha puesto un huevo. Pasa por nuestro frente —Diana, Victoria y yo estamos a la sombra de un rancho de palma intentando pasar el bochorno de las once de la mañana—, quita la cerca de malla y se mete al corral donde pasan el día cinco gallinas y un gallo. Las otras cuatro gallinas también están inquietas cuando Mary llega a recoger el huevo.

La última vez que una gallina puso fue hace tres días. Hoy tenemos 25 días encerrados en casa desde que se de-

cretó el aislamiento nacional obligatorio. El encierro me permite conocer detalles que antes para mí eran nimios: ahora sé cuándo Mary recogió por última vez un huevo del patio. Antes, digo, antes de la pandemia, ni siquiera sabía cuántas gallinas teníamos. Sabía que había un gallo y tantas gallinas de varios colores. Nada más. Ahora sé cuántas y de qué color son —dos negras, una pinta, una blanca y una ceniza—, cuáles ponen huevos y cuáles no. Ahora sé que la gallina ceniza es picoteada por sus compañeras mientras el gallo se desvive por montarla. Ahora estoy pendiente de que todas coman porque cada mañana, después del primer café, tomo la bolsa con el maíz, me acerco a la malla y, sin entrar al corral, les doy de comer.

Mary no está al tanto de todos esos detalles, pero sabe que cuando el cacareo del gallo zumba en el patio, una gallina ha terminado su ritual cotidiano de poner un huevo. Mary nos presume el huevo que acaba de recoger. Se nota tan entusiasmada como el gallo que aún continúa cacareando como si él fuese la gallina. Veo el huevo recién puesto y recuerdo el poema de Gómez Jattin: “Tan ambiciosa que le cabe un huevo”.

Después, miro las figuras irregulares del techo de palma y caigo en la cuenta de que nuestros días de confinamiento no han transcurrido en la sala o los cuartos de la casa, sino precisamente bajo este rancho de palma. O, dicho de otra forma, en el patio de la casa donde está el rancho. Recuerdo —o mejor, confirmo— que no es sólo el tiempo de la cuarentena el que he pasado en algún patio, sino la mitad de mi vida. En mi mente entonces aparecen —casi con total nitidez— los muchos patios en los que mis pies se han untado de tierra y fango, los muchos patios donde las plantas de mis pies se han llenado de sangre después de pisar un vidrio. Recuerdo —porque hace apenas unos días los había leído— los primeros versos de un poema de

mi amigo, Alex Silgado: “Vengo de un patio. Un universo inmenso en el que todo cabe”.

Todas las casas de los pueblos del Caribe tienen patio. Los patios son, muchas veces, más grandes que las mismas casas y nos recuerdan los años en que no había tantos hombres sobre la Tierra. En ellos, en la tierra viva que los contiene, la vida transcurre entre el arriba y abajo de un palo de mango o de mamoncillo: abajo, las lombrices y los moloncos escarban la tierra; y arriba, los azulejos o cucaracheros que aún quedan celebran el sol de las mañanas. Un patio no es un jardín como los de las casas de otras latitudes. Los jardines de nuestras casas están, por lo general, en la entrada y son pequeños. Los patios son inmensos y están detrás. Son el universo infinito en el que caben trastos viejos, la troja para lavar los platos, las cuerdas donde se seca la ropa y el corral de las gallinas. En el Caribe colombiano, la vida no transcurre dentro de las casas, sino fuera: en el frente donde vuelan los chismes y las peleas, y en el patio donde vuelan los sueños y las frustraciones.

Pienso en todo esto y no puedo dejar de sentirme engréido y afortunado porque Alex —mi hermano Alex que tanto le ha cantado al patio de nuestras infancias— está encerrado en un apartamento de cuarto piso en un edificio al sur de Colombia, y yo aún tengo un patio y unas gallinas que ponen huevos y una hija que deja de ver televisión cuando, en el corral, zumba el cacareo del gallo.

El pueblo

Afuera está el pueblo: no hay muchas empresas ni industrias, no hay hospitales o clínicas de alta complejidad, no hay centros comerciales ni anchas avenidas, no hay salas de cine ni grandes conciertos. Hay profesores, policías y funcionarios del Estado que mueven una economía endeble, hay una clínica en quiebra y un hospital público que

salva gente porque a la gente no le gusta morirse, hay una plaza de mercado que pocos visitan —prefieren comprar en tiendas de cadena—, hay políticos que roban, vendedores ambulantes, mototaxistas, pagadiarios y prostitutas. Hay calles pavimentadas y, en sus márgenes, gente rica construye casas de ricos y gente pobre construye casas de pobres. El pueblo se llama Sahagún. Está ubicado al noroccidente de Colombia. En pleno Caribe, aunque el mar esté a 80 kilómetros de distancia. Aquí vivo hace 35 años. Aquí construí una casa y una familia. Y conseguí trabajo: enseñé literatura y lengua en la escuela y la universidad. Aquí paso, por tanto, mis días de aislamiento.

No salgo a ningún lado, pero las noticias me llegan de todos los lugares de Sahagún: el alcalde reparte mercaditos que alcanzan para tres o cuatro días, los trapos rojos se guindan hasta en las ventanas del prostíbulo más visitado del pueblo, la gente del Bosque Barají sale a bloquear la carretera troncal porque tiene hambre y no puede trabajar. Mis amigos de juventud de El Triunfo, el barrio de los márgenes donde viví hasta hace unos meses, me dicen que allá los trapos rojos se mezclan con las fiestas. Hay hambre y necesidad, claro —por eso los hombres han seguido trabajando en sus motos y las mujeres, en las casas del centro—. Y también hay cervezas y conversaciones en las esquinas. Allá la cuarentena no es tan estricta como para pasarse el día encerrado. Hay necesidad, y los pobres siempre disfrazan la necesidad de fiesta.

En los barrios populares de Sahagún, la pandemia se percibe como un asunto de chinos contra gringos. O, a lo sumo, de cachacos. A pesar de que el virus ya tocó las puertas del pueblo —un único caso, importado, una chica que ya está curada—, ninguno ha visto la pandemia recorrer las calles y dejar sus muertos. Las muertes contingentes de las últimas semanas han ido solas al cementerio. Acá,

como en el resto del mundo, tampoco hay espacio para marchas u honras fúnebres. El esposo muere, lo ponen en el cajón, lo trasladan en carro hasta el cementerio y lo guardan rápidamente en la bóveda: no hay café, ceremonias, misas, llantos o novenarios. Después del sepelio, la doliente viuda se va para la casa a rezar en soledad y a suplicarle a Dios que el virus pase pronto, como si el virus fuera una lluvia veranera.

Un trapo no es una camisa o una camiseta. Es un pedazo de tela informe. Decir trapo es decir nada. Los trapos viejos sirven para bajar las ollas del fogón o para sacudir el polvo de los muebles. Con los trapos rojos, la gente le dice al alcalde que tiene hambre. A los colombianos con memoria, los trapos rojos les recuerdan la primera mitad del siglo xx. Por entonces, las gentes ponían en sus casas trapos rojos cimbreantes para decirle a su vecino conservador “viva el Partido Liberal, carajo”. Ahora quienes ponen trapos rojos no son liberales ni conservadores. Son gente con hambre y sin trabajo estable. Gente que, sin importar la cuarentena, sale todas las mañanas a rebuscarse el pan diario.

El pueblo no para. En el primer mundo —o en las grandes ciudades— no quieren parar para no afectar al gran capital. En Sahagún no se trata de la abstracta economía, sino de la subsistencia física. Aquí el hambre va y viene, mientras mis paisanos almuerzan ya están pensando cómo conseguir la cena. Los sahadunenses se levantan y salen a ver qué encuentran. Todas las mañanas desfilan por mi casa vendedores de plátano, de yuca, de aguacates. Pasa el mototaxista, el vendedor de rosquitas, el domiciliario. En otras latitudes, seguir es una obligación; en Sahagún, es una necesidad.

Mi padre falleció en 2013. En aquel año, yo vivía con él y mi madre, y la economía de la casa se resolvía domingo a domingo con los pasteles que vendíamos en el mercado

campesino de Sahagún. Me pregunto ahora qué hubiera pasado si en 2013 hubiera ocurrido una pandemia como la que ahora nos tiene confinados en casa y sé la respuesta a la pregunta: mi familia no estaría preocupada por contagiarse con el coronavirus, sino por la comida de 45 días de confinamiento. Por eso sospecho que, contra toda sugerencia de la ciencia, contra toda orden presidencial, contra toda tendencia en redes sociales, contra toda tonadilla irritante, nosotros no nos hubiéramos quedado en nuestra puta casa. El domingo, sin duda, hubiéramos tenido que salir por las calles de Sahagún a vender pasteles. Como pobre que fui, algo sé de los pobres: prefieren morir de lo que sea menos de hambre.

Allá afuera

Irmgard Emmelhainz

México, 9 de mayo— Ella me espera todos los días para que juguemos con las muñecas. En el mundo del juego éstas copian a las niñitas obligadas a desfilan en concursos de pequeñas bellezas. Simulan los atributos de las mujeres adultas; son muñecas que imitan el exceso de carne y colorido de las estrellas pop afroamericanas, que emulan la anorexia de las blancas. Ella posee una mezcla impúdica de plásticos de todos tipos y tamaños; figuras humanoides, personajes de cuentos de hadas que exhiben rasgos de animales exóticos, mascotitas, mini-mercancías y piezas para armar. La colección no deja de sorprenderme. Yo siempre fui purista con mis juguetes y nunca se me ocurrió fusionarlos. Me sorprende la infinidad de posibilidades que ofrece la mezcla y que acabemos por imaginar escenarios que traslucen la nostalgia por el colegio, por los paseos en

los centros comerciales y las cafeterías corporativas, por los viajes a la casa de campo, a la playa.

Ella aguarda con paciencia a que la sorprenda acucharándola para dormir la siesta, a que comparta con ella noticias serias o banales, a que le confiese mis angustias, a que le ofrezca un tazón rebosado de verduras fritas con salsa Valentina, o a que le muestre memes o videos de bailarines de funerales ghaneses. Espera a que yo vaya a intercambiar caricias con ella en minutos robados a momentos escondidos. La última vez que cerramos la puerta con llave durante un rato, a ella le dio un ataque de llanto incontrolable y estuve cerca de interrumpirnos a mí y a mi pareja para ir a consolarla. Le cocino comida hindú para que no se le olvide que la quiero, le preparo *snacks* cinco veces al día para mantener su energía y que acabe las tareas pronto. Quién es la destinataria del helado de mango es una pregunta sin respuesta clara, igual lo saboreamos.

Entre ella y ella estoy yo. Y están los perros que nos observan enredados en nuestros pies y que a veces exigen caricias o salchichas. Caminamos con cuidado entre los espacios que se hacen entre nosotras, mientras que nos observamos de cerca, notando los trazos del tiempo de encierro registrarse en la piel de nuestras caras: acné, arrugas, piel un poco más colgada por aquí, crecimiento excesivo de cejas o pelo en las axilas, fleco o canas desbordados, mayor o menor volumen corporal, señales de crecimiento. Nos hemos entretenido pintando con acuarelas, con partidas de Catán, aprendiendo a hacer panqués por videollamada.

Justo al principio (ya no me acuerdo hace cuántas semanas, los días se suceden indiferenciados y acelerados), hicimos un video con una multitud de panditas de goma. Acomodamos concienzudamente un kilo y medio para formar un público enardecido que cantara a todo pulmón con Freddie Mercury (un pandita azul): “I want to break

free”. Freddie estaba aprisionado en el escenario dentro de un vasito mezcalero, y la estrofa que canta a coro con la multitud de panditas sigue haciendo eco en la sopa de sensaciones que transportan nuestros cuerpos. De pronto alguien colapsa o explota, pero ya sabemos qué hacer más o menos en caso de que suceda.

Supe que Pop murió en la isla en plena pandemia. Se fue una madrugada en la que tosió hasta agotarse y Mili no pudo reanimarlo con sus manos expertas y cansadas. Estamos tristes porque el entierro militar que soñaba, con la bandera rayada y estrellada arrojando su féretro — en homenaje a su vida y dejando que su cuerpo alimentara a la tierra—, no fue posible. Mili y el primo guadalupano que admira por Zoom la colección de pinturas de “la Señora”, recibieron resignados las cenizas, las cuales estuvieron presentes en la videollamada familiar. Nuestra manera de abrir un paréntesis de duelo en medio de la cuarentena.

Afuera algunos pasean con el rostro parcial o completamente cubierto, dependiendo de la intensidad de su paranoia. Aunque la mayoría están trabajando y no llevan mascarilla, ya sea porque les da igual, porque no pueden comprársela o porque ya se agotaron en las farmacias. Hace algunos días desfiló por nuestra calle una banda gigantesca regalando música. Corrimos a asomarnos, nos sorprendimos y decepcionamos al ver que se trataba de una banda de tan sólo dos instrumentos el trombón y tambor. Un tercer hombre recogía el dinero que nadie salía a darles. También pasó por aquí una marimba que ya no vimos, pero sí a los colibríes que se aparecen a diario en el jardín.

Nos llegan de afuera sonidos y olores de los vecinos: alguien practica el piano aquí detrás, enfrente otro aprende guitarra, del lado izquierdo la casa está vacía y el perro solo porque no para de ladrar, aquí junto se cocina comida coreana, todas las tardes alrededor de las siete, y se esparce

su apetitoso aroma. Mayates, cucarachas, hormigas de las grandes, moscos y ardillas que no son bienvenidos pululan en los intersticios de la casa. Estos *afueras* nos atierran o nos acuerpan después de pasar horas capturadas por las máquinas de ausencias. Así llamo a las pantallas que abren ventanas a juntas multitudinarias, a salones de clase o a clases de baile, de música, de feminismo, de yoga. Buena parte del día estamos de cuerpo presente pero en realidad estamos ausentes, evaporándonos en los vacíos de las pantallas que nos dan la sensación de “llevarnos” a otros lugares para saciar el tiempo.

Afuera los hospitales están llenos a reventar; allá atacan a las enfermeras en la calle y el cielo cargado de metal es un espejo opaco que intensifica los rayos del sol hasta bien entrada la tarde. El *afuera* que es abstracto al parecer se está desplomando a toda velocidad por lo que se lee en los encabezados de las noticias, en 280 caracteres, en las noticias compartidas en grupos de WhatsApp. Ese afuera me parece sumamente ajeno e inverosímil. Qué ganas de fumar un cigarro.

Cuando se crea la propiedad privada y se inventa al mercado como único medio de sobrevivencia, la gente es expulsada de la tierra y es obligada a vender su fuerza de trabajo. Para sobrevivir llegamos a depender no de nuestros propios medios sino de la efectividad del sistema de producción, que se convirtió en la base de las relaciones sociales. Nuestras sociedades están estructuradas en el intercambio al interior del mercado, que promete elevar nuestros estándares de vida. La pandemia nos obliga a poner un freno en la producción. Lo que tiene como consecuencia la suspensión de toda relación social mediada a través del mercado. No sabemos qué hacer con nuestra productividad. ¿Sabremos existir fuera del mercado? Qué ganas de fumar.

Tampoco estamos acostumbrados a perder el tiempo gozosamente; a tener tiempo para leer, para jugar cartas,

tomar la siesta o levantarse tarde, obsesionarse con hacer limpieza en el indomable archivo de papeles, aprender a cocinar, llamar una vieja amiga, hacer ejercicio, tratar de reflejarse en el espejo opaco en el que se ha convertido el cielo.

Corramos a buscar la cizalla, porque esto acaba de comenzar y no tenemos idea de cómo va a estar la cosa cuando por fin podamos salir de esta.

El año de la rata

Armando Maldonado

Manila, 10 de mayo— Antes de llegar a Filipinas ya me habían dicho dónde conseguir y cuánto pagar por una *simcard* para mi celular. Muy cerca del aeropuerto hay varios locales que se inventan promociones para turistas. Una semana de Facebook, Instagram y no sé qué más “gratis”. O dos semanas de mensajes ilimitados o un mes de quién sabe qué tanto. Compré un paquete para solamente siete días. “No necesito más”, pensé. Desde entonces pasaron casi cuatro meses.

Enero.

Crescendo

La idea era tomar mis vacaciones por el año nuevo chino y luego regresar al inclemente invierno de Beijing. Moría por ir a la playa, perderme en la selva, nadar en la laguna del cráter del volcán. Justo el día que llegué reabrían el aeropuerto porque el volcán acababa de hacer erupción. Las calles me tocaron todavía llenas de ceniza. Tal vez fue una señal.

Casi de inmediato comenzaron a llegar las noticias del virus. El *crescendo* de la situación se replicó en mi contexto

personal. Se canceló mi vuelo de regreso. Cerraron la escuela de Beijing donde trabajo y mi salario se fue recortando hasta llegar a nada. Mensajeando con mis amigos y colegas en diversas ciudades de China me di cuenta de que había escapado de algo grande y que aunque me quedara sin dinero o sin lugar donde vivir no se comparaba ni remotamente con lo que ellos tuvieron (y tienen) que afrontar. Ni siquiera puedo pensar en quejarme.

Tengo la sensación de que mis primeras semanas aquí fueron hace años. Me acuerdo cuánto me impresionó ver de nuevo piernas, brazos, piel en la calle... casi dos meses de invierno en Beijing me acostumbraron a montañas de ropa, botas, guantes y gorritos pululando frente a mí. Lo único que me aseguraba que me encontraba frente a humanos era el pedacito de cara entre peluche y gabardina térmica. Hace poco vi fotos de reuniones familiares de mis amigos allá y ahora incluso esa pequeña parte está cubierta: en lugar de peluche hay plástico, batas de hospital y a veces hasta trajes de astroapicultura.

Filipinas tiene una relación de amor-odio con China y depende de la cantidad de yuanes a invertir. Generalmente de manera ilegal. El primer barrio chino del mundo se estableció en Manila en 1594 llegando a ser uno de los más importantes centros de comercio del mundo. Hoy, el gobierno del presidente Rodrigo Duterte otorga facilidades extraordinarias para los evasores de impuestos de su vecino país y para otros tejemanejes de la corrupción *underground*. Mientras el covid19 cambiaba la manera en la que el mundo globalizado se conectaba, y las líneas aéreas iban cerrando sus servicios, cayeron en Filipinas unos agentes aduanales que dejaban entrar ciudadanos chinos sin documentos, sin pruebas médicas, sin siquiera revisarles la temperatura. En otra terminal aérea, otro grupo de agentes se inventó un impuesto de casi tres mil dólares para dejar

entrar gente proveniente de China. No importaba que fueran Chinos o no.

Gran parte del flujo migratorio actual de China hacia Filipinas es propulsado por las apuestas en internet. En 2016 comenzaron a operar los POGOs (Philippine Offshore Gaming Operators) para aprovechar la millonada que las apuestas ilegales estaban generando en el Pacífico asiático. “Es bueno para todos, los impuestos a los POGOs se usarán para el bienestar del pueblo” y falacias por el estilo funcionaban de pretexto. Actualmente se les relaciona con prostitución, explotación, reclutamiento ilegal e inclusive con espionaje. Más de la mitad de los nuevos residentes chinos en Manila trabajan directa o indirecta, legal o ilegalmente con los POGOs.

Conforme la epidemia se esparcía, los periódicos filipinos publicaban todos los días alguna noticia sobre estos POGOs, evidenciando una gran preocupación por cómo se manejarían ahora las relaciones bilaterales. Las redes sociales se enfocaban en el especial cariño que el presidente Duterte y su gobierno mostraban por China, y en particular la manera en que el gobierno se preocupaba más por asegurar la entrada de millones de yuanes que en proteger a su ciudadanía de la inminente pandemia.

Febrero.

Varado en Manila

Cuando se canceló mi vuelo me alegré pensando que mis vacaciones se extenderían y que sólo tendría que aguantar y escatimar. La escuela donde doy clases me aviso que dadas las circunstancias mi salario se tendría que recortar en un 50% puesto que cerrarían por la cuarentena. Pero el envío de dinero se complicó por restricciones en las *apps* de pago a la hora de mandar yuanes al extranjero. En China, hasta el que vende cacahuates en el mercadito cobra usando su

celular y cuando recién llegué me sentí el único baboso usando efectivo. Fue una verdadera odisea recibir mi último pago, que se transfirió de China a una amiga en mi misma situación pero en Sri Lanka que a su vez lo mandó a su cuenta ucraniana, de ahí a otra cuenta rusa y de ahí a mi cuenta mexicana. Al menos no moriría de hambre todavía.

El primer paciente que falleció fuera de China, el 2 de febrero, estaba en el hospital San Lázaro de Manila. Comenzó a implementarse poco a poco el protocolo que ya se ha visto alrededor del mundo. Lo primero fue escanear la temperatura en todos lados. Una semana más tarde, ya era normal, pero a veces te escaneaban, a veces no. En muchos centros comerciales era obvio que sólo levantaban el cosito ése por compromiso y más bien procuraban evitar que se hicieran largas filas en la entrada.

En cada conversación se hablaba de rumores, teorías de conspiración y *fake news*. Sobre todo con respecto a la cantidad de muertos. Tanto en China como en Manila. A principios de febrero cada *kit* de prueba costaba unos mil dólares y se tenía que llevar la muestra a Australia. Se decía mucho que el gobierno escondía las verdaderas cifras y que no iba a invertir mil dólares en cada prueba, pero sobre todo que se estaba tardando en establecer la cuarentena.

Marzo.

Varado, encerrado y jodido

El jueves 12 por ahí del mediodía, la cuenta de Twitter de un diario local publicó que la cuarentena se hacía oficial en la zona de Metro Manila. La noticia no estaba confirmada y borrarón el *tweet*, pero ya era demasiado tarde. Cientos de personas llenaron los supermercados arrasando con todo lo considerado esencial para sobrevivir. Incluso papel higiénico. Acá se acostumbra el uso del tabo, que se considera aún más higiénico. La brecha de desinformación, el desmadre y

las compras de pánico duraron hasta la noche del viernes 13, cuando el presidente anunció el inicio de la cuarentena a partir del domingo 15. Toque de queda, cero transporte público, solamente supermercados y algunos restaurantes permanecerían abiertos, únicamente con servicio para llevar. Justo me dio tiempo de recoger mi pasaporte de la oficina de migración ese día, mi segunda e incalculada extensión de visa.

Las reglas de la cuarentena fueron evolucionando sobre la marcha. Al principio fue evidente que las autoridades no sabían qué hacer. Las zonas ricas, es decir: los centros financieros con una alta población de extranjeros, no tuvieron mucha bronca. En un grupo de Facebook de vecinos de Bonifacio Global City (la parte más fresa de Metro Manila) destinado a publicar “problemas y buscar sus soluciones durante la cuarentena”, se leen cosas como que alguien está buscando arena especial para su gato, hay quienes preguntan dónde se puede conseguir tal tipo de queso, se avisan cuando ya abrió algún Starbucks y se recomiendan restaurantes. En una ocasión, alguien de ese grupo publicó muy escandalizado que la policía lo paró en la calle para pedirle que portara su máscara. Otros se quejaban, en tono de llamar a la revolución, de que no los dejaban salir a correr. *First world problems*.

Las otras ciudades de Metro Manila tienen una realidad diferente. La primer semana había un retén militar casi en cada avenida principal. Estando prácticamente todo cerrado no había muchas razones para estar afuera, por lo que el toque de queda permaneció un tiempo de 8 pm a 5 am. El gobierno repartió despensas a personas en situación de calle, a albergues y a ciertas zonas de escasos recursos pero fue insuficiente y la gente se lanzó a las calles a protestar. Al cabo de unos días la situación se volvió insostenible en algunos distritos. Casi de inmediato se reestructuraron los

parámetros del encierro. Se reabrieron mercados, tiendas departamentales, farmacias y algunos restaurantes, recalcando siempre las medidas de distanciamiento social, mascarillas, escaneado de temperatura y el desinfectado de manos.

Los soldados y la policía estarían a cargo del movimiento entre distritos y algunos voluntarios se encargarían de sus áreas. Fue así que el horario del toque de queda se modificó por zonas para evitar aglomeraciones. En muchos lugares se instauró un horario de salida solamente entre cinco y 10 de la mañana y entre cinco de la tarde y ocho de la noche, y solamente para ir por comida o a la farmacia. Para facilitar la organización se distribuyeron pases que debían ser mostrados en todo momento.

Abril.

Shoot them dead

Metro Manila se acomodó mejor en esta etapa de la cuarentena y se advirtió una mejor organización pero el número de contagios y de fatalidades crecía y los hospitales ya no podían con más gente. Se acondicionaron universidades, estadios, centros deportivos e iglesias para poder atender a los miles de pacientes. Como en algunas otras partes del mundo, la ignorancia combinada con el pánico causó que personal médico fuera agredido en varias zonas. Enfermeras y doctores sufrieron discriminación y agresiones físicas así que se determinó un fuerte protocolo de seguridad para ellos con transporte gratuito y en algunos casos inclusive escolta del lugar de trabajo a sus hogares y viceversa.

En uno de sus comunicados nocturnos, el presidente Duterte mencionó que la gente no sólo no estaba respetando los horarios del toque de queda sino que no dejaba a las autoridades realizar su trabajo y que se estaba agrediendo a los trabajadores de la salud, lo cual era un crimen muy serio dadas las circunstancias. Unos días antes había sido

fuertemente criticado porque dijo que el personal médico que muriera durante esta emergencia “tenía el honor y la suerte de morir por su país”.

En Quezon City, 21 personas fueron arrestadas en una protesta afuera de un centro comercial. Se quejaban de que las medidas de distancia y los estrictos horarios no permitían que todos tuvieran la oportunidad de entrar aunque llevaran formados todo el día. Algunos alcaldes habían ordenado que cualquier persona que violara el toque de queda fuera puesta en una jaula para perro hasta por 24 horas. Otros ordenaron a los arrestados permanecer de pie bajo el intenso sol de Manila. Con una verdadera emergencia encima y la violación a derechos humanos, el presidente Duterte dijo a la policía y la milicia que si sus vidas se encontraban en peligro debido a alborotadores, les dispararan. Un poco más drástico que repetir varias veces: “Quédate en casa”.

*My orders to the police and military... if there is trouble and there's an occasion that they fight back and your lives are in danger, shoot them dead. Is that understood? Dead. Instead of causing trouble, I will bury you.**

Así que este gobierno va a enterrar a alguien pase lo que pase.

Cuando la gente me preguntó al respecto les dije que las noticias estaban sacadas de contexto y exageraban la declaración, que en realidad no era una orden, sino una estrategia para generar temor y hacer que la gente respetara el encierro. En las primeras planas la frase *Shoot them dead!* no ayudaba mucho a mi intento por minimizarlo.

Tratando de sobrevivir en mi encierro conseguí prácticamente de milagro un trabajo *freelance* que me dio la

* Mis órdenes a los policías y militares... si hay problemas y tienen oportunidad de defenderse y sus vidas corren peligro, mátenlos a tiros. ¿Entendido? ¡A tiros! En lugar de que causes problemas, te voy a enterrar. (N. de los editores.)

oportunidad de tener un pequeño cuarto en Pasay City, muy cerca del centro de Manila. En esta zona, casi todas las calles tienen un puesto de voluntarios que revisan el pase y desinfectan con una compresora cualquier cosa que acceda, ya sean personas, mascotas, bicicletas o bolsas del súper. A veces platicamos un rato cuando salgo por víveres. Saben que soy mexicano y les gusta presumir a Pacquiao, son chidos. En alguna ocasión, regresando del súper casi a las 20:10 me dijeron bastante serios que ya era muy tarde, que tuviera más cuidado. Les pregunté sobre Duterte. “Exagera para espantar a la gente, es pura retórica, ¿no?”, les dije. Me contestaron que en 2016 este presidente inició una verdadera guerra contra el narco y la Policía Nacional Filipina asesinó a unas 12 mil personas, principalmente en zonas rurales, acusadas de traficar, vender o poseer drogas. Muchas veces falsificaron evidencias para justificar ejecuciones. “Oooook, tratare de hacer mis compras por la mañana...”

Dos días después de la declaración “*shoot them dead*”, la policía disparó y mató a al granjero Junie Dungog Piñar en Nasipit town, Agusan del Norte. El reporte oficial: estaba ebrio, violando el toque de queda, se negó a usar mascarilla y había agredido a personal médico y a la misma policía al resistirse al arresto. En un video que casi de inmediato se subió a Twitter se ve a la persona sólo manoteando erráticamente antes de ser abatida. Los familiares que se encontraban a unos metros dijeron que sufría de sus facultades mentales porque había sido soldado y que había defendido a su país. El hecho trató de ser descartado pero evidenciaba que la policía no dudaría en acatar la orden presidencial con pleno conocimiento de que las consecuencias jamás los alcanzarían. A partir de entonces es muy raro que alguien viole el toque de queda y yo procure jamás volver a pasarme ni un segundo del horario.

Mayo.

El cumpleaños de mi madre

Antes de terminar abril se anunció la extensión de la cuarentena por segunda vez y sigo en Manila dando clases en línea y tratando de sobrevivir. El 3 de mayo mi hermana organizó una videollamada familiar para celebrar el cumpleaños de mi madre. Valió la pena madrugar para ver a las tías, a los primos, al sobrinito, a mis hijos, para decir babosadas en español un rato y para cantar “Las Mañanitas”. ¿Cuándo regresas? alguien me preguntó. Sin vuelos, sin saber cuándo reabriría la escuela de Beijing, con visas expiradas y escuchando que habrá una segunda ola de contagios... debo confesar que no sé ni siquiera a *dónde* “regresar”.

Duelos

Luciana Sousa

Buenos Aires, 11 de mayo— Todas las noches, invariablemente, apoyo la cabeza en la almohada, cierro los ojos y vuelvo a terapia intensiva. Está aislado, en la primera pieza a la izquierda. Desde la sala de espera se oye el ruido, un sonido dulce, en dos tonos, que avisa a los enfermeros que algo va mal. Yo lo escucho y me acerco a su cama; los valores que registra el monitor al que está conectado empiezan a moverse. La presión baja. Baja de a poco, pero ya no vuelve a subir. Llamo a mamá. Se está muriendo, le digo. Mira el monitor y me abraza. Junto con mi tía rodeamos la cama, agarrando sus manos hinchadas por las vías, blancas, enormes, pero todavía vivas. Las manos de mi papá.

Él está completamente sedado. Pero igual le hablamos. Te amo, le repito. La presión baja. Mamá llama a la médica;

no se puede hacer nada. Te amo te amo te amo. El monitor silenciado emite una alerta luminosa; entra en paro.

Unos segundos después una mancha púrpura tiñe la piel amarillenta a la altura del corazón.

*

Tras su muerte, la muerte de mi papá, anduve distraída. Me sentí incluso aliviada. Estaba aturdida, agotada, llena de pastillas. Apurada por volver a la vida normal. Después, con el paso de los días, empezó a calar la falta. Cada día me pregunté ¿para qué? y ¿hacia dónde? Estuve triste, insomne, furiosa, eufórica, adormilada y falsamente comprensiva, a veces todo eso en sólo pocas horas. Tuve fantasías de maternidad, de trascendencia. Y de las otras, también. Llegué a tocar un dolor que adquirió la forma de mis manos, y que todavía no he soltado.

Me sentí profundamente sola, en medio de un mar de gente.

Empecé terapia, hice planes, adoptamos un perro. Volví a escribir.

Y ahí, justo en medio, se decidió el aislamiento. Un duelo dentro de otro: el duelo, esta vez, de nuestra idea de futuro.

*

Lo primero que perdí en cuarentena, lo más inmediato, fue la noción del tiempo. Así, todo entero, se me volvió elástico, inédito, obsoleto. Pasaron las horas, después los días, y al fin casi dos meses, sin calcular la demora entre dos subtes o el riguroso horario de almuerzo.

La violencia de los días que pasan dejó de ser sólo mía. También la de la muerte: no es que ahora sea menos discreta, reservada, menos hospitalaria. Pero, a su luz, el resto de las cosas se vuelven irremediabilmente absurdas. También para el resto.

La gente dejó de reunirse y de conversar. En cambio, nos vemos virtualmente, a través de nuestra propia comunidad espectral: uno, dos, y hasta 10 cuadros distribuidos en la pantalla en los que adivinamos el contorno fantasmagórico de nuestros familiares y amigos, en su versión doméstica. Sigo estando sola, en un mar de gente sola.

*

La llamada “nueva normalidad” se instaló tan lentamente que ya dejó de ser nueva. Cerraron fábricas, comercios y plazas: creció el desempleo y la desigualdad. Hay aún más hambre. Las personas, bajo atenta vigilancia vecinal, volvieron a las calles, cumpliendo higiénicas reglas. Por las noches, desde sus casas, con las manos limpias, aplauden a los médicos. Con las manos, igual de limpias, piden que ningún preso salga de la cárcel.

El virus siguió siendo invisible para la mayoría, porque se metió en las villas y los geriátricos, ahí donde escondemos todo lo que no queremos ver. Contamos infectados y muertos, dos veces al día.

La trampa de la “nueva normalidad”, es que es la misma de antes, sólo que un poco peor.

*

En la ciudad vacía, de madrugada, se oyen los grillos. De vez en cuando, a lo lejos, sirenas de ambulancias y patrulleros. Estoy otra vez sin dormir. El libro pasa del sillón a la cama, de la cama al baño, del baño a la mesa. Miro, miro y miro, sin leer nada. Tampoco escribo demasiado: simplemente no encuentro nada bueno que decir.

Desde el balcón, entre los edificios, puedo ver un pedazo de cielo, en el que rara vez aparece la luna; por eso lo prefiero especialmente al atardecer, cuando se pone violáceo. Una mancha efímera.

No siento angustia, miedo, o pena. No siento nada en particular. Sé que la vida parece en suspenso. Pero no. La vida está pasando, sólo que de otra forma.

*

Mi papá estuvo en coma durante dos semanas. Los días excepcionales empezaron a parecerse todos entre ellos: también los partes médicos.

Para sobrellevarlo, escribí un diario. Así supe que hubo días mejores que otros, que hubo presencias y ausencias, ligeras señales, que entonces valieron la pena.

También fui registrando allí pequeñas cosas que observaba en su cuerpo, cosas por las que el tiempo sí pasaba —sus uñas largas como garras; la barba, rala bajo el respirador; las cejas creciendo crispadas— y cosas que iban sucediendo en el mío —las canas plateando la melena larga; el espacio hueco, hundido entre los huesos del tórax; las aureolas moradas del sueño—.

En estos días de cuarentena en los que no encuentro forma de ver el tiempo me dediqué al cultivo: de la semilla al brote, del brote a la planta, de la maceta a la tierra. La flor, como un milagro.

Las mido, las trasplanto, las riego amorosamente.

Una vez por semana, además, fotografío la hiedra que cubre el paredón frente a mi ventana, y que ha quedado casi calva este otoño: las hojas amarillaron desde el este, y se fueron desprendiendo, dejando sobre el cemento desnudo un río de raíces secas.

Algunos amigos hicieron levadura; otros engendraron hijos.

Medidas, excusas: evidencias del tiempo.

*

Cuando mi mamá dice que extraña la vida normal, sé que no se refiere a la vida sin coronavirus. Pero igual le sigo la corriente, y le digo: ya va a pasar.

Nada parece tan antiguo como el pasado reciente

João Paulo Cuenca

São Paulo, 12 de mayo— Voy al mercado. En las veredas, el paso apresurado de alguno que otro empleado entre los indigentes que se asoman a los basureros. Sobre las vías sin automóviles, los repartidores —en bicicleta, en moto o a pie— llevan a la espalda grandes mochilas térmicas, caparazones cuadrados y fluorescentes con los logotipos de iFood, UberEats y cuáles más.

No se ve un solo blanco en la calle. Estamos, por fin, donde el pasado esclavista no llegó a transformarse en Historia, condenado a repetirse en deslucidas versiones de sí mismo, como en una pintura de Debret o de Rugendas actualizada al capitalismo tardío de inicios del siglo XXI. Recuerdo a otro pintor que escribió cartas sobre Brasil cuando pasó por aquí en 1848, cuando tenía apenas 17 años. La frase más célebre de la correspondencia de Manet con su madre: “En las calles se ven solamente negros y negras, porque los brasileños salen poco, y las brasileñas menos todavía”.

Cuando llego a casa, desinfecto todas las compras con alcohol, dejo los zapatos a la entrada, pongo la ropa a lavar. Anochece, desde el balcón veo el cielo limpio. Las estrellas brillan como diamantes suspendidos en el vacío.

*

El presidente habló en la televisión. Contra todas las recomendaciones médicas, exhortó a los brasileños a salir a las calles, llamó a la pandemia “una gripita”.

Hay un fragmento famoso del diario de Kafka —el solo Vila-Matas debe haberlo citado ya una docena de veces— donde el escritor checo escribe meursaultianamente, el 2 de agosto de 1914: “Hoy Alemania le declaró la guerra a Rusia. Por la tarde fui a nadar”. Pero hoy incluso las piscinas están cerradas.

*

D. me llama por teléfono, no la veo desde antes del carnaval. La última vez que nos vimos el mundo todavía estaba en su lugar, dice. Se queja de que casi no tiene tiempo libre, se le va buena parte del día en llamadas por Zoom, FaceTime y House Party. Comió con unas amigas, frente a la computadora, con la cámara encendida. Por la noche se maquilla para fiestas a distancia. Todavía no hay una fecha de fin de cuarentena pero ya está cansada: “No es lo mismo”.

Toda la conversación es el preámbulo para una propuesta: “A lo mejor podríamos quedar de vernos en una plaza, y mantenernos a dos metros de distancia. Yo puedo ir en el coche, sin bajarme en ningún otro lado. Para algo me tiene que servir por fin este puto coche”.

*

Vas a la ventana, miras al cielo, estiras el brazo apuntando el teléfono hacia arriba, cierras el ojo izquierdo, miras el cielo en la pantalla del teléfono: es el mismo. Tomas una fotografía, la examinas, vuelves a mirar el cielo: las nubes cambiaron de lugar en estampida, y ahora quizá te ciegue un poco el sol. Pero estuviste ahí, y por eso publicas

la instantánea de ese cielo que no tenía nada de especial, apenas el panorama difuso del círculo solar a través de las nubes a contraluz, visto por un pequeño hueco entre los edificios y las antenas de São Paulo. La gente va a ver tu fotografía, cada quien en su departamento, y a leer tu nombre impreso en el ángulo izquierdo, sobre la imagen del cielo en los cristales de sus teléfonos, y van a pensar en ti, tal vez al mirar por la ventana, tal vez con el mismo terror.

*

Nada parece tan antiguo como el pasado reciente.

*

Si el ahora es una presa en movimiento, ¿qué sucede cuando el movimiento para? El tiempo de confinamiento se arrastra entre la memoria (de un mundo que tal vez ya no esté ahí) y la expectativa (el desastre, el luto, la fuga). El exilio, en un departamento o en una ciudad distante, invierte el sentido de las cosas: la vida parece ficción, y el mundo que dejamos atrás, un sueño. Todo es memoria. O casi todo.

Hasta ayer, la realidad se parecía a un paisaje en tránsito, visto desde el interior de un automóvil. Éste se mueve, pero nosotros estamos dentro, en el asiento de atrás, con la cara pegada al cristal. Lo que se mueve es esa porción de árboles, edificios, personas, planicies, que nos abandona en intervalos regulares, una secuencia de instantes que se suceden: los que ya no existen, los que no existen todavía.

Pero ahora el paisaje se detuvo. Mis ciclos circadianos, o la percepción que tengo de ellos, se alteraron. Duermo como no dormía desde hace dos años y los días pasan más rápido —muy al contrario de lo que podía esperar, como atrapado en un *umheimlich* temporal. Me despierto, veo las noticias, preparo el almuerzo, leo, intento escribir, y ya es de noche, el día que tenía por delante se agota, el fu-

turo arrojado hacia el pasado. Hasta que no haya nada más que pasado.

*

L. me busca, dice que la gente está experimentando un tipo de depresión forzada. Algo que nosotros, jedis del encierro, conocemos bien. Ella me escribe, desde Berlín: “Compartimos este ciclo infeliz de noticias, de nuevas muertes, tal o cual desastre, las reglas contra el contagio, y la duda de si esto va a cambiarlo todo, de si nada va a ser igual otra vez, de lo que eso significa. Cuántas muertes hoy, la gente exagera, cuáles reglas, cómo me lavo las manos, ¿y qué tal si no me estoy lavando las manos lo *suficiente*? Y entonces tratamos de distraernos con películas, o con pornografía, o leyendo, y pasamos cada vez más tiempo frente a la pantalla, solos. Parece demasiado y al mismo tiempo no alcanza”.

*

“Vi pasar mi vida entera frente a mis ojos”, el cliché de quien sobrevive a un accidente e intenta explicar la sensación de retrospectiva biográfica en *fast forward* que suele acompañar la proximidad de la muerte. Después de la quinta semana, empiezo a vivir esa sucesión vertiginosa de flashes del pasado. Pero en cámara lenta.

Cada día encerrado en casa, un paso hacia la cima de la montaña, desde donde inútilmente intentamos contemplar el camino que nos trajo hasta aquí. Sobre un mar de niebla, como en aquel cuadro. Es una senda fragmentada: instantáneas aleatorias de lugares y personas perdidas hace mucho tiempo en algún cajón de la memoria.

No hay ningún orden de importancia. Surgen detalles de episodios banales, los importantes se me escapan.

Me acuerdo de una misa católica en Vietnam, en la que los fieles cantaban salmos en vietnamita, sostenían velas,

llenaban la iglesia y el atrio, me acuerdo del rostro lleno de cicatrices de un viejo mesero que me atendió en El Fishawi, en El Cairo, me acuerdo del menú del Cirandinha en Copacabana, donde mis padres me llevaron a tomar helado después de que el Dr. Veiga resolviera mi problema de fimosis con un golpe rápido —y algo de jabón. Me acuerdo del dibujo que la luz del atardecer imprimía en las paredes el día en que me mudé al Copan, en São Paulo, del papel tapiz del cinito en París donde vi *Zabriskie Point* mientras me enfrascaba en priápicas actividades con una bibliotecaria en la primera fila, de una pareja, ambos de pantalones blancos, en la milonga gay en Buenos Aires adonde nos llevó Edgardo Cozarinsky, de los zapatos que llevaba cuando, en el Parque Lage, me dejó la chica de la que estuve enamorado toda la adolescencia, del color de los sobres que llegaban a la *Tribuna da Imprensa* con la columna de Hélio Fernandes, escrita a máquina, y que yo tenía que transcribir en un 386 cuando era becario ahí, del sonido de los huesos rotos del mapache que atropellamos en Umbría, en una carretera entre Arezzo y Umbertide, después de ver los murales de Piero della Francesca, de la camisa del sujeto que dejaba de tocar el surdo, fúnebre, a la salida del Maracanã cuando perdimos contra el Fluminense con aquel gol que Renato Gaúcho metió con la panza, del sonido estridente de la cinta de un *cassette* de datos, transformándose en código dentro de la caja de metal de un Gradiente MSX, y de una pantalla, en particular de un programa de aventura llamado *Pedra da Gávea* en un televisor de tubo Philco, del helecho sobre la hamaca en la que leí, por primera vez, *El corazón de las tinieblas*, de los pasillos de la tienda de CDs en la plaza Saenz Peña en la que rentábamos los de Depeche Mode para copiarlos en cintas Sony-UX —cuando teníamos dinero—.

Y de las hojas color cobre del almendro que el viento metía por la ventana del cuarto de mi niñez, donde solía

desenrollar un carrete de hilo grueso y trazar telarañas, amarrando los muebles unos a otros hasta que nadie pudiera pasar por ahí, con el último nudo envuelto a la manija de porcelana de la puerta, ahora la frontera cerrada entre el mundo y yo.

Me acuerdo de otros cuartos, en otras casas, donde fui feliz con un amor antiguo que ahora llega por asalto, como un soplo de aire caliente en medio de una de esas tardes tan iguales a la de ayer. Y del cuarto enorme desde cuya ventana vimos marchar a los fascistas mientras nuestra cama se convertía en una celda. Cuartos, también, donde olímpicamente solo abandoné toneladas de horas encarando el techo, pero cuyas reglas y horarios de entrada y salida estaban definidas por mi deseo —o por el equilibrio de mis neurotransmisores, cuando menos—.

Hoy, encerrarse ya no es opcional, las puertas no hacen más que subrayar nuestra fragilidad. De lo alto de la montaña, cuando las nubes por fin se disipan, alcanzo a ver un laberinto.

Traducción del portugués: Adrián Chávez

Multitud

Alejandro Zambra

México, 13 de mayo— En mi sueño sale un loco que hace años, en Nueva York, se ponía en una esquina de Bryant Park o en la entrada de Grand Central a clasificar a la gente —*tourist, not a tourist, tourist, tourist, not a tourist*, sentenciaba, en un tono mecánico y a la vez extrañamente amable. Medía como dos metros, tenía el pelo largo, rojo y desgredado, y los ojos verdes parecían incrustados en su cara, que reflejaba una permanente y extrema concentración. El hom-

bre estaba de verdad empeñado en el ambicioso proyecto de clasificar todos los rostros de la multitud y me daba la impresión de que lo conseguía, aunque de pronto vacilaba o se equivocaba, por ejemplo conmigo: mi cara de inmigrante lo inducía a considerarme casi siempre “*not a tourist*” pero otras veces me clasificaba como turista.

En el sueño todo sucede de la misma forma que en mis recuerdos, pero no estamos en Bryant Park ni en Grand Central sino en alguna esquina igual de sobrepoblada de la Ciudad de México o de Santiago de Chile. No sé si el loco me mira ni si me clasifica, pero su presencia me alegra, la siento como un buen augurio. En la esquina siguiente me encuentro con una amiga —es alguien que no conozco, que nunca he visto, pero en el sueño sé que es mi amiga— que hace lo mismo que el loco aunque no parece loca sino abrumada o enojada o las dos cosas. Quiero detenerme y hablarle, pero comprendo que no puedo interrumpir su labor. Ahora tengo la certeza de que estoy en Santiago y de que camino en dirección a la cordillera (que no veo ni busco pero sé que está ahí). Apuro el paso, quiero saber si en la esquina siguiente también habrá alguien desempeñando ese absurdo y horrible trabajo. “Deberían tener un formulario, se les va a olvidar”, pienso, y entonces miro a la multitud y sobreviene otro pensamiento vago, disruptivo, algo así como “esta es la multitud” o “estoy en la multitud” y entonces la fuerza de esas palabras se entremezcla con la voz de mi hijo llamando a su madre y despierto.

Son las cinco y cuarto de la mañana pero mi hijo ha encendido la luz. Milagrosamente consigo que desista de despertar a su madre. Me lo llevo en brazos al living mientras le digo, en el tono de un comentario al paso o de un descubrimiento, que la noche es para dormir y el día para jugar, y él me mira compasivo, como se mira a quien se

obstina en una causa a todas luces inútil. Hasta hace unas semanas, cuando Silvestre se despertaba antes del amanecer nos dedicábamos a mirar por la ventana y a veces jugábamos a contar los autos rojos o blancos o azules —él elegía, cada vez, el color—, que a esa hora ya empezaban a abundar, o decidíamos los nombres de los transeúntes que corrían rumbo al metro con sus urgentes cabelleras mojadas. Ahora no hay nadie en las veredas y muy de vez en cuando pasa algún auto y presiento que mi hijo va a preguntarme de nuevo, como hace a diario, dónde está todo el mundo, y hasta preparo mi respuesta automática, pero en lugar de hablarme, inesperadamente, se queda dormido.

Nos sentamos en la mecedora y entonces pienso en mi sueño, en esa multitud que de pronto se ha vuelto abstracta, indefinida, extemporánea. No es raro que sueñe con multitudes, por el contrario, mis sueños suelen estar llenos de extras que se convierten en personajes secundarios y de personajes secundarios que cobran súbito protagonismo, pero me pregunto si este sueño es nuevo, si esta multitud es nueva. Tal vez toda la gente que aparecía en mi sueño también soñó anoche, a su vez, con calles repletas. Me entusiasmo con esa idea, con ese antojo lírico. Pienso en las personas que han pasado el encierro soñando con multitudes imposibles. Pienso en mis amigos en Chile, que hace dos meses ocupaban las calles y ahora repasan, momentáneamente solos, nuestros sueños colectivos. Pienso en la discutible belleza de la palabra *multitud*. En lo que esa palabra exhibe y en lo que oculta.

Recuerdo una noche, a los 12 años, en el metro. Éramos muchos los que a esa hora, cerca de las ocho, volvíamos de nuestros colegios en el centro de Santiago a nuestras casas en Maipú, las micros prometían diversión o al menos compañía, pero esa noche quise meterme en el metro para adelantar camino, porque no quería encontrarme con nadie.

Estaba triste, no me acuerdo por qué, pero sí recuerdo el momento en que, unos segundos antes de bajarme en la estación Las Rejas, miré a la multitud de la que formaba parte y pensé algo así como *todos tienen una vida, todos van a sus casas, a todos les falta o les sobra algo, todos están tristes o felices o cansados*. (Años más tarde, cuando conocí el concepto de *epifanía*, supe de inmediato a qué experiencia asociarlo.)

Silvestre despierta, desayunamos mangos, luego escuchamos música y nos sentamos en el suelo a dibujar con sus crayones. Me parece que se entretiene bien solo, así que me sirvo otro café y me planto frente a la ventana. El sol se afirma en el horizonte pero el día no parece haber comenzado. Cuento 10 escasos autos, un par de motos y tres hombres enmascarados, que desde luego no son turistas sino trabajadores inermes, ariscos, melancólicos. Es cada vez más la gente que consigue quedarse en casa y la visión de esa multitud ausente en cierto modo me tranquiliza, pero igual extraño la calle repleta y ruidosa de hace unas pocas semanas o de hace tres años, cuando llegamos a vivir aquí. De pronto me doy cuenta de que llevo un rato largo mirando por la ventana y me vienen la culpa de haber descuidado a mi hijo y la alegría instantánea de comprobar que sigue ahí, afanado en su trabajo, concentrado, autónomo. Miro su hermoso dibujo caótico. Hace unos días decidió que los crayones eran frutas y empezó a trazar con ellos unos apasionados garabatos que llama *licuados*. Me siento a su lado, lo ayudo a sujetar el papel. —¿Es un licuado? —le pregunto. —No —me dice, categórico. —¿Qué es? —Eres tú, papá, mirando por la ventana.

Sobre vivir juntos

Lina Meruane

La pandemia nos enfrenta de una manera nueva a la pregunta por el dónde vivir. O quizá más apropiadamente: dónde quiero que me encuentre la próxima pandemia, y junto a quién.

Gabriel Giorgi

Nueva York, 14 de mayo— Siempre fui una errante, pero en los últimos años paraba menos que nunca en ese departamento neoyorquino que llamaba casa apenas para distinguirla de los demás lugares donde dormía, esos que eran arriendo, hotel, hostel o simplemente un sillón ajeno. Dormía con demasiada frecuencia en aviones, premunida de una almohadita propia y de una manta que llevaba a todos lados como los niños. No lograba conciliar el sueño sin esa almohada que tenía mi olor y mi mugre, mis lágrimas, mi tos, mi baba inconsciente, el aire turbulento de mis ronquidos; la manta me ayudaba a combatir los terrores aéreos en compañía de mí misma. La idea de un hogar en punto fijo se había ido desvaneciendo a la vez que multiplicando, yo caía con creciente frecuencia en un lapsus-lengua que consistía en poner la palabra casa en el lugar de la pieza de paso. Y mi hombre había emprendido el vuelo como yo, acaso para no extrañarme, acaso para no sentirse solo. Compensábamos la ausencia sincronizando nuestros calendarios en reuniones mensuales, sentados uno junto al otro en el viejo sofá rojo que nos negábamos a reemplazar por más que se estuviera desintegrando. Intentábamos estar fuera de casa los mismos días o hacer citas transfugas en aeropuertos y salas de espera y bares solitarios a la vuelta de la esquina. Comprometíamos nuestras vacaciones en departamentos prestados que llamaríamos casa por el hecho de estar juntos. Ser la casa el uno del otro, eso me parecía

deseable. Y jugar a las casitas en los sitios a los que solíamos volver, Madrid, Santiago, Berlín, todas ciudades donde habíamos ido dejando maletas con ropa y zapatos, una cafetera italiana, libros diversos y lámparas de noche. Yo seguía eligiendo domicilios en cada nueva ciudad que visitaba sola pensando que eran casas que algún día íbamos a habitar: una colonial en Querétaro, una neoclásica en Nueva Orleans, una ruca chilota cerca de Castro, y más casas que ya he olvidado pero que siempre tenían un pequeño jardín para cultivar verduras. Todas casas que yo escogía a ojo desde la calle, que visitaba de manera imaginaria, que decoraba de manera distinta, que llenaba de muebles y que pintaba para hacerlas completamente nuestras. Acaso para sentirme acompañada, múltiple e inmortal.

*

Siempre estuve enferma, tal vez eso explique algunas cosas. Crecí en conciencia de mi propia fragilidad, sintiendo o presintiendo que la muerte no sólo me sucedería sino que era inminente. ¿Qué otra cosa era vivir sino estarse muriendo? Yo no iba a llegar a los 30; mi madre lo creía y esa temporalidad suya había infiltrado la mía. Pero pasaban los años y mi muerte que se acercaba sin alcanzarme iba generando la fatiga de los cuidados constantes, difíciles e inciertos. En esos últimos años de mi vida viajera yo había soslayado el miedo, lo había superado yéndome de la casa que era la oficina donde trabajaba en una rutina severa para la que estaba entrenada y a la que tanto le temía. Estarme yendo de casa o estarla cambiando de sitio era un modo de convivir con esa contradicción. Una manera de festejar el haber saltado mi barrera del tiempo, porque la enferma que no iba a llegar a los 30 los había cumplido en salud al llegar a un Nueva York que seguiría sufriendo de la inmunodeficiencia viral, la enferma había superado los 40 entre extraños gérmenes

respiratorios que saltaban de una especie a la nuestra. Iba a morirme joven pero ya iba acercándome a los 50 habiendo domado un deterioro peor que la vejez. Podía olvidarme del sofocante metro cuadrado donde había temido reposarían mis huesos sin manta ni almohada ni un cuerpo mullido a mi lado, sin un calendario para planificar la fuga hacia el futuro. Podía olvidarme hasta el siguiente virus, porque si vivimos muriéndonos siempre de a poco ahora nos estamos muriendo más, muchos más que nunca antes, y por eso toca detenernos a cuidar y a cuidarnos. Es el tiempo de volver a una casa única donde esperar acompañados a que pase esta pandemia hasta que aparezca la siguiente.

El tiempo suspendido

Guadalupe Nettel

México, 15 de mayo— La semana previa a mi entrada en cuarentena fue vertiginosa. Llevaba tres años viviendo de prisa, estresadamente, y en esos días lo hice aún más. Tenía la sensación de que una gran puerta estaba a punto de cerrarse, y antes de que eso ocurriera, era imprescindible resolver lo más urgente, pues no sabía cuánto tiempo iba a estar aislada ni qué pasaría después. Durante uno de esos últimos días de libertad, mi tía vino a visitarnos. Recuerdo que durante la comida, estornudó en la mesa y se sonó con la servilleta de papel que después puso frente a su plato. Nadie usaba tapabocas aún, pero verla ya me ponía los pelos de punta. ¿Era posible que se hubiera contagiado y nos infectara a todos? Ese miedo empezó a extenderse a mis vecinos y a mis colegas del trabajo. Me sentía culpable y a la vez no podía evitarlo. No sólo tenía miedo del contagio, sino miedo del miedo hacia los demás.

Al principio el encierro fue casi agradable. Mi compañero y yo nos sentíamos unidos, determinados a encontrar en el amor cotidiano la energía necesaria para hacer frente a la incertidumbre. Poco antes de que cerraran todos los comercios, fuimos a buscar tierra y semillas para montar en casa un pequeño huerto. Sembramos papas, sembramos jitomates, lechugas, zanahorias, calabazas, sembramos albahaca, romero y cilantro. También compramos un medidor de oxígeno y otro de presión arterial.

Luego las cosas se pusieron más lúgubres. Empecé a dedicar más tiempo a leer las noticias. Retomé el contacto con amigos europeos y estadounidenses con los que no hablaba desde diciembre y me enteré de que muchos habían perdido familiares. Empecé a imaginar futuros espantosos para nosotros y para mis seres queridos. Me desesperaba que tanta gente siguiera en los parques sin tapabocas, esparciendo sus gérmenes como si nada. Una cosa era no tener los recursos para entrar en cuarentena y otra era participar en grandes “fiestas de covid” o “fiestas del fin del mundo”, como las llamaban algunos, cuyo estruendo llegaba por las madrugadas hasta mis oídos, causándome escalofríos.

*

Creo que sí hubo un *shock* inicial, ¿pero fue un realmente *shock*? A diferencia de un tsunami o de un terremoto que tarda unos minutos en devastarlo todo, la pandemia ha tenido una duración inaudita. Vivimos ahora en un tiempo suspendido donde es posible angustiarse, construir futuros atroces y felices, albergar esperanzas desmesuradas, reírse de una misma, tranquilizarse y hasta hacer algún tipo de introspección. Tarde o temprano el shock nos ha llegado a todos, pero en diferido, en cámara lenta.

Para matar el aburrimiento, mis hijos y yo jugamos Pandemic, un juego de mesa colaborativo. En él, los parti-

cipantes asumen roles como el de médico, investigador, experto en campañas y logística, y deben ayudarse entre ellos a erradicar las diversas epidemias que lanzan las cartas sobre el mapa del mundo. Si no logramos encontrar la cura a todas esas infecciones, la humanidad perece y todos los jugadores pierden. ¿Por qué jugamos a eso? ¿Será que somos masoquistas, o será que al menos en la imaginación necesitamos hacer mucho más de lo que podemos?

*

Mi hijo pequeño tiene un juego que consiste en ponerse mis lentes y mirar la casa a través de esos vidrios que ajustan mi visión. Los objetos cotidianos se transforman para él en criaturas curiosas y sobrenaturales, un mini viaje psicodélico del cual no lo dejo disfrutar demasiado tiempo por miedo a que se lastime la vista. De un modo similar, al pasar tantos días detrás de la ventana, he empezado a ver la vida levemente distinta y perturbadora. Desde aquí los ruidos de la familia que vive frente a nosotros se escuchan amplificadas. La cafetera silbando a las nueve de la mañana, el estéreo y la televisión, las risas de la vecina, el llanto de su bebé cuando tiene hambre, sus ocasionales pleitos conyugales. Pero también veo diferentes al barrendero que una vez por semana pasa a cobrar su salario, al repartidor de farmacia, y hasta a mis amigos en las videollamadas. Las fotos publicadas en los diarios me parecen dantescas, al igual que las noticias. En el espejo del coronavirus nuestro mundo muestra descaradamente todos sus defectos, sus asimetrías y sus monstruosidades.

*

Las decisiones más importantes de mi vida las he tomado en el encierro, después de una larga reflexión. Primero, cuando mis padres me mandaban “a pensar” a mi cuarto, cosa que

yo hago también cada vez que mis hijos desobedecen alguna regla importante o se lastiman entre ellos, y después en tiempos de enfermedad: una tifoidea a los 10 años, una salmonelosis a los 20, la convalecencia post cesárea y algunos retiros de meditación y silencio. Siempre me ha atraído la figura de Montaigne apartado en una torre o de Oscar Wilde escribiendo cartas extremadamente lúcidas en la celda de una prisión. No es fácil estar encerrado, pero sé que puede ser muy provechoso. Si al final de la pandemia me dijeran: “la cuarentena puede terminar mañana, pero todo seguirá igual, o puede extenderse para que los humanos podamos seguir pensando en cómo arreglar el mundo”, yo diría, no sin algo de remordimiento: “¡Que se extienda!”

*

Me preguntan en una entrevista qué es lo primero que haré cuando termine el confinamiento. Hay pocas cosas con las que fantaseo tanto como volver a pasear en la naturaleza. Ver plantas, ríos, piedras llenas de musgo, barrancas profundas. Extraño pisar la tierra y las hojas secas, tropezar con las raíces de los árboles. Pensar en el mar me produce una gran añoranza. Como no puedo viajar, salgo a caminar por mi barrio dos o tres veces por semana. Me tranquiliza comprobar que todo sigue ahí, que afuera de mi casa nada ha desaparecido, que el mundo exterior aún existe. La Ciudad de México siempre tan caótica y multitudinaria, se ve más bella que nunca. Caminar por sus calles vacías y silenciosas me hace pensar en el tiempo que vivieron mis abuelos, un ritmo sin duda más pausado, donde en lugar de ejes viales había avenidas anchas con camellones sembrados de palmeras, y donde los automóviles movían sus pesadas carrocerías a una velocidad que sin duda encontraban vertiginosa y que nosotros llamamos lentitud.

*

Mientras esperaba el nacimiento de mi primer hijo, oía con frecuencia la canción “Todo cambia” en voz de Mercedes Sosa. Sabía que mi vida estaba a punto de dar un vuelco, y escuchar esa letra, hacía que sintiera confianza en los procesos de la naturaleza, incluido el que yo estaba atravesando. Entre los cambios personales que más me han sorprendido durante la cuarentena está el retorno totalmente inesperado de mi memoria. Recuerdos antiguos que consideraba perdidos se presentan de improviso. Me pregunto si a pesar del miedo y de la incertidumbre, a pesar de la angustia que muchas noches me impide dormir, mi cabeza se ha estado limpiando subrepticamente. ¿Qué está pasando conmigo en esta época tan extraña que no alcanzo a comprender? ¿Qué está pasando con todos nosotros, con nuestros cuerpos, con nuestras mentes, con nuestros hábitos, con nuestro ADN? ¿Se estará forjando acaso una nueva conciencia? Y si no es así, ¿sacaremos al menos algunas conclusiones importantes de todo esto? ¿Seremos capaces de convertirlas en gestos, en acciones, en mejoras? Mutar, dejar de ser los mismos. La idea produce miedo y a la vez resulta inmensamente atractiva.

Por lo pronto, ya es posible ver algunas diferencias. Por ejemplo, es la primera vez en que tantas personas llevan a cabo un acto altruista de semejante duración y envergadura, porque si estamos encerrados no sólo es para evitar el contagio sino para impedir que los demás se enfermen. Nos confinamos y estamos dispuestos a seguir así para evitar un desastre mayor. Tal vez hoy tenga puestos los anteojos del optimismo, pero creo que estamos llegando a una conclusión importante, al menos en lo que a enfermedades se refiere: el destino del otro afecta el mío.

*

Escucho que en Europa y en Estados Unidos se termina la cuarentena. En Francia el metro sigue cerrado. Me dicen que hay tantas bicicletas por las calles, que París empieza a ser como Ámsterdam. Mayo y junio son los mejores meses del año. Debe ser hermoso poder salir de nuevo en plena primavera. Una amiga que vive en Corea me cuenta que allá la pandemia está controlada, pero que apenas abre un bar o se juntan los fieles en una iglesia, los contagios vuelven a dispararse. Dicen que también aquí es imperativo volver a arrancar la economía y que por eso, aunque la gente se siga enfermando y muriendo, aunque los casos siguen aumentando, los ciudadanos volveremos muy pronto a las calles, a correr y a vivir estresadamente como habíamos hecho siempre. Al revés que en mi fantasía, la cuarentena termina sin que haya terminado la pandemia.

El mejor año para iniciar una editorial

Jacobo Zanella

Querétaro, 16 de mayo— La lectura es una de las pocas actividades que no ha cambiado en esta época de confinamiento. Al contrario: me parece que ahora, más que antes, se ofrece como un refugio del exterior. Si pensamos en la historia, en guerras y epidemias mundiales, vemos que la lectura ofreció siempre un resguardo en la oscuridad, un lugar donde desaparecer bajo la luz. Si antes las emociones estaban en las calles, hoy las encuentro en las páginas de un libro, en el recuerdo suave y constante de una voz que me sigue acompañando aun después de cerrar las páginas. Siento que hemos regresado a una especie de medioevo: no

escucho máquinas ni motores, sólo los ruidos familiares que el viento suscita. Pareciera que el mundo se ha alejado hasta perderse de vista, como una marea inusual. No hay espectáculos, no hay velocidad. Lo mundano y lo material se repliegan y aparece, aunque sea por unos días, una nueva posibilidad, que no es una duda sino más bien un reconocimiento, un humanismo doméstico. Este silencio y esta despreocupación están recogidos en la lectura.

Cuando alguien ha gozado de una mañana de la vida activa y rica en tormentas, sobre la hora del mediodía de la vida se apodera de su alma una singular avidez de quietud, que puede durar lunas y años. Él queda rodeado de silencio, las voces suenan lejos y más lejos, el sol brilla recto sobre su cabeza.

Así lo decía Nietzsche. Me encuentro éste y otros fragmentos similares que parecen escritos justo para ser leídos en estos momentos.

Reflexionar sobre la lectura, para mí, significa reflexionar también sobre la edición. Algo que me he estado preguntando es qué se publicará cuando “todo termine”. ¿Tendremos, quizá en un año o dos, la gran novela de la pandemia? ¿Podrá esa hipotética literatura retratar lo que estamos sintiendo en estas semanas que no se parecen a otra semana en nuestra memoria? Es fácil imaginar lo que se está escribiendo o lo que se escribirá en los próximos meses, cuentos, ensayos, poemas, novelas, guiones, diarios —por supuesto—, conversaciones, distopías, autobiografías... El estado generalizado de dislocación encontrará formas para existir, ¿pero quién habrá de editar todo aquello? ¿Cuál será la literatura que leeremos? Quizá exagero, tal vez el cambio no sea tan dramático, pero por alguna razón no me imagino a una editorial publicando la ficción

“de antes” como si nada. Esa ficción, que podríamos llamar “ficción de vanidad”, no sólo parece en este momento fuera de lugar, sino que no me imagino a ningún editor, a ninguna editorial impulsando con avidez su publicación. Algo muy en el fondo ha cambiado, algo oscuro todavía, que después alguien nombrará. Las jerarquías son otras aunque aún no sabemos cuáles. En estos días también he estado recordando un pasaje de *El pensamiento cautivo*, de Milosz:

En una calle de una ciudad en que se combate, un hombre se halla sometido al fuego de las ametralladoras. Mira el pavimento y ve un espectáculo realmente curioso: los adoquines se yerguen como las púas de un puerco espín. Son las balas que al dar contra sus bordes los desplazan y los ponen en posición oblicua. Momentos así en la conciencia de un hombre juzgan a todos los poetas y filósofos. Un poeta puede haber sido adorado por el público de las tertulias literarias, ese público que, cuando él entraba, le dirigía miradas llenas de curiosidad y admiración. Sus poemas, en cambio, recordados en un momento así, parecen de pronto raquíuticos y pedantescos. Por el contrario, la visión de los adoquines es indiscutiblemente real y la poesía que se basara en una experiencia igualmente desnuda podría sobrevivir triunfante en el día del juicio de las ilusiones humanas. Entre los intelectuales que pasaron por las atrocidades de la guerra en Europa Oriental se produjo lo que sería lícito llamar una restricción de lujos emocionales. Las novelas psicoanalíticas les hacen reír. [...] Tienen hambre; pero quieren pan, no dulces.

He estado repasando este fragmento una y otra vez, sin prisa, cuando me pregunto cuál será el ánimo del lector,

del editor y del escritor en el futuro próximo. Nosotros, en Gris Tormenta, íbamos a publicar una antología el siguiente año por los veinte años del 11 de septiembre. Habíamos encontrado textos extraordinarios, de todo el mundo, escritos en estas dos décadas, que hablaban no del hecho, sino del mundo al que dio lugar, del tipo de pensamiento, crítico y literario, que existe a partir de la caída de las torres, que no tendría explicación de otra forma. Pero ya no la haremos. De pronto parecía una idea obsoleta, inocente o incoherente, como si el 2020 borrara o redujera a fragmentos todo lo que pasó antes, como si nada fuera ya contemporáneo excepto lo que estamos sintiendo. Pero tampoco queremos hacer una antología de la pandemia. ¿Habrá una saturación? Por eso pienso tanto en la figura del editor, ¿cómo seleccionará, cuáles van a ser los criterios?

Los volúmenes de la realidad se iluminan con una luz nueva; sus extrañas sombras son también otras. Es una crisis de pensamiento más que viral: aunque la epidemia pueda erradicarse en unos años, lo que ha revelado sobre nuestros sistemas, sobre nuestros cimientos, ya no podrá revertirse, al contrario, marca un nuevo inicio. La imagen del abismo al que nos hemos asomado ya no podemos borrarla. Todo lo que hicimos o pensamos o escribimos antes ya no tendrá la misma lectura ni las mismas posibilidades. Tal vez vamos a requerir de otro tipo de historias. Me imagino las mesas de novedades de las librerías cuando puedan abrir de nuevo: qué van a exhibir, ¿lo último o los clásicos? ¿Textos relacionados con el virus o simularán que no ha pasado nada? ¿Se van a lanzar de nuevo todos los títulos que están ahora en espera? No lo sé, no creo que los ánimos se restauren pronto, ojalá que sí. Y es que tampoco sabemos cómo terminará, ni siquiera se sabe si lo peor ya pasó, y los que comienzan a salir en otros países lo hacen con desconfianza;

no creo que estén pensando en las novedades librescas. ¿O tal vez nos encontremos por fin con las reediciones urgentes de títulos que nadie sabe por qué son tan difíciles de conseguir? ¿Se imaginan las mesas sólo con reediciones recientes, irresistibles, de esas que se pueden comprar “sin ver”? Lo que está sucediendo estaba ya en la historia, todo, paso a paso, pero nadie supo leerlo. La prueba es que estamos aquí, como si nunca hubiera pasado antes, como enfrentándonos a esto por primera vez. Tal vez por eso la historia y los clásicos parecen una respuesta muy actual a las interrogantes de hoy.

Me pregunto más por una tendencia general, a largo plazo. Llevo unos días pensando que 2020 debe ser el mejor año para iniciar una editorial, pues esto es demasiado grande para que una sola persona, un solo texto, pueda contar todo. Me imagino poder establecer un tono y diseñar colecciones, un catálogo a partir de un mundo postpandemia, con rasgos postapocalípticos. ¿Qué publicaría esta hipotética editorial que tiene su origen en este presente de arenas movedizas? Hay muchas posibilidades, pero ese poder de decisión, de diseñar un camino de pensamiento me parece muy estimulante. Puedes ir por la izquierda y hablar de los temas de siempre pero con este nuevo antecedente: hasta los mismos textos tienen hoy distintas lecturas —necesitarían nuevas portadas y una nueva aproximación editorial, naturalmente. Pero también puedes no ir por esa vía fácil y evidente y tomar el camino de las interrogantes, y eso es lo que a mí me interesaría: qué género puede responder a este mundo agazapado, a una depresión económica insólita; qué voces van a ser relevantes, en textos breves o largos, qué libros comisionarías...

Me intriga y me interesa mucho todo lo que se va a crear a partir de este momento. En pintura, fotografía, en televisión y cine, en literatura, en los medios. Me gustaría

recopilar y editar eso de alguna forma, con un ángulo muy personal, pero por otro lado la idea me genera un poco de rechazo, al menos ahora. Siempre me ha interesado cómo un fenómeno, de cualquier naturaleza (social, económico, artístico, etcétera), se convierte en libro. Siempre me ha fascinado ese trazo de origen. Cuando me cuentan las historias, por ejemplo, de cómo impacta el narcotráfico en la vida cotidiana del norte del país, me pregunto quién estará recogiendo eso en una película, en unas memorias, en fotografías. Como documento pero también como visión interior, como arte.

Recuerdo que al inicio del confinamiento no podía leer nada, no me concentraba. Le pasaba a muchos, supongo. Luego me repuse, pero donde mejor me sentía era en los textos históricos: no sólo me llevaban lejos de aquí sino que había una calidez en ellos, un confort que no se parecía en nada a lo que se sentía en el ambiente. Las memorias también ofrecían una salida: una persona reflexionando sobre su vida, que es lo que hemos hecho todos —de buena o mala gana. Leí mucho *Lapham's Quarterly* otra vez, parece estar hecha para momentos así. Ayer hablé con una amiga que observó cómo algunos filósofos se hicieron irrelevantes de un día a otro, y decía que a partir de ahora vamos a leer libros que tengan una visión mucho más amplia del mundo o de la historia que están narrando. Libros que de un vistazo te hagan ver presente, pasado y futuro —pensé yo después—, y caerá en desuso la novela como ejercicio de escritura. (Cynthia Ozick y otros hablan “de la ausencia de lecturas de peso en el campo literario contemporáneo”.) Quizá el tiempo retratado en el texto será uno de los criterios: mostrar su peso. Quizá ése pueda ser un camino: textos que muestren lo real, no el mundo maquillado en donde parece que todos te están contando (vendiendo) lo mismo; que muestre también la irrealidad

del momento, pero no la irrealidad de la ficción o el misterio, sino la perplejidad que resulta de nuestra incapacidad de entender el tiempo presente en su dimensión personal y política: ¿de qué soy capaz?, ¿qué pienso ante esto?, ¿por qué pienso así?, ¿puedo pensar distinto?, ¿qué implica eso y cómo actúo en consecuencia? No sé si la literatura pueda explorar estas interrogantes. O claro que puede, ¿pero cómo?

Ésa es la lectura que me gustaría encontrar en el futuro. Más experiencias estéticas y menos técnicas. Menos búsqueda cotidiana y más espíritu, más emoción. Tengo amigos que dicen que han encontrado un ritmo natural en este tiempo de claustro, que ya no quieren salir, o quieren salir pero no igual. Oliver Sacks decía: “Cada uno de nosotros construye y vive una ‘narrativa’. *Somos* esa narrativa”. Ya sabemos qué narrativa hemos construido y vivido. ¿Qué narrativa podríamos construir ahora? Hay un mundo cambiado en lo conceptual, la razón por la que estamos aquí. ¿Qué tipo de razón es esta? ¿Tendremos que cambiar también nuestras preguntas sobre nosotros y el mundo? Esperaría que estas interrogantes modifiquen la calidad de lo que se escribe, las rutinas de lo que pensamos, los hábitos de lo que consumimos. Cambiarán así también las relevancias editoriales. ¿Habrá menos paciencia para los libros que no respondan a esta búsqueda? ¿Por qué un libro nos rechaza? Aunque todo regresara exactamente a como estaba antes, el lector podría haber cambiado ya. No sé si de manera permanente, pero la reflexión vale la pena. Y parece que hay tiempo.

¿Qué hay de postre, papá?

Pedro Strukelj



Barcelona, 17 de mayo— La cuarentena en modo fiesta nos duró en casa sólo una semana. Teníamos todo: comida, trabajo, tiempo para los cuatro y balcón soleado. De golpe, se terminó ese relajado arresto domiciliario. Cris tuvo que irse al pueblo de los padres porque la mamá tenía fiebre hacía tres días y, justo el mismo día, murió Fernando Álvarez.



Pocos días después, los padres de Cris entraron en el hospital y ella volvió a casa, donde está confinada en la habitación de manera preventiva. Ahora, ya sin síntomas, contamos los siete días que faltan para que salga.

Durante el día, las cuestiones domésticas, pedagógicas, de asistencia y desinfección me ocupan todo el tiempo y se suma la tensión de la enfermedad de los abuelos. Salgo de casa lo menos posible y termino el día solo y deshecho.

—Ponle las gotitas a la mama.



Ahora duermo en el sofá sin que estemos peleados. Cada día monto y desmonto el campamento. Sueño mucho y por la noche me veo con gente querida de todos los tiempos. Viajo lejos, cambio de país y de época. Camino, corro, paseo, canto, converso y soy seducido. Me despierto con tanto sol que la sala parece, por unos segundos, un campamento a cielo abierto. Cada mañana dibujo el paisaje doméstico frente al que despierto, los almohadones sobre la mesa no serán el Mont Sainte-Victoire ni el Cofre de Perote, pero forman algo con lo que voy teniendo un diálogo nuevo y cotidiano.

—Papá, está muy rico el queso.

Hoy gritamos 3 y lloraron 2.



—¡No, Sara! ¡La tenía yooooooooo!

Cuando veo algún videíto que dice que el coronavirus es una ficción para manipularnos, pienso en Fernando. Esto no es una ficción, él de verdad ya no está. ¿De verdad ya no está? Nos habíamos llamado en Navidad y tratamos, sin demasiado empeño, de vernos en familia. Se había jubilado hace muy poco. ¿Cuántos años tenía? Busco en internet: 67.

—Papá, ¿nos cuentas un cuento?

Hoy gritamos 2 y lloró 1.



—¡Que no os peleéis!

¿Sara tiene ganas de molestar a su hermana o es que el juego es más interesante cuando cruza ese límite invisible del juego tranquilo? Quizá, en esencia, ‘molestar’ es poner a prueba ese equilibrio. ‘Molestar’ viene del latín ‘mole’: peso o carga. Intento explicarles que, con los días, la rabia se nos acumula y después, aunque no sepamos porqué, acaba saliendo y hace daño a los demás; que es mejor saber verlo antes. —Si papá, ¿podemos seguir jugando a la tiendita? Pero ellas están obligadas a convivir todo el tiempo hace 42 días, además de ser hermanas, son las únicas amigas posibles.

—¡Que te laves los dientes, carajo!

—¡Ya está! ¡Te quedas sin helado!

Hoy gritamos 4 y lloraron 2.



—¿Puedes dejar de molestar a tu hermana?

Conocí a Fernando Álvarez Prozorovich en los años arquitectónicos de la universidad. Era de Bahía Blanca, un tipo que en seguida fue cercano en un ambiente hostil. Argentino, alto y humilde —cosa rara—, ponía un cuidado especial en recordar y preguntar. Había trabajado con Antonio Bonet, el de la mítica silla BKF que todo modernillo quiere tener en su casa, esa tumbona que parece una mariposa con dos alas de metal y cuero. De alguna manera, Fernando sostenía el legado de Bonet. Dirigía tesis doctorales sobre su obra y se metió con todo a restaurar La Ricarda, una casa que es un festín de bóvedas, patios, celosías, transparencias y cerámica a una escala admirable. Tener tan cerca ese fuego también le jugaba en contra y se quejaba de que lo llamaran sólo para hablar de arquitectura argentina o de Bonet y Le Corbusier en el Río de la Plata. ¿Qué pruebas debe pasar un sudaca en el Reino de España para ser universal?

—¿Hoy podemos chuches? es viernes.

Hoy gritamos 3 y lloramos 3.



—Sara, ¿me dejas tu móvil para llamar a mis amigos?

Lina todavía tiene piojos. Ayer le corté el pelo porque, teniéndolo tan largo, era muy pesado pasar la liendrerita. Le propuse cortar tres dedos y se negó. Es tauro. Además, Cris siempre cuenta la historia en la que yo le corté el pelo; puse una canción pop y corté demasiado. No me perdonó jamás. Ayer le pedí que hablara con Lina en acción diplomática y finalmente Lina accedió. Aproveché que tenía una camiseta de rayas horizontales y empecé a cortar. Sara se puso nerviosa: —¡Que no! ¡Que no estaba cortando recto!, Lina lloraba por la tensión. Cris escuchó el lío y se asomó con el tapabocas gritando que esa no era la tijera del pelo. Faltaba una lavadora por tender y la comida se iba a quemar. Dejé el corte y salí a los gritos.

—¡Que le pases el trapo a la mesa!

Hoy gritamos 4 y lloramos 4.



—¡No Lina! ¡La tenía yo!

—Presumimos lo que no tememos —dijo Leti al teléfono. Desayuno con Cris tras la ventana del balcón mientras hace skype con la Marga. Hace años ando sin amistades valientes, le digo, y en eso llama su madre para contar que mañana los trasladan a su casa. ¿Qué son las amistades valientes?

—Lina, dile a la mama que ya se puede duchar.

Hoy gritamos 3 y lloró 1.



—¿Pueden dejar de gritar, que la mama está descansando?

Un día de verano, fuimos a comer un asado a casa de Fernando. Fuimos con mi madre que estaba de paso. Él nos vino a buscar al centro de Castelldefels en su auto y, al subir, Sara se agarró un poco el dedo con la puerta. Al siguiente asado fui solo y Fernando hizo la broma de que mis hijas tenían miedo de volver y quedarse sin dedos.

—¿Podemos ver una peli?

Hoy gritaron 2 y nadie lloró.



—¿Quién dejó todo esto tirado?

¿Cómo se llama esto? ¿El encierro global en la era del 5G o la peste en tiempos de la *selfie*? Bertha dice que no le interesa que los escritores le hablen de lo que está viviendo, y en parte estoy de acuerdo con ella. Sin embargo, en estas semanas, hay dos pequeños acompañamientos que agradezco cada día. A las 8 de la tarde, el actor y poeta Esteban Feune (@dromomano en Instagram live) se convierte en decidor de textos jalonados por anécdotas y reflexiones vivas desde el inodoro de su casa en Buenos Aires y, más tarde, pasada la media noche, Jorge Sarraute toca el piano, canta y postea, en Facebook, un texto succulento y personal sobre la música popular.

—¿Qué hay de postre, papá?

Todavía no sé qué serán las amistades valientes, pero a ver si hoy no gritamos.

Caduco mientras escribo

Paula Piedra

San José, 18 de mayo— Me acuesto y me envuelve el tictac del reloj de pulsera negro marca Swatch que compré a finales del año pasado mientras hacía escala en el aeropuerto de Tocumén, en Ciudad de Panamá. Me pareció un buen regalo para la adolescente interior con quien últimamente ando muy amiga. Le dije: ¡tómalo, algo que en 1990 te hubiera encantado!

Resultó ser el reloj de pulsera más escandaloso del planeta; parece que grita el paso de los segundos. En aquellos días que nos parecían normales era posible ignorarlo, pero ahora que estoy teletrabajando en el A214, el apartamento de 47 m² que comparto con una gata negra a quien llamo Ramona en el este de la ciudad de San José, ese sonido se me instala como una alarma en el cerebro. La alarma del paso del tiempo.

Desde el 14 de marzo estoy en el A214. Sigo las recomendaciones del Ministerio de Salud de Costa Rica y me he quedado trabajando en casa porque mis circunstancias me lo permiten. He ido algunas veces a mi trabajo: a revisar la alarma de seguridad que no estaba enviando señal, a guardar cosas de valor en una bodega, a imprimir documentos, a regar las plantas, a tomarle fotos a la exposición de arte que quedó a medio montar. Y una vez simplemente fui a darme un receso de mi apartamento. También visito a mi madre cuando le llevo las compras del supermercado u otras cosas que ella me pide, que me llegan como listas por el WhatsApp. Confieso que también fui a ver a mi hermana y mi cuñado hace un par de semanas; y que por pura casualidad me topé a mi hermano con toda su familia en la casa

de mi mamá la semana pasada. A mi padre, a regañadientes, lo vi un día, al principio de todo esto, porque insistió en pasar por el A214. Me vino a dejar un ramo de girasoles. Lo mandé de vuelta a su casa, le recordé que él es el adulto más viejo de toda la familia.

La otra noche mientras me quería quedar dormida, el martilleo del Swatch me empezó a volver loca. Me levanté a tientas, lo agarré como si fuera un animal pestilente y caminé rápido al baño, abrí la puerta y lo dejé tirado en el mueble del lavatorio. Quedó castigado en un espacio que ahora comparte con otros aparatos como una secadora de pelo y un extractor de aire. Volví a la cama y dormí en paz.

Mi meta del año 2020 era madurar rejuveneciendo. En enero convoqué a mi fiesta de cumpleaños número 44 diciendo eso, que celebraba madurar rejuveneciendo. En otras palabras, según yo, quería celebrar que estaba ganando la carrera del envejecimiento haciendo mucho ejercicio, alimentándome muy bien y durmiendo de manera reparadora gracias a una operación quirúrgica que me curó de una apnea del sueño severa que estaba afectando de manera silenciosa todo mi ser. Por supuesto que el Swatch negro vino a la fiesta conmigo. Ese día me avisó que era tarde y a mí me pareció que definitivamente había recuperado la energía que me había robado el no poder respirar bien ni por la nariz ni por la boca, porque de nuevo aguantaba fiestas hasta la madrugada. Antes de la operación tenía el sistema respiratorio colapsado, con lo cual mi rendimiento se fue disipando y mi cuerpo alejándose de mi cabeza día con día.

Una mañana a mediados de abril, abrí los ojos y sentí ese ardor familiar en la cintura que mes a mes desde el 10 de agosto de 1988 aparece los días antes de que me baje la regla. Mi ciclo menstrual es algo que me tomó años comprender. Ahora sé que hay un ovario triste y otro enojado;

se van alternando mes a mes sin tomar en cuenta mi opinión y mucho menos qué responsabilidades o lugares yo tenga que atender o a qué personas deba ver.

En esta situación de distanciamiento social, esa sensación de un útero palpitante que me entumece la cintura y las dos piernas, me provoca dolor de cabeza y sobre todo más sueño, me indispuso igual que el mugroso Swatch negro. Como otro señalamiento de un paso del tiempo ineludible, me hizo sentir unas ganas horrendas de quedarme cobijada toda la mañana, cosa que no hice sólo porque tenía a la gata anclada en el pecho buscándome la mirada para recordarme mi obligación de servirle comida.

En estos dos meses de encierro voluntario no había escrito nada, absolutamente nada que no estuviera relacionado con mi trabajo. No porque no tuviera ganas de escribir, sino porque soy demasiado lenta para procesar lo que pasa mientras pasa. Lo más cercano a escribir que he hecho es un registro que empecé el domingo 5 de abril en mi agenda física del 2020 que dice: caminar. Y desde entonces anoto el ejercicio físico que hago porque me di cuenta de que estaba perdiendo la noción del paso del tiempo y, por lo tanto, la claridad con respecto a si había hecho algo más allá de estar sentada frente a la computadora, leyendo, durmiendo o comiendo.

Los síntomas premenstruales que iniciaron a mediados de abril duraron dos semanas completas, lo cual quiere decir que en todo ese mes no me vino la regla. Descartada cualquier posibilidad de embarazo y porque aún no me ha dado el virus, las tendencias hipocondríacas se me dispararon y salté a auto-diagnosticarme una premenopausia. ¿Qué más podría justificar que un ciclo que normalmente es de 29 días esta vez ya fuera por más de 45? Pero no me podía abandonar en el baño junto al Swatch negro como castigo por recordarme el paso del tiempo en un ciclo

menstrual especialmente largo ni por mantenerme al *ralenti* en el medio de una pausa que no parecía acabar nunca. ¡Por no seguir como siempre, como si nada estuviera pasando!

La otra mañana escribí en uno de los tantos chats de mi trabajo: “hay contenidos que caducan mientras se escriben”. Me refería a que la permanencia de un estado de incertidumbre provoca giros inesperados; que si hoy durante el día algo parece noticia de última hora, para la noche puede estar obsoleto.

Desde antes de esto ya era experta en estar sola. Es mi especialidad: quedarme en el A214 con esta gata o la que tenía antes. Me sale super bien estar sola. Pero esta mañana quise ir a visitar al Swatch negro abandonado en el lavatorio, que seguía cantando su tictac asqueroso. Prendí la luz del baño, se activó el extractor de aire, me vi al espejo. Después de la operación he bajado unos 15 kilos, definitivamente puedo respirar mejor y me saqué los factores de riesgo de presión arterial alta y problemas cardíacos. Me miro fijamente a los ojos como quien quiere regresar a su propio cuerpo, a la burbujita de los 47 m² compartidos con una gata, a la impotencia que me comprime los hombros y me deja viendo por horas el parqueo del condominio que tengo frente a la ventana de la sala. Recuerdo la absoluta baja de productividad —según parámetros del pasado reciente— por la que sigo cobrando un sueldo. Parpadeo y me veo las canas, se me notan pese a mi intento de rejuvenecer. Definitivamente no soy población vulnerable para el puto virus, pero ahí está el estúpido Swatch apuntando burlón que se me ven las canas. Y que de seguro sí es premenopausia, lo escucho decir al gran idiota. Bajo la mirada y pienso: qué... ¿tierna? querer madurar rejuveneciendo. Si ahora mismo caduco mientras escribo.

Cartón corrugado

Kirvin Larios

Barranquilla, 19 de mayo— A veces, por las noches, acostado en la cama sin sueño o con, siento miedo de morir. Entonces me imagino que en vez de estar en la cama estoy en mi ataúd, y que metido en él me entierran vivo, y que así con vida tengo que quedarme a nosecuántos metros bajo tierra en la oscuridad de ese sueño-pesadilla donde yazgo despierto.

¿Podría decirse que uno sigue con vida en una situación así, en la que todos los que te conocieron y alguna vez te vieron vivo, te dan por muerto y enterrado? Uno dice: “Estoy vivo”, mientras que el resto de voces clama tu muerte en silencio. (Uno dice: “Con vida”, como si la vida fuera algo que tenemos y no que somos, un elemento adicional y no consubstancial a nosotros: un préstamo del que pueden despojarnos).

Pienso en esto a propósito de los ingenieros que en una fábrica de Bogotá imaginaron y elaboraron la cama o camilla de cartón que se convierte en ataúd. A la doble función de la pieza se le superpone el plus de lo barato, lo reciclable, y los 150 kilos de peso que soporta y su vida útil de medio año: bastante menos que una cama normal o de hospital. Con la pieza que ya es mediática (desde la segunda semana de mayo múltiples medios de comunicación y agencias de periodismo internacionales han informado acerca del nuevo producto), los creadores de este artefacto materializaron una forma de maldad obvia y frívola: la que hace travesuras con el sueño y la pesadilla de otros.

Los fabricantes actuaron de forma oportunista e imprudente, pero también consciente y pragmática. Son la mano de obra y la inteligencia —sean lo que sean— al servicio

de la necropolítica y de la necrópolis. Es la lectura de la mortandad actual como parte de una estadística que niega la fatalidad de los cuerpos dolidos.

Con la imaginación prácticamente abolida, o entregada a los poderes de la estulticia que son los mismos poderes de la muerte, los ingenieros decidieron dar a todos los pacientes del nuevo coronavirus y de cualquier otra enfermedad por pacientes muertos *a priori*.

La cama ataúd es el producto para un cliente perfecto: el que va morir. Elaborado, además, en el contexto de una pandemia que ha puesto fin —no sabemos hasta cuándo— a los ritos fúnebres y las ceremonias tradicionales para acompañar y despedir a los muertos.

El material de la camilla, cartón, hace pensar en tantos otros muertos que ni siquiera son estadística: los pordioseros que duermen en las calles con un cartón que los acolcha y los cobija. A lo mejor ése es el mensaje oculto: nuestra muerte les importa tanto a los inventores de la camilla-ataúd como la de un pordiosero. Porque de eso también se trata: si la muerte de uno mismo vale tres tiras, pues tres tiras vale la de los demás.

La cama: superficie de la agonía, lecho mortuorio, lugar del descanso de la vida sin descanso, albergue del cuerpo dormido que sueña noche tras noche su muerte, sitio del estertor y del placer, de la incomodidad y la calma, de la asfixia y el abuso, etcétera.

La camilla: cama de ambulancia o de hospital. La camilla-ataúd: cartón corrugado.

Ese cartón (que, por cierto, fue ideado por una fábrica que elabora piezas con fines publicitarios) no está diseñado para tener una existencia prolongada como féretro. Su mentada “doble función” es *publicidad engañosa*: su único propósito es servir como envoltorio para un cuerpo que el Estado ya ha dado por muerto en vida.

Una de las fotografías que presentan el producto muestra a un modelo —un hombre vivo— con mascarilla, yacente en la cama convertida en ataúd. Es como un sarcófago del siglo XXI, e igual que los de las antiguas momias puede permanecer a nivel del suelo. Los hospitales en los que aumentará la mortandad también pueden, pragmáticamente, convertirse en edificios-cementerios, en donde las camillas serían todas de cartón corrugado y las paredes de un material igual de perecedero; muros de argamasa compuesta de tierra y excremento, o de cualquier material inflamable que ahorre tiempo y dinero para una eventual cremación masiva.

Me acuerdo ahora de José Arcadio Buendía, que en *Cien años de soledad* dice: “Uno no es de ninguna parte mientras no tenga un muerto bajo la tierra”. Cuando quieren matarte en vida, y negarte la vida y toda posible paz en ella (y después de), te das cuenta de que has nacido en ninguna parte, y que hacia allá vas.

Prefiero no pensar en eso por el momento

Joca Reiners Terron

São Paulo, 20 de mayo— Soñé que recibía un *email* vacío salvo por el archivo adjunto, un documento extraño que informaba sobre las ganancias mensuales de todas las personas que conozco. Tal vez era una broma del despacho de contabilidad, pero ¿qué contador tendría acceso a las ganancias de todos mis conocidos? En el sueño, aterrado por la información contenida en el documento, entendí que el remitente era el despacho de Dios, Destinatario Final de todas las cuentas finales. Todas las personas que aparecían en el documento, sin excepción, ganaban más que yo.

Día 70 de aislamiento. Tengo poco trabajo, debe de ser eso.

*

Ayer un hombre se arrodilló en la banqueta frente a mi casa y se puso a llorar. Vivo en el séptimo piso de un edificio en el agitado centro de la ciudad; comparto intimidad con los mendigos. Pero nunca había visto nada similar. Desde la ventana pude ver que el hombre —uno de los tantos vecinos que habitan la colonia— extendía los brazos al cielo, quizá dirigiendo sus lamentos a Dios, implorando por algo que yo no podía entender, pues desde donde estaba no alcanzaba a escuchar. De pronto me pareció que dirigía sus gritos a la gente del edificio, y particularmente a mí.

*

Al despertar, la incómoda sensación de la repetición infinita de los días es más aguda, me parece que se debe al hecho de que ocurre siempre en el mismo lugar, del mismo lado de la cama, bajo un techo idéntico al de la mañana anterior, tanto que sería extraño —y es algo que se explora con frecuencia en libros y películas— despertar en lugares desconocidos, lo que sólo sería un poco menos aterrador que despertar metamorfoseado en insecto.

*

Hago café, una cafetera mediana, otra chica (tenemos una tercera, pero es demasiado grande para nuestro termo); la primera taza de café es el mejor momento del día (aunque odio limpiar las cafeteras italianas, arrojar los residuos de café al fregadero, mover la cuchara bajo el chorro hasta que desaparezca de ella todo el polvo), tal vez el único momento realmente bueno, porque siempre existe el riesgo de que ocurra una revelación del futuro: inepta, ocurrida por casualidad, vista de reojo en los posos de café un segundo

antes de que se los lleve el agua, nuestro futuro feliz que se escapa por el desagüe.

*

Normalmente voy al baño después de comer algo, es un acto reflexivo (¿o es *acto reflejo?*, me confundo a veces; de hecho es ambas cosas, porque siempre aprovecho para leer) bastante puntual (solía ocurrir en la mañana; con el aislamiento, aunque mi rutina permanece casi inalterada, ocurre ahora en la noche, antes de dormir, o en la madrugada, la urgencia del cuerpo como interrupción de los sueños); el mundo se puso de cabeza y mi fisiología también.

*

Hoy murió el actor Flávio Migliaccio, que encarnó a uno de los héroes de mi infancia, en la serie televisiva *Shazam, Xerife & Cía*. Se suicidó a los ochenta y cinco años, y dejó una nota de despedida en la que decía “la humanidad no funcionó; cuiden a los niños”.

*

Soy el cocinero de la casa, pero hoy la comida ya estaba lista (será igual a la de ayer y a la de antier, en realidad el mismo guisado hecho para rendir y repetirse). Mientras recalentaba la comida, me acordé de una vez en que mis padres decidieron llevarnos de viaje a media noche, sin avisarnos; éramos niños, mis hermanos y yo, y nos despertamos en una casa diferente a aquella en la que nos habíamos ido a dormir. Para los niños son comunes estos cataclismos cotidianos que arruinan el orden de los días.

*

Después de pelearme con la aplicación digital del banco (no he logrado instalarla desde el inicio del aislamiento, lo que

en ese entonces me permitió escapar al Banco do Brasil en la Avenida Angélica unas tres veces), paso la tarde leyendo (Kraszharnokai, Walser, material para el taller de novela); un paseo al banco nunca se ha parecido tanto a la libertad, al menos hasta que reviso mi estado de cuenta en números rojos.

*

Clase en línea del taller de novela de 7:30 pm a 10 pm; esas clases, como el taller de redacción de los martes, me dejan exhausto; la dinámica es diferente, exige más de mí como profesor (después de la ligera excitación que siento al terminar la clase, me derrota el cansancio, y pongo mi cerebro a arrullarse con la televisión).

*

Me desperté con la impresión de no haber dormido. No obstante, dormí, incluso bien, en comparación con otras noches. Las primeras 20 noches del aislamiento dormí como piedra, o como planta, más precisamente como un cactus. Estoy más acostumbrado a dormir como un refrigerador descompuesto, que de pronto empieza a vibrar o a sacudirse, a bufar y a soltar humo negro. Pero hoy dormí bien, a pesar de la impresión de no haber dormido.

No recuerdo haber soñado.

*

Por tercera noche consecutiva el mendigo apareció y gritó media hora desde la banqueta frente a nuestro edificio. Hoy, una vecina se dignó a bajar y a ofrecerle comida, que rechazó. Alegó estar enfermo y necesitado de dinero. La misma vecina llamó entonces al Servicio de Atención Médica de Urgencia, los paramédicos de la prefectura, pero cuando llegaron el mendigo ya había desaparecido.

*

Ayer fui al banco —el mismo cuento de la aplicación—. El día parecía no haber amanecido todavía, hacía frío en la calle en la que estuve veinte minutos formado para entrar. Fue el primer día de uso obligatorio de cubrebocas, y observé a los enmascarados, cada mascarilla más pintoresca que la anterior. La del señor enfrente de mí estaba amarrada con tiras de tela tan exageradamente grandes que parecía que llevaba un moño en la cabeza, o un turbante. Nadie respetaba la distancia obligatoria, y una señora se quitaba el cubrebocas para toser. Al mirar las nubes cenicientas, la nueva realidad cenicienta, mis ojos se llenaron de unas lágrimas que nadie vio porque mis gafas estaban empañadas por la mascarilla.

*

De regreso me detuve en el supermercado. Pensé en comprar un kilo de arroz para el mendigo que estaba en la puerta, un tipo antipático (conozco a todos los mendigos de la colonia, y a este en particular lo reconocí por antipático, pero también porque no llevaba cubrebocas —si lo llevara, ¿cómo lo reconocería?—), y, al poner la bolsa de arroz en la canasta, pensé: cuando vaya a dárselo ya no va a estar, y en la casa no hace falta arroz. Devolví la bolsa al estante.

Cuando salí, el mendigo ya no estaba.

Hoy, viernes, no di clase. Dar clases es una alegría, sólo superada por la alegría de no dar clases (o la de no hacer nada, que es invencible). De comer hice costillitas de puerco asadas, farofa de huevo, quimbombó a la parrilla y papas asadas.

*

Página 132 de la transcripción de la nueva novela, ya me siento László Krasznahorkai. Le pedí a Isabel que se sentara

en el sillón del estudio y le leí el inicio del capítulo 4, que tiene cerca de ocho páginas. Fue el ritmo de esas páginas lo que me hizo sentir como Krasznahorkai: me gustó, es justo lo que tenía en mente. El comentario de Isabel tras la lectura: “intenso”. Y ya. Quizá un día me acostumbre a su verbosidad; después de todo llevamos casados apenas 16 años.

Hoy Isabel hizo un pan espectacular, que no podría mejorarse con ningún filtro de Instagram.

Preparé caldo de gallina con puerro para la cena. Debe ser más que suficiente para las próximas tres noches.

*

Cómo coge el Freud de la serie *Freud*. Sólo en el episodio de hoy se tiró a la vidente loquita de personalidad triple, a la hermana y a la mamá. Todas, incluida la empleada doméstica heptagenaria, aman a Freud incondicionalmente. Aunque con la empleada no ha cogido todavía.

Tres páginas de *Guerra y guerra* de Krasznahorkai antes de dormir. No estoy entendiendo casi nada, así que debe de ser bueno.

*

Cumpleaños de mamá, 75 años. Nació el día de la victoria de los Aliados en Europa, que a su vez fue también la fecha de la derrota alemana (su abuelo era alemán). Eso quizá haya marcado su sentido del humor, medio mórbido. Nos presentaron hace 52 años. Tiempo, tiempo, falta un poco todavía, lo sé.

Durante la llamada, me contó la siguiente historia: había un piloto aviador llamado Joaquim que visitaba la hacienda de mi abuelo, donde ella nació y vivió hasta casarse. Venía del norte, creo que de Pará, a comprar ganado. Ella y sus hermanas coqueteaban con Joaquim. Un día, su avión no

llegó. Se había caído. Tardaron cinco días en localizar el cuerpo, que sepultaron en la hacienda. En el entierro, según ella, parecía que el ataúd iba a explotar. Gusanos, que hacían un ruido ensordecedor dentro del cajón. Parecían palomitas de maíz estallando, dice mi mamá.

*

También me contó que recibió por WhatsApp la foto del actor Flávio Migliaccio ahorcado. La regañé por estar viendo eso, y también por llevarme de viaje sin avisarme en medio de la noche cuando era niño, lo que me hizo despertar en lugares desconocidos.

Hay que cuidar de los niños.

*

El sábado hablé cinco horas con amigos por Zoom. Nos emborrachamos, reímos y lloramos. Isabel se fue a dormir más temprano. No me gustan esos encuentros colectivos *online*, pero no sabría explicar por qué (creo que sí puedo: tiene que ver con la muerte, con el hecho de que parezcamos todos igualmente muertos en las pantallas de las computadoras y los celulares, a media luz y bidimensionales como los retratos de los difuntos en las lápidas de los cementerios); prefiero no pensar en eso por el momento.

*

Después, como no podía dormir, vi *Never Rarely Sometimes Always*, de Eliza Hittman, en la computadora, la juventud como campo asolado por lo innombrable, el sufrimiento de las que no tienen voz, de las cajeras de supermercado, las mujeres. Me fui a acostar con una sensación que tengo cada vez más últimamente, la vergüenza de ser hombre.

*

El mendigo pasó todas las noches a llorar y gritar en la banqueta del edificio. Hoy se recostó a media calle y detuvo el tráfico. El conductor de un automóvil llamó a la policía, que lo quitó de ahí. Después de que hablaron con él unos minutos, los policías se fueron, y el mendigo siguió llorando. Lo dejaron ahí, y él siguió llorando, y lloró y volvió a llorar y lloró y volvió a llorar y lloró y volvió a llorar y lloró y volvió a llorar.

Me dormí.

Esa noche soñé que era el mendigo de la banqueta, que seguía llorando y extendiendo los brazos hacia lo alto, hacia mí, que seguía en la ventana del séptimo piso y lloraba también, extendiendo los brazos hacia el mendigo de allá abajo, que era yo; desde la banqueta me pedía a mí mismo, acá arriba, algo que no lograba oír, y por lo tanto no podía ayudarme, ayudarnos, ayudar a nadie.

Desperté y estábamos todos en el mismo lugar.

Traducción del portugués: Adrián Chávez

Un rayo de sol

Yael Weiss

México, 21 de mayo— Los brotes de mal humor de Agustín son comprensibles, pero esa agresividad de bestia recién enjaulada contrasta demasiado con su calma habitual y la dulzura con la que trata los objetos de la casa cuando los cambia de sitio. Pareciera que el diablo se le mete por el teléfono. A toda hora pierde la paciencia, grita en la bocina y avienta lejos su celular para un minuto más tarde —con la quijada apretada y los ojos echando lumbre— llamar de nuevo a su interlocutor, pedirle una breve disculpa y reiniciar

las negociaciones. Agustín está cerrando su fábrica a distancia. Cerrándola probablemente para siempre. Este proceso doloroso se extiende como una mancha sobre el tiempo del confinamiento que se ha vuelto interminable.

Hace dos meses que no nos cruzamos a toda prisa por la cocina o cerca de la puerta, mascullando injurias porque olvidamos el pan en la tostadora o desaparecieron las llaves del coche. Las mañanas aparentan ser más tranquilas porque no salimos a ninguna parte. Desayunamos cada quien por su lado y a solas, como siempre, aunque tal vez estemos más ensimismados, más amarrados a la roca dura de nuestros pensamientos. Luego abrimos oficina en pijama. Mientras Agustín toma posesión de la mesa del comedor, yo subo al pequeño estudio de la azotea del que me he apropiado y donde acomodé mis libros. Tengo vista al hermoso jardín que hemos cultivado sobre el techo impermeabilizado de rojo de nuestra pequeña casa de un piso. Despachamos la mañana de esta suerte, interrumpidos apenas por el camión del agua o el gas, o bien por la gente que pasa y pide ayuda, o los músicos que se paran a la sombra del gran ficus de la calle y a quienes procuramos siempre dar unas monedas. El resto del tiempo las banquetas están desiertas en una quietud que podría pensarse posnuclear, a no ser por los pájaros que se escuchan más numerosos y más fuerte.

No obstante, pasado el mediodía el sol es tan violento que termina por sacarme de mi espacio de privilegio, como a un gusano que la cocción expulsa de la coliflor donde había elegido habitar. Con mi laptop en brazos, bajo a refugiarme en el comedor donde trabaja Agustín, que también es la sala y la única estancia aparte del dormitorio, el baño y la cocina.

Todos los días mi marido tarda en advertir que ya estoy instalada al otro extremo de la mesa. Cuando toma

conciencia de que estoy ahí, aprovecho para pedirle que apaguemos el estéreo. Agustín pasa la mayor parte de su tiempo al teléfono, con el altavoz activado mientras manipula su computadora en busca de órdenes de trabajo y hojas de cálculo. Desde que las cosas van mal, pierde la paciencia rápido, alza la voz, golpea las palabras. Lo siento grosero y me ofende, aunque no me esté hablando a mí. Mi marido siempre ha sido emocional, y en gran parte por eso lo aprecio: es un hombre capaz de llorar. Pero ahora es como ver un volcán conocido desde otra ladera, deformado por la perspectiva, ajeno, como el habitante de la Ciudad de México que viaja a Puebla y tarda en comprender que aquel pico nevado es el mismo Iztaccíhuatl que se mira desde el Periférico. Ignoro si esta crisis ha hecho aflorar una de las personalidades escondidas de Agustín o si actúa así en su oficina cuando está rodeado de sus iguales.

Ha tenido que cerrar su fábrica de juguetes y mandar a los trabajadores a sus casas. Como muchos empresarios, no tiene con qué afrontar el pago de servicios y salarios en estas condiciones. El dinero que lleva a la empresa con enorme esfuerzo se escurre en la compra de los materiales, la renta del espacio, el pago mínimo de los créditos y en la nómina, la terrorífica nómina que se chupa hasta el último centavo. Algunas quincenas generan un estrés particular en las oficinas, porque el dinero en las arcas apenas alcanza para los casi 100 empleados, o bien porque se espera con ansias el pago de algún cliente que no llega y no llega y al final toca base a las cinco de la tarde, a la hora del cierre de los bancos, en un dramático *safe*. Esas quincenas, muy anteriores a la pandemia, Agustín volvía a casa a las 12 de la noche, con los ojos inyectados de sangre, cantando el estribillo de Facundo Cabral: “Pobrecito mi patrón... piensa que el pobre soy yo”, pero satisfecho y feliz porque la nómina había sido pagada, los intereses bancarios atajados

y se abría otro periodo de 15 días para hacerlo mejor. Eso es pasado remoto desde que a finales de marzo los clientes asustados con la crisis y la caída del peso dejaron de pagar o cancelaron sus órdenes; ahora mi marido no canta absolutamente nada. Grita, eso sí, con personas que me son desconocidas, conectadas a nuestra casa por el frágil vínculo de un celular.

Escucho pases de lista. Con el teléfono bocarriba sobre la mesa y su cara blanqueada por los reflejos de la tabla de excel, Agustín pasa y repasa en voz alta los nombres de sus empleados. *Gilberto, Juan Pérez, Soledad, Isabel... Ah, Chabela, José Juan.* Cuando no los reconoce pregunta quiénes son, qué hacen, cuánto ganan. *Raymundo, Bibiana, Jerónimo, Estéfani, Lurdes, Juan Andrés, Kelly.* Agustín va leyendo, comentando o escuchando los comentarios de su interlocutor. No hay que tocar los salarios más bajos, se recuerdan unos a otros. *Carlos, Juan Yáñez, Osiris, Juan Carlos, Hugo, David.* Después de un par de aclaraciones entiendo —aunque preferiría no enterarme y avanzar con mis deberes en un silencio propicio—que el salario mínimo de los comisionistas se complementa con las ventas, pero que justamente ya no hay ventas. *Josefina, Francisco, Daniel, Gerardo.* Me sorprende con cuánta delicadeza y luego con cuánta brutalidad se fija el nuevo salario a la baja de cada quién. *José Luis, Hilario, Lupe, José Daniel, Miguel, Kelly. Kelly.*

Kelly es un problema, Agustín se atora en su nombre desde que se enteró de que no tiene papeles. La deportaron de Estados Unidos y no ha conseguido regularizarse. Su mal español y el acento gringo desentonan tan completamente con sus rasgos típicos de Oaxaca que basta con cruzar dos palabras con ella para comprender que algo no está en su sitio y que esos norteamericanos son unos sádicos.

—Pero es muy buena trabajadora —argumenta la voz melosa del jefe de personal.

—Yo lo sé, pero no me importa —responde Agustín—. Si le pasa algo en una máquina o si se nos muere, ¿te imaginas el pedote en el que nos metemos?

—Es retocadora, no es tan peligroso —sigue argumentando el interlocutor—.

—¡Me vale madres cabrón! Si no tiene seguro social no puede trabajar, ¿me entiendes?

Trato por mi parte de entender a Agustín, pero para nada me acostumbro al nuevo régimen de voces en mi sala comedor. Hemos fallado en todas nuestras expediciones para encontrar el “manos libres”, sabemos que anda por ahí, que recién lo vimos, que está a punto de aparecer como la palabra que se tiene en la punta de la lengua. Pero ninguno de los dos tiene fuerzas para misiones de largo aliento así que finalmente desistimos. La cuarentena se ha alargado tanto que imaginamos que en algún punto habremos visitado cada milímetro de nuestra pequeña casa. Mientras tanto escucho las voces que salen de la bocina del celular y ahora viven con nosotros. A pesar mío, me avergüenza el tono de mi marido. Cuando la administradora, una voz aflautada, dijo que estaba viendo cómo darle una plaza a una tal Jacinta, Agustín perdió los estribos.

—Qué plaza ni qué puta madre, ¡no ves la chingada situación! ¿Necesitas que te la explique con manzanas?

Agustín se quita la pijama en algún momento del día mientras que yo he optado por un ciclo de 24 horas de uso completo. Después de nuestra salida del día, que consiste en una caminata por el barrio al anochecer, me baño y pongo ropa fresca, cómoda, de algodón. Me sirve para dormir y para todo el día siguiente hasta meterme otra vez bajo el chorro de agua. Agustín, en cambio, optó por

un uso diferenciado de la ropa de noche y la de día, aunque demasiadas veces ocupa el mismo vestuario sin lavar. Sentimos que en arresto domiciliario, salvo los calzones, las prendas casi no se ensucian. No estamos en nuestros mejores días, no nos peinamos ni estamos pasando una cuarentena sexy. Afortunadamente, no tenemos hijos, y aunque nos gustaría permanecer juntos hasta el final de nuestras vidas nos hemos prometido romper antes de perdernos el respeto y empezar a odiarnos.

Mi marido insistió en ir a la fábrica para hablar con el personal antes de que la administradora entregara los cheques recortados. Se bañó temprano, se puso una camisa digna y unos jeans aún tiesos por lo poco portados. Sin embargo, perdió de inmediato la paciencia porque los trabajadores se abrazaban después de dos semanas de no verse, se pellizcaban y empujaban en juego. Antes de dar su discurso se puso a gritar.

—¿Que no entienden la situación? ¡Carajo! ¡Al próximo que se toque se le retiene su pago!— los amenazó.

Manejó el camino de vuelta con una sola mano, con la otra mantuvo el celular pegado a la oreja, porque seguíamos sin dar con el manos libres y una vendedora comisionista le explicaba entre lágrimas y mocos que era madre soltera, que recién había amueblado su casa a crédito. ¿Cómo iba a pagar sus deudas? Agustín ya estacionaba su vieja furgoneta en nuestra calle desierta cuando le advirtieron que circulaba entre los empleados un video suyo anunciando el recorte de los salarios, filmado clandestinamente con fines de chantaje. El obrero acusado de filmarlo fue uno de los primeros trabajadores en sumarse con él a la aventura de la fábrica, casi 20 años atrás, cuando cabían todos en un garaje y producía únicamente juguetes de madera.

Cruzó la puerta de la entrada desplanchado, con el cuello de la camisa sucio de algo rojo brillante como de plumón.

Sonaba en la bolsa de su pantalón el teléfono con la noticia de que una trabajadora estaba embarazada y había que conservarle el sueldo completo o atenerse a lo peor.

Siempre que bajo de la azotea mis terminales nerviosas siguen conectadas a un mundo donde mi marido no figura. Los universitarios, escritores y artistas con los que trabajo en la facultad y aquellos más lejanos que forman mi círculo agrandado de noticias y redes sociales —y en el cual me sumerjo desde horas cada vez más tempranas—, están todos concentrados en asuntos de índole más filosófica que tienen que ver con el futuro del país. Desde distintas cuentas nos atrincheramos contra los recortes a la cultura y la ciencia, contra la militarización del Estado y exigimos un regreso de cuarentena que tome en consideración el cambio climático. Cuando llego a la mesa del comedor, con el sol batiente a mis espaldas y deshidratada por el intento de permanecer el mayor tiempo posible a solas en mi oficina de repuesto sobre el techo, siento formarse hielitos al contacto con el lenguaje ramplón del negocio, del “déjame te explico” y del “barajéamela más despacio que voy de prisa” que manejan los proveedores, los jefes de personal y los clientes. Terminar la edición de textos literarios y hasta de poemas en este ambiente sonoro exige un esfuerzo desmesurado que me provoca náuseas.

Mi marido y yo llevamos años de frecuentarnos en la cama, en los paseos y los eventos sociales, en las películas del domingo, pero jamás en nuestras respectivas oficinas. Como ciertos pensamientos, hay cosas que deben permanecer en terrenos distantes, en compartimentos privados que no caben en un domicilio compartido.

El segundo pase de lista resultó eterno. Había que despedir a la mitad del personal y fueron horas y luego días de ver

qué se podía hacer por cada quién, cada caso particular, cada infortunio. *Nicolás, Lupe, Javier, Sandy, David alias El Oso, Lulú, Marta, Javier Dos, Rafael... No, Rafael se queda, ¿quién lo puso ahí? ¡¡Carajo!!!* Empiezan los gritos. Trato de imaginar el aspecto de estas personas que nunca he visto y cuyo destino se decide mientras ven la tele o preparan el almuerzo de su familia en alguna colonia lejana o periférica de la ciudad. ¿En qué tipo de casa viven? ¿Cuánta gente come de su sueldo? ¿Estarán en este momento sintiendo una opresión en el corazón, un mareo misterioso del que no conocen la causa? *Anabel, ¿Gerardo?... Ah, ¡La Morsa!, Oswaldo...* El plan es que cuando el gobierno dé el banderazo de arranque de las actividades económicas —con o sin virus, victoriosos o bien resignados a este nuevo tipo de muerte rondando en las calles— volverán con un tercio de la plantilla trabajadora para terminar con los pedidos en curso y proceder al desenchufe definitivo de las máquinas. *Lupita, Hilario, David Dos, Martita, Bibiana, Vicky...* Con la venta de materiales y maquinaria quizá podrán compensar con algo más a los obreros, pero falta tanto.

Me despertó el ahora insólito mugido del calentador de paso a primera hora de la mañana. Agustín se alistó con el esmero de las ocasiones formales y fue a la fábrica a explicar que era el final. A “dar la cara” como él dice. Lo vi subirse a la furgoneta con los gestos adoloridos de un viejo. Se le salieron las lágrimas cuando estuvo frente a sus empleados. Por un momento pensó que quizá lo estaban grabando y que luego se reirían de él, pero no le importó. Era su fábrica de toda la vida. Entre su gente hubo quienes le aseguraron que comprendían la situación y pidieron que por favor los llamara si la fábrica lograba reabrir sus puertos, otros exigieron la inmediata reanudación de las labores para generar ingresos, sin importar ni contagios ni muertes,

unos más se rehusaron a firmar la renuncia y amenazaron con demandas laborales. Se notaba, sin embargo, el ojo enrojecido y una mezcla de tristeza y estupefacción en todos los que hasta ese momento habían remado en el barco que ahora se hundía.

Cuando Agustín me lo contó, se me nubló la vista de lágrimas. Por su fábrica, que después de 20 años se iba a la quiebra, por los obreros que volvían a sus hogares con las manos vacías, por nosotros mismos porque intuía que la bancarrota es como la hiedra que entra a una casa y revienta las paredes. Desde el primer recorte de sueldos que aplicó también al suyo, Agustín no puede pagar su parte de la renta.

Hacia las cinco de la tarde nos sustraemos al aire tóxico del encierro que nos cansa prematuramente y nos tienta con una siesta para salir a una caminata de 20 minutos. Las calles están desiertas, las tiendas cerradas y los semáforos realizan su función de luces sin su habitual público de coches. Se dice que los sismólogos están emocionados con el decrecimiento del tránsito vehicular que les permite medir algunas de las vibraciones más profundas de la Tierra, pero también lo están las ratas que nos salen al paso como ciudadanas con plenos derechos. Aunque parece un poco temprano para la gran crisis que se avecina, los carteles que anuncian la renta o venta de un inmueble han ido aumentando. Quizá muchos han vuelto a sus ciudades y pueblos de origen mientras pasa la ola de infección. Por *hobby* analizamos esas casas y edificios imaginando cómo sería vivir ahí y cuánto nos costaría, pero siempre concluimos que estamos mejor donde estamos.

Como muchos habitantes de la ciudad, nos hemos que-dado sin la ayuda doméstica que mientras no estábamos quitaba la mugre de pisos y paredes, lavaba y doblaba

nuestra ropa y tendía la cama firmemente, dejándola impregnada con una frescura tan perfecta como inexplicable y que jamás he conseguido replicar por mí misma. Ya sabíamos que soporto un mayor nivel de desorden que mi marido, pero en estas circunstancias extraordinarias se ha vuelto un problema espinoso. Por alguna falacia moral que no me explico del todo, quien aspira a más orden y limpieza —o sea: a más trabajo y disciplina— se siente naturalmente investido de una razón superior y trata de imponerla con el peso de la dictadura de lo correcto sobre quien prefiere pasarla más relajada. De ese modo he sido culpable en repetidas ocasiones de preferir la lectura de un libro a una buena trapeada de la cocina.

Una tarde en que habíamos discutido porque olvidé sacar la ropa de la secadora y me negué a hacerlo antes de la caminata, se me ocurrió, un poco a la ligera —como cuando dices: “¡te cambio mi sopa por un masaje!”—, proponer que le pagaría su parte de renta si él asumía la totalidad de las labores domésticas. Agustín marcó un alto en el centro de una cama de jacarandas que en ese momento pisábamos. Estalló en furia. Hasta ahora había sido muy cuidadoso en no gritarme a mí a pesar del estrés por el que pasaba. Perdía los estribos con el repartidor del súper o con los platos que fregaba, pero no conmigo. Sin embargo, me había pasado de la raya.

Poco sentido tenía argumentarle que las mujeres llevábamos años luchando por que se reconociera el valor económico de este tipo de faena. Ambos sabíamos que mi comentario venía de una región mucho más oscura y turbia. Se me había salido el golpe. Era falso que fuéramos modernos, igualitarios y que nos parecieran ridículos los roles de género, bien sabíamos que no soportaríamos un arreglo donde yo saliera a la oficina para ganar el sustento mientras él barría, trapeaba, planchaba y preparaba la cena.

Regresamos a casa cada quien por su lado, humillados, avergonzados y enojados todavía. Saqué la ropa de la secadora, la doblé con esmero y la guardé en el ropero por colores. Creo que lo disfruté.

El tercer pase de lista fue el más rápido, porque había menos nombres y con un rasero común se bajaron los salarios que quedaban al mínimo. *Lupita, Juan Pérez, Martita, Hugo...* En México un sueldo así alcanza para vivir en una casa de lámina, sin agua potable. *Javier, Sandy, Gerardo alias La Morsa, Anabel...* Esperé en vano el nombre de Estéfani, que imaginaba como una mujer robusta de cabello decolorado. Tampoco escuché el nombre de Kelly. ¿Qué sería de ella ahora? ¿Habrá vuelto a Oaxaca en busca una familia que vio por última vez cuando tenía tres años? ¿Y los dos Davides? ¿Cómo los habrán recibido en sus casas? ¿Los comprendían o los rechazaban? La única que conservaría su sueldo completo era Bibiana, una mujer que ha sido acusada de ladrona por sus compañeros, que trabajaba lo menos posible, pero que estaba embarazada y por unos meses ganaría más que Agustín.

Van llegando las lluvias, retrasadas y escasas como lo predijeron quienes monitorean los desajustes del clima. La acumulación de las nubes en el cielo desde la media tarde me permite sin embargo permanecer en mi oficina de repuesto a mis anchas. Después de una breve comida, subo de vuelta a preparar mis clases o a corregir algunas páginas pendientes.

He advertido que Agustín, quien riega nuestras plantas por la noche solamente, ahora sube a la azotea en distintos momentos del día, ya sea para quitar la plaga del limonero, barrer las hojas secas o mirar los colores potentes de nuestro árbol flor de mayo —que aun cuando florea en otras épocas, jamás lo hace con tanto ímpetu como en su mes— o

bien sentarse en la tumbona. Por la puerta entreabierta del pequeño estudio lo miro pasar de un lado a otro. Antes pensaba que mi presencia abajo lo importunaba, ahora siento que me extraña. Quizá también tiene más tiempo, pues la fábrica está muerta y el país paralizado. Volteo con tristeza hacia la torre de libros que voy juntando para que se los lleve al pequeño librero que ha instalado en la fábrica. Son libros que no quiero en mi biblioteca pero que pensamos que pueden sembrar algo; la idea es que los trabajadores se los apropien y lleven a sus casas. Espero que en su próximo trabajo instale otro librero.

Salgo a decirle algo que olvido al instante. Por un resquicio súbito entre dos nubes pasa un fuerte rayo de sol que le da justo en la cabeza lisa, donde desde hace mucho no crece el pelo. Abrazo a Agustín. Las nubes cubren de nuevo al astro de luz, pero unos segundos más tarde se abre otra vez el paso, en una fugaz victoria. Esta guerra de luz y sombra arriba de nosotros se parece al periodo que atravesamos. O que nos atraviesa.

Contrainforme del coronavirus

Javier Cercas

Barcelona, 22 de mayo— Dedico estos días de encierro obligado por el coronavirus a contar en varias lenguas, por escrito y oralmente, en prensa, radio y televisión, a qué dedico estos días de encierro obligado por el coronavirus. Es broma. No, no es broma: es la verdad (o esa impresión tengo). Aunque también es verdad que, en esos informes improvisados, no siempre he dicho la verdad. O no del todo.

He dicho a menudo, por ejemplo, que para un escritor debe de ser más fácil que para el común de los mortales

soportar una temporada de confinamiento como ésta, porque al fin y al cabo nuestra vida habitual es una vida de confinamiento voluntario. Y es cierto. Pero también es cierto —aunque esto no lo he dicho en mis informes— que no es lo mismo vivir confinado por placer (porque es lo que conlleva tu vocación, o el oficio que elegiste) que vivir confinado a la fuerza, rodeado además de gente confinada como tú. No es menos cierto que, si lo que está ocurriendo no fuera una catástrofe colectiva, sería una bendición personal; la prueba es que, como he cancelado todos mis viajes y compromisos, me paso el día haciendo lo que más me gusta: leer, escribir, ver películas y pensar en las musarañas.

También he contado a menudo que aprovecho el encierro para seguir escribiendo la segunda parte de *Terra alta*, mi última novela, y tampoco he mentido en eso. No he dicho, en cambio —o no demasiado: me daba vergüenza decirlo, supongo—, que la catástrofe del coronavirus puede ser buenísima para la literatura, porque a menudo lo que es malo para la vida es bueno para la literatura, y lo que es malo para la literatura es bueno para la vida. Quiero decir que la felicidad es muda, que, en un mundo feliz, no habría literatura, o como mínimo no habría novelas (poesía tal vez, pero poca y muy mala). Quiero decir que la literatura se alimenta del horror, del conflicto, de la discordia: de lo malo, no de lo bueno. Quiero decir que los escritores somos gente peligrosa, bestias carroñeras, en el mejor de los casos individuos parecidos a los alquimistas, aquellos chalados que buscaban convertir el hierro en oro: los mejores de nosotros convierten el espanto y el sufrimiento en belleza y sentido. Por eso la literatura es útil. Yo no creía eso, que la literatura fuera útil, cuando empecé a escribir y aspiraba a ser un escritor posmoderno (a ser posible un escritor posmoderno estadounidense); pero ahora, cuando sólo aspiro a ser el mejor escritor posible, ya sé que estaba

equivocado. Claro que la literatura es útil; siempre y cuando, desde luego, no se proponga serlo: en el momento en que se propone serlo se convierte en propaganda o pedagogía. Y deja de ser literatura (al menos buena literatura). Y deja de ser útil.

Por supuesto, en estos días he hablado mucho de mis lecturas —de Don Winslow, de Robert A. Caro, de Wislawa Szymborska, de Walter Kempowski, de Alice Munro, de Clément Rosset, de Olga Tokarczuk o de Los desnudos, el último poemario de Antonio Lucas—, pero no recuerdo haber dicho que la lectura ideal para el encierro del coronavirus, si de lo que se trata es de encontrar un espejo de nuestra situación, son las novelas y relatos de Franz Kafka, que tienen la textura exacta de estos días, es decir, la exacta textura de una pesadilla.

Y no le he dicho a nadie, tampoco, que he leído la prensa de una manera furiosa y obsesiva, por no decir francamente tóxica, y que a ratos he sentido unas ganas locas de crucificar al próximo charlatán que asegurase que todos podemos ser héroes quedándonos en casa, al próximo halcón despiadado que, como el ministro de finanzas holandés Wopke Hoekstra, usase la palabra “empatía”, al próximo articulista que intentase demostrar que esto no es una guerra (y también al próximo que intentase demostrar que sí lo es).

Pero lo que sobre todo no le he dicho a nadie —en ninguna lengua, ni en la prensa ni en la radio ni en la televisión— es lo más importante, y es que, desde que me encerré a cal y canto en mi casa, con mi mujer y mi hijo, he hecho lo imposible por no pasar un día sin reírme. No sólo porque un día sin reírse es un día perdido (como dicen que dijo Charles Chaplin), ni porque, en un mundo sin Dios, el sentido del humor es una obligación moral (como le dijo Kafka a su joven amigo Gustav Janouch); sobre todo porque no paro de acordarme de Germaine Tillion, la gran

etnóloga francesa que, durante su encierro en el campo de concentración nazi de Ravensbrück, concibió la idea genial de escribir y representar, junto con sus compañeras de confinamiento, una “opereta-revista” para reírse de ellas mismas y de su incalculable desdicha. (La obra se titula *El Verfügar en los infiernos* y es una parodia del *Orfeo en los infiernos* de Offenbach, a su vez una parodia del *Orfeo y Eurídice* de Gluck). No sé si eso es exactamente un acto heroico, pero la verdad es que lo parece.

En definitiva, eso es lo que, mientras centenares y centenares de personas mueren a diario a mi alrededor, en hospitales y residencias de ancianos (o simplemente en sus casas), no he dicho o no le he querido decir a nadie, o se me ha olvidado decir: que la alegría es el único antídoto eficaz contra el horror.

Oídos sordos

Rosa Beltrán

México, 23 de mayo— En estos días nuestra vida está hecha de escenas. La escena de la incredulidad, primero, la de una leve euforia por vivir un simulacro de asueto; la escena de la zozobra de la que nadie habla porque es mejor tener buena actitud y la más real y prolongada, la emperatriz de las escenas, el miedo. Quienes hemos podido nos hemos resguardado de un monstruo invisible que habita allá, afuera, en cada uno de los otros, convertidos en un enemigo potencial. Es peligroso acercarse a cualquiera a menos de dos metros. En esta escenificación del terror llegó el tan esperado clímax en un país violento como México: ahora todos están armados. Todos menos uno, claro, mientras exista la fantasía de que no se está enfermo.

Las combinaciones del confinamiento son múltiples y globales pero hay una sensación compartida: en todos los países nos estamos contando la misma historia. Diría que en tiempo real, salvo por un leve desfase de los países que empezaron antes y que son la película del futuro que nos aguarda. Son días de tensa espera, días de mirar cifras mientras llega una normalidad que ya no llegará. Es lo primero con lo que ha terminado el virus. Y nos damos cuenta pero no nos damos cuenta; nos aferramos a la idea de normalidad, incluso llamamos a lo que sigue “nueva normalidad”. Somos tan renuentes a pensarnos fuera de lo previsible como eso.

Dentro de nuestras casas, a más de 65 días de resguardo voluntario, el tiempo es elástico y a la vez se ha comprimido. Parece que los días se repitieran y los sentidos se hubieran afinado: todo se percibe más nítido, lo que hacemos y lo que ya no haremos. Los pájaros cantan más, el cielo desde el balcón se ve más limpio, hay una ultra percepción que se parece al estado de alerta y quizá lo sea, una voluntad distinta a la de los días de antes, que se concreta en ciertas tareas. La urgencia, por ejemplo, de ajustarse a horarios, de comer a horas fijas, de ejercitarse. Y la rara impresión de estar a veces en la infancia. Quizá porque en confinamiento es difícil hallar un tiempo de privacidad, de absoluta soledad o tal vez porque, como en la adolescencia, vemos tras la ventana con ganas de huir.

Aunque se trabaja más, esto se hace todo el tiempo frente a una pantalla. En estos días los objetos están más cerca de lo que parece, como dice el retrovisor, y todas las noticias oficiales y no oficiales nos hablan al oído y nos parecen ciertas. O cuando menos nos hacen dudar. Que el virus se apacigua con nebulizaciones. Que con Remdesivir. ¿Será? Que Donald Trump se medica con hidroxiclороquina como método preventivo, pero que ésta

causa alucinaciones. ¿Creeremos? Que varios países empeñados en inventar la vacuna están a punto de lograrlo: que en Estados Unidos la aplicaron a ocho voluntarios y todos desarrollaron inmunidad en la primera vuelta. Que China llevó a cabo ensayos por 28 días con 108 voluntarios adultos sanos y afirma que la vacuna en fase 1 genera anticuerpos. La fe mueve montañas y ahora nos urge moverlas.

Entre las noticias oficiales, en un *lapsus*, el secretario de salud en México dice que pronto saldremos a la nueva mortalidad. Tiene razón, todos nos hemos convertido en muertos vivientes.

Mientras eso sucede, en estos días, todos los días, engaño a mi mente. He visto a muchas personas, le digo, esos que ves detrás de las pantallas son gente real, seres de carne y hueso. Pero ella es desconfiada, no me cree. Tras la experiencia, cada 45 minutos se queda confundida, con una tristeza que permanece. Le quedan dudas. Por ejemplo. Cuando Fulano dejó de hablar, ¿guardaba silencio o nada más se congeló la imagen? ¿Dije algo equivocado, o simplemente en el momento preciso mi internet falló y no contesté a tiempo? Mi nieta de dos años que vive lejísimos tampoco se engaña. Hace un intento de darme un beso tras la pantalla y luego me aplica el termómetro como hace con sus animales del zoológico todos los días para ver si no tienen fiebre. Y aunque le hablo y hago mil trucos ella se va, decepcionada. Para ella vivo en la computadora y eso no le divierte.

En realidad he visto mucha gente, muchísima, insisto con mi mente, porque cuando logro dormir, si es que no tengo otra vez insomnio, se me confunden las personas reales con las vistas a través de las pantallas, uno que otro vecino paseando a sus perros, el joven que lleva siempre a dos y usa un cubrebocas como el de Hannibal Lecter en

El silencio de los inocentes, y el viejo que no usa ninguno, como que ya ha aprendido hablarse de tú con la segadora de heno. Aunque no, no del todo, ¿por qué pienso así? No adelantes vísperas, me digo, míralo, aún resiste, si no ¿por qué sale a mantenerse en forma todos los días? ¿Por qué lucha así? ¿Tendrá una vida feliz? ¿O a lo mejor habrá sido tan infeliz que quiere guardar la esperanza para ese último resto? Alguna mujer con gafas, una pareja que sale puntualmente cada uno de un lado distinto de la banqueta. Y eso es todo.

Cómo voy a vivir sin abrazar durante por lo menos un año, pienso, cómo van a vivir los que son como yo y lo habían podido ocultar hasta hoy. Cómo puede preocuparme eso. Escuché a un biólogo que dijo que los mamíferos necesitamos tocarnos, abrazarnos, tener contacto físico para producir endorfinas. Cómo vamos a vivir sin endorfinas. Frente a la enfermedad y la muerte, qué importancia puede tener esto. Creo que toda. Absolutamente toda.

Mis padres viven cada uno en un extremo de la ciudad, tienen más de 80 años y temen no sobrevivir a la pandemia. Temen no volver a vernos, no ver a nadie ya, prolongan una vida en la que no les espera un abrazo a menos que se jueguen el pellejo. Un abrazo de vida o muerte. Vi un video donde un hombre inventa un impermeable de cuerpo entero con cabeza incluida hecho por él mismo con una cortina de plástico transparente y a través de ésta abraza a su anciana madre. Estoy pensando seriamente en fabricar una cortina igual para ir a abrazar a mis padres.

Tengo rutinas, camino muy de mañana, hago lo que tengo que hacer, trabajo, miro todos los memes que me llegan. Los estudio con absoluta seriedad, observo los videos de médicos que dicen que hay que salir y contagiarse todos, los de médicos que dicen que no hay que asomar las narices por ningún motivo. Miro hasta dos veces los

que me hacen reír que son los que más me sirven durante la pandemia. Hago mal las labores propias de mi sexo. Voy por la comida una vez a la semana, lo hago en menos tiempo que si llevara a cabo un asalto, tomo todas las precauciones, no quiero arriesgar a los que viven conmigo. Y en el trayecto, antes de llegar veo gente, gente real le digo a mi mente, los que salen a vender comida, los que la compran, los insensatos que viven al día y si salen se mueren y si no salen se mueren. ¡Pero nos contagiarán!, dice el otro lado de mi mente, el lado fiscal, el que siempre está juzgando y reprobando, no hay quien se salve si cae en sus garras. Y a ti qué te importa, le digo. No lo puede evitar. Mira al policía en la puerta del supermercado y se horroriza, mira las cajas y se horroriza, mira a quien le ofrece llevar las cosas al coche y se horroriza pero acepta que se las lleve. Después las desinfectaré con alcohol al 70% le digo a ese lado, sin toda esta gente, la que está en los puestos en el mercado, y en la tortillería, y en la farmacia, y en el camión de basura y en el transporte público; sin los médicos y las enfermeras y los que están detrás de los mostradores tú no comerías ni tendrías medicamentos. Ni tú ni el otro lado, el sensato.

No entiende nada. Se empeña en leer periódicos y ver las noticias, insiste en pensar que en cuanto den la señal volveremos al caos y al tránsito, a una vida de vértigo y a terminar con lo que queda del planeta. No sé si los demás hayan aprendido a hacer las paces con ese vocero terrorista que no acepta silenciarse.

Quien pueda vivir estos días hablando sólo con el lado sensato, que arroje la primera piedra.

Guayaquil

María Fernanda Ampuero

Tengo miedo de ver por las calles del conurbano de Buenos Aires las mismas escenas que en Guayaquil, los cadáveres en las calles, la gente ahogada arrastrándose en salas de emergencias, el hombre que dejó a su madre muerta en un banco y usó un parasol para proteger el cuerpo envuelto en una tela colorida. Los ataúdes de cartón.

Mariana Enriquez, "El ansia"

Guayaquil, 24 de mayo— Sépanlo: No somos gente melancólica. No somos gente lastimera. No somos gente triste.

Cualquiera que conozca a un guayaquileño lo puede corroborar: nos reímos hasta de lo que no. Tropicales y primitivos en el goce, pecadores, malhablados. El agua es dulce, los cangrejos rojos, por la noche refresca. Nos encanta estar juntos, sacar unas sillas y unos parlantes a la calle, que vengan los vecinos, qué diablos, que vengan todos y pongámonos a bailar que esta mierda es frágil.

Alguien saca otra jaba de cerveza helada, blanca de hielo, vestida de novia, canilla de albañil.

Salud, carajo.

El motivo es ninguno, el motivo es todos.

Hace demasiado calor en esta tierra para ser miserable. Sudamos lo que otros lloran. No hay otra sed que la sed. Estamos desde siempre quebrados y jodidos: la estrategia es cagarse de risa y olvidar.

El guayaquileño es exagerado, salvajón, buscavidas, gozador, ruidoso y canalla. Se gusta, nos gustamos, felices.

Comemos, bebemos, cogemos, bailamos, blasfemamos como si fuera el fin del mundo porque siempre lo es. Incendios, piratas, inundaciones, gobiernos corruptos, ladrones, 35 grados a la sombra, mosquitos con dengue, aguas

pútridas, inflaciones, dolarizaciones: todo nos ha matado, nos mata a cada rato.

El guayaquileño es un fantasma que, en lugar de penar, sonrío.

Ser guayaquileño es ser superviviente y de ahí, de haberle ganado a la desgracia ese día, nace nuestra carcajada.

En Guayaquil nos reímos en la cara del diablo: te gané, pendejo, hoy día te gané.

¿Y ahora qué? La imagen de nuestra desgracia ha dado la vuelta al mundo. Nuestros patéticos ataúdes de cartón, nuestros inmanejables cientos de muertos, los cadáveres en la calle con la basura, mordisqueados por las ratas y los perros callejeros, los hospitales colapsados, con pájaros carroñeros sobrevolándolos, los camiones refrigerados llenos de gente, nuestra gente muerta, los entierros al apuro, indignos, solitarios.

No hay palabras para contar lo nuestro.

Nos han visto agarrados de las rejas de los hospitales rogando que nos devuelvan a papá o a mamá. Nos han visto destruidos tras las mascarillas. Nos han escuchado aullar de desesperación como algo que no somos, que nunca hemos sido.

Gente del mundo que no sabía lo que era Guayaquil hasta la pandemia ahora piensa en nosotros como un pueblo derrotado, agónico, gimiente.

Unos pobres infelices.

Nadie se olvidará de que tuvimos a nuestros amados en la mesa del comedor cubiertos de hielo mientras esperábamos una ambulancia que nunca llegó. De que todos, todos, todos perdimos a alguien que amábamos. De que alguien salió a la calle con su muertito y lo dejó en una banca cubierto con un parasol de colores, de esos que usan los vendedores de granizados. De que no pudimos enterrarlos y llorarlos y abrazarnos.

Nadie se olvida, tampoco, de que unos cabrones nos robaron el dinero de los respiradores, de las mascarillas, del alcohol, de la comida solidaria. O sea, de que nos mató el virus y también los corruptos.

Damos miedo.

Guayaquil como símbolo de todo lo que se hizo mal, del desastre, de la pesadumbre mundial, del horror.

De todos los horrores.

Porque lo más doloroso de todo esto es que la pandemia no sólo mató a la gente que amamos, sino que consiguió matarnos a todos nosotros también.

Y en esta muerte ya nadie ríe.

Mapas negros

Rodrigo Hasbún

Cochabamba, 25 de mayo— *Nada te dirá dónde te encuentras. Cada momento es un lugar donde nunca has estado... El presente es siempre oscuro*, escribe Mark Strand en “Mapas negros”, un poema que se publicó hace 50 años y que resuena en mí más que casi nada de lo que haya leído sobre la pandemia estas últimas semanas, estos últimos meses. Cuesta ver lo que tenemos alrededor y, aunque el pasado a menudo sea oscuro también, parecería que entendemos mejor hacia atrás.

¿Qué se dirá de este tiempo dentro de otros 50 años? ¿En verdad terminará siendo decisivo en la historia del siglo XXI o, para entonces, nuevas guerras y pandemias y crisis climáticas de por medio, habrá acontecimientos que se le impondrán? Los cientos de miles de testimonios que suceden en tiempo real, las millones de voces que se hacen oír al unísono, ¿terminarán conformando por su parte una

especie de coro necesario que ayudará a desentrañar la confusión de esos que se creían invulnerables allá en el 2020, o serán un balbuceo incomprensible que se perderá más bien pronto?

Me lo pregunto en el jardín de la casa en el campo a la que se mudaron mis padres hace algunos meses. Estar aquí y no, digamos, en el apartamentito en el que vivía en Houston hasta justo antes de venirme, ha sido crucial en mi experiencia de la cuarentena. Lo escribo con una gratitud interminable: aunque llegara de manera fortuita, aprovechando el receso de medio semestre en la universidad, no hubiera elegido ningún otro lugar en el mundo para este encierro. El alivio que esperaba encontrar aquí durante los nueve días que debía durar el viaje terminó prolongándose meses y la gratitud se debe a eso también, y a la presencia de los árboles y las plantas y a la serenidad de los insectos y los animales que deambulan por ahí, pero quizá sobre todo a que las circunstancias me han devuelto una posibilidad que creía perdida: la de ser hijo de nuevo y acompañar a mis padres día a día mientras atravesamos juntos la incertidumbre.

Ahora mismo escucho sus voces, que llegan desde la sala. Intentan poner orden en la caja de fotos que fueron acumulando durante décadas. A veces no logran reconocer a algunas de las personas que aparecen retratadas. Se preguntan quiénes podrán ser ese hombre de bigotes largos, esa mujer que ríe a carcajadas a su lado, el niño que le muestra a la cámara una lagartija. Yo, mientras tanto, vuelvo a pensar en los versos de Strand. *El presente es siempre oscuro... Nada te dirá dónde te encuentras. Cada momento es un lugar donde nunca has estado*, escribe en ese poema que tiene medio siglo, al igual que el amor de mis padres. Algún día quizá sepamos mirar mejor hacia estos días. O más posiblemente no.

*

Me entra curiosidad y lo busco. Hace cinco décadas, ese 1970 en el que se publicó “Mapas negros”, estos son algunos de los hechos más notorios que sucedieron los primeros cinco meses del año según Wikipedia: 12 de enero: en Umahaia se rinden las últimas tropas biafreñas. Termina la guerra civil nigeriana. Número estimado de muertes: tres millones. / 2 de febrero: en una clínica neuroquirúrgica de Múnich se consigue realizar con éxito el primer trasplante de nervios humanos en la historia de la medicina. / 3 de febrero: el boxeador estadounidense Mohammed Alí, excampeón mundial de pesos pesados, anuncia su retirada definitiva del boxeo. / 10 de abril: Paul McCartney anuncia la separación de The Beatles. / 11 de abril: Estados Unidos lanza el Apolo 13. Posteriormente dicha nave sufriría graves problemas técnicos que obligaron a abortar su misión y regresar a la Tierra. / 22 de abril: se celebra el Día de la Tierra por primera vez. / 27 de abril: en París se coloca a un paciente el primer marcapasos cardíaco que funciona con plutonio. / 30 de abril: tropas estadounidenses y survietnamitas invaden Camboya. Número estimado de muertes en la contienda, que habría de extenderse algunos años más: entre 275 mil y 310 mil. / 4 de mayo: Masacre de la Universidad Estatal de Kent, Ohio. / 8 de mayo: en Londres se lanza el disco Let It Be de The Beatles. / 14 de mayo: en Alemania se establece la Rote Armee Fraktion (Fracción del Ejército Rojo). / 17 de mayo: en Estados Unidos, por primera vez en la historia de las fuerzas armadas estadounidenses, dos mujeres son promovidas al rango de general por Richard Nixon. / 31 de mayo: en Perú, un sismo de 7,8 grados en la Escala de Richter, asola la zona norte de Ancash y provoca aluviones en Yungay y Huaraz. Se calculan cerca de 70 mil personas entre muertos y desaparecidos.

¿Seguirá existiendo Wikipedia dentro de medio siglo? ¿Qué dirá ahí sobre los primeros cinco meses de este 2020? ¿Cuáles serán los hechos que aparecerán enumerados? ¿Y en qué enfatizarán las dos o tres líneas que resuman la pandemia del coronavirus? ¿Nada más incluirán la cifra de contagios y muertes? ¿Se enfocarán más bien en la debacle económica? ¿Lo enunciarán como el principio o el final de una era? ¿Una en la que empezó qué y en la que terminó qué? ¿Cuánto tiempo hará falta para saberlo con alguna certeza?

*

La mirada larga inquieta y consuela. Es una guarida, una escapatoria, una proyección. Pero igual ayuda cada tanto abrir el lente lo más posible para situar al desastre en una escala que lo dimensiona. La mirada más inmediata ofrece a su vez un paisaje desolador. La crisis no sólo es sanitaria sino también ética y económica y política, incluso moral. Sin ir lejos, en Cochabamba los medios locales no dejan de informar sobre un escandaloso negociado del gobierno nacional en la compra de 170 respiradores. Pagaron por ellos cuatro veces su precio, lo que quiere decir que hubo repartija de unos cuantos millones de dólares en el proceso de adquisición. Por si fuera poco, los respiradores ni siquiera cumplen las funciones que debían y, según entiendo, siguen encajonados. Mientras tanto, las regiones más desfavorecidas empiezan a ser azotadas duramente y en ellas la gente se muere sin la oportunidad de contar con uno de esos respiradores que pudieron haberles salvado la vida.

Sobre todo al principio de la pandemia hubo un momento de grandes expectativas y preguntas (qué tipo de sociedades querríamos construir una vez que pasara el sacudón, cómo debiera modificarse nuestro entendimiento de los derechos ciudadanos y la responsabilidad estatal, de

qué maneras tendrían que institucionalizarse la solidaridad y la dependencia común). Desde entonces parecería que la ilusión sobre el impacto profundo de una crisis como ésta se viene desinflando. La vieja realidad, al menos por ahora, sigue firme ahí, inmune a la pregunta de qué más puede ser esta pandemia: una puerta hacia algo mejor, un túnel con varias salidas posibles, un mapa negro nada más.

*

Son las seis de la tarde y la luz empieza a diluirse y las abejas siguen trabajando. Es impresionante cuánto trabajan las abejas. No sé si lo hubiera notado de no haber pasado buena parte de los últimos meses sentado en esta mesa que tienen mis padres en el jardín. Las horas están menos rotas y se han alargado. Me gusta creer que esta forzosa quietud le ha devuelto a nuestra cotidianidad un elemento contemplativo del que la priva la hiperkinesia del presente desquiciado en el que estábamos insertos hasta hace poco. Hablo, sobre todo, de quienes podemos trabajar desde casa (a mí ahora me toca enseñar a la distancia, acompañado y solo frente a la computadora), los que tenemos la opción de no exponernos innecesariamente. Aun así, en el apartamentito en Houston donde debió suceder para mí este encierro, es posible que ya hubiera perdido la cabeza. Aquí me consuelan la visión de los árboles y las plantas, la indiferencia de los animales y los insectos, la condición un poco olvidada de hijo.

Escucho a mis padres ordenando todavía las fotos en la sala. Son momentos en los que ya han estado pero que a menudo no recuerdan. Ese río de piedras inmensas en el que los cuatro hijos aparecemos medio zambullidos, ¿dónde es? ¿Y cómo es posible no reconocer al hombre de los bigotes largos ni a la mujer que ríe a su lado a carcajadas? ¿Seguirán vivos o se habrán ido ya al otro lado de las cosas, de donde

no es posible volver? Pronto será noche y entraré a tomar el té con mis padres. Ellos me contarán sobre las fotos y comentarán indignados el negociado de los respiradores. Hablaremos también de cuántos murieron dónde y de qué países están levantando sus medidas, de esa segunda ola que muchos ven venir y de la abrumadora labor de mis dos hermanos médicos (uno de ellos trabaja como intensivista en Santiago de Chile y su hospital lleva días desbordado), de lo imposible que parece todo a ratos.

Luego, como cada noche desde que empezó la cuarentena, jugaremos cartas durante una hora o dos. Creo que eso será lo que más recuerde de este tiempo en el que volví a ser hijo mientras el mundo se resquebrajaba aún más: no el miedo ni el agobio ni las teorías expansivas, no la espera de una resolución que demora demasiado en llegar, sino las cartas en la mesa al lado de la cocina, las horas igual de largas que en la infancia, en la radio alguna vieja canción.

Escenas de un mundo hospitalario

Jesús Ramírez-Bermúdez

México, 26 de mayo— Estoy en el Instituto de Neurología, justo a tiempo para la entrega de guardia en el Servicio de Urgencias. Cambio mi ropa en un baño: me pongo la pijama quirúrgica, la mascarilla N95 (un regalo de mi pareja), y unas gafas de protección para uso clínico: fueron una donación de una alumna del servicio social. Casi todo el personal de salud consigue por medios propios el equipo de protección personal necesario para enfrentar la pandemia. La bata es indispensable, por sus bolsas amplias y numerosas: guardo mi teléfono celular, una libreta clínica, un par de cubrebocas de uso común, un frasco de alcohol gel para

lavarme las manos con pasión obsesiva, y un pequeño libro de George Steiner, por si tengo un minuto libre: *Diez razones para la tristeza del pensamiento*. Steiner piensa que la conciencia humana está impregnada de melancolía, en forma inevitable, como lo planteó también sor Juana Inés de la Cruz en *Primero Sueño*: el fracaso al querer buscar un conocimiento de la totalidad nos sumerge en la inmanencia melancólica. En mi caso, la inmanencia toma la forma de esta escena hospitalaria. No había hecho guardias en Urgencias desde que era médico residente, hace 20 años, pero la pandemia nos alcanzó.

Hoy, el hospital trabaja con la mitad de sus trabajadores: los adultos mayores y quienes tenían condiciones de riesgo fueron enviados a casa. Otros trabajadores huyeron sin pudor, sin mayor pretexto que el miedo y la falta de compromiso hacia los principios altruistas de la medicina. Varios profesionales de la enfermería y la medicina se han infectado y están hospitalizados, o aislados en casa, en su consultorio, en algún hotel. Si te quedas a trabajar, debes rehacer tus rutinas médicas, adaptarte a un guion que nadie escribió y nadie quiere ejecutar. Estamos obligados a hacer el máximo esfuerzo para atender la pandemia mientras nos cuidamos para evitar contagiarnos. Quienes estamos a cargo de hijos que no han llegado a la independencia, hacemos trucos mentales para no caer en la tristeza del pensamiento.

Mi hospital no está en la primera línea de combate contra la infección por covid-19, como sí lo están el Instituto de Enfermedades Respiratorias o el Instituto de Nutrición, y una gran cantidad de hospitales de IMSS y del ISSSTE a lo largo de la república. Nosotros estamos en una situación de privilegio: nuestra misión todavía es atender enfermos neurológicos. Aun así, algunos de ellos padecen la infección por coronavirus, y también hay problemas neuro-

psiquiátricos que resultan de la acción destructiva del virus sobre el sistema nervioso. Algunos colegas están dentro de la terapia intensiva o en una sección nueva del hospital, dedicada a atender pacientes infectados por el coronavirus. Ahora escucho a Maru, la residente de neurología a cargo de la guardia, quien nos relata que en la noche llegó una paciente neurológica con dificultad respiratoria y tuvo que ingresar al área Covid, como le llamamos en forma sintética. Maru no está obligada a hacer guardias porque terminó la residencia de neurología, y este año realiza un posgrado en enfermedades neuromusculares. Pero ella y otros médicos ofrecieron sus servicios para realizar guardias en urgencias. Así apoyan a sus compañeros más jóvenes, quienes atienden el área Covid. Verónica Rivas, neuróloga experta en esclerosis múltiple, hizo su guardia en esa área: me relata que adentro hace demasiado calor, es fácil deshidratarse. Quitar-se el equipo de protección para tomar agua es complicado, y hacerlo te expone al contagio. “Usas tres pares de guantes, el overol, los goggles, la pijama quirúrgica... y una vez que entras no puedes salir hasta terminar el turno. Cuando llegué a la guardia, un paciente cayó en paro cardiorrespiratorio casi de inmediato”. Algunas personas se sienten incomunicadas y asfixiadas por el desgaste físico y emocional generado en el transcurso de las horas, y la angustia se intensifica para quienes deben cumplir la doble jornada de ser médicas, enfermeras, madres y maestras en casa.

Han pasado las horas. Estoy en un consultorio de Urgencias con un hombre de 70 años que ha sido traído por la familia, desde el estado de Guerrero, por un problema calificado inicialmente como un estado de duelo. Hace poco falleció su esposa. Al visitarlo, el hijo del paciente lo encontró desnudo, en la sala de su casa, sin conciencia del tiempo, con un discurso incomprensible y conducta errática. Durante el examen clínico, observo un deterioro

profundo en sus procesos cognitivos: la atención, la memoria, el pensamiento. Al explorar los reflejos, aparece el signo de Babinski en ambos pies: un signo con 120 de antigüedad. Es útil para identificar problemas clínicos de origen neurológico. Y en efecto, el estudio de tomografía muestra un enorme sangrado adentro del cráneo, que comprime los hemisferios cerebrales y pone en riesgo la vida. Fue presentado como un caso de duelo, pero deberá estar en manos del servicio de neurocirugía. Camino por un pasillo para informar del problema al doctor Juan Calleja, quien aceptó fungir como Jefe de Urgencias, aunque estaba consciente de que entramos al momento más tenso de la crisis sanitaria. Voy sumido en mis pensamientos, pero escucho una voz: “¡Doctor Ramírez!” Miro a mi izquierda, y encuentro una gran pantalla digital, que transmite la imagen azul del Director Médico, Adolfo Leyva, quien se encuentra adentro del área Covid. Trae puesto su equipo de protección, y por un momento me cuesta trabajo reconocerlo detrás del overol, las gafas, la mascarilla. Si lo saludo con naturalidad es porque reconozco la voz, pero tardo unos momentos en comprender lo que está pasando.

La pantalla es una ventana que nos da acceso, en tiempo real, al interior de esa cámara que nadie quiere conocer en vivo. Este dispositivo tecnológico será de gran valor para comunicar el adentro con el afuera. Se podrían dar informes para reducir el miedo y la desconfianza de las familias frente a la incertidumbre, porque en todo el mundo los enfermos y sus seres queridos se lamentan por la separación abrupta, y muchos desarrollan trastornos por estrés agudo, o por estrés postraumático. Esto será una complicación psiquiátrica común, difícil de atender. Ahora mismo, Adolfo atiende a un paciente con insuficiencia respiratoria aguda. Es necesario intubarlo, y deberá pasar al área de terapia intensiva, dedicada por completo a atender pacientes con infección

por coronavirus. Me detengo a imaginar esta escena como si pudiera observarla en tercera persona: como si yo fuera un personaje que conversa con otro médico a través de una pantalla: mi personaje tiene una pijama quirúrgica, una bata y el libro sobre la tristeza del pensamiento... al otro lado hay que portar un uniforme para hacer una inmersión en el paisaje viral. Hace 30 años, cuando empecé la carrera de medicina, el filósofo Paul Virilio hablaba sobre el fenómeno de la *transapariencia*: esta virtualidad en tiempo real que nos enlaza con realidades distantes y a la vez da cuenta de nuestra separación. La transapariencia nos permite ver mundos paralelos de alto riesgo, pero nos mantiene en un sitio seguro. La pantalla es como un espejo mágico, una barrera entre el observador y la realidad desnuda. Paul Virilio hablaba sobre esto al final del siglo xx. En aquel tiempo, esta escena pandémica, viral, tecnológica, con su escenografía y sus vestuarios propios de 2001 de Stanley Kubrick era una imagen de la ciencia ficción. Cada vez se acorta más la distancia entre el observador y lo observado: el territorio asfixiante al otro lado de la pantalla está más cerca, día tras día. Sólo nos queda como recurso el construir, de este lado del espejo, las escenas protectoras necesarias para recibir a la otredad que nos perturba, que se aproxima. ¿Cómo construir esos espacios protectores? La forma más antigua es la hospitalidad.

Yo, Pájaro

Nell Leyshon

Dorset, Inglaterra, 27 de mayo— Es el mes de mayo y es temprano por la mañana. Me despierto y abro los ojos y miro el mundo —el cielo hacia el este está más claro que el

cielo hacia el oeste y el sol nuevo se levanta con lentitud sobre el final de la tierra.

Amanece.

Ha comenzado el canto. Todos lo están haciendo, sobre los tejados, sobre los cables de teléfono, ahí arriba en el cielo. Todos hablan a gritos del sol naciente. Ahora es mi turno así que me encaramo sobre mis dos patas y me paro en la orilla de mi nido. Miro a mi alrededor y abro mi pico y fluye y fluye. El canto de los pájaros.

Es ruidoso, llena el cielo.

Yo, Pájaro, también estoy cantando.

Y una vez que haya cantado el nuevo día hasta hacerlo existir, extendiendo mis alas, las sacudo nada más porque sí.

Y después coloco mi peso adelante, siento cómo mis dos patas se levantan del nido, me siento caer en el aire.

Ah, aquí estoy.

Muevo mis alas hacia un lado y hacia el otro. Arriba y abajo. Me inclino a la izquierda, a la derecha. Mientras vuelo mis pequeños ojos lo abarcan todo. Miran todo.

Vuelo de vuelta, miro el edificio donde está mi nido, el tejado plano con las unidades de aire acondicionado, silenciosas ahora que las oficinas están vacías. Miro el edificio de junto, la calle debajo, los coches vacíos y a las personas. El sol de la mañana destella en las ventanas de vidrio.

Me alejo volando de los edificios altos, le doy vuelta al domo de la catedral y luego veo el río sinuoso, una serpiente de plata que descansa. Vuelo junto a ella, sobre cada uno de los puentes, sobre el parque y los árboles con sus primeros retoños de primavera y sus primeras flores. Luego junto a la casa amplia con muchas ventanas donde vive la Reina.

Las calles están vacías, son largas líneas grises. Gusanos.

El cielo es todo mío. El aire está limpio y no lo atraviesan líneas blancas, no llegan aviones a aterrizar de mañana,

todos están estacionados en el aeropuerto, en línea, sus motores en silencio.

Doy vuelta y vuelo sobre el río, más allá de la catedral y del más alto edificio de vidrio, luego doy vuelta alrededor de la galería de arte, miro la cuadra de edificios altos, sus departamentos caros.

Me duelen las alas.

Me acerco, aterrizo en un balcón y me percho; mis dos garras de afianzan con nitidez sobre la baranda. Inclino la cabeza a un lado y miro a través del vidrio.

Esto es lo que yo, Pájaro, observo:

Hay una cama grande y dos personas sentadas en ella con las cabezas recargadas sobre unas almohadas. Miran a través de las vastas ventanas de vidrio hacia la ciudad. La mujer sostiene en su mano una taza. El hombre, una máquina de teléfono celular en la suya.

Ellos hablan y puedo escuchar lo que dicen pues yo, Pájaro, sé todo.

La mujer me mira y dice:

—Ay, mira, un pájaro.

El hombre no dice nada.

La mujer baja su taza y suspira.

—Cantan tan fuerte los pájaros en la cuarentena. El hombre asiente sin decir nada.

—Es como si todo el asunto con el virus fuera un experimento de retorno a la vida silvestre —dice ella—. Debe haber más pájaros este año. Nunca cantan tan fuerte.

—Nunca. —

Y huele el aire —dice ella, inhalando—. Nunca había olido así. Sin contaminación. Está tan limpio.

—Lo está —dice el hombre. (Todavía mira su máquina de teléfono celular y no levanta la vista para mirar el aire transparente y azul ni al hermoso pájaro —yo— en su balcón.)

—¿Sabes qué? —dice ella—. Yo creo que el mundo va a cambiar. Cuando termine la crisis yo creo que vamos a abordar el tema del cambio climático y a cuestionar el énfasis en hacer dinero sobre la salud y el bienestar de las personas. Creo que vamos a ver que el capitalismo extremo ha sido un error y nos volveremos personas más amables.

—Ah, sí —dice el hombre. (No está escuchando en realidad, está revisando la bolsa de valores en su máquina de teléfono celular y preocupándose sobre el valor de una de las últimas acciones que compró en una compañía minera que se está desplomando como las piedras que quitaron de la tierra para encontrar los metales preciosos que forman parte de cada máquina de teléfono celular.)

—¿Me escuchas? —pregunta la mujer.

—Siempre escucho —dice el hombre.

—Es sólo que tengo tanta esperanza en el futuro —ella dice.

—Sip.

El hombre deja su máquina de telefonía celular sobre las cobijas y toma su taza de café. La sostiene en ambas manos, mira hacia afuera, ve el hermoso pájaro (a mí) en su balcón.

—Esos pinches pájaros se cagan en todos lados —dice.

Ella ni siquiera lo escucha, sueña con el futuro de la raza humana: cómo se van a apoyar los unos a los otros y los países van a ser gobernados por líderes benevolentes y las personas van a transportarse a pie y en bici y seguirán sonriendo cuando pasen al lado de los otros en la calle.

El hombre toma su café y hace un cálculo mental. Si se deshace de la mitad de sus trabajadores, puede mantener su margen de ganancia. Mira al cielo detrás de mí. ¿Qué es lo que dicen?, se pregunta. Ah, eso es. Nunca hay que desperdiciar una buena crisis. Siempre se puede hacer dinero en la crisis.

He visto suficiente, escuchado suficiente.

Me doy media vuelta, mi culo hacia ellos. Levanto las alas de mi cola, me relajo y dejo que salga cada pizca de mierda que tengo en mi cuerpo. Aterriza húmeda y pegajosa en su balcón.

El hombre lo mira. Salta de su cama y derrama su café sobre sus sábanas blancas y caras.

Me río. Excelente.

Inclino mi peso y me dejo ir de la baranda. Levanto mis alas y me voy y estoy arriba, arriba.

Muevo mis alas hacia un lado y hacia el otro. Arriba y abajo.

Me inclino a la izquierda, a la derecha. Mientras vuelo mis pequeños ojos lo abarcan todo. Miran todo.

Yo, Pájaro, todo lo observo. Yo, Pájaro, todo lo sé.

Sé que la razón por la cual nuestro canto es tan fuerte es porque no hay competencia: no hay aviones, no hay autos. Siempre cantamos así de fuerte pero los humanos no podían escucharnos por el sonido que hacían sus propias máquinas.

Vuelo de vuelta sobre el río, paso el parlamento donde los sistemas informáticos ronronean, haciendo planes para el gran regreso a la normalidad. Vuelo sobre la ciudad silenciosa y luego vuelvo a mi edificio, a mi nido de varas rotas y musgo.

Necesito aprovechar esto, la paz, los cielos azules, el silencio de las unidades de aire acondicionado, pues no durará.

Yo, Pájaro, todo lo sé.

Yo, Pájaro, he hablado.

Corona

Nick Flynn

Red Hook, EUA, 28 de mayo—

En cada prado construimos
cuartos, al parecer hechos de aire. *¿Dónde*

están todos? preguntas. *Guardados*

adentro, llega la respuesta, *guardados*
adentro. Nuestras voces

resuenan en el vacío
mientras todo con lentitud

se desconecta. *A veces no nos gustan*
los ángeles que Dios nos manda,

dijo el pastor, cuando nosotros

aún íbamos a la iglesia (*éste*
usa una corona, éste es

una espina). Hoy me desperté
y era un día de nieve, los copos tan blancos casi

me cegaron. Hoy a mediodía, el gobernador

hablará dentro de un cuarto vacío,
cada día a mediodía.

(se lava las manos como Lady Macbeth,

se lava las manos como una mosca) Si

*sales, promete, vas a
matar a alguien que amas. “Desbordándose”*

es una palabra que escucho más y más.
Desbordarse. Desbordarse.

*Desbordarse. ¿Qué había aquí?, preguntamos,
al pasar frente a un escaparate vacío. ¿Está*

vivo todavía?, preguntamos, pero después
nos arrepentimos. Las pequeñas

flores de la primavera acaban
de aparecer, una cadena morada

que se abre paso desde la oscuridad
(anémona, genciana, hiedra

terrestre) Nos vemos

en el otro lado, pequeña flor.
(arrepentimiento)

Traducción del inglés: Elisa Díaz Castelo

El retorno de los viejos

Bruce Swansey

México, 29 de mayo— Primero los días perdieron sus nombres. Todo se volvió jueves. Luego siguieron las fechas. Es abril, pero podría ser octubre, cuando se recupere la libertad

de movimiento. Los geranios reverdecen y la menta, la albahaca y el orégano disparan los primeros brotes. Con la prohibición de reunirse y de salir de casa si no es estrictamente necesario, vivimos en hibernación. Aunque no se sabe que el virus dé diarrea, lo primero que se agotó en las compras de pánico fueron los rollos de papel higiénico.

Mamá habla de la gripe española porque su bisabuela paterna murió entonces, una más entre los millones que superan el número de víctimas caídas en la primera Gran Guerra. Luego menciona otras plagas que precedieron el gran encierro, como llama a este tiempo extraño. Papá lee revistas viejas echado en un sofá cuya forma no se explicaría sin su impronta. Uno sería inconcebible sin el otro.

Aunque los funerales fueron prohibidos, las campanas repican porque diario hay muertos que despedir. En la era del distanciamiento social todo es a través de la pantalla. Si hay más de un deudo para eso está Zoom, que permite videoconferencias con varios participantes. Los seres queridos abrumados ante la idea de que los arrojaremos vivos a la fosa común, quizá porque en Guayaquil los cadáveres son sacados a la calle, una escena que conserva intacto el antiguo terror.

En este tiempo calmado extraño a la nona. La última vez fuimos a comer con ella en el centro, que estaba vacío. Fue antes de que se prohibiera salir. Vive en una casa de reposo porque está vieja y enferma y requiere atención constante. Antes la veíamos cada domingo. Cocinaba rico, así que verla también tenía ese atractivo. La mayor parte de las personas enloquecen paulatinamente, pero lo de la nona fue fulminante. Todo comenzó en la playa. Estábamos de vacaciones y la nona apareció con el traje de baño al revés. En la espalda le crecía un par de picos rígidos y en cambio delante iba desnuda. Nos quedamos perplejos hasta que mamá arropándola con una toalla la condujo a la casa. El resto de la vacación transcurrió normal y la nona regresó a su casa hasta que

antes de que acabara la Cuaresma empezó a salirse a la calle. En estas excursiones había entablado amistad con los noctámbulos del barrio que la conocían como Malú, aunque su nombre es Anselma, para nosotros Selma.

Al principio quedarse en casa era placentero “porque —decían— son vacaciones”.

Pero los días pasan y no hay tal. Volver a lo mismo es imposible. Hay cosas que cambiaron, como trabajar desde la casa. Sólo esto tiene consecuencias diversas en el transporte público, contra la contaminación, por la calidad de vida de quienes moran en pueblos-dormitorio, y por el espacio liberado de oficinas para usarlo como vivienda en los centros urbanos, además de otras prácticas que exigen imaginar el futuro inmediato, cuando abandonemos el gran encierro. Es la segunda vez que se pospone la fecha para abandonar paulatina y ordenadamente el confinamiento porque se teme una segunda oleada que destruiría lo que se ha ganado.

Mamá se acomodó las gafas.

“No lo puedo creer”.

El libro se le resbalaba entre las manos a papá, que fingía “descansar” la vista. Él nunca duerme, sólo bosteza como si estuviera a punto de darse la vuelta, de volverse al revés.

“La Casa Amparo cierra”.

Papá saltó con el sofá adosado, súbitamente alerta.

“¿Cómo?”.

No era pregunta, sino respingo. Estaba estupefacto.

“Varios pacientes, digo, residentes, han muerto”.

El sofá arrugaba el entrecejo.

Varios viejos murieron en residencias semejantes. En alguna los empleados abandonaron a los enfermos, cuyos cadáveres fueron descubiertos días después. Alguno pudo escapar y refugiarse en casa de la hija. Selma también sobrevivió.

“También murieron varios cuidadores”.

La Casa Amparo no estaba preparada para la pandemia. Sin equipos personales protectores, quienes cuidaban a los residentes y poco después a los enfermos, corrían alto riesgo de contaminarse y varios habían muerto. Nadie podía hacerse cargo de Selma.

“¡Y!”. Papá estaba apoplético, el sofá temblaba. “¡Y qué quieren que hagamos con ella!”.

Mamá suspiró. Debe de haberse preguntado una vez más por qué se había casado con un menor de edad. Se arrepintió de pensarlo, pero era imposible disculpar su falta de empatía.

“Y tu madre regresa a casa.”

El último paseo de Selma fue a la Casa Amparo. Cuando la visitábamos la sacaban de la cama y entonces cabeceaba mientras nos esforzábamos por conversar, pero estaba agotada. Despertaba y llamaba a la señora que la cuidaba durante ese turno y era la señal para despedirse. Yo creo que la aburríamos. Normal. Dormía como si se recuperara de sus andanzas, pero la verdad es que la sedaban para que permaneciera en su habitación o participara en actividades recreativas como tocar algún instrumento en un salón color mamey donde languidecen los viejos boqueando como peces fuera del agua. Conforme la Casa Amparo se hacía pequeña en el espejo retrovisor papá cambiaba de humor. Por fin podíamos hacer lo que quisiéramos, aunque nadie sabía qué era eso. Súbitamente mamá Anselma había reaparecido y estaba en el recibidor. Nosotros sonreíamos como si hubiésemos obtenido el premio mayor. La cabellera asciende onduladamente sobre su cabeza y se sostiene en una peineta de madera oscura con destellos de jade. Va de negro, quizá un azul muy oscuro.

“¿Mamá Anselma?”.

“Está confundida”—dice papá adelantándose. Mamá

lleva un vestido blanco, el cuello en V y Selma puede haberla tomado por enfermera. Papá se acerca para besarla.

“No me agarres la pierna” —dice la nona cruzando los brazos sobre el rostro.

“Mamá Anselma mira, aquí quieren saludarte.”

La nona esconde su sonrisa incierta bajo la sombra de sus brazos.

“Selma para ustedes” —dice extendiéndonos los brazos a la espera de que la llevemos a su habitación.

“¿Creíamos estar peor?” —pregunta papá.

Y añade: “Agárrense porque esto apenas comienza”.

A la nona le gusta salir al balcón a fumar. Mueve los labios como si rezara, pero habla con el abuelo. Con ella la rutina es accidente. Por eso papá insiste en ponerle un poquito más.

“Los fármacos pierden su efecto y hay que doblarlos o cambiarlos”.

Mamá lo ignora dándole a la nona exactamente las pastillas indicadas en la receta del siquiatra.

“Parece nerviosa, ¿no? Sí, mírala, está nerviosa”.

Papá afirma que las medicinas no surten el efecto esperado y más después de ser perseguido por Selma que gruñía detrás hasta que se detuvo riendo a carcajadas. Ese día mamá compró pañales para adulto.

“¿No te acuerdas lo descansada que estaba en Casa Amparo?”.

Papá se enterneció ante su madre sentada en la sala como si esperara en el consultorio de la eternidad. Con el balcón abierto disfrutaba la brisa que venía del parque, estaba tranquila porque el último ataque fue extenuante. Le había dado un desvanecimiento, pero rígido. Azotó en el suelo y allí se quedó hecha una tabla.

“Fresca la Gloria” —dice la nona y me invita a acompañarla en el sofá.

“Con la Gloria a la vuelta de la esquina y no se les quita lo acémila.”

Selma me mira detenidamente pero su examen no me avergüenza.

“La vida se nos va ¿lo sientes? A ti que me escuchas, a mí que lo declaro. Pero eso sí: nada de miedo. ¿No tienes hambre?”.

Con tanto tiempo disponible cualquier cosa puede suceder, hasta creer que el virus es invento de un perverso científico o que Dios castiga a la humanidad por rejega. Será posible salir en septiembre. Tres meses. Mientras, la gente debe permanecer encerrada. Algunos turistas han quedado atrapados porque no hay vuelos y las fronteras están cerradas. Mamá dedica parte de la mañana a limpiar la casa porque el mantenimiento de la madriguera lleva cada vez más tiempo y es difícil encontrar reposo. Por la noche temprano la nona sale al balcón a recitar. Hay vecinos jóvenes que ponen música y todos bailan en sus balcones. Se ha construido un repertorio vecinal de variedades populares. No es una inundación del espacio acústico, es decir vil ruido, sino que demuestra un gozo colectivo. La nona también danza y según ella es la llama que alberga el volcán y corre de un lado para el otro. Luego se transforma en agua y es el mar de en medio sobre el que bogan bajeles de san Juan. Luego se vuelve la tierra y el sofá vibra. Pero la nona termina sus elementos a ritmo de las cuatro estaciones porque según ella Vivaldi compuso música de reventón en el siglo XVII.

“Ven, baila conmigo. A ver relájate ¡pero qué tieso!”.

La nona me enseñó a bailar disco y por la mañana lo practicamos a modo de ejercicio.

“¿Qué tal, eh? ¡Ni Jane!”.

Selma puede moverse muy ágilmente. Se nota que le gusta el ejercicio.

“Todo es cosa de detenerse a oír. Más arriba. La casa vacía conserva el eco de las voces que la habitaron, hasta el susurro que hizo el pétalo que cayó sobre la superficie brillante de la mesa” —y brinca cambiando el paso—. Cada día crece el número de víctimas. Las cifras nos recuerdan diariamente que nadie está a salvo.

“Alegres por la mañana, muertos por la tarde” —dice Selma, detenida ante el carrusel del que cuelgan varios esqueletos y un torero valentón.

A papá lo avergonzaba la espontaneidad de su madre, pero el sofá en cambio cada día respingaba menos.

“¡El regreso de los viejos!”

Entonces aparece Mamá Anselma y es otra cosa.

“Es una lástima que Paco haya muerto” —le dice como si le hablara a una mosca—.

“Paco era... fue tu tío. Murió pequeño, menor que tú” —mamá me informa.

La epidemia transforma la vida más que una revolución. Lo que era imposible hoy es cotidiano. Selma canta en el balcón, abre los brazos, sonrío desmesuradamente. No podemos aburrirnos. Desde que llegó la vida en familia se hizo una fiesta de disfraces. La nona es Mamá Anselma y Selma y la hechizada que se adentró en otra esfera.

“A veces creo estar en medio de una conversación con tu abuelo y me quedo esperando su respuesta y sé que mientras aguardo nos morimos”.

En Estados Unidos el presidente aconsejó inyectarse desinfectante contra el virus. Increíble pero cierto.

“Yo vi —declaró en una de sus apariciones televisivas— cómo mataba el bicho en cosa de nada. Yo lo vi. Lo mismo puede adentro o embarrado”.

“Tú que me escuchas, yo que te hablo y ellos que se internan al otro lado del río. ¿Qué soñaste anoche?”.

Permanece atenta a voces que sólo ella escucha.

“Paco ven acá —me dice papá— no creas todo lo que dice la nona”.

“Y esos bailes...”.

“Te llamarás Gudelio —le dice Selma a papá—. Gudelio el fodongo”.

Mamá mira el suelo. Extraordinario porque no sucede nada, el sofá no se mueve un ápice. En el gran encierro el mundo encogió y no sabemos qué sucederá en otoño.

“A la cama” —Selma rompe su silencio alucinado—. Cruza la sala y aplaude repitiendo: “¡A la cama!”, como quien encabeza el desfile.

Cuando le preguntamos por qué si apenas es mediodía responde “porque es por la noche” y la seguimos. Quizá eso signifique el naufragio de los días que pueden ser nocturnos y las noches diurnas. Con el retorno de los viejos nunca se sabe.

La covid-19 en Blanco Trópico (que otros llaman Yucatán)

Adrián Curiel Rivera

Mérida, 30 de mayo— Había una vez un bello estado de la República mexicana que en el siglo XIX se declaró país independiente, no una sino dos veces, y que ya entrado el XXI recibía a millares de turistas al año, invadido por centenares de oriundos de otras partes de la nación que aquí nos hemos venido a radicar. Y por gringos y canadienses jubilados, de chanclas, camiseta sin mangas y dudosa higiene personal en algunos casos. Era un estado rico y soberano (dentro del pacto federal), con un calor del carajo y ocasionalmente azotado por huracanes. Quizás sus playas no fuesen tan hermosas como las del Caribe, pero ciertamente eran muy

disfrutables. Amén de sus célebres zonas arqueológicas; de sus selvas húmedas por cuyas brechas era posible internarse para descubrir sus cenotes y bañarse en ellos. También era factible admirar a bordo de una lancha sus manglares y las rías de perezosos cocodrilos, los gráciles flamencos y otros pájaros asombrosos que revoloteaban ante los binoculares. Y comer sabroso y grasoso, apurando los condimentados bolos de maíz o cochinita con una cheva helada. Un placer adicional era observar a los rollizos toloc bajo el sol en las albarradas, y luego tener que corretearlos y expulsarlos de tu jardín con una malla para limpiar la alberca. En fin, el paraíso. Una utopía, diría alguien. Su capital concentraba las principales fuentes de riqueza y el gobierno. Podría decirse que la vida transcurría en la pacífica tranquilidad tropical de siempre. Hasta que llegó no el SAT de la Secretaría de Hacienda sino un virus mucho más maligno: el SARS-CoV2.

A partir de aquí el relato debe formularse en tiempo presente, aunque antes se impone una mínima cronología, ya que, pese a ser una península —en muchos sentidos una isla—, y a su histórico regionalismo, Blanco Trópico no es ajeno a lo que pasa en el mundo y el resto del país. El 30 de enero la Organización Mundial de la Salud declaró que el virus detectado por primera vez en Wuhan, China, de origen zoonótico y transmitido a los humanos probablemente a través de una sopa de murciélago, o de algún manejo inadecuado de productos en un mercado de animales chino, había contaminado a tantas personas que el planeta se encontraba frente a una emergencia de salud internacional. El 11 de marzo, su director, el etíope Tedros Adhanom, anunció que nos hallábamos amenazados por una pandemia. El Consejo de Salubridad General mexicano, por su parte, decretó la emergencia sanitaria el 30 de marzo. El gobierno de Blanco Trópico, hay que

reconocerlo, implementó algunas acciones oportunas, por ejemplo, la suspensión de clases desde el 17 de ese mismo mes en todos los niveles educativos, adelantándose incluso a las autoridades federales. La cancelación del ingreso a zonas arqueológicas como Chichen Itzá y Dzibilchaltún. El cierre temporal de bares, discotecas, centros nocturnos y, poco después, restaurantes, cines, clubes sociales y gimnasios. Luego determinó el cese indefinido de actividades no esenciales, para lo cual confeccionó una discutible lista que en los hechos ha dado pie a la discrecionalidad y abusos de la policía. Así, algunas tienditas tienen permitido abrir, otras no; esta tlapalería sí, aquella no. La construcción está prohibida, pero si eres un vecino influyente de la zona norte de la ciudad, pues que los albañiles entren a su casa a hacer las reparaciones con discreción y cubrebocas, cuyo uso obligatorio se instauró posterior y juiciosamente. No obstante, al amparo de la opinión de un improvisado comité de epidemiólogos y expertos, el gobierno también ha tomado resoluciones arbitrarias que delatan el verdadero talante represor de quien lo encabeza. De la nada, se amenazó a la ciudadanía con cárcel hasta por tres años y una multa de hasta 86 mil 800 pesos para cualquiera que presentara síntomas o hubiera sido diagnosticado con coronavirus y no acatara el aislamiento. Es verdad que hay gente muy inconsciente, hasta estúpida, y que ha sido fundamental en este apocalipsis evitar la saturación de los hospitales. Pero hay excepciones que en su ceguera y mano dura las autoridades albotropicales no previeron. Si un padre está infectado, y lo sabe, pero su mujer e hijos también, ¿lo van a meter a la cárcel por llevar a su familia a la clínica? Otros absurdos se han presentado con la disposición de que pueda haber sólo una persona por automóvil, para disminuir la movilidad y el riesgo de contagio. Pongamos por caso: mi compañera, que es músico, trabaja en su

estudio, a pocas cuadras de nuestra casa. La creación es una actividad esencial para su salud física y emocional, aunque la lista oficial no la considere así e incluya, en cambio, a la seguridad privada, para que los ricos estén tranquilos, como si eso representara algún beneficio para el interés público. Mi pareja no sabe conducir. Me pide que le dé un aventón, porque estamos a 40° C. Decido hacerlo y me detiene una patrulla. Me amenaza con arrestarme si no damos la vuelta, ella tendría que viajar en uber o taxi, lo que aumenta el riesgo de contagio para la pasajera, para el conductor y para mí mismo. La sabiduría impar del dichoso comité de expertos. Pero todavía hacen algo peor: bajo el pretexto de reducir la violencia familiar, sobre todo contra mujeres y menores de edad, le cuchichean al gobernador, según el chisme un abstemio redomado, para convencerlo de que decrete la ley seca. También se argumenta, a favor de tan progresiva medida, mientras que en países como Canadá se declara a la producción cervecera como una actividad esencial para su economía y la felicidad de sus habitantes, que los pobrecitos indígenas son tan brutos que son incapaces de no emborracharse en el encierro y comenzar a golpear a esposa e hijos, lo que incrementa el número de llamadas al 911. Nadie niega que la violencia intrafamiliar y contra las mujeres sea una realidad atroz en nuestro país, pero en una democracia el gobierno no debería asumir el papel del padrecito de iglesia que pastorea a sus ovejas descarriadas, haciendo además pagar a justos por pecadores. Si un individuo golpea a quien sea en estado de ebriedad, pues que le apliquen el rigor de la ley y lo sometan a un programa reeducativo, en lugar de atropellar los derechos de los bebedores civilizados. En este punto ha sido evidente la ideología de derecha, puritana y católica de las actuales autoridades. Y el desconocimiento de, o desprecio a, la historia y el

episodio de la Ley Volstead y la prohibición de venta de alcohol en Estados Unidos entre 1920 y 1933. Era obvio que ocurriría lo que está sucediendo: florecen el mercado negro, el contrabando y hasta los asaltos a plena luz del día a las bodegas de las plantas cerveceras. Por no hablar de la ristra de muertos por beber licor adulterado.

El inevitable aislamiento, para quienes lo realizamos, pues los que viven al día no pueden darse ese lujo, nos ha afectado en muchos aspectos emocionales y de la cotidianidad. Los padres que tienen hijos en edad escolar han visto cómo el pésimo sistema educativo del país se metamorfosea ahora en una ridícula carga de tareas vía remota que suma al enclaustramiento domiciliario el suplicio del complejo de culpa de los colegios, que de algún modo deben de justificar su razón de ser y, en el caso de los particulares, el cobro de onerosas colegiaturas. Del mismo modo, en el trabajo debemos someternos a una oleada de interminables reuniones virtuales, a través de Zoom o de otras plataformas, donde muchos sienten la necesidad de perorar para escucharse a sí mismos, en una especie de no solicitada terapia colectiva, o de erigirse en presuntos especialistas en covid-19. La violencia en Blanco Trópico, sobre todo la familiar, contra los augurios del multicitado comité no ha disminuido en esta coyuntura tan ruda, pues el trasfondo social sigue siendo la pésima o nula educación básica de mucha gente en todo el país, y no que alguien beba o deje de beber sus cervecitas. O lo que se le pegue la gana.

Con todo, la pandemia pasará. Los estados más poderosos y las farmacéuticas más mercenarias llegarán a un acuerdo y se dispondrá de una vacuna. Con suerte, se extinguirán los comités de expertos y, con más suerte, también las conferencias Zoom. Las salas de cine reabrirán sus puertas y podremos descansar de las montañas de basura de Netflix. Pero si algo ha puesto de manifiesto

en Blanco Trópico esta epidemia, es la peligrosa facilidad con que la utopía se convierte en distopía, lo poco que valen las garantías individuales cuando aparece el autoritarismo. En esta geografía, que tan buena y falsa imagen goza en los medios, la emergencia sanitaria se ha confundido con un estado de excepción. Calles cerradas, retenes en la ciudad y la carretera, policías con perros amedrentando a los conductores. Comunidades indígenas literalmente secuestradas en sus pueblos por furgonetas policiacas, a la espera de las despensas que les quiera dar el gobierno, en ejercicio de un paternalismo tan rancio como cuestionable. Y otras flagrantes violaciones a la libertad de tránsito, como la prohibición de ir a la playa y sancionar duramente, hasta con calabozo, a quien la infrinja. Una anécdota ilustrativa al respecto. Al presidente municipal de Progreso, un conocido puerto de Blanco Trópico, se le ocurrió imponer el toque de queda en su jurisdicción a partir de las siete de la tarde. Sí: toque de queda. Recibió una recomendación de las instancias defensoras de los derechos humanos. Por momentos, he tenido la impresión de habitar el libro *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury, en una versión con palmeras mecidas al viento y bananos. Y he recordado una triste lección de historia que yo creía de alguna manera superada. Las élites de Blanco Trópico siguen siendo las propietarias absolutas del poder político y económico. Los indígenas son una legión de explotados sin acceso a servicios mínimos. Confinados a la fuerza en sus aldeas —aunque algunos se las ingenian para ir a trabajar a la urbe, tal es su necesidad—, ahora viven una situación en extremo desesperada. Visto así, Blanco Trópico vuelve a asemejarse a una gran hacienda colonial de patrones y criados, cuya real esencia no desmienten ni siquiera sus modernos rascacielos.

Miedo derretido

Martha Bátiz

Toronto, 31 de mayo— En Toronto los inviernos son muy largos así que a mediados de marzo, cuando nos pidieron cesar toda actividad no esencial, el frío (que aquí se apellida “Del Carajo”) hizo que el encierro fuera más fácil de acatar. Desde noviembre veníamos cargando botas, chamarras, abrigos, guantes, bufandas, gorras, paleando nieve para salir o entrar a la casa, caminando con cautela sobre hielo y sal para no resbalar. A la vista le duele la ausencia de colores en las calles y aunque a los canadienses sólo los frenan las tormentas que obstruyen el paso con al menos 10 cm de “excremento celestial”, para muchos fue una bienvenida novedad quedarse en casa. Se suponía que el encierro iba a durar un mes y, aunque ya suponíamos que se extendería, albergábamos la esperanza de que la primavera diluyera la adversidad, como si el virus fuera tormenta.

El invierno, sin embargo, alargó su estancia y nos regaló el abril más frío en décadas y hasta un par de nevadas a mediados de mayo, cosa que en mis 17 años aquí no había vivido. Pronto nos sentimos atrapados en una bola de nieve de las que venden como recuerdo en los aeropuertos, con su lindo paisaje blanco que al agitarse se baña en copitos de unicel. El silencio en las calles hacía parecer como si de verdad se hubiera encerrado el mundo dentro de una esfera de cristal.

Las autoridades canadienses tuvieron reacciones diversas ante la pandemia: unos días antes de *March Break*, el gobernador de Ontario, Doug Ford, les dijo a los jóvenes que disfrutaran sus vacaciones en la playa (a Florida, a México, a Sudamérica, ¡toda la gente sale en desbandada

a donde haga calor!), pero no había transcurrido ni media semana cuando el Primer Ministro, Justin Trudeau, hizo un llamado para que todo canadiense que estuviera en el extranjero de vacaciones regresara al país. Como aquí vive gente que viene de todas partes del mundo, el resultado fue un gran caos no sólo para aerolíneas y pasajeros, sino que los aeropuertos parecían kermés. Incluso la esposa de Trudeau contrajo el virus y él mismo tuvo que aislarse. Se cerró la frontera. Ante el horror de lo ocurrido en Italia, España y Ecuador, la gente se guardó.

Los canadienses suelen ser discretos, obedientes y ordenados y así, en silencio, se hicieron filas para el supermercado (en el frío, bajo la nieve o la lluvia congelada) sin que nadie respingara. Las calles vacías, las tiendas cerradas, los mensajes de apoyo y orientación del Primer Ministro y de los gobernadores de cada provincia se volvieron el pan nuestro de cada día. Pero a juzgar por el creciente número de contagiados que se han registrado recientemente, la gente obedeció las indicaciones desde mediados de marzo hasta el Día de las Madres, cuando muchos decidieron reunirse en familia. Y ahora, cuando hemos entrado de golpe —y prácticamente sin primavera de por medio— al verano, el miedo parece haberse derretido.

Canadá no sólo padece de las dos emblemáticas soledades identificadas por Hugh MacLennan, sino que además tiene doble personalidad. La diferencia de temperatura entre el invierno y el verano puede ser de hasta 80 grados centígrados y tan drástico es el cambio de paisaje como lo son el humor y comportamiento de la gente. El hambre de sol arrastra a la ciudadanía hacia calles y parques y este fin de semana, el primero en que estos últimos se abrieron, salieron manadas de torontonianos a hacer picnic y a asolearse sin cubrebocas y sin respetar la sana distancia. Esto incluyó al alcalde de la ciudad, John Tory, que traía su tapabocas

de collar y no guardó la distancia requerida porque la concentración de gente lo hacía imposible. Las consecuencias de tal irresponsabilidad se verán en un par de semanas, y por lo pronto los médicos le han lanzado mensajes furiosos a la población. “Es como si nos escupieran a la cara”, han dicho y dicho bien.

El virus ha permitido asimismo que el monstruo que a ningún canadiense le gusta reconocer pero que vive entre nosotros, el racismo, asome la cabeza: los ataques contra personas de origen asiático están a la alta. Y muchos señalan que la reacción de las autoridades ante la gente congregada en el parque, mayormente blanca, habría sido otra de haberse tratado de una aglomeración de personas de color. Aunque Canadá tiene un elevado nivel de vida y el gobierno ha hecho enormes esfuerzos para apoyar a los millones que han perdido su empleo o han tenido que cerrar sus negocios, no es un país perfecto. Y esas imperfecciones salen a la superficie cuando la gente está estresada, con miedo o, como ahora, simplemente ansiosa de salir: tras tantas semanas momificados bajo capas y capas de ropa o entre cuatro paredes, urge llenarse de aire que no huela a calefacción. Las calles están volviendo a la vida, se oye el graznar de los gansos, las familias pasean en bicicleta o caminando, flores de todos colores decoran casas y avenidas. Es el tiempo de jugar a la jardinería, abrir patios, hacer asados, tomar cervezas al aire libre hasta el anochecer. Mis vecinos han empezado a recibir visitas “a distancia”, los veo rodeados de amigos que se quedan en el porche conversando, que se ríen a carcajadas, Y los envidia y los odio porque me hacen difícil mantener mi propia disciplina y, sobre todo, a mis adolescentes aisladas: “¿Por qué ellos sí ven gente y nosotros no?” Porque son como los irresponsables que se aglomeraron en el parque, pienso; porque creen que a ellos el virus no los va a tocar. Se llaman #COVIDiots y Canadá también es su hábitat.

Quizá se deba a que los hospitales no se han visto desbordados. Gran porcentaje de los muertos han sido ancianos que vivían en casas de retiro, gente mayor (de ahí que al inicio se le llamara al virus *boomer remover*). Las cirugías y tratamientos no urgentes se han pospuesto y nadie quiere ir a las salas de urgencias. Algunos han fallecido de ataques al corazón o quedado paralizados por embolias precisamente por evitar el hospital. O quizá se deba a que es verdad eso de que nadie experimenta en cabeza ajena. Ahora que el calor atraiga a más personas afuera quedará al descubierto la magnitud real del peligro. Yo también estoy ansiosa de ver a mis amigos y salir a disfrutar del lago, tirarme en alguna playa a tomar el sol, hacer parrilladas y fiestas “de traje”, pero sigo atrincherada, con tapabocas y guantes de látex incluso a casi 40 grados de calor cada vez que salgo al supermercado (mi única salida a la semana). No me permito olvidar que, mientras para otros países la curva ya rebasó su pico o está en proceso de aplanarse, aquí apenas empieza nuestra prueba de fuego. Y de segundas olas no quiero ni oír hablar.

El alma del señor Yoshio Tateishi

Fernando Iwasaki

Vega del Guadalquivir, 1 de junio— Desde hace más de 20 años vivo en una casa rural de la vega del Guadalquivir. Vinimos al campo para no soportar las incomodidades de la ciudad, para tener una biblioteca, para recoger perros, para tocar instrumentos musicales sin incordiar a nadie y para sembrar frutales y hortalizas. Si no revelo mi forma de estar en el mundo quizá no se entienda por qué no me

he sentido confinado en ningún momento, aunque para muchas personas mi vida ya era un confinamiento.

*

No tener que ir a dictar clases a la universidad ha sido maravilloso, pero he trabajado más horas que nunca entre clases digitales, grabaciones de videos, tutorías *online* y correcciones de trabajos. Periódicos y revistas que nunca se habían dirigido a mí me han pedido toda clase de colaboraciones, que he cumplido a trancas y barrancas para no descuidar mis compromisos habituales. Me considero afortunado, pues no he perdido ninguno de mis empleos. No recuerdo que mi padre haya tenido vacaciones jamás y yo mismo trabajo desde los 16 años. Esta semana cumpliré 59 y la pandemia ha incrementado mi ilusión de ser un jubilado. Mala suerte: debo seguir trabajando porque estaré endeudado hasta los 75, si vivo para entonces.

*

Como el coronavirus es el monotema, todos los videos y artículos que he preparado para atender las solicitudes que he recibido los he dedicado a pestes y distopías, pues muchas ficciones distópicas nacieron de una epidemia (*I am Legend*, *The Walking Dead*, *Resident Evil*, etc.) y numerosas obras literarias tienen una enfermedad como telón de fondo (*Los novios*, *Muerte en Venecia*, *El amor en los tiempos del cólera*, etc.), por no hablar de novelas donde las epidemias se convierten en personajes, como *Los días de la peste* de Edmundo Paz Soldán. Pero me he dado cuenta de que escribir gratis sobre enfermedades en medio de una pandemia no ha sido la mejor idea. Lo correcto habría sido cobrar por asustar, porque ahora pensarán que el asustado soy yo.

*

Mi hija María Fernanda está embarazada de siete meses y conseguimos traerla desde Boulder con su marido. Ahora están en casa y mi primer nieto nacerá en alguna de las fases de la desescalada. Por lo tanto, no puedo ser pesimista. En realidad, tengo más razones para sentirme bien que para sentirme mal, aunque mi hija se irá con su bebé a Zúrich a mediados de setiembre. Sin embargo, desde finales de marzo me he dado el lujo de mimarla y por fortuna se irá a vivir a un país seguro, neutral y donde abunda el chocolate.

*

Mi hija Paula —actriz ella— permanece en Madrid reconvertida en narradora de audiolibros y el joven Andrés —cantautor y auxiliar de vuelo— ha venido a casa a quedarse hasta que escampe. Para mis hijos es un placer venir al campo porque estamos los padres, pero les aterra la posibilidad de tener que hacerse cargo de los árboles, las hortalizas, los perros y los libros el día que faltemos. “Esto es muy grande”, “nosotros vamos a vivir en otros países” o “¿por qué no donas la biblioteca?”, son algunas de las delicadezas que he tenido que escuchar y sin estar conectado a ningún respirador.

*

Mi auténtico diario del confinamiento lo he escrito en los márgenes de mis libros más queridos, porque he decidido dejar recados para un lector futuro que ojalá sea uno de mis hijos, tal vez los nietos o quizá el cliente de la librería de viejo donde acaben los libros que atesoro desde la adolescencia. Deseo que alguien encuentre mis anotaciones de estos días en la *Poesía Completa* de Vallejo, en mi edición de los *Ensayos* de Montaigne o en mis adorados libritos de

bolsillo de Borges, deshojados por años de trasiego agradecido y fascinado.

*

A mediados de abril recibí el correo del amable señor Haruo Ishioroshi, quien me oyó contar en el Instituto Cervantes de Tokio que sembré un mandarino en memoria de mi padre junto a un «jardín de almas» japonés. Es decir, un jardín de cantos rodados de distintos colores que fui recogiendo por mi chacra sevillana cuando regresé del funeral de mi padre. Ningún *tsuboniwa* verdadero se forma acarreando carretillas de piedras, porque ellas llegan a los templos una por una, como humildes ofrendas de anónimos peregrinos. Así, el «jardín de almas» de mi padre es como un pequeño santuario donde algún peregrino podría dejar una piedra tersa y esmerilada por el tiempo. Por eso el señor Haruo Ishioroshi me pedía —por favor— que en su nombre colocara una pequeña y perfecta piedra en memoria del señor Yoshio Tateishi, fallecido por coronavirus. Cuando me dijo que el alma de su amigo disfrutaría junto a la de mi padre no me pude negar: caminé por la parcela, elegí un canto jaspeado, lo lavé con los dedos para asegurarme que no tuviera ninguna aspereza y dejé al señor Tateishi espejeando al sol, perfumado de azahar del mandarino.

*

Me conmueve saber que a miles de kilómetros de mi casa rural sevillana, mientras mis hijos se preguntan qué harán con este trozo de tierra cuando sus padres no estemos, una persona extraña que apenas me conoce es capaz de pedirme un humilde homenaje en casa para honrar a su amigo muerto. Pido perdón por no escribir sobre el dolor, la crisis o la ruina, pero es que a mí la pandemia me ha permiti-

tido estar en casa, me ha convertido en abuelo y me ha traído el alma del señor Yoshio Tateishi.

—*La Vereda de los Carmelitas, junio 2020*

Del correcto aseo de los dientes

Benjamín Cann

México, 2 de junio— Todos los días de las últimas semanas escucho que regresamos a la nueva normalidad. No tengo la información necesaria ni la inteligencia requerida para analizar de qué va esto de una “nueva” normalidad. Tengo de mi lado un sentido común maleado, desconfiado a fuerza de costumbre y de “normalidad”. ¿Cuál es esa nueva normalidad? Ya nos acostumbramos a saber que en nuestro país, cerca de nosotros, desafortunadamente muy cerca de nosotros, hay guerra: el llamado crimen organizado continúa laborando en su propia normalidad. Es normal saber que mueren en promedio 10 (recientemente una nota en el periódico *Reforma* dijo que 11) mujeres todos los días pero no por enfermedad o accidente. Muertes dolosas es nuestra normalidad. Dice nuestro presidente que ya no hay corrupción. La nueva normalidad consiste, acaso, en que él cree que eso es cierto. Los civiles, los que andamos en la calle, sabemos que no es cierto. También sabemos que la información que recibimos, tanto la oficial como la privada, no es confiable e incluso nos burlamos de ella. Pero esto no es una nueva normalidad. Tengo 66 años. Esto es y ha sido, desde que tengo memoria civil, lo normal.

Hace poco escribí para el programa de mano de una obra de teatro que la pandemia no nos permitió estrenar, que un autor de teatro busca, desde el teatro, la verdad, que

es el trabajo fundamental de cualquier teatrero: encontrar verdad. Es su materia de trabajo: fabricar, desde la verdad, una mentira tan veraz que sea verdadera en la mente del espectador. El espectador es el personaje principal del teatro, porque la verdad no sucede en la escena: la verdad sucede en la cabeza de cada espectador.

Los teatreros partimos de la verdad que observamos en nuestra cotidianeidad para “contarnos” y para eso nos ponemos en situaciones en las que el espectador nunca se pondría. Esa es nuestra normalidad.

El espectador nos mira. Mira el horror, o la indolencia. O lo que quiera ver. El espectador mira a un hombre fornicar con su propia madre y sacarse los ojos después, desde que los griegos nos contaron ese cuento. A saber, en la nueva normalidad nadie fornicar con su madre, aunque a veces se nos pida, indique u ordene hacerlo. El teatro toma una metáfora, o una excusa, y fabrica una historia concreta, a veces incluso ambigua, para que el espectador encuentre reflejo de su vida y a través de ese reflejo, eso: reflexione.

Nuestro teatro describe nuestro país, nuestro momento actual: qué nos pasa cuando vivimos rodeados de violencia. Qué nos pasa cuando nuestra sociedad rompe sus límites, como hemos hecho ahora. ¿Qué es posible? ¿Qué ya no era posible y volvió a serlo? ¿Cómo lidiamos con lo que vemos todos los días? Con lo que nos rodea...

Incertidumbre.

Una pareja de amigos se separó durante esta pandemia. Una pareja de amigos se reencontró en la pandemia.

Yo escribí, durante esta pandemia, el siguiente texto para mi hijo, en forma de monólogo teatral:

“DEL CORRECTO ASEO DE LOS DIENTES”

Un hombre frente al espejo de su baño, en casa. Coloca su celular de manera que pueda grabar su imagen reflejada en el espejo.

El hombre toma su cepillo de dientes y el tubo de pasta de dientes.

Mira su imagen en el espejo. Se mira a sí mismo. Y dice:

“Demócrito, según lo describe Diógenes Laercio, era un hombrecillo anciano y fatigoso, muy melancólico, y muy dado a la soledad. Teólogo, médico, político, matemático. Le gustaba la agricultura. Erudito en todos los campos. Se sabe de él que, con la intención de poder contemplar mejor, se sacó los ojos. En serio, Julio, se sacó los ojos para contemplar mejor, y fue ciego por voluntad propia en sus últimos años. Y según se dice, le obsesionaba la precisión”.

“Precisión”.

“Por eso te grabo este video que explica, con precisión, cómo debe ser el aseo correcto de tus dientes. Es algo que deberían enseñarnos desde la primaria, pero nunca nadie nos enseña. Cuando yo era niño había un *spot* en la tele con Chabelo... (*Canta la canción:*) Los dientes de arriba se cepillan hacia abajo... los dientes de abajo se cepillan hacia arriba...” mamadas, hijo. Mentiras. Pero esas mentiras cuestan mucho dinero a la larga. Las caries... muelas que se rompen... ¡pinches dentistas, se pasan! 80 mil pesos por un implante, y sobre todo, ¿quién permite esos *spots*? Ahora hay uno genial, hecho para combatir la violencia doméstica —tema en el cual ocupamos un lugar alto en las estadísticas mundiales— que te dice claramente que si te enojas con tu pareja, tú, hombre iracundo, que incluso según tu criterio probablemente tengas razón para enojarte —esta pregunta no la plantea el *spot*, la deja a la libre interpretación del iracundo— lo que debes hacer es contar

hasta 10. “Cuenta... cuenta... cuenta... cuenta hasta 10” y seguramente ya con eso las ganas de golpearla se te van a quitar. Al menos, supongo, se te van a distraer.

“A lo que te truje chenchá”, decía mi padre. Mi papá murió joven. Tenía, creo, 54. En un accidente, en la carretera. En su entierro un amigo suyo, del trabajo, creo, me dijo que eso no era cierto, que se andaba cogiendo a la esposa de alguien picudo y lo mandaron matar. Cuando vi su cuerpo muerto, los dientes de abajo estaban... como salidos... así...”.

(Muestra cómo, sacando la parte baja de la dentadura, la quijada hacia adelante, y se queda pensando un poco).

“No creo. Pero de los padres uno nunca sabe. Como sea. No hay que llenar el cepillo de pasta, ese es un error. Se debe poner, en la orilla superior del cepillo, la pasta equivalente a un chícharo. Así”.

(Muestra la acción claramente.)

“Luego, empiezas con las muelas de hasta atrás del lado que tú quieras... yo le voy variando, para que la pasta eventualmente se aplique en... todas...”.

(Empieza la acción y mientras la hace, habla.)

“La idea es que vayas de arriba... hacia abajo... desde la encía y con este movimiento... ¿Viste?”.

(Muestra cómo su mano, en coordinación con su muñeca, hace que el cepillo recorra de arriba hacia abajo cada una de las muelas superiores.)

“... Así eliminas el sarro, que es el problema más imp... ¿Viste? Así, solamente las muelas. Esto es muy importante: cuando llegues a los colmillos, allí ya es otra cosa. Fíjate bien: así”.

(Ahora pone el cepillo en posición vertical y muestra cómo debe cepillarse desde el colmillo hasta el siguiente colmillo, pasando por cada uno de los dientes frontales. De pronto, Interrumpe la acción. Escupe).

“Heinrich Böll, el escritor alemán, escribió la novela *Opiniones de un payaso*. En alguna traducción le pusieron *Confesiones de un payaso*, pero yo creo que es mejor ‘opiniones’ porque... bueno, eso no importa ahora. El caso es que cuenta de un tipo que después de tener una relación de varios años con su mujer, ella lo deja. Se enamora de otro y lo deja. Él, no me acuerdo de su nombre, una noche se está lavando los dientes y se da cuenta de que ella no se llevó su cepillo. De dientes. Lo mira, el cepillo, gastado, y piensa que ese hombre con el que ella se fue, tal vez le haga el amor todas las noches, tal vez la bese con gran pasión y le muerda los pezones y le meta los dedos en la vagina y ella goce con esto. Pero ese cabrón nunca será capaz de darse cuenta de cómo ella se cepilla los dientes cada noche. Eso sólo él. Él sí sabe cómo ella agarra el cepillo, y cómo ella le pone la pasta, y cómo ella escupe después... Le dan celos, pero no de que ese hombre ‘se coja’ a su mujer. Eso cualquier hombre. De que se dé cuenta de cómo ella se cepilla los dientes...”

(El hombre sigue su acción de lavar los dientes.)

“¿Sabías que la flatulencia es un síntoma de melancolía?”

(Sale a la recámara. Sobre el buró, un libro, entre otros varios. Lo encuentra y lo muestra a la cámara del celular: Anatomía de la melancolía, de Robert Burton, en versión de Alberto Manguel.)

“En este tratado el autor, el doctor en medicina Robert Burton, siglo 16... o 17... estudia y describe la melancolía, que se pensaba con certeza era causa de mortalidad. ¡La gente se moría de melancolía! Y dice Burton que una de las más importantes causas de melancolía es la dieta... déjame ver si lo encuentro... ahorita que tenemos tiempo, total, estoy todo el día encerrado... A ver, te leo esto:”

(Busca en el libro una cita. Encuentra otra. Le parece importante...)

“Fíjate, escrito en el siglo 16... o 17...” (lee) “...Soy un mero espectador de las fortunas y aventuras de otros hombres, de cómo representan sus papeles... como si de un teatro o una escena se tratase. Todos los días recibo nuevas noticias y rumores de guerras, plagas, incendios, inundaciones, robos, asesinatos, masacres... ojo ¿eh? Siglo 16, 17... batallas guerreras con muchos hombres muertos por defender un pedazo de tierra... tratados de paz, alianzas, estratagemas y nuevos peligros. Promesas, deseos, acciones, edictos, peticiones, pleitos, alegaciones, leyes, proclamas, demandas, ofensas llegan diariamente a mis oídos. Nuevos libros cada día, panfletos, historias... nuevas paradojas, opiniones, controversias... noticias de matrimonios, entretenimientos, justas y torneos... trofeos, triunfos, y luego, como en una nueva escena, traiciones, engaños, robos... muerte de personas importantes, nuevos descubrimientos. Siglo 16, 17”. (Busca en otra página...) “A uno se le indulta, a otro se le encarcela, uno lo logra, otro fracasa, éste prospera, su vecino cae en la bancarrota: ahora con abundancia, y luego otra vez con escasez y hambre. Todo esto lo oigo diariamente, noticias tanto privadas como públicas...”.

(Deja de leer. Se queda un momento pensativo. Cierra el libro. Regresa al baño y continúa su lavado de dientes, siempre mostrando la manera correcta de llevarlo a cabo: ese es el verdadero motivo de hacer este video para su hijo.)

“Endoncias, amalgamas, implantes, parodoncias... limpieza dos veces al año...”.

(Cepilla la dentadura inferior en dirección inversa a la anterior: de abajo hacia arriba. Muela por muela.)

“Así”.

(De pronto se detiene.)

“Mi papá se sacaba toda la dentadura para limpiarla. Digo ésta, la de abajo, así...”

(Muestra cómo la sacaba su papá. Se mira al espejo, y sigue lavando sus dientes. No habla por un momento. Termina de lavarlos, con cuidado, sin prisa. Escupe, se limpia la boca con la toalla. De pronto, voltea hacia la cámara del celular. Se acerca tanto al lente que su rostro queda desenfocado.)

“Yo una vez vi, sin querer, un mensaje en el celular de tu mamá y me dieron celos”.

(Hace una pausa. Él mismo no sabe en qué piensa. Es un hombre sin un lugar adónde ir. Y desde Dostoyevski sabemos que un hombre debe tener un lugar adonde ir. Voltea a mirarse al espejo. Mira el cepillo de dientes. Saca del cajón el hilo dental y empieza la acción de limpieza.)

“Por eso, en estos momentos de ocio, que, ojo, el ocio también es causa de melancolía, te hago este video. Cuida tus dientes, hijo, o vuélvete rico. Ahí tú sabrás.”

(Limpia sus dientes con el hilo, torpemente.)

“Nunca sé bien cómo hacerle... se me zafa... ¿ves? Pero es importante, porque se te queda comida entre los dientes, y ahí sí: caries”.

(Se le zafa el hilo, se ríe. Trata de enrollarlo como es debido entre los dedos medios.)

“En el siglo 16, 17... se moría uno de melancolía...”.

(Interrumpe su torpe manera de usar el hilo dental. Busca. Encuentra otro cepillo de dientes en el mismo mueble del baño. Es un cepillo diferente: las cerdas muy gastadas. Demasiado gastadas, indicando la manera caótica en la que la persona que antes lo usó se cepillaba los dientes. Es el cepillo de su mujer. O ex mujer... Él mira el cepillo.)

“Y nada más decía: ¿puedes hablar?”.

El hombre mira el cepillo de dientes de ella. Largamente. Algo en su mirada cambió. O tal vez no en su mirada. Algo cambió.

Propuesta para una nueva normalidad: todos miramos lar-

gamente. Tal vez si miramos lo suficientemente largo algo cambie.

Todos sabemos que quienes nos informan no nos dicen la verdad, pero parecemos estar de acuerdo en que así es la convención. Como en el teatro: unos cuentan el cuento, otros convienen en asumirlo como verdadero. El teatrero, como dije antes, trabaja con la verdad y la transforma, la trastoca para que su público la asuma como eso: la verdad. Hoy, en los medios, el teatro que se arma el teatrero principal nos propicia confusión. Su verdad es inverosímil. No nos conmueve. Incluso, nos enoja. Su nueva obra de teatro, “la nueva normalidad”, equivoca su género y traiciona el principio fundamental que sostiene al teatro: el convencimiento de que lo que está pasando, lo que me cuentan los actores que está pasando, es verdad.

Todos creemos saber que la violencia contra las mujeres no sólo persiste sino que aumenta. El presidente dice tener otros datos, y que el 90% de las llamadas de denuncia de mujeres violentadas son falsas. Encerrados en casa y especulando temerosos. Incertidumbre. Decisiones caprichosas que no acabamos de entender, y que, a diferencia de como sucede en el teatro, no se explican. Mentira. Corrupción. Crimen. Impunidad. ¿De qué sonrío siempre el actor cuyo monólogo intenta convencernos de su veracidad? ¿Por qué sonrío siempre? Es un estilo de actuación confuso. Como esos bailarines que, sin importar lo que bailen, siempre que están de frente al público, por alguna razón misteriosa y sin ninguna justificación dramática, sonrían, y uno piensa: ¡qué contento está! Será que él sí tiene trabajo...

Poca confianza en las palabras, y en el teatro la palabra es el vehículo. No hay adónde ir. Melancolía. Poca precisión.

Engaño.

Sacarnos los ojos.

¿Y lo nuevo?

Visión del enclaustrado

Alberto Manguel

Nueva York, 3 de junio— A lo largo de toda mi vida, he buscado (y encontrado) mis experiencias narradas por otros. Milagrosamente, a través de los siglos y los mares, personas que no pudieron conocerme supieron de mis circunstancias y desventuras, felicidades y epifanías. Esta sorpresiva obligación de volverme prisionero entre cuatro paredes no me ha sorprendido. Mi nueva condición fue contada centenares de veces, en la voz de Segismundo, de Robinson Crusoe, de Miss Havisham. No soy un avanzado.

De estos hermanos mayores he aprendido mucho, y su compañía cotidiana me consuela de la ausencia de otros. Me ayudan a reflexionar. A lo largo del día, me ocupo de idear (como Edmond Dantès) planes de evasión, de soñar (como La Bella Durmiente) con quien vendrá a rescatarme, de estudiar mi entorno (como Xavier de Maistre), de añorar el pasado (como Ovidio en Tumis). Quien más me acompaña, sin embargo, es un anarquista genial cuya rabia contra la injusticia y el infortunio me ayuda a expresar la mía. No trato de destruir, como él, la infamia representada en embarcaciones militares y comerciales (en términos de nuestra época, la política racista y el consumismo suicida) pero escucho sus lecciones e intento traducirlas al papel. Mi lema cotidiano es el suyo, tomado de Voltaire: “*Écrasez l’infâme!*”

Mi héroe lleva un nombre prestigioso. *Nemo, Nadie, Niemand, No one, Nessuno...* La identidad que niega serlo se nombra casi universalmente con la letra N. Fichte imaginó una distinción filosófica entre Alguien (*aliquis* en latín) que es un Yo presente, y Nadie (*nemo*) que es un No-Yo,

una falta de existencia encarnada, una suerte de agujero negro del ser. Famosamente, Ulises asume esa máscara y le dice al torpe Polifemo que su nombre es Nadie: esa ausencia nominal será su salvación. Nemo es también el apellido que Julio Verne dio a su famoso rebelde marino, antecesor de los paladines de Greenpeace y del movimiento pacifista, terrorista anárquico *avant la lettre*.

¿Quién es Nemo?

Confiado, de ojos negros que pueden abarcar una cuarta parte del horizonte, frío, pálido, enérgico, valiente, orgulloso, entre los 35 y los 50 años, alto, de frente despejada, nariz recta, boca bien dibujada, dientes magníficos, manos finas y largas, dignas de un alma noble y apasionada: es así como el Capitán se presenta ante el atónito Profesor Aronnax en la entrañas del submarino Nautilus. El editor Hetzel (quien publicó tanto *Veinte mil leguas de viaje submarino* como también todas las otras grandes novelas de Julio Verne) reconoció en Nemo un autorretrato de su autor y convenció al ilustrador Edouard Riou que utilizara a Verne como modelo para el héroe del libro.

Nemo es un luchador, un disconforme, un idealista (en el sentido que daba a esta palabra, hoy despectiva, el siglo XIX). Nemo es también, como yo, un lector. Después de una curiosa cena, en la que los diversos manjares resultan ser todos productos marinos hábilmente disfrazados, Nemo invita a su forzado huésped a visitar su reino acuático. La primera sala a la que lo conduce es una biblioteca. “Altos muebles de palisandra negra, con incrustaciones de cobre, albergaban en sus largas estanterías un gran número de libros uniformemente encuadernados. Seguían el contorno de la sala y remataban, en su parte inferior, en vastos divanes tapizados de cuero marrón, que ofrecían confortables curvas. Ligeros pupitres móviles, que podían acercarse o

retirarse a voluntad, permitían posar el libro elegido. En el centro de la sala, se alzaba una gran mesa cubierta de panfletos entre los cuales asomaban algunos periódicos ya viejos”. El profesor Aronnax expresa su admiración ante tal colección que ha acompañado a su lector “hasta las profundidades más grandes del mar”, colección que “haría honor a más de un palacio en tierra firme”. Pero el Capitán Nemo no admite que su biblioteca tenga nada de extraordinario. “¿Dónde hallaría usted más soledad, más silencio, señor profesor?” le pregunta. Para Nemo (para mí en mi encierro) soledad y silencio son los atributos esenciales de una auténtica biblioteca cuyo lector ideal, dividido entre tantos personajes de tinta, es siempre Nadie.

La biblioteca del Capitán Nemo contiene 12 mil libros de ciencia, de moral, de literatura, escritos en una multitud de lenguas. Tres características la definen: en primer lugar, no hay libros de economía política, ya que ninguna teoría en ese campo satisface a su exigente lector; en segundo lugar, la clasificación de los libros es arbitraria, mezclando temas e idiomas sin orden lógico alguno, como si el capitán leyese aquello que su mano encuentra por obra del azar; en tercer lugar, en los anaqueles no hay libros nuevos. Esto es casi exactamente una descripción de la mía. Mi encierro comenzó el día de mi cumpleaños, el 13 de marzo. Desde entonces, han llegado a mi biblioteca unos pocos libros nuevos. Los otros son viejos habitantes de mis anaqueles. Nos conocemos bien.

Estos 12 mil libros “son los únicos vínculos que me unen a la tierra”, confiesa el Capitán. “El mundo acabó para mí el día en que mi *Nautilus* se hundió por primera vez bajo las aguas. Ese día compré mis últimos volúmenes, mis últimos panfletos, mis últimos diarios y, desde entonces, quiero creer que la humanidad no ha pensado ni escrito más.” Reconociendo en los estantes un libro de Joseph Bertrand, *Les*

Fondateurs de l'Astronomie, publicado en 1865, el Profesor Aronnax comprende que la vida submarina del Capitán Nemo remonta a apenas tres años. Estamos en 1868, dos años antes de la publicación de la novela de Verne.

Si toda biblioteca es autobiográfica, también la del Capitán Nemo revela la escondida identidad de su lector. El mundo de la superficie, de la turbulenta sociedad humana, le causan pavor a Nemo. Prefiere la reclusión: yo sólo hasta un cierto punto. Nemo cree en la invención, la imaginación, el espíritu de curiosidad del ser humano, pero aborrece sus abusos, su despotismo, su crueldad codiciosa. Le importa, por sobre todo, la libertad, pero no cualquier libertad. No sería extraño que, entre los volúmenes de la biblioteca del *Nautilus* se encontrase *La solution du problème social* de Pierre-Joseph Proudhon, obra que Verne conocía bien, y que yo he hojeado en estas últimas semanas. “No se trata de la libertad subordinada al orden, como en la monarquía constitucional ni de la libertad representando un orden”, escribió Proudhon con ímpetu alegórico. “Es la libertad recíproca y no la libertad limitada. La libertad no es la hija sino la madre del orden.” A esta libertad engendradora, Proudhon la llamó “anarquía positiva”. Esta es la fe de Nemo, sólo que el Capitán no se contenta con la propuesta anárquica de Proudhon. Nemo es, en cierto sentido, el precursor (si no el coetáneo) de Ravachol, Auguste Vaillant, Emil Henry, Santo Caserio, y por qué no, Emiliano Zapata, todos hombres violentos cuya filosofía de “anarquía positiva” se traduce en bombas y asesinatos. Obviamente, los deliberados naufragios que ocasiona el *Nautilus* son otra versión de aquellos actos de terror.

La violencia del Capitán Nemo en la segunda parte de la novela asustó al editor Hetzel. Respondiendo a una crítica de Hetzel hecha poco antes de la publicación de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, Verne explica que

no puede ser de otra manera. El taciturno bibliófilo que enseña al Profesor Aronnax sus anaqueles llenos de “todo lo que el hombre ha producido de más bello”, se convierte, en el momento de necesaria acción, no en un preceptor de la humanidad sino en “un sombrío verdugo”. Los libros han servido de guía al Capitán Nemo, como a mí: guía de conocimiento, de repositorio de la memoria común de la humanidad. Pero (como todo lector sabe) un libro o una biblioteca entera no pueden hacer más que iluminar el camino que su lector ha elegido; no pueden dirigirlo ni mucho menos obligarlo a seguir una cierta dirección. Años después, Verne contaría el fin de su héroe en *La isla misteriosa*, cuando el desilusionado anarquista confiesa su fracaso: “Soledad, aislamiento: estas son cosas tristes, más allá de la fuerza humana”, dice Nemo, agonizando. “Muerdo de haber creído que un hombre pueda vivir solo”. Yo espero no morir creyendo en esa utopía.

Cuenta el nieto de Julio Verne, Jean-Jules Verne, que su abuelo quiso escribir sobre la lucha del pueblo polaco contra el imperio ruso y que, quizás por razones de censura gubernamental, no lo hizo. Escribió en cambio *Veinte mil leguas de viaje submarino*. El Capitán Nemo es un rebelde universal, no un revolucionario específico. “¡Soy el derecho, soy la justicia!”, le dice al Profesor Aronnax. Y señalando la embarcación que está por atacar: “¡Es por su culpa que he visto perecer todo aquello que he amado y venerado, mi patria, mi mujer, mis hijos, mi padre, mi madre! ¡Todo lo que odio está allí!”

Después de la terrible escena de destrucción que sigue, el Profesor Aronnax trata de dormir y no puede. En su imaginación, vuelve a ver la historia desde el comienzo, como si hojeara un libro ya leído, y a medida que recuerda, el Capitán deja de ser su igual y se convierte “en un hombre de las aguas, en el genio del los mares”. Ante nuestros ojos

lectores, el Profesor Aronnax, personaje de la novela de Verne, se desdobra en lector de sus propias aventuras. Yo, su lector, también, me veo recorriendo en un largo corredor de espejos. Me veo a mí mismo en mi departamento-celda, viendo al profesor Aronnax leyendo a Nemo, quien ya no es un hombre como él sino algo más vasto, menos comprensible, más espantoso, menos propio a la imaginación de Julio Verne que a la mítica biblioteca universal. En este punto mágico, protagonista y autor, autor y lector, lector y protagonista se confunden en un solo personaje, dentro y fuera del libro, suspendido entre el tiempo de la novela y el de mi enclaustrada persona leyéndolo hoy.

Por el gusto de fastidiar/divertirme

Jen Calleja

Londres, 4 de junio— Aunque pasé años en un frenesí de escritura, traducción, lecturas y voluntariado, la cuarentena no sólo me obligó a ir más lento, sino que hizo que me detuviera por completo y sin explicación.

No he escrito ni un ápice de nada en meses más allá unas cuantas ideas para un cuento sobre una mujer que, durante la cuarentena, pretende que hay una tormenta de nieve afuera en lugar de una soleada crisis de salud. Tuve una ráfaga de actividad adyacente a la escritura cuando salió mi primer libro de cuento pocas semanas después de que se declarara la cuarentena, escribí y grabé entrevistas, pequeñas piezas promocionales comisionadas, e hice esto con consciencia de que era por el bien de mi increíble editora, pero la publicación me apenó de cierta manera e intenté olvidar por completo el evento. Las novelas vitales que debo traducir (una sobre la memoria cultural sepultada en

Australia, la otra en torno al desastre distópico del clima) se pospusieron junto con el pago completo o parcial que recibiría por ellas y han permanecido ahí, sin cambios, mirándome con recriminación desde la esquina de mi cuarto. Logré trabajar durante dos semanas en mi doctorado pues tenía una evaluación de prueba que debía aprobar para seguir recibiendo mi beca, mi único ingreso constante. Lo sentí como unir bloques de Lego unos con otros mecánicamente. Más allá de estos pequeños arrebatos de trabajo, he experimentado un estado de suspensión que, para ser franca, me ha hecho sentir avergonzada.

Una vez que me empezaron a cancelar los trabajos y eventos, mi cuerpo y mente comenzaron a quedarse sin batería. La poca energía que tengo para trabajar, impulsada por la necesidad de compaginar varios trabajos y del constante barullo administrativo, de agendar eventos y preguntar sobre posibles proyectos futuros, desapareció del todo. No creo que se trate de un estado depresivo, no siento el cuerpo pesado ni letárgico ni indiferente. Mi nivel diario de depresión es, hasta cierto punto, lo que me mantiene con energía, como alguien que se retuerce en el mar para evitar ahogarse. Esto se sintió (y se siente) más como una gran nada. Me levanto temprano y me visto, luego miro los objetos en el departamento o me siento en la banca de nuestro pequeño jardín trasero y observo los arbustos. No pasa ni un solo pensamiento por mi mente. Quizá desde siempre llevo cargando un agotamiento físico e intelectual, quizá estoy rebasada. Quién sabe.

Hace un par de semanas, mientras navegaba por internet acunada en el vacío distractor y cómodo de mi celular, vi un grupo de cuatro fotos que mostraban el trabajo del escultor estadounidense Claes Oldenburg, con cuyo trabajo no estaba familiarizada. En el interior de una vitrina, como la que uno encontraría en el supermercado o en un restaurante, había

una muestra de lo que aparentaban ser grandes rebanadas de pan untadas con una variedad de *spreads*, aunque era fácil darse cuenta de que se trataba de algo falso por su uniformidad y por el hecho de que, aunque algunos *spreads* podrían ser chocolate o mayonesa, otros eran de un tono naranja brillante o amarillo. Se trataba, de hecho, de pintura aplicada en capas gruesas. Había otras piezas que, aunque más abstractas, se podían interpretar fácilmente como dos hamburguesas pegajosas y derretidas, con gruesas capas de pintura que designaban el arcoíris distintivo de las hamburguesas. Al último, dos vitrinas de postres, como aquellas que uno encuentra en *diners* en Estados Unidos o en restaurantes italianos, contenían esferas de colores brillantes sobre platos bruñidos (helado) o triángulos macizos en platos de cerámica (rebanadas de pay). Me hipnotizaron sus colores sobrios y pastel, su calidad informe e infantil, qué divertidos eran, qué felices me hacían sentir y, aunque no había hecho nada parecido en toda mi vida, me obsesionó la idea de intentar replicarlos en la medida de lo posible.

Le enseñé las fotos a mi esposo, que es un artista plástico, y dijo que le recordaban a un artista joven que hace réplicas de latas de cerveza y de otros artículos cotidianos con un material barato llamado pasta de sal. Lo único que necesitaría era sal y harina y teníamos un poco de ambas. Esa noche me desvelé haciendo garabatos (¿cuándo había sido la última vez que había hecho garabatos?) de las cosas que intentaría hacer en una hoja y luego en otra. Una dona, una *baguette*, un *croissant*, una rebanada de *pizza*, una rebanada de sandía, un anillo de diamante. Una pasta de dientes, enrollada y aplastada. Un plátano, una cabeza de ajo, un juego de salero y pimentero, una taza de café, un huevo frito y, por supuesto, una rebanada de pan tostado untada con mermelada. Una serie de objetos fantasiosos y sobre todo comestibles ocupó mi mente.

El día siguiente, un sábado, mezclé los ingredientes básicos (una taza de harina, media taza de sal, media de agua tibia), los amasé un poco y comencé a darle forma a mis modelos. Una dona. Un pan de cuaresma y un pan belga. Un *pretzel* y una rebanada de pan tostado. Un tubo de pasta de dientes y un poco de pasta de dientes independiente y curvada. Medio sándwich. Unté el rodillo y mis manos con harina, tenía un pequeño recipiente de agua para pegar con ella fragmentos y dar uniformidad a las superficies secas y agrietadas. Sólo miraba mi celular para checar las imágenes de referencia. Cocí las piezas en el horno a la temperatura más baja durante dos horas y media y me sentí culpable y ridícula cuando olí ese aroma que tiene la comida horneada: estaba preparando con harina valiosa algo que no podría comerse ni nutrir a nadie. Esta masa, famosa en las manualidades para niños, se había convertido en un material de lujo; al igual que la pasta, otro artículo de primera necesidad que solían emplear los niños para pegarla al papel y hacer dibujos en tercera dimensión, y que ahora escaseaba. Mi proyecto artístico me pareció decadente e incluso egoísta, pero cuando salieron las piezas, un poco infladas y algo tostadas, me sentí orgullosa y relajada por primera vez en meses.

El domingo me puse un delantal y dispuse algunas pinturas acrílicas que me prestó mi esposo. Comencé a pintar con cuidado estos objetos. Con verde menta pinté el tubo de la pasta de dientes, con rayas blancas, azules y rojas, la pasta. Queso amarillo, lechuga verde, tomate rojo, los bordes tostados del sándwich en marrón. Grosellas diminutas y una cereza roja para los panecillos. Capas de pintura roja, rosa, morada y negra para la mermelada de grosella negra en la rebanada de pan (hecha con harina real sabotada) que logré, con algo de ingenio, que pareciera un poco tostada. Casi quedé bizca por pintar las

minúsculas chispas en la dona rosa y los granos de sal en el *pretzel*. Escribe ‘Minty’ en la pasta, dijo, divertido, mi esposo y practiqué algunas veces en el papel de hornear donde había cocido las piezas de pasta antes de pintarlo con una floritura. Durante esos dos días, el tiempo voló. Es cierto que no había completado la primera versión de nada ni di un taller de principio a fin, pero logré aquello que me había propuesto hacer y miraba con alivio las piezas en una caja de zapatos.

¿Por qué quise hacer estas cositas bobas, cursis, *kitsch*? Intenté racionalizarlo e intelectualizarlo. ¡Eran traducciones de mi gusto por Oldenburg! ¡Se trataba de un comentario en torno al impulso consumista como una forma de comodidad durante la crisis! ¡Eran la prueba de que los íconos culturales son una forma de lenguaje icónico! Pero, a fin de cuentas, se trataba de modelos inútiles. Había muchas cosas en las cuales yo podía trabajar e involucrarme.

Atestigüé cómo un conjunto de traductores, algunos a quienes conozco y admiro profundamente, trabajó hasta el cansancio en la traducción colectiva de una novela también colectiva sobre la cuarentena, escrita por un grupo de autores portugueses. La organización en contra de la agresión sexual, para la cual fui una vocera de prensa voluntaria y di una serie de cursos en contra del acoso, había comisionado a varias participantes para que impartieran talleres de defensa personal, seguridad de fármacos y meditación. Algunas bandas habían compuesto nueva música y dado conciertos en línea y lo único que yo hice en materia de música fue inventar un par de *riffs* una tarde en la cocina.

Atestigüé y escuché de primera mano, mientras atravesaba mi bajón patético, cómo mi esposo pasó día tras día en la sala, con las cortinas corridas, conectado a Zoom, organizando actividades en línea y eventos de la organización de beneficencia para la cual trabaja, que está enfocada

en acercar el arte a personas con discapacidades de aprendizaje y cuya sede queda cerca de nosotros, en el sur de Londres. Ha facilitado ensayos de bandas y ha grabado canciones con Electric Fire. Ya que un par de sus miembros se encuentra en el grupo más vulnerable, probablemente no podrán ensayar en persona en lo que queda del año o incluso más. Si bien lo más factible es que mi propio trastabilleo y descanso de la computadora acabe en semanas o meses, ensayar en Zoom es la nueva normalidad de la banda y ellos le están sacando mucho provecho. En cierto momento se preguntaron si querían escribir canciones sobre la cuarentena y rechazaron la idea sin dudarlos. Las suyas son canciones alegres que dan ganas de bailar y cada semana han escrito y grabado canciones para un nuevo disco, cada una más pegajosa y propositiva que la anterior. En una época tan seria y letal, ellos están produciendo felicidad. Durante la cena de ayer por la noche, mi esposo me contó cómo a la gente siempre le ha sorprendido que la banda de pop-punk The Undertones viviera durante el conflicto norirlandés y que, sin embargo, su música fuera tan alegre. A veces, dijo, crear felicidad es una cosa muy poderosa.

Mi amorío con la escultura en masa de sal puede seguir o desaparecer, pero me hizo feliz que, cuando subí una foto de las piezas en línea y se las mandé a amigos, a algunos les alegró verlas o les recordó sus infancias y a mí me ha hecho feliz de varias formas. Hacerlas se sintió como un logro, me tranquilizó y comprobó que todavía tengo ese deseo intrínseco de comunicarme por medio de la expresión creativa. Incluso se han vuelto herramientas de comunicación ellas mismas. Después de una desconexión eterna entre mi papá y yo debido al choque de nuestros intereses y profesiones, encontramos al fin un punto de encuentro: vamos a tener una sesión de masa de sal por

Skype pronto. Yo haré un desayuno inglés; él, una replica de herramientas mecánicas. Quizá estos objetos infantiles han sido útiles después de todo.

Traducción del inglés: Elisa Díaz Castelo

Minidiario de pandemia en tres actos

Andrés Neuman

26 de marzo

Granada, 5 de junio— Y henos aquí, adentro, acostumbrándonos a una excepcionalidad atroz que deriva, poco a poco, en un marco en cuyo interior nos haría falta seguir viviendo con algún tipo de creatividad, conjeturo.

Después de unos cuantos días frenéticos, en los que todo el mundo hablaba con todo el mundo y nos relacionábamos con la realidad desde la inmediatez del pánico, siento que fui logrando meta-aislarme: aislarse en el aislamiento, asunto más difícil de lo que parece, para volver a escribir de a ratos. El refranero lo sintetiza en hacer de la necesidad virtud, sabiduría que no sé si alcanzo. A veces cambiar de tema, procuro animarme, puede ser revolucionario. ¡No podemos vivir en un secuestro físico y también mental 24 horas al día!

Ahora bien, como las contradicciones tienen algo de sana (¿apestada?) venganza íntima, el primer texto que me sale es, por supuesto, un poema sobre el virus. Dejo constancia de él como forma de autoescarnio.

Génesis, covid-19

Y el papa dijo amén en la plaza vacía
y nadie respondió desde las nubes
y nadie respondió desde el espejo

porque todas las voces estaban bajo tierra
dulcemente acunadas por dejar de existir.
Y la Bolsa se hinchó como un pulmón
y contó las monedas del oxígeno
y desvió su aire hacia unas islas
amarradas al mar con puntos de sutura
donde sólo hay lagartos y excepciones.

Y todos los países fueron uno
pero por sobre todo cada cual
porque muchos debieron elegir
entre virus y panes y unos pocos guardaron
un trozo de futuro en la nevera.

Y los supermercados se poblaron
de animales en busca
de animales de familias pastando todas blancas
en un campo de alcohol papel
y plástico y los guantes tecleaban el código del miedo.

Y cada sanatorio fue tormenta
y los techos llovieron y las puertas volaron
y el hilo de la vida se hizo nítido
y en los pasillos iba y venía la verdad
sin que nadie pudiera preguntarle.

Y las abuelas los abuelos vieron
con sus pieles de redes pescadoras
con las manos manchadas de memoria
con los ojos cegados de tanta lucidez
transformarse el derecho en aritmética.

Y la tecnología se hizo cuerpo
en quien ya la tenía y fue fantasma

para quienes tan sólo tenían cuerpo
y cantamos canciones que rimaban
y dijimos que nunca olvidaríamos.

Y muy pronto las voces nos quedamos calladas
en el lugar de siempre en los rincones
con zumbidos de mosca en un limbo diabólico
que es frontera entre el canto y el silencio
entre el luto y la amnesia de estar vivos.

27 de abril

Después de mes y medio exacto de encierro en mi apartamento sin balcones, que empieza a alcanzar (el encierro, muy al contrario que el apartamento) una inquietante forma de perfección, de cápsula cada vez más autorreferente, me parece haber llegado al extremo opuesto de la situación inicial. Si antes no lograba dejar de pensar o referirme a la pandemia, ahora deseo hablar prácticamente de cualquier asunto que no se relacione con eso. Estoy tratando de llevar esa necesidad a la práctica en la escritura, con la torpe excepción de estas líneas.

Intuyo que nuestro confinamiento tiene precisamente algo de metáfora brusca de cómo funcionan las elipsis en toda escritura: tener siempre muy presente un contexto que no se ve y actúa, a modo de presión constante, sobre un foco pequeño y en apariencia desvinculado.

En cuanto a quienes no gozamos de lindas vistas con las que autoengañarnos, empiezo a tener la sensación de que un muro puede ser de valiosa inspiración, ya que tiene (encierra) un factor drástico, radical, que abarca el arco entero de la literatura: lo mismo te da para refundar el minimalismo que para reflexiones tan interminables como la propia ausencia de paisaje.

29 de mayo

En Granada, la pequeña ciudad andaluza donde vivo desde chico, en el extremo sur del país, la ola de contagios fue considerablemente menor. Por eso las cifras drásticas de Barcelona o Madrid nos iban llegando con alarmada lejanía: sabíamos que la situación era terrible, aunque más que verla a nuestro alrededor, la leíamos. El confinamiento fue no obstante igual de riguroso en todo el país, un poco a semejanza de Argentina. De hecho, en Granada terminamos avanzando de fase una semana más tarde que otras provincias de la región.

Salir por fin a la calle tras el confinamiento, no con sensación de libertad pero sí de cierta amplitud, me resultó una experiencia vagamente onírica: todo lo real parecía una frágil representación, un simulacro de algo que estaba a punto de desvanecerse de nuevo. Moviéndome por ese espacio recuperado no sentí alegría ni euforia, sino una asombrada vulnerabilidad, una emoción subterránea.

Lo más memorable fue encontrarme a distancia con mi padre, que es enfermo cardíaco, después de meses sin vernos. Nos saludamos a la nipona en un parque cualquiera, nos sonreímos sólo con los ojos y nos pusimos a caminar juntos, en paralelo, mirando fijo al horizonte.

Las librerías reabrieron primero con cita previa, y poco a poco empiezan a funcionar otra vez: las volví a pisar con una especie de temerosa gratitud. Parece que la semana próxima, ya en la fase siguiente, podrán abrir cines y teatros con aforo muy restringido.

Ahora bien, estando donde estamos, los bares parecen siempre mucho más urgentes que cualquier otro espacio público. Me asombró comprobar que, desde el primer día, la gente se lanzaba a las mesitas en la calle, adoptando esa curiosa fórmula del autoengaño del sector servicios: las mesas guardaban entre sí la prudencial distancia que marca

la ley, pero sus respectivos ocupantes interactuaban como si nada, sin protocolo ni barbijo. Supongo que se trata de negociar entre pulsión y ley.

Para bien y para mal, este segundo sur mío ha sido siempre un monumento a la naturalidad, la despreocupación y el ansia por salir. Lorca completó esta noción con otra más siniestra e igual de cierta: “Granada no sabe salir de su casa”. Espero que sepamos al menos salir de la pandemia.

El presente texto fue inicialmente escrito como parte del libro colectivo *Tres meses de la peste*, compilado por el poeta Jorge Fondebrider.

Nadie es una isla

Bruno Arpaia

Milán, 6 de junio— Al principio, muchos no nos lo tomábamos en serio. Además, había ilustres virólogos que, en los diarios y en la televisión, nos decían que el coronavirus era poco más que una influenza, el alcalde de mi ciudad había lanzado un hastag, #MilánNoSeCierra, y el secretario del Partido Democrático, Nicola Zingaretti, vino desde Roma a estrecharnos las manos y a tomar un aperitivo en medio de la multitud. Así, veíamos las noticias de China como si fuera una película de ciencia ficción que no nos incumbía. Hasta que, el 29 de febrero, mi amigo Luis Sepúlveda, el escritor chileno, fue internado en un hospital de Oviedo, en Asturias, no empecé a preocuparme. Pero estaba tan convencido de la escasa peligrosidad del virus y de la tenacidad de Luis, de su fuerza, de su apego a la vida, que no me parecía posible que aquella enfermedad pudiese tener consecuencias demasiado graves para él.

Yo, por mi parte, estaba tan ocupado con los preparativos de la mudanza que debíamos hacer desde hacía mucho tiempo como para inquietarme por otra cosa. Por si fuera poco, el 27 de febrero se había publicado mi nueva novela, *El fantasma de los hechos*, y ya tenía programada una decena de presentaciones en toda Italia. A continuación el número de muertos cobró impulso, los contagios aumentaron exponencialmente y la región donde vivo, Lombardía, se convirtió en el centro europeo del covid-19. Llegó el confinamiento, primero parcial, después total. Se suspendió nuestra mudanza, cerraron los bares, los restaurantes, las fábricas, los comercios. Y, obviamente, también las librerías; se cancelaron todas las presentaciones, los festivales literarios, los eventos y reuniones en que debía participar. Un desastre, también económico. Vivimos casi dos meses entre grandes cajas y muebles desmontados, mirando las imágenes de los camiones militares que transportaban sigilosamente a los muertos de Bérgamo, la ciudad vecina, donde ya no había lugar en las morgues o en los cementerios; la gente que desde los balcones cantaba *Bella ciao* o, del lado opuesto, el himno nacional, como si los partisanos o el patriotismo pudieran salvarnos; asistíamos al ballet descarado e irresponsable del presidente de nuestra región y de su asesor para la Sanidad que continuaban repitiendo que tenían todo bajo control mientras los muertos aumentaban por miles, las residencias para ancianos se convertían en campos de exterminio y nadie se preocupaba por hacer pruebas a quien presentara síntomas de la enfermedad o por buscar a los portadores. Abandonados a nosotros mismos, buscábamos en las cifras y en las gráficas una respuesta. Que no llegaba, porque aquellas cifras y aquellas gráficas eran parciales, mentirosas, inservibles para cualquier política sanitaria eficaz. Por fortuna, cada tanto un viento de

sabiduría llegaba desde la ciencia, sin la cual estaríamos completamente a ciegas respecto a los hechos. Y muchos finalmente comprendimos que, como dos cónyuges, la ciencia y la sociedad se necesitan una a la otra.

Al principio, pensaba que el confinamiento no me iba a afectar tanto. Pensaba que nosotros, los escritores, estamos habituados a permanecer solos delante de una computadora, entre apuntes y libros. Me equivocaba. Enormemente. Aquel aislamiento nada tenía que ver con la “soledad esencial” del escritor de la que habla Blanchot, o al menos con la que había aspirado para mi trabajo. Primero que nada, aquel aislamiento no era voluntario, elegido; y además allá afuera había un enemigo invisible que me hacía demasiada compañía. Sentía la presencia inminente de mi cuerpo: de un lado, advertía el peligro, amenazado, temeroso; del otro, me recordaba con obstinación cuán importantes eran los otros cuerpos, los abrazos, los encuentros, las sonrisas. Cuán fundamentales eran los otros. Ninguno de nosotros es una isla. Pasado el primer momento de malestar, intenté hacer algunas presentaciones en la red de la nueva novela, que me había costado 11 años de trabajo y no quería condenar definitivamente al olvido. Pero, como dijo Manuel Vilas en uno de esos encuentros a distancia, “la televida no es vida”. Y, en efecto, por casi dos meses, privado de mi verdadera vida, de modo distinto a muchos colegas, no logré escribir nada, ni siquiera la reseña de un libro, mucho menos una novela. ¿Tenía sentido continuar imaginando historias e intentar hacer resonar lugares y vidas en un texto? ¿En verdad valía la pena continuar trabajando en los libros que estábamos escribiendo *antes*? ¿O había que tirarlo todo, o hacer como si no hubiese sucedido nada? ¿Cómo será la literatura del tiempo que hemos debido convivir con este virus, con aquellos que inevitablemente se habrán contagiado, con el cambio climático cada vez más devastador y,

sin embargo, relegado, ignorado frente a esta nueva y más perceptible amenaza?

No obstante, sólo pensaba en estas cosas cuando alguien me forzaba a involucrarme en un debate en la red, en una mesa redonda en Zoom o en Facebook. En realidad, me preocupaba más la mudanza que finalmente habíamos logrado hacer en condiciones difícilísimas, la salud de Luis, entubado en el hospital de Oviedo, aquel “mundo plano” del que hablaba Martín Caparrós, en el cual, en vez de trabajar todos juntos para dividir los recursos, en muchas partes se invocaba el cierre de fronteras, el nacionalismo, las patrias. Nada volverá a ser como antes, sin duda. O quizás podría serlo, si debo creer en lo que veo: todavía más miedo arrojado a palazos sobre nuestras sociedades como instrumento de control social, todavía más distancia y aislamiento del Yo, acentuando con el teletrabajo en una deriva ya iniciada hacía poco; un deseo irrefrenable de parte de muchos de tener explicaciones y soluciones “simples” para afrontar, con base en unas pocas hipótesis elementales, un universo complejo e intrincado, inyectando gasolina en el motor de los complots y las lecturas paranoicas de la realidad; y, en fin, una crisis que se vislumbra ya cercana, cercanísima, con millones y millones de personas sin salario y sin trabajo, hambrientas y furiosas, en un mundo de por sí precarizado. ¿Pesimista? Puede ser. El 16 de abril la noticia de la desaparición de Luis Sepúlveda, asesinado por el coronavirus, que me desasosegó por una semana, no hizo más que aumentar mi pesimismo. Y ahora que se aproxima una espiral de normalidad, con muchas y sacrosantas limitaciones, con muchas y enloquecidas polémicas, me esfuerzo por regresar a ella. También porque aquí, en Lombardía, los contagios son todavía altísimos. Y también porque aquella normalidad, la normalidad de *antes*, en realidad no me gustaba. Esta pandemia

debería servirnos de lección. Pero, ¿soy de nuevo pesimista si temo que a nosotros, los *sapiens*, nos costará mucho aprenderla?

Traducción del italiano: Jorge Volpi

¿El futuro será esto?

Adolfo García Ortega

Madrid, 7 de junio— ¿Qué puede vislumbrarse en un futuro cercano, tras la crisis causada por la covid-19? Varios finales. El fin de la globalización de la producción. El fin de la interconexión en materia de medicinas, alimentos, tecnología, recursos. El fin de la movilidad de las personas. Más limitaciones (fronteras) y autolimitaciones (control). Un pestilente olor a retroceso, a vuelta al terruño. Más virtualidad, menos acción, libertad bajo sospecha. E inevitablemente una nueva e irremediable adaptación a la nebulosa “nueva normalidad”.

Pero, ¿será el fin del sistema capitalista liberal? Ya no valen los argumentos falaces de que el capitalismo siempre ha sido sinónimo de libertad, porque la libre elección ha servido de excusa únicamente para las élites ricas. La llamada “libre elección” es un acertijo lleno de trampas. El capitalismo siempre ha hablado (y habla aún) de crecimiento para unos pocos a costa de auparse sobre los demás, que conforman mayorías inmensas depauperadas. El capitalismo liberal es un campo minado para la democracia y la cohesión social igualitaria.

El mercado mundial en adelante, por tanto, habría de estructurarse de otro modo, no tan claramente explotador ni tan inhumana y beneficiosa para la parte del mundo “enriquecida”. ¿Qué pasará con la producción y el consumo?

Se harán menos cosas innecesarias, obviamente, y se consumirá con inteligencia, bajará el trabajo y el empleo se verá mermado o tendrá que ser entendido y ejecutado de otro modo. Esto traerá graves consecuencias a los débiles: pobreza y muertes derivadas de lo anterior, y finalmente miseria, que conducirá a un descenso de la natalidad en todo el planeta. Y conducirá a un reequilibrio de la distribución económico-productiva. Sin embargo, ¿podemos creer que la covid-19 subvertirá el orden establecido? Puede que sí, aunque lo más lógico es pensar que puede que no. No obstante, ya ha prendido una esperanza, quizá algo más que un mero consuelo: estamos sin duda en el inicio de un cambio absoluto que no acertamos a ver más que de modo visionario. Cuándo se dará y cómo será, esto, por ahora, forma parte de las prospecciones quiméricas. ¿Será bueno, será malo? La moneda está en el aire.

Ha habido voces que han planteado un inicio de Gobierno mundial o de gobernanza supranacional. Se trata, desde luego, de un asunto controvertido. Unos lo ven utópico, aunque posible a largo plazo en condiciones óptimas y justas, otros lo ven imposible, aduciendo razones de división geopolítica irreconciliables. Por el camino de los segundos se vuelve al neonacionalismo y al pequeño soberanismo patriotero. El Gobierno mundial requiere otro tipo de líderes y un nuevo sentido de lo que ha de ser una “potencia mundial”, es decir, una macroentidad con responsabilidad supraideológica. En mi opinión, este logro necesitaría un modo diferente de gestionar *lo religioso*, que consistiría en relegarlo fuera de la vida política. Mientras esto no se produzca, la política no será distinta. Hoy en día, lamentablemente, la religión es la base de la política conservadora, bien sea porque dicha política está claramente imbuida de religión (gobiernos de corte más o menos teocrático, desde los de Trump y Putin hasta los de Polonia, Irán, India o

Brasil), bien sea porque, en los Estados realmente laicos, la religión se canaliza a través de los partidos de derecha reaccionarios (hoy por hoy emergentes con fuerza, ya que vivimos tiempos inseguros y de miedo), los cuales tratan de llevar al ámbito público aspectos que deberían ser específicos del ámbito privado creyente, actuando, en realidad, como un elemento quintacolumnista lleno de rencor e inquina indisimulados.

Cambiarán también las fuentes de energía. El petróleo tendrá un papel fundamental en la transformación social y geopolítica. Las energías renovables están llamadas a sustituirlo y éstas serán el motor del cambio. Arabia Saudí, Irán, Estados Unidos, Rusia y demás países productores de petróleo deberán buscar nuevas vías de energías renovables. Estas energías, en cambio, están al alcance de todos los países, luego pueden cambiar sus deudas económicas y también sus presupuestos internos, al depender menos del comercio del petróleo como única vía energética. Pero quizá, antes de que eso se produzca, puede haber una fase de pánico, en la que los citados países productores no exporten petróleo y lo acumulen tan sólo para ellos, incluso puede que el petróleo sea un elemento de chantaje entre países. Este temor lleva al especular sobre el papel de países como Alemania, que, acuciada por su dependencia energética de los gaseoductos de Rusia, aceptará solapadamente lo que dicte Putin, verdadero ganador político de esta crisis, pues no está siendo cuestionado y en cambio está siendo visto como un líder fuerte.

Por tanto, Putin lleva camino de ser el inesperado ideólogo político de Europa, lo cual supone un aumento del neonacionalismo radical, hasta ahora en brote pero ya manifestado en síntomas coercitivos como la virilidad antifemenina, el taimado apoyo religioso (¡hay que ver de nuevo la película rusa *Leviatán*, de Andréi Zviáguintsev, tan

esclarecedora!), la libertad de género delimitada por el patriarcado, la homofobia, la agresión cibernética, el elitismo de clases poderosas que controlan unos servicios secretos destructivos sin escrúpulos, reconvertidos en fábricas de *fake news* e intromisiones tecnológicas. Los que aspiran a la libertad y el respeto son considerados peligrosos, nocivos para un sistema neototalitario de apariencia democrática. Esto es Rusia, esto es Putin. Es el fin de la libertad, como pasaba en el comunismo de corte soviético o maoísta.

La Unión Europea no tiene respuestas porque en el fondo sigue enclaustrada en la trampa de las soberanías nacionales. Con la soberanía patriótica cada país vuelve a lo identitario como solución y como asidero seguro. Fronteras y exclusiones de extranjeros que acaban derivando en exclusiones de todo tipo de personas que sean diferentes de “los nacionales nativos”, lo que redundará en economías egoístas, reivindicaciones políticas arcaicas u obsoletas o directamente oportunistas (es el caso de los partidos supremacistas de Cataluña y su tóxico nacionalismo, que halla su reflejo simétrico en el nacionalismo de ultraderecha de partidos como Vox: mala política hecha por mala gente), migraciones masivas y enconamiento de posturas contra ellas, frentismo interior, trincheras morales, patriotismo que aboca al odio, a la guerra civil y a la muerte. Éste es el recorrido real al que conduce todo soberanismo exacerbado y todo nacionalismo extremo. Venga de donde venga. Por tanto, llamar patriotismo al nacionalismo es la mayor mentira que mueve la historia.

La Unión Europea no funciona, pues, como un Estado (debido, entre otras cosas, a que renunció a la Constitución Europea por egoísmos de los agricultores franceses, esos que ahora van con chaleco amarillo exigiendo airados su parte de privilegios). La zona euro puede ser un gran fracaso que arrastre a media Europa, dividiéndola aún más entre

el norte y el sur. Por ahora, ante la crisis de la covid-19, está logrando contener el desastre económico. Pero la emigración de refugiados llama a las puertas, y son personas desesperadas a merced del grifo turco en manos de Erdogan, un temible dictador mesiánico, lo cual va a acarrear políticas muy duras y de dudosa legitimidad ética para nuestras Constituciones garantistas europeas y nuestros regímenes jurídicos abiertos y democráticos.

Tal vez la Unión Europea sea una residencia de ancianos ricos a la que van llegando emigrantes y refugiados con deseos de futuro. Un futuro que sin duda alcanzarán y, en menos de 100 años, Europa será un continente mestizo, erigido sobre los cimientos de la actual Europa en decadencia, como lo fue el Imperio Romano. Vamos camino de ser un Coliseo moral, en Europa. Una Europa que empezó a decaer y a mostrar su peor cara en la guerra de los Balcanes de 1994, cuando permitió que ésta se produjera. Y lo sigue haciendo, tolerando la guerra en Ucrania. Y lo hizo antes, al no actuar con firmeza contra los terrorismos de diverso cuño que ha habido en sus países (desde la guerra de Argelia hasta el terrorismo islámico de hoy en día, aún no resuelto).

La Unión Europea, con su fragmentación identitaria soberanista, puede caer en breve en manos de los gobiernos de una derecha populista y oscura, que es la que asoma por el horizonte. Sólo la alianza de los socialdemócratas con los “alternativos”, sean estos Verdes o sean partidos de una izquierda manifiestamente tolerante, puede contrarrestar ese ascenso. Una prueba de este enfrentamiento es el actual parlamento español, donde vuelven a rugir las derechas más extremas para derribar a la izquierda democráticamente elegida.

¿Y Estados Unidos, en manos de un dictador imbécil y descerebrado como Trump? Puede que Trump salga reelegido o no. Si sale, todo lo malo problemático se aceleraría

al máximo, llevando la transición mundial al cambio a un grado de crispación insoportable. Hasta hace poco, todo apuntaba a esa reelección, a la que contribuye el poco estimulante cambio que supone Biden, su rival, pero las revueltas civiles que están incendiando el país por el racismo irresuelto pueden dar un vuelco en la presidencia de Estados Unidos y quizá Trump termine por pegarse un tiro político. No obstante, si Trump es reelegido, vendrán cuatro años de conflicto convulsivo que podrían llevar al mundo a una crisis demoledora, cuyo paroxismo duraría no menos de dos años. En ese tiempo, el papel de gendarme mundial lo asumirá China, pero también, como pirueta sorprendente, Rusia, que ha resistido a sus propias transformaciones y está mostrando una vía de salida a los países del Tercer Mundo o países de un mundo “humillado”. Sin perder de vista a la temible India ultrarreaccionaria.

Y todavía cabe algo peor. Lo más nefasto de todo, por tanto, podría surgir en el horizonte del futuro, ya que hoy en día todo es posible, es decir, podrían empezar a surgir nuevos virus sin vacuna, o desastres nucleares de orden mundial. Cualquier catástrofe de grandes proporciones diezmaría a la humanidad, la naturaleza se cobraría así su control y su equilibrio con la especie depredadora, maligna y anómala, que es el ser humano. Pueden venir coronavirus más mortíferos aún. ¿Qué pasaría entonces? Que la humanidad se vería inmersa en una Devastación Mundial real, para la que no habría armas convencionales ni químicas eficaces, pues sólo serían la ciencia, la medicina y la investigación las que podrían combatirla. ¿Qué países han invertido en ellas? España, desde luego, no. Otros países sí. Éstos son lo que se harán ricos o más ricos aún.

Mientras tanto, todo lo que hoy vemos será diferente. Aunque nadie lo pueda saber, es predecible un panorama cercano a lo que supusieron las grandes crisis mundiales de

otras épocas. Éstas, más o menos, se han caracterizado por la secuencia de tres fases: una primera de crisis aguda, una segunda de asentamiento de nuevos cambios y una tercera de selección y adaptación a los cambios. Estamos, pues, en el preludio de una fase de transición. En el 2030 miraremos atrás y veremos cómo habrá nacido un mundo nuevo y cuáles habrán sido las víctimas que su alumbramiento haya causado.

Ultrafalso

George Zarkadakis

Londres, 8 de junio— Estábamos a media cuarentena en Londres y yo me guarecía en mi casa por miedo a morir sólo en una unidad de cuidados intensivos sin suficientes respiradores para todo el mundo, cuando me contactó una reportera por correo electrónico para pedirme una entrevista. Me pareció raro, puesto que no soy un experto en epidemias, virus ni, desde luego, respiradores. Se lo comenté pero me ignoró y envió sus preguntas de todos modos; se trataba de una lista de teorías de la conspiración sobre el covid-19. ¿Acaso los chinos habían diseñado el virus en un laboratorio secreto? ¿Había un vínculo entre la tecnología 5G y la pandemia? ¿Cómo es posible que Bill Gates haya vaticinado esto hace años? ¿Quizá formaba parte de un plan maestro de los Illuminati para lograr que a todos nos vacunaran con un nanochip? ¿Y cuál era el papel de Soros en todo esto? Querían saber mi opinión.

De verdad no supe qué decir, pues no alcanzaba a vislumbrar cómo mi opinión podría tener importancia o cómo cualquier opinión podría ser relevante en absoluto. No suelo creer en teorías de la conspiración, pero también es cierto

que sí han existido conspiraciones, pequeñas y grandes, a través de la historia y que seguirán existiendo mientras vivan los humanos. Las teorías específicas que circularon durante la pandemia parecían excepcionalmente ridículas, pero millones de personas creían en ellas. Así que hubiera sido más interesante que la reportera se preguntara por qué sucede este fenómeno. Pero no le interesaba redactar una pieza densa, escribía para un sitio web sobre moda y sólo quería un intercambio de preguntas y respuestas, corto, chistoso y animado con un escritor para que apareciera junto a un publisreportaje de una marca de ropa deportiva.

Por una coincidencia (como las conspiraciones, se sabe que las coincidencias también llegan a ocurrir) en ese momento escribía un artículo para una revista de ciencia de amplia circulación sobre una tecnología relativamente nueva llamada “ultrafalsos” (*deep fakes*). En esencia, hoy en día puedes utilizar aplicaciones en tu teléfono inteligente para crear pequeños videos de personas que nunca existieron, hacer que las celebridades tengan sexo entre ellas o que los políticos digan lo que quieras que digan, para entretenerte a ti y a la docena (o por ahí) de seguidores que tienes en redes sociales con cosas divertidas. O puedes desencadenar la Tercera Guerra Mundial y el Armagedón. Imagina, por ejemplo, que Trump pierda la elección del 2020 y haya un video ultrafalso de él anunciando que la elección fue fraudulenta y no acepta el resultado (el mismo escenario podría suceder con Biden). O un video ultrafalso en el cual Kim Jong-Un anuncia que acaba de lanzar bombas nucleares con dirección a Tokio. Pero lo que a los nerds como yo nos resulta particularmente interesante de esta aterradora tecnología es cómo se crean los ultrafalsos con una técnica de inteligencia artificial llamada Redes generativas antagónicas o, por sus siglas, RGAs.

Las RGAs están hechas de dos redes neurales artificiales que trabajan una contra la otra. La primera todo el tiempo crea imágenes falsas, empezando por ruido blanco. Para mejor ilustración, llamemos esa red “Donald Trump” (no estoy siendo partidista, ténganme paciencia). La otra red, llamémosla “Liberales”, tiene dos puertos de entrada: uno conectado a la red Donald Trump (que crea imágenes falsas) y otro donde recibe imágenes reales del mundo real de la realidad verdadera. “Liberales” compara las imágenes que recibe en ambas entradas y cada vez que descubre que Trump la está alimentando con imágenes falsas (bueno, *fake news*, si prefieren), las etiqueta como un disparate. Pero, y en esto radica la genialidad del sistema, Trump toma del puerto de salida las imágenes ya calificadas por “Liberales” y las emplea para crear la siguiente imagen falsa. Si se deja correr este diálogo de ida y vuelta algunas miles de veces, la red de Trump termina creando imágenes falsas que los Liberales ya no pueden diferenciar de las verdaderas. La falso y lo verdadero se habrán vuelto indistinguibles.

Las RGAs son las máquinas de contenido supremas. Pueden crear texto, imágenes, música o videos. Quería decirle a la reportera que sus días estaban contados y que pronto una RGA la remplazaría, pero no era necesario ser grosero, ¿o sí? Las RGAs también son una de las techno-profecías de Jonathan Swift vueltas realidad. En el Libro III de *Los viajes de Gulliver*, unos piratas abandonan a Gulliver en el continente Balnibarbi. Después de una visita a la isla voladora de Laputa, Gulliver llega a la Academia de Lagado, donde se emprenden “proyectos inútiles”. Ahí le hacen una demostración con una máquina de palabras, una computadora mecánica gigantesca que se emplea para hacer frases y libros. Los hombres sabios de la Academia se enorgullecen por el descubrimiento de una máquina que vuelve obsoleto cualquier estudio o especialidad; ahora

incluso un completo idiota puede escribir una obra maestra tan sólo accionando las manivelas de la máquina. Armados de RGAs, los idiotas del siglo XXI pueden ganar el Premio Nobel de Literatura. O manejar el mundo en Twitter desde su oficina. O hacer que el mundo desaparezca. O se incendie. Parafraseando a Andy Warhol, la realidad es aquello que puedes hacer pasar como real.

Mientras pensaba en todo aquello, en el fin de la civilización, en el Apocalipsis Pandémico, en Trump *versus* los Liberales, en Kim Jong-Un, y me deprimía cada vez más, comencé a leer reportajes de científicos que ponían en duda la letalidad del virus tal como fue planteada en un inicio. Al parecer los modelos matemáticos iniciales estaban mal. Su código estaba lleno de errores. Los expertos de los gobiernos habían sobreestimado el número final de muertos por la pandemia y asustado a los políticos infelices que, en un ataque de histeria, convirtieron a la mitad del planeta en una prisión colosal. Muchas voces se alzaron contra la cuarentena; afirmaban que la supuesta medicina era peor que la enfermedad. Mientras tanto, el número de personas sin trabajo se disparó. Filas de autos (muchos de ellos en apariencia caros) de varios kilómetros empezaron a aparecer en las noticias, sus conductores esperaban durante horas para conseguir víveres en los bancos de alimento. Dos realidades opuestas competían para dominar la esfera pública como dos RGAs adversarias que crean ultrafalsos a partir de la imitación de la realidad. Los científicos tampoco estaban siendo útiles. Están acostumbrados a debates sesudos donde múltiples verdades pueden coexistir hasta que los datos y los experimentos prueben que la mayor parte de ellos, o todos, estaban en un error. Pero el proceso de la falsificación científica se desconoce fuera de los muros de los campus universitarios, aquellas Academias de Lagado “de los últimos días”. Allá afuera en la jungla de las ciudades

y el campo, distinguir qué es real y qué es falso implica demasiado esfuerzo, las personas tienen otras cosas que hacer, como filas para conseguir comida y papel de baño, y por lo tanto están más dispuestas a dejarse llevar por sus afiliaciones políticas o tribales. Así pues, la pandemia se volvió política con velocidad. Aparecieron los *Leavers* (sal de casa, salva a la economía) y los *Remainers* (quédate adentro, salva vidas). Si te inclinas hacia la izquierda probablemente irías con los *Remain* y si te inclinas a la derecha con los *Leave*. Después de vivir en el Reino Unido durante el trauma del Brexit, hubiera esperado que no volveríamos a caer en eso.

Conforme el encierro se relaja a lo largo de Europa y las personas salen de sus casas como caracoles después de la lluvia, se ha hablado mucho sobre cómo el nuevo mundo cambiará a raíz de la pandemia. Volaremos menos, trabajaremos más desde casa, usaremos bicicletas en lugar de autobuses, nos saludaremos con un *namaste* o con un choque de codos, usaremos mascarillas y guantes, tendremos sexo virtual, bajaremos aplicaciones que sigan nuestra ubicación, nos lavaremos las manos con jabón 15 veces al día. Todo me parece un poco irreal. Así que le mandé un correo a la reportera que había pedido mi opinión sobre las conspiraciones y le propuse escribir un artículo donde yo hablaría de la epidemia como una simulación (el más profundo de los ultrafalsos) y exploraría la posibilidad de que estemos viviendo en una computadora hiperinteligente que intenta predecir cómo la (verdadera) humanidad podría reaccionar en una pandemia verdadera. Le mandé la propuesta por correo electrónico hace dos semanas y le he dejado varios mensajes de WhatsApp. Todavía no me ha respondido. Lo cual me hace preguntarme si ella misma alguna vez fue real.

Mis días felices en el infierno

Sergio Ramírez

Managua, 9 de junio— “Vieras que extraño lo que siento con esos videos. Como si estoy viviendo el fin de este mundo y el principio de algo todavía desconocido. Me emociona y a la vez me da miedo”.

Antonina me escribe estas líneas en un mensaje de WhatsApp que acabo de abrir. Anoche le he enviado el video donde el tenor polaco Leszek Świdziński canta “*Nessun Dorma*” en un patio rodeado de los edificios de un hospital de Varsovia, por cuyas ventanas se asoman médicos, enfermeras, pacientes con mascarillas, mientras los miembros del coro, vestido de cualquier manera, y como si pasaran por el patio por mera casualidad, van juntando sus voces. Al final, los espectadores enclaustrados aplauden, lanzan vivas al tenor. Son voces remotas, como de otro mundo. El mundo del encierro.

El aria de Puccini, ascendiendo hacia el pozo de luz arriba de los edificios grises, suena más triste que nunca. Nadie duerme. Nadie sabrá mi nombre. Un beso fantasmal del que nadie sabrá nada nunca. Por desgracia hay que morir. Que se vaya la noche. Que se pongan las estrellas. El amanecer será un triunfo. ¿Vendrá el amanecer?

Me han fascinado siempre esos videos para promover el gusto por la ópera, donde los cantantes andan por las plazas, los cafés, los centros comerciales, los mercados, disfrazados de empleados y compradores, y de pronto el tenor, o la soprano, rompen a cantar, se les junta el coro, van llegando uno a uno los músicos con sus instrumentos, y la gente se detiene primero extrañada, luego extasiada.

Qué otro escenario más espléndido que el café Iruña de Pamplona para el coro del brindis de *La Traviata*. En el mercado de San Ambrosio, en Florencia, la mezzosoprano disfrazada de expendedora de carne se quita el mandil y empieza a cantar una de las arias de *Carmen*. Un chelista toca en solitario en el Crystal Court, un *mall* de compras de Minneapolis, la gente pone billetes en el sombrero que tiene a sus pies; van llegando más músicos, más y más, comenzamos a identificar los acordes de la “Oda a la alegría” de la Novena, luego la orquesta completa, es la Wayzata Symphony Orchestra, llegan los cantantes del Edina Choral, y ahora estamos dentro del torbellino ascendente de las voces que reclaman esperanza y contento.

Me repugnan los centros comerciales, dice una muchacha en un mensaje al pie del canal de Youtube al que entro para revisar la grabación, ¿por qué a mí, por desgracia, nunca me ha tocado uno de esas performances sorpresivas?

Todos estos conciertos, que han pasado alguna vez por la pantalla de mi teléfono celular, son de hace tiempo, 10 años a lo menos. Es un pasado demasiado remoto, ahora que el tiempo se ha quebrado en astillas y nos cuesta más recomponer el cuadro del pasado, cómo fue, qué fuimos, y del futuro sólo tenemos una visión borrosa y llena de signos abstractos incomprensibles, como en las pantallas nevadas de los viejos televisores.

Teníamos una idea más o menos razonable del tiempo transcurrido y por transcurrir. En el fondo de nuestras mentes, muy atrás, reposaba esa idea silenciosa de que el progreso es inevitable, porque somos hijos del positivismo triunfante, y sin muchas sorpresas, y sin más que exclamaciones de admiración, hemos visto cómo los sistemas y objetos fruto del afán tecnológico, y de la capacidad de invención, se sucedían unos a otros, y, sin sorpresa tampoco, íbamos viendo cómo sistemas y objetos se volvían obsoletos

a una velocidad sorprendente, y como en ninguna otra etapa de la civilización, teníamos cada uno un cuarto atiborrado de trastos viejos.

Y el progreso nos concedía seguridades. Primero que nada, la tecnología médica. La idea de alejar la muerte a través de drogas cada vez más novedosas. Medicamentos inteligentes. Cirugías sobrenaturales. La prolongación de la vida. Viejos saludables. La cota de edad de envejecimiento cada vez más alta.

Para el virus no hay medicina preventiva, y para los casos críticos del virus no hay medicamentos suficientes para asegurarte que no te vas a morir. Y desesperamos por una vacuna. No se sabe cuánto tardará en descubrirse y luego fabricarse esa vacuna milagrosa; pueden pasar años, y, mientras tanto, la inseguridad continuará, y no se podrá prescindir del distanciamiento como regla de vida. Es otro mundo. El mundo que da miedo.

Pero alguien estaba siempre inventando por nosotros, y eso nos tranquilizaba; la vida, indefectiblemente, sería cada vez mejor. Oíamos decir que muchos prototipos de inventos nuevos estaban listos, pero no se sacaban al mercado por conveniencia comercial, nada más. Hoy, lo que tenemos es incertidumbre. Como si estamos viviendo el fin de este mundo y el principio de algo todavía desconocido. Nos emociona y a la vez nos da miedo.

Vivimos a merced de un enemigo invisible, letal, ubicuo, traicionero, que no se aleja tras dejar en su rastro una ola de muertes, como ocurrió con la gripe española hace un siglo; que se queda medrando, al acecho, y representará una interrupción intermitente en lo que llamábamos la normalidad de nuestras vidas, de las costumbres gregarias que adquirimos hace miles de años, toda una civilización del codo con codo que desembocó en la sociedad urbana de masas. Estadios, anfiteatros, plazas, auditorios. Barcos,

aviones, autobuses, trenes, vagones del metro. Y la intimidad acompañada de los restaurantes, los bares, las *boîtes*, las discotecas.

Speak for yourself, oigo que me dice una voz socarrona. Claro, por supuesto. Hablo por mí mismo, desde esa franja que bajo los términos de la pandemia se da en llamar la de los más vulnerables. Los viejos de la tribu, los que se supone llenos de sabiduría. El consejo de ancianos. La tercera edad dorada.

Vulnerable, en términos de la pandemia, quiere decir que perteneces a la franja letal, porque a determinada edad no sólo estás más expuesto por el daño mismo de los años, sino que arrastras una cauda de enfermedades crónicas que te vuelven más indefenso: diabetes, hipertensión, males cardíacos y renales. Es una lista que te vienen repitiendo los agoreros en las redes, como a los césares cuando entraban en triunfo a Roma el *memento mori*. Sólo que hay unos que deben recordarlo más a menudo que otros, vulnerables que son.

Desde mi encierro, que ya dura tres meses, y no sé cuándo terminará, lo que tengo son preguntas:

¿Volverá el mundo a ser tan seguro como antes, en el sentido de que no le temía al prójimo, el próximo? El cercano, al que abrazas, al que le das la mano, junto al que te sientas en la mesa donde van a presentar juntos un libro, a dialogar sobre literatura. El que coloca el micrófono en la solapa, la chica que te maquilla en el camerino antes de la entrevista. La cajera a quien pagas los libros que has comprado, y es capaz de alcanzarte con su aliento desde el otro lado de la caja. El chofer del taxi que te lleva al recinto de ferias desde el hotel, a mí que me gusta sentarme adelante y entretenerme e instruirme en la conversación con los taxistas, que saben de todo y le mientan la madre al gobierno de turno.

¿Y los viajes? ¿Cuándo volveré a subirme a un avión? En el encierro me he dado cuenta que la mitad de mi vida me he quedado en mi casa escribiendo, y la otra mitad la he dedicado a andar por el mundo. Ahora no confío en la continuidad de esa otra mitad. Se acabaron las certezas. Porque llegará un momento en que la pandemia habrá dejado de ser una amenaza constante para la mayoría, que tendrá que regresar de cualquier manera a la vida diaria. Pero habrá quienes deberemos ser más cautos o, en todo caso, si queremos sobrevivir, aceptar las reglas del claustro como los viejos monjes medievales.

Mientras tanto, atardece aquí donde vivo en encierro, al pie de las serranías que limitan por el sur el valle en que se asienta Managua, y donde la vegetación reverdece, exuberante, tras las lluvias torrenciales de las últimas semanas. Es la hora en que las bandadas bulliciosas de chocoyos regresan a las ramas del alto guanacaste para pasar la noche. Y huele a tierra mojada.

Vuelvo, antes de la cena, a las páginas de *Mis días felices en el infierno*, de György Faludy.

Lo que cabe en un paréntesis

Piedad Bonnett

Arbeláez, Colombia, 10 de junio— Hiro Onoda fue un oficial del Ejército Imperial japonés asignado a Filipinas durante la guerra, que después de la toma de la isla por los norteamericanos se refugió en las montañas con tres de sus soldados. Onoda nunca quiso creer en los volantes que lanzaron desde el aire y que decían: “La guerra terminó el 15 de agosto de 1945. ¡Bajen de las montañas!”. No sólo

pensó que era una artimaña para atraparlos —Japón, según él, nunca se rendiría ante Estados Unidos— sino que, fiel al mandato de sus superiores que le habían ordenado no claudicar, persistió pertrechado en los bosques durante casi 30 años, sobreviviendo como podía, hasta que un mayor apellidado Taniguchi lo ubicó, lo convenció de que ya no había guerra y lo llevó de vuelta a Lobang.

Durante estos meses de pandemia he tenido una fantasía de terror: que, como Hiro Onoda, una vez nos anuncien que la vida ha vuelto a ser lo que era antes, nos neguemos a pensar que el coronavirus desapareció de la faz de la Tierra, y nos quedemos confinados eternamente, no sólo por miedo, sino por haber asumido ciegamente el mandato imperioso de las autoridades, que han aprovechado para legislar minuciosamente sobre cada uno de nuestros movimientos, valiéndose no sólo de la persuasión sino de la amenaza.

La muerte está en otra parte

El 18 de marzo la alcaldesa de Bogotá, con ánimo previsor que ha hecho que hasta ahora el contagio avance lento, anunció un simulacro de confinamiento de cinco días. Soy una persona que gusta de la soledad y el silencio de mi casa, y sin embargo, la perspectiva me horrorizó. Después entendí que lo que no podía soportar era la prohibición. Como muchos, hui de la ciudad y me refugié en la finca familiar, donde tenía garantizados aire libre y naturaleza. En una maleta mínima metimos un vestido de baño, unas sandalias, ropa cómoda y libros. Yo llevé también un abultado cuaderno de notas que siempre me acompaña e implementos para dibujar.

A punto de terminar el simulacro, el gobierno anunció que la cuarentena ficticia se volvía real y duraría 15 días más. Ante la desesperación de los que habían descatado la orden de no salir de la ciudad, abrieron una ventana de unas

pocas horas para regresar. Mi marido y yo, sin embargo, decidimos quedarnos en el campo. 15 días de vacaciones inesperadas no nos caerían mal, máxime que el municipio estaba —y sigue estando— libre del virus.

Los 15 días iban a convertirse en cinco semanas.

Ayer, hoy y mañana

Una vida se estructura alrededor de recuerdos. Si no hay hechos diferenciados, experiencias de una cierta intensidad, nuestra memoria se debilita. En 1962 Michel Siffre, un científico y explorador francés experto en espeleología, pasó dos meses encerrado en una cueva, sin reloj y sin ver el sol. Dormía y comía cuando su cuerpo lo necesitaba. Como no le sucedía nada, su memoria sufrió un deterioro tal, que llegó un momento en que no recordaba ni siquiera lo que había comido el día anterior. El tiempo se había convertido para él en un bloque brumoso, sin señales ni fisuras.

Es una experiencia extrema, lo sé, pero no tan distante de la que estamos viviendo: en esta cuarentena infinita, en confinamiento casi total, es difícil discriminar recuerdos. Lo que en mi cabeza se impone, pues, cuando pienso en esas cinco semanas en el campo, es la presencia exultante de la naturaleza. Lo que en otras estadías había sido para mí mero paisaje, un hermoso telón de fondo, fue haciéndose cada día más revelador, como si mis ojos fueran ahora lupas que me permitieran amplificar plantas, flores, hongos, atardeceres. Algo —tal vez la intuición de un futuro de encierro prolongado— me hacía regodearme en la belleza de cada cosa, como si quisiera fijarla en la memoria. Sin proponérmelo, y ya que el mundo parecía haberse detenido en un presente eterno, mi mirada se había vuelto contemplativa.

El fotógrafo James Cifford declaró: “Le tomo fotografías a lo que no puedo poseer”. Y eso mismo comencé

a hacer yo: a llevar un inventario fotográfico de las maravillas de la naturaleza. Un inventario inútil, seguramente, porque lo que esas fotografías pretendían comunicar era una vivencia intransferible.

Es impactante recordar que esa misma naturaleza derrochadora de formas y colores, que parece responder a un orden sabio, también engendró el coronavirus.

Como no había llevado computador, empecé a escribir en un enorme cuaderno que conseguí, no sin dificultad. En Bogotá había dejado una novela muy adelantada, pero no me pareció buena idea continuar con ella. Hoy por hoy, después de años de usar el computador, la escritura a mano —algo que hice durante años cuando me iniciaba como poeta— sólo logra producir textos provisionales, primeras versiones que luego deberán enmendarse digitalmente. En cambio, sucumbí a la tentación de escribir un texto autobiográfico. Fui una niña y una adolescente enfermiza, y de mis males de aquellos años me quedaron secuelas para siempre. Ahora, asediada por las noticias de las muertes en torrente por coronavirus, empecé a rememorar mi experiencia con la enfermedad. La tinta empezó a correr sola, de manera natural, como si hubiera estado esperando este momento toda la vida. Me instalé en el pasado para sobrellevar un presente sin modulaciones, y con la convicción de que escribir es ya un acto de fe en el futuro.

Sin embargo, mientras escribía empecé a echar de menos, de manera casi angustiada, mi biblioteca.

Afuera, adentro

El coronavirus está afuera, buscando un adentro. Las autoridades, concentradas en prevenir el caos también están afuera, conminándonos a estar adentro. Y nosotros, adentro, midiendo los riesgos, entre el deseo de libertad y el miedo.

Desobediencia

El gobierno de Colombia, una vez declarada la cuarentena, prohibió todo tránsito por las carreteras municipales, salvo el transporte de carga; la alcaldesa del municipio donde estábamos, haciendo gala de ese autoritarismo al que invitan los estados de emergencia, ordenó bloquear los accesos al pueblo con enormes montículos de tierra y piedra, en un gesto bárbaro que obligaba a dar un rodeo y a desplazarse por una sola vía militarizada, única salida para Bogotá. Volver parecía imposible. De nuevo, la sensación de atrapamiento por decreto empezó a causarme un malestar que amenazaba con volverse ansiedad. Estaba encerrada en campo abierto.

Frente a autoridades como Hiro Onoda, que obedecen ciegamente las órdenes superiores, no hay argumentación posible. Explicar a un policía o a un soldado que simplemente queríamos abandonar aquellos parajes para ir directamente a nuestra casa, puerta a puerta, no habría servido de nada. Había que inventar una historia, y ese es mi oficio. Se la contamos a los grupos de militares armados que nos iban deteniendo en la carretera. Digamos que el final fue feliz, si es que puede hablarse de felicidad durante una pandemia.

Previsible: en un país violento una pandemia será tratada como una guerra.

Aquí

Nunca fue tan certera como en estos días la metáfora del tiempo como un río. A veces los días nos arrastran como una corriente incontrolable, otras nos ponen a girar en remolinos, y a menudo encallamos, como cuando nos absorbe, inmisericorde, la realidad doméstica.

Hambre

Voracidad es el mal del que sufro ahora. Consciente de que la vida me está dando tiempo —tal vez, incluso, para sobrevivir al coronavirus— estoy en ánimo devorador.

Quiero que se acabe la pandemia. Quiero volver a abrazar a los que quiero. Pero ahora que han abierto puertas ya no me apetece salir. Ensayo a ordenar la biblioteca. Releo *La enfermedad y sus metáforas*. Vuelvo a Byung Chul Han y a Berardi. Trato de llegar a la poesía. Escribo y leo, leo y escribo. Me detengo a ver series cuando siempre he odiado ver series. Doy charlas por Zoom. Y como y bebo como si se fuera a acabar el mundo.

“La experiencia apocalíptica es lo contrario del aburrimiento”, escribe Amélie Nothomb, la autora que mejor ha descrito cómo la ansiedad fácilmente se transforma en hambre.

A veces me parece que estoy viviendo en la caverna platónica.

A veces temo que, como Hiro Onodo, no quiera (o no pueda) volver al mundo.

La cola del tigre

Eduardo Berti

Sábado, 30/5

Burdeos, 11 de junio— ...con conocidos por la calle y sólo distingo a algunos detrás de sus máscaras, perceptibles todos a medias, pero no todos igual de reconocibles, como ese experimento en el que nos dan a leer palabras y sólo vemos la parte de arriba o de abajo de las letras, así que no siempre...

Miércoles 27/5

...peluquería después de tres meses y la ceremonia, compleja y llena de protocolos, me hace pensar en cómo se modificaron los ritos de los aeropuertos después del 11S. Todo parece ahora un aeropuerto que...

Martes 26/5

...cada época sueña con la época siguiente, decía Michelet. Que esto no sea la pesadilla del futuro ni...

Viernes 22/5

...de máscaras, como en el carnaval, que pone la normalidad entre paréntesis y el mundo patas arriba para que, a la larga, nada cambie o...

Miércoles 20/5

...mi sueño descubren que la yerba mate es la droga milagrosa contra el virus. De pronto, la salud y la economía de Argentina se salvan. Para siempre. ¿O ni siquiera...

Lunes 18/5

...del glosario de Leiris: “desconfinar – fin de desconfiar”, “epidemia – media entre las epidermis”, “máscaras – cada vez más caras”, “aplanar – a planear”, “virus–vida en sus...

Domingo 17/5

...le digo a mi hijo que él y sus compañeros de generación nunca se olvidarán de estos días. Después pienso que ojalá sea así: querrá decir que fue algo excepcional, que esto no es el nuevo...

Miércoles 13/5

...medios no pueden controlar su amor por la “polémica” (si contásemos las veces que se usa esta palabra por día en

los medios argentinos, no nos alcanzarían los dedos: todo es “polémico”) y en cuanto aparece un irresponsable diciendo que “el confinamiento no...

Lunes 11/5

...mensajes para contarles, entre otras cosas, que hoy fue el Día Uno en Francia. Pero el corrector automático no reconoce las palabras “desconfinamiento” o “déconfinement” que mis dedos, más de una vez, se encargan de escribir mal. Y este simple dato (que la palabra resulte “inesperada”, como fuera de repertorio...

Jueves 7/5

...ese otro virus, el de las noticias falsas que...

Miércoles 6/5

...incomodidad de cruzarse con un conocido haciendo las compras. Uno prefiere mantener las distancias, pero no quiere parecer maleducado. Uno quiere charlar un poco, pero no sabe si el otro también. Uno quiere hacer de cuenta que no vio al otro, pero...

Domingo 3/5

...un gran “lugar común” de una época, pero no como espectadores (TTS, hombre en la Luna, etc.), sino desde adentro: una auténtica experiencia global, a tal punto que cualquier lector, sospecho, podría completar las frases de un diario como éste con sus propias...

Martes 28/4

...términos que, como “desconfinamiento”, no usábamos nunca, ni por error, y ahora forman parte de la vida cotidiana. Nunca digas de esta palabra no he de beber ni...

Jueves 23/4

...esperamos que los investigadores encuentren una solución, una vacuna, pero les prendemos velas a los mismos investigadores que trabajan en condiciones cada vez más pobres y...

Sábado 19/4

...nos une el virus, sino el espanto...

Viernes 17/4

...con risa y furia en todas esas revistas, muchas de ellas “femeninas”, que ahora consagran 20 merecidas páginas a la labor de los enfermeros y los médicos. Pero que hace tres años, cuando recibieron *Une Présence idéale* (que refleja el trabajo diario del personal sanitario en un hospital) respondieron, en muchos casos, que preferían no abordar esos asuntos tan “tristes”, que ni siquiera iban a leer...

Martes 14/4

...libro al azar (o no tanto: Peste y cólera, de Patrick Deville) y lo hago en la página 19, el número del covid: “Las gargantas se protegen con bufandas, los corazones con...”

Sábado 11/4

...qué sirve contar en un diario íntimo los detalles cotidianos. Hace unos meses leí que, mientras varias personas escapaban con lo puesto de París rumbo al sur de Francia, en plena Segunda Guerra Mundial, algunos a la vera del camino les vendían agua de grifo. Lo leí en un diario, no en un libro de historia, ya...

Jueves 9/4

...hombre que no respeta la cola en el supermercado. Le arroja a la cajera, de mal modo, lo que compró mientras

gruñe “no pienso agarrarme esta peste”, como si fuera el único con ese pensamiento. La gente aprieta los dientes, mira al suelo. Paciencia. No es momento para pelear. Los egoístas y los brutos sienten que lo que sucede justifica, al fin, su...

Lunes 6/4

...hospital incautó un respirador y lo puso en venta en un sitio web llamado Le Bon Coin. Algún día habrá que escribir “La historia de la miseria humana” y reunir casos...

Viernes 3/4

...de Leopardi. Copio: “Si en determinada ciudad vive tu enemigo mortal y ves que sobre ella se cierne un temporal, ¿acaso se te ocurre esperar que este vaya a matarlo? ¿Cómo puede ser, entonces, que te asustes por ese temporal a punto de caer sobre ti cuando la posibilidad de que sea mortífero no es tan...”

Jueves 2/4

...más ilusiones engendra el temor que la esperanza...

Martes 31/3

...como en *Abre los ojos*, de Amenábar (Madrid sin nadie, un museo fantasma), y se me ocurre de pronto que no me disgustaría ser invisible y pasear ahora mismo por las calles vacías de París, con toda la arquitectura a mi disposición. Una idea absurda y vergonzosamente estética, debo...

Domingo 29/3

...de hora. A las dos de la mañana, hay que poner el reloj a las tres. Una hora menos de confinamiento, bromean algunos. Me despierto a la 3:20 y no sé si mi reloj hizo el cambio en forma automática o si son las 2:20. Qué importa.

De pronto, creo entender que lo que me desveló es una tos en el silencio de la noche. El ruido viene de lejos. Pero, ¿es una tos, realmente? Ruido constante, aunque irregular. Un animal, tal vez. O el viento que sacude una ventana. O las toses de...

Sábado 28/3

...el macho-cazador de alguna era prehistórica, que abandona la cueva y vuelve con comida, pero no olvida llevar el gel ni la tarjeta de...

Viernes 27/3

...compras y me detengo a mirar las publicidades en la calle: todas viejas. De conciertos que ya pasaron o nunca se hicieron. De comercios cerrados hace ya rato. Como Pompeya, una ciudad petrificada. Y uno se vuelve una suerte de arqueólogo si...

Jueves 26/3

...Julie A., 16 años, la víctima más joven (hasta ahora) en Francia. Leo la noticia. Piel de gallina. Tenía un poco de tos y nada más, dice la madre. De pronto, todo se complicó: crisis respiratoria, hospitalización, análisis...

Miércoles 25/3

...muy revelador lo que una sociedad considera “comercios básicos” o de primera necesidad. Por supuesto, están las farmacias y las tiendas que venden comida. Pero en Francia no cerraron los *tabacs* ni las panaderías. Podrán caer 10 bombas nucleares o venir mil pestes más, pero el francés resistirá mientras pueda ir en busca de su baguette. No es casualidad, cavilo, que se use la misma palabra para la varita mágica. Baguette magique. Tal vez el pan sea uno de los pocos milagros de un país oficialmente laico, tal vez...

Martes 24/3

...“Loco” Gatti internado en Madrid con coronavirus. Hace unos días murió Amadeo Carrizo. Espero que Fillol y Goycochea estén bien. Que esto no quiera decir que la enfermedad nos va a ganar por goleada o que...

Lunes 23/3

...las ventanas y aplaudir al personal sanitario, pero también hacer un “censo”: ver si todos han abierto, preguntarse qué ha pasado en el caso de los que hoy no...

Viernes 20/3

...y entre la hilera de comercios con cortinas bajas hay espejismos: la cruz verde de una farmacia, el cartel rojo de un *tabac*, la puerta abierta de una panadería. A pesar del sol cegador, algunos comerciantes prenden carteles como un modo de agitar tanta...

Miércoles 18/3

...cientos de chistes sobre el virus. Algunos son malos, otros buenos. Todos, supongo, igual de terapéuticos como “si este es el virus chino, cómo será el original” o...

Martes 17/3

...en guerra” de Macron hizo que la gente saliera en masa a llenar los carritos. Personas apiñadas en las puertas de los supermercados. Si yo fuera el virus, estaría feliz y...

Lunes 16/3

...discurso de Macron, hace un instante, en el horario de las 20:00 que es el del informativo de la TV. Más tenso que el viernes, menos sonriente y, por lo tanto, menos parecido físicamente a Boris Vian. Nada más lejos del cantante de “El desertor” que el presidente que repite seis veces, si cuento

bien, buscando desesperado el título periodístico: “Estamos en guerra”. Ni siquiera un “estamos en guerra contra la enfermedad” o “contra la epidemia”. Si otras guerras salvaron presidencias a la deriva, tal vez Macron haya visto algo que nosotros, los simples...

Domingo 15/3

...con Franco Battiato. En mi sueño, está solo en el sexto piso de su casa, en la ciudad de Milán. (En mi sueño, B. vive en Milán). Nadie se acuerda de él y él no se atreve a bajar a la calle por miedo a contagiarse y, peor aún, porque no sabe si tendrá las fuerzas necesarias para volver a subir los seis pisos por escalera. (En mi sueño, no hay ascensores chez Battiato). Como sé que vive allí, le llevo unas pizzas de regalo para que no muera de hambre. Me abre la puerta, más flaco que nunca. Recibe las pizzas con desconfianza, sin saber si debe pagarme. (En mi sueño, B. ama la pizza). Antes de cerrar la puerta, dice: “Cuando llegue el día final, no te servirá de nada que sepas hablar inglés”. Y entonces...

Viernes 13/3

...cierre de las escuelas y de las universidades. Pero el domingo habrá elecciones, así y todo. Incomprensible. ¿Incomprensible o más...

Miércoles 11/3

...el sitio de noticias falsas e irónicas tipografiamoderna. Las noticias de esta mañana alivian mi angustia: “La OMS confirma que no hay peligro de contraer el coronavirus por escuchar a Franco Battiato”. Sé de algunas personas que han dejado de comer pasta italiana o chop-suey por...

Martes 10/3

...haber regresado de un viaje a Bari y Lecce, en Italia.

Loanulé hace más de una semana, cuando las cifras del contagio empezaron a dispararse. Ciertas personas, que se asombraron con mi anulación, hoy piensan que hice bien. Creo que tuve los reflejos necesarios porque seguía de cerca el crecimiento del virus. Y esto último, ante todo, por nuestros amigos chinos, sobre todo por S.Y. que nos mandó desde Pekín unos videos y unas fotos. Calles sin un alma a la vista. Adultos y niños metidos en amplias bolsas transparentes de basura. Máscaras improvisadas (las de verdad se agotaron) con pomelos, con corpiños, con calzoncillos. Compartí algo de esto en Facebook y sentí...

Lunes 9/3

...la cola del tigre resulta más aterrador que ver su cuerpo entero porque nadie alcanza a adivinar su tamaño, dice un proverbio coreano. Creo que hasta ahora, hasta el primer zarpazo en Italia, no vimos más que una cola lejana. Y, para colmo, reducida y maquillada por la censura y la propaganda del...

Viernes 6/3

...sería como una gripe fuerte, pero nuestros amigos...

Martes 3/3

...buen año, confío. Parece que un...

Pandemónium

Claudia Amengual

Montevideo, 12 de junio— El primer demonio llegó a las seis. Sin anunciarse ni pedir permiso, un poco antes de la hora prevista. No necesitaba que le abrieran la puerta. Llegó, estudió la habitación de un vistazo y eligió el mejor

lugar, como siempre. Se acomodó en el sofá blanco y apoyó los pies sobre la mesa. Lucía cansado a esa temprana hora de una mañana abrilena, cuando la ciudad apenas iniciaba su ajetreo. Pequeño y amoratado, el demonio del egoísmo se estiró hacia atrás y estuvo a punto de iniciar una siesta. Pero no correspondía a su naturaleza. Es sabido que los demonios no duermen. Allí, repantigado como un gatito, acaso presintiendo el riesgo de la pereza, se dijo que tanto trato con humanos lo estaba pervirtiendo.

Milton Iseris vivía como si fuera inmortal, como si tuviera a su disposición el tiempo. Todo lo dejaba para el día siguiente. Así había sido en los últimos dos años desde la inauguración de su vida nueva. No había flaqueado ni una vez, no se había permitido ni un pensamiento. Liberado de sus amarras, se sentía aliviado y casi feliz. Hasta que declararon la pandemia. Oyó la noticia y supo que el problema no sería la soledad, sino el aislamiento. De hecho, la soledad era amable y discreta. Estaban a gusto juntos y en esa paradoja existencial se entendían. Entre ellos no cabían reproches, mentiras ni penas. Mucho menos exigencias. Pero desde hacía unas semanas Milton Iseris había ido cortando los últimos lazos que le quedaban con el mundo y empezaba a sentirse demasiado a gusto con aquel confinamiento.

De vez en cuando un demonio insinuaba su cola tras el televisor, bajo la cama o en la alacena. Empezaron a llegar de improviso y hasta el momento no habían sido más que visitas fugaces, sin palabras ni gestos. Apenas un recordatorio de que estaban cerca y podían entrar cuando quisieran. Milton Iseris los intuía y miraba hacia otro lado para ahuyentarlos con indiferencia. Sabía que si se detenía a pensar en ellos estaría cediendo. A decir verdad, no le preocupaba su presencia, siempre y cuando no interfirieran.

El desafío sería mostrar que el confinamiento lo afectaba como a todos. Debía ensayar alguna falsa queja. Habría que inventar alguna excusa y practicar frente al espejo hasta parecer convincente. En cualquier momento lo pondrían a prueba. Alguien le lloraría sus cuitas por teléfono. Pero él no estaba interesado en acompañar dolientes. No lo dudó. Estrelló el teléfono contra el suelo y se quedó mirándolo como quien vela a una mascota muerta. Ahora sí estaba solo y eso le daba una paz inmensa. Sí, la soledad era bella. En cambio, el aislamiento...

Amanecer sin responsabilidades era un deleite. Cada mañana, apenas abrir los ojos, daba gracias y se decía que su decisión había sido buena. En eso estaba cuando vio llegar al demonio del miedo. Un poco más estilizado, de movimientos envolventes, sabedor de una cierta jerarquía que lo situaba por encima de sus compañeros, rechazó la facilidad de los asientos y se acomodó en el suelo. Su masa esponjosa se expandió por toda la habitación, como una alfombra gris y funesta. De soslayo, con displicencia, saludó al demonio del egoísmo y este le devolvió un imperceptible siseo.

Milton Iseris no se molestó en cortesías. No le interesaba entablar ningún tipo de relación con ellos. Sabía de su existencia y había notado el aumento de las visitas en los últimos tiempos. Hubiera preferido que no vinieran, claro, pero sabía que oponerse sería contraproducente. Además, se sentía seguro. Podía mantenerlos a raya siempre y cuando no les diera importancia. Algún día, pensó, se cansarán e irán a otra casa a romper la paciencia.

Se preparó un café y cortó una naranja. Aspiró el perfume cítrico con deleite. A esa hora de la mañana el silencio era intenso. Adoraba ese silencio. Adoraba no tener ni una planta de qué ocuparse. Ninguna responsabilidad más que proteger aquel espacio que tanto le había costado construir. Un espacio sólo de él, un espacio donde no debía rendir

cuentas. Y ahora la pandemia le daba la excusa para evitar los esporádicos compromisos sociales a los que asistía sin ganas, sólo porque le parecía dramático y cursi llevar su soledad al extremo. Pero ya no debía preocuparse por eso. Nadie festejaba cumpleaños, no había bodas ni aniversarios, ni reuniones de amigos, nada. La gente se quejaba del confinamiento, clamaba por ver a hijos y nietos. Algunos se deprimían, llegaban incluso al borde mismo de desear la muerte.

Para Milton Iseris era el estado ideal. Mientras tomaba su café y disfrutaba del resplandor rosa que entraba por la ventana, sentía que estaba hecho para eso. Se ducharía y se vestiría sin pensar más que en su comodidad, sin preocuparse por modas o etiquetas. Un pantalón holgado, camiseta de algodón y medias. La barba de dos días y el cabello húmedo. ¿Y qué? Podía andar desnudo si quisiera. Iba a dedicarle ese día a pulir un par de poemas. Sin presiones, seguro de que nadie notaría su ausencia. Tanto, tanto, tanto le había costado construir aquello. Por eso los demonios no lo preocupaban. Sabía que merodeaban y que sus visitas eran cada vez más frecuentes, pero lograría controlarlos. Sólo debía ser indiferente.

Entonces llegó el demonio de los celos. Esquivo y poco dado a las demostraciones de urbanidad —tratándose de demonios no cabe hablar de afecto—, deslizó sin ruido su piel verdosa y se quedó quietecito tras la biblioteca. Desde allí tenía una vista panorámica y perfecta. Sin exponerse demasiado podía observar al demonio del egoísmo y al demonio del miedo, el narcisista de siempre, creyéndose por encima de los otros, con aquella grisura que pretendía abarcarlo todo. El demonio del miedo se sentía superior y no lo era. El demonio del egoísmo, en cambio, sólo buscaba su provecho. No le interesaba la competencia, siempre y cuando estuviera claro que su bienestar era lo primero.

¡Habrase visto semejante palurdo!, pensó el demonio de los celos. ¡Poner los pies sobre la mesa!

Milton Iseris, taza en mano, de pie contra la ventana, vio cómo la ciudad amanecía y pensó que el aroma del café era balsámico. La pandemia se había instalado hacía cinco semanas y el confinamiento obligatorio tenía las calles convertidas en desiertos. Sólo se veía a una mujer que paseaba a un perro y parecía demorarse demasiado en su caminata permitida, cuadra abajo, cuadra arriba, una, 10, 30 veces. El viento hacía firuletes con un periódico viejo que fue a enredarse en las ramas de un álamo y quedó flameando como una absurda bandera. Qué serenidad, pensó Milton. Cuánta limpieza.

—¿Será que podemos empezar? —dijo el demonio del egoísmo—. Ya son las seis y media. No dispongo de la mañana entera.

El demonio del miedo se irguió un poco y dejó ver su masa expandida, ahora erizada como un gato alerta. Le disgustaba que el otro hubiera tomado la iniciativa. A él nadie le marcaba el ritmo. Estaba molesto.

—Será —respondió entre dientes—. Empecemos.

El demonio de los celos vio cómo brillaba la pelambre del demonio del egoísmo, y pensó que a él le faltaba un poco de acicalamiento. ¡Pero, claro! Al demonio del egoísmo le sobraba el tiempo. En cambio, él gastaba sus horas en observar a los otros y a envidiar el bien ajeno. Era un esfuerzo agotador. ¿En qué momento podía permitirse el lujo de ocuparse de su belleza? Cómo detestaba al demonio del egoísmo, sólo preocupado por su provecho. Y aquel pelo brillante y sedoso. Tendría que averiguar cómo lo mantenía de ese modo. Lo detestaba, pero ese pelo...

—Empecemos, sí. A mí tampoco me sobra el tiempo.

Milton Iseris oyó el intercambio de voces como si viera del pasado. Fue al baño a cepillarse los dientes y se

descubrió algo demacrado en el espejo. Se dijo que un poco de vitamina D suplantaría la falta de sol y que quizá no estaba alimentándose bien. Un recuerdo olfativo vino desde lejos. Era el olor de su hogar, el olor de la comida recién hecha, el inconfundible olor de las personas queridas. ¿Queridas? ¿Acaso no había dejado de quererlas? ¿Acaso no había decidido cortar con todo eso? Ahora no iba a ceder a la facilidad de la queja. Ahora que el confinamiento le permitía evadir los encuentros sin necesidad de inventar excusas, no iba a dejarse ganar por nostalgias ni arrepentimientos. Había roto con su vida anterior, dejado esposa e hijas, y no había vuelto a saber de ellas. Había cambiado de trabajo. El sueldo era bastante menos, pero le bastaba. Solo debía preocuparse por él. Esa era su vida elegida y no cabía el remordimiento.

—Es lógico que no quiera salir de casa —dijo el demonio del miedo—. Yo mismo se lo he recordado hasta en sueños. Afuera anda el virus y el virus es la muerte. Cualquiera puede tenerlo. Un estornudo, una tos, un abrazo y ¡se acabó! El virus entra.

—Contagiarse no es tan grave para un hombre joven —terció el demonio de los celos—. En cambio, debería pensar en su trabajo. Mientras él permanece aquí dentro, algún compañero estará ganándose la voluntad del jefe. Ya le pasó una vez con aquel pelirrojo, ¿lo recuerdan? Hay que ver la vida que se da el tipejo. Cambió el auto, novia nueva...

—A mí me da igual lo del trabajo. Lo importante es que haga lo que quiera. Si está a gusto encerrado, que se encierre —el demonio del egoísmo casi dictó sentencia.

—¿Y las hijas? ¡Dos años sin verlas! Van a odiarlo. O peor, van a olvidar quién era —dijo el demonio del miedo.—Las hijas ya entenderán cuando crezcan. No tuvo opción. O se alejaba o...

Milton Iseris pensó que estaban llegando demasiado lejos. Podía soportarlo todo, pero el recuerdo de sus hijas estaba instalado en el territorio fangoso de la culpa y él luchaba por mantenerse a salvo de esa ciénaga. Trataba de no pensar en ellas. Un día, sin premeditación ni estrategias, se apartó de todo. Renunció a lo que tenía e inauguró una vida nueva. Solo solo, solo, la soledad y él, extraña pareja. Pero ahora, los demonios se habían excedido. Ya no eran aquellas apariciones efímeras. Ahora se le habían instalado dentro. Y uno de ellos tenía los pies sobre la mesa.

—Éste termina mal —dijo el demonio del miedo.

—¿Y cuál es la opción? ¿Volver con la cola entre las piernas?

La mención de la cola hizo sonreír al demonio de los celos. Pero se contuvo. No iba a darle un triunfo al demonio del egoísmo. No iba a regalarle un motivo de satisfacción a ese egocéntrico. Salió de su escondite tras la biblioteca y se ubicó bajo el único haz de luz que formaba un círculo en la alfombra. Su cuerpo verdoso adquirió un brillo amarillento.

—Hay que ver cómo le está yendo a su hermano, al menor, me refiero. No sé si saben, pero en la universidad es el profesor estrella. Acaban de contratarlo de una universidad extranjera. El orgullo de los padres, sí. En cambio, éste...

El demonio del egoísmo no soportaba al demonio de los celos. Lo consideraba inferior, un pecado de poco seso. Dedicaba demasiada energía a los otros en lugar de ocuparse de sí. Y ocuparse de sí —el demonio del egoísmo lo tenía claro—, al final del día, resulta la elección más inteligente. En tanto su bienestar estuviera asegurado, el mundo podía explotar afuera. Decidió que ya estaba bien de tanta cháchara. Los tres sabían por qué estaban ahí. Había que hacer lo que había que hacer y dejarse de perder el tiempo.

—No sé ustedes —dijo el demonio del egoísmo—, pero yo no tengo toda la mañana. Por mí, que haga lo que quiera. Si está a gusto así, que así se mantenga.

—De acuerdo —agregó el demonio del miedo y los otros dos se sorprendieron por tan abierta coincidencia.

—Que haga lo que quiera. Además, afuera está el peligro. No sólo por el virus. Lo peor es la gente. La gente con su maldad, ¿entienden? La gente con sus sombras. En momentos así, aparecen. ¿Salir a la calle para qué? ¿Para enfrentar la hipocresía, la traición, los celos?

—Eh, eh, eh... un momento —intervino el demonio de los celos. —Yo no me meto con los miedos.

—Votemos— sugirió el demonio del egoísmo mientras prolongaba un sonoro bostezo.

—Votemos —dijo el demonio del miedo, como si fuera necesaria su palabra para legitimar un acto tan solemne— Voto porque se quede adentro.

—¿Para siempre? —preguntó el demonio de los celos que temió quedarse sin trabajo si Milton Iseris perdía todo interés por la vida ajena.

—Que no salga. Que se quede —votó el demonio del egoísmo, aunque le importaba poco y nada el asunto. Ahora todos sus pensamientos estaban puestos en saber si en su próximo destino —la casa de un jardinero— habría un sillón tan cómodo como éste.

El demonio del miedo notó la vacilación en el demonio de los celos. Como la unanimidad era la regla, creyó necesario interceder.

—No hay de qué preocuparse. Si no sale, tendrá más tiempo para pensar en los otros, imaginar lo que hacen o lo que tienen. Y lo que se está perdiendo.

El demonio de los celos no había pensado en eso. Había que reconocer que el demonio del miedo tenía sus méritos. Accedió con un suspiro.

—Sea. Que se quede.

La situación estaba resuelta y los demonios festejaron con un chillido espeluznante que se expandió por la habitación de pronto coloreada por la bruma del amanecer. Una bruma morada y verde. El chillido se le instaló a Milton Iseris como una punzada en el pecho. Ese fue el límite de su tolerancia. Aquella caterva de indeseables no iba a manejarle la vida como si fuera de ellos. No iba a permitirlo, no. Que se fueran. Que lo dejaran en paz. Malditos. ¿Con qué derecho? ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! Arremetió contra el sillón, pisoteó la alfombra, dio puñetazos a su biblioteca ¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera! Sintió que se le partía el pecho. Un grito de animal herido brotó de su garganta y se estrelló contra las paredes. ¡Fuera, malditos! ¡Fuera! Rompió cuanto tuvo a su alcance, arañó, rasgó, estrelló cristales y no sintió dolor ni notó la sangre que iba marcando sus huellas. ¡Fueraaaaaaaaaa!

Quedó tendido en el piso, exhausto, como muerto. Un tiempo indefinido que pudo haber sido un par de minutos o una vida entera. Y aquel rayo extendiéndose en el pecho. Un dolor insoportable, intenso. Un teléfono, necesitaba un teléfono. Ya sin fuerzas, buscó a su soledad, pero no había rastros de ella. En su lugar, inundándolo todo, ocupando cada milímetro, el sillón, la alfombra, la biblioteca, sonreía como un rey en su trono el peligroso aislamiento. La bruma se volvió gris. El último en irse fue el demonio del miedo.

Carta de Boston (desde el encierro)

Pedro Ángel Palou

Boston, 13 de junio— El 11 de marzo el gobernador de Massachusetts, Charlie Baker, declaró el estado de emergencia, lo que le permitiría a la larga *cerrar* las actividades

consideradas no esenciales. Ese lunes en la universidad en la que trabajo, Tufts, tuvimos una reunión del Centro de Humanidades. Me quedó claro al salir, por lo que algunas de las autoridades dejaban entrever, que cerraríamos del todo al finalizar la semana. Me apresuré a organizar un curso de enseñanza en línea con mis maestros (que efectivamente dimos el 11) y a prepararnos psicológicamente para ir a casa. Lo que nadie podía prever es que dos días después el rector de la universidad les daría a los alumnos tres días para sacar sus cosas o bien avisar a sus respectivos departamentos que por razones particulares deberían darse. El éxodo estudiantil antes de el infame *Spring Break* los pilló a todos por sorpresa, pues tendrían que vaciar sus habitaciones. Los alumnos lloraban, se abrazaban sin saber que en muchos casos lo harían por última vez, pues a la postre no habría graduación y la realidad les daría (nos daría) aún varias bofetadas.

A la semana siguiente mirar Boston, literalmente vacía, fue desolador. No sólo porque no había coches en las calles, lo cual a ciertas horas puede ser una bendición, sino porque la ciudad parecía un pueblo fantasma. De la noche a la mañana, literalmente, la cuarentena había cercenado la vida. Ninguna tienda ni restaurante ni gimnasio ni hotel abiertos. Todavía las autoridades sanitarias no habían modificado su narrativa sobre los cubrebocas, así que los pocos transeúntes despistados que paseaban por el parque —el normalmente atiborrado Boston Common— lo hacían con inconsciencia, como si no pasara nada. Para entonces las noticias provenientes de Europa —Italia, particularmente, aunque España y Reino Unido también— eran alarmantes. El miedo se apoderó del planeta entero y aceptamos encerrarnos, casi sin chistar.

La vida empezó a ocurrir en Zoom. No sólo las clases, después del 25 de marzo, cuando los alumnos *regresaron*

de su receso de primavera, sino las fiestas —mi propio cumpleaños, bastante descolorido—, e incluso las copas. En lugar de vernos, como en otros lados del mundo, encendíamos las computadoras y simulábamos estar juntos, departir. Brindábamos por la vida porque nos sentíamos salvados momentáneamente. En abril comenzamos a saber de amigos íntimos o familiares que habían contraído el virus. Afortunadamente, salieron avante. Uno de ellos, queridísimo, como su amado Alonso Quijano, después de semanas hospitalizado y en terapia intensiva. La enfermedad y la muerte tocaban —al menos en la puerta de al lado—.

¿Se podía escribir en ese estado? ¿Tenía sentido? Esa pregunta me era inevitable y la respuesta, lamentablemente negativa. Incluso leer se hacía pesado, como no fueran fragmentos, cuentos cortos y poesía. La novela se me resistía. Me doy cuenta, al escribir esta crónica, que escribo de hace dos meses como si hubiesen ocurrido dos años. Ésa es una de las cosas curiosas de este encierro, el tiempo no pasa y al mismo tiempo transcurre velozmente. Yo cuento las semanas los días viernes, porque ese día empecé el encierro. Cuento las semanas por las escasas veces que he ido al supermercado —la primera vez presa de pánico, las otras dos con guantes, gafas de carpintero, tapabocas—. El regreso, además, tiene su propio protocolo: dejar todo en la entrada, quitarse casi toda la ropa y así, con el hatillo en las manos y los zapatos colgando para no pisar dentro, todo a la lavadora. Un baño instantáneo, el jabón intentando una asepsia que mucho tiene de paranoia. Hemos optado, porque podemos hacerlo, por ir a recoger unas cajas de verdura y fruta una vez por semana a un lugar donde no nos bajamos y donde no hay contacto alguno. La carne nos llega una vez al mes, porque desde antes estábamos suscritos a los productos de esa granja, lo que incluye huevos y mantequilla. La leche que tomamos es de almendra y la

hacemos en casa. Nos sentimos unos pioneros descubriendo después del Mayflower las tierras ignotas.

Ésas eran nuestras preocupaciones hasta que tres eventos concatenados, como las fichas de un dominó maniático, nos sacaron de nuestra cómoda burbuja. El linchamiento de Ahmaud Arbery en Georgia, el teatro de una mujer blanca, Amy Cooper, ante un ornitólogo negro en el Parque Central de Nueva York, donde lo amenazó con *llamar a la policía* y el terrible asesinato policiaco, extrajudicial, de George Floyd en Minneapolis. Dejamos de pensar en el encierro y salimos a las calles, a protestar, a decir *basta*. Dejamos de pensar en nuestra salud porque hay quienes todos los días sufren la brutalidad más cruel, porque este país en el que vivo nació, como México, del genocidio y creció y se desarrolló a la par de la esclavitud. Porque este país sigue siendo racialmente injusto, brutalmente racista, y porque el mismo presidente que no supo manejar la pandemia nos ha confrontado a todos, provocando aún más ira.

Las protestas mostraron una sociedad harta de la doble moral y presta para una reforma judicial que no puede aplazarse un segundo más. Estos casi cuatro años de presidencia más otro de una campaña política incendiaria y divisoria por parte de Donald Trump nos han traído hasta aquí. Sus mismos correligionarios le pedían que se pronunciara, que un discurso suyo de unidad era central después de los disturbios que se replicaron en todas las grandes ciudades del país. En su lugar el presidente amenazó y declaró la guerra a los propios estadounidenses. En un discurso del todo bizarro en el jardín de las rosas de la Casa Blanca, pidió que los gobernadores “dominaran” a los que protestan, de lo contrario él enviaría a las fuerzas armadas. Parece que no lo puede hacer legalmente, pero es lo de menos. Mientras esto ocurría sus propias fuerzas desplazaban violentamente a una manifestación pacífica para que él se pudiera tomar

una foto con una Biblia en la iglesia de San Juan en el parque Lafayette. Nunca tanto narcisismo para apelar a una base electoral que se desmorona. Nunca tanta violencia y tanto racismo divisorio habían provenido de la más importante oficina del país. A Trump no lo ha podido detener el aparato democrático ni las instituciones de contrapeso, ha modificado a su antojo el poder judicial, empezando por el departamento de justicia, que se ha corrompido en formas nunca vistas y se ha doblegado a sus caprichos, uno tras otro.

Trump se llama a sí mismo el *presidente de la ley y el orden* (quizá porque todas sus referencias provienen de la televisión), pero desconoce el estado de derecho. Lo que los manifestantes piden es, precisamente, *ley y orden*. Que unos policías asesinen a una persona que custodian no es *ley y orden*, que unos hombres blancos armados hasta los dientes protesten enfrente del capitolio de su estado y no sea arrestados por ser blancos, no es *ley y orden*. Por eso ante sus votantes dijo que defenderá sus derechos, en particular la segunda enmienda (que permite la posesión de armas). Un latino, un asiático, un afroamericano armados casi seguramente serán asesinados por la policía. Un blanco armado está ejerciendo la libertad de defenderse a sí mismo.

El país está en guerra. El presidente autócrata ha destruido en pocos años una de las democracias aparentemente más sólidas del planeta, sólo falta que vuelva a amañar —con o sin ayuda de los rusos— las elecciones de noviembre. Mientras tanto hemos visto signos por doquier de las formas dictatoriales del presidente y sus compañeros de gabinete. El país se le deshace, casi 110 mil muertos por el covid-19, las ciudades en llamas. La división, la xenofobia, el racismo más cruento nos han devuelto 30 años atrás al menos en el tema de los derechos civiles. Martin Luther King decía que las protestas son un lenguaje, el de los sin voz, el de los no escuchados. Es un derecho mínimo

y, además, junto con el voto, es una manera de intentar cambiar las cosas. Ojalá esta vez el presidente más violento e incapaz que ha tenido este país pierda del todo.

Boston dejó de ser el pueblo fantasma de la cuarentena. Sus habitantes se enfrentaron a la policía —que como en muchos lugares de Estados Unidos no ha entendido el tono de las protestas, al menos los primeros días— y siguen en las calles gritando basta. Da esperanza que a eso hayamos salido, aunque siga dando miedo un nuevo brote de covid-19. Mientras tanto, acá en el pueblo cercano a Boston donde vivo, han festejado la graduación de la preparatoria en una caravana de coches, con el claxon a todo lo que da. Han cerrado la calle para ese efecto, y la gente ha salido también pensando que la vida sigue igual, que mañana todo volverá a la normalidad. Ojalá hubiésemos aprendido, en cambio, que todo lo que estaba mal lo estaba antes de la pandemia. Ojalá saliéramos a cambiar las cosas. Lamento ser pesimista.

Para empezar, la desigualdad económica y las consecuencias brutales de la automatización industrial. En las últimas décadas la brecha entre los ricos y los pobres se ha agudizado a consecuencia de las políticas neoliberales. El 1% que controla y es dueño del mundo vive de la explotación humana del otro 99%, pero también de la explotación del planeta. En días pasados hemos visto a los animales volver, a los peces nadar en aguas cristalinas en Venecia, a la población de osos duplicarse en Yosemite, en tan poco tiempo. Las consecuencias positivas en términos de emisión de carbono se dejan ya sentir en el medio ambiente. Pero no soy optimista, volveremos a habitar la Tierra, cuando salgamos del encierro, sin ningún respeto a nuestros ecosistemas, sin ningún respeto a los millones de trabajadores que sostienen con su precariedad la vida privilegiada de los ricos.

Se ha escrito mucho estos días acerca de que los “trabajadores esenciales” han visibilizado a todos esos millones de

seres que permiten la vida de las democracias liberales del capitalismo salvaje. Los que recogen la basura, los que sirven en los supermercados, el personal de primeros auxilios, quienes cosechan y permiten que los productos alimenticios lleguen a las casas (por no hablar, en otro sentido, de las enfermeras y los doctores). Les podemos aplaudir, pero no quiere decir que después de la reclusión valoremos verdaderamente su papel y haya un aumento general de sueldos, una renta vital (como la que Podemos está luchando por imponer en España). Seguirán siendo los indocumentados, los inmigrantes, los desechables.

Foxconn, el gigante de la manufactura chino es responsable del 50% de todos los productos electrónicos que consumimos en el mundo y ya está reemplazando a sus empleados de ensamble en Shenzhen y en otras de sus plantas por un millón de robots. Sí, un millón. Phillips se ha declarado orgulloso de que podrá reemplazar la mano de obra asiática en la próxima década por sistemas de producción robótica. Ya hay una planta suya en Friesland que sustituirá a su fábrica de Zhuhai, cerca de Macao. General Electric ha dedicado billones ya al “internet de las cosas” con el objetivo de integrar máquinas y sistemas de manufactura con sensores en red. Planean tener “gemelos virtuales” de todos sus productos. Hay en el mundo alrededor de 3 mil millones de personas que representan lo que llamaríamos la “fuerza de trabajo”, mil 500 millones, la mitad, son vulnerables y mil 300 millones ganan menos de cinco dólares al día. En el mundo 2 mil millones de personas en edad laboral no tienen trabajo y 500 millones de jóvenes están inactivos (ni trabajan ni estudian), mientras que 168 millones de niños sí trabajan en condiciones de explotación.

¿Los vemos? ¿Sabemos de su existencia? ¿Los protegeremos cuando volvamos a la calle? Lo dudo. Como decía Marx, el propósito de la labor productiva no es el trabajador

sino la producción de plusvalía. Toda la labor necesaria que no produce plusvalía es superflua y no tiene valor para el capitalismo.

Otra de las cosas que hoy sabemos que estaban mal, en muchos otros tipos de trabajo, es la semana laboral de 38 o 40 horas. Lo que ha mostrado el llamado teletrabajo o trabajo a distancia es que se puede hacer mucho más con menos tiempo y menos distracciones. Una de las explicaciones que se han generado de por qué los casos de coronavirus en California se han controlado mejor que en otras partes es la cultura de trabajar en casa impuesta desde hace tiempo por Silicon Valley y la industria de la tecnología. Las universidades no volverán a ser las mismas, ni los espectáculos culturales ni los museos ni los conciertos ni los festivales. Al menos por un tiempo. ¿Valoraremos más la educación en línea?

Charleston/México: una realidad alterna

Eloy Urroz

*A Inocencio Reyes, Gustavo Urdaneta
y Federico San Román.
In memoriam*

Charleston, EUA, 14 de junio— El 17 de marzo del 2020, apenas comenzando la pandemia, volé a México, pero no huía, sólo dejaba Charleston, mi ciudad, para pasar cinco días con Michelle, mi novia desde hace 10 meses. ¿Quién puede arengarme por haber prolongado mi estancia unas seis semanas cuando estás enamorado y no has cumplido el año de dicha post matrimonial? Que arroje la primera piedra... El caso es que no volví a mi casa sino hasta el 27 de

abril, justo cuando absolutamente nadie volaba a ninguna parte, ni *hacia* México ni *hacia* Estados Unidos. Mi vuelo México-Miami-Charleston estaba vacío (o casi). 15 pasajeros en el primer tramo y cuatro en el segundo. En la sala de espera aledaña —con el anuncio para abordar hacia Knoxville—, no vi que subiera nadie. Ese fenómeno me pareció más óptico que real. Poco antes, en el aeropuerto de la Ciudad de México, me había sentido algo así como un zombi nadando dentro de una pecera o el único despistado dentro de un museo de cera. Llevaba, por supuesto, mi cubrebocas y una escafandra de plástico que Jorge me había regalado: doble protección, por si acaso... También llevaba guantes súper esterilizados que un amigo enfermero me había obsequiado. Todos en el exDF me dieron su bendición, como si subirme al avión fuese un pasaje directo al infierno.

Nada más llegar a Charleston, me enteré de que la gente había guardado una estricta cuarentena a partir del día que me fui (el 17 de marzo) y que, ahora, lentamente, estaban abriéndose los comercios y parques, algunos sitios públicos, aunque no las escuelas ni las universidades. En otras palabras, había conseguido saltar de un barco a pique (Charleston) a otro barco (México) para luego abandonar el segundo cuando éste se hundía para luego saltar de vuelta al primero sin apenas mojarme los pies. ¿Cómo lo había hecho? No lo sé. Bueno... sí sé: la fuerza del amor y un poco el salto de la garrocha.

Mis amigos y mis hijos en Charleston me dijeron, me advirtieron, antes de regresar a Estados Unidos: “¡No vendas! ¡Quédate en México!”. Imaginaba lo peor, según sus descripciones. Tendría que encerrarme 14 días sin ver a mis hijos, sin darles un beso, sin tomarme una cerveza con Keil, Raúl, Casey o Javier. Tendría que no ver a nadie ni salir a ningún lado y quedarme leyendo, todo el santo día encerrado, comiendo y engordando. Pero, al final, sucedió

lo contrario. Al día siguiente a mi llegada, la gente en el sureste de Estados Unidos (buenos conservadores trumpistas) empezó a perderle el miedo a la muerte, como si yo, el heraldo de vida, hubiese arribado para desinfectarlos a todos. Como por arte de magia, se atiborraron las calles de autos, los supermercados se llenaron de gente y los parques y canchas de fut y de básquet se inundaron de jóvenes como si el virus hubiese quedado aniquilado. Empecé a salir con mis hijos, a correr en el bosque, vi a mis amigos en pequeños grupos y hasta me invitaron a reuniones de cinco o seis personas. Nicolás, mi hijo, volvió a su rutina: pescar con sus cuates, pasear en lancha por los manglares, jugar *sikeball* en la playa y podar el césped de los vecinos por un sueldo mínimo. Mi hija Milena, de 20, se lanzó a New Hampshire en coche con cuatro amigas (20 enloquecidas horas de carretera, es decir, el nombre de la libertad cuando has vivido en cautiverio por seis semanas y ya no soportas un día más encerrada en tu cuarto).

Algo raro y disonante estaba sin embargo ocurriendo al tiempo que se abrían esas compuertas de la nueva libertad. En CNN veía cómo aumentaban las cifras de muertos de manera alarmante y conforme esto pasaba, también veía la cara opuesta: miles de personas salían en estampida a las playas y albercas a asolearse, los gimnasios de Charleston reabrían en un 30% de su capacidad y los refinados restaurantes del centro histórico hacían lo propio hasta en 50% de su capacidad. Era como vivir una realidad alterna (o alternada), una prolongación de ese simulacro de realidad al que Trump nos ha tenido acostumbrados por tres años y medio y que hoy parece más una pesadilla que cualquier *american dream*. La parte que, no obstante, más me ha desquiciado de esta abrupta reapertura sureña es la de encontrar gente mayor (incluso ancianos) caminando por los corredores de los supermercados sin protección, bares atestados,

innumerables madres con bebés en los *playgrounds* y otras menudencias. Casi no me lo creo... ¿No sabrán que se viene un rebrote en el otoño o que el invierno será nefando, tal y como estoy convencido?

Al día de hoy cada uno de nosotros tiene (me queda claro) su propia teoría del coronavirus. La hemos ido elaborando concienzudamente a lo largo de estos tres meses de confinamiento. Cada uno de los habitantes del planeta se ha informado a través de cuanto medio existe, de lo que uno u otro experto opina, lo que cada gobernador, alcalde o presidente augura, lo que cada secretario de salud, doctor o epidemiólogo dice que va a ocurrir o no va a ocurrir y ya sabemos todos que nadie sabe nada y que los científicos se contradicen y que los políticos son, sin excepción, unos charlatanes... por todo lo anterior hemos desarrollado cada quien su propia idea-estratagema del coronavirus con sus mil y una variantes y matices, bueno... pues la mía, a diferencia de la de ustedes, es que... 1) esto llegó para quedarse, 2) que, a pesar de todo, debemos seguir con nuestras vidas, 3) que seguir con ella no implica que mañana no la perdamos, 4) que la inmunidad del rebaño suena de las mil maravillas, pero que me cago de miedo, 5) que, por todo lo anterior, debo seguir manteniendo ciertas precauciones, como, por ejemplo, no exponerme ni tener contacto con ingentes grupos de personas pues entre más seamos mayores son las probabilidades y, finalmente, que, 6) estamos TODOS jugando al juego de las probabilidades desde hace ya varios meses... un poco como el bingo, cara o cruz, o ¿por qué no? la ruleta rusa. El hecho indiscutible de la precariedad de la vida (que solemos olvidar frecuentemente) se acendra entonces con esta pandemia. Si ya vivía con esta aguda certidumbre desde hacía una década, el coronavirus me ha ido empujando a vivir como si cada día me estuviese despidiendo de mis mejores amigos, de Michelle y de mis

dos hijos. Sólo en marzo de este año murieron tres personas queridas. A los tres les dedico, pues, esta pequeña crónica: a Inocencio Reyes, escritor y politólogo, a Gustavo Urdaneta, colega de la universidad, y finalmente, a mi psicoanalista, Federico San Román.

¡Próspero año nuevo para todos!

Lucílio Manjate

Maputo, 15 de junio— Me senté en el bar de siempre. Las vacaciones habían empezado hacía tres semanas. Una charla sin rumbo entre escritores de primera, segunda y tercera división. La literatura es como el fútbol. Una charla sin rumbo, pero saludable. Todas las conversaciones son saludables si hay cerveza. Hay quien le añade a la fórmula unos bocadillos de cabeza de pescado o de cordero, y meseras de piernas bonitas y sonrisas largas, atareadas entre las muchas mesas. Pero yo me quedo con las cervezas, y pago unas rondas más mientras voy enamorando a los más viejos para que se les suelte la lengua y me revelen la ingeniería del texto, ese texto que es un andamio, el andamio para subir a la primera división.

Así fue aquel día de diciembre. Estábamos platicando. Yo, la verdad, como es habitual, ya estaba de pie, junto a la barra, discutiendo con una mesera por la cuenta. Debía gustarle de una forma especialísima. Tenía la costumbre de darme un número imaginado que nunca se correspondía con la cantidad de vasos que yo había pedido. Luego de mucho pelear, me tomaba de la muñeca y me decía, sonriendo:

—Ya estuvo, don Lucílio... Págueme 18 por esta vez—, y luego se echaba a reír como una niña enamorada.

18 o cualquier otro número eran las veces que yo golpeaba la barra con el puño, me dijo un día. Pero, aun así, yo jamás sabía si las sumas eran verdaderas.

—Se sabe que para ti no lo serán nunca... —me dijo.

Pagué la cuenta y le pedí que me abriera una nueva. Ella sonrió, me pellizcó la nariz con el pulgar y el índice y dijo: “Estoy abierta a cualquier negociación...”. Regresé a mi mesa pensando un día de éstos le acepto sus encantos. Estaba envuelto en esas ideas cuando vi acercarse a una actriz muy querida y muy bonita. Le guiñé el ojo a un cófrade, un cuentista que me había confesado estar enamorado de ella, pero no tener el valor de acercársele. Ella se sentó al lado suyo y gritó, muy feliz:

—¡Dos mil veinte! ¡Próspero año nuevo para todos! Luego de eso ya no recuerdo nada en especial. Los días corrieron con el mismo bullicio de los días festivos: subieron los precios de todo, la gente se fue de viaje, otra gente se murió en la nochebuena y muchos más nacieron el primero de enero. Y enero, febrero y marzo pasaron en la miseria de todos los años: sin dinero, sin planes, sin ganas siquiera de desmontar el raquíptico árbol de navidad, ya sin referencias a la nochebuena porque no prendemos las luces.

—Hay que ahorrar energía; no ha empezado el año económico, le digo a mi esposa, avergonzado, como todo padre de familia. Pero también estaba esperanzado, porque marzo estaba por terminar y los ingresos familiares por cambiar, y nuestro año económico volvería a ser lo esperado: llevaríamos a los niños al cine, cruzaríamos el nuevo puente Mputo-Katembe para ir a ver el mar desde El Farol,* iríamos al Museo de Historia Natural o daríamos una vuelta en los carros de la Feria Popular. La vida volvería a ser lo que era.

Pero el final de marzo no llegó solo. Nos trajo consigo a

* O Farol es un famoso restaurante de mariscos al sur de Mozambique. [N. del T.]

un villano que, para ese entonces, ya dominaba la mitad del mundo. Mi esposa, siempre recelosa de todo, me preguntó todavía al teléfono sobre el personaje en cuestión:

—¿Tú crees que el tal corona vaya a llegar hasta acá?

—No; acá ni el diablo se atreve a venir. Sólo Dios es omnipresente... —le respondí, pensando en que debía leer más sobre el asunto. Iba por la autopista de Maputo con destino a Matola; tenía la primera clase del semestre con un grupo de Estudios Literarios, y terminé por encontrar en los celos de mi esposa motivos para introducir a mis estudiantes en las cuestiones de la imaginación.

—¿Qué creen ustedes? ¿Creen que el covid sea más grande que Dios? Me habría gustado empezar así mi clase y ver cómo llegábamos a la *teoría de la representación*, pero antes encendí la radio, mientras salía de la autopista. Anunciaban que el señor presidente daría un mensaje sobre el tema. Aquello no me causó alarma; las alarmas ya se habían disparado en otras latitudes. Por lo demás, todos los mozambiqueños debían pensar lo mismo que yo en esos momentos, y los pensamientos tienen la mala costumbre de engendrar hechos. Por eso, cuando oí la palabra *cuarentena*, grité:

—¡Carajo, ya sabía. Ahora sí ya nos jodimos!...

Pero más jodidos aún estaban mis hijos, sin playa, sin museo, sin cine ni Feria Popular. Dejaba de existir, naturalmente, cualquier cosa *popular*. Jodidos estaban también mis estudiantes. Eso mismo les dije cuando llegué al instituto. Había seis, porque los demás desaparecieron apenas escucharon el orden de aislamiento. “¡Próspero año nuevo para todos!”, recordé, quizá porque me imaginé a mis alumnos felices de no hacer nada. Pero, ¿qué puede prosperar en la nada? Y, al final, nada sería realmente así.

Vinieron las recomendaciones: clases virtuales. Por primera vez, descubrí un mundo desconectado, contrario a lo que se imagina: la mitad del grupo no usaba WhatsApp, no tenía

correo electrónico, ya no hablemos de Google Classroom, la plataforma que el instituto nos alentaba a usar porque ahí el villano, con todas sus artimañas, no nos invadiría.

—Capaz que Dios está en Google Classroom, a la espera de un último duelo de titanes —pensé cuando, a mi propio pesar, abrí una cuenta para poder seguir con mis clases. Una molestia, que sin embargo no sería tan grande como la de abril.

No volví a apagar la radio, ni en la casa, ni en el coche. En la casa, a la hora del noticiero, todos los relojes disparan las alarmas y nos sentamos a aprender más sobre el villano, como si fuéramos policías. Al principio, a nadie le importaba, pero ahora, dado que aumentaron las bajas, ¡todos tenemos miedo! Ahora el país está oficialmente en estado de emergencia y dice que las mascarillas son la única forma de disfrazar nuestras identidades, porque el covid, en su omnipresencia, tiene el retrato hablado de cada infeliz del mundo. Y hay nuevas recomendaciones: como también es perito en dactiloscopía forense, es obligatorio lavarse las manos como nunca imaginamos que debían lavarse.

—¿Y quién va a pagar tanta agua?

Ese fue el anuncio de otras desgracias, hecho por mi es-posa. Hasta entonces, yo creía que dar clases en línea me ayudaría a ahorrar más de lo que había logrado ahorrar en 2019; no iba a gastar en gasolina ni en multas de tránsito y podría posponer el mantenimiento del coche. Pero un preso cuesta más que un hombre libre. Sentí pena por mi mujer, porque el pánico le llegó de noche. Se levantó como si saliera de una pesadilla y, gritando, me sacudió hasta que caí de la cama:

—¡Hay que llenar la despensa, mañana mismo! —dijo, y prendió la luz de la habitación. Vamos a hacer la lista.

—Mujer, son las dos de la mañana. Y, por si no te habías dado cuenta, lo único que me urge llenar ahorita es el Google Classroom...

—Pero se va a acabar la comida, lo leí en Facebook...

—Pasas mucho tiempo en esas redes antisociales. Si se va a acabar la comida, pues se va a acabar; hoy, mañana o después, no tiene sentido ir de compras...

—Pues al menos podemos retrasar el fin, ¿no es eso lo que te encanta decir?

Ya no nos dormimos; hicimos la lista. Cuando dieron las seis de la mañana salí a hacer las compras, convencido por mi excelentísima esposa de que era preciso llegar a la tienda antes que los mismos dependientes. Ese día sentí pena por mí. Odio las filas, como cualquier persona, pero aun a las siete de la mañana, gracias al villano, obtuve la ficha número 317. La fila debió haber empezado en la madrugada, por culpa del WhatsApp de algún miedoso infeliz. Y a todo lo largo, en corrientes interminables como los brazos de un río, el villano elegía a sus candidatos entre niños, adultos y ancianos. ¡El río de nuestro miedo! Ahora obliga a los comerciantes a especular los precios de los productos, mandó cerrar el bar de siempre, retiró a los vendedores informales de las calles de la ciudad, denunció a los vendedores clandestinos de alcohol de los suburbios y le mostró a la policía los prostíbulos que se rehúsan a aislar los placeres del adulterio. En fin, de todas formas, ¡próspero año nuevo para todos!

Traducción del portugués: Adrián Chávez

En *la* covid19

Ana Pellicer Vázquez

1

Madrid, 16 de junio— Al principio: ingenuidad, falsa calma y fantasías secretas sobre un deseado encierro para la escritura.

2

La justicia distópico-poética del encierro va poblando la nueva vida y coloca afectos, histerias y frivolidades. Concentra todo en un espacio. Nunca pensé que me calmaría no poder abrazar a mi madre (porque está lejos y a salvo)

3

Reflexiono sobre el lenguaje porque ahora casi todo es lenguaje. Elijo la palabra encierro (no confinamiento), pero me da cierto pudor porque pienso en encierros salvajes que pueblan la historia.

4

La literatura es siempre política, sí, pero pienso, ahora, en el lenguaje de urgencia. Aspiro a una mínima capacidad creativa o poética pero cuestiono, también, su pertinencia. Vivo con un médico y un niño. Sus palabras me resultan más importantes que las mías.

5

Hay un momento del día en que parece que todo sigue igual. Cuando voy a acostarme y bajo la persiana de mi dormitorio: miro la calle vacía y en calma. Esa imagen es la única igual que antes. Soy una nueva versión de la *voyeur* de siempre.

6

Revisito la idea de la literatura como resistencia. Me parece que ahora la literatura es refugio, posibilidad y certezas. Todo esto ya había pasado en nuestras lecturas pobladas de plagas y pestes. Por eso tengo un espacio sólo mío que me proporcionan los libros leídos, sé vivir en un bestiario. Converso con Úrsula Iguarán y con *La tres-veces-rubia* y les pregunto cómo mantuvieron sus rutinas y su calma. Ellas me lo cuentan.

7

El duelo me sobrevuela. Pienso en aquellos que no pueden despedirse de los suyos y enterrarlos. Yo sí pude y por eso estoy tan bien acompañada por mis muertos.

8

Rechazo el uso de la retórica de guerra y el campo semántico que la acompaña: miedo, enemigo, armas, pelea. Todo eso multiplica exponencialmente la sumisión. También el control.

9

Mi único síntoma físico de estos días parece un castigo bíblico: me arde la lengua de manera intermitente. Me fijo demasiado en mi cuerpo y en sus funciones biológicas cotidianas. Me cronometro, me extraño, me escudriño.

10

La pandemia es como un espejo: a veces cóncavo y a veces convexo. Oscilo entre las epifanías de amor salvajes, dolorosas, muy expresivas y los idénticos precipicios. Soy una funambulista inesperada. Si esto dura mucho nos vamos a convertir en extraños correctos que conviven correctamente.

11

Escribo a ratos mi novela y trato de trasladar esta angustia real, este encierro real a mis personajes. Siempre había pensado que iba a ser una novela escrita en medio de la prisa y a salto de mata.

12

Un amigo poeta ha estado 32 horas sentado en una silla, esperando cama en las urgencias del hospital 12 de octubre. Un alumno me escribe: “Tengo tanto miedo que sólo deseo suerte”.

13

Es la primera pandemia *online* de la historia. Un universo digital de necesidades y narcisismo pre-5G.

14

Hay un miedo abstracto y nuevo, difícil de controlar, y que sólo cede ante mi autoinfantilización buscada. Me aterra caer en la adicción al encierro y acabar siendo un personaje híbrido de “La autopista del sur” y “Casa tomada”. Así, peleo por cultivar mis terapias íntimas de autoprotección del yo y hablarme bien a mí misma.

15

Hace poco paseábamos por Arco en el recinto ferial de Madrid: ahora hay un hospital de campaña. Íbamos al cine en el Palacio de Hielo: ahora hay una morgue.

16

Me cuentan que muchas de las personas diagnosticadas de psicosis paradójicamente toleran bien el encierro compartido. Hay una identificación desde el miedo y el ensimismamiento. La paranoia ahora es colectiva.

17

Cambio de ritmo: interno y externo. Hay vericuetos inesperados en la realidad y en los espacios narrativos. He bajado a tirar la basura y me he cruzado con un tipo que llevaba la cara pintada como Joker y paseaba a su perro.

18

Quiero volver a ser yo, a ser la mejor versión de mí misma o la más consciente y combativa. Quiero recuperar deliberadamente el personaje que a veces interpreto y que me hace feliz. Quiero actuar. Estoy harta de este formato de ser

humano plano y minimalista en el que me he convertido. En la intérprete de una vida con pocas opciones de ampliación.

19

Ojalá consigamos atesorar memoria y recordemos las líneas rojas. Ojalá apuntalemos nuestra buena memoria. Ojalá alcancemos una mirada ética e incorporemos la piedad.

—Madrid, 4 de abril de 2020

La naturaleza como *Grand Finale* o esa película ya la vi [fragmento]

Luis Felipe Lomelí

Lawrence, EUA, 17 de junio— Escribo esto durante la cuarentena por el coronavirus. Es el mes de abril de 2020. Leo: “Aquí todo son tumbas. Todo esto está lleno de tumbas”, quien lo dice es alguien de la aldea Béli Béreg, del distrito Norovlianski en la región de Gómel, quien lo transcribe es Svetlana Alexiévich en *Voces de Chernóbil*. Leo: “Creía que las flores eran esas cosas bonitas que hacían las mujeres con papel de seda cuando moría alguien, y que la primavera sucedía sólo en los cementerios”, lo dice el personaje de una niña que creció en un pueblo del desierto de Atacama, en un pueblo que existió en la realidad pero que ya no existe salvo en la ficción: Yungay. Leo: “No haga esa cara, muchacho, los fallecidos se ofenden si les mostramos asco”, lo dice el personaje de Tuahir en *Terra Sonâmbula*, se lo dice al huérfano que no quiere convertir ese autobús incendiado, que yace en una carretera de Mozambique, ese autobús lleno de cadáveres carbonizados, en una casa en medio de la guerra. Leo: “Si mueres en la guerra, nadie te pregunta si moriste de qué o por qué. Si murió en la paz,

la gente se admira —¡haz de cuenta que hiciste una cosa imposible!—”, lo dice el personaje del sepulturero en un cuento de Dario de Melo que transcurre en los años, en las décadas, que precedieron y sucedieron a la independencia de Angola, es decir: en la guerra, en la mismísima guerra extendida por medio siglo.

(Y ahora cuando muere alguien en estos meses de pandemia, en las redes sociales el familiar que escribe el *post* tiene que aclarar si murió o no por covid-19: morir de otra cosa parece algo imposible.)

Leo: “El día 12 abrieron la boca de la mina de Santa Ana... Las galerías estaban cubiertas de cadáveres” y el libro no es un libro de ficción sino uno donde Yuri Herrera cuenta la historia de sus antepasados, de los antepasados de sus vecinos, de su comunidad. Leo: “Cualquier cosa que ayude a recuperar la identidad perdida es suficiente”, dice Carlos Ríos en *Cuaderno de Pripyat*, una novela donde el personaje es un ciudadano argentino que creció con unos padres adoptivos a los que odia, que nunca conoció a sus padres biológicos, y que va a buscar los indicios de su pasado a Pripyat. Hay que decirlo de nuevo, para que resuene como debe: un argentino que creció con padres adoptivos en la década de los 80, un argentino cuyos padres biológicos murieron en una tragedia perpetrada por el Estado, escudriña su memoria entre los escombros de la ciudad arrasada por la explosión de Chernóbil.

(Y las noticias se llenan de ataúdes, en camiones militares en Bergamo, en fosas comunes en Teherán, en Nueva York; de cadáveres incinerados en las calles de Guayaquil mientras el miedo crece; y la desesperación y la incredulidad ante lo imposible, ante lo que parece ficción, ante la estupidez de los líderes políticos que se desborda... sí, todo esto a menos de un año de que HBO estrenara la miniserie escrita por Craig Mazin y dirigida por Johan Renck sobre

Chernóbil, la misma que planteaba que toda la desgracia ocurrió y se intensificó gracias a la estulticia y la burocracia criminal de los políticos de la ex Unión Soviética.)

Leo: “Otra vez: Mil cuatrocientos millones de pobres, entendidos como personas que, en general, comen menos que lo que deberían. Mil cuatrocientos millones de pobres, entendidos como personas que no son necesarias: hombres y mujeres que el sistema globalizado no precisa pero debe tolerar porque los genocidios rápidos quedan mal en la tele y, además, pueden dar pesadillas a los débiles”. Lo dice Martín Caparrós en su masivo trabajo sobre el hambre. Leo: “Aunque soy pescador, ya no voy a pescar. Por lo caro de la gasolina, la escasez del pescado y su precio tan bajo”; y quien lo dice no es un personaje sino Guillermo Castro Miranda, natal de Santa Rosalía, Baja California Sur, un pueblo que, como Yungay, parece estar siempre a punto de desaparecer. Lo dice al iniciar su recuento sobre cómo se acabó todo.

Leo, finalmente, “aquello que los europeos desconocen es porque no puede existir”. Y lo dice Agualusa desde Angola.

No existimos.

¿Así que de qué hablamos cuando hablamos del fin del mundo?, ¿de este *Grand Finale*? ¿Hablamos del pasado o hablamos del futuro?

¿Hablamos de memoria, de una memoria fragmentaria, dolido, o de un trauma que vivimos por anticipado?

O tal vez, como dijera Ramón López Castro al cuestionarse él mismo por qué los escritores de fantasía, CliFi y ciencia ficción mexicanos son rara vez, o nunca, capaces de imaginar utopías: “el fin del mundo siempre es el presente”.

¿Para quién?

Casi todas las propuestas del debate hegemónico sobre el antropoceno, de Crutzen a Chakrabarty pasando por

Haraway, refrendan que éste es, como la palabra indica, un problema de la humanidad en su conjunto. “La humanidad como manera de la culpa. Alcanza para mandar bolsas de granos, no para privarse de ganar mucha culpa —dice Martín Caparrós—, no para buscar el fin real del problema”. ¿Lo que es válido para el hambre es válido para el cambio climático? O más bien, como mencionan el propio Crutzen o Ghosh u otros tantos autores en cientos de libros que circulan por las academias cool, orgánicas y biodegradables, ¿es un problema de magnitud?: la acción humana es ahora una fuerza geológica y el tamaño del desastre que se avecina tiene proporciones nunca vistas, millones y millones de personas. Y este desastre, como afirma Joane Nagel en su libro *Gender and Climate Change* —entre otras tantas autoras que no son ni blancas ni hablan inglés ni están en los países hegemónicos y, por tanto, no cuentan— será aún más atroz en las sociedades más pobres que en las ricas, y más atroz aún entre los más pobres de las sociedades más pobres, e incluso todavía más atroz entre las mujeres, los ancianos y los niños más pobres de las sociedades más pobres.

(Y las noticias de los países ricos se llenan también en estos días de titulares acongojadísimos sobre lo mal que están preparados los países africanos para afrontar la pandemia, sobre lo triste que es la infraestructura hospitalaria en Latinoamérica y el sur asiático, sobre lo feo que será para todos esos pobres pobres y lo dicen, sí, lo publican —qué considerados— durante este mes de abril de 2020 cuando más de dos terceras partes de todas las personas que han enfermado, y también del casi cuarto de millón de personas que han muerto, a causa de esta versión de coronavirus residen, precisamente, en ese mismo puñado de no más de 10 países ricos cuyos periódicos hablan de lo terrible que será para los países pobres. Se consternan

por el futuro de Angola con sus 27 casos y dos muertos al 27 de abril.)

¿Es esta preocupación hacia los pobres, hacia los más subalternizados de los subalternizados, por parte de algunos miembros de la academia hegemónica y etnoespecífica, una preocupación real? ¿O es un mero pretexto? La humanidad como culpa, invocarla como argumento, como figura retórica infalible para esconder sus motivos de preocupación reales. Insiste Caparrós: “Lo que buscan los que critican esa *desigualdad* no es la igualdad sino la medida”. Que no sean tan obscenas las diferencias, tan grotescas, que mi consciencia esté tranquila rawlsianamente, que los que están mal son los que tienen más que yo y no yo: el problema son los otros. No temo el fin de *el* mundo, lo que temo es el fin de *mi* mundo. ¿O es que acaso, de forma análoga al hambre que mata millones de personas al año ante la indiferencia de los bien alimentados, todos estos buenos académicos que están tan preocupados por el cambio climático estarían dispuestos a renunciar a sus privilegios y a sus comodidades con tal de tener una huella ecológica menor a 0.7 planetas y ser ellos mismos el ejemplo de sustentabilidad?

Dice Yuri Herrera: “Pareciera que están muy preocupados por salir en el documento oficial como hombres impertérritos que nunca pierden la elegancia a pesar de estar sobre una tumba ardiente”. La foto muestra a dieciséis hombres de traje rodeando a un rescatista quien, por supuesto, no viste de traje. Es una foto posada, una foto del expediente judicial y la expresión “tumba ardiente” es más distante de ser una metáfora a ser una descripción: aún había fuego en la mina. Esta actitud impertérrita de los mandamases de la mina y este espectáculo de la filantropía de los que hablan en nombre de la humanidad y la “moderación” son *cool*. Son actitudes machistas típicas, como

postula Emily Hind en *Dude Lit*. La consabida respuesta de esos buenos académicos que se abstienen de reducir su huella ecológica es que ese sacrificio es una acción inútil, una trampa del neoliberalismo que transfiere la responsabilidad de los grandes corporativos y gobiernos a los individuos. Y sí, es una respuesta *supercool*.

Los ambientalistas, ya lo he dicho, somos insoportables.

Más aún, siguiendo con Hind, esta *coolness* de aquéllos que detentan el poder es inseparable del *performance* que permite al “genio” cruzar cuantas veces quiera la frontera que va de actuar como hombre civilizado a actuar como bárbaro y de regreso. Una frontera infranqueable para el resto. Dice Yuri Herrera: “*Ah. Es que era indio*. Por eso el periodista podía afirmar categóricamente que su vida no valía nada, ni para él mismo”, porque estaba habituado a la muerte y le era cercana.

(Los periódicos de los países ricos se preocupan por el futuro de la pandemia en África, en Angola, segurísimos de que allá les irá peor. *Ah. Es que son negros*. Y cuando el espectáculo de los dirigentes machos y blancos de los países ricos se vuelve intolerable, justo un día después de que una agencia de noticias de Jordania, Middle East North Africa Financial Network Inc., publicara un reportaje sobre la labor de las 13 ministras africanas encargadas de las secretarías y ministerios de salud de sus países, Forbes saca un desplegado/noticia intitulado *What do countries with the best coronavirus responses have in common? Women leaders*.^{*} Y no, por supuesto que no habla de ninguna líder africana, seis de siete son blancas, la foto de Angela Merkel ocupa el lugar central y la única no blanca es Tsai Ing-wen. El desplegado/noticia no incluye a Halimah Yacob a pesar

* ¿Qué tienen en común los países con mejores respuestas al coronavirus? Líderes mujeres. (N. de los editores.)

de que su respuesta hasta el momento ha sido mejor que la de cualquiera de las blancas. *Ah, es que es musulmana*. Ni tampoco a Sheikh Hasina [Bangladesh], Saara Kuugongelwa [Namibia], Bidhya Devi Bhandari [Nepal], Aung San Suu Kyi [Myanmar] o Sahle-Work Zewde [Etiopía], todas ellas presidentas de naciones asiáticas y africanas cuyas respuestas parecen ser tan buenas o tan malas como las de las blancas hasta el momento. ¿Les preocupa tanto a las sociedades blancas dejar de ser el modelo a seguir, dejar de ser ese genio *cool*, que son capaces de subyugar su machismo a su racismo? ¿O, como dijera Agualusa, se trata simplemente de que aquello que desconocen no puede existir?)

¿Y quiénes son los genios, los actores *cool* del debate sobre el antropoceno y el cambio climático? Una vez más volvemos a esta pregunta sobre quién es esta falsa primera persona del plural tras de la que se esconde el sujeto enunciante, quién compone ese “nosotros” cuando hablamos del fin del mundo, de *nuestro* mundo.

(Y las noticias de los países ricos se llenan de ensayos y artículos donde sus filósofos e intelectuales echan mano de Susan Sontag, de Michel Foucault o de sí mismos, para tratar de ver qué pasará con la sociedad mundial *después* de la pandemia: es el miedo a lo desconocido paliado por la egolatría y el egocentrismo, casi siempre.)

Leo: un correo electrónico me avisa que mi seguro médico no cubre la hospitalización en caso de covid-19. Y aquí no hay ni seguro social ni farmacias similares ni yerbero en el mercado a quien le pueda ir a comprar remedios paliativos para una enfermedad que no tiene cura alópata. Las facturas hospitalarias por coronavirus en EUA —con seguro médico— rondan el millón de dólares. Así que nos encerramos mi pareja, mi hija y yo, en este pueblo universitario de Kansas donde la gente que no usa tapabocas siempre siempre siempre es blanca, a disfrutar el privilegio de estar

sanos y tener (casi) asegurado el sueldo como estudiantes doctorales un año más.

(Hoy es 14 de junio. Hace dos semanas que los estadounidenses entendieron que “ya acabó la cuarentena”. No importa que en el país haya más de 25 mil casos nuevos confirmados cada día que se sumen a los más de 2.12 millones y a las más de 117 mil muertes. Sólo los casos nuevos, diarios, confirmados en EUA son más que todos los casos acumulados para 22 países de África subsahariana donde, como sucedió en Kenya, el paciente cero fue a menudo un estudiante que tuvo que volver a su país luego de ser desalojado de los dormitorios de la universidad primermundista donde vivía, desalojado sin hacerle una prueba de coronavirus, sin tomarle la temperatura siquiera. Y hace dos días la revista *Time* publicó un artículo intitulado “¿Qué países han manejado mejor el covid-19?”. Ahora intentaron ser más incluyentes, o menos ridículos, que sus pares primermundistas, como *Forbes*. Y sí mencionan a Singapur, Corea del Sur, Emiratos Árabes Unidos e incluso Argentina, aparte de Taiwán. Sólo que, por supuesto, mientras se subrayan los nombres de Scott Morrison (Australia), Jacinda Adern (Nueva Zelanda), Alberto Fernández (Argentina), Moon Jae-in (Corea del Sur) o incluso el de Angela Merkel (Alemania) como mención honorífica, no se menciona ni el de Halimah Jacob ni el de Tsai Ing-wen, ¡pero sí a su vicepresidente varón! Ahora la *coolness* del racismo occidental fue subyugada al machismo occidental. Por descontado, el hecho de que Alemania y Canadá en conjunto tengan el doble de casos de coronavirus y seis veces más fallecidos por la pandemia que los 35 países de África subsahariana, no importa. Canadá y Alemania son ejemplares. Siempre serán ejemplares.)

* Fragmento de una investigación en curso sobre el concepto de *Antropoceno* como fin del mundo.

Cuatro escenas de una cuarentena en Montevideo

Ramiro Sanchiz

1

Montevideo, 18 de junio— Sábado 14 de marzo. Mediodía. Mi esposa Fiorella y mis hijas Amapola y Margarita se han ido hace unas horas a pasar el fin de semana con mi suegra y yo tengo que hacer unas compras, así que camino las pocas cuadras que separan mi casa del centro comercial más cercano. Anoche, el presidente y su equipo de ministros anunciaron las primeras medidas de respuesta a la pandemia global por el covid-19: todas las reuniones numerosas quedan canceladas, incluyendo cines, teatros, fútbol y discotecas. Como por “numerosas” se entiende superiores a 20 personas, mi grupo de lectura en una librería amiga podría seguir adelante; sin embargo, algunas de las participantes manifestaron de inmediato su preocupación. Es por esto que, mientras camino, voy pensando en qué hacer: ¿suspender hasta nuevo aviso?, ¿reformatear al grupo bajo una plataforma virtual? Las clases en las escuelas no han sido canceladas aún, sin embargo; Amapola, que había comenzado primer año de primaria apenas dos semanas atrás, es libre de asistir a clases si Fiorella y yo lo consideramos adecuado, cosa que hemos resuelto hacer tras una larga charla sobre riesgos, miedos y seguridades. Así que mientras camino no son pocas las cosas que se mueven en mi cabeza: ¿estaremos en lo correcto al permitir que asista? Es cierto que la escuela todavía le produce muchísima ilusión, y ella misma manifestó una tristeza notoria cuando le dijimos que era posible que las clases quedaran suspendidas. Sin embargo, ¿cuáles deben ser las prioridades? Algunos amigos ya han

entrado en un modo de acción y pensamiento que sólo podemos calificar como paranoico, y nosotros definitivamente no queremos seguir sus pasos.

Cuando recorro el centro comercial lo encuentro vacío de consumidores. Los locales desiertos, de puertas abiertas, iluminados como siempre; las mesas de la plaza de comida desnudas, los vendedores recostados contra los marcos de las puertas con evidente expresión de fastidio: pienso de inmediato en las ficciones de J. G. Ballard y, después, en un escenario post apocalíptico. Han pasado décadas y no quedan seres humanos sobre la Tierra, o quizá sólo sobreviven unos pocos, en sus búnkeres subterráneos, privados de futuro. Pero el centro comercial sigue allí. Sus bóvedas se han derrumbado y la luz del mediodía se abre camino, reflejada por las vidrieras, los mostradores, los grandes espejos de las tiendas de ropa, dispersa entre todas las mercaderías intactas en un remedo perfecto de la luz artificial. Mi mirada —que en este escenario no puede ser sino la de un fantasma— recorre los amplios pasillos y se detiene entre una juguetería y una tienda de informática. El plástico y la tecnología permanecen: millones de años han pasado desde que los cadáveres de las criaturas microscópicas de los océanos primitivos quedaron atrapados por la maquinaria tectónica del planeta, calentados, fermentados, compactados por el peso de los estratos de roca, por el tiempo geológico. Cuando volvieron a salir a la superficie lo hicieron como petróleo, transmutadas alquímicamente en oro líquido, y esa energía solar convertida en materia orgánica por las criaturitas muertas se abrió camino como energía química por el cuerpo de la modernidad para animar sus máquinas y crear circuitos nuevos, dividiéndose en mercados, capital, tecnología, juguetes, Legos, Playmobil, consolas de videojuegos que mi mirada fantasmal encuentra todavía alineadas en la eternidad de las estanterías, inmunes al virus,

sobrevivientes de la catástrofe. Quizá haya para ese plástico una historia posible, como la hubo para nosotros, los primates que dimos en llamarnos humanos; en esa historia natural del plástico fuimos apenas la criatura invadida, como tomada por un parásito o por un virus que hackea las células sin ningún otro objetivo que la proliferación. El plástico, se me ocurre pensar, nos hackeó para reproducirse, para pasar de criatura microscópica y petróleo a Lego, Playmobil, vinilos, aviones a escala, CD, computadoras, televisores y drones. Y ahora que ya no estamos su vida permanece en pausa, al menos hasta que una nueva bacteria aprenda a comérselos, a convertirlos en el combustible para procesos que jamás llegaremos a conocer.

2

Martes 14 de abril. Es el cumpleaños de Fiorella y hemos decidido celebrarlo con mi suegra y mi cuñada, quienes —pese al miedo al contagio— se subirán a su auto para recorrer los siete kilómetros que las separan de nuestra casa por primera vez desde el comienzo oficial de la cuarentena, ese 16 de marzo en que cerraron las escuelas y los clubes deportivos, Fiorella empezó a trabajar desde casa y mi grupo de lectura entró en modo virtual. Fiorella cumple 36, y Amapola se divierte preguntándonos cómo era el mundo en 1984. No termina de entender que no había celulares, que las pocas computadoras hogareñas funcionaban con casetes; tampoco sabe qué es un casete, y le parece ridículo que la televisión pudiera ser en blanco y negro o que sólo hubiera cuatro canales, que transmitían sus programas a horas fijas, sin que el espectador pudiera elegir cuándo verlos. Pide que sigamos contándole, pero me parece que el pasado ya la saturó y ninguna entrada nueva en esta lista de fósiles la entristecerá, confundirá o asombrará más. Se ríe de cada cosa que le contamos, como si estuviéramos trayéndole noticias de un

mundo perdido con el que apenas puede relacionarse; de hecho, eso es exactamente lo que pasa, y al final somos más bien Fiorella y yo los que nos divertimos recordando los 80 y los 90. Quizá el tiempo pasaba de otra manera entonces, con otro vértigo y otro sentido del cambio y la aceleración; Mark Fisher escribió sobre esto en *Realismo Capitalista*, y Ballard habló de la muerte del futuro a fines de los 60 y a lo largo de los setenta. Llevamos un mes de cuarentena y poco a poco el tiempo ha empezado a desdibujarse. ¿Cuándo salimos por última vez? ¿Cuándo fue aquella tarde soleada y cálida en la que subimos con Amapola a la azotea para correr y saltar un poco, y una pareja de vecinos que hacía gimnasia en lo más alto de su edificio nos saludó con una calidez y alegría que me parecieron tan curiosas de parte de gente a la que en realidad no conocemos? Un cumpleaños, sin embargo, no es otra cosa que una marca en el tiempo; pero cumplir años durante una cuarentena que, a su manera, está carcomiendo el tiempo debe ser algo lo suficientemente singular como para ser recordado. ¿Y recordará Amapola, dentro de 30 años, aquellos días extraños de la cuarentena por el covid-19? Si tiene hijos, ¿les contará de los juegos que le inventábamos para entretenerla mientras cuidábamos también a su hermana menor, que apenas tenía seis meses? No estoy seguro de cuáles son mis recuerdos de los seis años. Hasta 1986, cuando cursé segundo año de primaria y cumplí ocho en noviembre, mi memoria está llena de imágenes de los primeros años de vida, pero no soy capaz de conectarlas, de armar con ellas una cronología como la que comienza impecablemente el año del Mundial de México, el año en que me obsesioné con los dinosaurios, el año en que empecé a coleccionar aquellos fascículos de Jacques Cousteau y su *Enciclopedia del mar*, que venían con diapositivas y, su primer entrega, con una maqueta del Calypso. Hay recuerdos, los más profundos que de hecho no son *nuestros*, porque

entonces, cuando todavía no estaban separados el sueño de la vigilia, no se había configurado aún nuestro yo. Así, la edad de mi hija mayor es un misterio para mí, en términos del tiempo lineal, tenso y claro. Sin embargo, pienso ahora, en abril de 2020 ese tiempo claro, tenso y lineal se resquebraja: los días se parecen, se confunden, se derriten como los veranos al sol en Vermilion Sands, esa utopía/distopía imaginada por Ballard al momento de hablar de la muerte del futuro. Eso sí: la costumbre puede más y celebramos el cumpleaños. A eso de las once salgo a la terraza a mirar la ciudad, de cuyo lado sur y oeste tenemos en casa una vista hermosa. Me parece que hay más luces encendidas en los edificios y menos en las calles; me parece que hay menos ruido y que el aire huele mejor y es más transparente, tanto que esas luces de los edificios brillan como joyas en una constelación compleja. Quizá ahí está atrapado el tiempo, dentro de una estructura cristalina en cuyas pequeñas celdas se dibujan las diferentes escenas del presente: habitaciones de esos edificios, las luces de los televisores, las siluetas remotas de quienes juegan a las cartas, conversan, miran una película o, simplemente, recorren sus casas por última vez antes de irse a dormir al final de un día que habrá sido el mismo que el siguiente. De pronto llega un mensaje a mi celular. Es mi querido amigo argentino Juan Manuel Candal, quien había estado recorriendo Europa justo cuando se desató la pandemia y debió no sólo modificar todos sus caminos en un viaje para el que había ahorrado, investigado y planificado durante años sino que, incluso, estuvo a punto de no poder ingresar de vuelta a territorio argentino. De hecho, debió permanecer en San Pablo —una ciudad que le impresionó, me cuenta en los mensajes sucesivos, como una zona de catástrofe— un par de días antes de dar con la posibilidad de volver a su casa. Ha perdido la posibilidad de conocer Moscú y San Petersburgo, dos de las ciudades que más lo

ilusionaban en su viaje, pero ha ganado la visión de las calles desiertas en París y Berlín. Lo singular de los eventos de su viaje me hace pensar que, de todas las vidas posibles, le tocó esa tan extraña en que una pandemia lo sorprendía en medio de su viaje por Europa, y todo esto pasaba en 2020, un año que en su niñez y quizá incluso su adolescencia, como yo, seguro investía de imágenes de un futuro que aún no ha llegado y acaso no llegará nunca. Quizá es que en el tiempo estamos en *ninguna parte*, y la pandemia y la cuarentena no han hecho sino recordárnoslo.

3

Martes 12 de mayo. Fiorella ha terminado su horario de trabajo desde casa y estoy pensando en las dos o tres horas que dedico a mis ocupaciones; en este caso, avanzar en una novela que he comenzado y que pretendo tener bosquejada antes de julio, cuando deberé ocuparme de unas traducciones pendientes. El tiempo se ha vuelto una sustancia tan esquiva como preciada: el tiempo que no le dedico a Amapola por los cuidados que requiere la bebé, el tiempo que no nos dedicamos Fiorella y yo dado que nuestros trabajos y la atención a nuestras hijas lo hacen cada vez más difícil, el tiempo que no dedico a leer o a escribir, salvo en este final de la tarde, estas horas en que me siento y escribo y que ahora, mientras camino rápidamente hacia el supermercado para hacer las compras necesarias para la cena y el día de mañana, ya empiezan a ocupar mi mente, que si bien conserva en alguna parte de sus engranajes la lista de las compras está desplazándose rápidamente hacia el mundo de mi novela. Voy a cruzar una avenida que había sido intervenida para ensancharla; la cuarentena detuvo las obras y ahora hay lomas de tierra, huecos en la calle, vigas y alambres en la esquina. Entonces, de pronto, estoy en el fondo de un pozo. Literalmente. Mis pies han impactado algo que se rompió

o cedió y yo caí hasta una profundidad que equivale a la de mi pecho. Todo pasó demasiado rápidamente, tanto que no sentí siquiera el dolor; mi pierna derecha, sin embargo, como voy descubriendo a medida que me hago consciente de la situación, atravesó una tapa de madera húmeda o quizá podrida (que cubría uno de los tantos pozos cavados por la obra en la avenida), y mi izquierda siguió de inmediato. Se me ha roto el pantalón a la altura del bolsillo izquierdo y estoy cubierto de tierra y barro. De pronto lo que brota es el enojo: tendré que volver a casa, perder todavía más tiempo. No pienso en las heridas posibles, sino que así cubierto de barro no podré entrar al supermercado y, por tanto, se demorará todavía más el momento en que me pondré a escribir. Pero mientras avanzo hacia casa comprendo que, si bien el hecho de que pueda caminar implica que no me he roto ningún hueso, hay un dolor en mi pierna derecha que habla de una situación acaso un poco más grave. Pienso ahora en el barro, en la madera rota, en el pozo lleno de quién sabe qué, y empiezo a imaginar el avance de una infección. Llego a casa lleno de rabia y me saco el pantalón mientras explico a Fiorella y a Amapola lo que sucedió. Tengo la pantorrilla derecha cubierta de lastimaduras: no corre la sangre, pero la piel está levantada e inflamada. En el muslo izquierdo, donde estaba el desgarró en el pantalón, hay un corte algo más profundo, que sangra unas pocas gotas bien rojas. Me baño con cuidado, pero el agua caliente y enjabonada me arranca lágrimas por el ardor. Después Fiorella me curará la herida con desinfectante, y ese ardor se disparará al infinito. O no tanto. Pienso en lo que pudo haber pasado: ¿y si me clavaba un pedazo de hierro? ¿Si me quebraba la pierna y tenía que pedir ayuda para salir? ¿Si debía ser trasladado al hospital durante una situación de emergencia sanitaria? Quizá, de alguna manera, tuve suerte. El ardor pasa en segundos, y me digo que es apenas una herida en la piel,

nada más que eso. Pero no será fácil dormir esa noche, ni en las que siguen. Para colmo, el esfuerzo de salir del pozo (algo que pasó en meros segundos) fue demasiado para mis músculos desacostumbrados al ejercicio, y me despierto al día siguiente con una contractura en el hombro izquierdo. El jueves esa contractura ha bajado hasta mi espalda y me cuesta enderezarme, tanto que estamos a punto de llamar al médico. No es la primera vez que padezco alguna afección de las lumbares, así que me acuesto un rato y tomo un relajante muscular. Fiorella y las niñas van a pasar el fin de semana con mi suegra, así que tendré tiempo de escribir; la postura ante la computadora, sin embargo, se me dificulta por el dolor de espalda. Todos los planes cambian, nada de lo planeado sucede como quería; una vez más comprendo que no existe el control, que vamos a la deriva, convencidos de que tenemos la posibilidad de ejercer algún tipo de influencia sobre las cosas, cuando la verdad es más bien la opuesta. Pienso entonces en el virus, en todos los planes para 2020 que han debido ser cancelados o postergados indefinidamente; ¿y qué es un virus, en última instancia? Algo que no pertenece ni a la vida ni a la materia inanimada, una entidad del afuera más radical a nuestro orden del mundo, que no hace más que replicarse, sin objetivos, sin deseo ni control. Nos tomamos por sujetos de nuestras historias, capaces de ejercer ese tan menta/i/do control, pero la verdad es que basta el arribo de un heraldo del afuera —como un virus— que nos subvierta todos los planes para que entendamos que ese sujeto y esas historias, los objetivos y el control, no son otra cosa que una ilusión. Por supuesto, ante esta idea debemos defendernos, y no hacemos otra cosa que atrincherarnos en nuestra ilusión del yo y de la voluntad: ésa es nuestra seguridad, la que nos mueve a pretender mantenernos humanos siempre, a resistir la invasión del afuera, la contaminación. Quizá debamos vivir

un poco más en el afuera. En medio de un gran encierro, en mayo de 2020, pienso en Juan Manuel y su Europa a la intemperie, *with no direction home*; pienso en las luces de los edificios, en los centros comerciales vacíos, y empiezan a abrirse camino todas estas imágenes de un afuera que poco a poco deja claro cómo es capaz de prescindir de nosotros. La música está afuera, cantó David Bowie en 1995, y ahora creo que empiezo a entenderlo.

4

Sábado 13 de junio. El próximo lunes retomaré mi taller de manera presencial; las clases recomenzarán, para primero de primaria, el lunes 29. Hace tres semanas visitamos a mis padres por primera vez en meses y a partir de esa tarde ellos —que tanto miedo tenían al principio dados los factores de riesgo que aquejan a mi padre— empiezan a venir a casa los martes y nosotros a visitarlos los domingos. Como esa primera visita fue de sorpresa todavía me emociona recordar sus gritos de alegría cuando Amapola atravesó su puerta y los abrazó, todavía con su barbijo colocado mientras yo me sacaba los zapatos para bañarlos en desinfectante. Mientras escribo estas líneas miro por la ventana del cuarto donde trabajo; todo ha cambiado una vez más —hay una alegría tímida por todas partes mientras las noticias reportan uno, dos o incluso cero casos entre el lunes y el miércoles—, pero las luces son las mismas. Los edificios, los árboles y las calles parecen asomarse a esta nueva normalidad (como la llaman nuestros gobernantes) todavía imbuidos de esa cualidad extraña de hace unos meses, en el punto álgido de la emergencia y la cuarentena; el mundo ya no será el mismo, parecen decir, porque el mundo *nunca* es el mismo. En la filosofía de Heidegger, como es sabido, la herramienta sólo adquiere su ser, sólo pasa a *existir* de verdad para nosotros, cuando un malfuncionamiento la

aparta de su uso fluido e invisible. La falla genera los contornos de las cosas, como este cuerpo de 41 años lleva ya cierto tiempo lejos de la tersura de su vida adolescente y no hace sino atraer más y más de mi consciencia a su carne, sus huesos, su piel (ya bastante cicatrizada en mi pantorrilla izquierda, pero todavía un poco dolida si algo la toca con cierta fuerza) para convencerme de que en realidad el que existe es él y no yo, este fantasma o espejismo. El mundo falló por unos meses en 2020, y de pronto todos supimos, gracias a esa falla y su virus, que los fantasmas somos nosotros. En realidad, entonces, no es tanto pensar en un afuera que invade y un adentro a proteger: más bien, sólo hay afuera.

Tuitcciones

Juan Carlos Méndez Guédez

Madrid, 19 de junio— *Jesús Calvino @coverdallo 7 de marzo* Chiqui, me encanta Betty la Fea, ¿y a ti? / *Mayra Casares @mayca33 7 de marzo* Imagino que viajo a Patmos y leo allí el Apocalipsis y al fin se me van revelando las claves de tan oscuro libro. Como si consiguiese unas llaves doradas... / *Marta Dumas @vengadura 7 de marzo* Con Coronavirus deberían calmarse, mi familia en España me comenta que allá les han dicho millones de veces que es una gripe fuerte / *Noelia Lispector @incisiones 8 de marzo* El foro penal certifica la lista de 400 presos políticos en Venezuela / *Verónica Istúriz @isitta 8 de marzo* El cuento avanza en su imperfección, en sus desvíos, en lo que Poe desechaba. Efecto múltiple; secreciones; caminos sin meta / *Jesús Calvino @coverdallo 8 de marzo* Pero nada como Juego de Tronos, Chiqui / *Agustín Greene @agree 8 de*

marzo Anoche por Maracay tremenda plomazón. Las Faes se llevaron presa un viaje de gente / *Lana Guerra @guerreron* 8 de marzo Lástima no estar hoy en Madrid marchando: el machismo mata más que el Coronavirus / *Freddy Nootboom @fredboom* 8 de marzo Domingo, aparta de mí este cáliz / *Mayra Casares @33may* 8 de marzo Anoche soñé que escuchaba trompetas y trompetas / *Albertina Roig @roiga* 8 de marzo Soltaron a mi primo; estuvo en El Helicoide y lo torturaron toda la noche / *Miguel Munro @munmisweet* 8 de marzo Diez horas sin electricidad en Cabudare. Gobierno de desgraciados, malparidos / *Jesús Calvino @coverdallo* 8 de marzo Es que juego de tronos es lo máximo, lo máximo. Quisiera ser dragón, Chiqui / *Giorgo Mazzucato @giorgito* 9 de marzo Mi primo en Italia dice q la vaina está jodida con coronavirus / *Freddy Nootboom @fredboom* 9 de marzo Prefiero la crueldad de los lunes / *Mayra Casares @33may* 9 de marzo Revelación sucede en las islas. En Venezuela somos isla triste. Epílogo de la revelación / *María Zambrano @marzarita* 9 de marzo Gobierno amenaza con cárcel a doctor Freddy Pachano en Maracaibo por expresar temor a coronavirus / *Guacho @guachoman* 9 de marzo Hospital pediátrico Menca de Leoni en ruinas. Colectivos del gobierno robaron medicinas, equipos, baños, ventanas / *Lana Guerra @guerreron* 9 de marzo A ver si aquí en Caracas también se calman, tenemos presidente obrero atacado por rumores; lean coño / *Pablo Echenique @pnique* 25 de febrero En las portadas y en las tertulias el coronavirus corre desbocado y es una peligrosísima pandemia que causa pavor. En el mundo real, el coronavirus está absolutamente controlado en España / *Jesús Calvino @coverdallo* 10 de marzo Chiqui, ¿y qué me dices de la Casa de papel? Buenísimo lo de las máscaras de Miró. / *Mayra Casares @33may* 11 de marzo Patmos vive siempre en nuestros

corazones; isla oscura en la que refulgen llaves... / *Juanita Parra @jparral69* 11 de marzo Urgente, necesito morfina para mi abuela, retuiteen, no tengo dólares; sólo bolívares / *Jesús Calvino @coverdallo* 11 de marzo Dalí, claro, Chiqui, máscaras de Dalí, pintor surrealista nacido en 1904 / *Abdénago González @denagos* 12 de marzo Quince horas sin electricidad en Maracaibo; trimarditos / *Lana Guerra @guerreron* 13 de marzo Nuestro presidente Maduro anuncia que Vzla tiene medicina contra coronavirus. NO SE LA DEN A ESCUÁLIDOS, por vendepatrias / *Abraham Luque @abluc* 13 de marzo Lazarillo de Tormes circuló inicialmente como falsificación. Una supuesta carta; no novela. Nuestro discurso ficcional en español nace de una ficción falsificada / *Rogelio Pérez @manguangua* 13 de marzo Ajá, confinamiento en Venezuela. Llegó coronavirus en vuelo d Iberia. ¿Y cómo lavo las manos? 800 días sin agua en mi urbanización / *Margarita Parra @marparr* 13 de marzo Para pagarme estudios estoy vendiendo jalea de mango. Limpiecitas. Con guantes. Nada de virus / *Marco Wood @woossu* 14 de marzo El invisible también debe inventar esos ojos que lo ignoran / *Alessandra Llosa @llosaal* 14 de marzo Jubilación mensual de mamá alcanza tan sólo para medio kilo de queso blanco; si me confinan, ¿qué comerá mi vieja, coño? / *Jesús Calvino @coverdallo* 14 de marzo Yo a tu lado, Chiqui, sería capaz de ver eternamente Juego de tronos / *Hermán Regalado @regalún* 14 de marzo A mí como poeta, Cortázar no me gusta / *Mar Echenique @maryluna* 14 de marzo ¿Teletrabajo? Pajúos ¿Cómo trabajo desde casa si los apagones me quemaron la computadora? / *Noelia Guevara @guevanoe* 15 de marzo Les cae la madre a todos los que se andan burlando del pobre viejo que hoy llevaba una toalla sanitaria como mascarilla en la Lecuna / *Leila Maury @maury* 123 16 de marzo En Catia full de gente trabajando y comprando.

Hay que papear, explíquenme pandemia, coño / *Mayra Casares @33may* 20 de marzo Las trompetas suenan... / *Jesús Calvino @coverdalio* 21 de marzo Chiqui, yo quiero que seas mi dragoncita, quéname con tu llama / *Lana Guerra @guerrerona* 23 de marzo Todos a curarnos con preparado casero que informó mi presidente Maduro cura coronavirus en 12 días. Q se joda el IMPERIO. Tenemos sabiduría ancestral / *Verónica Istúriz @isitta* 21 de marzo Para el cuento saltar hacia adelante debe ir a su prehistoria. El cuento que todavía no es cuento. Viaje a la semilla. / *Marta Dumas @vengadura* 24 de marzo Hoy consejo comunal amenazó con llevarme presa por no tener mascarilla. En España gobierno dice no hace falta. ¿Será verdad que sí? / *Floyd Gómez @gomer* 25 de marzo Lo que intimida del bosque son las voces de los vivos / *Manuel Montoya @mmoya* 26 de marzo Policías con megáfono me obligaron a subir a casa. Paseaba mi perra. Gritaban que contagia coronavirus. No es cierto, pero ¿quién se enfrenta a esos malnacidos? / *Gabriel González @gg1977* 28 de marzo En Maracay el SEBIN acaba de llevarse presos a dos enfermeros que protestaban por falta de medios para enfrentar coronavirus / *Paula Ribeiro @maruchi* 28 de marzo Chiqui, qué paciencia tienes, chama... jajaja / *Joel Ricaute @Rikojo* 28 de marzo Urgente, soy médico, ¿alguien sabe dónde hay gasolina en Caracas? ¿Cómo puedo atender mis pacientes sin el carro? / *Nelson Lara @jesui* 29 de marzo Acabo de ver cómo el SEBIN se lleva presa a una vecina por una cadena de WhatsApp en la que insultaban a Maduro. Los policías llevan mascarillas; ella no / *Floyd Gómez @gomer* 29 de marzo En el bosque las palabras son otras / *Mercedes Cabrera @mercita1* 30 de marzo Mi abuela y mis dos tías abuelas acaban de morir en España. Nadie pudo despedirse. Aquí hace días que se llevaron al vecino y no supimos más de él. Virgen de Coromoto, ampáranos

/ Jesús Calvino @coverdallo 1 de abril Chiqui, ¿a ti te gustó el final de juego de tronos? / *Ignacio Meléndez @ñatox 1 de abril* Dejen la imprudencia de las cadenas de WhatsApp. Esta vaina es grave. Coronavirus no se cura con gárgaras de agua hirviendo / *Ana Orozco @ayhombeee 1 de abril* Superponer una peste sobre otra peste sobre otra peste. Y que ninguna sea nítida. Y que ninguna pueda nombrarse del todo / *Lana Guerra @guerreron 2 de abril* No dejen entrar a esos traidores venezolanos que ahora regresan al país desesperados. Que se jodan. Además, como dice nuestro presidente, son BOMBAS BIOLÓGICAS enviadas por el enemigo / *Ignacio Meléndez @ñatox 3 de abril* Estuve el día entero buscando echar gasolina. Imposible / *Verónica Istúriz @isitta 3 de abril* El cuento que excluye el efecto único y convoca multiplicidad de efectos; que unos se resuelvan, que otros nunca lo hagan. El post-cuento como un pre-cuento donde todavía no sucede la infección de los decálogos / *Jesús Calvino @coverdallo 4 de abril* Chiqui, pensar que los dos lloramos a la vez con Juego de Tronos / *José Campos @trivularia 4 de abril* En Duaca, una espiral dibujada sobre la piedra. Sólo eso dejamos. Espirales. Tiempo detenido en la piedra / *Joel Ricaute @Rikojo 5 de abril* Aunque me identifiqué como médico, Capitán Osuna se negó a darme gasolina; luego lo escuché llamar a un tal Coronel Crespo para decirle que mandase su carro para llenarle el tanque. HDLGP / *María Parra @mariapaleta 6 de abril* Pues en Antímano pasa el camión con un megáfono diciendo: “quédate en casa, la situación no está fácil”, y a un lado estamos las personas desesperadas, haciendo cola para comprar comida / *Marcos Ribas @marquiños 5 de abril* La realidad es que la gente está usando pañuelos mal amarrados, tapabocas de tela; olvídense de mascarillas N95. Aquí nos salvará el sol, la casualidad o las mentiras del gobierno / *Adela Lairé @laidela 6 de abril* ¿Se han

fijado que para nosotros la peste no sólo sucede aquí? Para nosotros también sucede en Roma, en Madrid, en Milán, en Barcelona, en Bogotá, en Guayaquil... dispersos nuestros hijos, dispersa la peste que nos atormenta / *Ana Orozco @ayhombeee 7 de abril* Cada vez que me asomo a mi ventana caraqueña pienso en Pavese, en el Hotel Roma de Turín, en el sueño del sueño del sueño / *Alejandro Blanco @blanius 8 de abril* Criterio para que un negocio en una calle esté abierto es si le pagaron en dólares a policías. Acabo de ver a un carnicero pasándole lechugas verdes a un tomo y adiós peste / *Jesús Calvino @coverdallo 9 de abril* Chiqui, que se acabe esta pandemia prontico para ver juntos Juego de tronos / *Margarita Guatier @flordecayena 9 de abril* Sin electricidad en Los Jardines del Valle. La nevera sonó feo. Creo que ya me quedé sin nevera / *Marjorie Vigas @amarmar 10 de abril* Para nombrar la muerte hay que estar fuera de ella / *Joel Ricaute @Rikojo 5 de abril* En Ciudad Universitaria y Maripérez se supone que gasolina es para personal sanitario; pero al final depende de si al Teniente de turno le da la gana o no le da la gana / *Margarita Gautier @flordecayena 11 de abril* Es oficial. Se quemó motor de mi nevera. Desgraciados malparidos. Gano 8 dólares al mes; ¿cómo la repongo? / *Freddy Nooteboom @fredboom 12 de abril* ¿Bachelard vivió un confinamiento? Pensar el espacio desde el encierro es distinto. La casa no es concha que protege. Son sólo paredes de miedo / *Sergio Casas @retina44 13 de abril* Mi primo al final se está viendo con su novia. En las estaciones del metro venden salvoconductos que se parecen igualitos a los de verdad. En dólares, claro / *Carla Miñambre @carlita 13 de abril* Amigos mandaron desde USA medicinas urgentes de mamá, pero sin gasolina no hay quien las traiga a casa. Si alguien de La Carucieña tiene gasolina escriba por privado / *Rosa Vélchez @rositaw 15 de abril* Dios me

perdone, ojalá la pandemia se les meta en los cuarteles y no quede ni uno de esos desgraciados asesinos. Tres años que la Guardia mató a mi sobrino / *Néstor Barreto @barrotudo 16 de abril* Burda de gente amuñada en colas para conseguir papa por mi casa. Desnalgue total. Al final cerraron calle quemando cauchos. Los dispersó Guardia Nacional con lacrimógenas / *Carla Miñambre @carlita 25 de abril* Mamá murió anoche. Después de tres días sin agua ni luz me decía: ojalá la peste nos lleve y se acabe esta vaina / *Víctor Caro @sinprezio 26 de abril* En La Estrella se nos colearon como cincuenta carros y echaron gasolina. Militares dicen que son diplomáticos. Una señora dice que son gente que paga en dólares y revende gasolina / *Pablo Ordóñez @pablera123 27 de abril* Yo confinado. Así que sin agua, ni luz, ni comida, ni gasolina. Y mi vecino canta Jaramillo todo el día / *Marjorie Vigas @amarmar 27 de abril* En estas calles hace años vivimos en la muerte. No sabemos nombrarla. Así que la pandemia en nosotros tiene muy pocas palabras / *Verónica Istúriz @isitta 28 de abril* Un cuento que rompa con la racionalidad extrema; que incorpore el azar, lo real como flujo exterior de una múltiple conciencia / *Mayca Casares @33may 29 de abril* En nosotros la gruta, la isla, trompetas para el final, un dios con seis alas, siete sellos, siete copas, siete sonidos: hoy / *Meredith Martínez @catandog 30 de abril* Imbécil guardia nacional que acaba de detenerme para mirar salvoconducto estuvo manoseando perrarina que llevo en maletero. Le dije que podía contaminarla. Se rió. En Venezuela no hay coronavirus, dijo / *David Roig @davidroig 30 de abril* Acabo de pasar 12 días detenido; demostré cifras del gobierno sobre pandemia son falsas. FAES rodearon mi casa por supuesta denuncia de covid-19 y me llevaron esposado / *Jesús Calvino @corvelio 1 de junio* Ay, Chiqui, desde ayer sin luz, y sin poder mirar Jugo de tronos / *Colegio Médico*

@*muv* 2 de junio Arrestados en abril sin cometer delito alguno los médicos Luis Araya, Carmen Hernández y Jorge Yespica / Ana Orozco @*ayhombeee* 2 de junio “Hoy es una palabra que sólo deberían utilizar los suicidas, para todos los demás no tiene el menor sentido, designa simplemente un día cualquiera”, Ingeborg Bachmann / *Amancio Rivas* @*callelarga* 2 de junio El mensaje de la peste es que no hay mensaje. En 1 tlf tenemos más conocimientos que Leonardo da Vinci, pero la peste es la peste es la peste / *Jesús Calvino* @*corvelio* 3 de junio Amor de mi vida, ¿tú viste entera Betty la fea?

Travesías inmóviles

Carlos Franz

Santiago, 20 de junio— Pueden prohibirnos viajar por el mundo, pero no podrán impedir que hagamos viajes interiores. Sentado en la pieza donde tengo mi biblioteca, leo y navego por mares lejanos. Visito lugares a los que nunca llegaré y “escucho con mis ojos a los muertos”. ¡Y todo eso lo hago sin necesidad de poner un pie en la calle!

No soy el primero en descubrir las travesías inmóviles. En un anaquel de mi biblioteca encuentro *Viaje alrededor de mi cuarto*, de Xavier de Maistre. Hacia 1790, en Turín, este escritor, pintor y soldado, hirió a su contrincante en un duelo y fue castigado. Lo encerraron durante 42 días en su propia habitación. Lejos de deprimirse, de Maistre burló su confinamiento transformándolo en un periplo que no le costaba “ni trabajo, ni dinero”. Cada amanecer, el prisionero “viajaba” a un nuevo rincón de su cuarto para describir, con detalle y gracia, ese “paisaje interior” y las divagaciones que éste le sugería. Así, aquel expedicionario

inmóvil observó cómo reaparecían los objetos comunes que la rutina había ocultado y vio asomar la inmensidad que se esconde en lo minúsculo.

Decido imitar ese ejemplo de Xavier de Maistre. Emprendo un viaje alrededor de mi biblioteca. Doy tres pasos y alcanzo el estante donde tengo las *Obras completas* de Jorge Luis Borges. Movido por un vago recuerdo, releo “El Aleph” y confirmo que en este cuento Borges homenajeó a de Maistre, sin nombrarlo. “El *voyage* que narro es... *autour de ma chambre*”, recita un personaje pedantísimo. Y agrega que esa cita alude a “los ocios de la pluma del saboyano”. De Maistre nació en Saboya y, semejante a ese personaje de Borges, él también descubrió que es posible contemplar todo el universo desde un cuarto cerrado.

Doy dos pasos más y, en otro anaquel, encuentro un libro polvoriento y como humillado por el olvido: *Mis prisiones*, de Silvio Pellico. En este clásico de las memorias carcelarias, Pellico relató un confinamiento en las celdas del Palacio Ducal, en Venecia. Atormentado por la soledad, el prisionero buscó alivio en los insectos que eran su única compañía. Los trayectos de unas hormigas lo animaron en su propio viaje interior. También alimentó una “hermosa araña” hasta domesticarla. Diariamente, el bicho bajaba a su cama. Pellico le ofrecía como desayuno una mosca muerta y la araña se volvía a su tela. Cuando lo trasladaron a una celda menos rigurosa, Pellico partió preocupado por su amiga: ¿qué sería de ella si el nuevo ocupante de ese calabozo resultara ser un “enemigo de las arañas”? Esta ternura sorprende al propio Pellico. Encariñarnos con lo que antes despreciábamos puede ser la inesperada recompensa de un periodo de quietud en prisión o en cuarentena.

Viajando por mi biblioteca alcanzo la estantería donde mantengo los libros de mi infancia. Entre ellos está

Robinson Crusoe. Después de naufragar y encontrarse solo en una isla deshabitada, Robinson se creyó el hombre más desgraciado del mundo. Tanta fue su tristeza que llamó a esa isla “Desesperación”. Sin embargo, poco a poco, el náufrago entendió que sus miserias eran compensadas por algunas riquezas. Aunque estaba apartado de la sociedad, tenía comida suficiente y no sufriría “los horrores del hambre”. No es poca fortuna redescubrir el valor y el sabor de una simple merienda.

En esa isla deshabitada Robinson encontró una riqueza aún mayor: el tiempo. Allí tuvo, por primera vez, la calma suficiente para reflexionar sobre su vida. Su padre le había aconsejado que se quedara en su país, que estudiara y que trabajara. Pero el joven Crusoe estaba tan obsesionado por el deseo de viajar que se sentía incapacitado “para establecerse y seguir ninguna carrera”. Por tanto, desoyó a su padre y se embarcó en navegaciones impulsivas y vanas que culminaron en su naufragio final. Ahora, encerrado en su isla, Robinson descubrió que, entre todos sus frenéticos periplos, nunca había realizado la expedición más importante: no había ido al interior de sí mismo.

Quedarse solo, “aislado en una isla”, debe ser el colmo del distanciamiento social. Pero también puede ser una ocasión para entablar amistad con aquel gran desconocido que nos habita. De Maistre escribió: “Desgraciado el que no sabe estar solo [...] y prefiere conversar con los tontos mejor que consigo mismo”.

Nunca antes la humanidad había peregrinado con tanta frecuencia y a tantos sitios como lo hacíamos hasta ahora, cuando un virus coronado nos inmovilizó. Esta detención forzada es una buena oportunidad para pensar aquella paradoja que desveló a Robinson: creemos viajar para conocer el mundo, pero quizás lo hacemos para huir de nosotros mismos.

En mi periplo alrededor de mi biblioteca he llegado al anaquel donde pongo la literatura china. Hojeo el *Libro del Tao* y encuentro una línea, quizás profética, tal vez quimérica: “El pueblo respeta la muerte y renuncia a viajar”.

El curioso caso de dos niñas, tres aeropuertos y una pandemia

Alejandro Estivill

Montreal, 21 de junio— El 11 de marzo de 2020, la Organización Mundial de la Salud declaró al covid-19 pandemia con serio peligro universal. Muchos ires y venires, conferencias y análisis —incluso acusaciones— ya habían cruzado entre países. El coronavirus de origen chino desató el temor y, con él, el dramático choque entre quienes veían venir la hecatombe y quienes se aferraban a la esperanza de que su gravedad fuera, como en tantas otras ocasiones, solamente una alerta y una invitación pasajera a cambiar. Un día antes, Italia y con ella otras naciones europeas habían obligado a su población a encerrarse. Los cantos y aplausos diarios, en el anochecer de las calles desoladas, comenzaron en esos días. Canadá cerró sus fronteras una semana y media después, lo que impedía la entrada de cualquier extranjero. Esa segunda quincena de marzo fue el punto de inflexión: todos lo vivimos como cuando un apagón en la corriente eléctrica cancelaba nuestras teles antiguas: pasábamos de la luminosidad bullente a un punto moribundo y lastimero, aletargado al centro de la pantalla con el eco de un sonido mecánico, molesto y sin sentido.

Isabel es una niña de 15 años; hermosa, fresca, juguetona en las palabras. Es nacional mexicana, pero vive en Canadá. Su calidad migratoria es la de una “residente tem-

poral” ya que su familia cumple un contrato parcial con la compañía Dufort et Lavigne, industria médica dedicada a desarrollar tecnología con fines de diagnóstico. Ella es estudiante de secundaria en Quebec y, con un enorme esfuerzo de sus padres, viajó a un intercambio de Montreal a Málaga a principios de marzo, antes de que el mundo se pusiera peliagudo. Hizo el viaje sola, como chica espabilada, en un vuelo con escala en Alemania para llegar al sur de España y completar un intercambio académico que ampliaría sus experiencias, sus habilidades, su ya de por sí irrefrenable dominio del espacio social.

Daniela, por su parte, es otra niña mexicana más joven, muy similar a primera vista, pero de espíritu diferente. Tiene apenas 13 años y cumpliría los 14 en pocos días; el 17 de abril. Siempre resulta complicado calcular su edad. Alta y respingada, explota una enorme sonrisa angelical. Pero es retraída. Nació en Tabasco, aunque tiene una lejanísima ascendencia alemana. De aquello, Daniela preserva apenas un gusto por el orden, la claridad en las sentencias y el compromiso por ser obediente. Es frecuente escuchar que sus primeras frases sean siempre: “sí, gracias”, “no, gracias” o “lo siento, no sé, pero gracias”.

Su escuela cultiva una afición por la cultura alemana, apreciada entre algunos tabasqueños. Es el instituto Heinrich Heine de Villahermosa que, aunque pequeño en tamaño, es ambicioso y hace intercambios exitosos con una escuela de Múnich, el Maximilians, un internado que recibe niñas de todos los rincones del mundo y las devuelve después de cursar programas de uno o dos años, convertidas en genuinas joyas del rigor en el pensamiento y las acciones. Daniela viajó con su mamá a Múnich como digna representante del Heinrich Heine, del mero *mexikanisches Institut* que siempre ha mandado niñas lindísimas a mostrar la casta tabasqueña. Madre e hija llegaron desde

septiembre de 2019 para que Daniela comenzara un año de internado en secundaria que tendría dos interrupciones para regresar a México: Navidad y Pascua; la última coincidiría con su cumpleaños número 14. Desde un inicio, para ahorrar en gastos porque el internado es particularmente costoso, los padres de Daniela decidieron que en esos periodos vacacionales su hija viajara sola, utilizando el sistema de custodia que establecen las aerolíneas para acompañar menores de 14 años bajo la estricta vigilancia de una azafata que cuida de ellas y de sus documentos en una elegante bolsa de plástico que se cuelga del cuello. El viaje que así realizó Daniela en la Navidad de 2019 fue un éxito; las aeromozas la felicitaron y no generó temor alguno para que lo repitiera en abril de 2020.

Llegó la tormenta. Las mentes adultas y las de los niños se trastocaron por igual. La pandemia se extendió por encima del mundo y las aerolíneas comenzaron a cancelar vuelos. Los restantes tuvieron que adoptar medidas estrictas de seguridad sanitaria. Los sindicatos de sobrecargos y pilotos se dieron cuenta de que su profesión era tan esencial como vulnerable. Trabajaban volando en espacios cerrados y compartiendo el aire con desconocidos que apenas fueron revisados de eventuales síntomas externos antes de abordar. Estaba en su deseo reclamar mejores condiciones, aumentos salariales, seguros, garantías, pero eso pondría muy de malas a los equipos gerenciales de las compañías. Sólo una petición pululó con posibilidades de éxito: al menos —reclamaban las aeromozas— debería eliminarse el programa que las obligaba a cuidar niños pequeños y desobedientes. Las líneas cancelaron de improviso los programas de asistencia a menores no acompañados. Todo chiquillo de menos de 14 años no viajaría sin la compañía de un familiar. Con 14 años cumplidos podría abordar; con 13 y medio, imposible.

Las aerolíneas alemanas adoptaron esa medida en definitiva el 7 de abril del 2020, cuando Daniela ya estaba en el aeropuerto para dirigirse a México. Supo la noticia en el mismísimo mostrador de Lufthansa y el profesor Herr Schnellinger, quien la llevó al aeropuerto, asumió que aquello era grave. Intentó con todos sus ruegos una excepción. La niña tendría 14 años en tan sólo una semana, pero las reglas son las reglas y en el mostrador de Lufthansa del aeropuerto de Múnich son más reglas que en cualquier parte del mundo. El impedimento implicaba llamar a los padres de Daniela y aceptar que ella pasase su cumpleaños y la Semana Santa en su habitación del colegio.

*

En Málaga, Isabel aún no comenzaba bien a bien su estada cuando la crisis de salud y la danza de cifras de contagiados y fallecidos ya arreciaba como aguacero, obligando a los lugareños al confinamiento. Ella pasó tres semanas encerrada en casa de la familia que le dio albergue y deambuló avasallada por la desesperación entre las pocas habitaciones bajo aquel techo. Se aburrió infinitamente esperanzada de que la crisis pasara pronto y que pudiera volver a aprovechar al máximo aquel viaje que la suerte le dio y que la pandemia se empeñaba en estropear. Pero los sabios y los profetas decían que, lejos de mejorar, toda Europa quedaría pronto aislada. Ya pocos vuelos estaban aún con posibilidades de salir de la ciudad y se saturaban con la evacuación de turistas alemanes, suecos y daneses aterrados por los niveles de propagación del virus. La misma autoridad de Málaga buscó telefónicamente a los padres de la niña Isabel y recomendó el vuelo de evacuación con destino a Canadá, lo más pronto posible. Su entrada al país norteamericano, siendo mexicana, se permitiría en tanto que la profesión del padre, vinculado al sector de productos médicos, se consideraba

esencial; ella era la hija de un residente temporal esencial. Así que, muy a su pesar y furiosa por no completar un viaje con el que había soñado por meses, tomó su avión finalmente ese mismo 7 de abril, en uno de los últimos vuelos entre Málaga y Múnich para conectar desde ahí hacia Montreal.

*

La culpa del desaguisado la tuvo la mochila de Daniela. Mientras Herr Schnellinger se empeñaba en rogar y en discutir con la funcionaria de Lufthansa, la pequeña fue a curiosear. Caminó mostrando su colorida mochila con las palabras Parque-Museo La Venta, Tabasco, y la otra mexicana, Isabel, que acababa de aterrizar y mataba tiempo deambulando también por el aeropuerto, se sintió obligada a intentar el contacto. La interrumpió para preguntarle si era mexicana. Las dos se conocían en un punto de Alemania —¡oh, qué curioso!— y en medio de una crisis que les fastidiaba la vida por igual.

Lo que ocurrió en los baños del aeropuerto de Múnich nunca será fácil de explicar. Isabel habrá propuesto la travesura y Daniela habrá respondido “sí, buena idea, gracias”. No lo podemos asegurar. Quizá el plan se generó de manera conjunta, aunque Isabel era la más desesperada por hacer algo que le permitiera alargar su aventura europea. Posiblemente ella vislumbró el parecido de ambos rostros reflejado en los enormes espejos de aquel lavamanos donde reían. Quizá ahí entendió que un intercambio de documentos le permitiría seguir en Europa, aunque fuera en Alemania y viviendo en el internado de su nueva amiga. ¿Por qué no? La posibilidad de conocer una escuela de estilo gótico que imaginaba como paraíso de novela de Harry Potter era suficiente para avanzar el sueño de hacerse pasar por Daniela. No sabemos lo que habrá motivado a la más pequeña, pero no se dificulta ver que la astuta

Isabel detonó una veta profunda en ella: Daniela detestaba la forma en que, al momento de viajar, la consideraban una chiquilla cuando apenas le faltaba una semana para ostentar el derecho de andar sola y entregar con su propia mano el pase de abordar antes de cruzar la puerta de un avión. Empezaba a detestar su respuesta de siempre: “Sí, gracias”. Liberarse le representaba un succulento platillo que no quería desaprovechar. Ir a Canadá... poco le importaba. Apenas entendía qué era eso, pero se subiría al avión sin que nadie la custodiara. Era su Rubicón. En una esquina de un baño del aeropuerto de Múnich, las niñas cambiaron sudaderas, acomodaron sus peinados, se entregaron algunas pertenencias y sus respectivos pasaportes, y *voilà*.

Herr Schnellinger terminó de hacer llamadas a Frau Maier, la intendenta del colegio para que preparara la habitación de Daniela para el periodo vacacional: “se queda, sí, se queda”. Y habló con los padres de ella hasta Tabasco para explicar. Cuando retomó a la niña, creyendo que era Daniela, estaba furioso y no dedicó mucho rato a revisar los detalles.

El trayecto del aeropuerto de Múnich al internado Maximilian toma un par de horas. El vuelo entre Alemania y Canadá es de ocho. Parados en la terminal internacional del aeropuerto de Montreal, los padres de Isabel tardaron unos ocho segundos en darse cuenta de que quien llegaba no era su hija. Aunque era linda, como la auténtica, y aceptaba las indicaciones con extraordinaria docilidad, no era la que esperaban. La madre de Isabel, después de varios gritos y pataletas, tuvo la gracia de preocuparse en partes iguales por su hija (cuyo paradero desconocía), por Daniela (ahora a su lado mostrando una enorme sonrisa de fascinación) y por la madre de la niña que imaginaba desconsolada, jalándose los cabellos a tirones porque su hija, de apenas 13 años, andaba sola por el mundo y había terminado por error en Canadá.

—Y ¿cómo estará tu madre? —le preguntaba a la chiquilla.

—Ella está bien, gracias.

*

El problema hasta este punto parece menor. Todos estaban en lugar seguro y tenían celulares para comenzar a comunicarse. ¡Gracias, modernidad! Lamentablemente, la complicación surge de dos factores extra, propios de la malevolencia de una pandemia de estas características. La ley de emergencia canadiense, implementada como se dijo a partir del 26 de marzo, estableció que todo viajero que llegara a Canadá, independientemente de nacionalidad, edad, culto religioso, ideología o errores en su documentación, debía realizar una estricta cuarentena de 14 días sin salir de casa. Aplicaba igualmente a todos quienes cohabitaran con el viajero: padres, tutores, maestros o personas que por costumbre o azar tuvieran que estar o hubieran estado bajo el mismo techo. Esto puso a Daniela y a los padres de Isabel en una casa de los suburbios de Montreal, encerrados por 14 días sin excepción posible. Sólo después podrían comenzar a arreglar las cosas.

El segundo y más grave problema es que el bello internado Maximilian en Múnich presentó un caso positivo de covid-19. Sus habitantes, incluidos Herr Schnellinger —quien no dejaba de lacerarse con profundos sentimientos de culpa por no haber notado que las niñas se habían intercambiado bajo sus narices—, así como Frau Maier e Isabel, quedaban encerrados hasta nuevo aviso. Un caso de contagio con síntomas implicaba una cuarentena mucho más rigurosa y larga. Había que esperar que se hicieran pruebas a los internos y, pasado un tiempo mayor, hasta que nadie tuviera síntomas visibles, se procedería a nuevas pruebas y a un periodo adicional de 14 días más para asegurar

la sanidad del lugar. Un visitador de la autoridad sanitaria alemana fue de inmediato al bello edificio gótico, lo revisó minuciosamente, puso sellos en algunas puertas y pidió un listado de las personas que permanecían en el edificio que Frau Maier le entregó de inmediato. Su cálculo, muy correcto como son los cálculos alemanes, era de que por lo menos el encierro total duraría unas cinco o seis semanas.

Alemania, país avanzado en la lucha contra la pandemia, estableció la práctica de compartir las listas de personas confinadas con las autoridades relevantes. Era información que llegaba puntualmente a centrales de autobuses y trenes, aeropuertos, delegaciones de policía y hospitales. El monitoreo era exhaustivo y podía vincularse, por tecnología de rastreo, a los celulares de cada persona. Imposible incumplir.

Dos días después, el 9 de abril, cuando la situación causada por las niñas era parte del chismorreo entre diplomáticos y agentes de seguridad, la escuela recibió a un equipo epidemiológico que se instaló en el vestíbulo oeste del internado porque tenía una ventana que se podía usar para la comunicación entre los especialistas de dentro y los que se resguardaban en unas tiendas de plástico en el jardín. En estricto orden, los doctores fueron llamando a todos los habitantes del internado para colocarles un cotonete en lo profundo de la boca o la nariz, y llevar algo de mucosa a los tubos de ensaye que habían colocado en cajas selladas junto al marco de la ventana. Herr Schnellinger y Frau Maier estuvieron entre los primeros en ser revisados. Un doctor se acercaba a la escalera y gritaba el nombre de cada persona una vez que la anterior había regresado a su habitación. El nombre de Daniela, en un momento, se escuchó claro cantado con voz militar por los pasillos del internado. Isabel, desde la habitación, revisó que el nombre y apellido coincidieran con el pasaporte que tenía a la mano y bajó la escalera para abrir enorme la boca delante de los

epidemiólogos envueltos en azulosos trajes de cosmonauta. A su regreso, Herr Schnellinger salió a aclarar que Daniela no era exactamente Daniela... por un error, su nombre real era Isabel. Un molesto paramédico corrigió con una tachadura el nombre de la menor.

*

Allá en Tabasco, cuando supieron que su hija había tomado un vuelo a Montreal y estaba en casa de quién sabe quién, los padres de Daniela compraron de inmediato boletos a Montreal para viajar y recuperarla. Gasto inútil, porque como nacionales mexicanos, no podían entrar a Canadá; y si por algún milagro hubieran podido ser admitidos, tendrían que caer en el supuesto de guardar una estricta cuarentena de 14 días encerrados en algún hotel sin ver a su hija.

Los padres de Isabel, no menos intranquilos, pensaron en viajar a Alemania, pero primero tenían que cumplir su propia cuarentena y esperar a que su hija, encerrada en el castillo gótico del internado Maximilian, fuera liberada de un procedimiento de vigilancia más severo y de duración incalculable. La desesperación los carcomía. De llegar a Alemania y entrar en contacto con Isabel, su sola presencia sería registrada como una violación al protocolo sanitario de un lugar considerado “caliente” por presencia de casos de covid-19, lo que motivaría el alargamiento de la encerrona. Más aún, las dificultades involucraban la autenticidad de los pasaportes: las niñas carecían estrictamente de pasaportes que validaran su movilidad. Aun después de pasar cuarentenas y aislamientos, tanto Isabel en Alemania como Daniela en Canadá tendrían que retomar su auténtica identidad y tramitar sendos pasaportes correctos. Para el día 10 de abril, la situación de la pandemia en México tomó rasgos de tragedia y la autoridad mexicana instruyó también un estado de emergencia por vía de un decreto que, entre sus

primeras cláusulas, ordenaba la suspensión de una larga lista de trámites; ello incluía una suspensión en la emisión de pasaportes. Daniela e Isabel tendrían que esperar un buen tiempo para acercarse a los respectivos consulados mexicanos que pasaban a ser oficinas cerradas y que sólo atendían casos de muy estricta emergencia.

La locura de las familias iba en aumento, las llamadas eran en volumen superlativo. Las casas de Daniela e Isabel podrían entrar en guerra en cualquier momento si no fuera porque, en cierto modo, la casa en Canadá tenía como posible rehén a la menor entre las involucradas. Cónsules y embajadores de México, Canadá y Alemania fueron reclamados y quedaban pasmados ante los hechos. Nadie sabía qué hacer... Nadie. Hasta que, después de angustiosos días, una llamada telefónica realizada desde un celular en una habitación del internado Maximilian el 17 de abril volvió a trastocar las cosas.

Cuando estuvo en el aeropuerto, Herr Schnellinger había sido duro con la dependienta de Lufthansa y la había hecho sentir mal, exhibida como mujer insensible para apoyar a la menor. Ahora, con pocos vuelos que atender, esa señora había quedado reasignada a un centro de llamadas para ayudar a una creciente clientela de viajeros que la pandemia dejaba tirados por el mundo. Dictó la casualidad que ella justamente respondiera esa petición para hacer válido un cupón por un viaje a México a favor de una niña Daniela que, ya cumplidos esa mañana sus 14 años, quería tener la opción de viajar lo más pronto posible. Recordó el nombre, así como la tristeza que le causó no acceder a que subiera al avión. Decidió apoyarla como mejor pudiera, sólo que la petición era cambiar ese vuelo a México por uno que, en ruta a México, pasara por Montreal.

—¿Por Montreal? Será algo largo. Ahora la gente se queja por los desinfectantes en el aire acondicionado.

—No se preocupe —respondió la persona al teléfono—; estoy acostumbrada, y con que yo pueda hacer una escala, quedo como nueva; me convierto en otra persona, totalmente descansada.

—¿Está consciente de que los nacionales mexicanos no pueden ingresar a territorio canadiense y que sólo puede pasar por los aeropuertos de Canadá en estricto tránsito?

—Lo estoy —contestó ella—; no saldré a la calle. Incluso si cruzara migración tendría que hacer cuarentena por ¡14 días! No lo imagino ¡Será algo espantoso!

—Sí, es cierto.

La voz al teléfono pedía algo adicional: comprar otro vuelo por United de Montreal a la Ciudad de México a nombre de una tal Isabel... La empleada de Lufthansa pensó que era demasiado, pero la oferta de pago era, además del cupón original, cambiar dos boletos México-Montreal recientemente adquiridos con United, también miembro del grupo Star Alliance al que pertenece la aerolínea alemana. Con tanto por recuperar y tanto ofrecimiento sobre la mesa, la señora buscó con empeño. La suerte indicaba que, con algunos casos de pánico entre los usuarios que dejaban asientos vacíos, había una opción saliendo esa misma noche.

Las puertas del internado Maximilian se abrieron silenciosamente sin que sus habitantes notaran el movimiento. Una niña caminó, ayudada de su celular, hasta el cruce que conecta la calle principal con el camino hacia la estación de tren de Wiedervereinigung, poblado que alberga el internado. Un celador a la entrada pidió a la niña identificarse. El nombre Daniela no estaba en las listas de personas confinadas en la localidad. Algunas estaciones más adelante, en la conexión con la línea S-Bahn / MVV que lleva al aeropuerto de Múnich, la pequeña tuvo que identificarse de nuevo. No aparecía en las bases de datos. Se le entregó un tapabocas y se le dieron instrucciones precisas sobre cómo moverse. Ya

en el aeropuerto, con sus cupones listos para ser convertidos en boleto electrónico pudo acercarse al mostrador de Lufthansa e identificarse de nuevo. A diferencia de otras veces, la atendieron de maravilla. Su entorno tristemente había perdido bullicio como lo pierden las teles antiguas que se apagaban poco a poco dejando un espantoso sentimiento de desolación. Por puro rigor, la asistente le preguntó si tenía algún síntoma: tos, calentura, dolor de cabeza, nada; sólo felicidad.

Cuatro horas después, bastante de madrugada, una casa en Montreal vivió algo similar. La puerta se abrió sigilosamente y una niña, fascinada por la independencia que le daba su celular, emprendió camino hacia la estación de metro más cercana que estaba sacando a circular su primer tren del día. Llegó a la estación Lionel-Groulx donde se toma el Expres 747 rumbo al aeropuerto. Nadie le preguntó nada, pero tenía confianza en que, mientras caminaba como Isabel y guardaba en el bolsillo el pasaporte de Isabel, técnicamente no incumplía ninguna obligación de la autoridad canadiense de preservarse confinada, como se le había exigido a una niña llamada Daniela. Muy cerca del aeropuerto recibió la llamada que esperaba... ¡gracias, modernidad!

—Acabo de aterrizar. Con que vayas al mostrador de United y pidas el boleto a México a mi nombre podrás pasar las máquinas de seguridad. Después lo tiramos a la basura. Sólo recuerda. No dudes, mucha seguridad... te paras diciendo que eres Isabel y...

—Así lo haré. Mucha seguridad. Me encanta pasar las máquinas de seguridad.

—En cuanto cruces, nos vemos en el baño.

—Sí, en el baño.

El halcón y el perrito

Héctor Hoyos

Palo Alto, EUA, 22 de junio— Por fin llegó Aurelio, así llamado por el gran poeta nariñense. “Yo miro las montañas”, escribía Aurelio Arturo en su morada al sur de Colombia, y seguía —tal cual aquí transcribo, pero bien repartido en versos—: “Sobre los largos muslos de la nodriza, el sueño me alarga los cabellos”. Aurelio el perro duerme en mi canto en perfecto presente, en un suburbio californiano. Todavía tiene el pelo largo entre las almohadillas de las patas, la barriga lisa y tibia. Lleva dientes de leche muy afilados y huele a cachorro. Parece un rottweiler chiquito, aunque en realidad su linaje es dóberman y chihuahua. Tiene apenas dos meses, y esperamos que cuando crezca no pase de las 20 libras para que le permitan subirse a un avión. Se coló a esta casa como un inmigrante ilegal.

Frente a la ventana de nuestro apartamento de tercer piso hay un parqucito con pasto siempre verde, regado por aspersores a la madrugada. Es el único lugar que frecuentan los vecinos durante la pandemia. El parque de la reciente urbanización en donde vivimos es supuestamente propiedad privada, pero está adosado, sin mediar cerca alguna, a un barrio de casas más antiguas. Ahí se asolea una muchacha esbelta, en bikini y con tapabocas, a una distancia prudencial de donde hacen picnic las familias y sus perros. Los demás parques del sector están clausurados con cinta amarilla como de escena del crimen. Un día vi desde mi escritorio que traían un guacal con cachorros para que jugaran sobre la hierba. Bajé a preguntar por ellos, y resultó que pronto iban a ser puestos en adopción. Contactamos a los responsables, una pareja de viejos *hippies* que vivían

muy cerca, y una semana más tarde ya se había instalado el perrito con nosotros. No tuvimos siquiera que ir al albergue canino, un gigantesco hangar refrigerado a las afueras del condado, porque por motivos de fuerza mayor los documentos y el microchip nos los enviarían por correo.

En Estados Unidos no suceden estas cosas. Espontaneidad así, en América Latina. Aquí hay que sufrir para poder tener el perro que uno quiere. El candidato a perrohabiente tiene que probar su valía, financiera y psicológica, en una serie de exámenes que pueden incluir, amén de conversaciones telefónicas de una hora e inspección domiciliaria, un extorsivo intercambio de fotografías y mensajes de texto, que traducen: aquí está “su niño” a las dos semanas, ya abrió los ojos, aquí juega con sus hermanitos, ésta es su mamá. Así nos pasó cuando aspirábamos a un galgo italiano, por lo bonitos y lo compactos. Los mensajes llegaban muy temprano en la mañana, decían: “En la camada hay un machito rojo y una hembra azul, el resto son parduzcos y manchados, dime cuál quieres que sea tu hijo”. Convenía contestar con un *emoji* y signos de exclamación lo antes posible, porque tener apalabrado un animal de la camada es un privilegio, y la criadora, guardiana del bienestar de las finísimas criaturas hasta que no se firmen los papeles del caso, trae a colación a cada tanto que hay una larga lista de espera de “papás”. Llamar perro al perro en esas conversaciones sería ofensa, como si se tratara de una mercancía; considerarse dueño del animal, peor. Pero eso sí, en el intercambio de dones para hacerse de un perro de criadero median entre mil 500 y 2 mil dólares.

Aurelio costó 135 con todo y vacunas, porque es un perro de albergue, aunque a duras penas si pasó por albergue alguno. Poco tuvo que ver con los 670 mil perros que son sacrificados cada año en Estados Unidos cuando nadie los adopta. En inglés, a los animales que se salvan

se les dice *rescue*, que literalmente quiere decir *rescatar*, pero que en el contexto significa *rescatado*. El inglés es así, caprichoso, y como convierte un verbo en un participio o en un adjetivo, convierte una persona en un estorbo o una condición jurídica. Verbigracia: inmigrante ilegal.

Decía que así se había colado Aurelio a esta casa. Fue una astucia de la pandemia. Vino a rescatarnos a nosotros, justamente, de su horror televisado. Se mueren los ancianos en sus asilos, los asmáticos y los diabéticos en los hospitales, los migrantes en las hieleras, los que ya estaban enfermos de otra cosa, los que no alcanzan a llegar. Se mueren más los pobres, siempre. Podría ser tan fácil remendar este desmadre como darle una mascarilla a todo el mundo y pedirle que se lave las manos. En dos semanas, se acaba el bicho. Pero no: si pedirle a los gringos que depongan sus armas ya es una violación de sus sagrados derechos, exigirles que se cubran el rostro viene siendo la opresión misma. Y toda la riqueza de este país no da para taponar las narices y la boca a cada uno de sus ciudadanos, que no decir a los aspirantes a ciudadanía.

La mamá de Aurelio Arturo se murió de peste bubónica en 1924, cuando el poeta recién alcanzaba a la mayoría de edad. Se había pasado la infancia bebiendo del paisaje de los Andes, donde el verde es de todos los colores: tumbos del agua, piedras, nubes y hojas, un viento fértil, un viento fiel. Tales sus palabras, a destajo. Porque el dolor es así, la muerte de la madre debió de haberle despertado a Arturo la pena por su hermano Esteban, quien se fue primero, dejando trancos todos los juegos de la infancia. En el arrebató del luto doble, el poeta se subió a un caballo y se largó a estudiar abogacía en Bogotá, que queda a casi mil kilómetros de distancia, al otro lado de la cordillera. Por sobre cuántos puentes por sobre cuántos ríos no habrá galopado.

Mi pareja y yo nos pasábamos la pandemia ya sea trabajando frente a una pantalla, ya sea oyendo música hasta

que, recién hace una semana, llegó Aurelio. Leemos lo más que podemos. Mientras tanto, la policía intenta reducir a golpes a los manifestantes a lo largo y ancho del país. Da coraje. La intimidación arrecia, pero no prospera. La gente está dispuesta a dejarse contagiar de un virus sin cura con tal de protestar, ¡qué va a dejarse amedrentar por el vuelo rasante de un par de helicópteros sobre la multitud! El sobrevuelo en cuestión ocurrió en Washington, a muy baja altura, remeciendo semáforos y tumbando ramas, este primero de junio de 2020. Bajo el vientre de los helicópteros, desafiando la ventisca, los pilotos vieron una multitud de puños alzados al cielo, dedos medios en alto en señal de métase el ejército por donde le quepa, señor Presidente. De las aeronaves, un Black Hawk y un Lakota, el segundo era un helicóptero ambulancia, porque el resto de la flotilla de Lakotas estaba ocupado vigilando la frontera sur de Texas, entonces hubo que amedrentar al pueblo con el único que quedaba en el hangar.

No todo es rudeza. En las calles vaciadas por la cuarentena, con un mar de pancartas a la espalda, encabezan las marchas las vaqueras negras, imponentes, a gusto en el carnaval que es toda protesta. *Did you see the black cowgirls?*, preguntaba un niño en las calles de Houston, sorprendido. A su corta edad, se le hacía que sólo los hombres rubios montan a caballo, aunque ya no fumen Marlboro, porque el cigarrillo mata. La naturaleza retoña en California ahora que no hay congestión vehicular. Por el barrio, densamente arbolado, hemos visto conejos, liebres, coyotes, patos y garzas de camino a la Bahía de San Francisco, colibríes zumbando en grupos, buitres, y por lo menos tres clases de halcones. Los más vistosos de estos últimos tienen un plumaje casi rojo en la cola, que brilla a contraluz cuando vuelan por ahí tapando el sol. A lo lejos, vemos combarse las copas de los árboles no bien se posan sobre ellos. La nación

Lakota, en cuya deshonra bautizaron aquel helicóptero, los considera mensajeros de los dioses. Valga decir que los saben respetar. Durante las largas conversaciones delirantes con la criadora de galgos italianos, porque algo había que contarle, mencionamos a los halcones del barrio, y ella se puso muy seria: si nos descuidamos, se comen a nuestro hijito, dijo.

El otro día jugaban en el prado frente al edificio nuestro pequeño Aurelio y Jerry García, el perrito de una vecina historiadora del arte, también *rescue*. A Jerry se le nota más lo chihuahua. Los dos perritos se pueden pasar horas jugando, correteándose como cintas veloces, enmarañándose, parando de golpe para acezar. Ninguno pesa más que una bolsa de arroz. Se muerden, se tumban, se revuelcan. La vecina y yo conversábamos de cualquier cosa, mediando dos metros de distancia, tras mascarillas, como dicta la prudencia. Hablaríamos acaso de las protestas y la pandemia, entretenidos, consternados, mientras a 20 metros, 30, 35, los perritos se echaban otra vez a correr, quedando solos en medio de la explanada verde.

Mi pareja lo vio todo desde la ventana, pero yo no me di cuenta de lo que pasaba sino después. La vecina de buenas a primeras me agarró de la mano y me hizo correr. Los perritos se quedaron quietos de vernos venir, pero no nos miraban a nosotros, sino a algo mucho más alto y mucho más despiadado, cuya sombra iba creciendo sobre la hierba. No hubo destellos ni chillidos, y el aire se quedó quieto. Pero cuando llegamos lo suficientemente cerca al lugar del rapto, Aurelio y Jerry batieron la cola desprevenida. El peligro había pasado, porque mi vecina y yo somos animales grandes.

Para ser escritor hay que hacer de la pereza virtud. Aurelio lo sabe, y pone de su parte. Le encanta echarse encima mío y dejarse adormecer por el claqueo del teclado de la computadora, aunque lo asusta el sonido de la lavadora de

ropa. En el libro que vengo releyendo, su tocayo rememora a la mamá apestada y al hermano muerto:

Un largo, oscuro salón, tal vez la infancia. Leíamos los tres y escuchábamos el rumor de la vida, en la noche tibia, destrenzada en la noche con brisas del bosque. Y el grande, oscuro piano, llenaba de ángeles de música toda la vieja casa.

Cotidiano interruptus

Monique Zepeda

México, 23 de junio—



Estas imágenes son una selección y reproducción del cuaderno de escritura, dibujo y collage Cotidiano interruptus.







No puedo respirar

Mayra Santos-Febres

San Juan, 23 de junio— Al principio pensé que lo que tenía de peculiar esta pandemia era, precisamente, que atacaba a todos por igual. Aunque los primeros en morir eran los viejos, el covid infectaba a todo el mundo. No era como la pandemia en la que me crié —la del sida— que por décadas insistió en azotar poblaciones específicas. Al principio se le conoció como “el cáncer de los homosexuales”. Luego diezmó generaciones completas en países africanos y, acá en el Caribe, se ensañó de manera particularmente devastadora contra usuarios de drogas y, en su desarrollo temprano, contra receptores de transfusiones de sangre. Sexo, la pandemia del sida atacaba por el sexo, su medio de propagación era penetrar membranas sexualizadas, membranas sangrantes que ardían en placer y en dolor por la punzada de las hambres que no se podían nombrar. Me recordé veinteañera enterrando amigos infectados de VIH, hermosos amigos gays que se suicidaban cuando recibían el diagnóstico; hermosas amigas enamoradas de hombres con problemas de adicción. La sentencia de muerte segura (en aquellos distantes años 80) más el estigma de maricón sidoso, o de puta amoral, usuaria de drogas, era demasiado qué afrontar. Después, en los años 90, el rostro del sida cambió a ser el de niños, mujeres y hombres negros. Pero ya sabemos que cuando africanos o negros mueren a nadie le importa. No son vidas que cuentan, vidas valiosas. La pandemia del sida ha cobrado 35 millones de vidas desde que apareció. Yo crecí y me hice mujer en medio de ella. Mi relación con mi cuerpo, con los cuerpos/cuerpas “otrxs”, con mi afrodescendencia y con mi deseo estuvo y está matizada por esa pandemia en específico.

Nunca me imaginé que viviría esta otra.

De Wuhan a Italia y de ahí al mundo entero, el covid-19 desplegó la naturaleza de una muerte por contagio particular y avasalladora. La membrana “penetrable” eran los pulmones, los pulmones de mujeres, de hombres; blancos, negros, indígenas, chinos, vietnamitas o turcos. “Esta es una pandemia que sigue al capital”, pensé, “se mueve como se mueve el dinero, en aviones para llegar a reuniones de agencias multinacionales o como partícipes del lujo del turismo. Todos somos globales. Esta es una pandemia global y primermundista”. Los números altísimos de muertes en China, esa cifra de 83 mil cadáveres que se empeñaba en no bajar, fueron desplazándose hacia Europa y Estados Unidos. En países “pobres”, “extraperiféricos”, fuera de las rutas del capital y del turismo más tenaz, los casos de contagio y muerte permanecían bajitos. Luego, ese perfil pandémico fue cambiando.

El 13 de marzo de 2020 el gobierno de mi país impuso cuarentena estricta. Cerraron universidades y escuelas, oficinas de gobierno, oficinas de empresa privada, tiendas, plazas comerciales, restaurantes, parques y playas. La policía patrullaba las calles citando por autoparlantes las reglas a seguir. Arresto seguro si dejabas tu casa por cualquier otra razón que no fuera ir por provisiones o a la sala de emergencias.

La isla se volvió un espectro sudoroso. Hacía un calor de los mil demonios. Sin embargo, el infierno estaba deshabitado. No se oían las sirenas de ambulancias, ni un solo bocinazo. De vez en cuando alguien paseaba un perro por la cuadra. O caminaba de regreso a su casa con dos bolsas de comida. O bajaba a botar la basura.

De 40 casos, el número de infectados subió a 62, a 130, a 500 casos. Las noticias de todo lo que se tenía que hacer

para evitar morir asfixiado eran constantes y me tenían nerviosa. Demasiada regla contradictoria a seguir. El país permanecía cerrado, el mundo estaba cerrado, pero los casos seguían subiendo.

Cuando la cifra llegó a los 130 mil muertos en el mundo, decidí desconectarme de las noticias y ponerme a estudiar. Leí acerca de la gripe española, el cólera y la peste bubónica. Revisé la novela de Camus de 1947. Sí, ahí estaba: el perfil de la peste. Como ya andábamos encerrados, comencé un grupo de estudios y reflexión por internet. Era, en inicio, para mis alumnos. Pero entonces mucha gente me fue encontrando: antiguos estudiantes, talleristas, colegas escritores, gente del mundo. Queríamos “entender” la peste, la pandemia, encontrarle “algo” además de su terror incierto. Así, virtualmente, nos fuimos acompañando. Supuestamente también fuimos entendiendo que todas las pestes anteriores, pre modernas, las había resuelto la misma Modernidad (así, en mayúscula) con vacunas, protocolos de salubridad, agua potable, control de ratas, perros rabiosos y mangostas, y cotejos médicos. La civilización había imperado contra la peste. Sólo en los “bolsillos” de pobreza y/o de desviación “humana” causados por la pobreza o la vejez brotaban las epidemias. Ésta que ahora nos diezmaba también menguaría, sería derrotada por la ciencia y la civilización. Era cuestión de tiempo.

Y el tiempo pasó...

mientras cuidaba a mi hija y a mi hijo
mientras repartía enlaces virtuales para clases a distancia
mientras iba con guantes y mascarilla a los mercados
limpiaba las superficies con alcohol
daba clases virtuales
participaba en decenas de conferencias virtuales

coordinaba largas teleconferencias con familiares
cancelaba planes de viajes

el tiempo pasó

mientras intentaba encontrar foco para escribir
olía el mar, el mar, a dos cuadras de distancia de mi
casa; me levantaba de madrugada para burlar la
vigilancia policial y darme un chapuzón en el mar,
sacaba a mi hija y a mi hijo a caminar a sus
orillas para limitar su uso de internet,
que fueran personas de nuevo; me escapaba con
mi marido al mar, a tirar polvos en la arena.
En la casa todo olía a desinfectante.

El tiempo pasó mientras vigilaba los números montantes
en Francia, España, Italia; mientras escribía *emails* y men-
sajes para averiguar quién de los míos estaba enfermo. Los
míos están regados por todas partes. Soy negra, puertorri-
queña, de un país colonizado por Estados Unidos, una isla
“extraperiférica”, pero, no sé cómo, había conseguido
convertirme en ciudadana “global”. Mis amigos todos éra-
mos globales como la pandemia; primermundistas no, pero
extrañamente globales. No importa si residíamos en Bogotá,
en Lisboa, en Madrid o en Nueva York. Me enteré de la
muerte de Luis Sepúlveda, el escritor chileno que vivía en
España. Luego supe de la muerte de René Rodríguez Soriano,
el poeta dominicano emigrado a Houston. A todos nos podía
infectar el covid-19. El virus ataca membranas que todos y
todas tenemos y nos ataca por igual. A los más viejos, antes.
Los más jóvenes tenían más probabilidades de recuperarse.
Ésa era la información disponible, entendible. Se acababa
el mundo pero para todos y todas por igual. O eso pensé
yo en un principio.

Pero Trump decidió no cerrar Estados Unidos, no cerrar el aeropuerto JFK, no cerrar Miami. No cerrar a tiempo. Y empezó a pasar otra cosa; esta cosa psicótica que comencé a observar con un terror aún mayor que el que me provocaba el covid-19.

8 MINUTOS 46 SEGUNDOS

El video me llegó por Messenger.

Ahmaud Arbery tenía 25 años. Fue asesinado mientras joggeaba en su vecindario de Brunswick, Georgia. Tres hombres blancos fueron arrestados 74 días después del asesinato de Ahmaud y sólo luego de que el video se hiciera viral.

Ahmaud Marquez Arbery.

Con este crimen de odio la pandemia adquiriría un nuevo perfil mientras cruzaba el Atlántico y atacaba a los Estados Unidos. En Puerto Rico los infectados confirmados no subían de 1 mil 500 personas. Los muertos, hoy por hoy, son 152. Pero esas cifras sólo dan fe de la población que aún reside en la isla. Hay otro Puerto Rico, un Puerto Rico global como es global México o Guatemala u Honduras o Chile; ese Caribe y esa Latinoamérica que habitan en los Estados Unidos. La mitad de la familia, la mitad de los amigos —¿o son más de la mitad?— viven en otro lugar. Algunos se fueron a estudiar y se quedaron

otros se fueron para escapar de la violencia transpolítica y se quedaron

otros más para huir de la homofobia

la violencia de género

la incertidumbre política

la precariedad.

Pero de eso mismo andaba huyendo la gente que pobló las Américas, ¿no es cierto? Las que se arrebataron a los nativoamericanos. Los irlandeses escaparon de la hambruna, los puritanos de la persecución religiosa, los españoles de la Inquisición, la pobreza más abyecta y de las cárceles.

Nosotros los negros y negras llegamos esclavizados.

Sin embargo, cuando el coronavirus cruzó el Atlántico, otra sombra acompañó al contagio en su trabajo de exterminación.

Allá arriba en el Norte, afros y latinos morían el doble de rápido que la población blanca. El virus volvía a escoger a su presa, esta vez no por la naturaleza de su contagio sino por la historia sostenida de disparidad social, económica y racial. Uno de cada tres hombres negros infectados moría de covid. Uno de cada tres latinos. No tenían que tener más de 60 años. Morían de 36, de 45, de 17, de 25 años. A los que no morían de covid, los mataban los supremacistas blancos.

Otro video me llegó por Messenger. Duraba 8 minutos con 46 segundos.

En el video, el oficial de la policía Derek Chauvin mantuvo su rodilla contra el cuello de George Floyd, ex guardia de seguridad negro de Minneapolis. Mientras George pedía auxilio y explicaba que no podía respirar, otros tres oficiales montaban guardia y no permitieron que una multitud de gente interviniera, ni socorriera, ni evitara la muerte de este hombre.

“No puedo respirar”. George Floyd murió exactamente como si estuviera infectado de covid-19, pero peor, mucho peor. El espectáculo virtual de su muerte desmintió la falacia de que el virus atacaba a todos por igual. De que atacaba

más a los viejos y precisamente porque eran viejos, porque ya estaban, como quien dice, a las puertas del otro lao, porque ya les tocaba morirse de algo. No era cierto. El covid-19 reveló que existen poblaciones cuyo color de piel atrae y compacta marginaciones de tal forma que el aire que llega a sus pulmones revela su conteo. Siempre fue aire finito, con menos oxígeno y más toxinas que el de los demás. Acá en Las Américas, el virus reveló la fisionomía exacta de los devaluados de estas costas; o, como postula el filósofo africano Achille Mbembe en su desgarrador ensayo “Necropolítica”, quiénes éramos los constituyentes de poblaciones desechables, los cuerpos sin valor sobre los cuales el Estado ejerce su sempiterno derecho a matar, o a dejar morir, o a dejar linchar.

Miré el video.

Mentira.

Intenté ver el video.

Al segundo minuto comencé a temblar.

Apagué el celular. Apagué la computadora, apagué las luces del cuarto, de la sala. Por primera vez desde el decreto de cuarentena y el imparable azote del covid-19, no quise contestar correos, ni hacer *lives*, ni recorridos virtuales. No miré Pinterest, ni busqué recetas de cocina en Google, ni cotejé cifras de mortandad. Seguí temblando.

La muerte por asfixia tenía un rostro al fin; uno donde se encontraba la fatalidad con la histeria, con el desgarramiento de un tejido de realidad. El covid atacaba el cuerpo social y también lo asfixiaba. Allí escogía su presa más suculenta. Una rodilla contra el cuello, un rostro contra el asfalto *gasping for air*: “No puedo respirar”. Era un rostro negro, de una piel tan negra como la mía. De la garganta de Floyd salían palabras tan inaudibles, apagadas, tan desgarradoras que hacían preguntarme si alguna vez alguien

oirá de verdad las palabras que algún negro o negra diga, pidiendo aire.

“No puedo respirar” —repetí en las penumbras de mi sala—.

Por primera vez desde la pandemia, lloré.

Hoy

Hoy es incierto. En Puerto Rico se discute cómo comenzar la Fase 2 de reapertura. Han levantado el toque de queda. Abrieron las playas y los parques. Algunos restaurantes comenzaron a operar con distanciamiento social, mascarillas, cascos transparentes que parecen de oficiales de fuerza de choque y toma de temperatura a la entrada de cada establecimiento. San Juan recibe 6 mil turistas al día. Se pide que todos usen mascarilla y lleguen con prueba de covid-19 hecha. Pero las autoridades no pueden violar los derechos de los turistas que vienen del Norte a reactivar la economía.

Hoy fui a la farmacia.

Pude reponer mi receta de hipotiroidismo. Compré vitaminas, más alcohol para desinfectar. Me di permiso de además llevarme un lápiz de labios y un pintauñas color violeta. Me miré al espejo mientras hacía fila para pagar, parada a seis pies de distancia de otro cliente. Me vi unas cuantas canas. Desde marzo no me tiño el pelo, no tiene sentido, como tampoco lo tienen ya tantas cosas. Decidí que no perdería mi turno en la fila para comprar tinte de cabello.

Fui caminando a la Plaza del Mercado para comprar frutas y carnes frescas. Durante la pandemia me dio por hacer jugos de frutas naturales y por comprarle a don Carlos, el carnicero de la plaza; pollo, cerdo, chivo, conejo. Al

principio de la pandemia lo hice para evitar las larguísimas filas del contagio. Fue en los supermercados, además de en hospitales, donde más se contagió la gente. Sobre todo se contagiaba el personal de servicio.

Ya no quise ir al supermercado de la esquina, empecé a caminar unas cuantas cuadras más hasta la olvidada Plaza del Mercado, que operaba al aire libre. La Plaza donde compraban los pobres, los dominicanos inmigrantes, los viejos que se habían quedado en otra era del consumo —los que ya no entrarían en la globalización—. Después de 120 días no creo que volveré a pisar un supermercado. No me hace falta. Ya mi paladar se ha desacostumbrado a los preservativos. No puedo tomar jugos concentrados. No me interesa. Hay muchas cosas que ya no me interesan. Sólo me interesa respirar. Hoy respiro. Eso es importante.

Es extraño. No le tengo miedo a la pandemia ya. Es la nueva normalidad. Ahora a lo que le tengo miedo, más miedo que nunca, es a los supremacistas blancos. Le tengo miedo al racismo institucionalizado, a lo poco que vale la vida de los míos, a los que se ven igual que yo. Ya no estoy tan segura de que los méritos de una educación, libros publicados, premios ganados, me salven, de ese odio que arrasa parejo, y de la selectiva orquestación de variables que hace que epidemias ataquen con más severidad a unos que a otros. A los de mi color de piel, por ejemplo.

Acá por estos lares del contagio sólo el dinero compra la salud, pero sólo si eres del color correcto.

O al menos así se siente.

O quizás ande deprimida.

No lo sé.

Nunca antes me había deprimido.

De las cosas que dejamos

Santiago Gamboa

Cali, 24 de junio— Tras el fin de esta enigmática pandemia, será muy difícil recuperar los cines, esa penumbra que elimina transitoriamente la realidad y nos prepara para otra: la que la historia y el director y los actores nos presentarán y que tantas veces en mi vida consideré superior a la real. Y hablar de cines, para mí, es hablar de la ciudad a donde van a vivir los filmes que, aún siendo viejos e incluso pasados de moda, están ahí. Hablo de París, ciudad muy golpeada por el covid, por cierto. Fue allá donde descubrí que el cine es permanente. Cualquier clásico, por lejano en el tiempo que fuera, estaba aún disponible en pantalla grande.

Antes de París yo había vivido en Bogotá, donde las posibilidades de la época (primera mitad de los 80) eran: o los estrenos de Hollywood y algún que otro filme europeo de moda, o los durísimos cine clubs de los sábados, que nos obligaban a madrugar para estar a las 10 de la mañana, enguayabados, en las salas de cine del centro Granahorrar, para ver dobles heroicos, *Gritos y susurros* y *El huevo de la serpiente*, de Bergman, y luego participar de esos coloquios posteriores en los que jamás me atreví a levantar la mano, y que más que debates sobre la película eran esferódromos para el ego de algunos contertulios. Cuando fui estudiante en Madrid descubrí otro tipo de cineclubs, más cercanos a las cómodas salas comerciales pero con oferta intelectual, como fueron los Alphaville, al lado de Plaza España. Ahí vi, sobre todo, cine latinoamericano: Ripstein, Gutiérrez Alea, Fina Torres, Littín, María Lusia Bemberg, cintas que ni de peligro llegarían a la Bogotá de los 80, pero que en España,

por rodar en los festivales, sí podían verse, aunque sin ser grandes éxitos comerciales.

París era otra cosa: la gran cantidad de cines cultos, con programaciones por autor o por temática, eran la pura felicidad. Ciclos de Kurosawa, de Fellini, de Cassavetes, de Frank Capra o Alain Resnais. Lejos de las posibilidades infinitas de internet, esto tenía un valor enorme. Recuerdo haber visto, en un pequeño cine de los Campos Elíseos, una película de un desconocido director de Hong Kong que me fascinó, tanto que al salir compré otra boleta y entré a la sesión siguiente. El filme era *Chunking Express* y el director Wong Kar Wai, a quien tuve el gusto de conocer años después, nada menos que en la premier de *In the mood for love* en el mismo Hong Kong. La vida era así y el cine estaba sólo en los cines, del mismo modo que las novelas estaban sólo en los libros y los libros sólo en las librerías. A pesar de haber disfrutado muchísimo de los cambios que trajo la revolución de internet, siento nostalgia de esa época y pienso que, cada tanto, me gustaría volver a pasar una semana sin celular y sin wifi, años donde aún se escribía en máquinas Remington u Olivetti y para borrar se usaba esa crema color blanco de la que, tras unas horas de trabajo, acababa uno untado hasta las orejas.

Evocando el viejo París de los 90, pienso si sobrevivirán esos míticos cines de culto, con sus nombres para mí casi sobrenaturales. *Accatone, Studio des Ursulines, Champo, Cluny Palace, Panthéon, Danton, La Pagode, el Balzac, el Marignan...* Tantas horas ahí, de asombrosa dicha. ¿Se perderán para siempre esos lugares? ¿Habrà alguien, tras esta pandemia, dispuesto a entrar a un habitáculo pequeño y oscuro, sin ventanas, rodeado de desconocidos, y sentarse ahí durante dos horas?

Aunque no lloren

Ricardo Chávez

México, 25 de junio— Al principio papá se había reído. No con la risa de las piedras (¿dónde habrán encontrado piedras de ese color?) sino de cuando te dicen que las mamás vuelan, pero no lo crees (¿me estás tomando el pelo?), y luego de verdad la toman del pelo, la arrastran escaleras arriba y la arrojan por la ventana, a tu mamá. Fue también una de esas risillas de cuando mi papá y sus amigos se van por los perros (¿o hacia los perros?), roban nuestras pistolas de agua y las echan a perder llenándolas de gasolina.

La risa de mi papá fue por la enfermedad. En sus labios torcidos resultó fácil leer lo que no dijo.

—Me sobra gasolina... Siempre me sobra gasolina.

Y se dirigía al mensajero, a todos los mensajeros que empezaron a llegar con la noticia de que no era una simple gripe.

Nosotros ya sabíamos que mi papá hablaba en serio. Te lanzaba el chorro de gasolina y luego venía con el cerillo en la mano como les ocurrió a Juan y a Pedro y a René.

Nadie se atrevió a hablarle después ni de tos ni de fiebre ni de la respiración que se te va para siempre.

Cuando llegaron los carteles a las calles, él comenzó a romperlos. Ya apagaba los noticiarios en el radio y en la televisión cada vez que repetían eso de que no saliéramos a las calles.

Cuando la gente dejó de tocarse, él iba y les tendía la mano o abría los brazos, y ay de aquel que se le echara para atrás.

—¿Y si ellos te contagian a ti?

Se lo dijo uno de sus amigos.

Mi papá le arrebató la botella, se la estrelló en la cara y luego se quedó muy serio.

—Pues ya qué —murmuró—, y se le fue encima a patadas.

¿Lloran los leones? Son los reyes de la selva, ¿no?... ¿Quién se atrevería a hacerlos llorar?... Y en las nieves, ¿quién es el rey?... ¿El oso polar?... ¿Y en el desierto, serán los alacranes o las arañas o las serpientes de cascabel?... ¿Y lloran?... ¿Y en el mar?... Las lágrimas de los tiburones se mezclarían con el agua y nadie se daría cuenta.

Cuando vinieron las patrullas para decir con los altavoces que empezaba el toque de queda, él de todos modos salía a las calles para buscar gente. ¡Tápese el hocico!, le gritaban durante el día, desde las ventanas, quienes iban ya embozados.

Papá estaba harto. Que lávense las manos; que usen gel; que no tosan ni estornuden; que no se acerquen.

—¡Puras mamadas! —y dale con la risotada.

Como ya no había personas afuera, mi papá ya no podía salir por el dinero ni por las orejas.

—Métanla en un sobre —nos decía—... y escriban bien la dirección.

Muchas orejas se perdieron en el camino hasta que mi papá encontró a un cartero y le puso la pistola bajo la quijada.

—Ésta es la única carta que importa.

El cuarto donde él guardaba a las personas se había quedado vacío. Y para acabarla lo de los costales tampoco iba bien. Nadie había venido ni para recogerla ni a distribuirla ni a robársela ni a quemarla.

Mi papá no era como sus amigos que se la pasaban abriendo el saco para tomar de a poquito de la chingadera, como solía llamarle él. No la necesitaba, ni tampoco el alcohol. Él era así sin ayuda, igual que los leones y los osos

y los tiburones. Y se metía a la habitación para hacerles cosas a los que ya no tenían oreja.

Cuando, sin balacera o sin venganza de por medio, empezaron a morir los vecinos —se enfermaban por la mañana y por la tarde ya estaban muertos—, se le borró la sonrisa primera vez. La verdad es que se le borraron todas las risas, las de las piedras (azules), las del teléfono (o me pagas o se la va llevar la chingada), la de la tomada de pelo cuando mi mamá intentó defender a mi hermanita.

—¡Con ella no te metas!

Incluso desaparecieron las bromas. Como aquella en que iban por los perros y acabaron quemando a un mendigo, o como cuando mi papá nos dijo que ya dejáramos de crecer.

—O me los voy a tener que chingar.

Y pues nosotros nos reímos, ¿no?, hasta que dejó de ser una broma y desaparecieron en filita Juan y Pedro y René.

Dicen que los gorilas hacen eso en la selva. A madrazos, el jefe se chinga a quien venga a arrebatarse eso, ser el rey. (¿Lloran los gorilas?)

A mi papá nunca le gustó que la muerte pasara sin su ayuda.

El día de las piedras, muchos gritaban que colgaran al hombre que había querido violar a una de mis hermanas.

—Como en la Biblia —dijo mi papá y del dicho al hecho (o sea que si aquello de los pecados y de que si estás libre no sé de qué), pues empezaron a arrojarle esas piedras azules que quién sabe de dónde fueron sacando él y sus amigos para ayudarlo a morir.

Un día mi papá se encerró en su habitación. (¿Un león trepado en la copa de un árbol? ¿Un oso polar hundido en la nieve? ¿La araña o el alacrán o la serpiente de cascabel escondiéndose bajo las piedras? ¿El tiburón metido entre las algas? ¿El gorila agachado tras los arbustos?)

—Pinche mundo —gritaba por la ventana, pero ya no sonreía (¿Las hienas son reinas de algo?) (Para ellas dejar de reír sería como si lloraran, ¿no?)

Allá afuera, las personas con tapabocas, caretas, guantes, y algunos hasta con trajes como de astronauta, iban cayéndose en la banqueta, y allí se quedaban atravesados hasta la venida de los camiones de basura que se los llevaban como si fueran los costales de mi papá.

El rey del pantano es el cocodrilo. Él sí debe llorar, por eso de lo que mi papá le decía a mi mamá:

—Puras lágrimas de cocodrilo.

Pero entonces mi mamá sería la cocodrila, ¿no?, y yo me acuerdo que sí estaba llorando cuando nos dijo en la banqueta que la gente se muere.

—No lo olviden.

Pero que a veces se muere antes, y nosotros la escuchamos y nos hicimos para atrás porque la sangre ya estaba llegando a nuestros zapatos.

Al tercer día del encierro de mi padre, mis hermanas, mis hermanos y yo lo echamos a la suerte, aunque no era justo. Sólo debíamos haber participado los grandes, porque de todos modos ya nos tocaba, a mí el primero.

La mala suerte le cayó a mi hermanita.

Yo quise tomar su lugar, pero ella se puso muy seria.

—No.

Y no sé si pensaba en mi mamá cuando lo dijo.

Le quitamos el traje, los guantes, la careta, el tapabocas.

La hermana que me sigue fue quien se lo dijo.

—Te vienes rapidito cuando empieza la tos.

Y bueno, mi hermanita volvió al segundo día.

—Es que no me daba la tos —nos dijo con su cara roja y sudada como si mi papá le hubiera echado ya la gasolina.

—Ándale ya —le dijeron mis hermanos.

Nos daba miedo se quedara como los de allá afuera, a medio camino, y que se ahogara antes de llegar a la cámara.

Adiós, nos dijo con la mano.

—¿Qué chingados? —se oyó el vozarrón del otro lado de la puerta.

—Soy yo —dijo ella y entró.

Todos llorábamos sin hacer ruido.

—A lo mejor se muere antes —dijo mi hermana.

Y yo sabía que ella no hablaba de mi papá.

Lo que escuchamos claramente fue el regreso de la risa.

—Se lo dije a la pendeja de tu madre... ¿Verdad que a ustedes sí les gusta?

Y yo igual me acerqué a la puerta por si tenía que ayudarle a la enfermedad.

No importa que los reyes no lloren, pensé al sacar la piedra azul.

Y, ¿saben?, la mera verdad es que ni siquiera importa si lloran.

Manuscrito encontrado en una sesión Zoom

Carlos Cortés Zúñiga

San José, 26 de junio— “¿Esta es la última sesión Zoom?”, escribió uno de ellos en el chat de la videoconferencia. Habíamos hablado durante dos horas e incluso ironizado sobre el alivio de llegar vivos al final de un curso traumático, contentos de haber superado la prueba de la virtualización apresurada a la que nos sometió el estallido de la pandemia en marzo. Noté que de pronto algo no fluía, que el concepto “la última sesión Zoom” había roto la continuidad en la

cinta de Moebius que es el tiempo ininterrumpido de la era digital, como un bache en una cinta de grabación. Elvia Amador, nuestra colega de Teatro, sugirió que enseñaran el rostro por primera y última vez, apenas unos segundos, si estaban de acuerdo, ya que no nos escucharíamos más.

Durante cuatro meses había impartido clase a 85 estudiantes sin haberlos visto nunca y me inquietaba un poco la evidencia de no conocerlos más allá de un nombre que inútilmente intentaba ligar a una voz anónima, en la reunión semanal de Zoom, y a unos archivos en una plataforma digital. Me dije que quizá era normal tratándose de la generación Z —o *centennials*—, que tiene plena conciencia de su privacidad y de la necesidad de cuidarla, a diferencia de los *millennials*, y que debía acostumbrarme a impartir clases virtuales a estudiantes virtuales en tiempos simultáneos y pantallas múltiples.

Admito que hacía un esfuerzo deliberado por seguir sintiéndome *real* y pensar que dos nociones que hasta ahora había dado por sentadas —el aquí y el ahora— continuaban unidas en algún lugar. Luchaba por verme anclado a lo real. La ansiedad que en ocasiones me ocasionaba una teleconferencia o una reunión virtual se debía a esto, a no saber dónde estaba, a no recibir una constatación visible, sonora o sensorial de que me encontraba en un espacio *verdadero*.

Es difícil de explicar lo que nos ocurrió entonces en la última sesión. Las columnas de cuadrados negros asignados para cada participante por Zoom fueron transformándose sucesivamente en rostros, en rostros expresivos y *reales* a pesar de la mala calidad de la imagen, totalmente alejados de la puesta en escena *selfie*. Hay pocas visiones más poderosas que la aparición de un rostro humano. Eso fue lo que sucedió.

Ahí están, pensé, después de tantos meses, emergiendo del otro lado de la pantalla, como caras tímidas alumbradas por la luz indecisa de una linterna en el interior de una

cueva oscura. O como habitantes de un planeta lejano que nos reconociéramos de pronto como seres de la misma especie. Fue eso, un instante mágico de identificación facial, en un código social que aprendemos los primates al principio de nuestra vida. Una emoción que requiere de otros. La urgencia de sabernos vivos y la necesidad de compartir esa momentánea certeza con seres iguales.

Durante meses habíamos mantenido una conexión emocional sin saberlo, que ahora se desbordaba. Del otro lado de la pantalla, como haciéndonos un campo en un recodo íntimo, vimos aparecer algunos rostros que lloraban. Lloraban. No fue de repente sino poco a poco. Me sorprendió entrever a los estudiantes enjugándose las lágrimas, con la voz quebrada, incapaces de cortar el umbral de comunicación que acababa de ser abierto. No queríamos irnos de esa fractura de tiempo que no existe en un espacio físico y que sin embargo nos había mostrado en un instante de fragilidad, sin la máscara del fondo de pantalla. Elvia pronunció las palabras que yo sentía: “Ay, voy a llorar” y se quitó los anteojos. Yo también lloraba aunque probablemente nadie se dio cuenta.

No estábamos en un lugar material pero estábamos en un lugar, en otro lugar, bajo otra forma de entender el espacio-tiempo. La repentina expresión de los sentimientos había dicho mucho más de la pandemia, de nosotros mismos y de lo que significa una transformación histórica en las relaciones humanas que cualquier clase teórica.

Salí de la clase —¿salí de la clase o de algún sitio en realidad?— y antes de recuperarme por completo me quedé aturdido por esa insignificante aceptación de mi humanidad, en el filo entre una dimensión temporal y una emocional, desconectado y a la vez atónito, inmerso en una sensación de perplejidad. Lloraban, me dije de nuevo en silencio. Pasé un rato hasta que volví en mí —después de una larga sesión

Zoom hay que pasar por un periodo de descompresión temporal como los buzos pasan por una atmosférica— pensando en qué nos hace ser lo que somos, en cómo actúan esas extrañas conexiones nerviosas que nos convierten en textos vivientes, aunque no compartamos el mismo espacio y en ocasiones ni el mismo tiempo y casi nunca las mismas emociones. En este caso, a pesar de la distancia física —que ya no existe—, las habíamos compartido y había sido extraordinario. Un momento único que será olvidado como son olvidados todos los momentos únicos.

jueves, lunes

Sergio Chejfec

jueves, mayo de 2020

Nueva York, 27 de junio— Estuve despierto desde temprano, pero por un largo rato me quedé en la cama hablando por teléfono. El último llamado antes de levantarme fue a mi madre. Varias veces me pregunta lo mismo, pero no soy capaz de responder distinto. También yo dije lo mismo. Ese ridículo apego a la verdad; que en realidad no es apego a la verdad sino a la costumbre, la costumbre de contestar con la verdad. Debería decir la costumbre de contestar con lo cierto, porque la verdad es siempre excesiva, por lo menos mi madre ya no la espera, y si la escucha se le olvida. Tres veces me preguntó por la pandemia. Es una palabra que no le resulta fácil, balbucea un poco antes de pronunciarla, o efectúa un rodeo, dice por ejemplo “lo que está pasando” o algo por el estilo. Es curioso, nunca mi madre ha sido especialmente discreta; pero en apariencia hay que andar con cuidado cuando se habla de la pandemia. En este caso es tan poco indiscreta, que asimilo sus preguntas a una curiosidad

general, casi mundana, como cuando pregunta por el tiempo. Primero le contesté que por mí no debe preocuparse porque estoy entre los afortunados que pueden encerrarse en su casa. Después hablé de tendencias en la ciudad, números y padecimientos. Luego hablé de las colas frente a los hospitales y la excavación de fosas. Le dije que las colas de los hospitales son menos espaciadas que las de los supermercados; que a lo mejor ello se debe a que en los hospitales uno se siente más cerca de la enfermedad y puede relajar los cuidados, porque de todos modos ya ha llegado hasta ahí. Estuvo de acuerdo. Mi madre tiene menos de 90 años. Con el paso del tiempo su mundo diario se achicó hasta ser, ahora, únicamente la familia inmediata. En 2019 me regaló su carnet del sindicato de costureras, oficio en el que comenzó en 1944, cuando tenía 12 años. Es el único documento no familiar, aparte de su cédula, que conozco de ella. Según la planilla de aportes, pagó una última cuota sindical en marzo de 1949. Hace 71 años. En un momento de la conversación, mientras le contaba, de nuevo, que en mi edificio desde hace semanas han dejado de compartir el ascensor, y que eso me ha representado una pérdida, porque hay vecinos con los que me gustaba viajar, en algunos casos por motivos comprensibles y en otros por secretos motivos; en ese momento traté de pensar qué puede representar la pandemia para mi madre, que en general ve el exterior como un epifenómeno del pasado. Debería habérselo preguntado, a lo mejor lo haga en la próxima llamada. Pero imagino que su respuesta será literal. Me dirá: “una catástrofe, tanto sufrimiento”. En realidad quiero que me conteste distinto, acaso para encontrarle una vuelta a la conversación; por ejemplo “es la extinción, el mundo no sigue”. En ese caso podría regañarla por pesimista, y sugerirle ver la pandemia como una fuerte aceleración de desenlaces o destinos individuales. Ello no garantizaría, claro, que no vuelva a preguntarme.

lunes, mayo de 2020

Hoy me levanté muy pronto de la cama porque decidí dejar los llamados para la noche. No sé por qué comienzo el recuento de cada día con el momento en que dejo la cama. Refleja una visión demasiado literal, pero también es verdad que representa el ineludible comienzo, como eso de levantarse con el pie izquierdo o el derecho. Por ejemplo, para Lorenzo García Vega el comienzo del día se producía al abrir los ojos. Según su teoría, uno debe mantenerlos cerrados, aun estando despierto, porque de otro modo queda para siempre ignorado el sueño de la noche previa. A cada momento recibo sueños. Les doy ese nombre, en realidad son videos muy cortos, memes, fotos trucadas, etcétera. El cotillón humorístico de la pandemia. Según creo, son sueños por dos motivos. En primer lugar porque casi todos se olvidan muy rápido, son de por sí efímeros; y en segundo lugar (esto podría ser más discutible) porque aluden a fantasmas o problemas que no pueden emerger así nomás a la superficie de la vigilia. Al comienzo, el tema excluyente de los videítos era la pandemia, sobre todo la cuarentena y los efectos físicos o psicológicos del aislamiento. Después se pasó a hablar de la pandemia de un modo oblicuo, ya no fue material del chiste, sino que la pieza como un todo, cualquiera fuera su tema, obedecía a la gramática de la pandemia. Por ejemplo, uno de los chistes que más celebré y que todavía me hace reír cuando lo recuerdo, es un Tik Tok que pone la voz de Alfio Basile en la imagen de Michel Foucault dialogando con Noam Chomsky. El tema, naturalmente, es un complot de la FIFA contra la Argentina en pleno campeonato mundial. Esos chistes elusivos, que no refieren a la pandemia, en realidad no existirían sin ella; lo cual los hace más interesantes, porque representan un desvío, algo que no pertenece al consenso discursivo. O si existieran, tendrían otra recepción

y distinto significado. Por ejemplo, un párrafo de Samuel Pepys. En la entrada del 31 de octubre de 1665, anota el total de víctimas de la semana. Se congratula de que fueran poco más de mil, cuando se esperaban cuatrocientos más. Un día después escribe:

Estuve un buen rato en la cama hablando con el señor Hill de muchas cosas acerca de la vida de un hombre, sobre lo poco que el mérito prevalece en el mundo, sino más bien el favor: que en mi caso fue la casualidad sin méritos lo que me puso aquí, y que ha sido sólo la diligencia lo que me mantiene y seguirá haciéndolo, pues viviendo como vivo entre perezosos, el hombre diligente se hace necesario. Hablé sobre cómo me he preocupado de mantenerme en contacto con personas de distintas facciones de la Corte, teniendo que llevarme bien con todos. Fue muy agradable para mí el contarlo, y creo que, para él, escucharlo.

Es difícil no pensar que donde Pepys escribe mérito o casualidad, en realidad refiere a chances determinadas por la epidemia. Asigna su rápido ascenso social a una serie de coincidencias, a su diligencia para moverse y para tejer vínculos con personas de distinta procedencia. Supongo que el desquiciado avance o retroceso de la epidemia llevaba a suponer que sólo la casualidad podía salvarlo a uno de la enfermedad. Los caprichos de la pandemia hacían que toda trayectoria pudiera ser vista como accidental. Por eso pienso que la escena de Pepys refiere una forma de modelar la omnipresencia de la Gran Plaga, equivalente al modelo tortuoso de convivencia que los chistes y videos proponen del actual aislamiento.

El último pinguero

Rubén Gallo

La Habana, 28 de junio— Aún puedo verlo allí, sentado en el contén, fumando, con la mirada perdida, pensando en su suerte. Eso fue en marzo, cuando empezaba esa pandemia que, vista desde La Habana, parecía histeria de primer mundo, un problema de París o Nueva York pero no de las costas del Caribe porque acá todo seguía igual, los cines, los teatros, las guaguas, las multitudes, el Malecón, los ríos de gente por las calles y el flete, ese flete perenne que se ensayaba en los bares y en los almendrones y en las colas y esos *papi, llévame* y esos *mami, cosita rica* y las respuestas de *descarao*, que también servían para fletear, y los cuerpos, mulatos y trigueños y negros y jabaos que se tocan y acarician y se gozan y en medio de eso, el parquecito de 25 y O, minúsculo, con sus 10 banquitas y cuatro farolas y cinco árboles, escenario de un circo erótico que comenzaba y recomenzaba todas las noches, en las oscuridades, con los travestis y los pingueros y los yumas y los pepillos y los vendedores de maní y los policías y los vecinos yendo a comprar el pan y los gritos de *helo, my friend* y de *papi, regálame un peso* y de *cómprame una caja de cigarros* y ecos lejanos de regateos carnales, *soy completo... 30... en el hotel no se puede pero conozco un alquiler aquí cerca y el dueño es buena gente, vamos, yo te llevo*, y en las bancas dos italianos como momias, con la piel quebradiza como papel viejo, dos italianos rodeados de cinco muchachitos que se disputan y se desviven por su compañía y dicen ¿entonces, papi, qué vamos a hacer?, recuerda que me tienes que ayudar y frente a ellos dos travestis y allí esta May, allí esta Andrea, y May dice *no es fácil, yo me voy pa Rusia*,

Francis ya está allá y le va bien y se puso las tetas de silicona y se ve divina y entonces recordé que mi amigo Andrés debía viajar desde Nueva York pero canceló el viaje por lo de la pandemia y pensé que exageraba, que sería bueno que pasara un rato en el parquecito, que es la mejor medicina, que eso cura las neurosis, las paranoias, los espantos, y en eso un pinguero llama a un español gordo diciéndole *cht, cht, cht* y mi amigo el Leo, con sus cadenas y su tatuaje del Coliseo de Roma en el antebrazo diciendo *ayer no maté pero hoy si estoy pa matar, cómprame una cerveza* y yo ¿Cristal o Bucanero? Y así todas las noches porque ese parquecito es como el inconsciente, vive en un eterno presente que además está fuera del tiempo y cuando regresaba de correr por el Malecón me quedaba allí unos minutos y a veces, después de cenar, me acercaba a ver si encontraba a May, si veía al Leo, si me topaba con Eliezer que me diría *un foco, tú piensas que todos los pingueros tienen el noveno grado pero éste es un foco y estudia en la CUJAE* y pensé que el parquecito es también como la biblioteca de Borges, que existe *ab aeterno*, porque ya sobrevivió al periodo especial, a los militares, a la vista de Obama, a la muerte de Fidel, al retiro de Raúl, y que estaba destinado a seguir igual por los siglos de los siglos, aunque con un elenco cambiante, pero no, no fue así, porque un día llegó el coronavirus a Cuba y en la Mesa Redonda anunciaron que se cerraban las fronteras y se cancelaban los vuelos y que los turistas regresaban a sus países y el parquecito se fue vaciando y primero desaparecieron los italianos centenarios y luego los españoles gordos y al final sólo quedaba uno que otro diplomático de país centroamericano que montaba pingueros, de dos en dos, en un carro blanco con chapa “D”, y al final también las travestis se fueron desvaneciendo, como por acto de prestidigitación de un mago puritano y homófobo, hasta que sólo quedó una, mascando goma mientras tintineaban

las argollas doradas que llevaba en las orejas y a la noche siguiente también ella se había ido y Leo el pingüero me dijo *esto está malo, lo que queda es moneda nacional, mira esos maricones viejos, son cubanos muertos de hambre que se aprovechan de que ya no hay extranjeros y lo que quieren dar son cinco dólares y yo no estoy pa eso, en cuanto junte los 30 dólares del pasaje voy echando y viro a Santa Clara* y al otro día también él se había ido y ahora se sentía una soledad pero quedaban dos o tres pingüeros, aunque había uno que contaba por tres, porque medía más de dos metros y era un negro fuerte, pelotero, que estudiaba en la Escuela de Atletas de Alto Rendimiento y él no se iba a ningún lado y decía *papi, un masajito, pa que pruebes* pero al final también él se fue y al parquecito ya no llegaban ni travestis ni pepillos sino gente con sus laptops a conectarse y a hablar por Skype o por WhatsApp y ya no se oía a nadie hablar de *activo* o *pasivo* sino de vuelos cancelados y fronteras cerradas y uno que estaba varado en Colombia y el otro que no podía regresar a su país y los nervios y las noticias y el parte del Minsap *hoy se reportan 10 nuevos casos, de ellos ocho ciudadanos cubanos y dos extranjeros y una lamentable defunción* y los paladares cerrados y los cines cerrados y los bares cerrados y las perseguidoras por el Malecón *ciudadano, negativo circular por el Malecón, ciudadano, manténgase en su vivienda, negativo circular por la calle* y por las noches el parquecito desierto, muerto, con una farola que sólo alumbraba a los gatos del Vedado que se habían apropiado de las bancas y fue allí, una de esas noches tristes, que lo vi, allí, sentado en el contén, con su cara muy blanca y el pelo negro y su cadena y los músculos que se asomaban por su camiseta y lo vi muy pensativo, fumando un cigarro y con la mirada perdida, como si estuviera observando otra realidad y cuando pasé frente a él no me llamó ni me dijo *papi* porque estaba absorto mi-

rando eso que tenía frente a sus ojos y que yo no podía ver y era un muchacho muy lindo que había visto por allí, que siempre estaba en el parquecito y en Las Vegas y en el Malecón y lo miré y fue allí que pensé *es el último pinguero* y me pregunté si se daría cuenta de su suerte, que todos los demás se habían ido a sus provincias, a Puerto Padre y a Manzanillo, a Moa y a Baracoa, a Las Tunas y a Cauto Cristo y ahora sólo quedaba él y tenía toda La Habana a sus pies, pero no le servía de nada porque esa Habana se había ido vaciando de gente y ya el último yuma se había ido y ¿de qué sirve ser pinguero en una ciudad sin yumas? y él seguía allí, sentado en el contén, pensando en lo que vendría, y volví a mi casa pensando en él y al otro día, cuando pasé por el parquecito después de correr, ya también él se había ido y miré el vacío que quedó en el contén y me pregunté en dónde estaría en esos momentos ese muchacho que tuvo la suerte o la desgracia de haber sido, en esos tiempos de pandemia, el último pinguero.

Hemos perdido a un amigo, y todo sigue igual

Karolina Ramqvist

Estocolmo, 29 de junio— Dicen que escribir siempre es pensar en la muerte, detenerse siempre en la cuestión de qué somos. Cuando estalló la pandemia, saqué tres calaveras pequeñas de papel maché que me habían regalado un par de años atrás durante una visita a la Ciudad de México y las colgué sobre la pared de mi apartamento. La Agencia de Salud Pública de Suecia había recomendado que quien pudiera trabajara desde casa, y yo podía, naturalmente, llevaba toda la vida trabajando así. Mis amigos *freelancers*

empezaron a decir que ahora todo el mundo comprobaría lo que era vivir como nosotros: trabajar en casa, aislarse, sentir incertidumbre por el futuro y por la economía. Pensar en la muerte, añadí yo para mis adentros.

A comienzos de marzo, durante los primeros días de la pandemia, reinaba un silencio absoluto en el cruce que hay enfrente de nuestro edificio, y que tanto tráfico tiene por lo general. No nos habían prohibido salir y, aun así, las calles estaban vacías. Los autobuses sólo hacían los trayectos indispensables para garantizar los servicios esenciales para la sociedad. Pero ¿qué era una función esencial para la sociedad? Yo no estaba segura de que la del escritor lo fuera. Los colegios permanecerían abiertos, dado que la estrategia sueca consistía en mantener abiertos todos los servicios posibles. El nuestro, sin embargo, había cerrado, pues parte del personal estaba enfermo y no podía descartarse que se hubieran contagiado los demás trabajadores. De modo que mis hijos estaban en casa. Decidimos llamar aquella situación *coronavacaciones*. Una mañana se pusieron a correr por el apartamento persiguiéndose y atizándose con trapos de cocina mojados. Yo estaba sentada en mi escritorio y los veía agazaparse al acecho con cara de excitada concentración, o atacar lanzando alocados aullidos, y su entusiasmo y la seriedad con que se tomaban el juego me provocaban tanta risa que sentía como si algo potente y desconocido me brotara por dentro.

—Mamá, ahora que tenemos *coronavacaciones* te ríes mucho —me dijo la más pequeña—. Creo que nunca te he visto reír tanto.

No le dije que la razón por la que me reía tanto era que pensaba mucho en la muerte. Creo que nunca he contado que pienso mucho en la muerte también en condiciones normales, pero le dije que me alegraba de poder estar en casa con ella y con sus hermanos; que ahora disponía-

mos de más tiempo, ya que, a causa del virus, había tenido que cancelar todos los viajes. Unos viajes que deseaba emprender, pero que obviamente también habían despertado en mí el sentimiento de no estar a la altura, el miedo a decepcionar a mis hijos por no poder estar con ellos y a decepcionar a mis lectores por estarlo, por no ser capaz de leer o de hablar de mi obra de un modo satisfactorio para ellos y también para mí. El alivio de tener que quedarme en casa me llenó de alegría, incluso de felicidad, aunque al mismo tiempo hacía que me preguntara qué clase de vida vivía en condiciones normales si tanto me animaba el hecho de quedarme en casa y sentir esa vida amenazada. Soñaba despierta en mudarme al campo con mi familia, y en cómo organizaríamos allí una nueva vida más sencilla. ¿Y qué clase de expectación impropia se me despertaba por dentro cada vez que ponía la radio o el televisor, o cuando miraba por la ventana y veía los barrios vacíos? Se me antojaba una suerte de victoria malévolamente sobre la fragilidad de las cosas el que todo pudiera cambiar tan rápido, el que todo se detuviera, ni más ni menos. El que nada de cuanto solía considerarse importantísimo lo fuera de verdad. Nadie salía a hacer la compra, nadie iba en coche, nadie asistía a reuniones de trabajo. ¿Sería la amargura que sentía por dentro, los malos pensamientos que me inspiraba el mundo exterior, que ahora afloraban libremente al ver la rapidez con la que ese mundo cambiaba? A diario leía declaraciones grandilocuentes de quienes veían en el virus la oposición de la naturaleza ante el modo en que la vida humana se había organizado en nuestra sociedad.

Con el tiempo todo se fue normalizando, pero mi agenda seguía casi vacía mientras que los medios de comunicación estaban llenos de noticias y análisis sobre cómo se propagaba el contagio por el mundo, y de debates sobre la estrategia sueca, distinta de la que seguían la mayoría de los países.

No era una preocupación incontrolada lo que me impulsaba, sino cierta fascinación, cierta curiosidad que me provocaba una suerte de cosquilleo prohibido, y tuve que reducir el consumo de noticias para poder trabajar. Decidí no permitirme escuchar la radio o poner en la tele los canales internacionales de noticias antes de las cuatro de la tarde y, por fuerte que fuera la tentación, bajo ningún concepto pensaba ponerme a escribir un *thriller* distópico sobre el virus o un artículo sobre la estrategia sueca, en lugar de seguir con la novela que tenía entre manos. ¿Qué sería de la literatura si todo empezara a tratar de ese tema exclusivamente?

Nuestro amigo murió a las seis semanas de pandemia. No sabía que estuviera enfermo. La tarde que falleció, me encontraba con una amiga en las lujosas tiendas departamentales del centro de Estocolmo. Tomamos té y hablamos de todo, casi con avidez y entusiasmo. Nos reímos de las ventajas de la distancia social, intercambiamos información sobre la inmunidad de rebaño y las visiones seudo filosóficas de la pandemia, hablamos de cuáles eran las funciones sociales básicas y cómo se valora una vida humana, de la protección de los ancianos, que parecía tener un precio bastante alto. ¿Les habían preguntado siquiera cuánto deseaban seguir viviendo? Con ese orgullo tan molesto de los suecos que adoran el modelo sueco, cuyo colapso ha quedado ahora de manifiesto en un sector público empobrecido, hablamos de nuestro sistema, que gobierna mediante instituciones nacionales independientes en lugar de mediante la autoridad política y, exactamente igual que a mí, también a ella le encantaba ver cómo los expertos de esas instituciones señalaban a diario su propio desconocimiento, y hasta qué punto podíamos hacerlo todo bien y, aun así, estar equivocados, puesto que se trataba de una amenaza nueva y desconocida: un virus y una enfermedad; y sin

embargo, entonces aún no habíamos tomado conciencia de que fuera así.

Por la tarde llegué a casa encantada de haber podido verla un rato, de todo lo que hablamos, de saberlo todo, de haberlo comprendido todo, de haber bromeado acerca de todo. Por la noche me embargó una sensación de fracaso absoluto. Los niños y yo seguíamos sentados a la mesa cuando mi marido apareció en la cocina y lo soltó sin más: su amigo había muerto. Me pareció simplemente como si su boca hubiera pronunciado aquellas palabras, nada más; y así lo siento todavía, como si lo único que hubiera pasado fuera que él movió los labios en ese momento. Nos levantamos los cuatro muy despacio y como mecánicamente, nos acercamos a él y nos quedamos un rato abrazados. Más tarde, la misma noche, seguíamos llorando. La mayor de nuestros hijos nos hacía preguntas, la pequeña trataba de hacer reír a su padre y nuestro hijo trataba de evitar todo lo que le trajera a la memoria el recuerdo de su amigo, del coronavirus, de la muerte. Yo le envié un sms a mi amiga.

Ahora, mientras escribo estas líneas, han transcurrido otras seis semanas. En general se ha citado la estrategia sueca como ejemplo, pero también ha recibido críticas y, en cierto modo, se ha corregido. No sé si ha sido por el paso del tiempo o porque la mortalidad nos ha arrebatado un amigo, pero mis ansias de conocer todo lo relacionado con el virus se aplacaron. Por otro lado, la pandemia tiene un componente tranquilizador. De pronto todas las miradas se dirigen a un centro que parece permanente, como si la conciencia colectiva fragmentaria y dividida sólo fuera un paréntesis. La pandemia incumbe a todos y afecta a todos los aspectos y disciplinas de la vida, y aún puedo sentir cierta satisfacción al comprobar cómo restringe la existencia. Es un privilegio

que mi vida se vea limitada de ese modo precisamente, que le recorten las partes salientes, en lugar de verse truncada con un abrupto punto final. Por lo menos no se acaba ahora, no se acaba hoy.

Últimamente he prestado particular atención a los síntomas. Hará una semana fui con mi hija pequeña a una manifestación de apoyo al movimiento Black Lives Matter. Las manifestaciones en las que todos gritan los mismos lemas y consignas me suscitan por lo general muchas dudas, pero ahora esas dudas habían adquirido otras dimensiones. ¿De verdad era necesario ir? No nos encontrábamos en la plaza donde se manifestaba mi hija mayor junto con cientos de jóvenes, sino arriba, en la balaustrada. Allá abajo la masa se movía ondulante como un mar de gente. Mi hija quería bajar, pero yo le dije que debíamos mantenernos a distancia. Poco después, me olvidé de todo. Oímos los discursos y los gritos, y nos acercamos. Ella se tapó los oídos. Las dos hincamos la rodilla en tierra, como los demás, en una nueva oleada de gente, muy cerca unos de otros. Por todos aquellos cuyo nombre habíamos oído alguna vez y también por aquellos cuyo nombre no conocíamos. ¿Era aquéllo una función social básica? Al día siguiente leí las críticas contra quienes estuvimos allí y pensé que las crisis capaces de unir a la gente rara vez la unen tanto como creemos. No logran borrar los conflictos.

La cuestión es qué cosas son necesarias para el ser humano. Ahora no me río tanto como al principio, pero quizá más que antes de la pandemia, a fin de cuentas. Me pregunto cómo será todo después, si es que hay un después para mí. Esta mañana me encontré con una persona, un hombre al que hacía muchos años que no veía, y cuando me preguntó cómo estaba le respondí que hacía años que no me encontraba tan bien, que es de lo más agradable que todo se haya detenido de este modo y que no me sea posible

hacer más de lo absolutamente necesario. Y que para mí casi todo sigue como siempre. Eso sí, le dije, hemos perdido a un amigo.

Traducción del sueco: Carmen Montes Cano

La medida de lo posible

Elisa Díaz Castelo

México, 30 de junio—

Cada mañana es la misma: trastes sucios y pájaros que se rompen de tanto canto y canto. La misma hora hueca y sin esquinas. Las cosas siguen iguales,

yo soy otra, totalmente distinta. Olvido cómo verme al espejo, pero sé de memoria cómo cambian las sombras sobre los adoquines.

Me lavo las manos veinte veces al día, con reducción de cloro sanitizo las cosas que toco con frecuencia. Años en cuarentena, salvándome la vida sin vivir

o casi. Cerraron las fronteras, cerraron las casas, nos encerramos a piedra y lodo y alcohol, algunas veces whisky, y nuestros días apestan

a detergente. Cuando nos preguntan cómo estamos respondemos que bien, en la medida de lo posible. Ahora existimos en esa salvedad,

a esa altura. ¿Cuánto mide lo posible? ¿Dónde queda? Por la tarde: estadísticas y horas ruido, minutos sin manecillas y hambre en soledad.

Hace unos días entrelacé mi mano izquierda con la derecha por miedo a olvidar cómo se siente tocar y ser tocada. A veces no tengo sombra.

El sol de la mañana me lastima. Tengo sus cortes. Los días pasan como cachorros ciegos. Alguien me llama y vuelvo, no hay nadie.

La noche es una tumba mal sellada. Mientras tanto en la pared el perfil de mis ancestros ríe y cada uno corresponde al amor del otro con olvido.

Me equivoco en el recuerdo de lo más importante y al final confirmo que nadie en ningún sitio, nadie nunca. Soy un animal que se pudre y sigue.

Cumplí años y pliegues, cumplí noches y noches de índice categórico. Vivo en la medida de lo posible.





BALCONES

A las ocho y veinte

Juan Aurelio Fernández Meza

Madrid— Al rato tengo una cita. Hemos quedado para ver una película; no será un estreno, pero no importa. Pensamos que estaría bien esperar a que los aplausos de las ocho terminen para encontrarnos. Tenemos ya la costumbre de unirnos al reconocimiento público de las personas que están dejándolo todo en los hospitales. Tan pronto como escuchamos las bocinas de los barcos que desde el puerto dan inicio a la ceremonia, interrumpimos lo que estamos haciendo y salimos a aplaudir al balcón. Todavía es de noche a esa hora, aunque ya mañana cambia el horario y podremos ver mejor los rostros de los vecinos. Hay muchos con los que jamás me había cruzado antes porque nuestros horarios no coincidían, por más que nuestros sueños, gemidos y charlas fuesen apenas distanciados por delgadas paredes.

Salir a aplaudir también nos permite recordar que existe un afuera. Sí, vamos al mercado y vemos caras conocidas, pero ya arrastran un talante hastiado por tanto miedo, por tanta incertidumbre. Cada vez se hace más difícil no regresar deprimido de hacer la compra. Ayer, mi amiga que vende pescado me dijo que la siguiente semana los barcos ya no zarparían y que, por lo tanto, no sabía si abriría el puesto. Al parecer, un integrante de las cofradías de la costa de Barcelona dio positivo y los demás pescadores dejaron de trabajar. Ella espera poder conseguir producto en Tarragona o algún otro puerto, pero no lo tiene claro. En general nadie lo tiene claro y todo parece romperse. Siento que muchos en este país se olvidaron de la fragilidad como algo cotidiano.

Estando así de hostil la calle, la reunión de las ocho de la noche es un aliento para todos. No es que cada uno de los que sale a su balcón irradie felicidad, pero al menos tienen el pecho hinchado, recordando que en otros lados de la

ciudad los pulmones colapsan y que, quizá, todavía hay una sociedad por la cual luchar. Puede ser que cuando esto acabe tal esperanza se desvanezca y hasta parezca absurda, pero ahora los aplausos a los trabajadores de los hospitales, a los enfermos y a cada persona que está padeciendo en carne o sangre propia la pandemia, son una forma de reanimación a nosotros mismos.

Por eso decidimos que la ida al cine no se cruzara con ese momento del día. Katya me propuso que, luego de aplaudir y antes del filme, nos tomáramos algo, así que fui por las maletas que tengo guardadas como matrioshkas debajo de la cama y saqué de la más pequeña la botella de mezcal que había reservado para cuando defendiera mi tesis. Ahora que el desplazamiento se nos ha prohibido y, por lo tanto, que el tiempo del mundo se ha suspendido, no sé si el futuro económico vaya a dar para continuar con mi investigación, así que mejor redefinir el motivo de la botella.

Espero que a Katya le guste el mezcal porque, si no, habrá que bajar a alguna de las tiendas abiertas, lo que significaría ponerse la ropa que usamos para salir, acorazar las manos con los guantes, reservar el tapabocas en el bolso, meter los geles desinfectantes, guardar el documento oficial que permite nuestras breves salidas a la calle y demás pasos del ritual antiséptico que hemos adoptado. Sería retrasar todo el plan y todavía tengo que bañarme y arreglarme antes de la hora de los aplausos. Aproveché para sacar de las maletas mi camisa más elegante, aunque dejé adentro el pantalón que le hace juego porque dudo que a estas alturas del confinamiento me cierre; el claustro me salvará del virus pero no de la obesidad.

Me preocupa que hoy nos bañemos los dos porque eso va a implicar un gasto de gas no contemplado en el programa de ahorro que implementamos luego de que a ella se le

complicaran las cosas en el trabajo. No sabemos si la siguiente nómina le va a llegar completa o, incluso, si le va a llegar. Yo, como quiera, tengo asignada la beca, pero tampoco sé qué vaya a pasar después de septiembre y, pues, no se vislumbra un horizonte prometedor para el financiamiento de las humanidades. Hoy vino una vecina uruguaya a pedirnos que firmáramos una petición para que la administración del edificio nos reduzca temporalmente el alquiler a todos los inquilinos. A ella le recortaron el salario y nos dijo que a otros ya los despidieron. Me pregunto qué pensarán tantas personas desahuciadas luego del 2008 ahora que la carestía sí es exculpada por los bancos y el Estado.

Pero hoy no quisiera seguir pensando en todo esto que nos está pasando. Hemos decidido celebrar lo que puede ser celebrado y por eso brindaremos e iremos al cine. Quedamos a las 20:20 horas en la esquina de la sala con la cocina. Voy a prepararme ya porque me he acostumbrado a negarle a los locales el placer de decir que los mexicanos llegamos siempre tarde a las citas. Además, antes tengo que ver en qué página se puede alquilar *Perfect Sense*, la película que hemos elegido para esta noche.

Encierro

David Villanueva

México— El encierro siempre había sido una opción. De hecho, casi siempre era la primera opción. El encierro era la mejor alternativa para disimular la timidez, la inseguridad y las pocas habilidades sociales que pudieran ser expuestas en cualquier reunión con algunos rostros ajenos a mi confianza. Nunca me ha sido raro el encierro, lo que ahora enrarece mi ánimo es la vida pausada de los de afuera.

De un día para otro los pasos rutinarios de mi calle se detuvieron para dar lugar a otros, escasos, urgentes, distantes, que sólo anhelan la seguridad de una puerta que simboliza la esperanza de no ser contagiados por no sabemos qué cosa. Son pasos que solo transcurren, pero no andan, no dejan huella, no quieren dejarla.

Algunos pasos no se detuvieron, no se han enterado quizás o quizás prefieren no darse por enterados. Esos pasos son los más largos, los que caminan sin descanso entre los inviernos, soles y aguaceros, esos pasos aún se escuchan, aunque en estos días se han hecho molestos para los que se quedaron quietos. Es cierto: el hambre no puede esperar hasta abril y menos hasta agosto. Pocas veces he visto con tal claridad el privilegio de no estar sobreviviendo.

El caso es que ahora el encierro sabe distinto. Puede ser el egoísmo a compartir algo que creí exclusivo o también el miedo a no tener alternativas, esas que en otros días siempre están al acecho, esas manos dispuestas a tomarme a cualquier hora para invitarme a la vida. Esa salvación que a veces llega en unas palabras, en una llamada, en una botella o en unos labios que no deben tener nombre. Porque hay que decirlo, el encierro como ahora, no siempre es voluntario.

Mis encierros no siempre son buenos. Mi celda deja su encanto y muestra su censura, su pequeñez frente a un mundo que está pasando. Hay días que el que mira las paredes es otro, tal vez el yo verdadero; el que lamenta tanto amor por unas letras que atrapan, el que susurra que quemará los libros, el que invita a ser valiente y dejar de jugar al literato frustrado, el que busca por lo menos casas verdes y pies dorados, el que pide a gritos salir, el que odia las madrugadas sin ruido, el que se calla después de seis horas, cinco copas y cuatro besos.

Lo bueno es que esos días son los menos. Todo depende del ánimo, eso cambia los sabores del encierro. A veces éste

sabe a actitudes burdamente superiores y hasta con tufos intelectuales, a veces sabe a descansos merecidos por un día de vida, a veces a un ascetismo amateur que no sabe durar, pero a veces son infiernos, son túneles sabatistas que parecen sumirnos en una vida alterna sin otra posibilidad que la de ser un espectador de otras vidas. Ese es el sabor de este encierro. Pareciera que ahora muchos estamos de este lado del túnel, pero sin espectáculo de los de afuera, no existen por ahora.

Hoy comparto el ansia de que esto acabe. Mis padres son mi principal argumento. Anhele el día que la rutina vuelva a ser el signo distintivo de mis amigos, de mis vecinos, el mío. Anhele el día en que todos se vuelvan a abrazar, a besar, a tomarse de las manos, el día que los pasos resuenen tranquilos como en el reciente enero, que algunos de esos pasos me dicten un cuento para seguir jugando. Anhele volver a ver todo eso desde mi encierro.

Fragmentos desde el encierro

Gabriela Ardila Chausse

México— No quiero hablar del encierro, llevo días negándome. Parece absurdo dedicarle mis palabras. ¿Qué palabras? Como si tuviera algo que decir, como si más de la mitad del mundo no estuviera ya diciendo. ¿Qué tengo que agregar? ¿Qué digo? Nada, no hay nada. Pero el encierro me ronda, me instiga, di algo, di(me) algo.

*

Dice Beckett: “La expresión de que no hay nada que expresar, nada con qué expresar, nada desde dónde expresar, ninguna capacidad para expresar, ningún deseo de expresar,

junto con la obligación de expresar”. Vaya absurdo, todos gritamos y la única respuesta es el silencio irrazonable del mundo.

*

En México vivimos “Esperando a Gatell”, santo patrón de nuestras noches. Tenemos lo que nos ha dado por llamar *La novela de las 7*. El pueblo se detiene y escucha, atentamente, la cantidad de infectados, la cantidad de sospechosos y la cantidad de muertos, seguidas de un *Quédate en casa, quédate en casa, quédate en casa*. Y eso hacemos algunos, dejar resonando las palabras en nuestra conciencia, y quedarnos en casa.

*

Por primera vez el mensaje bélico es cierto: *el otro* es peligroso, cuidado con tus deseos, eres *el otro* de alguien más.

*

La peste hecha carne humana, propagamos enfermedad y muerte tan sólo con salir de casa (y algunos todavía salen).

*

Leí: “Nos toca inventar otro afuera” y me hizo pensar en las palabras de Belén Bermejo: “Ya no tenemos el mar, pero tenemos voz para inventarlo”, eso nos queda hoy: las palabras.

*

Parece como si en estos días nuestro delito mayor fuera existir. Como dijo Calderón de la Barca: “El delito mayor del hombre es haber nacido”, necesitamos cumplir en vida con un segundo nacimiento, el definitivo, que implica un largo proceso de búsqueda y conocimiento de sí que sólo

concluye con la muerte. La humanidad necesita redimirse, pero no podemos redimir algo que está mal desde el principio, debe ser destruida totalmente.

*

Hace más de un siglo que rompimos con Dios, una relación que nuestros tiempos denominarían *tóxica*. Como toda ruptura de esa índole, fue violenta, destructiva y condenó nuestra existencia. Decidimos suplantar a ese Dios que nos abandonó y tomamos en nuestras manos el destino de la raza humana. Pero elegimos la guerra y la muerte, y nuestro cansado, juzgado y destruido espíritu aceptó esto como prueba irrefutable del abandono de Dios. Así perdimos nuestra identidad, nuestra razón de ser, dejamos de poder afirmarnos como un *yo*. Este hueco dejado por Dios se convierte en nada y desencadena la búsqueda fallida del hombre moderno para encontrar el modo de llenarlo. La nada que a pesar de todo es y será siempre, y que se resiste a tener una definición concreta.

*

Hoy en día le demostramos al mundo que *somos* escribiendo y sacando fotos, la imagen y la palabra son deformaciones de nuestro *yo*. ¿Dónde está nuestro *yo*? ¿Quién es *yo*?

*

Todos conocemos la historia de Narciso y Eco, pero existe otra versión: Pan, envidioso del amor de Eco por Narciso, la manda a hacer pedazos y la esparce por toda la Tierra, así que sólo queda de ella su voz resonando en el mundo. Somos nuestra voz, esa que estamos haciendo resonar en los aparatos electrónicos. Cada día somos menos seres, más voces, más presencias.

*

El afuera, ese que ya no podemos visitar, nos impide escapar de nosotros mismos, nos somete físicamente a encontrarnos.

Nuestras palabras nos definen más que nunca, ¿realmente tenemos algo que decir?

*

Vivimos en un mundo en el que Godot nunca llega y todos somos Vladimir preguntándonos ¿qué hacemos aquí? ¿Qué hacemos aquí, frente a nuestras computadoras, mientras al mundo de afuera sigue sin importarle nuestra ausencia?

*

Lo único que no ha podido quitarnos la pandemia es la voz (aunque hay gente que debería elegir el silencio), una voz que sólo puede seguir hablando de lo intocable: de sí misma. Quizá por eso todo lo que leemos parece tan egocéntrico. ¿De qué hablo si no es de mí? ¿De qué hablo?

*

Las palabras como símbolos de la fragilidad convertidos en cimientos indestructibles, dirá Cioran.

*

En *Textos para nada* Beckett afirma: “Suerte que ha fracasado, que nada ha empezado, nunca hubo nada más que nunca y nada, es una verdadera suerte, nada nunca, más que palabras muertas”, tenemos una fascinación inútil por las palabras.

*

No dejo de pensar en Beckett, el absurdo, la espera, su primer personaje: Belacqua, nombre que toma de la *Divina*

comedia, castigado por perezoso a las puertas del purgatorio, como un personaje de Kafka, esperando a que el ángel lo deje pasar. Cuando es cuestionado, Belacqua justifica su haraganería citando a Aristóteles: “Sentado y en reposo el espíritu se hace más sabio”. Pero este tiempo nos pide incansablemente que nos movamos, que aprendamos chino, bailemos ballet, leamos a Joyce. ¿Por qué no podemos ser la espera, la eterna y la constante espera? ¿De qué?, no puedo saberlo, intuyo que de la muerte.

*

Estamos solos y en nuestra soledad reflexionamos, nos atenemos a nuestra condición humana, pero estamos inconformes e incómodos con ella, somos expulsados sociales y, aunque siempre renegamos de la sociedad, necesitamos de un mínimo acercamiento con ella para seguir vivos.

*

El encierro son los otros, ¿o cómo era?

*

El silencio nunca llega, nuestras discusiones con nosotros mismos y con los demás son dialécticamente imperfectas, en ellas toda síntesis parece excluirse *a priori*. La síntesis es la conclusión, el fin último e irrefutable de un proceso dialéctico, la síntesis como momento del silencio, donde ya nada puede ser dicho, donde nada puede añadirse, pues ya no queda nada que decir. La síntesis sería la llegada de Godot o la muerte. La ausencia de síntesis es la ausencia de tesis, ni tesis ni antítesis aparecen en la dialéctica de este encierro, de esta pandemia, no sabemos nada de ella. Solamente naderías que ocupan nuestros diálogos, infinitas palabras sin ton ni son que nos dirigimos unos a otros.

*

Todo parece estarse destruyendo, es cierto, pero la destrucción no es total, siempre queda algo, ya sea la duda sobre nuestra propia muerte, la promesa de volver en algún momento al mismo sitio al que antes fuimos, o la certeza de despertar al día siguiente y retomar esta nueva y extraña rutina.

*

Yo no quería hablar del encierro, el encierro quiso hablar de mí.

Más de cuarenta días

Luz Ángela Cardona

New Haven, 15 de abril— ¡Que no es un curso de verano!

Pero qué ansias de salir con las manos llenas de las habilidades específicas para ese mundo nuevo que tendremos al salir. Habrá que trabajar. Seguirá existiendo el dinero como moneda de cambio, ¿no? Si alguien tiene información diferente, ¡que dé un paso al frente! Explíquelo todo.

Que es un drama, una pandemia ¡No es un curso de verano!

No hay que salir haciendo nada nuevo: podemos sentirnos mal, tristes y deprimidos. Decaídos y con miedo. El mundo no espera nada de nosotros. No espera ni siquiera que nos levantemos en armas para tender la cama. Que el tiempo pasa y no hay que hacer nada más de lo que ya hacemos.

El trabajo en casa se duplica. Hay que trabajar, criar y construir lo doméstico. Si sobrevivimos a esto, nos daremos una medalla. Sí, nos daremos. Cada quien. Nadie aplaudirá que todo se hizo pesado. Como mucho, nos consideraremos mutuamente. Entre iguales. Como siempre.

¡Todo será nuevo! Dicen que todo será nuevo.

Los mercados, los besos, los abrazos. Habrá más solidaridad, más amor, más empatía, más ... más ... más...

No cambiará nada, replican. Todo seguirá la misma ruta y ritmo que llevábamos.

Seremos los mismos, en los mismos caminos y con las mismas cargas y banalidades.

Olvidaremos la desgracia, dice el experto. Así es cuando nos pasan cosas traumáticas.

¿Quién quiere recordar con el paso de las horas, de los días y de los años la tragedia que hemos pasado?

¡Es una conspiración progresista! Para imponer las agendas de la izquierda.

Quieren acabar con el mercado, emprenderán una nueva revolución.

¡Es una conspiración autoritaria! El control de la vida y sobre cada quién.

Todo fue pensando para arrancarnos lo poco que teníamos, la luchas en curso, la movilidad, la libertad.

¡El Estado ya no sirve! Que actúe el Estado. Más Estado, dicen. Menos Estado, replican.

Los médicos mueren de fatiga. Lo médicos mueren por el virus. Los médicos son héroes.

¡Más Estado que resuelva! Menos Estado, replican. Y viceversa. Como en un *loop*.

El Estado, los Estados, fingen cordura. Fingen que saben lo que hacen. Controlan, limitan, reparten, distribuyen. Se retrasan. Se niegan a creer.

¿Cuántos muertos son muchos muertos?

Igual o más que los que mueren de hambre cada año.

No, no... más que los que murieron en la Segunda Guerra Mundial.

No, no ... más que los que se ahogan cruzando el Mediterráneo.

¡No! Más que los que mueren en la frontera.

¡Nooo! Más que los que han desaparecido.

Ya nadie sabe a partir de cuántos muertos hay muchos muertos.

Afuera la lucha es comer o enfermar.

Adentro es producir o morir de aburrimiento.

Arriba, presumir los bosques del patio trasero.

Que China está en el *top*. Que Italia le rebasa. Que España va detrás. Que cae China, que sube Italia, que cae España. Que se pone en primer lugar Estados Unidos ¿Subestimaron las cifras? Mueren menos de los estimados. Mueren más de los esperados.

El perfil de enfermedades previas traza una línea de vulnerabilidad. La desigualdad no sólo es por ingreso. Que sin son más afrodescendientes que latinos; más viejos que niños; más enfermos crónicos que sanos.

Los pobres primero, ¿los pensionados? ¿Los artistas? ¿Los profesionistas por contrato? ¿Los endeudados? ¿Los que tienen patrimonio pero hace años viven al día? ¿Los subcontratados?

¿Cómo dicen que se mide la pobreza? Que si el ingreso, que si la casa, que si el acceso a salud, que si tener seguridad social.

¿El hambre? Si el hambre es la medida, preguntemos: ¿quién come caliente y balanceado esta noche?

La cajera, el chofer, la cocinera, el barrendero, el obrero, el campesino. Temen. Sí que temen. El que paga diario la cama. El que vive en la calle. La señora de las quesadillas. La hierbatera. El lustrabotas. Temen. Sí que temen. Su hambre es el coraje.

Las reuniones, las clases, las entrevistas, las fiestas, los conciertos. Todo es virtual ahora ¿Seguiremos así? Coger,

visitar, conversar. Todo es virtual: ¿volveremos a vernos?
¿Nos abrazaremos?

¡Que vivan los salarios!

¡Abajo la corrupción!

¡Que vivan las enfermeras!

¡Abajo los políticos!

¡Que vivan los pacientes!

¡Abajo la privatización!

¡Que paguen sus impuestos!

¡Que se acabe la cuarentena!

Que podamos inhalar y exhalar después de esto.

Inhalar y exhalar.

Inhalar y exhalar.

Último viaje

G. Jaramillo Rojas

1

Medellín— Debo ir a Medellín. No sale un solo vuelo a tiempo. Lo único divertido es ver a la gente con tapabocas. Por lo menos así se limpia el aire de tanto mal aliento. Por lo menos así el silencio parece reinar y no se escucha toda esa bazofia narcoparamilitar clasemediera ni las ínfulas clasistas y obtusas de los nuevos ricos. Estornudar es un privilegio: es como hacerse de una burbuja que no sólo acelera los cargantes filtros aeroportuarios, sino que también impide que te toquen, incluso en las multitudes y así, sin darte cuenta, te vuelves objeto de trato preferencial: un jugo de naranja gratis, me dieron, pero ya me hicieron mala cara cuando les pedí completar el apoyo a mis macilentas defensas con un croissant.

2

En Medellín no pasa nada extraordinario. Nadie parece estar al tanto de la paranoia, esa bogotana. El valle, como siempre, huele a esmog, frituras y porro. Las mujeres más jóvenes, macizas y epicúreas, siguen su ya acostumbrado guion de fábula fitness. Por su parte, los hombres jóvenes permanecen inmersos en ese reggaetón en el que se les convirtió la vida, con sus respectivas gorras visera plana y cadenas y relojes de kilo. Yo ya vengo con el chip de la demencia. Camino por el centro pensando en la palabra pandemia. Pan-de-mi-a. Pan de mí a... todos ustedes. Es el cuerpo de cristo ¿no? Hallo un sentido concreto a la infección, a la toxina invisible. De repente alguien estornuda en la calle Junín. Cinco veces. La cuadra entera se paraliza ante el escándalo descomunal que termina con ojos rojos y manos restregando los mocos en la carraspera de un poste de luz. Aunque soy un escéptico consagrado, algo en mi cabeza ruge como la chimenea de un barco: contagio. Para olvidar la escena, apresuro mi paso al Parque de los Periodistas. Compró aguardiente y me siento en medio de la muchedumbre que tanto se parece a mí. Ningún virus puede entrarle a uno cuando se lleva puesta una borrachera de aguardiente.

3

Amigos llegan de Santa Marta. Ponemos punto de encuentro. La verdad es que los tapabocas no maridan muy bien con el calor. Puede ser que esta sea la razón por la cual nadie, en esta ciudad, los lleva puestos. Acertijo resuelto. Mis amigos me dicen que en su vuelo venían dos hombres orientales. Silencio. ¿Pero eran chinos? Pregunto. Sí. Tenían los ojos rasgados. Responden. Vamos a un restaurante y ellos se lavan rigurosamente manos, brazos y rostros. Exagerados. Me piden que haga lo mismo. Lo hago, pero no

exagero. En el noticiero del mediodía la palabra que me hostiga, escrita y rutilante, en amarillo en rojo en verde, y dicha, repetida y recalcada por una veintena de voces: pandemia. Almorzamos repasando la paranoia de mis amigos: cada movimiento por parte de los hombres orientales fue detallado, desmenuzado y analizado. Alguien dijo que la palidez de uno de ellos le parecía sospechosa. Que las ojeras del otro también. Antes de abandonar el restaurante les digo: me parece que dramatizan, los tipos podían ser colombianos de ascendencia japonesa o coreana. No, eran chinos. Aseguran. ¿Cómo saben, los escucharon hablar? No, pero eran chinos. Insisten. ¿Cómo putas lo saben? Subrayo. A ver: olían mal, a podrido, como a sopa de murciélago.

4

La vida no es más que esto, chiques. Dice Jero, con una copa de aguardiente en la mano derecha, mientras con la izquierda nos señala a todos, uno por uno. Después sigue hablando, emocionado, sobre el incalculable valor de la amistad y la cofradía. De un momento a otro le surge un poderoso y seco tosido. Lo ataja con su puño derecho. La copita de aguardiente sale a volar. En silencio todos descubrimos que tiene razón. Que la vida no es más que funesta soledad.

5

En el barrio Antioquia, despensa narcótica de Medellín, un gringo meloso quiere comprar cocaína y el vendedor (primera persona que veo con tapabocas desde que llegué) le grita “*don't touch me, stay away, ¿how many grams do you want?*” El mismo tipo me atiende. Yo guardo distancia. Conmigo es más amable e incluso intenta tirarme conversación mientras organiza la transa. Hay que cuidarse de esa plaga sucia que viene de afuera, me dice. Sí, claro, hay

que cuidarse, le respondo, pensando en por qué carajos no llevo tapabocas. El tipo cierra, fenomenal: usted no es de acá ¿cierto?

6

Mi teléfono se quedó sin batería. Pasamos la tarde en una fonda tradicional del Barrio Buenos Aires, la primera parte de la noche en un granero de Carlos E. Restrepo y rematamos hasta la madrugada en un bar de Provenza. La vida cotidiana sigue su curso normal, sin alteraciones: la gente en las calles, copando todo tipo de comercios, abrazándose, besándose, pasándose cigarrillos y bebiendo de los mismos vasos. Cuando vuelvo al departamento y conecto mi teléfono choco con la realidad, esa realidad que, parece, ha superado irremediablemente a la ficción. De la ducha me sacan obligado.

7

El vuelo de vuelta a Bogotá se retrasa cuatro horas. Cuando era chico mi madre me decía: al que no le gusta la sopa, se le dan dos tazas. De algo estoy seguro, una sola cosa: actuamos por miedo. Los miedos y los peligros se manipulan y es así como se mueve esta triste humanidad.

La voz pública en tiempos del covid-19

Andrea Ruiz González

México— El nuevo virus bautizado covid-19 está funcionando a nivel mundial como un espejo al mostrarnos el tipo de sociedades en las que “funcionamos”. Se han esclarecido de forma incontenible los déficits de las soberanías neoliberales, así como la precariedad y la adversidad a las que la mayoría

de las poblaciones está sometida. Recientemente se han revelado de forma explícita las *necropolíticas* mundiales, en las cuales, de acuerdo con Achille Mbembe, los Estados se adjudican el derecho de decidir quién vive y quién no, a través de políticas que seleccionan y encasillan a una masa poblacional dentro de un marco de protección, haciendo a un lado a la otredad que al mismo tiempo es arrojada a la más compleja violencia. Bien se señala en el libro *Una vida en resiliencia, el arte de vivir en peligro* que la nueva cara de las instituciones liberales del siglo XXI postula la resiliencia como la propiedad fundamental que deben poseer las sociedades actuales. La posibilidad de vivir sin peligro se esfumó por completo, si es que algún día existió. El actual eslogan del sistema liberal dice: sálvese el que tenga mejores capacidades para adaptarse a un sistema violento y complejo, en el que es evidente que hay un sector social completamente desprotegido al que se le exigen niveles de resiliencia inhumanos.

En el marco de la actual pandemia y las recientes reflexiones de tinte izquierdista de algunos intelectuales contemporáneos, se han marcado —a muy grandes rasgos— dos posturas antagónicas. Por un lado, están las que pronostican, en un tono esperanzador, que el virus creará un terreno fértil para pensar en otras formas de vida fuera del modelo neoliberal, lo que nos lleva a pensar en una sociedad alternativa que nos sacará del ritmo hiperacelerado y de consumo que, quizá, nos pueda llevar hacia la solidaridad y la confianza colectiva, regresando la igualdad al centro de la escena. Por el otro, están los que visualizan un mundo atrofiado que se frena para estancarse aún más en una aguda violencia en la que el modelo neoliberal junto a políticas nacionalistas sale beneficiado, apoyado en la vigilancia y eficacia de la *Big Data*, pues no hay duda, sino bastantes pruebas, de que el sistema se adapta de forma

pronta y provechosa a los conflictos económicos, sociales y políticos. Esta adaptación abre un peligroso panorama global para que terminemos en la más descarada, y ahora justificada, segregación.

La historia de la modernidad se ha caracterizado por construir un rechazo hacia la diversidad humana y la otredad, si hoy abrazamos impetuosamente este rechazo nos puede llevar hacia una de las más agudas desigualdades sociales de los últimos tiempos, esto no sólo nos transgrede como seres políticos, sino que también rompe con nuestra naturaleza misma; como señala Ernest Gellner, el rasgo verdaderamente esencial de lo que llamamos la sociedad humana es su asombrosa diversidad. Ahora, las dos líneas de reflexión anteriores se unen en tanto que ambas abordan la presencia de la hiperconectividad tecnológica y la vigilancia digital que actualmente tienen su auge en países de oriente como una extensión de políticas autoritarias de control social, así como también señalan la posible degeneración de las relaciones entre las personas y la vigente inmovilidad social que vivimos como parte del confinamiento obligado.

El encierro al que estamos sujetos representa un verdadero peligro para todos aquellos que vivimos bajo este sistema. Para entender la problemática hay que remontarnos al momento en el que se fundó y que además marca el inicio a la historia política moderna a finales del siglo XVIII. El teórico John Dunn menciona que los fundadores del gobierno representativo, a quienes llama “partidarios del egoísmo”, no reconocían en un principio la democracia como un agregado valioso para su sistema político; sin embargo, los líderes entendieron muy bien la fuerza que esta palabra tenía en la sociedad, por lo que se apropiaron del término y lo aprovecharon sólo como una ideología que refiere a la igualdad, ya que en acción, la democracia

es evidentemente limitada. Así fue como se instauró una forma de pensar más no una forma de actuar.

Las sociedades modernas con democracias representativas se basan en que gobernantes y gobernados están completamente separados, no existe ningún vínculo directo del pueblo para la autogestión de leyes, ya que el modelo representativo surge en el contexto de las sociedades altamente industrializadas en las que el capitalismo exige poblaciones de producción eficiente, por lo que la gente no tiene tiempo de relacionarse en la política, para eso están los representantes. Este exitoso sistema —del que la mayoría global formamos parte— deja mucho que desear en cuanto a que no hay un proceso sistemático-legal en el que los ciudadanos puedan involucrarse y mostrar inconformidad para exigir un cambio en las leyes que les atañen. La única posibilidad permitida por el sistema es la libertad de expresión pública; si las formas de gobierno no las satisfacen, las sociedades están en su total derecho de manifestarse. Ésta es la forma en la que la voz del pueblo llega a los gobernantes, no hay otra vía.

El teórico Bernard Manin explica que esta manifestación es una función clave e indispensable para llamar la atención de los gobernantes, sobre todo, para conectar a los gobernados entre sí, ya que mientras más voces suenen en relación con una misma inconformidad, mayor será el incentivo para que los gobernantes tomen en cuenta esta opinión pública y hagan algo al respecto. Basta revisar la historia de los movimientos sociales para entender la fuerza que esta acción puede llegar a tomar; sólo hay que observar hoy en día qué tan recurrentes son las manifestaciones a nivel global para comprender cómo es un medio de vigencia absoluta y además de necesario, efectivo.

Una vez entendida esta relación, y al situarnos en la emergencia sanitaria actual bajo la medida del resguardo

social, se vuelve pertinente cuestionar: ¿Qué pasa cuando la única forma que teníamos de exigir nuestros derechos se disuelve y deja de ser una posibilidad tangible? ¿Cuál es el futuro de las manifestaciones sociales? ¿Nosotros los gobernados nos quedamos sin voz pública? La respuesta es que más que inexistente ahora esta voz está literalmente contenida, abandonó las calles; el espacio en donde se materializaba su fuerza principal no existe en el terreno digital. El filósofo Paul B. Preciado nos dice que el gobierno nos invita a encerrarnos y que todos sabemos que más bien nos llama a descolectivizarnos, por lo que es necesario inventar novedosas estrategias de emancipación social apegadas a una sociedad que de aquí en adelante se caracterizará por su dimensión digital y su presencia mediática-cibernética.

Habrà que relocalizar la fuerza de la voz pública e identificar en el mismo tono de emergencia las posibilidades de defender nuestra única forma de exigir un cambio: la libertad de expresión-presión frente a quienes nos gobiernan. O tal vez sea la hora de que esta voz mute en proyectos de autogestión social como la, quizá, única alternativa de resistencia.

Este texto es una invitación a que no soltemos nuestra voz pública dentro de la crisis actual, no sólo es necesario reconfigurar las prácticas cotidianas sino que además, hay que replantear nuestro quehacer como seres políticos y reasignarnos un lugar frente a la potencial descolectivización que presenciamos hoy en día. Esta reflexión se vuelve un deber social y sobre todo, es una labor de sobrevivencia.

Un refugio durante la pandemia

Gema Mateo

México— Cada mañana al abrir los ojos trato de recordar si esto fue un momento extraño por el que atravesamos todos como humanidad, si fue un episodio lejano de la historia que le sucedió a otras generaciones y que ahora sólo vemos como un recuerdo, pero no: esto es real.

Es abril del 2020 y ha pasado aproximadamente un mes en México desde que se declaró cuarentena para detener el esparcimiento del covid-19. Las autoridades han manifestado que esta contingencia se extenderá hasta el 30 de mayo. ¿Otro mes? Así es, cuatro semanas más que estaremos confinados en nuestro hogar.

La verdad es que estoy agradecida de poder decir que me encuentro en mi refugio, el que construí con mi familia. Agradezco tanto porque puedo, realmente puedo, quedarme en casa sin sofocarme. Este hogar en el que las paredes cuentan memorias alegres, en donde encuentro espacios de paz y tapices que acompaño con melodías diarias. Me siento infinitamente segura aquí, más allá de la inquietud que provoca haber leído durante todo el día noticias de cómo avanza el virus, de que los horarios estén fuera de control o de que el insomnio tenga lugar algún día o dos, sigo agradeciendo por estar en este refugio.

Porque entonces nada de esos desajustes toma importancia cuando pienso en que no todas las personas en México cuentan con un refugio durante la cuarentena; niñas y niños que sufren, en su misma casa, de maltrato, de indiferencia o de abandono, porque sus padres tienen que salir todo el día para poder obtener alguna ganancia,

ya que tienen un empleo informal y no cuentan con un salario fijo. Mujeres y adolescentes que en su propio hogar fueron violentadas y atacadas, cuando todo lo que hacían era seguir la regla de quedarse en casa.

Lunes. Leo las notas de temas que quedaron en segundo lugar de la agenda pública ante el avance de la pandemia en más estados del país. Me doy cuenta de que ese avance también significa que los grupos en situación de vulnerabilidad tienen el doble de riesgo de contraer la enfermedad, y representan el mayor porcentaje que será ignorado por el resto de la población que se encuentra en una situación privilegiada.

La indiferencia es la génesis de cualquier problema, por eso no puedo ser indiferente, tengo que escribirlo, contarlo, difundirlo y apoyar, seguir sumándome a causas que velan por los derechos de los grupos más marginados.

Este martes me acosté sin mucho ánimo para revisar las redes sociales, pero de repente llegó a mí una imagen que me causó nostalgia. Así que entré a Facebook, tratando de olvidar esa sombra imprecisa, y encontré un artículo de la revista *Nexos* que aborda la situación de las poblaciones callejeras durante esta cuarentena.

La nostalgia se convirtió en tristeza, pero después de unos minutos creció en certeza para escribir estas líneas, al menos mis pensamientos encontrarían una salida a los rincones de mi mente. No sé si tendrá sentido para alguien más, pero no quiero olvidarme de todos aquellos que no cuentan con un refugio durante la pandemia.

“Vivo aquí. En la calle”, son los testimonios de las personas entrevistadas en dicho artículo. Ellos tienen al cielo como vigía y al asfalto como cobertor, algunos expresan que si antes no los veían, ahora menos. Incluso, dicen que si encuentran a alguna persona que llega a salir para realizar sus compras, ésta se desvía de su encuentro.

Ellas y ellos, que han hecho de las calles su morada, son olvidados por la sociedad, pero el virus no tendrá reparo en su presencia. ¿Nos ha rebasado tanto que, si antes no mirábamos a quienes más lo necesitan, ahora las posibilidades son nulas? “La pandemia ha revelado deficiencias de nuestro sistema económico y de nuestra forma de vivir en sociedad”, escriben los periodistas en *Nexos*.

Sé que no tengo las respuestas, pero sí decido no voltear la mirada. Decido agradecer y crear redes de comunidad para poder ayudar en el entorno inmediato. Es jueves y el cielo está nublado. El pronóstico de tiempo indica probabilidad de lluvia, vuelvo a agradecer, con un velo de tristeza en mi rostro, esa tristeza que no es mía, es por alguien más, por ellos, quienes observan el cielo al dormir. Es por quienes, precisamente, no pueden dormir porque están vigilantes de los monstruos que cruzan su puerta y por quienes no pueden permanecer en su mente porque les aterra.

Cada mañana abro los ojos y agradezco por este refugio durante la pandemia. ¿Cuál es el tuyo?

Juntos en casa

Claudia Incháustegui López

Chiclayo, Perú— En mi cuadra se dejó de aplaudir el día en que nos enteramos del primer muerto en Lambayeque. No nos imaginamos que semanas después nos convertiríamos en la región con mayor cantidad de contagiados y fallecidos después de Lima. El miedo se evidenció a través del silencio permanente en el edificio donde vivo con mi pareja y mi bebé de tres meses de nacido. Cuanto más aterradoras eran las noticias por la tele, más a salvo nos sentíamos al quedarnos en casa.

Es distinto acostumbrarse al encierro por un trabajo en las profundidades del Perú, que a un claustro en la ciudad donde celebras con libertad y que ahora vive un contexto en el que tocar al otro podría ser mortal. Qué frágiles somos. Un día estamos viajando como locos y, al otro, podríamos ser una materia inerte que será cremada en solitario, sin los suyos y nada de lo que se haya conseguido en vida tendrá sentido.

Para ser sincera, mi cuarentena empezó en enero, con mi post parto, estrenándome como madre y sin saber qué rayos hacer con esa criatura que había salido de mi vientre. Esperé llegar con vida al fin de mis 40 días de puerperio, etapa de la que muy poco se habla porque involucra cambios de todo tipo. Sin embargo, cumplido ese plazo comencé a hacer lo mío: buscar historias, prepararme para regresar a las aulas y compartir mi rol de profesora y mamá. Celebraba el por fin sentirme como la madre de Tadeo. Era muy feliz, hasta que apareció esto.

Los primeros días de aislamiento fueron llevaderos. Con D compartimos los cuidados del bebé, nos turnamos en la desinfección de casa. Él disfrutaba con nuestro pequeño y yo pensaba que ésta era la primera vez que me alejaba de forma tan abrupta de mis padres y mi hermana, sobre todo por una circunstancia que no fuera un viaje. Los tres son población altamente vulnerable y no fue fácil lidiar con la distancia social, sabía lo temerosos que estaban, que cada uno asumió a su modo esta cuarentena y hallé en las videollamadas por WhatsApp la solución para hacerlos felices viendo al bebé.

A medida que las semanas pasaban, el número de muertos e infectados crecía. Una noche, los hombres de blanco llegaron a tomarle muestras a un vecino. Luego, vimos el virus y la muerte en el rostro de otros conocidos. Dichas novedades despertaron preocupación. El ser positivo perdió

su sentido optimista y se volvió una amenaza que despertó la ansiedad, esa misma que expresamos consumiendo frituras en cada comida; y que aplacamos luego con frutas, protocolos obsesivos de desinfección de nuestras ropas, productos y cuerpos.

Por cada día que pasaba, los pensamientos extremistas y del fin del mundo crecían en mí. El insomnio llegó y con ello me nutrí de exagerada información. El morbo ganaba. Veía en las noches videos virales. Consumía reportajes y entrevistas del YouTube, al punto de que si no lloraba antes de dormir, no me sentía satisfecha. Como si aquello fuera mi consigna para agrandar el trauma, pero lo único que logré fue despertar una psoriasis en mi piel y cuestionarme si elegir ser madre en estos momentos era lo más oportuno.

Si hay algo que ha tenido nuestro país a diferencia de otros, es el actuar del presidente. Más allá de los resultados y las medidas tomadas, él ha instaurado una manera distinta de comunicación con la gente. Desde que se sentó a las 12 del día a informarnos por primera vez sobre el paciente cero, se creó una conexión. En los días siguientes, Martín Vizcarra se volvió el nuevo “rey del mediodía”, y nosotros, la fiel audiencia deseosa de buenas nuevas. A él me aferré cuando me cansé de la sobreinformación y la reduje en dosis limitadas de contenido relacionado al covid-19.

En cada transmisión diaria del presidente; nosotros, la audiencia peruana, lo acompañamos al extremo de cantarle el cumpleaños, renegar cuando lo observábamos explicarnos con manzanitas por enésima vez, las razones por las que debíamos evitar las aglomeraciones o salir de casa. Hasta nos preocupamos por él cuando de repente un día apareció ojeroso o cansado. Pero nuestra realidad como país es diversa, hay quienes necesitan salir diario para llevar un pan a casa y hay quienes ante sus privilegios, desafían a la autoridad al punto de insultarla y escupirla.

Tenemos más de un mes de encierro y si bien hay mucho por mejorar como país, no perdemos la esperanza. No somos el mejor referente del mundo, tenemos corrupción en las autoridades, poblaciones vulnerables olvidadas y somos malos electores. Es muy gracioso, a Vizcarra, casualmente no lo elegimos y está dando la talla en la crisis. Quiero pensar que si nos proponemos una meta la lograremos, pero mi optimismo no me respalda. Ahora sólo nos quedan unos días más para bajar esa cifra, que es apenas una muestra mínima de la cantidad real de infectados. La incertidumbre será nuestra mejor amiga, al menos hasta tener la vacuna y por eso hemos decidido continuar en cuarentena por un tiempo más.

Qué difícil resulta pensar en un mañana tan normal como la de hace un mes. Qué duro es entender las indicaciones. Qué difícil es ponerse en los zapatos del otro. Qué pena notar la indiferencia de algunos sectores. Tal vez cuando esos muertos que parecen tan lejanos, sean de los nuestros, probablemente lo entendamos y también dejemos de aplaudir.

El pianista

Mario Morales

Estados Unidos— Bien dicen “no hay que juzgar a las personas a primera vista”. Y es que mi vecino tiene pinta de todo menos de pianista. Su altura es la de un basquetbolista, sus lentes los de un oficinista, sus brazos los de un *tortero*, y sus manitas, las que se sirven en escabeche al centro de la mesa. Nunca hemos cruzado palabra, pero el músico me tiene mucha confianza. Lo conozco en las buenas y en las malas, más aún, lo he visto caer y levantarse. No

lo digo en sentido figurado, sino literal; las rodillas del pianista sacaron notas musicales de la tierra. Yo fui testigo gracias al calor del sol y al último recibo de la luz, ambos me tenían con la puerta abierta de mi cuarto. El músico abrió la entrada principal, entonó unos acordes en el piso e ingresó cojeando a su madriguera. Fue la primera vez que lo escuché sollozar.

Ahora es costumbre oír a mi vecino llorar y berrear a cántaros. El pianista da sus mejores conciertos cuando le traen despensa sus padres. Los pasos de su madre siempre llegan con prisa y se van con retraso, los de su padre son de sombra de caricatura. Sale detrás de su amada con la ropa sucia del músico, regresa como sombra y se detiene en el pasillo mientras su querida ingresa al cuarto del artista con la ropa limpia. La noche permanece inmóvil detrás de mi ventana mientras el músico se desahoga en reclamos con su madre. Una vez que el concierto termina, finalmente la sombra sigue los pasos de su amada y juntos se retiran sobre ruedas.

Mi vecino toca el inicio de “Guantanamera” cuando está de buenas. Nunca hemos llegado a la primera estrofa porque se le complican los acordes. Pero bueno, el *intro* basta para mejorar mi humor: soy cubano musicalmente hablando y esta canción me alegra ahora que vivo en el extranjero. Mientras el pianista ensaya yo pienso que definitivamente él es “un hombre sincero” con su madre. Y también confirmo que al artista últimamente le gusta “echar sus versos del alma.” Resulta que mi vecino además de pianista ahora canta en mandarín por las tardes. No entiendo lo que dice, pero nada que ver con el goce del Caribe.

El artista es un estuche de monerías y, gracias al covid-19, ahora lo escucho diariamente. La semana pasada por primera vez el pianista tocó con un camarada en su cuarto. El repertorio fue ajeno para mí, espero oírlos entonar

el himno de mi patria pronto. En una de esas la compañía le viene bien a mi vecino y por fin entona el “pá . pá .. Pá . pá pá, Guaáantanamera ... guajira Guaáantanamera”. Mejor aún, tal vez el próximo ensayo incluya percusiones e instrumentos de viento. Ojalá pronto yo deje de moverme al son de la pandemia y vuelva a las calles “con el tumbao que tienen los guapos al caminar”.

Día 1455

Efraín Villanueva

Dortmund— Hace un par de días empecé a escupir una tos repentina. Tomé de nuestro armario el juego de sábanas, la cobija y almohadas para invitados y me despedí de Sabeth, sin abrazos ni besos. No era así como había imaginado que estrenaría el nuevo sofá cama de mi estudio, pero carecía yo de potestad para modificar las circunstancias que me empujaban a aislar me aún más dentro de nuestro confinamiento de semanas.

La primera noche tuve un episodio de parálisis de sueño, el primero en cinco años. La segunda olvidé encender la calefacción y soñé que nadaba en el Estrecho de Bering mientras un grupo de mujeres de mi pasado ordenaban a sus compañeros sentimentales —una de ellas instruía a su esposa— a cazarme.

No sufro de covid-19. Mi tos es levemente flemática. La irritación de mi garganta y mis estornudos son alergia a la primavera —una de tantas afecciones del primer mundo, como la soriasis y la mononucleosis, que me han afligido desde que me exilié voluntariamente de Colombia—. La cabeza me duele por no renovar la prescripción de mis lentes y creer que es suficiente con amplificar Word al doscientos treinta

y dos por ciento. Mis mareos matutinos son hereditarios y no contemplo empezar a masticar ajo para mitigarlos, como lo hace mi padre. Mi fatiga y dolor muscular se deben a mi mala postura frente a cualquier dispositivo, análogo o digital. La calentura que siento es fantasma, el termómetro lo ha comprobado una y otra vez. Los únicos momentos en los que pierdo la respiración ocurren cuando canto y bailo en la ducha. No sufro de covid-19. Probablemente.

Aun así, preferí descender un nivel más en la penumbra del confinamiento. A pesar de que lo intuíamos inservible como medida para proteger a Sabeth, porque la tarde en la que la gripa me golpeó nos duchamos juntos, nos acurrucamos viendo televisión, ella me dio a probar de su Lillet y yo de mi Hövels Altbier.

Me aislé porque es lo que haría un hipocondriaco en medio de una pandemia global provocada por un virus que los científicos no terminan de descifrar. Porque mi anterior trabajo, imaginando los peores escenarios e ideando estrategias de mitigación, me enseñó que, si algo puede salir mal, saldrá mal. Tarde o temprano. Y sí, también porque tenemos pantallas en todos los espacios de nuestro apartamento, menos en nuestra habitación. Y extraño quedarme dormido viendo televisión.

Pero, principalmente, por miedo. Un miedo amoroso, que nace del riesgo de contagiar a Sabeth, de asesinarla con mi saliva. Un miedo pragmático y egoísta, también, porque su muerte implicaría la obligatoriedad de reinventarme nuevamente, por tercera, cuarta o quinta vez. He perdido la cuenta. Temor a perder la vida de espontaneidades que ella me enseñó a vivir en este país que hoy es, simultáneamente, mi hogar, pero también un lugar de paso. La sola idea de perder a Sabeth, y de perderme sin ella, es abrumadora.

No le temo a la muerte. No por arrogancia testosterónica. Ni por saberme miembro de un grupo de bajo riesgo.

Le temo porque, desde temprana edad, empecé a asimilar la certeza de que la muerte inicia en el segundo en el que nacemos. Que la muerte es el destino común y final de todo ser vivo. La muerte como el gran igualador de la vida.

Mi miedo es la certeza de saberme insignificante. Mi muerte causará malestar en un círculo que, a nivel global, es tan insignificante como mi desaparición. Una vez cesen de vivir aquellos que me recordaban yo moriré por completo. Y el mundo, los mundos, continuarán inmutables, como si yo nunca hubiese existido.

Primera jornada

Saúl Juárez

México— Lo primero que se me ocurre al iniciar la cuarentena es lo más obvio: el *Decamerón*. Medio siglo atrás, había leído algunos pasajes en una edición donde aparecían en la portada siete mujeres y tres hombres vestidos con ropas medievales. Ellos se parecían a Dante y ellas a sensuales sherezadas. Como no encuentro ese ejemplar en mi librero, bajo en el iPad la edición de Losada y entro a la lectura con pocas expectativas. Pronto descubro el poder hipnótico de esa narración que describe con frialdad los efectos de la peste negra: las bubas salían en las ingles y en los sobacos de los infectados, las manchas negras aparecían en la piel de los futuros difuntos. Boccaccio dice haber sido testigo del fulminante contagio de humano a bestia. Cuenta que unos cerdos murieron poco después de devorar el cadáver de un hombre abandonado en la calle.

La órbita florentina de esos años mortíferos era aterradora. Imposible pensar que en esa misma región, tiempo después, aparecería otro brote —también incontenible—, el

del Renacimiento. Pero en los momentos a los que alude el *Decamerón*, la única realidad era la plaga fatídica que pudo haber sido diseminada por los tártaros. Ha llegado a plantearse que su ejército usó cadáveres de combatientes infectados para lanzarlos con catapultas al interior de la amurallada ciudad de Caffa, asentamiento comercial genovés en Crimea. Esa población sería así la primera en padecer un ataque bacteriológico. El avance de la peste podría haber alcanzado un radio de entre ocho y 14 kilómetros por tierra al día dejando una estela de muerte que, al cabo, terminó con la vida de más de un tercio de los europeos de aquellos tiempos.

En el *Decamerón*, Boccaccio, a pesar de la contundencia de los sucesos, toma distancia de la perspectiva religiosa. Era evidente una concepción intelectual nueva que no desdénaba los temas considerados paganos en aquella primera mitad del siglo XIV. Todo lo contrario, se solazaba en ellos. En esa obra fundacional, la moral religiosa no ocupa el sitio preeminente. Sus personajes relatan las historias con absoluta libertad.

El escritor toscano otorgaba máxima relevancia al hecho de que la lectura fuera entretenida. La apología del aislamiento es propicia. En esa circunstancia surgen los pensamientos más insospechados. Los episodios más remotos de la memoria fluyen sin límite y manan las reflexiones más audaces, desbocadas acaso por la inminencia de la muerte. Boccaccio echa los cimientos de la narrativa moderna abordando los temas mundanos en una novela dentro de otra; una historia compuesta por 100 relatos.

Después de organizar con mi mujer lo necesario para hacer más habitable nuestro departamento, luego de comprar el súper y tratar de conseguir inútilmente tapabocas y gel antibacterial, me hundo ya sin interrupción en los pasadizos del *Decamerón* para encontrarme con:

las cuales novelas donde se verán sucesos de amor placenteros y ásperos, así como otros azarosos acontecimientos sucedidos tanto en los modernos tiempos como en los antiguos.

Los modernos tiempos, me encantó la frase tratándose de 1348. Durante la peste negra, de acuerdo al *Decamerón*, las poblaciones se dividieron en dos grupos de personas: los que se recogían encerrándose a piedra y lodo y los que caminaban por las calles sin otra protección mas que flores y hierbas para llevar a la nariz y así moderar la pestilencia del aire. Los primeros rezaban, los segundos bebían en las tabernas. La aplicación de las leyes, tanto las divinas como las terrenales, era letra muerta para unos y otros, no existía quien pudiera ejercerla y tampoco quien estuviera dispuesto a acatarla. Era tal el miedo que los hijos abandonaban a los padres y, en muchos casos, estos a aquellos. La ciudades se despoblaban, la gente huía hacia los parajes más distantes suponiendo que encontrarían la salvación en la soledad de los páramos. Tras las murallas de algunas ciudades, sólo quedaban espectros y cadáveres.

Mientras mi lectura avanza, las noticias en la red son cada vez más alarmantes. Las muertes en Italia superan ya a las chinas. España avanza por la misma senda. Como un bálsamo recibo por WhatsApp un aleccionador cuento escrito y leído por Miguel Pérez Maldonado que tiene por personaje al chino que fue el primer infectado. El hombre se dedicaba a cortar y preparar la carne de los murciélagos para la venta en el mercado. Por una ínfima herida de ese trabajador, el virus entró a su organismo. Así logró invadir después a miles de personas por todo el planeta. El individuo murió sin ver el tamaño de la tragedia.

La peste negra era transmitida por las pulgas de las ratas, pero eso no lo supieron ni Boccaccio ni ninguno de sus

contemporáneos. Cuando la curva de mortandad estuvo en su punto más álgido, todos se atenían ya sólo a un milagro. Ni siquiera valía el aislamiento, muchos esperaban y nada más. A la desesperanza sigue la desolación.

Las víctimas no conocían a su enemigo. Nosotros, en cambio, sabemos mucho de nuestro agresor. Los científicos de hoy han difundido hasta las secuencias del genoma del virus. Es un ARN que puede sitiar, atacar y capturar células obligándolas a acatar sus destructivos mandatos. Es capaz de mutar y esconderse. Puede aguardar oculto como lo hacen los depredadores para capturar a la presa. Y, sin embargo, un epidemiólogo inglés aseguró en entrevista que el virus no busca la muerte de su huésped porque eso provoca la suya. Ahí está la fortaleza de nosotros los científicos para saber controlarlo, aseguró. El bicho no acabará con la humanidad, se encontrará el medicamento o la vacuna tarde o temprano. Pero en el camino podría morir hasta una tercera parte de los ancianos. Afirmación escalofriante.

Del testimonio literario de Boccaccio, se infieren similares reflexiones a las que hoy suscita el asedio del coronavirus. Los 10 refugiados, guarecidos en aquella villa cercana a Florencia, sabían que el miedo despierta los peores sentimientos, pero también encarna en actos de solidaridad heroica. El amor y el odio giran en el mismo torbellino. En la debacle emerge lo peor y lo mejor de la gente, a veces de manera asombrosa. Lo cierto es que esos 10 contadores de historias, habitantes de ciudades amuralladas, de catedrales góticas, de atmósferas de mesianismo y superstición, entendían mucho más de lo que pudiera creerse. Si bien pensaban que la suma de pecados era la causa de la peste, también suponían que la naturaleza cobra cíclicamente una cuota de vidas para así regularse. Hoy, más de seis siglos después, crece el sentimiento de que estamos pagando por la devastadora soberbia humana contra el planeta.

Había culpa en la gente de entonces y la hay en la de ahora.

Los europeos de entonces pensaban que al terminar la tragedia todo sería diferente:

Este horroroso comienzo no sea otra cosa que a los caminantes una montaña áspera y empinada después de la cual se halla escondida una llanura hermosísima y deleitosa que les es más placentera cuanto mayor ha sido la dureza de la subida y la bajada. Hoy todos concuerdan en que, al pasar la catástrofe, será obligado refundar nuestro mundo. Pero parece sólo un acto de fe en medio de la fatalidad.

Boccaccio tuvo la suerte de no contagiarse, pero la enfermedad durante su vejez fue un martirio. El despiadado Giovanni Papini cita en su prólogo al *Decamerón*, traducido por Luis Obiols, un fragmento de la carta que el viejo y empobrecido escritor envió a su amigo Mainardo Cavalcanti refiriendo las consecuencias de todos los males de su salud:

De lo que se deriva que me sea difícil mirar al cielo, pesado el cuerpo, el paso vacilante, la mano temblorosa, palidez infernal, ningún deseo de comer, aburrirme de todo: me son odiosas las letras, me disgustan los libros antes tan queridos; relajadas las fuerzas del espíritu, casi extinguida la memoria, y atontado el ingenio; todos mis pensamientos se doblan hacia el sepulcro y la muerte.

Me acuesto a dormir, pero el insomnio me atrapa, sigo con la lectura. Duermo dos horas, me levanto para ir a la sala y mirar por la ventana. Está amaneciendo y un camión recoge la basura del centro comercial de enfrente. Sentada en la

banqueta, una señora mayor llora cubriéndose el rostro con las manos. Así empieza la nueva jornada.

No playa

Abraham Truxillo

Acapulco— Saltándonos Wikipedia y los informes técnicos ¿qué significa hoy el coronavirus?

Si prestamos atención a las redes sociales y a los análisis de prensa (acaso ya para siempre digital), es posible distinguir algunas de las metáforas que quieren responder a esta pregunta:

1. El coronavirus es un enemigo extranjero en pie de guerra (ver Susan Sontag).
2. El coronavirus es un maestro de ecología.
3. El coronavirus es un jinete del Apocalipsis.
4. El coronavirus es la cura (*nosotros la enfermedad*).
5. El coronavirus es la flecha que atravesará el talón capitalista (ahora sí).

En la playa, el coronavirus es todas esas cosas y más.

Unos se van, otros llegan

A principios de abril los últimos canadienses abandonaron el condominio. Aunque está a unos pasos de la playa, no tiene vista al mar: otros edificios más altos lo tapan. No obstante, oblicuamente se divisa una franja de agua hacia el cabo sur de la bahía. Son jubilados, de Montreal. Algunos son italianos pero migraron a Canadá hace varias décadas. Llegan siempre a finales de noviembre y se van a

mediados de mayo cuando la primavera ya ha vuelto más acogedora su ciudad. La mitad de los departamentos les pertenecen. Creo que aman Acapulco. A diferencia de los residentes mexicanos, se bañan todos los días en la alberca. Al atardecer conversan en voz alta en la terraza y toman café expreso que comparten con los vecinos que pasan. La mayoría ha alcanzado la tercera edad; un par usa andadera. Este año, debido a la pandemia del covid-19, todos se han marchado.

La última pareja fue llevada por mis padres al aeropuerto, son amigos. Pagaron cerca de mil dólares por unos boletos de avión que por poco no consiguen. “Antonella se despidió llorando”, me cuenta mi madre por teléfono. Yo no se lo digo, pero a mí lo que me preocupa es que hayan estado en el aeropuerto.

Unas semanas antes cientos de turistas —la mayoría de la Ciudad de México— habían llegado a Acapulco. Decidieron hacer de su cuarentena unas vacaciones. Hoteleros y restauranteros estaban encantados con la súbita temporada alta. Pero el gusto les duró poco. El temor al contagio empezó a crecer en la ciudad. Un argentino dio el primer positivo. Enseguida se pidió a los vacacionistas que se abstuvieran de venir. Las redes clamaban: “Chilangos, ya no vengan”.

Para disuadir a los visitantes, el gobierno decidió cerrar las playas del estado. Todas las playas. Quinientos kilómetros de costa clausurada. Como si se pudieran cerrar las montañas.

Un día, pese a la prohibición, algunos vacacionistas empedernidos se atrevieron a ocupar una enramada de la playa Revolcadero. De inmediato fueron retirados por la Guardia Nacional disfrazada de antimotines. En las redes se celebró la disciplina. El suceso tenía algo de farsa: ninguna escena realmente distópica puede ocurrir en una playa de Acapulco, me dije para tranquilizarme. Paraíso mata todo.

En la última caseta de la Autopista del Sol, antes de llegar a Acapulco, los autos con matrícula foránea eran recibidos con volantes: “Playas clausuradas”. Sin embargo, no todos son turistas. Muy lejos de la bahía de Santa Lucía, en el Acapulco Diamante (sic), se alzan sobre la playa los edificios más nuevos y lujosos de la ciudad. Ellos son residentes. Un libramiento de la autopista les permite llegar sin pasar por el puerto.

Desde luego hay clases: unos cuantos llegan a ocupar las mansiones que se encuentran en los acantilados llenos de fronda junto al mar, en las zonas más exclusivas de la ciudad. Un tío que trabaja en una de ellas pasará la cuarentena allí, él y media docena de servidumbre más. Desde que llegaron los propietarios (familia de un empresario conocido), no ha salido. Mi tío sube a su perfil fotos espléndidas del amanecer en la bahía, como tomadas desde una torre.

Pienso que yo también pasaría la cuarentena en una mansión si pudiera. O podría ser en un hotel. Howard Hughes pasó confinado sus últimos días de vida en un hotel de Acapulco. Según la leyenda, cerró las cortinas de todo un piso del Princess al borde de la anemia y se negó a tener contacto con nadie que no fuera su camarista personal. En la película *El aviador* se le puede ver —interpretado por Leonardo Dicaprio— cuando se niega a saludar de mano por miedo a contagiarse de cualquier cosa.

Ahora Acapulco es buen lugar para estar. Si como algunos estudios sugieren, los rayos solares matan al virus, será un acto de justicia natural: el clima casi siempre ha jugado en contra de la salubridad pública. En estos momentos en Acapulco hay un alto riesgo de brotes de cólera y dengue. El año pasado hubo una decena de casos de lepra; la cual nunca se ha erradicado por completo. Hace 100 años los infectados eran confinados en la Isla de la Roqueta (*isla*

mágica). Anituy Rebolledo cuenta que durante el desorden de la Revolución el leprosario fue abandonado con los enfermos allí. Desesperados y hambrientos, los leprosos llegaron nadando como pudieron a la playa de Caleta. Imagino los girones putrefactos de piel sobre la arena, secándose al sol.

La esperanza muere al último

Como otros lugares, Acapulco vive sus propias maravillas. Pronto circulan por las redes fotos de las playas completamente limpias y desocupadas; en algunas el agua ha adquirido sospechosos tonos turquesa. “No es Cancún, es Acapulco” se presume con orgullo. Alguien graba una ballena jorobada que salta del agua a mitad de la bahía. (En playa Majahua hay un petrograbado milenario con la misma escena). Después, la naturaleza se torna verdaderamente prodigiosa: una noche las olas de Puerto Marqués se llenan de bioluminiscencia. Nadie ha visto algo así. La belleza del planeta nos sirve de consuelo durante la Semana Santa vacía. La celebración muy pronto trasunta xenofobia: “Miren, turistas cochinos, cómo está el mar sin ustedes”. Los acapulqueños nos hemos olvidado por un momento de nuestras propias heces fecales que se vierten al mar ahora mismo, algunas directo desde los condominios.

Aunque oficialmente los restaurantes están cerrados, en algunas zonas hay ambiente festivo. En el centro de la ciudad varias pozolerías siguen abriendo cada jueves, con pista de baile y karaoke —cualquiera que haya vivido en Acapulco sabe que el verdadero corazón de la ciudad late en las pozolerías, lejos de la playa—. Los domingos desde las siete de la mañana se vende chilate y relleno de puerco, me cuenta mi tía. Ansío comer ese manjar. No es ni más ni menos que un lechón filipino, cuya receta nos llegó con generosidad de Asia junto a muchas otras succulencias que son de agradecer.

Pienso en los contagios que vendrán. ¿Acaso la gente seguirá bailando en las pozolerías? ¿O es que el pánico se desbordará en la antesala del diluvio? Según los registros, hay alrededor de 50 respiradores artificiales en el estado.

Deseo que la mortandad no llegue. Sea como sea, con seguridad algunos acapulqueños seguirán bailando y cantando en las pozolerías siempre.

Y el sol también se asoma. Al igual que en otras ciudades, el primer paciente es dado de alta en su silla de ruedas, entre aplausos. El periódico no revela su identidad pero en la fotografía se adivina un hombre de mediana edad que sonríe tras el tapabocas. Lleva sandalias y un short de playa verde limón. La nota dice que se terminará de recuperar en casa. A mí me parece que está listo para meterse a nadar.

Los poetas y la ciudad de los leprosos

Jeyver Rodríguez

Chile— En un fragmento de *La peste* de Camus se lee:

Además, la epidemia parecía retroceder; durante unos días no se contó más que una decena de muertos. Después, de golpe, subió como una flecha. El día en que el número de muertos alcanzó otra vez a la treintena, Rieux se quedó mirando el parte oficial que el prefecto le alargaba, diciendo: “Tienen miedo”. El parte contenía: “Declaren el estado de peste. Cierren la ciudad”.

Al parecer estamos condenados a repetir una y otra vez la historia de las estirpes destinadas a la soledad y el aislamiento.

Los virus y las epidemias han acompañado a la humanidad a lo largo de su historia. Diógenes Laercio cuenta cómo Sócrates sobrevivió a la plaga de Atenas: “Tanta era su templanza en la comida, que a pesar de que muchas veces hubo peste en Atenas, nunca se le contagió”. Esta epidemia causó tantas muertes que incluso llegó a inspirar en el siglo I a.C. al poeta y filósofo romano Lucrecio quien terminó su poema filosófico *De la naturaleza de las cosas* con los siguientes versos:

Preciso es que nosotros desterremos
Estas tinieblas y estos sobresaltos,
No con los rayos de la luz del día,
Sino pensando en la Naturaleza:
Mi voz la cantará con nuevo aliento.

También en la Biblia abundan las alusiones a la lepra y los leprosos. Y las normas rabínicas para enfrentar esta enfermedad obligaban al leproso a aislarse y avisar a la comunidad de su dolencia. Además, la ley mandaba que los otros debían permanecer alejados de una persona que sufría de lepra por dos metros y, si soplaban aire, por más de 40. El enfermo debía estar fuera del campamento, lo que significaba vivir aislado del vínculo humano y perder la hospitalidad de la ciudad. Y está también la parábola del rico Epulón, narrada por Lucas, quien diariamente celebraba suntuosos banquetes y echado junto a su portal, cubierto de llagas, un leproso de nombre Lázaro, comía las migajas que caían al suelo.

No lejos de ustedes el sonido de una “campana” improvisada o unas castañuelas advierte la presencia del leproso, del indeseable, del *Otro*. Se presume que una de cada 30 personas estaba infectada de lepra en la Europa medieval. Un síntoma de la lepra fue la pérdida de la voz — ¿quién no ha experimentado esa pérdida estos días de la covid-19? La

voz falta... Las palabras se agolpan en la garganta, pero no salen, mueren antes de nacer, dan sus frutos muy temprano y sucumben antes de madurar, como las plantas del jardín de Adonis bellamente evocado por Platón en el *Fedro*, ese famoso diálogo dedicado a la persistencia de la memoria y el olvido. ¿Me pregunto qué significó esta pérdida irreparable de la voz para las personas que estuvieron conectadas a un ventilador mecánico estos meses? ¿Qué pudieron sentir las doctoras y los enfermeros al momento de tener que apagar el ventilador para ayudar a morir? Ahí también se tuvo que experimentar la sonoridad del parpadeo y el silencio de la UCI en medio del ajeteo de las camillas.

Étienne de la Boétie —gran amigo de Montaigne— murió en 1563 por la epidemia de la peste negra que asoló Europa durante dos siglos y de la cual hablaron tanto los filósofos. Años más tarde, el propio Montaigne huiría a Burdeos para salvar su vida. Él escribe: “Si me presionan para decir por qué lo amaba, siento que esto sólo se puede expresar respondiendo: porque fue él, porque fui yo”. Y es que, en definitiva, de eso se trata la existencia: de que es uno el directamente concernido y otro con quien compartimos un parte infinitesimal del universo. Lo que está en juego ahora es la posibilidad de abrazarse más que la regla de guardar la distancia social estricta entre los cuerpos para evitar el contagio. Ya estamos todos contagiados de miedo y ansiedad y esta enfermedad durará quizás años o siglos y de poco servirá lavarse las manos con lejía, tomar alcohol o bañarse con desinfectante. Hay una sensación de suciedad, de inmundicia que nos carcome de manera subterránea. Estamos todos untados de algo que no vemos pero que se pega a los objetos, a las monedas, al pasamanos del autobús y que perdura en los botones del ascensor y en las miradas vigilantes e incrédulas de quienes aún habitan el mundo.

En el *Diario del año de la peste*, Daniel Defoe —el autor de *Robinson Crusoe*— narra cómo los más ricos se agolpan en los caminos para huir de Londres. Por estos días hemos visto cómo miles de ricos neoyorquinos se agolparon en el aeropuerto para huir de un Nueva York azotado por la pandemia. Hoy sigue habiendo millones de Lázaros muriendo en las puertas de ricos Epulones pues como dijimos antes: la historia se repite. En Nueva York, uno de cada tres fallecidos a causa del virus es latino y viven principalmente en Queens, donde el hacinamiento, la pobreza y el abandono de uno de uno los países más ricos del mundo son proverbiales.

El virus se propaga más fácilmente en vecindarios con mala calidad de aire y deterioro habitacional. Según la OMS, en el mundo hay 663 millones de personas sin acceso a agua potable. Mientras que los políticos corruptos hacen contratos millonarios a expensas de la epidemia, en La Guajira de Colombia, el pueblo de los Wayuu está destinado al olvido y a la pandemia del hambre. Mientras tanto, en Chile —desde donde escribo estas letras— el descontento social aumenta sigilosamente y un presidente solitario pasea por una “Plaza abandonada”; y en Nicaragua la corrupción y la desinformación frente a la desaparición del presidente Daniel Ortega, quien se tomó un receso de 34 días en plena crisis por el coronavirus. En Loreto, una de las regiones del Perú más azotadas por la covid-19, las personas se ven obligadas a morir en sus casas porque los hospitales están desbordados. En México, la política de austeridad y negación del presidente López Obrador agrava la situación de los más pobres.

Parte de la tragedia que vive Nueva York se explica por la injusticia estructural y las disparidades en salud de larga data. Muchas comunidades negras estadounidenses pertenecen a esa fuerza laboral para quienes el lujo del aislamiento está totalmente fuera de alcance. En España el pre-

sidente Pedro Sánchez firmó un decreto para que parados e inmigrantes temporeros vayan a los campos a recoger las cosechas y así evitar el desabastecimiento. Me pregunto si pasada la urgencia se creará un camino hacia la ciudadanía para que muchos de estos trabajadores puedan acceder a derechos sociales.

En gran medida, la alta tasa de muertes por coronavirus en muchos países está asociada a problemas vinculados al racismo ecológico. No es lo mismo pasar la cuarentena en Hudson Valley que pasarla en los barrios latinos como el sur de El Bronx o el East Harlem. La covid-19 revela claramente las urgencias aplazadas: las vulnerabilidades de los inmigrantes y, en particular, los hogares dirigidos por mujeres que trabajan en labores domésticas o como cuidadoras con bajos salarios. Las enormes barreras que existen en el acceso a servicios de salud y bienes básicos son una prueba de las violencias traslapadas de larga data. Todas estas desigualdades aumentan la vulnerabilidad de comunidades de inmigrantes, minorías y trabajadores temporales que no tienen un lugar al cual llamar casa.

Guardando las diferencias que la costumbre y el contexto obligan, uno puede encontrar en la crisis que vivimos algunas similitudes con el caso de los leprosos obligados a vivir fuera del campamento, fuera de la hospitalidad de la ciudad. La crisis que vivimos no es sólo epidemiológica, ante todo es una crisis de todo el sistema de valores sobre el que hemos edificado la civilización occidental. La crisis concierne a las emociones políticas atomizadas y a nuestros miedos patológicos. Los métodos y medidas que tomemos para encarar la crisis marcarán para bien o para mal a las futuras generaciones. La vida social del futuro puede ser sometida a una vigilancia epidemiológica estricta, pero podemos ser más creativos y menos reactivos: podemos desarrollar un enfoque de medicina planetaria preventiva para

evitar el colapso de los ecosistemas y el deterioro de la vida silvestre que constituye el eslabón roto de esta pandemia. Hay miedo por la pandemia, pero el miedo más profundo y corrosivo es el miedo ante el futuro que concierna a una pérdida de confianza en la vida y en el vínculo humano como base de la vida en común. El miedo más grande es que otros puedan decidir sobre nuestras propias urgencias, que puedan incluso imponernos qué desear, cómo y cuándo salir a la calle y que nos impidan, incluso, hacer el duelo por nuestros seres caídos. El miedo consiste en no tener a mano las palabras propicias para saber nombrar esto que acontece.

Siempre pensamos que el mundo era algo elemental y que la vida era una cosa manifiesta, incluso llegamos a creer que vivir era algo acabado, fijo, lineal, sin sobresaltos. Pero tan pronto empezó el encierro, advertimos que las paredes tienen vida propia y que hay pequeños jardines en las azoteas, artistas disimulados detrás de las ventanas, vecinas escritoras a quienes nunca prestamos la más mínima atención. Siempre pensamos que vivir era cosa de pasar el rato: ir al centro comercial para tener la sensación de que formamos parte de algo, comer en McDonald's para sentirse viviendo en el mundo capitalista. Tan sólo ahora sabemos que la vida puede ser algo más básico: arrullarse en una mecedora, comer un plato de lentejas, sacar a pasear el perro... Siempre pensamos que vivir era ir al trabajo, pagar los impuestos. Leer los periódicos, ver las noticias, pasar tiempo en las redes. Sólo ahora intuimos que la luz del sol es nueva para quien vuelve del sueño y que no hay nada oculto entre dos puntos suspensivos. Siempre pensamos tenerlo todo controlado. Ahora empezamos a advertir que siempre fuimos vulnerables a la naturaleza y que ahí afuera hay cosas diminutas con las que no sabemos lidiar. Ahí es

cuando uno se da cuenta de que la casa puede contener mil demonios y el amor puede durar el tiempo que tarda una flor de durazno en caer al suelo. No nos queda otra alternativa que aprender a lidiar con nuestra fragilidad ontológica.

El mundo es mucho más ondulante y serpenteante de lo que imaginamos y estas horas pesadas y silbantes tienen una profundidad desconocida. Hay en los ventanales de casas y edificios personas muriendo, otras juegan cartas, beben whisky o tocan la trompeta. Por estos días todos hemos visto escenas bizarras en nuestras azoteas y balcones. Uno hace aeróbicos, otro toca el contrabajo, una, más allá, da un concierto de ópera, hay un loco que no cesa de gritar en su ventana: ¡que vivan los virus! ¡Abajo los hombres! Ahí es cuando uno comprende el ruido que dejan las cosas al caer y el hedor que va dejando la peste. Lo grotesco que es ver cavar fosas comunes para enterrar a otros con quienes compartimos el mundo y que como nosotros se preguntaron quién sería el próximo. Todos tratamos de disimular el miedo y de no correr cuando nos atravesamos con alguien en la esquina del vecindario.

Infancias virtuales

Gabriela Frías Villegas

México— Hace poco más de un mes, mi hija Sofi de cuatro años me pidió que la llevara a pasear. Fuimos al cine y después al parque. El clima era fantástico, y mi hija pasó la tarde corriendo en el pasto, junto con un grupo de niños que jugaban a perseguirse unos a otros entre risas. Al día siguiente cerraron su escuela, y me pidieron que mudara mi oficina a la casa.

Mi formación de matemática me obligó a ver las cosas en blanco y negro: nunca dudé de que las gráficas con pequeñas curvas, que representaban los contagios de marzo, presagiaban una exponencial para los siguientes meses. Como por fortuna teníamos las condiciones adecuadas para hacerlo, decidí que desde ese momento Sofi y yo nos quedaríamos recluidas por un tiempo indefinido. Ahora mi hija sólo convive con cuatro adultos: mis padres, mi hermano menor y yo. No ha vuelto a ver a ningún niño de manera física.

En el interior de nuestro hogar, el tiempo transcurre lentamente. Aunque estamos conscientes de que allá afuera nos acecha un “bicho malo” –como llama Sofi al coronavirus– que ha enfermado y se ha llevado a gente muy querida, y que está causando tragedias dignas de la peor pesadilla, en la casa realizamos nuestras actividades con una extraña calma. Como los astronautas de la Estación Espacial Internacional, vivimos en un espacio delimitado, y nuestro único contacto con el mundo exterior es a través de las pantallas.

La reclusión llegó a nuestra vida en el momento en que Sofi empezaba a entender y a disfrutar la socialización con otros niños, a tener amigos y a organizar juegos con ellos. Ahora experimenta este proceso mediado por la tecnología. En un día “normal”, mi hija desayuna y se conecta a través de la tableta a una de las clases que imparten sus maestras de kínder en Instagram. En ellas hacen experimentos de ciencia, preparan recetas de cocina, presentan a sus mascotas y hablan sobre el coronavirus. Después, Sofi sale al jardín a correr, o a jugar con una pelota, y regresa a la tableta para escuchar las clases virtuales de inglés y matemáticas.

Mientras ella asiste a la escuela virtual yo trabajo en mi computadora. Leo y escribo artículos, grabo conferencias

en video, y preparo cursos y eventos virtuales. Algunas veces asisto a reuniones en Zoom, o veo los seminarios que imparten mis colegas en Instagram. Aunque muchos de ellos viven en otros países, de pronto están en nuestra casa gracias a una pantalla. Sofi se asoma y me pregunta si la pueden ver. A veces el conferencista la saluda antes de iniciar la plática, lo que la hace muy feliz.

Los viernes hay una sesión virtual en la escuela donde todos los niños del grupo se reúnen con la profesora, y donde pueden interactuar con sus compañeros. La última vez que se vieron estudiaron a los dinosaurios. Mientras la maestra explicaba el tema, los pequeños corrieron a sus cuartos, y regresaron con todo tipo de animales extintos de juguete: el clásico velociraptor de pasta, el alosaurio fosforescente de peluche, y el tiranosaurio rex que tiene pilas y ruge. Mientras movían sus dinosaurios frente a la cámara y veían los juguetes de sus amigos en la pantalla, los niños estallaron en carcajadas.

En algún momento del día, Sofi habla por videoconferencia con su papá, que vive al otro lado de la ciudad. Ella le platica lo que ha hecho, y le pide que le lea un cuento. De vez en cuando, la niña también usa la tecnología para platicar con sus abuelos paternos. Les enseña cómo corre, y les cuenta sobre las hormigas y los cactus del jardín.

A la edad que tiene ahora mi hija, yo asistía continuamente a reuniones de juego, con mis amigos o mis primos. Solíamos ir a casa de alguien de la pandilla para pasar la tarde corriendo juntos, como una parvada de aves que destruían todo a su paso. Ahora, Sofi tiene sesiones virtuales de juego con su mejor amiga, Ana. Como en la novela *El sol desnudo* de Isaac Asimov, donde las personas sólo se comunican en entornos virtuales, cada niña se conecta con un celular desde su propia sala, feliz de ver a su amiga en la pantalla. Ana corre a su cuarto por una guitarra y le

propone a Sofi que canten una canción. Ella acepta, y va por su xilófono. Juntas improvisan un concierto. Después juegan a ser mamás, y alimentan a sus bebés rosas de plástico. Finalmente, se convierten en personajes de *Frozen*, la película preferida de las dos. Cuando llega la hora del baño de Sofi, termina la reunión, a pesar de las protestas de ambas.

Mientras observo a mi hija jugando con Ana tengo sentimientos cruzados. Sé que Sofi y yo somos afortunadas, pues pertenecemos a un grupo privilegiado que tiene acceso a internet, y a todos los recursos digitales disponibles durante la pandemia. Soy una mamá *geek*, y desde que Sofi era un bebé le permití que jugara con mis *gadgets*. Ahora los usa con toda naturalidad: es una nativa digital y eso me hace feliz. Mi generación —la Generación X— que creció fascinada con las posibilidades que planteaban películas como *Volver al futuro*, ahora observa a sus hijos comunicarse con otros niños a través de una pantalla, como si nada.

Sin embargo, el que la vida social de Sofi con otros pequeños sólo transcurra en la red durante la cuarentena también me causa una sensación de incertidumbre y de tristeza, pues las palabras del filósofo e historiador Yuval Noah Harari retumban en mi cabeza: “cuando esta pandemia termine, viviremos en un mundo diferente”. ¿Cómo será el mundo en el que le tocará a vivir a la generación de Sofi? ¿Ella y sus amigos podrán volver a jugar despreocupados, sin miedo a contagiarse del coronavirus? Y, cuando sean adolescentes, ¿podrán ir a una fiesta a la orilla de la playa, o a un concierto multitudinario, y bailar con otros jóvenes hasta el amanecer, como hacíamos mis amigos y yo? O, ¿acaso les tocará vivir en un mundo tan devastado por el cambio climático y las enfermedades virales que tendrán que inventar su propio universo virtual, donde puedan vivir una segunda vida, como en la novela *Ready Player One* de Ernest Cline?

Espero fervientemente que a los miembros de la Generación Alpha, aquellos nacidos después de 2010, les toque ser parte de un planeta donde puedan abrazarse y besarse, sin miedo y con libertad. Pero ahora mismo sólo tengo una certeza: el aprendizaje virtual de sus primeros años de vida los marcará para siempre, y para bien o para mal, definirá su interacción con el mundo en el que les tocará vivir, de maneras que aún no podemos imaginar. Solo el tiempo nos dirá como será la vida futura de los pequeños habitantes del ciberespacio.

Incertidumbre

Martina Forchino

Rosario— El mundo se silenció hace un rato. Se escucha el noticiero y a unos cuantos vecinos con sus cacerolas y sus aplausos. Las noticias vuelan. No sabemos cuáles dicen algo con un poco de razón, pero las leemos igual. El médico de la tele por poco me anoticia de mi muerte y de la de mis viejos. Ni hablar si tuviera abuelos. Los perros en las calles andan solos, acomodándose al lado de cualquier persona que esté en la fila de un supermercado, que por poco piensa que lo va a contagiar.

Las fiestas se silenciaron, la carnicería ya no vende asados para los domingos y mis amigas no me preguntan qué me voy a poner para salir. Los velorios no se pueden hacer, ya uno no es digno ni de morir en el hogar.

La incertidumbre nos come, y ahora es cuando deberíamos darle un peso muy grande a la salud mental, la que tantas veces dejamos de escuchar, priorizando que el colesterol dé bien en los análisis. Nos estamos volviendo un poco locos, ¿no? No creo ser la única que se acuesta

las 8 de la mañana y se levanta a las 3 de la madrugada con energía: no sé si por estar pasada de rosca, por haber dormido mucho, o porque mi cuerpo no entiende en qué contexto lo estoy metiendo.

Los cumpleaños son en casa, y alguno que otro pariente ve cómo se apagan las velas a través de un celular. Mi sobrino todavía pregunta por qué los abuelos no van a jugar con él. “Hay un bicho afuera que no nos deja salir”, le decimos, porque ya no sabemos qué cuento inventar.

Ahora parecemos los ancianos del geriátrico que muchas veces nos olvidamos de visitar y pensamos “paso mañana, total qué apuro hay”, “ni se debe acordar que iba a ir hoy”. Y al contrario, era la actividad más esperada que tenían para la semana: hablarnos tres palabras, contarnos una anécdota repetida y agarrarnos de la mano. Y así, con eso, llenarse de felicidad, y volver loca de alegría a la enfermera contándole que su nieto lo visitó.

Creo que el mundo nos pegó una buena cachetada. Nos trajo un virus que si nos toca, nos llevan, nos aíslan y a menos que salga todo bien, no nos vuelven a ver. Y nosotros tampoco volvemos a tener la oportunidad de decir muchas cosas que se nos quedaron guardadas. Incluso de querer escuchar esa canción con la que nos despertamos una mañana.

Nos dejaron encerrados, saliendo lo justo y lo necesario, y sólo los que podemos. Nos olvidamos qué día es, y las redes sociales se encargan de mostrarnos que hace tres años estábamos viajando, o en la casa de un amigo, o incluso en un cumpleaños. Estudiando. Yendo al parque. Disfrutando de una película con una bolsa de pororó que es lo único que se termina escuchando.

Algunos rezan, es verdad. Muchos leen. Otros tocan. Bailan, saltan. Pintan, dibujan, crean. Nos sublimamos para no desecarnos un poco más.

El continente soñado por muchos es el epicentro de este virus. Las Navidades nevadas de Nueva York quedaron para las películas; el Central Park se vació. En las redes se encargan de mostrarnos cómo los lugares más visitados ahora no tienen ni a dos personas esperando para tomarse una foto. Nadie se pelea por llegar primero: ahora no nos queremos ni tocar.

Vemos al vecino como si estuviera haciendo algo ilegal cuando lo cruzamos con un bolso del súper colgado al hombro, aunque nosotros también nos sentimos un poco así. Muchos caminan con barbijo, otros con guantes: blancos, celestes o negros. Las luces azules de los policías y sus megáfonos son la nueva compañía de las calles: “señor, lo estoy viendo, vaya a su casa”. Nos volvieron a castrar, como cuando veía dibujitos hasta la madrugada: “dale Martina, anda a dormir, ya es tarde”.

Es peligroso dar un abrazo, besar. El cariño puede enfermar al que queremos, y nadie quiere que pase eso.

Y acá estamos, hoy creo que es martes, me lo recuerdan más mis pastillas que el calendario.

Por una vez, estamos todos en la misma. De distintos modos y en distinto lugar, pero con incertidumbre: cuándo vuelvo a trabajar, cuándo vuelvo a estudiar, cuándo vuelvo a ver a mi mamá, a mi abuela, a mi pareja, a mis amigos. Incluso a los vecinos de la cuadra en sus reposeras, tomando mate a las siete de la tarde.

¿Cuándo se va a terminar?

Ojalá que pronto, pero que en ese momento estemos todos bien y que nadie tenga que llorar como muchos lo deben estar haciendo, por ese que quieren y ya no está, porque este bicho se comió su cuerpo y se lo llevó a otro lugar.

Ojalá seamos menos egoístas y aprendamos a valorar, porque nadie se esperaba, en ninguna parte del mundo, a su presidente diciendo que no podemos salir porque es

peligroso, ya que si nos contagiamos es una cadena interminable que nos puede matar.

Y espero que haya más de un abrazo en mente para cada rincón de la ciudad.

(Para cuando nos volvamos a encontrar)

Desescalar

Rocío Wittib

Pamplona— Vivo en esta ciudad hace más de cuatro años. Algunas personas saben por qué y otras no. A veces digo que estoy aquí por amor y a veces me invento otro motivo. Al día de hoy da igual el motivo. De alguna forma creo que buscaba sentirme perdida, quería vértigo, dejarlo todo, estar lejos, aunque no supiese muy bien qué quería decir exactamente esta última palabra. Puede que ahora que casi todo está *lejos*, lo sepa mejor. Pero ya no importa demasiado el significado de las palabras, ni los 111 mil kilómetros que me separan de la ciudad en donde nací. Las preguntas y las respuestas, hoy en día, han perdido sentido entre tanta incertidumbre. Y, a decir verdad, ya me siento un poco de aquí. De esta ciudad más que de esta nación. Es complicado llamar *país* a este lugar. A mí me cuesta un poco. Aunque en tiempos de pandemia es posible que todos habitemos la patria del desasosiego. Esa parece ser la realidad que compartimos desde que comenzó el coronavirus.

Mientras escribo esto, se habla de las fases de la *desescalada*. Vaya término. Suena a algo así como a bajar de una montaña. Nos imagino a todos descendiendo de una cima como la del *Caminante sobre el mar de nubes* de Friedrich. Aunque no creo que nadie haya contemplado durante estos días nada sublime como el personaje del cuadro. Lo

importante es que, de a poco, dejaremos atrás estos días de encierro y volveremos a las calles. Las calles, oh, las calles. Pienso en el paseo que daré cuando pueda salir. Antes del confinamiento era mucho de pasear. De largas caminatas. A veces por el río, otras por la ciudad. Al principio me arrastraba a los caminos cuando la pena o la desesperación me impedían soportarme entre las cuatro paredes de mi habitación. Los primeros años no fueron fáciles. Pero afortunadamente le debo mucho a la tristeza. Después mantuve el hábito de caminar un poco por nostalgia y mucho por placer. Bendito sea el consuelo de andar.

En la siguiente fase parece que podremos volver a los bares. Aquí somos mucho de bares. Estilo de vida al que me he adaptado con una naturalidad y una dignidad que casi me enorgullece. Los bares son la patria que comparten por igual los que se sienten de aquí y los que se sienten de allá, a lo largo y ancho de esta tierra. En estos más de cuatro años me ha dado tiempo de conocer a la mayoría de las personas que hay en mi ciudad. Aunque soy muy de frecuentar los mismos bares cada día o cada noche, depende. A algunos voy por cercanía, a otros por la cerveza que ponen, a los menos por las croquetas o las tortillas, a los más por la compañía y a casi todos por habitar la costumbre y frecuentar amigos. Aquí hay muchos bares en todas las ciudades, pero nunca he tenido la sensación de que sobre ninguno. Y eso debe querer decir algo. Yo también trabajo en uno, supongo que cuando esto acabe volveré a trabajar ahí, aunque no sé cómo será todo cuando regresemos. Es difícil pensar en que las cosas volverán a ser como lo eran antes del virus. Se habla de una *nueva normalidad*, pero mejor dejemos ahí este otro término.

De momento lo que sí sabemos aquí es que no se celebrarán los Sanfermines. Algo que muchos han lamentado hace unos días cuando dieron el comunicado oficial. Según

dice la Wikipedia éstas son unas fiestas de tipo religioso. Supongo que para Hemingway no lo serían. Ni lo son para los miles de extranjeros y de personas de diferentes lugares que vienen cada año a Pamplona. Para la gente de aquí son las mejores fiestas del mundo, por supuesto. Pero la noticia que se extendió con cierto halo de tristeza entre los pamplonicas, y para otros, puede que para la mayoría de fuera, resultó algo positivo. Entre los comentarios que pude leer en redes sociales se decía que al menos no se va a matar a los toros este año y se alegraban de la cancelación. Incluso leí una noticia sobre un colectivo antitaurino que ofrecía unos cuantos miles de euros para que no se celebrasen nunca más las fiestas. Yo que soy de fuera no veo por qué tienen que dejar de celebrarse las fiestas. Otra cosa son los toros, claro.

He de decir que no soy taurina. No me crié con esa cultura, ni la entiendo, ni la comparto. Me queda muy lejos. Tanto como me queda Argentina, donde no existen las corridas de toros. Acabo de buscar en internet y al parecer, y para mi sorpresa, existieron pero están prohibidas desde 1899. Otra cosa es que pueda llegar a comprender que haya gente afín a esta tradición. El caso es que los toros son sólo un componente de las fiestas. Aunque sin duda, y pienso que no para bien, el más conocido de los Sanfermines. Pero está claro que ni el único, ni mucho menos el más importante. Eso lo sabe cualquiera que haya estado alguna vez en Pamplona entre en el 6 y el 14 de julio. Para mí, fue cuando me acerqué una mañana del primer año a la plaza consistorial para saber de qué se trataba el famoso encierro. Los animales hacen un recorrido por las calles desde los corralillos hasta la plaza de toros pero ni me enteré cuando pasaron los toros. Basta distraerse un microsegundo para no verlos. Tampoco fui a la plaza a ver las corridas. De manera que en todas las fiestas no vi más animales que algunas

personas. Y pensé que tenían razón aquellos que defendían que los Sanfermines son mucho más que los toros.

Tampoco es que quiera defender nada. Debo confesar que soy la primera que se agobia los primeros días de julio al ver la cantidad de gente que llega a la ciudad. Incluso, si encuentro oportunidad, me alejo un poco de la multitud o me escapo a algún pueblo. Aún así, tienen su encanto. Pero en fin, habrá que esperar hasta el año que viene. Y sí, será extraño, igual que muchas otras cosas a partir de ahora. Pero yo ya no me pregunto cómo será la vida luego de esta pandemia. Es curioso, antes me hacía muchas preguntas, ahora han desaparecido todas. Será un método de supervivencia o algo así. Al saber que no tengo respuestas se anulan todos mis interrogantes. Se esfuman. Como el tiempo. Creo que en ningún otro momento de mi vida he vivido más en el presente. También es cierto que los recuerdos invaden a su antojo el ahora, pero supongo que es lo normal. El pasado y el presente son lo único cierto en esta situación, aún con todas sus dudas. Pero bueno, en alguna fase, supongo, podremos reconquistar también el futuro.

La generación de las plazas vacías

Rafael Mendoza Torres

México— En el número de abril-junio de la revista *Ciencia* de la Academia Mexicana de Ciencias, se explica que los “estresores físicos o psicológicos que permanecen en el tiempo producen una respuesta de adaptación para sobrevivir ante dichas contingencias y retos de la vida”.* Una

* Alfonso Mora Bolaños, Carmen Cortés Sánchez y José Ramón Eguibar Cuenca, “Estrés y dolor”, en *Ciencia. Revista de la Academia Mexicana de Ciencias*, abril-junio 2020, vol. 71, núm. 2, p. 22.

contingencia suscita los mecanismos para enfrentarla. Acaso es lo que ocurre con los diarios personales y las historias del confinamiento que han aparecido en revistas y portales. Más que realizados para entender, están hechos para adaptarse, para estar en el mundo. Hablan de que, en ocasiones, es necesario restablecer el contacto con la realidad porque éste se ha perdido. Cada relato es, entonces, un avance en lo desconocido y un paso de vuelta a casa. Y quién sabe si por la facultad que tienen las historias de que al contarse se vuelven algo común, el grupo se ayuda para sentir que vuelve a hacer suyas las circunstancias, a vivirlas.

Nadie esperaba que hubiera un tiempo de quedarse en su casa, ante la pantalla del televisor o del teléfono y a sabiendas de que la vida está afuera. No es que se tenga la certeza de haber encontrado algún sentido profundo en la libertad, más bien parece que se ha propagado el interés de ahondar en lo que es significativo para cada uno y que está presente en el día a día.

Hay quien planea ir a ver a los padres o los amigos, quien espera salir al trabajo para llevar dinero a la familia y quien necesita ir a caminar. Todos parecen coincidir en que árboles y piedras, sol, fachadas y tiendas, el viento y el polvo, son importantes, porque de alguna forma todo ello pasó es parte de la imagen cabal de los hijos o de la novia o del camino al puesto de periódicos los domingos. Sucede lo mismo cuando alguien se ausenta y no se le vuelve a ver por el vecindario, que pesa como si en realidad lo que se hubiera perdido fuese un mundo.

De pronto quedó la arquitectura desprendida de la actividad humana. Están expuestos su quietud y su silencio. Con el paso casi único de los pájaros, los perros y los gatos, y el avance de la vegetación, las ciudades vacías vuelven a revelar su atenuada vocación de campiña. Los lugares lucen limpios y ordenados según las leyes de la simetría, y

no parece que hicieran un mal trabajo las piedras si se quedarán ellas a vivir así en adelante. Ésta será la generación de las plazas vacías.

Quizás ocurra algo similar a la generación de aquellos que vivieron las grandes guerras. Fueron desglosando sus vivencias a lo largo del tiempo, a pesar del temor y la furia se hizo un viaje a la Luna. Habrá la necesidad de legar las experiencias y las formas de prevalecer. Tal vez el regreso a lo de todos los días, tarde o no, sea deseable si las experiencias se vuelven lo importante, si ganan en riqueza y en detalles. Acaso sólo lleve un momento estar de vuelta.

Crisis de humanidad

Los retos del porvenir frente a la pandemia

Cristóbal León Campos

Yucatán— Vivimos tiempos excepcionales, la pandemia del coronavirus nos ha llegado como un golpe de conciencia que advierte y amenaza a la vez, el reto para la humanidad consiste en reconocer de manera crítica todas aquellas acciones que nos han conducido a la situación que ahora vivimos; un confinamiento global en la era de mayor comunicación posible debido a los avances de la tecnología, es decir, una completa ironía, pues cuando más fácil nos resulta o resultaría poder entablar diálogos con personas que habitan en los confines más distantes según la geografía de cada quien, es precisamente el momento en el cual no podemos o no debemos por salud, mantener contacto físico con nuestros seres queridos, amigos, familiares, compañeros de trabajo y demás seres humanos que son parte de la cotidianidad, estamos reclusos en el contorno de un sistema que nos apresa por su propia naturaleza.

La crisis de humanidad, que afrontamos desde tiempo atrás, ahora tiene con la aparición de nuevas pandemias (recuérdese a la influenza) un gran reto en pleno siglo XXI, época que, dicho de paso, fue ideada y soñada como aquella en que la humanidad habría superado muchos de los lastres que aún continuamos sufriendo, en la literatura como en textos científicos hay testimonios de lo anterior, visiones futuristas alcanzaron a señalar el desarrollo tecnológico, pero también supusieron el malestar de nuestros pueblos por acciones equívocas o contrarias para el bienestar. Hoy vivimos como espejo algunas de esas advertencias que no escuchamos, lo sorprendente que resultan muchos de los inventos más novedosos de la ciencia y la tecnología quedan inservibles ante la mutación de un virus, mutación que además en muchos casos que registra la historia ocurre por la manipulación de seres humanos. La ponderación de lo que se ha llamado “progreso” y equiparado con bienestar fracasó innegablemente, pero hasta la fecha gobiernos y políticas capitalistas se empeñan en la terquedad buscando que la ecuación funcione. La realidad es que la humanidad se ha llevado al borde de sí misma por la depredación de la naturaleza, la desarticulación de la seguridad social (salud, trabajo, hogar) y el deseo de acumulación a que conduce la avaricia inscrita en el ADN del propio sistema. La pandemia mayor es la vorágine capitalista desde hace siglos.

Revertir el daño que se ha causado al medio ambiente y a la humanidad en general no consiste únicamente en seguir al pie de la letra las indicaciones que ahora asumimos y acatamos por salud social para el combate de la pandemia del coronavirus, requerimos replantear desde la raíz la forma de relacionarnos como seres humanos con nuestro entorno natural, y no hacerlo desde la profundidad de las entrañas del propio sistema que nos rige. Dicho de otra manera, hay que desgranar cada uno de los elementos sistémicos que nos

han llevado a esta situación, cuestionarlo todo para poder ir rearmando el rompecabezas social desde una estructura basada en una lógica diametralmente opuesta al capitalismo que ahora nos oprime y nos enclaustra. Estos tiempos por demás complejos, en los que se nos exilia entre las paredes desquebrajadas del propio mundo en que vivimos, deben servirnos para poner en marcha la conciencia como herramienta emancipadora, como crítica de la razón y la sinrazón que enfrentamos. La crisis humanitaria pone en peligro la existencia de nuestra especie y a las demás especies, al planeta mismo, nuestro llamado *hogar*, al cual nos encontramos confinados sin escapatoria. Si esto es verdad, entonces, ¿por qué nos empeñamos en destruir nuestro entorno e incrementar el daño social-económico que pesa sobre millones de seres humanos?

Se ha pretendido convertir la vida en una mercancía, se le fijan valores de cambio y de uso que la despojan de su esencia original, una esencia que no es cuantificable en términos mercantiles, pero que el sistema comercializa al instante en que se le condona su continuidad mediante el consumo de otras mercancías, haciendo con intención declarada una ecuación deshumanizante que amenaza la existencia misma del ser humano.

Por eso una de las primeras cuestiones que resaltaron en la escena mundial al declararse la pandemia por la propagación masiva del coronavirus fue la endeble situación de la existencia de millones de seres humanos a lo largo del mundo, debida a que las condiciones económicas de empobrecimiento, explotación y marginación se incrementaron con los años. La desarticulación de derechos sociales, como la salud y el trabajo, manifiesta su repercusión agudizada con los efectos de la pandemia que ahora sobrellevamos.

Otro de los efectos secundarios de la pandemia del coronavirus, potencializado por los medios de comunicación y

los centros del poder “hegemónico”, es la discriminación del saber y la información difundida. Se habla hasta el cansancio de la crisis que se vive en países europeos o en los Estados Unidos, nación que ya encabeza la lista de contagios en el mundo, ¿pero qué pasa en continentes como África, el resto de Asia y Oceanía? Y, en el caso de América Latina, ¿cuál es la situación que se vive en las naciones caribeñas y centroamericanas de las que no se habla? El constante silencio sobre realidades diferentes a las que marca el canon occidental denota la continua colonialidad del saber que en pleno siglo XXI se muestra como herramienta de discriminación y segregación, tal y como fuera usada originalmente durante los años del establecimiento de los dominios coloniales.

En este contexto de utilización del saber, piénsese en los conocimientos diametralmente opuestos al occidentalismo como son la diversidad de saberes emanados de las culturas originarias de nuestra América, al igual que de las culturas milenarias del resto del mundo; por ejemplo, la gran riqueza cultural de los pueblos asiáticos y africanos, que podrían dar luz para enfrentar el flagelo que significa la actual pandemia que afrontamos. La marginación que provoca el eurocentrismo de otro tipo de conocimientos surgidos de formas distintas de relacionarse entre humanos y con la naturaleza podría ser el camino de luz que ahora necesitamos. No se trata aquí de desprestigiar la ciencia ni sus aportes, pero sí se trata de reconocer que el desarrollo científico desapegado de los principios humanistas ha olvidado y/o sometido las aportaciones que darían el ejercicio de escuchar con humildad la experiencia milenaria de sobrevivencia. Además, la ciencia usada como parte del “desarrollo civilizador”, también ha sido partícipe de procesos contrarios al bienestar de la humanidad.

El panorama es muy complejo, el futuro de la humanidad peligra por las políticas capitalistas e imperialistas que

en este contexto han quedado evidenciadas nuevamente por su inhumanidad. El reto inmediato es garantizar las vidas de todos y todas, las luchas necesarias y venideras están en el marco del respeto y aplicación de los derechos laborales, la organización es indispensable para la planeación de políticas socialistas que beneficien a la humanidad y contribuyan a erradicar la pandemia mayor que por siglos ha oprimido y explotado a lo largo de todo el orbe. Hagamos de estos tiempos de confinamiento tiempos reflexivos que nos permitan volver al sueño original de un mundo mejor. Poner fin al ya degradado sistema capitalista es y será un acto real de amor y conciencia en favor del porvenir de la humanidad.

Un deseo al aire

Flor Yáñez

México— 7:00 am. Suena la alarma. La apago y regreso a la cama. No quiero seguir dormida, tan sólo deseo cerrar los ojos unos minutos más. Otra vez no pude dormir. Por la noche me desperté súbitamente, era la una. Antes despertaba a partir de las tres, ahora lo hago constantemente a las dos, a las tres, a las seis. Me levanté triste otra vez. Pierdo la noción del tiempo, del juez Cronos que balancea el ritmo de los días y de la noche. Bajo las escaleras y empiezo mi rutina. Apenas alcancé a llegar a México antes de decretarse la cuarentena, que ya supera los 40 días. Intento asimilar lo que ocurre, pero no puedo, estoy en negación. Caliento agua y abro la caja de madera que contiene una colección de té. Mientas elijo uno, la tetera silba anunciando la ebullición: me hizo imaginar que tenía la caja de Pandora entre mis manos, aquella que no debía ser abierta. Cogí un té negro y la cerré. No sabemos cómo o por qué, pero algo fracturó

el encierro de esos males y secretos, y desató un monstruo invisible que atenta contra nuestra vida, la de todos, sin distinción. Los adultos mayores son más vulnerables.

Los pacientes graves son conectados a un respirador, ya comienzan a escasear. Salto la cuerda 20 minutos. Los cuento bajo mi propia concepción del tiempo. La radio suena mientras brinco: en Italia comienzan a quitarles el respirador a los viejos para dárselo a los jóvenes. Un asir por la garganta me hace parar, suelto la cuerda y me llevo las manos al rostro. Fue ayer cuando imaginé que, si resistía al desgaste del tiempo y de la vida misma —generosa, pletórica y excelsa, pero también arrebatada, impredecible y tormentosa— entonces sería anciana, insignia de la solidez, de la persistencia eterna edificada con dignidad. Ya no quiero ser anciana. Mi corazón se quebraría de tristeza de saber que la esperanza para seguir venciendo a los infortunios de la vida sería arrebatada de mis pulmones para dejarme morir. Por la ventana veo a mi mamá y guardo silencio, ella también lo hizo al verme; escuchó la noticia. Atreverse a quitarle a una persona la esperanza de un solo día, es matarla en vida. La tristeza me invade. No quiero hablar.

Necesito generar las endorfinas que no logré producir saltando en el espacio reducido donde estoy. Mi piel es sensible, aún así salgo a la banqueta, me descubro los brazos y las piernas y me doy un baño de sol. Lo tolero nueve minutos hasta que comienzo a enrojecer. Las calles están más vacías; disminuyen los transeúntes, los establecimientos cerraron y las personas al exterior se protegen con cubrebocas. Poco se menciona de otro tema distinto al covid-19 y entre la gente las palabras también comienzan a desfallecer. Estamos en cuarentena, confinamiento, aislamiento, reclusión, retiro espiritual o como le llame cada quién, pero también pareciera un enclaustramiento emocional, como el mito de la caverna de Platón: la doble realidad que vivimos

y de la cual no podemos escapar. Tenemos miedo, sentimos incertidumbre y somos víctimas de la ignorancia respecto de la amenaza que no es visible. No sabemos qué hacer para combatirla más que lavarnos las manos 20 veces al día y alejarnos de cualquier humano.

No recuerdo la sensación de abrazar a alguien. Por la tarde veo una película. Están tres personas en un aeropuerto y se acercan para despedirse. Salto del sillón y con mi mente les digo que no lo hagan, que guarden distancia. Tardo un momento en asimilar que mi psicosis se traslada a varios ámbitos, incluidos los sueños. Me dirijo al estudio y prendo la computadora. Llevo tres horas sentada y no logro escribir nada. Me estremezco de imaginar a los miles que se han quedado sin empleo, mientras yo no me puedo inspirar. Siento culpa. Me reincorporo y me esfuerzo para teclear una letra a la vez hasta formar una palabra. Me faltan mil. Al igual que el mundo entero, me sumé al duelo anticipado en el que estamos, donde ya nada volverá a ser igual. Nadie sabe hacia dónde nos dirigimos. Estoy conmovida. Tomo el diccionario de símbolos que guardo en el cajón izquierdo del escritorio y la primera palabra que aparece es catástrofe. Simbólicamente representa una mutación violenta y se asocia a la destrucción y a la pérdida; en su aspecto positivo y estrepitoso significa una vida nueva y diferente de transformación psíquica y cambio social. Si pensábamos que éramos diferentes, el virus nos recordó que todos somos iguales. Éste nos ataca sin distinción de raza, clase, sexo, edad o preferencia sexual. En teoría nos protegen los Derechos Humanos sin distinción alguna.

Después de ocho meses regresé a México y decidí quedarme en casa de mi mamá mientras reorganizaba mi vida en la ciudad. Los días se volvieron semanas y las semanas parecen no concluir en este “retiro de oportunidad” como sugieren llamarlo, los que pueden, los que lo tienen todo

resuelto. Los *otros* lo llaman castigo de Dios porque no tienen lo necesario para subsistir. La convivencia ininterrumpida bajo el mismo techo también ocasiona tragedias; tampoco había protocolo para ello. Presionadas las personas por la contingencia y por todos los problemas sociales que se detonaron al abrir la caja de Pandora, develamos el rostro malo que siempre estuvo presente, pero por lo general invisible. Somos los mismos, pero en versión superlativa. Nos dimos cuenta de que no nos conocíamos a nosotros mismos, menos aún al de al lado, que generalmente invisibilizamos. Permaneceremos mucho tiempo bajo el mismo techo afrontando el “secuestro” del coronavirus que nos muestra sin filtros. Entonces es una oportunidad para fortalecer lazos con lo mejor de nosotros hacia los demás, pero requiere de mucho esfuerzo. Son innumerables pérdidas que se multiplican en poco tiempo, que quizá no acumularíamos en toda la vida. Algunas serán inevitables, pero otras, como nuestras relaciones, podemos anticiparnos para fortalecerlas en lugar de destruirlas, ello si logramos entendernos a nosotros mismos primero.

Estamos enfrentando cambios excesivos a velocidades aceleradas; por la rapidez con la que acontecen, es difícil adaptarse a ellos e introyectarlos para entenderlos. Porque no hay tiempo. Salgo por provisiones. La escala de prioridades se reajusta. Lo más importante no son las posesiones, sino la vida misma y con quién la compartimos. Hoy en mi mente viajé al jardín de la casa de Monet a las afueras de París. Me acerqué a la orilla del lago y descubrí la magnificencia del banquete de colores de las exuberantes flores que él mismo sembró para luego pintar. Fucsia, naranja, amarillo, azul, violeta, verde, rojo y ocres también. Busco ver mi imagen retratada en el agua, que se desliza lentamente con los mimos del viento, mezclándose en la ilusión del reflejo de los rayos del sol con el paisaje a mis espaldas.

Quise regresar a la representación de mi libertad, anhelos y esperanzas para este instante. Jamás se perderán los recuerdos que nos fortalecen para soñar y transformar nuestra realidad en algo más hermoso. Como todo también esto pasará. Espero que no seamos los mismos de antes y que la tragedia nos haga renacer en el amor, compasión y empatía por nosotros mismos y hacia los demás. Un deseo al aire y que el jardín de Monet conspire para convertirlo en realidad.

Entender lo inentendible

Alejandra Ibarra Chaoul

México— Me puse a cubrir la pandemia en un intento por entenderla.

Tres semanas después me doy cuenta de que me propuse lo imposible: entender lo que no puede comprenderse. ¿Cómo entender algo que no tiene sentido? Porque lo que yo quería entender no era la pandemia como tal, eso sí tiene sentido. Después de ver documentales del coronavirus, leer artículos científicos y noticias sobre el virus me ha quedado claro: la pandemia tiene sentido. Es más, era cuestión de tiempo. Una pandemia por vías respiratorias. Una bomba esperando estallar. Sólo que no sabíamos dónde, cuándo y qué tan fuerte sucedería. Y se nos hizo más fácil no prepararnos, o se les hizo fácil a los que lo sabían y decidieron no decidir hacer algo. Pero tiene sentido. Esa parte tiene sentido. Tiene sentido la parte del contagio por contacto, la parte del daño a los pulmones. Pero no tiene sentido decir que lo más cercano a una *nueva normalidad* aparecerá cuando se desarrolle una vacuna, lo que puede tardar más de un año.

La *nueva normalidad* no tiene sentido. Además, no tenemos una fecha clara a la cual aferrarnos como faro guía que nos dé esperanza ante la oscuridad del encierro. Y por todo lo que no sabemos o no podemos controlar, la incertidumbre se ha convertido en nuestra compañera más íntima en el día a día de la pandemia. Eso es lo que yo quería entender. Para eso me fui a meter a un hospital. Ahora pienso que quizá bastaba con meditar.

Me quedé con la impresión de ver el daño del covid-19 en la gente y con la incertidumbre como compañera. Porque ésa no se fue. Me despierto y está ahí. Me hago un café por la mañana y se sienta a tomarlo conmigo. Voy al baño y, la verdad ya me parece un abuso de confianza, viene también. Cierro los ojos y la siento. Los abro, y en los ojos cansados y confundidos de la gente que sobresale de los tapabocas, la veo. “Cuando esto acabe” es el título de mi sección favorita en una larga lista de anhelos.

Cuando esto acabe quiero abrazar a todo mundo muy fuerte. De esos abrazos que te acercas y los cuerpos embonan y sientes el corazón del otro palpitar en la piel propia. Cuando esto acabe quiero acurrucarme a ver la tele y sentir el calor humano. Cuando esto acabe quiero salir a bailar y sudar en medio de una muchedumbre que sude igual o más que yo. Cuando esto acabe quiero agarrar los tubos del metro, las manijas de las puertas, las repisas del súper, las manos de a quien salude, sin miedo.

Pero me da miedo que cuando esto acabe, todos nos tengamos reserva. Interpongamos espacio. Me da tristeza pensar que hayamos interiorizado a Susana Distancia al grado de preferirla a ella que el contacto y la cercanía entre nosotros. Y lo entiendo. ¿Cómo saber cuándo es seguro volver a sentirnos cerca?

Salí por un paquete de entrega a domicilio y en la puerta de mi edificio estaban un hombre cubierto con traje de

astronauta y un vecino. No conozco al vecino. Traía una mascarilla negra y una mirada de consternación. El astronauta venía de los laboratorios del Chopo con un hisopo que pretende ofrecer seguridad, cuando sólo es capaz de ofrecer un “positivo” o “negativo”, como los emperadores romanos de la película *Gladiator* que giraban el dedo pulgar hacia arriba o hacia abajo según se les diera la gana. El hisopo viene en representación de la prueba del covid-19 y la trae cargando un astronauta. Pero en el fondo, aun si das positivo, ¿qué certezas brinda? ¿A qué probabilidades te adhieres? ¿Calculas la cantidad de comorbilidades que puedes juntar, como puntos en un test de revista? ¿Cómo sabes, cuando da positiva tu prueba, que llegaste al punto de inflexión entre pedir una ambulancia o quedarte en casa? ¿Y cómo calculas hacerlo con suficiente tiempo para que no sea demasiado tarde?

El jueves 30 de abril por la noche el subsecretario de Salud, Hugo López-Gatell, habló con los niños. Lo vi un rato y, al igual (creo) que todos los que lo vimos, me llené de ternura. Me reí con las preguntas y me tranquilicé con el semblante sonriente del funcionario sentado casualmente en un banquito respondiendo en los términos menos complicados que permite su formación médica. Mientras los niños hacían las preguntas y el subsecretario las respondía una tras otra, afuera de mi casa y en las calles de toda la colonia alguien pegaba carteles rojos con una leyenda muy breve al centro: *Salva Vidas. QUÉDATE EN CASA.* Cerré la pantalla después de un rato del show. Sin las voces infantiles me quedó como registro sonoro solamente la sirena de las ambulancias atravesando la calle y que llenan el vacío de las noches en mi colonia. Una tras otra. Tras otra. Más tarde por la noche, oía a los hombres que trabajan afuera de mi ventana toser y toser y toser hasta que me quedé dormida. Al día siguiente, el sonido de siempre, el:

“Se compran refrigeradores, estufas, lavadoras o algo de fierro viejo que vendaaaa” se fusionó con el anuncio que sale del altoparlante de las patrullas que recorren las calles recordándole a la gente no salir de casa.

Despierto. Sonrío porque estoy acompañada: aquí está conmigo la incertidumbre. No ceja, no cede, no abandona. Checo mi celular. Tengo un mensaje de un editor. Me pide que prepare un texto que quede listo justo para el final de la pandemia. “Para publicar en cuando esto termine”, dice el mensaje. Me da envidia su manera de pensar. Tan pragmática. Necesitamos un texto para cuando esto termine. Volteo a ver a mi compañera, quizá ella sabe de qué habla el remitente del texto. ¿Cuándo va a acabar?, inquiero. Nada. Le pregunto, pero no me contesta. Se me queda viendo nomás, con la misma mirada perdida que tengo yo en la cara. Me le quedo viendo más de cerca y me doy cuenta de que la cara de la incertidumbre es la mía, reflejada en el espejo.

Del Cauca y sus silencios

Catalina Sierra Rojas

Días de realidad o de pesadillas eternas en el pasado

Colombia— En la alborada del día matan a alguien (¿a algunos?). Inicia con un estridente grupo de disparos cerca a la ventana, después ráfagas de metralla que se pierden entre las hojas de plátano, río abajo. No hay policía, tampoco militares, sólo guardia indígena. En medio de esta irrupción de Fobétor se despierta un miedo de infancia: la guerra (miedo pintoresco para la psicóloga de mi colegio), inquietud del ahora que se ancla en el hecho de estar en un verdadero territorio en disputa. Es curioso cómo en estos pagos, en este tiempo de paréntesis sin cerrar, de atrapamiento torpe lejos

de mi casa, la gente habla más de brujería, de luchas con el demonio, que de guerra, quizás sean lo mismo.

Hoy estamos en una especie de guerra invisible que nos aniquila desde varios frentes (hambre, salud física y mental, migración, estructuras salvajes del capitalismo), pero aquí en el Cauca, desde siempre, hay una más fuerte, una local que se disputa el uso de la tierra. En medio del estruendo, mi respiración es corta, casi como la de Princeso, el perro que hoy jugó al mutismo con las estrellas, los grillos y las ráfagas de metralla. El perro tuvo miedo, lo (me) imagino en mi recuerdo de infancia: sabía que en una irrupción de “guerra” debía esconderme debajo de la cama para evitar que ellos, nunca supe en verdad quiénes, me vieran y me (nos) llevaran.

Viví casi toda mi vida en Bogotá, se supondría que no debía tener ese tipo de pesadillas, esas eran propias de niños campesinos o indígenas, niños que en verdad padecían la guerra. Pero hoy estoy acá, en esta cama como una niña, no corrí a esconderme debajo instintivamente, no creo que un par de tablas me protejan. Hoy no he podido ni siquiera reaccionar. Fue un miedo seco, nuevo y eso me consternó, por lo desconocido, como si en dos segundos hubiera desarrollado la capacidad de mirar a la muerte.

¿Por qué el perro no ladró? ¿Por qué la gente no habla de la guerra si esto es el Cauca, la tierra que ha sido tantas veces ametrallada por tantos y tan diversos grupos armados? La guerra silba entre las manos apretadas de los campesinos, no se menciona porque no se le quiere despertar. Sólo se susurra, se mezcla, se esconde entre frases que pronuncian las personas cuyos dientes parecen maicitos: “Hemos aprendido a vivir así”, ¿así cómo? ¿Con 10 mil cerraduras y trancas que sin embargo son de madera, de alambre, de miedo? ¿Con un toque de queda autoimpuesto a las seis de la tarde porque entran a robar sangre los vampiros y los brujos? Temo que roben ahora mi sangre.

Hoy le temo más a esta guerra que ha venido a tocarme en medio de un descanso, que a la pandemia que silencia mi ciudad, que apaga mi hogar. De nada sirve el valor cuando el fantasma, el brujo, la realidad de la guerra toca la puerta, cuando el miedo se aniquila. Hoy una “guerra” más se nos suma, pero no aplaca a la de siempre, en medio de un resguardo por un virus, a los líderes sociales, campesinos e indígenas los acribillan en su propio hogar.

Días del retorno al deseo

Hoy, después de casi dos meses fuera de casa, de estar “encerrada” en la montaña en medio de cafetales y plátanos, sólo puedo agradecer por la comida, por la seguridad rústica de doña Jimena, que imaginariamente nos mantiene a salvo de la verdadera guerra, por el privilegio que tiene toda mi familia al poder permanecer en cuarentena. Agradecer porque no estamos en ese otro confinamiento-infierno que son las cárceles y ahora más en pandemia; porque de una forma casi mágica, aun cuando no llegamos a ser clase media, idea fantasmagórica del arribismo cachaco, no estamos colgando telas rojas en nuestras ventanas. Agradecemos porque no somos víctimas de esa otra pandemia que es el asesinato de líderes sociales.

Me voy no como lo imaginé, camuflada dentro de un camión con sacos de café, sino en un carro particular con dos amigos. No salgo de este paraíso verde por la incomodidad que pueda sentir en casa ajena, pues la familia que hemos elegido quizás responde mejor a la noción de familia que nos tocó. Me llevo la sensación de la guerra que cuelga del tapabocas y que me respira en los ojos. En la carretera la desolación aprieta, lluvia de imágenes de migrantes venezolanos que colgados de tractomulas imitan papalotes. Viajo con la inquietud del aquí y del allá, pero también con el paisaje de los rostros de los abuelos verdes y rojos con

peças de anturios, con la sensación de haber encontrado una hermana, con la premura de construir un futuro que es siempre hoy, con la alegría de haber redescubierto y reconstruido en este tiempo, como un milagro, mi cuerpo y mi ser, mi alegría, manifiesta en la simplicidad de trepar un árbol, de recoger café o de andar en moto aprehendiendo seguridad y libertad, acompañada de la inocencia y las burlas de Jair y Juan David. Me voy como queriendo librar al mundo de la guerra, para que en este dolor podamos existir como animales, plantas, tierra sin disputa y dejar de ser humanos sin hábitos poéticos.

(...)

Mariana Flores Lizaola

México— El tiempo va y viene. Lleva todo consigo, drástica e irremediabilmente. No hay nada contra el tiempo o no mucho que valga la pena hacer. Todo lo devora y lo mueve a placer.

¿Qué hay de lo que surge en un espacio temporal? ¿Qué la temporalidad no es más que sólo movimiento? ¿Qué hay de lo estático, lo que permanece? ¿Dónde queda eso una vez que el vaivén hace su lucha para sacudirlo todo?

Mis recuerdos, ¿qué son? ¿espacio o tiempo? Lo pasado, eliminado en el presente y futuro imposible, ¿se conserva en algún sitio o se re-vive en un instante?

Si lo que vivo en el presente y lo que escribo se materializa aquí y ahora, ¿valdrán algo esos recuerdos (cosas) a las que tuve acceso una vez que vuelva a ellas?

Recordar es el ejercicio de reconstruir o reformular lo sacudido por el movimiento, y puede hacer que, en un instante, todo se desvanezca.

*

El pasado reciente sigue siendo mi presente. El futuro volverá a ser un pasado que se hace presente.

*

Día no se qué de la pandemia. Soy un revoltijo de emociones. Las ideas se sienten a reventar en la mente, parece que tienen un cauce y que nacen de un lugar común. Pero la verdad es que me cuesta trabajo identificarlas, darles un espacio, apropiarme de ellas, sentirlas como *son*.

(El tiempo transcurre como en un paréntesis. Mi pensamiento y emociones se sostienen entre ellos, como si en ese abrir y cerrar (puntuales) pudieran surgir ideas o experiencias geniales.) (La vida en este momento se siente así, como una intercalación, una interrupción, una puesta en duda.

La vida dura lo que duran las pausas. (De alguna manera es un respiro para volver a escribir fuera de ellas (cuando llegue el momento.))) Mientras tanto reconozco las voces internas que (discretamente) buscan un sitio donde hacerse notar. ¿Las pausas también son tiempo transcurrido? Aprendo que la vida no es sólo lo que no está entre paréntesis. Tal vez (en este momento) no sea más que eso.

*

Día no sé cuál de la pandemia. Semanas en aislamiento. Sola (y remotamente acompañada). Mi vida transcurre en periodos de cuatro horas. No puede ir más rápido, o más lento. El tiempo se ha desacelerado y ha elegido mantener otro ritmo. Amanece, atardece, anochece. Quizás ahora sea más consciente de la monotonía del día.

El silencio impera, excepto por breves instantes. Si no son las voces digitales, es la música que escucho, la que genero, o mi propia voz. Noto que mi relación conmigo ha cambiado; tal vez ahora sea más cercana, o sólo tenga deseos de escuchar(me) (en) lo que pienso y lo que siento. Hablo sola, me escucho hablar.

Me pregunto si así empieza la locura (o cierto grado de ella (no pretendo insultar a nadie)). (No es para tanto, me digo. No ha pasado tanto tiempo. (¿Cuánto tiempo tiene que pasar entonces?))

*

Día no sé cómo de la pandemia. Soy esto, ahora. Mi respiración, mi despertar, mi sueño (las horas de insomnio). Entre la idea del sacrificio, emerge la culpa y es que, ¿qué no daría tanta gente ahora por un instante de soledad? Puedo detenerme a pensar y reflexionar sobre lo que vivo y lo que siento. Tengo un espacio propio donde moverme y descansar. De la culpa emerge nuevamente el sacrificio, y es ahí cuando anhelo compañía, el sonido de otras voces a mi alrededor. Al final, ¿volveremos a ser los mismos que éramos?

*

Día no sé por qué de la pandemia. Estoy bien así (me convenzo). Esto también va a pasar.

Detén tu tiempo, Ratón

Paola Ojeda

México— Mi ratón adolescente dice que nunca había probado unas quesadillas tan exquisitas como las que solita

hizo el domingo y tiene para los incrédulos, como prueba irrefutable de su talento, el testimonio de haberse comido tres y no dos como acostumbra.

Si pudieran ver lo que veo en sus ojos mientras lo cuenta una y otra vez, correrían a pedirle 20 quesadillas, la abrazarían fuertísimo y tendrían que inventar que un bichito se les metió en el ojo para justificar su llanto.

No quiero cantar victoria, pero creo que hemos construido los cimientos de la rutina: sigue presentándose puntual, bañada, vestida y desayunada a las 8:30 am, pasa toda la mañana en su pantalla-salón de clases, pone la mesa para la comida, riega sus helechos, hace ejercicio por una hora, escucha la misa de san Gatell, luego el yoga, las pijamas, las preguntas, las historias. Ahora, además, tenemos quesadillas. Así siempre serán buenos nuestros días.

Abril 1

Ella se quedó con el comedor y yo con la mesita de lectura.

Durante toda la mañana cada quien hace su vida a ocho metros de distancia. Si coincidimos una, tres o cinco veces en la cocina o en la puerta del baño, nos saludamos con alegría. Hoy, en pijama y de camino por el primer café del día, me llamó con los brazos y me pidió bailar juntas frente a la pantalla la cumbia del coronavirus. Repito, en pijama. La pantalla significa su salón: todos sus amigos. Y con una reverencia previa acepté la mano que me extendía y entre carcajadas bailamos gozosas. Quién dijo: “Mamá, ¡qué oso!”. Punto para el coronavirus.

Cuando esto comenzó (ya sé que esto apenas empieza) pero cuando el principio que aún no termina comenzaba, tenía mucho temor de que la convivencia intensísima e ineludible desgastara la compleja y difícil relación entre un carácter como el mío y el de un ratón adolescente. Para mi sorpresa, ha sido todo lo contrario; no sé si sea la

aceptación de lo inevitable o la perspectiva que dan circunstancias como estas, pero mi carácter y su adolescencia han decidido reordenarse y navegar por el más bello de los mares.

La felicidad profunda siempre me ha generado miedo; muy temprano me convencí de no merecerla y cada vez que la toco me invade la sensación de que algo espantoso está por sucederme. Así, en medio de este mágico re enamoramamiento entre mi ratón y yo, me distraigo un minuto y escucho al bicho contándome las horas.

Abril 2

Con ocho metros de distancia de 8:30 am a 2 pm y a tres semanas de esta nueva vida, puedo reconocer su agenda escolar como si habláramos de mi familia. Dos llantos incesantes de niños entre tres y cinco años; clase de francés, sollozo de bebé mezclado con un par de risas traviesas que juegan; es hora de ciencias, tres (cuando menos) perros ladrando; matemáticas.

Me he acostumbrado a sus voces, los movimientos en sus casas, a sus hijos, sus mascotas, sus formas de silencio. “¿Oye Mila, la de las II estaba enojada?”, “Es francesa, ma”. Claro.

Íbamos a sobrevivirnos sin mayores contratiempos y hasta con utilidades según mis proyecciones, hasta que supe hace unas horas que mañana salen de vacaciones.

No sé si nuestra incipiente rutina resista este intermedio, si nuestra —hasta ahora exitosa— convivencia aguante seis horas más al día sin endeudarse pero, sobre todo, si mis días puedan ser iguales sin los llantos, los gritos, los ladridos, las risas, la vida que sale de esas bocinas y que llena mis mañanas.

Abril 3

Más rápido cae un hablador que un cojo; o mi instinto de temerle a la felicidad plena está basado en la sabiduría ancestral, o cuidado con lo que dices porque la vida se encarga siempre —siempre— de estrellarte en la cara tu propio discurso.

Tras recibir una llamada de la escuela, le pedí al ratón adolescente que juntas revisáramos sus tareas y que hiciera las que faltaban.

Respondió a mi atrevimiento con una sola pregunta que repitió cada 30 minutos: ¿Cuándo me puedo ir con mi papá?

La mañana siguiente me despertó con la noticia de que el plan ya estaba hecho y que su papá venía en camino por ella. “Nos vemos en un mes, mamá.”

Pude haberla detenido, quizás. Pero otra vez ese instinto se presentó y me detuvo. Sirva esta cuarentena para aprender a soltar.

Sirva para que este par de ojos vean crecer nuestra cebolla, nuestra menta, nuestro perejil. Sirva para recordar sus quesadillas, para regar sus helechos, para no faltar al yoga. Sirva para escuchar mi silencio, para recordar, agradecer, para sonreír.

Abril 4

Una de nuestras lechugas amaneció con un pequeñísimo brote anunciando vida. Me emocioné y quise llamarla con un grito que se ahogó apenas me hice consciente. Cuánto me hubiera gustado que la descubriera antes que nadie, desde el principio; que la mirara crecer y creciera su asombro; turnarnos para hacerle compañía, juntas componerle una canción; nombrarla, regarla, quererla, honrarla.

Tengo sentimientos encontrados con nuestro huerto; en la mañana me caché intentando negociar con las papas, la hierbabuena, el ajo, el perejil: “No es que no quiera que

crezcan, pero tómenselo con calma, escóndanse del tiempo, esperen a que vuelva, ya falta menos”.

Hice doble yoga, y lo hice sonriendo. No me atreví a regar los helechos.

Hace muchos años, cuando era yo la adolescente, mi papá me dijo que los perros nos lamían las plantas de los pies y las palmas de las manos para limpiarnos las malas vibras que en los andares acumulábamos. Desde ese momento, ese acto me pareció de las más grandes y hondas pruebas de amor que un ser vivo puede dar, y no puedo sino conmoverme y sentirme honrada cada vez que soy receptora de tal demostración. El Chicken se enfermó la semana pasada, mejoró con homeopatía pero pasó días sin querer comer; ni queso, ni tortillas, ni pan duro (su platillo favorito por sobre todos).

Mi ratón y yo, en una de esas sobremesas de cena post san Gatell y post yoga que voy a recordar y agradecer siempre, hablamos de lo extraño de su inapetencia y sus posibles razones. “Tú dices que ellos nos quitan las cosas que nos hacen daño, quizá nos quitó el coronavirus y se está enfermando por nosotros”.

Pensar al Pollo como una versión de Jesucristo; sí, me gusta. “Claro, puede ser”. Le agradecemos el gesto sentidamente.

Este perro patón oriundo de Topilejo ha decidido pasar por alto la sana distancia y no se me ha alejado más de medio metro desde el viernes.

Sabe que algo me falta. *Nos falta.*

También sabe cuánta tristeza me sobra, y no desperdicia un centímetro de mi cuerpo descubierto para ayudarme, en sus términos, a lidiar con ella. Si mis zapatos le impiden lamerme las plantas, ahí están los tobillos. Si mis palmas están agarrando un libro, ahí están los bíceps. Si estoy tomando el sol con el pantalón arremangado hasta la rodilla, tibial y peroneo para qué los quiero. Hoy pensé que no era

coronavirus su malestar, que era el presentimiento de lo que venía. Que ella no se había ido y ya le dolía.

Abril 7

Lloré hasta hartarme de mi tristeza. Nunca he conocido las medianías. Le puse la correa a Chicken McNugget y le dije: “Vamos compañero, a sacudirnos esto de una vez, que a lamidas y lágrimas nos va a dar el año que entra”. Me impresionó mucho la cautela de la gente para no acercarse, espero que permanezca como un acto consciente y no acabemos por introyectar la distancia.

Las cosas de adentro se miran tan distintas desde afuera, como si el sol les quitara peso, o el aire las traspasara llevándose lo que ahí se pegó sin pertenecer, revelando su verdadera materia. Me hubiera gustado estar con ella, por supuesto. Me hubiera gustado verla crecer exponencialmente por más tiempo, mirarnos desde ese nuevo lugar que las prisas cotidianas hace mucho no nos permitían; me hubiera gustado abrazarla después de cada quesadilla, ver sus ojitos asombrarse con cada postura de yoga mejorada, atestiguar el cuidado de sus helechos.

Qué bonito es todo lo que me hubiera gustado pero no es.

¿Cuántas veces es la vida como queremos? Y de todas maneras sigue y nos vuelve a sorprender.

En mi caminata comprendí que son otras las tristezas que en realidad estoy litigando, que nada tienen que ver con ella ni con su adolescencia, sino con la mía y con lo que no fue. Punto para el coronavirus.

Abril 10

La lechuga decidió esperarla. Se hizo un traje invisible protector del paso del tiempo y se metió en él para detener su

crecimiento. Hoy traté de convencerla, ya convencida yo, de que estaremos bien sin que nos despierte su risa, que en los silencios profundos una puede escuchar el mar (a ver, lechuga, ¿te habías imaginado el mar?), el mar ese que se lleva dentro y donde naufragamos.

Yo no siempre conozco mi mar, por tiempos dejo de asomarme y naufrago justo por no reconocerlo. Hay que navegar en el mar de uno y el único barco es el silencio.

Noté que las diminutas venas de sus incipientes hojitas brillaban cuando le hablaba de olas, de mareas, de cantos de ballenas y de lunas redondas. Espero contagiarla de vida con el mismo éxito con el que la sumergí en la tristeza.

En el fondo de mi mar hay un par de barcos hundidos llenos de tesoros que no supe resguardar.

Pero tu vida y tu mar están empezando, lechuga; aprovecha el silencio y sumérgete, recorre sus profundidades, sus arrecifes, reconoce sus corrientes, sus oleajes, y los muelles en donde puedes atracar.

Abril 12

Mientras la lechuga, el Pollo y yo pasamos días reflexionando sobre la nostalgia, los mares y las tristezas, una cuna de Moisés decidió nacer. Seguro lleva ya algunos días en este mundo, pero hasta hoy la descubrí.

Tuve sentimientos encontrados: ¿no es un poco insolente florecer de la nada en estas circunstancias? ¿No ves que la humanidad entera está aterrorizada, que el mundo como lo conocemos está a punto de desaparecer? ¿No ves que ella se fue y, que si me lleva el bicho, ese abrazo a medias habrá sido el último? ¿No ves que ayer murió una lechuga, que le ofrecimos todo y se negó a vivir? ¿No ves que acá ya no cenamos quesadillas, que nos falta su risa, que nos sobran pasteles y caricias? ¿No ves que...?

Quizá lo viste todo y por eso apareciste.

Fui por un poco de agua y con profunda gratitud la regué.

Sirva este tiempo para recordar que la vida siempre, siempre, siempre sigue y brota de donde menos la espero, y cosas bellísimas se gestan con las ausencias, con las tristezas, con la soledad.

Abril 14

Quizá por la edad mi ratón quiera alejarse un poco (o mucho) de mí, separarse y poderse diferenciar, encontrarse. En la vida de cualquier persona ese tiempo es vital para saberse y corre en otra dimensión que no pasa por el reloj. Pienso eso y no sólo estoy de acuerdo sino que lo celebro y me entenece.

Pero a ratos me inunda el miedo y empiezo a hablarle en mi cabeza:

¿No ves, ratón, que este momento se mide distinto, que cada día con vida es una victoria fugaz, que la amenaza es incesante y la batalla permanente? ¿No ves que hoy el tiempo se cuenta por respiradores, por contagios, por número de muertes? ¿Sigues viendo las misas de Gatell? ¿Sabes lo que la palabra exponencial le hace al futuro? ¿Estás consciente del horror que viene, del que está a la vuelta de la esquina, quizás más cerca? ¿Y si es el final? ¿Lo último que recordarás de mí es que no dejé que te llevaras el tapete de yoga? ¿Sabes cuántas historias no te he contado? ¿Sabes cuántos abrazos tengo para ti? ¿Sabes que nadie podrá despedirse de nosotros, que esta época es también de morirse solos? ¿Sabes que no pienso en el virus obsesivamente como muchos cuentan, pero siento que todo el día tiembla? ¿Sabes que mis miedos siempre han jugado a las escondidillas? ¿Sabes que voy a odiar morirme y perderme tu camino y que son tus ojitos lo que más voy a agradecer? ¿Puedes detener ese otro tiempo que estás corriendo y venir

a regar tus helechos? ¿Puedes hacernos quesadillas y echarle porras a la cebolla y al romero?

El deseo, las muertes (A Work in Progress) Odette Casamayor-Cisneros

West Hartford, EUA—Bien lo sabía Gerhard Richter, todo es incierto.

Permanecí frente a su *Calavera* casi una hora, poco antes de ser lanzada al confinamiento —cuando aún podían contarse las horas—. En el MET Breuer, una vez más la única negra entre hordas de blancos que fingen no expresar sorpresa o —¿espanto?— al desviar la mirada de un lienzo, disponerse a continuar el recorrido de la exposición y de repente descubrirme entre ellos. ¿Realmente *entre* ellos o *contra* ellos? Tan incierta como los rostros y paisajes de Richter. Pero no estoy estampada en las paredes. Me muevo. O me detengo frente al retrato de los icebergs de Groenlandia. Sonrío, escuchando ya no los comentarios de una pareja a mis espaldas, sino, en medio del silencio, el desgarramiento interno de los hielos, deshaciéndose y haciéndose y volviéndose a deshacer —agua que es sólo agua—.

Aun antes de Richter pensaba en la muerte. Tal vez a causa de la plaga, ya acechante. Tal vez a causa de M. Era feliz y la felicidad ha de vivirse bajo el recuerdo de la muerte. Cualquiera de ellas: la Grande o las pequeñas. ¿Cómo saber cuál es una o la otra? ¿Qué precisamente sucedía cuando M. dejaba un beso seco en mi cuello, dos, luego tres, siguiendo hacia abajo, un camino que iba encontrando mientras yo empezaba a morir, más y más rápido al espantar

lenguazos sobre mis senos, sus dientes buscando desprender los pezones?

Nos gusta vivir olvidadizos de nuestro único destino: morir.

Y ahora la muerte, en cada superficie que tocamos, en el aire, un escupitajo correctivo de la naturaleza a nuestro rostro, instalándose en los pulmones, doliendo, tumbando.

Este podría ser un diario pero no lo es.

Ritmado no está ya por días que no se cuentan. ¿Qué importa qué hora es si cuanto hacemos es arrastrarnos de hora en hora, cada una acortando la espera? ¿Qué importa cuál día de la semana es, o cuántas semanas llevamos encerrados? Si he de contar algo, que sea la cantidad de horas, días, semanas, meses, años que me separan de la Muerte.

Las rutinas nos acercan a la ilusión de permanencia, dicen. Pretendo entonces leer y el cuerpo se me alza de la cama, llega hasta los anaqueles más altos de la biblioteca. En mis manos, *Pensées*, de Pascal, éditions Livre de Poche. Recorro tres párrafos antes de caer dormida. Nunca profundamente. Ya no me sucede.

No, esto no puede ser un diario porque sé que estoy perdiendo la memoria.

Drano, destupidor, bombeo. Invirtiendo el orden. Bombeo, destupidor, Drano. O, destupidor, Drano, bombeo. Otra vez, sin descanso. Y más afloran las partículas oscuras, incrustándose sobre la loza blanca de la bañera.

Mierda que va por dentro.

¿Zoom o WhatsApp?

Tecleo como quien pregunta: ¿tu casa o la mía?

El final será el mismo. Las palabras reptantes hasta que nos atacan los espasmos. Ahora que sólo contamos muertos y sobrevivientes, quisiera contar orgasmos. M. ha llegado a tres o cuatro. Él grita.

Yo no.

Gritos y gemidos son válvulas de escape. Cuando no pueden abrirse, toda la presión permanece contenida y en las vísceras toca encontrar la manera de salir de ese tsunami siempre insistiendo en volver. Es imposible escapar a la *petite mort*.

Nos acostamos por primera vez un par de semanas antes de caer la pandemia sobre Filadelfia. Yo regresé a un suburbio de Nueva Inglaterra. Desde la segunda planta de la casa familiar diviso el viento agitar pinos, azulejos persiguiéndose, un mapache que tal vez no lo sea, sino el gato del vecino, una mofeta. M. permaneció atisbando el Schuylkill desde una torre acristalada. El sol baña el salón en la tarde. En la última imagen que conservo de su apartamento no se escuchan los pájaros. Quizás trenes. Pocos.

Nos tanteamos ahora de pantalla a pantalla. Los dedos al unísono buscando escondrijos en nuestro propio cuerpo, convocando el día en que les sea dado recuperar la carne del otro. ¿Quién es el otro?

M. lleva un día sin aparecer. ¿Habrás muerto?

Deseo fluir, pero la bañera sigue tupida.

No entiendo su funcionamiento.

Tampoco el de M., ni el de WhatsApp.

No sospechaban que algún día usarían un arma y se apresuraran ahora en comprar revólver, fusil, municiones, previendo el futuro. Me pregunto si el verdadero apocalipsis

no comenzará después, si esto no ha sido más que un entrenamiento. Fallido, posiblemente.

Durante otras pandemias —durante y no antes ni después— ¿les alcanzó el aliento a los filósofos para hablar tanto? Vaticinan que seremos menos alegres, que la solidaridad se está perdiendo con el confinamiento. ¿O era al revés? Nuestros filósofos son unos desfasados. “*Se moquer de la philosophie c’est vraiment philosopher*”, rezongaba burlón Pascal.

Desde hace más de un siglo han enterrado en una isla llamada Hart, muy cerca del Bronx, a los neoyorquinos desconocidos. Lo único diferente ahora es nuestro detenimiento forzoso, obligándonos a reparar en la muerte. Asistimos al entierro de los invisibles gracias a imágenes robadas por un dron y transmitidas en YouTube. Al menos por una vez no marchan tan solos a confundirse con el polvo.

Cajas de basta madera en New York.

En Guayaquil, sólo con mucha suerte pueden ser de cartón.

Pensé que hoy haría cosas fundamentales, incluso escribir.

Terminé viendo sin mirar comedias con enamorados que se besan en la calle, finalmente saliendo al jardín con un baobab en brazos.

—*Croyez-vous qu’il va pousser à New York, Madame?*

Refulgían las carcajadas, desde cada poro de la bella aduana en el aeropuerto Senghor. Se burlaba de mi escuálido baobab comprado a la orilla de la carretera; de mí, tan africana y poco africana a la vez; que hubiera podido ser ella pero soy la otra, menos radiante, menos esbelta, más

insegura; aquella cuyos abuelos nacieron del otro lado del Atlántico. Hijos de esclavos.

Cinco años después, saco aquel baobab al vendaval de Nueva Inglaterra. La alcaldesa del pueblo anuncia alerta meteorológica. Yo con un baobab senegalés, bajo el aguacero. Las gotas sobre mi frente, traduciendo el silencio de la tierra.

Esto decididamente no es un diario. Sólo un nubarrón de preguntas. Y no parará de llover.

Catorce cuadernos de una actriz encerrada

Renata Moreno

Buenos Aires— Hace 53 días que estamos en aislamiento social obligatorio. Mil 272 horas pasan dentro de estas paredes. Poco veo el sol. Alrededor de las 11 y media de la mañana un haz de luz me visita en diagonal y sin tapaboca, se va rápido, como un espectador impaciente. La tarde queda en sombra.

Ir de mi casa al ensayo, del ensayo a la escena, de la escena a la obra, de la obra a las opiniones, del debate a la lectura y los libros, así eran mis días antes. Digo antes, y señalo ese segmento como un freno a la línea temporal suave e inocente que avanzaba, momento cercano al que precede este escrito.

En estos 53 días, acomodé los pocos rincones del monoambiente, dibujé, tomé mate como oxígeno, moví la tierra de las plantas, limpié esquinas a las que nunca llegué con la escoba y encontré una caja que ahora tengo enfrente.

Abro esta caja que compré en la ciudad de La Plata, en un bazar chino por 250 pesos. Me pareció barata. Una

caja negra de plástico que pusieron en una bolsa blanca de plástico. Algo común de los bazares. En la combi de vuelta, me senté en un asiento doble y la puse en el asiento de al lado para que me acompañara. Me bajé en el obelisco y caminé con la bolsa agarrada de las manijas, como una nena que llevaba de paseo. Subí al subte, la senté sobre mis piernas hasta la estación terminal. Con las yemas de los dedos acaricié todo el viaje la tapa de la caja cubierta por la bolsa, la bolsa tenía sonido y la tapa textura, una caricia con estribillo. Qué horrible decir estación terminal, cuántas cosas terminan desprevénidamente, en una tajada violenta, y nacen con un grito. Llegué a casa, acomodé la biblioteca y adentro de la caja puse algunos cuadernos.

Después de varios meses de ese momento, vuelvo abrir la caja. Hay 14 cuadernos con apuntes de clases de teatro. Quiero describir cada uno, pero qué sentido tendría contar si son cuadernos artesanales o comprados en negocios de avenida, si me gustan las hojas lisas más que las rayadas, la soltura de escribir fuera de una línea prefabricada. Mejor digo lo que encuentro, un papel de bananita dolca estirado con la uña de mi dedo medio, regalo de miércoles 21 horas, dulce que raspa la garganta, y el guión de una escena, ellxs embajadores de un país inexistente, yo una espía rusa llamada Cúrcuma. No me interesa transmitir cuánto nos divertimos en esas escenas, ni la risa a punto de estallar en los ojos de mis compañerxs, combustible para caminar y caer al piso en una coreografía rota y amorfa. No me interesa. Prefiero contar que veo esos cuadernos y me pierdo en un laberinto y se entienda esta pesadilla entre frases poéticas que no dicen nada.

Quisiera poner esta sensación, de angustia podría llamar, sobre las ranuras de un exprimidor y hacer un jugo de palabras color naranja o verde. Se podría contemplar el líquido como una obra de arte; la gente diría: ¡qué bello discurso!, ¡qué emoción literaria!, ¡un jugo exquisito!

Me gustaría que esa emoción cayera de un robusto nogal, la descubriera frente a mis pies y con uno de ellos, podría romper su caparazón, el exocarpio llamado en botánica, la cáscara simplemente, para que se abra. Vería mi emoción partida en dos sobre el suelo. La definiría: incertidumbre; fruto seco, caído, cosechado. La botánica exclamará: ¡ha caído una emoción del nogal!

¿De qué serviría transcribir un ejercicio hecho en una clase simple? Un evento teatral como cualquier otro de las grandes ciudades, donde la gente se agolpa y tiene un deseo, como reptiles gigantes que lanzan fuego por la boca. O decirles, siento el eco que hacen los tacos de los zapatos sobre el escenario, arriba de la chapa, la madera, la tierra o el cemento.

Hacer hincapié en el ensayo de una obra teatral, de autorxs argentinxs, eslovenxs, dramaturgias colectivas, lo que sea, y definirme como una sonámbula que comparte silencios. Todo tan intangible, impreciso, un camino de ripio sin señales. La ruta del ensayo. El peligro. La copa de cristal al borde de la mesa a punto de caer. Alguien con reflejo despierto la atrapa en el aire. Y alguien se corta y chupamos como cachorrxs la sangre. Los ensayos. Somos una misma definición genética provisoria y dispersa, nos movemos en ronda por las calles tanteando una salida, y terminamos reconociéndonos en una esquina cualquiera.

Entonces los cientos de enunciados tajantes que se auto defienden en esas hojas blancas anilladas. ¿Qué importan? Si hay 14 cuadernos guardados en una caja de plástico. No quiero emparentar esta caja con una estación terminal. Aviso, aquí los 14 cuadernos podrían morir para siempre. Voy a romper las hojas como papel higiénico, prender hornallas, quemar bloques de papel, mancharlas con barro, pero estaría vivo dentro de ese humo poblado que es la subjetividad y me persigue como nube.

Sobrevive latente el mundo, con sus debates, estadísticas y muertes. Una tormenta que nace cada noche. Si cuento que antes la noche era otra cosa, nadie me lo creería. De qué sirve la caja de plástico si no es para abrirla ahora en esta tormenta. Porque a decir verdad, lo que me afecta no es la caja ni los cuadernos ni lo escrito, es lo que está en el aire y desvela, lo que me hace balbucear cosas que no tengo ni idea, dar fórmulas precisas, inventar poesía. Salta sobre mí y de pronto tengo palabras para nombrar. Susurro mientras me chorrea saliva entre los dientes y me deforme en algo que no tiene juicio ni dios. Es el teatro dibujado en minúscula, incómodo, adulto torpe jugando a las escondidas. El teatro deambula por la madrugada y golpea la ventana de mi casa interpelándome ¿qué va a pasar mañana? ¿Es el teatro realmente quien pregunta, o es mi cabeza fragmentada? Le diría: vos seguís tu curso, como el hilo de agua que corre al lado de los cordones de las veredas después de que lavan un auto. Esa corriente donde se juntan hojas, cigarrillos, chicles y monedas. Antes de cerrar la caja, leo lo que está escrito en uno de los cuadernos, —todo es falso momentáneamente—.

Libro de las Lamentaciones

Darío Rodríguez

Duitama, Colombia— Pienso en el silencio de César Aira.

Pienso en que esto no va a ser leído porque muchos están pendientes, más bien, de sus propios diarios de la pandemia.

Todo texto, de aquí en adelante, será un diario de la pandemia.

El silencio del escritor profuso. Que incluso ha llegado a publicar tres, cuatro libros al año.

Pienso en la verdad de los memes. Lo que revelan. Sobre todo en lo relacionado al callar.

¿Dónde están ahora los antivacunas? ¿Dónde los homeópatas?

Pienso en el silencio de quienes podrían (¿tendrían?) que pensar algo y se ven obligados a escribir pero, delante del estado fluctuante de los eventos, no pueden hablar ni escribir, ni pronunciarse.

Pienso en la perplejidad manifiesta de la escritora peruana Katya Adaui.

Lo que estoy pensando ya otros, cientos, miles, lo están depositando, ahora mismo, en sus rincones de las redes sociales, lo están soltando en sus vídeos de internet. En sus artículos de la *web*.

Se van a leer del mismo modo en el futuro próximo: con desdén, sin ningún tipo de interés. Antes de ser abandonados.

César Aira escribe en cafés.

Ahora los cafés y los bares están ofreciendo servicios a domicilio, pues el mundo de sus clientes ha sido cerrado.

Pienso en que la imagen icónica de la pandemia imperante hoy o mañana será reemplazada por otra.

Y en que la antología de esas imágenes quizá ninguno de nosotros llegue a verla.

Pienso en Freud. En el libro *El chiste*. Cómo un gracejo es, involuntariamente, el fresco y el estudio completo de toda una época.

Pienso en que este artículo, si es publicado, no será compartido. Por nadie. Porque no es un gif, no es un meme, no es una caricatura ni una fotografía. Sólo manchas de tinta, como dijo Lichtenberg.

Esto nos vive. Y nada se puede decir.

Pienso en que el presidente de Colombia suma a su incompetencia la desmedida intención para gastar dinero. Como si nada estuviera pasando. Acaba de invertir nueve

mil millones de pesos en automóviles nuevos, dotación personal de la presidencia.

Sus intervenciones televisivas diarias, cargadas de la pintoresca retórica colombiana y de un discurso robado a la peor literatura de superación personal, llevan al aumento de la perplejidad.

El presidente guarda un silencio obsecuente, también —como todos nosotros—. Encubierto en sus discursos.

Pienso en Antonio Gasset, quien presentó el programa *Días de cine*. Su cáustico humor. Qué diría, qué dirá, de todo esto. Hace lo único gallardo y válido: calla.

Claro que en Colombia están pasando cosas graves. Excesivas, de hecho. Y al mejor estilo de lo que siempre ha sucedido aquí.

Antonio Gasset, hace más de 10 años: “Llegó la pausa. Tomaos con filosofía y paciencia las pasiones futbolísticas, sexuales y políticas. Las primeras porque se trata de un juego; las segundas, porque suelen ser efímeras; y las terceras porque el oscuro objeto del deseo suele ser un mentecato”.

Pienso en Duitama, la ciudad intermedia donde vivo y escribo acerca del pensamiento de otros. Algún detalle curioso o digno de ser registrado tendrá este lugar como para ser ubicado sobre los renglones:

Quizá la serie de ardides y trampas que debe hacer un adicto al bazuco para adquirir sus dosis. Que no son diarias sino, como se sabe, horarias. Cada dos horas tiene que estar encendiendo su pipa, fumando, soplando.

Los nuevos Lazarillos de Tormes. La nueva picaresca del adicto quien birla a la policía, al control ciudadano y a las restricciones del confinamiento para ir en busca de su proveedor y de su ración alucinógena.

Pienso en el silencio satisfecho del adicto al bazuco una vez que ha soplado. Ese es el silencio de todos. Por lo

menos todos los colombianos. Somos adictos al bazuco. Y guardamos silencio en espera de la próxima dosis.

Dentro de dos horas. O menos.

Vivimos para eso.

Si no tenemos que inventar un modo de buscar comida, vivimos en función de nuestro bazuco.

Pienso en actuales lugares comunes. Resiliencia. Empatía. Reinventarse.

En vez de “reinventarse”, el actor y dramaturgo Carlos Mario Aguirre propone desinventarse.

Pienso en quienes vivían confinados antes de que todo esto iniciara: Thomas Pynchon, por ejemplo. El decano de todos los demás.

Pienso en los artistas espontáneos que brotan todos los días dentro de internet. Personas que, de súbito, pintan, bailan, cantan, escriben.

Toda esa actividad artística empírica va a ser olvidada como la avalancha que es. Que fue. No tiene la fuerza para resistir al embate de las noticias periodísticas, del porvenir inseguro. De la tristeza.

Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es internet.

Para quienes tienen acceso a internet.

Nuestra vida es internet.

Para quien no tiene internet, su vida es la televisión.

Un Libro de las lamentaciones en este nuevo destierro, en esta nueva Babilonia encerrada. Esta nueva esclavitud.

El destierro en Babilonia despertó el ardor de la plegaria, del salmo, del canto orante.

Pienso en Emily Dickinson. En su blanca elección.

En ella como propósito para un futuro que no existe.

El hastío de la palabra nariz

Ivonne Laus

No una palabra, apenas un murmullo, apenas un escalofrío, menos que el silencio, menos que el abismo del vacío; la plenitud del vacío, algo a lo que no se puede hacer callar, que ocupa todo el espacio, lo ininterrumpido, lo incesante, un escalofrío y acto seguido un murmullo, no un murmullo sino una palabra, y no una palabra cualquiera, sino distinta, justa, a mi alcance.

Maurice Blanchot, 1973

Argentina— Ya estamos infectados. La infección es como el pensamiento. Y, además, está en el pensamiento; lo habita, lo colma. Aunque a simple vista parezca lo contrario, el pensamiento está afuera, y nos piensa (nos infecta). Foucault y Deleuze se supieron poner de acuerdo en eso, sin que hasta ahora nos molestara demasiado la idea a quienes (todavía) somos mortales.

Hoy, “el pensamiento del afuera”, por lo menos nos inquieta porque, afuera, está prohibido, afuera habita el peligro. Y si el afuera es ilimitado, el peligro también lo es, como lo es el miedo y la restricción. En el lugar en el que el pensamiento se pliega y produce interioridad, es en el que nos afecta. Nosotros dentro del pensamiento y no ‘nuestro’ pensamiento. Entonces ¿cómo acotar aquello que nos piensa?, ¿cómo sustraernos del pensamiento, de su murmullo incesante?

Es un ruido, como de goteo, que no cesa. Más bien estalla de a poco, con una sonoridad cercana y pesada, como si no dejara de morir nunca. Una contabilidad.

Menos en la acumulación de la muerte que en sus números precisos está todo el furor del pánico. ¿De qué se trata contar la muerte, desmenuzarla, segregarla, enumerarla, anunciarla? ¿Acaso no preferimos el escándalo siempre

inesperado de su acontecimiento, a esta promesa obscena, a este suplicio?

Pero asimismo, hay quienes esperan. Esperan que una pandemia haga la revolución por nosotros, esperan que la enfermedad nos contagie —a condición de sacarle el cuerpo— las voluntades. Esperan la fraternidad, el amparo colectivo, la proeza comunitaria, la destrucción del capitalismo. Esperan la valiente transformación de nuestro jodido tiempo mientras todos morimos de miedo. Hacer *Un* socialismo, pero uno bueno, con comillas, desde la *notebook* o el teléfono celular.

¿Que salgamos de la pandemia transformados? Yo aprendí que desde donde alguien puede salir transformado es de una experiencia. Para menguar el dramatismo, pongamos por caso una experiencia, por ejemplo, de escritura. Lo cual es posible porque, en la escritura, se fabrica algo, se ficciona, se crea lo que antes, sencillamente, no estaba; una experiencia que se cruza con otros, que leen. Pero toda esa ficción, a lo sumo, es verosímil. Esta mierda, es verdad. Está regulada por la verdad y está *hecha* de verdad.

La verdad de la contundencia de la muerte, no sólo en su cadavérica empiricidad, sino también en su espectáculo, aún cuando su solemnidad espectral se encuentre interferida por la amenaza de este virus, que separa a los vivos para no amontonar muertos. El aislamiento no sólo arrasa nuestro estilo de vida, sino a la vez, nuestro estilo de muerte; como si en el último respiro se perdiera también el nombre.

Pero la verdad, con su estructura de ficción, es a la vez la condición de posibilidad de este naufragio de los cuerpos, de su amputación de la ciudad, del encriptamiento en este mausoleo que hoy es la casa. ¡Somos rígidos con eso! dicen los funcionarios, expertos, que contabilizan la muerte para administrar la vida, anulando el carácter contingente de su reciprocidad.

“Si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte”, así parafraseaba Freud un viejo apotegma sobre la guerra. La fatuidad científica, su asepsia desmedida, sofoca al psicoanalista.

El acatamiento del cuerpo a las indicaciones del saber médico se sostiene en esa autoridad que, no obstante, ignora lo que sabe. ¿Qué torsión semántica haría posible quebrar la hegemonía del discurso? El anticuerpo del cuerpo amenazado, a falta de antígeno y aún con “tapabocas”, también puede ser la palabra.

Confinándome entonces a “La verdad”, no encuentro aún una palabra a mi alcance. Personalmente, al contrario, tras el escalofrío sufro el hastío, por caso, de la palabra *nariz*. De su órbita inexacta, de su puerta de entrada, de sus orificios abiertos a esta alteridad insoportable que hoy es el mundo. Padezco el silencio en la boca, en la comisura de estos labios renunciados que no mojan nada, que no pronuncian nada, que no escupen, que no beben de la copa de nadie, en sus mesas, en sus casas, en sus calles. El abismo en los ojos, que resbalan desprevenidos en la pendiente de la curva de la enfermedad. Y, otra vez, el murmullo, ese zumbido en los oídos, pero estridente, que ensordece la tarde, al son de la cantinela de la sirena mortífera que suena todos los días, inequívocamente, a las seis.

Las manos anestesiadas de no tocar. Los pies entumecidos de sopesar su camino entre el baño, la cama, la cocina y la sala de estar. La mente detenida en las 17 pulgadas con brillo automático del ordenador de una vida ermitaña potenciada al extremo en defensa de toda la humanidad. ¿Y lo que cobra importancia es ese florero? Es cada individuo que compone el ramillete de flores, es cada pétalo, es cada célula viviente de esa simple vida botánica. Y es la tabla que soporta el florero, y sus cuatro débiles y estáticas patas. Y es ese suelo de granito, tan frío, tan antiguo, tan incierto,

que soporta la mesa que sostiene el florero que contiene las flores con sus pétalos y sus células vivientes que, después, morirán, porque viven. Pero yo no las cuento. Es la casa, cuyo techo se encuentra a la altura misma del suelo.

Habito los suburbios de la vida que tenía (aún sin destacarme en nada); vivo de sus migajas. Echo mucho de menos mi vida común, la vida en común. Las que se tocan o se tocaron alguna vez con la mía. La libertad de mi compañero en su río, la llegada de mamá, los mellis de la Negra, los amigos en la Facultad, la reunión en el bar, cada una de las voces casi tangibles que solía escuchar.

Pero es la vida de Antonio, la que más. Que apenas termina de dar su séptima vuelta, recibe esta frenada brutal a casi todo y, principalmente, a su pasión por la amistad. ¿Y si lo acepta? ¿Y si los niños y niñas aceptan que se puede prescindir de la amistad? ¿Y si se olvidan? ¿Y si el mundo distópico que nos mostró la literatura, aquel en que seríamos gobernados por las telepantallas y los aparatos digitales más sofisticados, reemplaza el mundo utópico de la infancia, sus engrudos, sus abrazos, sus escondidas, sus campamentos? ¿Y si entonces no conocen el mundo que conocimos? ¿Y si la infancia era el suelo de cultivo de todo aquello que ocuparía después el sitio fundamental que ocupa, en la vida adulta, el lazo material, elemental, irremplazable de la amistad?

Cuando beso a Antonio, siento en su pelo, en su piel suavcita el olor de su amigo entrañable. Le veo un gesto suyo en los ojos y, también, en la forma de decir —como a su través— ciertas palabras, y lo extraño con él. Ansío esos diálogos mágicos e imperdibles, esa manera insensata de invención y destrucción del mundo, en un acto del que sólo la infancia es capaz. Quiero que sea nuestro huésped otra vez.

El problema es que el confinamiento preventivo aseguró un giro discursivo radical, a partir del cual, el huésped,

literalmente desaparece en una estrategia única de inmunidad. La corona simbólica de un virus, en el discurso popular, pone al cuerpo en evidencia. Indica el imperio de lo viviente, del biopoder. El huésped en las cosas políticas de la vida es, como siempre, un cuerpo cualquiera. Y ese virus con corona, el soberano eventual. Estamos conminados (pero esto desde hace mucho tiempo) a un banquete sanitario universal, donde el cuerpo, como el mundo —aún con su singular mapa de lunares, con sus fronteras epidérmicas, con sus olores, con sus ríos de fluidos, con sus zonas rojas infectadas, con la brisa de su aliento y el contagioso viento de sus suspiros— es, solamente, un pliegue en la gramática de esta peste.

Tratamiento contra el polvo

Irasema Fernández

1.

México— dejé la cama con la intención firme de lavar los trastos. en el día ininterrumpido hay un mérito grande entre el pensamiento y la ejecución; entre mirar el agua y asegurarnos de que la necesitamos; entre tomar la fruta o verla pudrirse. hay que jalar los hilos de la mente y convencernos de la causa y el efecto de la vida: así sea mirar lo que deberíamos comer o pararse frente a la tarja de trastos sucios, colocarse los guantes, tomar el jabón y repasar los alimentos de una jornada, para explicarnos numéricamente cómo una persona puede ensuciar tanto y por qué ahora importa más que nunca.

2.

todo en la casa está aburrido de que le conceda pensamientos vagos y miradas que poco lo complacen. “es lo que hay” digo, y asiento con la cabeza como quien ha dado una instrucción militar.

teniéndome a mí como única espectadora todo lo que hay se arrancia y amarillece como una uña vieja.

el primer escenario que imaginé para mí fue desarrollar claustrofobia en esta casa que, además de minúscula, está chueca. no será el primer día del diagnóstico erróneo: descubrí que ya no puedo pensar en el futuro inmediato, mi mente canceló las proyecciones y no sé dónde estaré el próximo mes.

2.1

había hecho un calendario para los instrumentos musicales que aún yacen inertes en las esquinas de mi casa. sentí pena por ellos, me convertí en la madre que dio luz a la arena.

como las piedras que se alisan y embellecen con el agua del río, así,

las ondas sonoras moldean las paredes de los instrumentos de madera,

como quien escucha el trotar de un caballo dentro de una cueva

clac, clac

clap, clap

y yo, que nada toco

siento que los he privado

de algo hermoso.

3

los objetos de la casa
aún guardan una opinión
y un movimiento tuyo,

y yo sé, que estando yo aquí
las cosas se moverán de a poco,
es un tratamiento contra el polvo
y la memoria
se reducirá la cantidad de agua para el café
los hábitos acortarán su espacio
la cama extrañará tu peso
you're going to miss this, you said
I miss everything right now.
pensé que la mejor solución sería
saltar sobre la cama,
en tu lugar,
lavarme los dientes dos veces más al día
usar todo por dos para que las cosas
se desgasten o envejezcan
y cuando vuelvas
diremos
mira, esto ya no sirve,
se agotó,
qué tontas las cosas
que se acaban,
hay que enterrarlas, tirarlas, regalarlas,
comprar más
como si viéramos pasar la vida
con una velocidad ficticia
pensando que el afecto consiste
en el uso doble de las cosas
y simular que todo se vuelve obsoleto
excepto el amor

4

el refrigerador hizo zzzuum, zzzuum, para reanudar su ciclo de enfriamiento. “¡al fin!”, pensé como si hubiera ocurrido un milagro. sonreí. estaba feliz sin entender. continué

lavando los trastos cuando traduje la tragedia: mi cerebro pensó que ese zzzuum, zzzuum tan espontáneo, eléctrico y aleatorio era unx amigx en la casa, una pareja tal vez. una interrupción ajena, algo no planeado, una salida de escape, una vibración de compañía, la suspensión del trance.

quería contarle a alguien de inmediato y, dadas las condiciones, me pareció natural dibujar un par de orejas a los costados del refrigerador. debe ser cansado ser tú, le dije. el zzzuum, zzzuum paró. puse una silla al frente y me senté. ¿y qué haces ahora?, pregunté. durante unos minutos le escuché un sonido diferente, algo que parecía un pulmón cansado. me levanté por una taza de té caliente que puse en el interior y le di las gracias.

5

nos hemos extrañado antes
pero ahora se siente diferente
es imposible imaginar(nos)
un mes en el futuro
o sentir que vivimos al día
en el mundo de los afectos,
¿quién tomará el primer avión?
si antes era costoso
ahora parece que perdemos la vida
en los aeropuertos.
te hice un playlist porque
disfruto los huecos en la panza
que a veces transformo en orgasmos.
la garganta viaja hasta mi clítoris
parezco un gancho
y una hamaca.
pongo mis dedos sobre los pezones
para simular que de algo me sostengo,
ya sabes que estos días tiendo

a la melancolía
y a los problemas estomacales,
más o menos así
entiendo que se extraña

6.

el futuro era eso,
mirarlo todo
sin tocar nada

7.

ahora
verse al espejo
es leer la primera
línea del mundo,

Un pan recién horneado en la pantalla

Víctor A. Mojica

El Cerro Ancón, Panamá— Una mañana revisé el celular y tenía en el WhatsApp una foto de un pan que una de mis hijas gemelas había preparado. Tenía un aspecto increíble, esponjoso, caliente y estaba dorado en su exterior. Sentí envidia y hambre inmediatamente pero luego sucedió algo novedoso: el pan que todos celebran como la gran conquista de la humanidad en este encierro —el cual alegra millones de hogares en todo el planeta que agotan la levadura de los mercados— era el alimento más triste que había visto.

Antes de la covid-19 lloraba cuando las veía jugar, al despertar, cuando corrían en la playa detrás de unos pájaros. Con esta mezcla de harina y huevos se me hizo un

nudo en la garganta y una marea descontrolada de nervios y lágrimas se apoderó de mí. Las actividades más placenteras para algunos padres, en ocasiones, son deprimentes.

Hasta entonces un pan era un pan. No me lastimaba. No era una canción —digamos “Mar” de Carlos Méndez—, ni tampoco una película —digamos *Stuart Little*—, ni muchos menos un vídeo de ellas bajando un cerro en un pedazo de cartón. Hasta ese día era un pan proveniente de un país que no es Francia.

Sin embargo había mutado con el microbio. Los virus cambian significados, al igual que la depresión. El pan tomó la forma de un juez severo y desde que tengo esa imagen conmigo no paro de pensar en que soy un pésimo padre y que este reclamo llegará mañana vestido de odio.

Cuando no vives con tus hijos atesoras pérdidas. Te conviertes en un coleccionista de ausencias. Siempre te pierdes su vida por más teléfono que exista. Estás allí pocas veces y esas pocas veces son insuficientes. Cuando no vives con tus hijas y sucede una pandemia te pierdes más piezas del rompecabezas. La covid-19 me quitó el desayuno con ellas, aquellos momentos en que te dicen que apareció un amor y que odian a sus amigos, o aquel instante cuando te miran detenidamente a los ojos en busca de confianza y este humano más frágil que un frasco simula ser digno compañero de luchas.

Por eso el pan que compré en la tienda, que serví caliente, con huevos revueltos y jugo de naranja, en la cabaña donde crecimos o el pan del restaurante que comimos a unos metros de la playa con jamón y queso, en emparedados, al despertar el día, no hacen mayor sentido, porque el valioso, el importante, es el que perdiste. Por eso esa mañana que encendí el teléfono vi en aquel pan una tristeza cabrona.

Ese pan recién horneado en la pantalla es el último recuerdo que tengo. Después de la fotografía dañaron el

teléfono y no supe más de ellas. Su madre me contó que mi hija se lo comió todo y no lo compartió con su hermana. Desde entonces han pasado casi 20 días y ningún gobierno, ninguna autoridad, nadie, me ha sabido contestar cuándo volveré a desayunar con las gemelas.

Una cuarentena verde

Orlando Mazeyra Guillén

Arequipa, Perú— De arranque, debe reconocerlo: se trata de una rehabilitación involuntaria. Forzosa. La más imprevisible de su vida. Muchas veces hizo terapia de grupo (guarda un grato recuerdo de los adictos que tenían un local frente a la plaza Manco Cápac en La Victoria, pues lo ayudaron mucho cuando la soledad y el frío del invierno limeño lo pusieron, como tantas veces, al borde del abismo). En otras ocasiones decidió intentarlo solo. Fracásó.

Ahora él —porque sí, marcar el calendario se ha convertido en un ritual matutino que invita a más de un cuarto de hora de silencio y reflexión— no cuenta los días que faltan para que acabe la cuarentena, sino los días que lleva sin beber. La última vez fue un sábado siete de marzo. Parece que fue ayer. Había marcado un gol —¡se alinearon los astros!— en la primera fecha del campeonato de ex alumnos del colegio La Salle y su equipo ganaba por la mínima diferencia. Todo asomaba casi a la perfección, como para colorear una tarde de ensueño.

No obstante, en el entretiempo —los manes del equipo— decidieron hacer cambios absurdos. Tres todavía: defensa, volante y ataque. “La argolla”, se dijo atravesado por la impotencia más genuina: “en todos lados, ¡la putamadre!”. Les voltearon el partido y perdieron. Ahora nadie

recordaría su gol. Contrariados, decidieron ir a La Ramadita para matar las penas. ¿Así era el fútbol? No, ni de a vainas. Así son las argollas que lo envenenan todo.

Kruver, el delantero estrella del equipo, acababa de llegar de Italia. Había viajado durante las vacaciones con su novia, una madre soltera con la que trabaja en un colegio de alto rendimiento. “Lo bueno es que me jalé de Milán antes de que todo explotara”, informó él, sumamente aliviado.

—¿Qué? ¿Hubo un atentado terrorista, Kruver?—preguntó Juan llenando el vaso.

—No, cholo, me refiero al coronavirus.

—Ah, esa mierda. Por suerte acá la situación todavía está tranquila.

—Aparentemente —musitó Kruver dejando entrever que todo se podía tornar sombrío—. Nos está soplando la nuca como Reyna a Maradona en el 85.

Y, para colmo, estornudó mientras sacudía los restos de espuma que quedaban en el vaso cervecero. No importaba. Había que chelear por ese reencuentro. Ni siquiera se les pasó por la cabeza que sería también la última tarde que jugaban al fútbol (y que, tras cuernos palos, el campeonato se cancelaría, en el mejor de los casos, hasta el próximo año por culpa de una pandemia que jamás olvidarán). Bebieron hasta las últimas consecuencias y de eso no vale arrepentirse.

Su última resaca fue un verdadero tormento: esa jaqueca insoportable que hace pensar en destaparse el cráneo con lo que uno tenga a la mano. El malestar general, mareos y ganas de devolverlo todo. Hace más de dos meses que no pasa por ese tipo de malditas sensaciones. Eso lo motiva. Levantarse sobrio sabe bien (más que bien): lo ilusiona. Intenta aprovechar el día recordando al profesor de *La sociedad de los poetas muertos: carpe diem*. Si Robin Williams lo viera, estaría orgulloso de él. “También lo hago por ti, compañero”, piensa... otro adicto, pero con talento.

Borronea un diario del coronavirus que seguramente terminará desechando. Ya no enciende el televisor. De vez en cuando la radio, pero no más de 30 minutos por día. Desconectarse de la realidad es un mandato casi espiritual. Abrir viejos libros, recordar una magnífica frase de Piglia que ahora resulta más portentosa: “El hombre que vive a pesar de la realidad es más grande que quien vive gracias a ella”. Ahora más que nunca, lúcido y saludable, puede concentrarse en su vida. Y andar detrás del momento de la sensación verdadera, como Peter Handke. Todavía le queda tanto por leer que seguramente la cuarentena se quede chica. Qué privilegio el suyo: una habitación, un cuaderno de notas y una montaña de libros. Ha tenido experiencias horribles, como los ataques de ansiedad producto de borracheras eternas. La vida del adicto es tan extrema que un confinamiento como el de estos tiempos puede resultar un jueguito infantil al lado de una crisis de abstinencia. ¿Las tiene? Sí, a veces, tiene que reconocerlo. Podría ir al supermercado más cercano y conseguir latas de cerveza o un par de botellas de vino barato. Sería muy fácil y, para él, estúpido.

El confinamiento tiene que ser provechoso, algo así como el punto de partida para algo nuevo. Tal vez se atreva a contemplar el otro lado de las cosas. ¿No quedaban muchas cosas por escribir?

Su hermana desde Estrasburgo le dice que aproveche estos días para sanar a su niño interior: “Vence a tus demonios”, lo anima a la distancia.

—¿Tú ya los venciste? —le pregunta él, de mala gana.

—Todavía no —reconoce ella—, pero lo estoy intentando. Cuesta mucho. Me he pasado la mitad de la vida ganando diplomas y primeros puestos para nada.

Sí, el alcohol. Lo extraña, sobre todo cuando no puede conciliar el sueño. Lo necesita. ¿Cuál es su motivación?

Terminar un nuevo relato, de esos que saben a gol olímpico. Saber que vive a pesar de la realidad y no gracias a ella. No precisar de medallas, diplomas ni reconocimientos. No tener nunca más que juntarse con gente triste, rota, destruida —como los del grupo de La Victoria o los peloteros fracasados— que volvió a cagarlas (porque de eso se trata: de no volver a cagarlas). Lo sabe muy bien: el alcohol, para él, era peor que el coronavirus. Y esta vez no estaba dispuesto a perder. No más. Hay calendario para rato: *Carpe diem ad infinitum*.

*

Jueves 26 de marzo. Papá no puede visitar a mi tía, su hermana mayor, que vive en una casa de reposo para ancianos. Sufre de Alzheimer.

—¿Estará preguntando por nosotros? —le pregunta por teléfono a su sobrina, la única hija de mi tía.

—No creo, tío —le responde ella—. No te olvides de su enfermedad. Quédate tranquilo en la casa nomás.

Por su parte, mi madre baña a la mascota mientras el presidente Martín Vizcarra anuncia que la cuarentena sigue y ella, entre distraída y desconcertada, se olvida de cerrar el caño del lavabo del patio. Entonces mi padre monta en cólera y dice que está cansado de que desperdicien el agua.

Mamá rompe en lágrimas y le ruega que deje de gritar: “No me maltrates tanto, estoy aburrida de tus gritos. Date cuenta de que nos podemos ir en cualquier instante, ni el coronavirus te hace cambiar un poquito”.

—Yo soy el que tengo que pagar el agua —replica él a grito pelado y entonces me convengo, una vez más, de que hay cosas que nunca cambiarán.

*

Viernes 27 de marzo. Despierto. No sé en qué día estamos. Ya estoy harto del calendario. Pienso en mis manos

obsesivamente. Voy a lavármelas antes de bajar a prepararme el desayuno. Cuando llego a la cocina me lavo las manos de nuevo porque creo que toqué el pasamanos de las gradas. Quiero sentirme a salvo. El enemigo invisible está por todos lados: en mis zapatos, mi ropa, mis lentes, los caños, el manubrio de las puertas, los individuales de la mesa, los cubiertos. Lo siento cerca, cascoteando el rancho, maquinando un ataque certero. ¡Maldito bicho! ¿Cuándo? ¿En dónde? ¿Cómo? Mi madre me cuenta que el papa Francisco dio un mensaje emotivo y que sólo la fe puede derrotar al coronavirus. Me pide que la ayude a colgar una imagen del sumo pontífice en su red social con el mensaje que dio desde el Vaticano. “¿Quieres leer lo que dijo el papa?”, me pregunta. “No, gracias”, le respondo, “no me servirá de nada”.

*

Sábado 28 de marzo. Mi hermana menor me envía una foto de su vientre hinchadísimo. Le hago algunas bromas por teléfono. Me dice que el bebé —es un varón— “está hecho un trompito”.

—Se mueve a cada rato —me dice contenta—. Le gusta dar patadas.

—Va a ser futbolista —le digo y espero poder verlo crecer, regalarle una camiseta de mi equipo de fútbol y llevarlo a la tribuna del estadio Monumental Arequipa de la Universidad Nacional de San Agustín. Sueño. Anhele. Me despercudo de la realidad. Es el cumpleaños de Mario Vargas Llosa, otro dato que no hubiera pasado jamás por alto. Durante la cuarentena —a pesar de todo— sueño, leo y escribo. Y, si se me concediera tan sólo un deseo, quisiera pasar este fin de semana —al menos esta noche sabatina— en un lugar del mundo, porque ya estoy cansado de estas jornadas arequipeñas silenciosas y tranquilas (que

no asoman ni siquiera en Semana Santa): “Tanto deseaban mujer y diversión nocturna estos ingratos que al fin el cielo (“el diablo, el maldito cachudo”, dice el padre García) acabó por darles gusto. Y así fue que apareció, bulliciosa y frívola, nocturna, la Casa Verde”.

Sí, lo sé: soy un insensato, pues hay cosas que nunca cambiarán. Quisiera, esta noche y entregado a la imaginación, visitar aquel mítico prostíbulo piurano. Cerrar la puerta y, por supuesto, mandar al coronavirus a la mierda.

—Arequipa, mayo de 2020.

Noticia de mis cosas

Ana Laura Magis Weinberg

México— Desde la distancia, desde el sol y los 30 grados centígrados mexicanos, desde la promesa de tacos —todavía no he ido por tacos—, es fácil pensar en todo aquello que no hice, que debería haber hecho cuando me iba de Inglaterra: haber pagado otra maleta en una aerolínea donde los precios aumentan exponencialmente, haber traído más cosas, o menos cosas, o mejores cosas; haber guardado todo en otro lado, o no haber guardado nada. *Llévate lo que ya no vas a usar*, me dijeron mientras, por la pandemia, abandonaba todo de repente: el doctorado en literatura inglesa, el cuarto que rentaba, la vida que me había costado tres años construir. *Llévate lo que sabes que no vas a usar*.

¿Saber? Cuando me fui no sabía cuándo iba a volver, ni qué iba a pasar. Sólo sabía que todos estaban cada vez más preocupados, y que había cada vez menos vuelos.

¿Saber? La palabra resulta ridícula ahora: ya nadie sabe nada. No sabemos cuándo va a acabar, ni cómo será el nuevo mundo que nos espere. *El valiente y nuevo mundo*,

diría, con un tono esperanzado, el mismo Shakespeare que en voz de Hamlet ha nombrado la incertidumbre como aquello tan terrible que es preferible soportarlo todo, todos los azotes de la vida y del destino, que enfrentarse a ella.

No sé nada ahora, ni siquiera sé que nada sé. No sé cuándo voy a poder volver. No sé si al regresar mis cosas sigan allí. Cuando Hamlet habla de la tierra incógnita de cuyos límites ningún viajero vuelve nunca, se refiere a la muerte y no al mundo en el que vivimos ahora, ni al mundo que vendrá. ¿Pero qué no son lo mismo?

Llévate lo que sabes que ya no vas a usar. Nadie sabía nada. Nadie sabe nada.

El 19 de marzo, día que me fui, hice la fila en el correo, compré los sobres plastificados, empaqué libros de mi supervisora, de mi biblioteca, míos, libretas con apuntes, papeles sueltos, tarjetas de presentación. Hice dos paquetitos, cada uno de tres kilos, porque me aseguraron que si se pasaban de cinco se iban a tardar más de los cuatro días hábiles en llegar y yo, quizá habiéndome sobreacostumbrado al correo inglés, les creí.

Los días anteriores, y ese mismo jueves, he ido tomando cada una de mis cosas (ropa, cremas, sartenes, espátulas, y sí, más libros) y las he ido dejando en mi oficina. Así, sin ayuda de nadie, he bajado los dos pisos y caminado los 400 metros hasta mi oficina, llevándome como hormiguita toda mi vida allá. Más de una vez me han acusado de tener demasiadas cosas. Y sí, hay momentos que, con una mochila y dos bolsas y cargando una caja que tengo que recargar cada vez que me enfrento a una de las siete puertas (pesadas como son allá, contra incendios) me pregunto por qué carajos tengo tantos zapatos, o por qué compré un paquete de seis jabones, o por qué tengo tantas plumas distintas. Cuando se me caen los cajoncitos de plástico

—cosas para guardar cosas, pienso— o se me desfonda una caja apenas empezado el trecho mi reclamo es con el mundo: una termina juntando esas cosas. Los zapatos son porque el mundo espera que una salga bien vestida. Los abrigos son por el frío.

Mi oficina no es oficina, es más bien un cuarto; tampoco es mía propiamente. Es un espacio común a disposición de todos los que hacen un doctorado en el departamento de humanidades de mi universidad, pero lo cierto es que nadie usa ese espacio y nadie toca nada (lo sé porque he sido yo, a las 12 de la noche por esos pasillos alfombrados, silenciosos y vacíos, la que ha ido tirando papeles ajenos cuando me quedo a escribir pero termino encontrando excusas para no hacerlo). Llegué con mis cosas y las comencé a ordenar, intentando ser discreta: pongamos las botellas de mezcal acá, escondidas bajo llave, guardemos estos tupperes en una caja para que parezcan libros. Y mientras subo la caja con salsa verde enlatada y botellas de Valentina hasta arriba de un estante, como personaje de Chéjov que cuenta el dinero que podría haber ganado, pienso en el estante y la cajonera y la mesa de luz que todavía no logro vender.

En este país donde el virus es cosa de españoles e italianos, esos europeos incivilizados, las reglas han ido cambiando poco a poco. Hay escasez de pasta; el cloro que vi en la mañana desapareció de los anaqueles del supermercado en la tarde. Hay cartelitos que dicen “Estos productos quedan restringidos a sólo tres por persona”. La biblioteca de 24 horas ahora cierra a las 10, y me informan que, aunque mi edificio sigue abierto, ahora no hay salvoconducto que me permita quedarme después de las ocho. Esta semana, la semana de mi partida, me despierto todos los días con miedo a que ya no me dejen entrar. Paso el día guardando cosas y llevándolas a la oficina, pero ya no puedo pasar las noches dándoles algún orden. El último viaje, hecho apenas

volví del correo, me vio dejar las sábanas ahí, debajo del escritorio, a la vista, y mi único consuelo es que, para como va la cosa, no habrá dueño de vista alguna.

Tienes demasiadas cosas. Y sí, quiero gritar: tengo una vida, una pinche vida completa, una vida como la tienen ustedes que quedaría en evidencia si de repente, en una semana, tuvieran que guardar toda su vida en cajas y meterlas a escondidas a una oficina. Y libros. Miles de libros que no sé cómo llegaron a mí.

Antes de irme me preguntan si ya le avisé a mi universidad cuándo voy a volver. Me río.

Los libros no llegaron a los cuatro días hábiles, ni a las dos semanas, ni a las tres. Contacto a Correos de México por teléfono (no contestan), por *email* (sí contestan, pero vagamente). Los pongo en evidencia pública en Twitter, donde en privado me contestan y luego no. En casa no hay nadie por la contingencia. No puedo articular la frustración, las horas en vilo, la visita a mi oficina postal para descubrir que ya no opera, la desesperación, la angustia.

Ahora estoy en México. Volví. Como quien corre de una explosión en cámara lenta y se salva. Hui no del virus, sino de la soledad. Hui de la escasez. Hui de la vida en libras (que siguen subiendo) y hui de esos días horribles, grises y mojados, de una llovizna constante, de unas pobres flores amarillas haciendo su luchita por florecer.

Aquí llego a la ropa que nunca me llevé porque pensaba que a partir de ahora mi vida—la vida de verdad—estaría allá. La ropa de aquí tiene hoyitos, o no me queda, o la regalé porque no la usaba. Llegué a la mitad de un capítulo, a una vida ya empezada, o ya por terminar: cosas que había dejado suspendidas en el tiempo, flotando. Llego a buscar,

a reconstruir. Reconstruyo la vida de allá, que a su vez era un intento de reconstruir la vida de acá.

No me hallo: ésa es la expresión, tan bonita y tan mexicana, que me describe. Ahí existo, en la no-hallación. Ordeno para no estar desorientada, pero cuando ya tendí la cama no sé qué sigue. La incertidumbre también está ahí, en no saber qué sigue ni saber cómo empezar. En no saber cuánto tiempo me queda aquí en México, antes de tener que (o poder) regresar. Ante la incertidumbre, la parálisis: doy vueltas mirando al piso, tan perdida como mis libros. Oficina Operativa BJ REG IMP.

Oficina Operativa Registrados Internacional Metropolitano, CDMX. Centro Operativo de Reparto Pacífico. Pantaco. Pacífico. Miramontes. Si hubiera pagado otra maleta tendría mis libros. También mi abrigo. Quizá no hubiera perdido el suéter que se quedó en el camión al aeropuerto, o que se cayó en la fila de la aerolínea, o que se me quedó en el piso del avión. Quizá si hubiera pagado esa maleta ahora estaría escribiendo —la tesis, las novelas, el libro de viajes— en vez de dar vueltas en círculos concéntricos, como buscando la salida de un laberinto sin paredes.

Mi mamá llama al correo y logra lo que yo no pude: que le contesten. Los paquetes están en ese limbo de Schrödinger donde están y no están, al mismo tiempo, en dos oficinas postales distintas. Mi mamá, que jamás se ha dado por vencida, consigue el teléfono del cartero, le escribe por WhatsApp, se pone de acuerdo. Mientras el cartero busca los paquetes que estaban en tránsito, en ventanilla, en recepción y además —todo al mismo tiempo, hay que recordar— en su propia bolsa, mi madre se pone de acuerdo con un vecino con el que nunca hemos hablado. A un mes de mi huida, por fin tengo en mis manos esos dos sobres, pesados, densos. Sobres que, a estas alturas, parecería que nunca fueron más que alegrías. Los abro y caen papelitos.

Igual que mis maletas, las que sí traje, están llenos de cosas cuyo sentido no logro entender, papeles inútiles mezclados con mis notas para la tesis, tarjetas de presentación, cuadernos innecesarios.

Mientras voy a comprar pollo saludo a todo el mundo por la calle. Hui del país donde la gente te ve cargada de cosas, yendo a tu oficina, y nadie te ofrece ayuda. Hui del país donde el correo tiene que funcionar porque no queda de otra al país donde las cosas salen pero no salen, al país donde esas flores amarillas se perderían entre el escándalo de buganvillas.

Mis cosas, de tanto empacar y desempacar, han naufragado en una oficina tan lejana que si le contara los morados y rojos de nuestras flores no me creería. Sigo buscando cosas fantasma como quien busca rascarse el brazo que ya se le amputó. Como tender la cama, resulta que la llegada de los libros no ha solucionado nada. La incertidumbre permanece; el nuevo, emocionante, valiente mundo nunca llega. Todavía no hemos pasado el límite a esa tierra incógnita, la frontera que una vez atravesada no permite marcha atrás. Pero tampoco estamos en ese primer lugar: estamos todos, como mis libros, como yo perdidos en el tránsito, simultáneamente en el mundo antes de la pandemia y el mundo después, sin que nada se concrete. Dame, Hamlet, los azotes y pedradas de la atroz fortuna, o dame el certero punzón. La agonía no está en la certeza, por más terrible que sea, sino en la incertidumbre del trayecto.

Andar a tientas en la oscuridad

Eduardo Cerdán

Xalapa, México— Tengo poca experiencia con la tos seca— síntoma de covid-19— porque mi sinusitis crónica suele arrojarme a los terrenos del goteo retronasal, de la flema, de la tos —dirían mis padres médicos— productiva. Así era, me acuerdo, la tos de mi tío materno en sus últimos días, la tos que mantenía alerta a mi abuela, temerosa de que su hijo de 47 años tuviera una rara versión, retroactiva, de la muerte de cuna.

Mi tío murió el verano de 2019, después de casi dos años en cama sin moverse ni hablar, y luego de tres cirugías cerebrales: la primera y la tercera, por un tumor; la segunda, por un sangrado brutal dentro del cráneo. Tos productiva en un cuerpo inmóvil. Lo viscoso se le aglutinaba en la garganta y su madre, que nunca ha dejado de criar y cuidar, extraía las flemas de su bebé grotesco con una perilla de goma cuya figura se asemeja —me entero después de googlear— a la que adquiere el ventrículo izquierdo del corazón en lo que suele llamarse “síndrome del corazón roto” o “miocardiopatía de *takotsubo*”, en alusión a las trampas japonesas para pulpos que tienen —también lo googleé— una forma parecida a la pera de succión. Quien lo vive siente dolor en el pecho, como si estuviera cerca de un infarto, y —otro síntoma de covid-19— dificultad para respirar.

Mi experiencia con esta sensación es también escasa si la comparo con la de mi abuela, que la ha tenido por lo menos tres veces en sendos duelos: cuando de joven supo que el cadáver de su hermano menor —hinchado y azuloso— había aparecido en la costa tras varios días a la deriva dentro del agua, cuando enviudó a los 57 años

y cuando recién deshijada se retorció de pena mientras lloraba quedito, con la boca abierta, y la respiración se le iba en violentos estertores: transida se tocaba el pecho para contener el grito y se sobaba con fuerza el lado izquierdo, a la altura del corazón.

Me acuerdo de ellos, del que murió y de la que quedó viva, durante este encierro en el que me he mantenido — como la tos cuando me da— productivo. Vivo en la Ciudad de México, pero mi perra Kashtanka y yo llegamos en abril a Xalapa, mi ciudad natal, para pasar aquí la cuarentena. En la casa de mis padres y mi hermana, mi celular no recibe la señal de AT&T. Eso y la autoexplotación —fruto, desde luego, de la precariedad laboral que atraviesa a los trabajadores de la cultura, muchos de los cuales debemos cazar las chambas que se dejen— me han tenido algo incomunicado con mi abuela, pero la evoco todo el tiempo. ¿Qué sería de ella ahora si mi tío siguiera vivo? ¿Qué, con ese fardo que él siempre significó? Mi abuela entraba al mundo apenas amanecía, cuando el olor a pañal sucio empezaba a encender su casa. El cuerpo de su hijo ponía en marcha aquel orden doméstico y la vida, afuera, transcurría mientras él miraba el techo. Si el encierro de meses en casa nos ha trastornado a todos, ¿cómo habrá sido para él estar encerrado dentro de sí, sin hablar, durante tanto tiempo?

Mi abuela, dije, nunca ha dejado de criar y cuidar: sigue haciéndolo. Hace un año llegó a vivir a su patio una gallina ponedora. Así nomás: apareció de la nada. ¿Será que un vecino se dedique a la avicultura? Aunque se trata de una zona céntrica y totalmente urbanizada de Xalapa, ésa es la explicación más probable. El hecho, en fin, es que nadie sabe de dónde ni cómo se fugó la gallina. Aunque por entonces mi tío postrado seguía vivo, mi abuela se echó al hombro el cuidado de alguien más: la Totis, como le puso a la escapista. Era eso —adoptarla— o dársela a otro para que la matara

o la explotara. No es la mascota más interactiva ni la más inteligente de todas, pero cuenta con un valor agregado: pone un huevo casi todos los días. En esta cuarentena es su única compañera, el único ser vivo con el que no guarda sana distancia. Se entretiene con la estupidez y la glotonería de la Totis, que anda a sus anchas en el patio y, aunque se abruma con el cagadero que el ave deja donde le da la gana, su presencia la motiva, la vincula con la vida. Porque ahora, encerrada y sola, mi abuela resiente el eco de sus propios pasos en su amplia casa vacía —la misma donde llegó a vivir en los 70, donde en otro tiempo bulleron las voces de sus hijos mientras crecían—, y a veces llora.

Sus manías han crecido en los años recientes. Únicamente enciende las luces de su casa si las cortinas cubren las ventanas por completo. Y si por alguna razón aquéllas están descorridas, mi abuela es capaz de andar a tientas en la oscuridad para que *ellos*, a saber quiénes, no la vean. Su conversación es densa, reiterativa, anclada en el pasado. Qué lejos, se lamenta, quedaron las noches en que reconocía una y otra vez el mismo cuerpo junto al suyo, uno que a ratos respiraba con ella en una sincronía insólita. Lejos, las madrugadas cuando despertaba inquieta, insegura, y se recostaba con la oreja sobre el pecho del abuelo. Los latidos ajenos calmaban su angustia y la hacían volver a dormir.

Cuando yo era niño, mis padres y yo vivíamos al lado de ella. Acostumbrábamos pegar la oreja, cada quien de su lado, en el muro que dividía nuestras casas vecinas. Mi vínculo con ella es primario, maternal. La abuela y yo nos comunicábamos mediante un código de golpes en la pared, uno que sólo nosotros conocíamos. Latidos tranquilizadores en el concreto.

Estos recuerdos me llevan a uno posterior y desagradable: cuando murió mi tío —mientras mi abuela, mi madre y mi tía acordaban los pasos por seguir—, mi padre

y yo nos quedamos junto al cuerpo. El rictus no se iba y los ojos permanecían abiertos. Papá y yo masajeamos sus párpados para cerrarlos, y el masaje sonaba igual que cuando se mete una cuchara en la gelatina fría. Mi abuela, cerca de aullar como animal herido, regresó al cuarto y acomodó la oreja sobre el pecho inerte de su hijo. Ningún latido la calmó esa vez.

He esquivado hablar demasiado sobre mí porque en mi encierro privilegiado de hiperproductividad, de larguísimas horas frente a la pantalla escribiendo, editando, dando clases y asistiendo a juntas en Zoom, de salidas esenciales con mi padre, del ventilador siempre encendido, de mi madre epidemióloga, de la compañía de mi hermana y de mi Kshanka que sólo recibe el aire fresco en la azotea, de una sexualidad prácticamente pausada; en mi encierro —digo—, que además es una vuelta a la semilla en una Xalapa amniótica, pienso en ese otro encierro: el de mi abuela, de una soledad y un aislamiento absolutos.

Escribo esto de noche, en mi celular, en lo que el clonazepam y la quetiapina hacen efecto. Mi perra duerme a pata suelta junto a mí. A menudo tiene pesadillas: la hacen emitir chillidos, apenas perceptibles, que cesan en cuanto la acaricio. Me conmueve su afecto que raya en la devoción.

¿Qué hará mi abuela en estos momentos? Su edad la coloca en las postrimerías de la vida y en la población con riesgo de tener complicaciones si se contagia de covid-19. Seguramente, ¿a quién no?, le angustia que se eternicen estos días sin el abrazo de los que la queremos. ¿A qué más le teme a sus 73 años? ¿Qué pide cuando reza al anochecer? Sé, eso sí, que ya no cambia pañales cuando amanece, que ya no se desvela por cuidar a su hijo, pero dice que a la fecha, sola en su casa oscura, despierta a mitad de la noche porque cree oírlo toser.

—Xalapa, junio de 2020

Capitalopandemia

Alberto Navarro

Semana 1. Incubación

México— Apenas comenzábamos a tratar de asimilar las cifras y la tendencia de los contagios; los internados, los decesos, los sospechosos y los recuperados en China, Italia y España, cuando la alerta de la pandemia inundó las pantallas de todos los dispositivos tecnológicos. No hubo tiempo de “poner las barbas a remojar”. Tuve que mudarme a Zoom —y junto conmigo algunos cientos de miles de personas— e intentar seguir mi vida profesional, laboral y personal por allí, entre juntas y cursos de capacitación *ad infinitum* en materia de tecnología educativa para proseguir virtualmente con aparente normalidad.

La ansiedad, el miedo y sobre todo la incertidumbre no se hicieron esperar. Podía sentir las emociones de mis alumnas y alumnos. Sus rostros decían: ¿en serio?, ¿durante cuánto tiempo?, ¿es que no hay otra alternativa? Así, de la noche a la mañana estábamos todos en casa a todas horas viéndonos las caras y tratándonos de imaginar si la cuarentena decretada a través del “¡quédate en casa! ¡quédate en casa! ¡quédate en casa!”, era una recomendación, una invitación o un toque de queda. ¿Estamos presenciando el retorno de los brujos: empresarios-reyes, populistas de derecha, fascistas, tecnócratas neoliberales, faraones del *mass media*? ¿La imposición de los gobiernos del miedo y la incertidumbre basados en el régimen de la posverdad y las *fake news*?

Abrí mi correo en el transcurso de ese día y el siguiente, poco a poco fueron llegando las noticias no deseadas: los Institutos de Investigaciones Filológicas y Filosóficas, las

Torre II de Humanidades, cerrarían hasta nuevo aviso; la Facultad de Filosofía y Letras por su parte entraba en el mismo sentido a una nueva fase. ¿Y ahora?, ¿de verdad en casa el día entero durante un mes como mínimo? Qué bien, me dije al principio, ejercicio temprano diariamente, avanzar en los *papers* cuya conclusión vengo postergando, un poco de paz en casa, y convivencia familiar de tiempo completo sin necesidad de agendar o hacer planes de carácter conyugal apasionado. Intimidad en metros cuadrados a 30 grados centígrados a las 16 horas. La división del trabajo, la responsabilidad social doméstica y ciertos visos de solidaridad no se hicieron esperar, aunque no de la manera más democrática imaginable. Además, claro, de libros, cine y documentales en casa a través de Netflix, YouTube, TV UNAM, etc. Soledad en compañía y ¡calma chicha!

Semana 2. Contagio

Nunca he sido de series, no tengo esa disciplina de ir en día y hora siguiendo paso a paso capítulo tras otro, pero esta vez había que intentarlo. Así pasaron por Netflix: *No ortodoxa* y *Algo que creer*, entre otras. TV UNAM transmitió durante toda esa semana de lunes a viernes un ciclo de películas que tenían que ver con Francia. Tuve la suerte de revivir ese gran documento fílmico de *El Jorobado de nuestra señora de París*, adaptación de la novela de Victor Hugo, filmada en 1923, silente, con la soberbia actuación de Lon Chaney. Una suerte de Golem francés de inspiración romántica.

Los días transcurrieron. Las calles se vaciaron. Salía a correr temprano, antes de las 7 am. Luego 30 minutos de bicicleta. Las calles desiertas a excepción de pocas personas, todas con tapabocas y caminando como si fueran parte de alguna película o serie como *The Walking Dead*. Por momentos, alentaba el paso mientras corría o reducía la

velocidad mientras pedaleaba la bicicleta para mirar con más detenimiento quiénes eran los peregrinos y cómo lucían. Me llegaron imágenes llenas de tristeza, incertidumbre, miedo y ansiedad. Me recordaban a los personajes de Béla Tarr en películas como *Las armonías de Werckmeister*, *Satantango*, *La condena* o *El caballo de Turín*. Pero no sólo me llamó la atención este aspecto hasta cierto punto de índole estético, sino el origen social de aquellas personas; todos parecían pertenecer a la clase baja: desocupados, autoempleados, jardineros, pintores, plomeros, boleadores, voceadores, vigilantes, panaderos, cocineros, lavacoches, acomodadores, empleadas domésticas, personal de mantenimiento, entre otros. En general podríamos resumir: asalariados sin derecho a la seguridad social, ni otro tipo de prestaciones viviendo al día. De sus labios la frase: “si no me mata el virus, me muero de hambre. Tengo que salir a ganarme mi comida y la de mi familia para el día de hoy”.

Cuando la voz de alarma tiene lugar, las primeras noticias hablaban de un mercado de animales en Wuhan, China. De inmediato, entre otras cosas, se construye en tiempo récord un nosocomio especializado para atender a pacientes del virus mortal. Muy pronto los contagios y sobre todo las muertes en dicho país comienzan a descender drásticamente. Pronto Italia, España y Estados Unidos pasan a tener números de contagio y mortandad mucho mayores a los de China. Pero, ¿qué características en cuanto a edad, nivel socioeconómico, hábitos alimenticios tienen las víctimas? Tan solo en Estados Unidos, prácticamente el 80% de los muertos no son blancos, y del 20% que sí lo son, casi todos ellos son de clase media baja para abajo. ¿Enfermedad de pobres, más que de hipertensos, diabéticos, fumadores y alcohólicos? Al menos en este país, parece ser así. En España y en Alemania las cifras de contagios son muy similares, no así la de decesos, ya que en España el número de víctimas

mortales es mucho mayor. Más allá del tiempo de respuesta y la responsabilidad con la cual Estado y sociedad reaccionaron en estos países, se revela también y de manera significativa, el deplorable estado en el cual se encuentran los servicios de salud pública. Es cierto que esto toma por sorpresa a todos los sistemas de salud del mundo, pero los pobres resultan ser, otra vez, los más afectados y quienes menos oportunidad tienen de hacerle frente a la enfermedad y salir bien librados. Basta con mirar las políticas de Jair Bolsonaro en Brasil y lo que está sucediendo en Ecuador, especialmente en Guayaquil.

Semana 3.

La peste

Vi en casa por televisión cosas que están sucediendo en México y que me impresionaron mucho, tanto como los ataúdes de cartón en Ecuador. Tan sólo la agresividad de la que es capaz la gente cuando realiza compras de pánico, o cuando en virtud del respeto a la tradición es capaz de lo que sea con tal de adquirir pescado fresco en el mercado en viernes santo, sin importar las restricciones y recomendaciones sobre la movilidad y la aglomeración ciudadana en el espacio público. Una semana después de esto, lo sufrí en carne propia cuando ya no era posible adquirir cerveza en los lugares de siempre, salvo asistiendo a algún giro “negro” y resignándose a pagar el 100 o 150 por ciento más del precio de hacía apenas un par de semanas. Fue así como fui cayendo en cuenta de que vivía un verdadero periodo de crisis que no había experimentado en mi vida. Mismo que venía acompañado con ciertos tipos de racionamiento: la cerveza que ya comenté, pero también la libertad para moverte, para hacer, para habitar.

Las conversaciones, tanto en el espacio físico como en el virtual se volcaron por completo sobre el covid-19. No

sólo era el tema, sino que el lenguaje también parecía estar inundado de una terminología nueva, como lo que menciona Viktor Klemperer en sus diarios acerca de cómo, a pesar del corto periodo que los nacionalsocialistas ocuparon el poder, éstos intervinieron la lengua y el discurso público con su impronta histórica. Era como irse a dormir, sabiendo que al día siguiente cualquiera podía amanecer como Gregorio Samsa: Cucarachas atrapadas en el discurso normalizado de la estadística en constante actualización. Presa del virus inteligente, del virus que prefiere anidar en los pobres y en los pensionados o que pronto lo estarán, entre las fases I, II, III, que determinan además de los niveles de contagio y mortandad, los de encierro y grado de convivencia, con su correlato escatológico sobre lo que será la peor crisis económica desde la gran crisis de 1929. ¿Un *reseteo* o vuelta de tuerca más del capitalismo como paradigma económico global?

Semana 4.

Crónica de una muerte anunciada

Hace días leí que algunos animales están recuperando territorio en el planeta, como los cocodrilos apostados en algunas playas de Oaxaca. Lo cual no es nuevo, ya se habían visto osos del polo yendo hacia el sur, a poblados humanos en Rusia y alces en Canadá, igualmente vistos merodeando en las ciudades. ¿Nos acercamos a un mundo como esos que perfila en algunas de sus obras Paul Auster o de plano a lo que vimos en películas como *Mad Max* o en series como la alemana *Dark*? ¿La “insociable sociabilidad” kantiana se tornará más evidente que nunca o simplemente será algo de lo cual el pensamiento no se ocupará más? ¿Qué oscuridad se cierne sobre este mundo que amenaza con rebasar la barrera entre el mundo humano y el posthumano? En el edificio en el que vivo hay seis departamentos. Mis vecinos parecen estar más asustados que nosotros. Nos ven de soslayo, hacen su

vida en la azotea con guantes, cubrebocas y gel tamaño familiar. ¿Estos tipos de distanciamiento son nuevos o confirman algo que ya se deseaba y ocurría de diversas maneras? Si los pobres en México y en Latinoamérica ya eran invisibilizados por sus gobiernos, sus sociedades y sus ciudadanos, ¿qué tendrían que hacer Esmeralda en la Corte de los milagros y la hija del rabino de Praga, Löw, para que Cuasimodo y el Golem fuesen digna y humanamente tratados y considerados en los mercados de la democracia, la justicia social y el desarrollo sustentable en el orbe, frente a los intereses de quienes practican la religión capitalista de la pandemia?

Hora de comer

Estefanía Ibáñez

México— Difícil es hacer una rutina cuando por vez primera tengo la certeza de que el tiempo sí es relativo. En mi ingenuidad pienso que pasan los minutos pero reconozco que a veces olvido la fecha.

En el día a día, algunos pequeños detalles me recuerdan que sí es importante que el reloj marque las dos de la tarde porque debo atender la agenda laboral. Los momentos que hacen pasajera la ansiedad son los de naturaleza digital, ¡qué ironía!

Me abruma la forma en que ahora podemos saborear la vida: fotos, fotos y más fotos, de gente, animales o paisajes; videos de lo que más quieres y menos imaginas, podcast, revistas, libros, etcétera.

De toda la gama, en este día me detengo en los museos digitales, la propuesta es “tentadora”: el Museo del Louvre (París), Museo Británico (Londres), pero me decanto por la Galería Uffizi (Florenca).

Por primera vez extraño un letrero de “No tocar” o “A un metro de distancia” (a pesar que la tecnología es una jugarreta indispensable para la humanidad, me alegro de tener acceso a ella y al mismo tiempo siento que es una droga de la que ya no puedo huir).

Me adentro a los pasillos de la red. La galería digital es sorprendente, elegante, colorida. Honestamente no esperaba tanto detalle.

Después de más de 40 minutos navegando observo la obra *El extraño*, que pintó en 1930 Felice Casorati (Novara 1886-Turín 1963). Es la que más llama mi atención, pues a pesar de la época, la pieza luce bastante “alien”.

El cuadro que está en el Palacio Pitti, en la galería de Arte Moderno, me obliga a no despegar la mirada de él... ¡qué locura! ¿Qué hace un varón bastante inquietante, ajeno, en una reunión de damas?

En el óleo sobre lienzo de 170 por 120 centímetros, las mujeres están en un salón reducido e iluminado. Parece que charlan, mientras el invitado involuntario permanece apropiándose del momento.

...Sigo pensando en la imagen. Cautivada intento darle un significado que quizá no tiene o que es uno de miles.

De pronto, un ruido de la estufa... se derraman un poco de especias. La sopa está lista. Es hora de comer.

Semblanzas

Yásnaya Elena A. Gil

(Ayutla Mixe, 1981). Forma parte del Colegio Mixe (Colmix). Ha colaborado en proyectos sobre divulgación de la diversidad lingüística y proyectos de atención a lenguas en riesgo de desaparición. Se ha involucrado en el desarrollo y traducción de material escrito en mixe y en la creación de lectores mixehablantes.

Rachele Airoidi

(Como, 1995). Estudia una maestría en literatura latinoamericana en la Universidad Ca' Foscari de Venecia y es licenciada en relaciones internacionales por la misma universidad. Colabora en el Festival de Cine Latinoamericano de Trieste y en la organización de pabellones centroamericanos en La Bienal de Venecia.

Daniel Alarcón

(Lima, 1977). Escritor de nacionalidad peruana y estadounidense. Su obra ha sido reseñada en medios como *The New Yorker*, *Harper's*, *Virginia Quarterly Review* y revistas latinoamericanas como *Somos*. Es editor asociado de la revista peruana *Etiqueta Negra*.

Gabriela Alemán

Ha publicado ocho libros de ficción. Su último título, *Humo*, apareció en 2017 en el sello Random House. En 2018, City Lights publicó la traducción al inglés de su novela *Poso Wells*. Recibió la beca Guggenheim. Vive en Ecuador.

Claudia Amengual

(Montevideo, 1969). Escritora, traductora y docente. Ha publicado numerosas novelas, pero también ha incursionado en el ensayo y el cuento. Es articulista habitual en el suplemento cultural de la publicación hebdomadaria *Búsqueda*.

María Fernanda Ampuero

(Guayaquil, 1976). Escritora y periodista ecuatoriana, ha publicado *Lo que aprendí en la peluquería* (2011), *Permiso de residencia* (2013) y *Pelea de gallos* (2018). Vivió en España y México. Parte de su obra ha sido traducida al inglés, portugués e italiano.

Gabriela Ardila Chausse

(Ciudad de México, 1989). Es licenciada en Letras Modernas, cursa el máster en Creación Literaria en Español de la Universidad de Salamanca. Ha colaborado en la *Revista de la Universidad de México*, *Cultura Colectiva*, *Femfutura*, *Cuadernos de Escrituras Creativas*, *Punto de Partida* y *Punto en Línea*. Actualmente trabaja como promotora cultural en la Cátedra Extraordinaria Rosario Castellanos de Arte y Género de la UNAM.

Bruno Arpaia

(Nápoles, 1957). Escritor y periodista. En 1998 renunció a su puesto en el diario *La Repubblica* para dedicarse de lleno a la escritura de novelas, la traducción y ejercer el periodismo *freelance*.

Jazmina Barrera

(Ciudad de México, 1988). Estudió Letras Inglesas en la UNAM. Ganó el premio Latin American Voices de ensayo 2013 y su libro *Cuerpo extraño* fue publicado por Literal Publishing. Fue becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas en el área de ensayo y estudió la maestría en Escritura Creativa en Español en la Universidad de Nueva York. Es parte del equipo de Ediciones Antílope y autora de *Cuaderno de faros* (2017).

Martha Bátiz

Nació en México, en 1971. Radica en Canadá desde 2003. Doctora por la Universidad de Toronto, es profesora universitaria y traductora; forma parte de distintas colecciones de cuento y es autora de la novela *Boca de lobo*, traducida al inglés y francés.

Mario Bellatin

Nació en la Ciudad de México en 1960. Su novela *Salón de belleza* (2007) fue considerada entre las cien mejores obras en castellano de los últimos veinticinco años por 81 escritores y críticos latinoamericanos y españoles. En 1986 publicó su primer libro, *Mujeres de sal*; su primera obra la escribió a los 10 años, inspirado en su afición por los perros.

Rosa Beltrán

Escritora y traductora. Dirigió el área de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM. Es autora de los libros *La corte de los ilusos*, *Alta infidelidad*, *Efectos secundarios*, *El cuerpo expuesto*, *Amores que matan* y *América sin americanismos*. Es miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua.

Eduardo Berti

(Buenos Aires, 1964). Escritor multipremiado por sus obras de ficción y periodista argentino. Desde 2014 es miembro del Oulipo (Ouvroir de Littérature Potentielle, fundado por Raymond Queneau y François Le Lionnais); lleva tiempo compaginando su labor creativa con la traducción del inglés y el francés.

Piedad Bonnett

(Antioquia, Colombia, 1951). Poeta, novelista, dramaturga y crítica literaria colombiana. Según Anatxu Zabalbeascoa, en el diario *El País*: "En el poemario *Los habitados* (2017) trató de ponerse en la piel de otros inadaptados y ahora ha colocado al protagonista de su última novela, *Donde nadie me espera* (2018), contra todo: sus miedos y un país hostil en una huida desesperada".

Wenceslao Bruciaga

Nació en Torreón, en 1977. Es escritor, cronista, punk adicto al *mosh pit*, boxeador amateur y periodista especializado en temas de diversidad sexual y música. Es autor de *Funerales de hombres raros* y *Bareback Jukebox*, y de la compilación *Un amigo para la orgía del fin del mundo*. Publica la columna "El nuevo orden" en *Milenio Diario* desde 2006.

Jen Calleja

Es autora de *I'm Afraid That's All We've Got Time For* (2020). Su traducción de *The Pine Islands*, de Marion Poschmann, fue semifinalista del premio Man Booker Internacional. Vive en el sur de Londres.

Benjamín Cann

Autor de varias obras de teatro y guiones de televisión y cine. Director con más de 30 años en el oficio, ha dirigido ópera, teatro, programas y series de televisión, telenovelas y tres largometrajes, como *Crónica de un desayuno*; ha sido merecedor de varios reconocimientos como el premio Caligari en el Festival de Berlín y el Mayahuel en el Festival de Guadalajara. Entre sus obras más recientes se cuenta *Barataria, Estado de México* e *Instrucciones para ir al cielo*.

Martín Caparrós

Nació en Buenos Aires, en 1957. Es periodista, escritor e historiador. Editor de la revista *El Porteño*, formó parte de la creación de *Página/12* y fundó la revista *Babel*. De entre su amplia obra destacan las novelas *La patria capicúa* y *Valfierno*, por la que obtuvo el Premio Planeta. En 2011 obtuvo el Premio Herralde de Novela por *Los Living*.

Luz Ángela Cardona

es licenciada en psicología de la Pontificia Universidad Javeriana de Colombia, maestra en población y desarrollo y doctora en investigación en ciencias sociales con mención en sociología de la Flacso-México. Le interesa comprender cómo se generan la inclusión y la exclusión, y qué rol tienen las interacciones entre actores en los procesos de cambio social.

Odette Casamayor-Cisneros

es profesora de literatura y cultura latinoamericanas en la Universidad de Pensilvania. Ha publicado el libro de cuentos *Una casa en los Catskills*; y el volumen de ensayo, *Utopía, distopía e ingravidez: reconfiguraciones cosmológicas en la narrativa postsoviética cubana*. Ha obtenido premios en París (Juan Rulfo de ensayo literario), Madrid (Torremozas de narrativa) y La Habana (José Juan Arrom de ensayo). Prepara un nuevo libro de ensayos titulado *On Being Blacks: Self-identification & Counter-Hegemonic Knowledge in Contemporary Afro-Cuban Arts*.

Eduardo Cerdán

(Xalapa, 1995) es narrador, editor e imparte clases en la UNAM. Es autor del libro de cuentos *Pasos en la casa vacía* (2019). Ha colaborado en los suplementos de los periódicos *El Universal*, *La Jornada* y *El Nacional*, de Venezuela, y en revistas como *Letras Libres*, *Literar: Latin American Voices*, *Crítica* y *La Palabra y el Hombre*. Textos suyos aparecen en varias antologías de cuentistas mexicanos y latinoamericanos, así como en colecciones norteamericanas de crítica literaria. Parte de su trabajo académico y literario se ha traducido al inglés y al francés. Fue editor de narrativa en *Cuadrivio* y es jefe de redacción de la revista *Punto de partida*, de Literatura UNAM.

Luis Chaves

(San José, 1969). Considerado una de las figuras más destacadas de la poesía costarricense contemporánea, ha publicado una decena de colecciones de poemas y algunos libros de prosa.

Ricardo Chávez

(Ciudad de México, 1961). Miembro fundador de la Generación del Crack, maestro en creación literaria por la Universidad de Nuevo México. Publica novela, cuento, ensayo, incursiona con éxito en la literatura infantil y también en la escritura de diversos temas.

Sergio Chejfec

(Buenos Aires, 1956). Escribe novelas, cuentos, ensayos y poesía. De 1990 a 2005 vivió en Caracas, en donde publicó *Nueva sociedad*, un diario con temas de política, cultura y ciencias sociales. Actualmente vive en Nueva York y dicta clases en la universidad local.

Javier Cercas

(Ibáñez, Cáceres, 1962). Su obra narrativa, constituida en su mayor parte por novelas, ha sido traducida a más de 30 idiomas. Es columnista del diario *El País*.

Liliana Colanzi

Es una escritora, profesora, editora, y periodista boliviana nacida en Santa Cruz, en 1981. Ha publicado los libros de cuentos *Vacaciones permanentes* (2010), *La ola* (2014) y *Nuestro mundo muerto* (2016). Fue ganadora del Premio de Literatura Aura Estrada en 2015, y en 2017 inició el proyecto Dum Dum Editora.

Carlos Cortés Zúñiga

(San José, 1962). Novelista, poeta, ensayista y por un tiempo editor del diario *La Nación* en Costa Rica. Ha publicado 25 obras en Centroamérica, México, Estados Unidos, España y Francia, parcialmente traducidas al inglés, francés, alemán y búlgaro. Francia le otorgó la condecoración de Caballero de las Artes y las Letras en 2017, y es miembro de la Academia Costarricense de la Lengua.

Alejandra Costamagna

(Chile, 1970). Es periodista y doctora en Literatura. Ha publicado las novelas *En voz baja*, *Ciudadano en retiro*, *Cansado ya del sol* y *Dile que no estoy*, así como los libros de cuentos *Últimos fuegos*, *Animales domésticos*, *Había una vez un pájaro e Imposible salir de la Tierra*. Ha sido traducida al italiano, francés y coreano. En Alemania le otorgaron el premio literario Anna Seghers 2008.

João Paulo Cuenca (Río de Janeiro, 1978). Ha publicado cuatro novelas. En 2012 la revista literaria inglesa *Granta* lo incluyó en su lista de los 20 mejores escritores brasileños menores de 40 años.

Adrián Curiel Rivera

Nació en la Ciudad de México en 1969. Narrador, crítico y ensayista. Es autor de seis novelas, las más recientes son *Paraíso en casa* (2018) y *Blanco trópico* (2014), editadas por Alfaguara, así como de cinco libros de cuentos y tres de ensayo. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Reside en Mérida, Yucatán.

Katía D'Artigues

Periodista mexicana. Escribe sobre política y discapacidad. Cofundadora de *yo tambien.mx*, una plataforma de información sobre discapacidad, inclusión y accesibilidad.

Elisa Díaz Castelo

Mexicana. Es poeta y traductora. Obtuvo el Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes 2020 y el Premio Nacional de Poesía Alonso Vidal 2017. Su obra ha sido antologada en *Fuego de dos fraguas* y *Voces nuevas 2017*. En inglés, sus poemas han sido premiados por *Poetry International*, *Literal Latté* y *Tupelo Quarterly*. Ha sido becaria Fulbright, del Fonca y de la Fundación para las Letras Mexicanas. Es autora de *Principia* (2018).

Irmgard Emmelhainz

Escritora, investigadora independiente y docente.

Es autora de *La tiranía del sentido común: la reconversión neoliberal de México* (2016). Su trabajo ha sido traducido al alemán, italiano, noruego, serbio, inglés, francés, árabe, español y hebreo para catálogos, revistas y *journals* especializados sobre cine, arte, política y cultura.

Mariana Enriquez

Nació en Argentina. Trabaja como editora y docente de periodismo. Su primera novela, *Bajar es lo peor*, se publicó en 1994 y la última, *Este es el mar*, en 2017. Su libro de cuentos *Las cosas que perdimos en el fuego* fue traducido a 20 idiomas. También publicó *La hermana menor*, una biografía de Silvina Ocampo.

Annie Ernaux

Escritora francesa nacida en 1940, en la región francesa de Normandía. Es conocida por su trabajo precursor en la autoficción y un estilo que se muestra neutro y sin mayor ambición que transmitir la palabra con sencillez. Entre sus obras más conocidas se encuentra *La mujer helada*, *El lugar* y *La otra hija*.

Alejandro Estivill (México, 1965). Diplomático y novelista mexicano, especialista en literatura mexicana del siglo XX y actual cónsul de México en Montreal. En 1999 participó en el taller que dio origen a *La Generación del Crack*.

Irasema Fernández

(México, 1990). Es escritora e ilustradora. Ha escrito para *Confabulario*, *La Tempestad* y *Tierra Adentro*, entre otros. De manera autogestiva, y en compañía de artistas Mujeres desde la Periferia, ha pintado murales con mensajes de género en la Ciudad de México y el Estado de México.

Juan Aurelio**Fernández Meza**

es licenciado y maestro en Historia por la UNAM. Actualmente realiza el doctorado en Humanidades de la Universidad Pompeu Fabra en Barcelona. Ha estudiado la historia de la televisión en México, la relación entre la ficción y la historia desde la teoría de la historia y, actualmente, la novela histórica contemporánea.

Mariana Flores Lizaola

(Ciudad de México, 1990). Es filósofa, investigadora y editora. Fundadora en Redymención, un sitio enfocado en documentar historias de apoyo comunitario en México y en generar nuevas redes de conversación. De risa fácil, amante de los memes y las situaciones sin sentido.

Nick Flynn

(Massachusetts, 1960). Ha sido capitán de barco, electricista y trabajador social; es autor de nueve libros y profesor de Escritura Creativa en la Universidad de Houston. Su más reciente publicación es el poemario *My Feelings*.

Martina Forchino

nació en Rosario, Argentina. Es fotógrafa y escritora. Actualmente cursa el último año de la carrera de Psicología en la UNR.

Carlos Franz

(Ginebra, 1959). De padre diplomático, se muda a Chile a los 11 años. Además de sus aclamados libros de prosa —novela, cuento y ensayo— es autor de más de 600 crónicas, artículos y ensayos literarios. Fue agregado cultural de Chile en España (2006-2010); tiene dedicada una Biblioteca de Autor en la Virtual Cervantes y en 2013 fue elegido miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua.

Gabriela Frías Villegas

estudió matemáticas, literatura inglesa y filosofía de la ciencia. Está interesada en procesos interdisciplinarios que involucran el arte, la literatura y la ciencia. En 2016 obtuvo el Reconocimiento Sor Juana Inés de la Cruz de la UNAM.

Rubén Gallo

(México, 1969). Ensayista y escritor, profesor en Cornell y la Universidad de Toronto y luego en Princeton en 2002. Publicó recientemente *Conversación en Princeton* (2017), con Mario Vargas Llosa, y trabaja en un libro sobre la cultura cubana desde que se retomaron las relaciones con Estados Unidos.

Santiago Gamboa

(Bogotá, 1965). Escritor, filólogo, diplomático, columnista, corresponsal y periodista. Entre sus novelas más celebradas se encuentra *El síndrome de Ulises* y cuenta con varios libros de crónicas de viaje. Ha sido diplomático en la delegación de Colombia ante la UNESCO y en la embajada en India.

Javier García Bustos

Es un periodista chileno. Ha trabajado en los diarios *La Nación*, *LUN*, *La Tercera* y colaborado en medios como *Caras*, *The Clinic*, *Interferencia*, *Santiago y Dossier* (UDP). Es autor del libro, aún inédito, *El rostro de una desaparecida*.

Adolfo García Ortega

(Valladolid, 1958). Escritor, crítico literario, traductor y periodista cultural. Entre sus labores de editor, dirigió la prestigiosa editorial Seix Barral de 2000 a 2007 y es columnista habitual de diarios como *El País*. Ha escrito decenas de novelas, libros de cuentos, ensayo y poesía.

Marco Giral Torrente

(Madrid, 1968). Es uno de los autores más valorados de la literatura española actual. Debutó en 1995 con *Entiéndame*, libro de cuentos al que siguieron las novelas *París* y *Los seres felices*. Su novela autobiográfica *Tiempo de vida* (2011); obtuvo el premio Nacional de Narrativa y el premio Strega Europeo en 2013. Ha publicado también *Nada sucede solo* (Premio Modest Furest i Roca), *Cuentos vagos* y *El final del amor*.

Margo Glantz

Escritora, ensayista, crítica literaria y académica mexicana. Sus obras reflejan su compromiso con temas como el erotismo, sexualidad y cuerpo, además de migración y memoria. En 1995 fue elegida miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua.

Verónica González Laporte

Es periodista, traductora y escritora. Después de obtener el doctorado en antropología en la Universidad de la Sorbona, París, se dedicó a la investigación en archivos del siglo XIX. Es autora de tres novelas históricas y de una biografía. Actualmente se encarga del acervo histórico de la *Revista de la Universidad de México*.

Pedro Juan Gutiérrez

(Matanzas, Cuba, 27 de enero de 1950). Es un escritor, periodista, pintor, poeta, referencia del realismo sucio cubano. Destaca en particular su libro *Trilogía sucia de La Habana*, de 1998.

Eduardo Halfon

(Guatemala, 1971). Ha publicado 14 libros de ficción. Su última novela, *Duelo* (2017), fue galardonada con el premio de las Librerías de Navarra (España), el Prix du Meilleur Livre Étranger (Francia), el Edward Lewis Wallant Award (EUA) y el International Latino Book Award (EUA). En 2018 recibió el Premio Nacional de Literatura de Guatemala, el mayor galardón literario de su país. Actualmente vive en París, becado por la Universidad de Columbia.

Rodrigo Hasbún

(Bolivia, 1981). Es un escritor y guionista de ascendencia palestina, elegido en 2010 por la revista británica *Granta* entre los 22 mejores escritores de lengua española menores de 35 años. Su libro más reciente es *Los años invisibles*.

Julián Herbert

(Acapulco, 1971). Es poeta, novelista, cuentista, ensayista, músico, profesor y promotor cultural. Desde 1989 radica en Coahuila, en cuya universidad estudió la licenciatura en Letras Españolas.

Héctor Hoyos

(Bogotá, 1978). Doctor por la Universidad de Cornell; es profesor investigador en la de Stanford. Sus dos últimos libros, *Beyond Bolaño: The Global Latin American Novel* y *Things with a History* (2019) fueron publicados por Columbia University Press.

Estefanía Ibáñez

(Ensenada, B.C. 1990), es licenciada en Comunicación y Publicidad por la Universidad de Tijuana. En 2014 fue ganadora en la categoría de ensayo del certamen Joven-Es Ahora convocado por la Asociación Pluma Joven de Ensenada. Fue editora del medio *El Vigía* en 2017. Actualmente radica en la Ciudad de México donde escribe para diversas plataformas a la par que desarrolla proyectos de comunicación digital.

Alejandra Ibarra Chaoul

es periodista y autora. Ha publicado en *Letras Libres*, *Gatopardo*, *Horizontal*, *Riodoce* y *Piè de Pàgina*, entre otros. Escribió *El Chapo Guzmán. El Juicio del Siglo* (2019) y es coautora de *No basta encender una vela* (2015). Es politóloga por el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) y periodista por la Universidad de Columbia.

Claudia Incháustegui López

(1988) es periodista y docente de educación superior. Ha colaborado con medios de comunicación y portales de la región de Lambayeque, en Perú. Su trabajo se ha publicado en diversas antologías poéticas y literarias, una de ellas fue *Sexo al cubo*, en la FIL 2018. Es cofundadora de la plataforma *Ellas Cuentan* y promotora cultural. Actualmente, mantiene su blog personal *Diarios de Ocio*.

Fernando Iwasaki

(Lima, 1961). Escritor, historiador, filólogo y gestor cultural peruano. Actualmente vive en Sevilla, donde es profesor titular de la Universidad Loyola Andalucía. Es autor de numerosos libros de relatos, ensayos y crónicas, además de dos novelas, *Libro de mal amor* (2001) y *Neguijón* (2005).

G. Jaramillo Rojas

nació en Bogotá, el primer domingo de 1987. Es sociólogo, periodista y profesor. Básicamente, un vago. Le gusta el punk, le gusta mucho, pero no tanto como cortar champiñones. Lee porque no tiene nada más interesante que hacer y escribe por evasión.

Robert Juan-Cantavella

Nació en Almassora, en 1976. Fue jefe de redacción de la revista cultural *Lateral* y coeditor de la revista literaria en línea *The Barcelona Review*. Prosista y poeta, autor de varias novelas y conjuntos de relatos, es también traductor y profesor en la Escola d'Espectura. Vive en Barcelona.

Saúl Juárez

nació en 1957. Es narrador y poeta, ha publicado los libros *Paredes de papel* (1981), *Más sabe la Muerte* (1983), *Si van al Paraíso* (1994), *Es agua esta luz* (1995), *Señales de Viaje* (1995), *El viaje de los sentidos* (2000) y *La calle de los fresnos* (2002).

Kirvin Larios

Nació en Colombia en 1993. Es autor del libro de relatos *Por eso yo me quedo en mi casa* (2018), y participa en la antología de poesía *Nuevo sentimentalio* (2019). Textos suyos han sido publicados en las revistas electrónicas *El Malpensante*, *Arcadia* y *Sombralarga.com*. Actualmente es redactor de temas culturales del periódico *El Heraldo*.

Ivonne Laus

nació en Argentina. Trabaja como docente e investigadora en el Instituto Universitario Italiano de Rosario y en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario, donde se desempeña en un espacio académico destinado a la escritura. Es psicóloga por la misma universidad y doctora en Educación por la Universidad de Granada

Cristóbal León Campos

es historiador por la Universidad Autónoma de Yucatán, editor de *Disyuntivas. Cuaderno de Pensamiento y Cultura* y autor de *En voz íntima*. Coordinador de la Cátedra Libre de Pensamiento Latinoamericano "Ernesto Che Guevara". Integrante fundador de la Red Literaria del Sureste México-Nuestra América.

Nell Leyshon

Nació en Glastonbury, Inglaterra. Es novelista y dramaturga. *Bedlam* (2011) fue la primera obra escrita por una mujer para el Shakesperare's Globe Theatre. Escribe para la radio y recibió el premio Richard Imison por su primer guion para la BBC Radio. Su novela *Del color de la leche* ha sido traducida en el mundo entero. Enseña escritura creativa en comunidades marginales y dirige The Outsiders Project de escritura y actuación para artistas de zonas alejadas de las grandes ciudades.

Luis Felipe Lomelí

(Mazatlán, Jalisco, 1975). Es ecólogo y filósofo de la ciencia. Obtuvo el Premio Nacional de Cuento Bellas Artes en 2001. Sus libros más recientes son *Naturaleza y sociedad*, *Indio borrado* y *Okigbo vs. las transnacionales y otras historias de protesta*. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Pedro Mairal

Nació en Buenos Aires en 1970. Trabaja como guionista y escribe para distintos medios gráficos. Entre sus publicaciones están *Una noche con Sabrina Love*, novela que recibió el premio Clarín en 1998 y fue llevada al cine, *La uruguayua* (2016), *Maniobras de evasión* (2017) y *Pornosonetos* (2018).

Ana Laura Magis Weinberg

se dedica a las palabras. Fue becaria en la Fundación para las Letras Mexicanas y realizó una residencia en el Centro Banff para las Artes. Actualmente hace un doctorado en Literatura y Cine en la Universidad De Montfort, Leicester. Sus traducciones, cuentos, ensayos y textos de divulgación han aparecido en publicaciones como *La Jornada*, *Punto de partida*, *Hermano Cerdo*, *Cuadrivio*, *Este País* y la *Revista Fundación*. Ha sido publicada tanto en inglés como en español en México, India y Canadá.

Armando Maldonado

Nació en la Ciudad de México en 1981. Es diseñador gráfico por la UAM con una especialidad en Delhi, India. Ha colaborado como diseñador, ilustrador, fotógrafo y escritor para publicaciones, fanzines y medios digitales como *Vice*, *Rotten Rats* y *Punk Island News*. Actualmente vive en Asia.

Alberto Manguel

(Buenos Aires, 1948). Es escritor, miembro de la Academia Argentina de Letras, de la Royal Society of Literature de Gran Bretaña y del Pen Internacional. Ha obtenido numerosos premios, entre ellos el Roger Caillois de Francia por el conjunto de su obra. Desde 2015 es director de la Biblioteca Nacional de la República Argentina.

Lucilo Manjates

(Maputo, Mozambique, 1981). Profesor de literatura en la Facultad de Letras y Ciencias Sociales de la Universidad Eduardo Mondlane. Colabora en diarios y revistas de su país, además de publicar libros de ficción para adultos —como el premiado *Os silêncios do narrador*— y para niños.

Luisgé Martín

Escritor español, cuya obra literaria está formada por libros de cuentos, novelas, algunas ediciones de autores clásicos y numerosos relatos aparecidos en revistas y en volúmenes colectivos.

Óscar Martínez

(El Salvador, 1983). Es periodista, autor de *Los migrantes que no importan*, *A History of Violence* y *Crónicas negras*. Por sus trabajos de investigación recibió el Premio Nacional de Periodismo Cultural “Fernando Benítez” y el Premio Internacional a la Libertad de Prensa, entre otros. Su nuevo libro es *El niño de Hollywood*.

Gema Mateo

(Puebla, 1990) es maestra en opinión pública y marketing político. Este año nació su primer libro de ciencia ficción, *Camino a Apulia*. En 2017 publicó en el libro colectivo *Jóvenes escritores*.

Orlando Mazeyra Guillén

(Arequipa, 1980). Escritor de narrativa breve. Ha publicado cinco libros de relatos. El último de ellos *Unicornios y cocodrilos* apareció en medio de la pandemia. Enseña Literatura y dicta talleres de Escritura Creativa en la Universidad La Salle de Arequipa. Ha colaborado con *El Malpensante* de Bogotá, *Buensalvaje* de Lima y con la revista *Hildebrandt en sus trece*.

Juan Carlos

Méndez Guédez (Barquisimeto, Venezuela, 1967). Desde 1996 reside en Madrid. Es autor de 20 libros, entre novelas, volúmenes de cuentos y ensayos. Narraciones suyas han sido publicadas en Suiza, Francia, Bulgaria, Italia, Eslovenia y Estados Unidos.

Rafael Mendoza Torres

es egresado de la Escuela de Escritores de la Sociedad General de Escritores de México. Procura venderles a los niños con los que convive la idea de que la lectura es algo bueno, porque es como las mamás, esa compañía que sigue ayudando a ser lo que quieren ser, en especial cuando están solos. Al principio no lo creen.

Lina Meruane

Nació en Chile en 1970. Su obra de ficción incluye los relatos reunidos en *Las Infantas*, y las novelas *Póstuma*, *Cercada*, *Fruta podrida*, *Sangre en el ojo* y *Sistema nervioso*. Entre sus libros de no ficción se cuentan el ensayo *Viajes Virales*, el ensayo lírico *Palestina por ejemplo*, la crónica *Volverse palestina* y la diatriba *Contra los hijos*. Actualmente enseña cultura latinoamericana y escritura creativa en la Universidad de Nueva York.

Víctor A. Mojica

Es Fundador de Editorial Descarriada y autor del libro *Secar en invierno*, publicado por Editorial 1390 en San José Costa Rica. Sus trabajos aparecen regularmente publicados en el periódico *La Estrella de Panamá*. Participó en la última colección de crónicas latinoamericanas de la revista española *Cuadernos Hispanoamericanos*.

Cristina Morales

(Granada, 1985). Licenciada en Derecho y Ciencias Políticas; especialista en relaciones internacionales. Es autora de las novelas *Los combatientes* (2013), *Malas palabras* (2015), *Terroristas modernos* (2017) y *Lectura fácil* (premio Herralde de Novela 2018 y Premio Nacional de Narrativa 2019). Es miembro de la compañía de danza contemporánea Iniciativa Sexual Femenina.

Mario Morales

es licenciado en antropología cultural por la Universidad de las Américas y demógrafo por El Colegio de México. Cuenta con estudios de posgrado en adicciones por la Universidad Estatal de San Diego y la Universidad de California. Actualmente estudia un doctorado en Gobierno y Políticas Públicas en la Universidad de Arizona. Su interés de investigación son las drogas, la violencia y la ilegalidad en México y América Latina.

Renata Moreno

(Argentina, 1989) Actriz y performer. Egresada de la Escuela de Teatro de Rosario. Reside en Buenos Aires. Se formó con Vivi Tellas, Cristina Banegas, Ricardo Bartís, Alejandro Urdapilleta, entre otros. Realizó Diplomatura de Trayectos Artísticos Colectivos. Su obra de teatro autobiográfica *PARTIDA* ganó la Bienal de Arte Joven de Santa Fe. Realizó el corto documental *ENTERITO vs PANDEMIA* que relata la epidemia 2020 (proyecto ganador de Artes Performáticas en Contextos Virtuales del Instituto Nacional de Teatro).

Victor Alonso Moreno

Es un profesor que escribe o un escritor que enseña. Como quieran verlo. Nació en septiembre de 1985, en Sahagún, un pueblo del Caribe del que todos, salvo él, se sienten orgullosos. Es esencialmente un argumentador de naderías. Sus textos están publicados en medios de Colombia y en su muro de Facebook. Deambula entre la escuela y la universidad.

Alberto Navarro

nació en la Ciudad de México. Estudió Letras alemanas en la Facultad de Filosofía y Letras e Historia del pensamiento económico en el posgrado de economía de la UNAM. Se doctoró en Teoría crítica en 17, Instituto de Estudios Críticos y en Humanidades con especialidad en ética en el Tec de Monterrey. Ha publicado ensayos y traducciones en las áreas de filosofía, cine, teatro, literatura y educación, además de cuentos. Publicó en 2018 el libro *Variaciones sobre lo trágico. La crisis del drama*.

Guadalupe Nettel

(Ciudad de México, 1973). Autora de las novelas *El huésped*, *El cuerpo en que nació* y *Después del invierno*, así como de las colecciones de cuentos *Pétalos y otras historias incómodas* y *El matrimonio de los peces rojos*. Ha sido traducida a 17 idiomas. Es directora de la *Revista de la Universidad de México* desde abril de 2017.

Andrés Neuman

(Buenos Aires, 1977). Narrador, poeta, traductor, aforista, bloguero y columnista hispano-argentino. Sus más recientes publicaciones son la novela *Fractura* (2018) y el libro de no ficción *Anatomía sensible* (2019).

Paola Ojeda

Mitad tabasqueña y mitad chilanga, egresada de Ciencias Políticas por la UNAM. Ha sido servidora pública y es consultora en proyectos de prevención de violencia, migración y refugio.

Ondjaki

(Angola, 1977). Prosador y poeta, también escribe para cine y codirigió un documental sobre la ciudad de Luanda, *Ojalá crezcan pitangas* (2006). Es miembro de la União dos Escritores Angolanos. Algunos de sus libros han sido traducidos al español por la editorial oaxaqueña Almadía, y también al francés, italiano, alemán, inglés y chino.

Pedro Ángel Palou

(Puebla, 1966). Es autor de novelas, ensayos literarios y crónicas históricas, además de profesor universitario. Pertenece a la llamada Generación del Crack, junto con Ignacio Padilla, Jorge Volpi, Eloy Urroz y Ricardo Chávez Castañeda. Se ha desempeñado como secretario de Cultura del estado de Puebla y como rector de la Universidad de las Américas en el mismo estado.

Ana Pellicer Vázquez (Madrid, 1976). Profesora asociada en la Universidad Carlos III de Madrid, especializada en literatura cubana y mexicana, en estudios de género y en la relación entre política y literatura en América Latina. Ha publicado el libro de relatos *Lo contrario de mirar* y es coeditora, junto a María José Bruña Bragado, del volumen *Cuando ellas cuentan. Escritoras hispánicas de ambas orillas* (Relee, 2019).

María Soledad Pereira Nació en Zárate, Argentina. Es periodista y licenciada en Turismo. Ha colaborado en medios como *Letras Libres*, *El Malpensante*, *La Nación* e *Internazionale*.

Jesús Ramírez-Bermúdez Nació en la Ciudad de México, en 1973. Es médico y escritor. Dirige la Unidad de Neuropsiquiatría del Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía de México. En 2006 recibió el premio de la International Neuropsychiatric Association. Su libro más reciente es *Un diccionario sin palabras y tres historias clínicas*.

Ximena Ramírez Torres Nació en la Ciudad de México en 1988. Es licenciada en Letras Hispánicas por la UNAM y maestra en Indología por El Colegio de México. Trabajó en la AML como consultora lingüística y en la UNAM como profesora. Actualmente es ayudante de investigación Conacyt, maestra de sánscrito y traductora de guiones para la televisión.

Karolina Ramqvist (Gotemburgo, 1976). Ha publicado relatos, ensayos y cuatro novelas. Como periodista destaca su trabajo como editora en jefe de la revista *Arena* y sus colaboraciones como columnista del diario *Dagens Nyheter*. Su más reciente novela, *La ciudad blanca*, la ha consagrado internacionalmente.

Felipe Restrepo Pombo Es periodista, escritor y editor. Su trabajo narrativo ha sido traducido al inglés, francés e italiano. Es autor de varios libros, entre ellos la novela *Formas de evasión*. Ha editado varias antologías de periodismo narrativo y colaborado en medios internacionales. Ha dictado talleres de escritura en Estados Unidos, México, Chile, Uruguay, Argentina y Colombia. Es columnista ocasional de la edición en español de *The Washington Post* y *El País*. Fue director de la revista *Gatopardo* durante seis años.

Edmundo Paz Soldán (Cochabamba, Bolivia, 1967). Profesor de Literatura Latinoamericana en la Universidad de Cornell. Es autor de 11 novelas y de varios libros de cuentos. Sus obras han sido traducidas a 11 idiomas.

Paula Piedra Nació en Costa Rica, en 1976. Publicó *Ejercicios mentales/Notas al margen* (2012) y *Seis años de sexo* (2014), *Nido en la garganta* (2017) y *Extrañamiento* (2019). Ha sido incluida en varias antologías de poesía, tanto en Costa Rica como en Ecuador, México, Argentina, Guatemala y Reino Unido. Actualmente se dedica a la gestión de proyectos de arte contemporáneo en la Fundación Teorética, donde es codirectora.

Paul B. Preciado (Burgos, 1970). Es filósofo y activista transgénero, deconstructor de la sexualidad naturalizada, influido por Foucault, Derrida y la filosofía de la droga de Burroughs, notoria en *Testo Yonqui* (2008). Es doctor en Teoría de la Arquitectura por la Universidad de Princeton. Comisario de programas públicos en Documenta 14 (Atenas).

Sergio Ramírez

(Masatepe, Nicaragua, 1942). Escritor, periodista, político y abogado. Después de estudiar leyes siguió una carrera política donde desempeñó altos cargos en el gobierno y fue candidato a la presidencia de su país. Posteriormente se abocó a la literatura. Es autor de más de una veintena de novelas, libros de cuento y ensayo. Fue el primer centroamericano en obtener el Premio Cervantes, en 2017.

Joca Reiners Terron

(Brasil, 1968). Es autor de obras como *La tristeza extraordinaria del leopardo de las nieves* (Almadía, 2015) y *Do fundo do poço se vê a lua*, por la que recibió el premio Machado de Assis de la Biblioteca Nacional en 2010. Ha traducido obras de Enrique Vila-Matas, Richard Brautigan, Mario Levrero y Roberto Bolaño.

Cristina Rivera Garza

(Matamoros, Tamaulipas, 1964). Estudió sociología en la UNAM y es doctora en historia latinoamericana por la Universidad de Houston. Narradora, poeta y ensayista, su obra ha obtenido, entre otros, el premio internacional Anna Seghers y el premio Roger Caillois. Su libro más reciente es *Había mucha neblina o humo o no sé qué*.

Darío Rodríguez

(1977). Escritor colombiano. Ha publicado la novela *Cuaderno invisible* (2011), la selección de cuentos *Esa es un poco la historia* (2018) y el ensayo biográfico *Lógicas de la paradoja* (2019). Textos suyos han aparecido en *El Tiempo*, *El Espectador* y *El Malpensante*.

Jeyver Rodríguez

es poeta, filósofo y magíster en Pedagogía UIS, en Colombia. Candidato a doctor en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Colaborador del Queensland Bioethics Centre. Profesor de ética y bioética en la Universidad Adolfo Ibáñez. Le interesan la vulnerabilidad de la Tierra, el ser ecológico y la interdependencia. En busca de simbioses para trabajar por un enfoque de Medicina Preventiva Planetaria. Vive en Santiago de Chile.

Santiago Roncagliolo

(Roncagliolo Lima, 1975). Escritor y periodista. Ha obtenido un amplio reconocimiento con la publicación de sus novelas, que le han valido ser incluido entre los mejores escritores en español menores de 35 años, distinción concedida por la revista literaria *Granta*.

Andrea Ruiz González

nació en la Ciudad de México, en 1995. Historiadora del arte por la Universidad del Claustro de Sor Juana. Autora del libro *¿Por qué en México sólo aceptamos a los indígenas como piezas de museo?* Actualmente *liaison* de librería en la galería de arte contemporáneo Kurimanzutto, en la Ciudad de México

Daniel Saldaña París

(Ciudad de México, 1984). Es autor de las novelas *En medio de extrañas víctimas* y *El nervio principal*. Recientemente ganó el premio de Literatura Eccles Centre & Hay Festival de la Biblioteca Británica.

Ramiro Sanchiz

(Montevideo, 1978). Escritor, crítico literario y traductor. En su "Proyecto Stahl" explora las permutaciones de un universo que gira en torno a Federico Stahl, el único personaje que se encuentra en toda su obra. Escribe novela, cuento y ensayo.

Carolina Sanín

(Bogotá, 1973). Escritora y docente colombiana, licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad de los Andes y doctorado en Literatura Española y Portuguesa por la Universidad de Yale. Ha incursionado en el ensayo, la crónica, la biografía histórica, la novela y el cuento. Gran polemista, está siempre lista para rebatir en público y en redes sociales las ideas más aceptadas.

Marta Sanz

(Madrid, 1977). Además de su labor como novelista multipremiada, ha escrito cuentos, poesía y ensayos. Es doctora en Literatura Contemporánea.

Catalina Sierra

Nació en Bogotá. Profesional en Estudios Literarios, fotógrafa y collagista. Magíster en Antropología y Culturas Visuales. Sus trabajos sobre el dolor, la geopoética y las prácticas de la literatura en la vida cotidiana han sido publicados en revistas académicas y literarias. Escucha los allegros de Wagner en días de lluvia.

Luciana Sousa

Nació en Buenos Aires, en 1986. En 2016 publicó su primera novela, *Luro*, y en 2017 fue elegida por el Hay Festival como una de los 39 mejores escritores latinoamericanos menores de 39 años.

Pedro Strukelj

Nació en Buenos Aires, se crió en México y vive en Barcelona. Se ocupa de la crónica ilustrada en contextos musicales, congresos, debates, intentos de desalojo y viajes. Ha publicado *Fábulas, parábolas y paradojas* con Leo Masliah, *¡Mira cómo suenan! A, B y C*, *Casa con historias*, con Alberto Szpunberg, y está preparando dibujos para un libro con Pedro Mairal.

Bruce Swansey

(Ciudad de México, 1955). Escritor, profesor universitario y crítico. Ha publicado *Prosas para el boudoir* (1988), *Humpty Dumpty* (1991), *Del fraude al milagro. Visión de la historia en Usigli* (2009) y *Edificio La Princesa* (2014).

Abraham Truxillo

nació en Acapulco, en 1983. Estudió letras hispánicas en la UNAM. Es autor del libro de poemas *Postales del ventrílocuo* (Ediciones Sin Nombre, 2011). Ha colaborado en medios impresos y electrónicos como *La Jornada Semanal*, *Casa del Tiempo*, *Tierra Adentro*, *Cultura Colectiva* y *Periódico de Poesía*, entre otros. Algunos de sus textos han sido traducidos al francés.

Eloy Urroz

Nació en 1967. Es autor de nueve novelas, entre las que destacan *Las Rémoras*, *Fricción*, *La mujer del novelista* y *Demencia*; además de cinco libros de poesía y seis de crítica literaria, como *Las formas de la inteligencia amorosa: D. H. Lawrence y James Joyce*; *La trama incesante* y *El ensayo del arte*.

Chiara Valerio

(Formia, Italia, 1978). Se doctoró en Matemáticas y trabaja como editora en la revista italiana *Nuovi Argomenti*. Ha escrito para la radio y el cine, así como piezas de teatro. Su último libro se titula *Il cuore non si vede* (2019).

David Villanueva

nació el 2 de octubre de 1987. Es originario y residente de Toluca, en el Estado de México. Politólogo de formación y *lector* de todo lo que se pueda. Devoto de las letras y aficionado a contar algunas historias mediante la escritura.

Efraín Villanueva

(Colombia, 1982). Escribe novelas, cuentos y artículos culturales. Ha colaborado en medios como *Granta*, *El Herald*, *El Tiempo*, *Arcadia*, *Literal Magazine*, entre otros. Ha publicado los libros *Tomacorrientes inalámbricos* y *Guía para buscar lo que no has perdido*. Es maestro en escritura creativa por la Universidad de Iowa y tiene un título en creación narrativa de la Universidad Central de Bogotá. Hace cuatro años vive en confinamiento voluntario en Alemania, en donde prepara su próxima novela.

Yael Weiss

Editora, escritora y traductora. Publicó *Hematoma* (2019), *Cahier de violence* (París, 2009) y *Constelación de poetas francófonas de cinco continentes, Diez siglos* (selección, traducción y notas, con Verónica Martínez Lira, 2010). En 2014 realizó Archivo abierto, la app histórica del Fondo de Cultura Económica, y en 2018 la experiencia digital *2049: Rally en tu ciudad*, en colaboración con Hilo Negro. Es editora digital de la *Revista de la Universidad de México*.

Rocío Wittib

nació en Buenos Aires, en 1989. Ha publicado en varias revistas virtuales y en papel, como *Círculo de Poesía* (México) y *Cuadernos Hispanoamericanos* (España). En 2018 publicó en España su primer libro, *La herida que besa el puñal*. Sus poemas han sido traducidos al italiano, rumano y portugués. Desde 2016 vive en Pamplona, Navarra.

Flor Yáñez

es licenciada en Derecho por la Universidad Autónoma de Chihuahua (UACH), cuenta con tres maestrías: Derechos Humanos por la UACH en colaboración con la Comisión Nacional de Derechos Humanos; Seguridad Ciudadana (por SSP); y Resolución de Conflictos y Estudios de Paz, por la Universidad de Bradford, Yorkshire, Reino Unido, bajo la beca Rotary World Peace Fellowship. Actualmente se encuentra estudiando el doctorado en Educación, Artes y Humanidades por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Realizó una estancia de investigación en la Universidad para la Paz creada mediante resolución de la ONU y ubicada en Costa Rica.

Nina Yargekov

Escritora franco-húngara, nacida en 1980. Ha publicado tres novelas en la prestigiosa editorial francesa POL. *Doble nacionalidad* será su primera novela traducida al español, en el sello Elefanta.

Gina Zabludovsky Kuper

Socióloga y escritora, académica de tiempo completo de la UNAM. Sus libros más recientes son *Las voces y los ecos. Cuatro etapas del pensamiento social en México*, *Norbert Elias y los problemas actuales de la sociología* y *No entiendo a las mujeres*.

Alejandro Zambra

(Santiago, 1975). Ha publicado los libros *Mudanza*, *Bonsái*, *La vida privada de los árboles*, *No leer*, *Formas de volver a casa*, *Mis documentos*, *Facsimil*, *Tema libre* y *Poeta chileno*. Relatos suyos han aparecido en *The New Yorker*, *The Paris Review*, *Harper's*, *Believer* y *Granta*. Su obra narrativa ha sido traducida a 20 lenguas. Vive en la Ciudad de México.

Jacobo Zanella

(Guanajuato, 1976). Es editor en Gris Tormenta, una editorial mexicana de ensayo literario y memoria que reflexiona sobre el oficio editorial en el siglo XXI y el libro como artefacto cultural desde una perspectiva actual. Finalizó el máster en Cultura Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid en 2016.

George Zarkadakis

(Atenas, 1964). Escritor, comunicador de la ciencia e innovador tecnológico. Se mudó a Londres a los 24 años donde doctoró en Inteligencia artificial. En 1999 fundó la revista de divulgación científica *Focus*. Escribe novela, cuento y teatro. Su novela *Guía para sobrevivir a una isla* fue publicada en español por Ediciones B.

Monique Zepeda

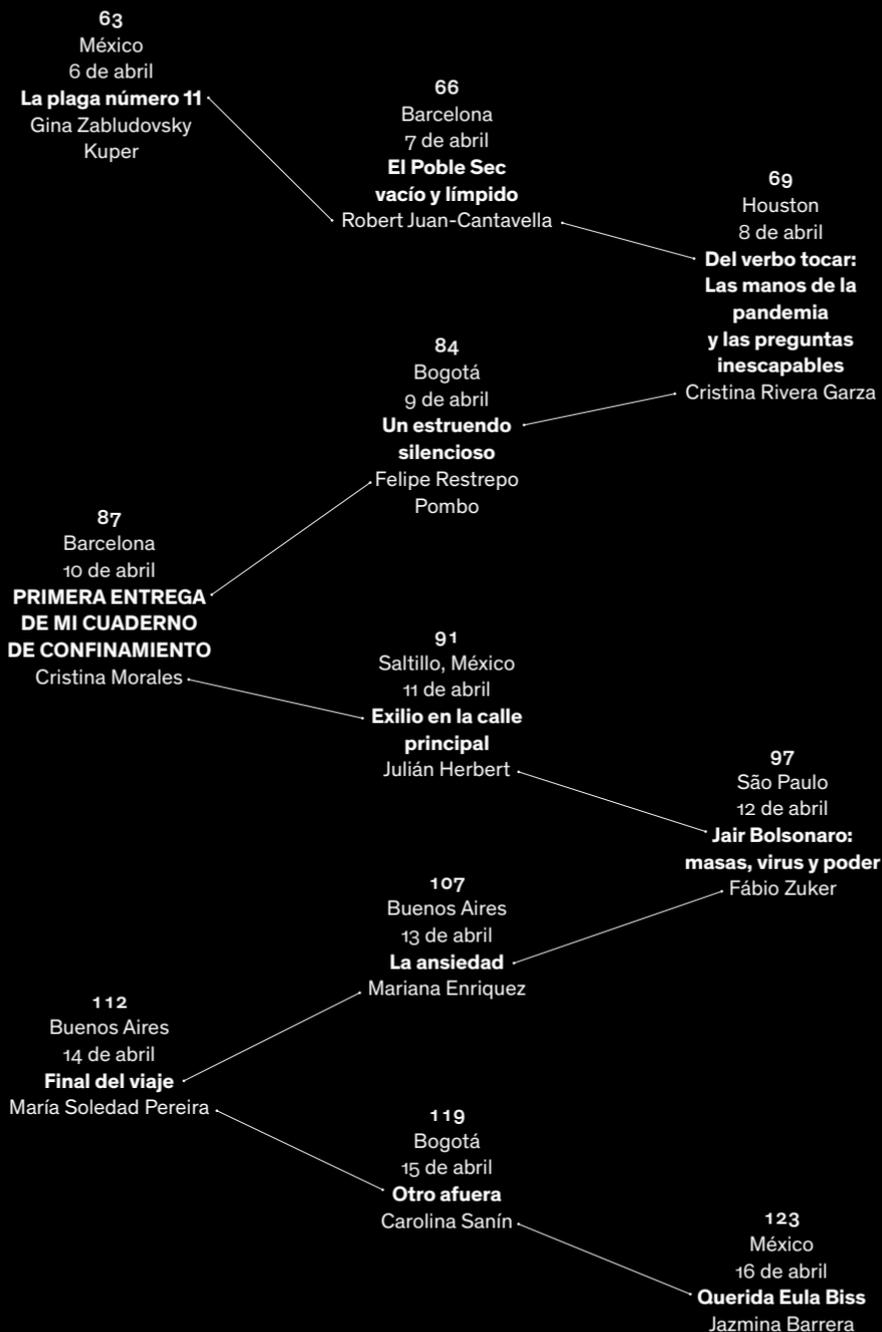
Es psicoterapeuta, promotora de lectura y autora de diversos libros para niños, padres y maestros. Hace una intensa labor en prevención de violencia y del acoso escolar. Dos de sus múltiples libros han sido elegidos para el catálogo *The White Ravens* de la Biblioteca Internacional de la Juventud, en Alemania. Algunos de sus trabajos de arte objeto han sido expuestos en distintos museos de la Ciudad de México y en otras localidades del país.

Fábio Zuker

Periodista y antropólogo. Posee una maestría en Ciencias Sociales por la EHESS-París. Actualmente realiza su doctorado en Antropología Social en la Universidad de São Paulo, sobre las prácticas de destrucción de las formas de vida a orillas del río Tapajós (Pará). Es autor de *Vida e morte de uma Baleia-Minke no interior do Pará e outras histórias da Amazônia* (2019).

5	Nota editorial Guadalupe Nettel
7	Presentación Tiempo de virus Jorge Volpi 28/03-30/06, 2020
29	Venecia 28 de marzo Desde el Carnaval de Venecia. (La máscara) Rachele Airoidi
33	Seúl 29 de marzo El reino ermitaño Verónica González Laporte
38	Barcelona 30 de marzo No hay nadie en casa Santiago Roncagliolo
41	Santiago 31 de marzo El baile de los que sobran Alejandra Costamagna
44	México 1 de abril Funámbulo sin cable de protección Mario Bellatin
47	Madrid 2 de abril Ministros, comisionistas y vagabundos Marcos Giralt Torrente
49	Buenos Aires 3 de abril Los naufragos Pedro Mairal
53	Milán 4 de abril Butman Chiara Valerio
61	Campiña madrileña 5 de abril Viruses, marzo 31 Martín Caparrós

Índice



Índice

128 Sofía 17 de abril El conejo encabeza la encuesta Nina Yargekov	135 París 18 de abril Wounda Eduardo Halfon	137 México 19 de abril A una niña le duele el costado Ximena Ramírez Torres
143 Santiago 21 de abril La cuarentena de mi madre y el virus de la impunidad Javier García Bustos	141 México 20 de abril Leve memoria Margo Glantz	
	148 México 22 de abril Miedo y cybersexo Wenceslao Bruciaga	
	162 Ayutla, México 24 de abril Aquí Yásnaya Elena A. Gil	153 Nuevo Orleans 23 de abril La máquina paró Gabriela Alemán
165 La Habana 25 de abril Marzo-Abril 2020 Pedro Juan Gutiérrez	169 París 26 de abril La imposible dedicatoria Paul B. Preciado	172 Nueva York 27 de abril Más se perdió en la guerra Daniel Alarcón

Índice



Índice

227 Manila 10 de mayo El año de la rata Armando Maldonado	235 Buenos Aires 11 de mayo Duelos Luciana Sousa	239 São Paulo 12 de mayo Nada parece tan antiguo como el pasado reciente João Paulo Cuenca
248 Nueva York 14 de mayo Sobre vivir juntos Lina Meruane	244 México 13 de mayo Multitud Alejandro Zambra	
	250 México 15 de mayo El tiempo suspendido Guadalupe Nettel	255 Querétaro 16 de mayo El mejor año para iniciar una editorial Jacobó Zanella
270 San José 18 de mayo Caduco mientras escribo Paula Piedra	262 Barcelona 17 de mayo ¿Qué hay de postre, papá? Pedro Strukelj	
	274 Barranquilla 19 de mayo Cartón corrugado Kirvin Larios	276 São Paulo 20 de mayo Prefiero no pensar en eso por el momento Joca Reiners Terron

Índice

283 México 21 de mayo Un rayo de sol Yael Weiss	294 Barcelona 22 de mayo Contrainforme del coronavirus Javier Cercas	297 México 23 de mayo Oídos sordos Rosa Beltrán
304 Cochabamba 25 de mayo Mapas negros Rodrigo Hasbún	302 Guayaquil 24 de mayo Guayaquil María Fernanda Ampuero	
	309 México 26 de mayo Escenas de un mundo hospitalario Jesús Ramírez-Bermúdez	313 Dorset, Inglaterra 27 de mayo Yo, Pájaro Nell Leyshon
	318 Red Hook, EUA 28 de mayo Corona Nick Flynn	
319 México 29 de mayo El retorno de los viejos Bruce Swansey	326 Mérida 30 de mayo La covid-19 en Blanco Trópico (que otros llaman Yucatán) Adrián Curiel Rivera	332 Toronto 31 de mayo Miedo derretido Martha Bátiz

335
Vega del Guadalquivir
1 de junio
El alma del señor
Yoshio Tateishi
Fernando Iwasaki

339
México
2 de junio
**Del correcto aseo
de los dientes**
Benjamín Cann

347
Nueva York
3 de junio
Visión del enclaustrado
Alberto Manguel

352
Londres
4 de junio
**Por el gusto
de fastidiar/divertirme**
Jen Calleja

358
Granada
5 de junio
**Minidiario
de pandemia
en tres actos**
Andrés Neuman

362
Milán
6 de junio
Nadie es una isla
Bruno Arpaia

366
Madrid
7 de junio
¿El futuro será esto?
Adolfo García Ortega

372
Londres
8 de junio
Ultrafalso
George Zarkadakis

377
Managua
9 de junio
**Mis días felices
en el infierno**
Sergio Ramírez

381
Arbeláez, Colombia
10 de junio
**Lo que cabe en
un paréntesis**
Piedad Bonnett

386
Burdeos
11 de junio
La cola del tigre
Eduardo Berti

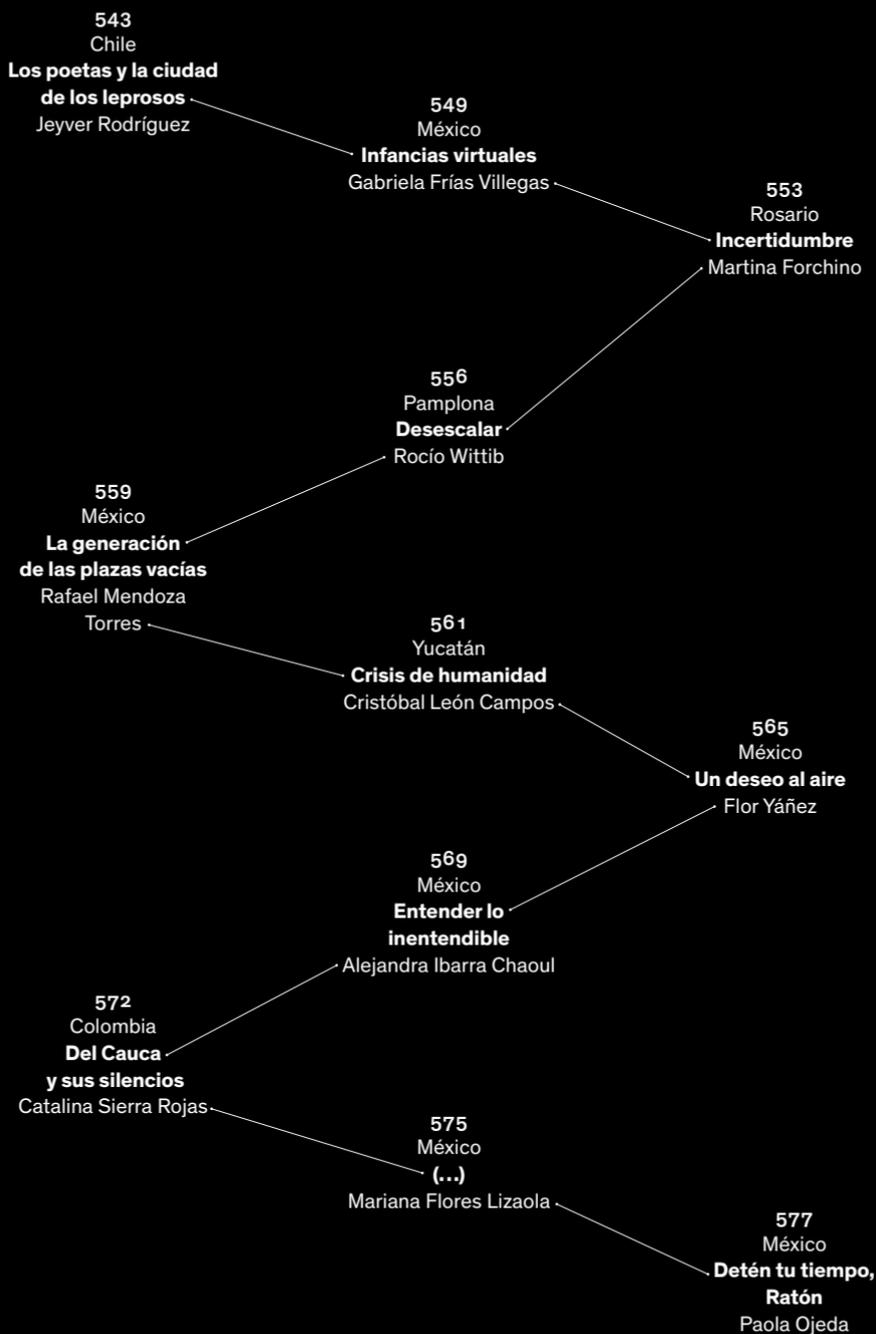
394 Montevideo 12 de junio Pandemónium Claudia Amengual	402 Boston 13 de junio Carta de Boston (desde el encierro) Pedro Ángel Palou	409 Charleston 14 de junio Charleston/México: una realidad alterna Eloy Urroz
417 Madrid 16 de junio En la covid19 Ana Pellicer Vázquez	413 Maputo 15 de junio ¡Próspero año nuevo para todos! Lucilio Manjate	
	421 Lawrence, EUA 17 de junio La naturaleza como <i>Grand Finale</i> o esa película ya la vi [fragmento] Luis Felipe Lomelí	429 Montevideo 18 de junio Cuatro escenas de una cuarentena en Montevideo Ramiro Sanchiz
445 Santiago 20 de junio Travesías inmóviles Carlos Franz	438 Madrid 19 de junio Tuitcciones Juan Carlos Méndez Guédez	
	448 Montreal 21 de junio El curioso caso de dos niñas, tres aeropuertos y una pandemia Alejandro Estivill	

460 Palo Alto, EUA 22 de junio El halcón y el perrito Héctor Hoyos	465 México 23 de junio Cotidiano interrumpido Monique Zepeda	469 San Juan 23 de junio No puedo respirar Mayra Santos-Febres
480 México 25 de junio Aunque no lloren Ricardo Chávez	478 Cali 24 de junio De las cosas que dejamos Santiago Gamboa	484 San José 26 de junio Manuscrito encontrado en una sesión Zoom Carlos Cortés Zúñiga
480 México 25 de junio Aunque no lloren Ricardo Chávez	484 San José 26 de junio Manuscrito encontrado en una sesión Zoom Carlos Cortés Zúñiga	487 Nueva York 27 de junio jueves, lunes Sergio Chejfec
494 Estocolmo 29 de junio Hemos perdido a un amigo, y todo sigue igual Karolina Ramqvist	491 La Habana 28 de junio El último pinguero Rubén Gallo	500 México 30 de junio La medida de lo posible Elisa Díaz Castelo
		503 Balcones

Índice

505 Madrid A las ocho y veinte Juan Aurelio Fernández Meza	507 México Encierro David Villanueva	509 México Fragmentos desde el encierro Gabriela Ardila Chausse
514 New Haven Más de cuarenta días Luz Ángela Cardona	517 Medellín Último viaje G. Jaramillo Rojas	520 México La voz pública en tiempos del covid-19 Andrea Ruiz González
525 México Un refugio durante la pandemia Gema Mateo	527 Chiclayo, Perú Juntos en casa Claudia Incháustegui López	530 Estados Unidos El pianista Mario Morales
532 Dortmund Día 1455 Efraín Villanueva	534 México Primera jornada Saúl Juárez	539 Acapulco No playa Abraham Truxillo

Índice



Índice



Coordinación editorial
Víctor Cabrera
Elsa Botello L.

Diseño editorial
León Muñoz Santini
Andrea García Flores

La primera reimpresión del *Diario de la pandemia*, editado por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó el 5 de febrero de 2021 en los talleres de Impresos Vacha, S. A. de C. V., Juan Hernández y Dávalos núm. 47, colonia Algarín, alcaldía Cuauhtémoc, C. P. 06880, Ciudad de México. Se tiraron 1 000 ejemplares en offset, en papel Snow Cream de 60 g. Se utilizó en la composición tipo Sabon LT de 12.5 puntos.



UNAM
La Universidad
de la Nación


culturaUNAM

México, 29 de mayo—Bruce Swansey—Mérida, 30 de mayo—Adrián Curiel Rivera—Toronto, 31 de mayo—Martha Bátiz—Vega del Guadalquivir, 1 de junio—Fernando Iwasaki—México, 2 de junio—Benjamín Cann—Nueva York, 3 de junio—Alberto Manguel—Londres, 4 de junio—Jen Calleja—Granada, 5 de junio—Andrés Neuman—Milán, 6 de junio—Bruno Arpaia—Madrid, 7 de junio—Adolfo García Ortega—Londres, 8 de junio—George Zarkadakis—Managua, 9 de junio—Sergio Ramírez—Arbeláez, Colombia, 10 de junio—Piedad Bonnett—Burdeos, 11 de junio—Eduardo Berti—Montevideo, 12 de junio—Claudia Amengual—Boston, 13 de junio—Pedro Ángel Palou—Charleston, EUA, 14 de junio—Eloy Urroz—Maputo, 15 de junio—Lucílio Manjate—Madrid, 16 de junio—Ana Pellicer Vázquez—Lawrence, EUA, 17 de junio—Luis Felipe Lomelí—Montevideo, 18 de junio—Ramiro Sanchiz—Madrid, 19 de junio—Juan Carlos Méndez Guédez—Santiago, 20 de junio—Carlos Franz—Montreal, 21 de junio—Alejandro Estivill—Palo Alto, EUA, 22 de junio—Héctor Hoyos—México, 23 de junio—Monique Zepeda—San Juan, 23 de junio—Mayra Santos-Febres—Call, 24 de junio—Santiago Gamboa—México, 25 de junio—Ricardo Chávez—San José, 26 de junio—Carlos Cortés Zúñiga—Nueva York, 27 de junio—Sergio Chejfec—La Habana, 28 de junio—Rubén Gallo—Estocolmo, 29 de junio—Karolina Ramqvist—México, 30 de junio—Elisa Díaz Castelo—Madrid—Juan Aurelio Fernández Meza—México—David Villanueva—México—Gabriela Ardila Chausse—New Haven—Luz Ángela Cardona—Medellín—G. Jaramillo Rojas—México—Andrea Ruiz González—México—Gema Mateo—Chiclayo, Perú—Claudia Incháustegui López—Estados Unidos—Mario Morales—Dortmund—Efraín Villanueva—México—Saúl Juárez—Acapulco—Abraham Truxillo—Chile—Jeyver Rodríguez—México—Gabriela Frías Villegas—Rosario—Martina Forchino—Pamplona—Rocío Wittib—México—Rafael Mendoza Torres—Yucatán—Cristóbal León Campos—México—Flor Yáñez—México—Alejandra Ibarra Chaoul—Colombia—Catalina Sierra Rojas—México—Mariana Flores Lizaola—México—Paola Ojeda—West Hartford, EUA—Odette Casamayor-Cisneros—Buenos Aires—Renata Moreno—Duitama, Colombia—Darío Rodríguez—Argentina—Ivonne Laus—México—Irasema Fernández—El Cerro Ancón, Panamá—Víctor A. Mojica—Arequipa, Perú—Orlando Mazeyra Guillén—México—Ana Laura Magis Weinberg—Xalapa, México—Eduardo Cerdán—México—Alberto Navarro—México—Estefanía Ibáñez

Cuando, como si fuera un líquido correoso, la pandemia ya había comenzado su rápida expansión por el mapamundi, impregnando China y, desde allí, Italia o España, y vorazmente el resto del planeta, la necesidad humana por narrar esta época desconcertante e inédita se volvió imperiosa. Frente a la sorpresa, el dolor o el miedo, las palabras se volvieron urgentes —artículos de primera necesidad— y la escritura y la lectura fueron redescubiertas como actividades esenciales. Ocurrían tantas cosas en tantas partes, y al mismo tiempo, en el encierro, tan pocas, que el diario se convirtió en el medio más natural para expresar la ansiedad, la esperanza o el asombro cotidianos. Ante la imposibilidad de contar —o explicar— la conmoción total de la pandemia, al menos podíamos desmenuzarla poco a poco. A finales de marzo de 2020, Guadalupe Nettel y yo comenzamos a buscar a aquellos testigos que, desde distintos

lugares del orbe y desde diversas perspectivas, estuvieran dispuestos a compartírnos una de sus jornadas de este tiempo extraordinario. Gracias a todos ellos —imposible mencionar aquí sólo unos nombres—, articulamos este diario colectivo, esta crónica parcial e interrumpida de este tiempo de virus. Voces que, de Venecia a la Ciudad de México, de Manila a Medellín, Seúl a Milán, de Luanda a Buenos Aires, pudieran abrir un resquicio de luz en medio de la tiniebla viral. Desde el 28 de marzo hasta el 30 de junio, algunos de los mejores escritores de nuestra época compartieron su experiencia, día tras día, en las páginas electrónicas de la *Revista de la Universidad de México*. Una suma de dudas y saberes, de guiños y reflexiones, de frustraciones y vislumbres ahora trasladados a este *Diario de la pandemia*. Un recuento, accidentado y frágil como la vida misma, de cómo la literatura nos impulsa a sobrevivir.

—Jorge Volpi

U REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD
DE MÉXICO

Publicaciones
& Fomento
Editorial




culturaUNAM

978-607-30-3499-9

